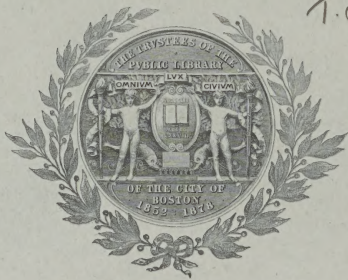


★
No. 310.208

T.2



*Bought with the income of
the Scholfield bequests.*

CIUDADES COLONIALES

Y

CAPITALES DE LA REPUBLICA MEXICANA

POR EL

DR. ANTONIO PEÑAFIEL

SE IMPRIME POR ACUERDO

DEL

SR. LIC. D. FRANCISCO LEON DE LA BARRA, PRESIDENTE INTERINO DE LA REPUBLICA

SIENDO SECRETARIO DE FOMENTO

EL

SR. LIC. D. RAFAEL HERNANDEZ

HISTORIA COLONIAL DE QUERETARO,
DESDE SU FUNDACION HASTA LA CAIDA DEL EMPERADOR
MAXIMILIANO DE HAPSBURGO

MEXICO

IMPRENTA Y FOTOTIPIA DE LA SECRETARIA DE FOMENTO
Primera Calle de Botemitas núm. 8

1911

4477

CIUDADES COLONIALES

Y

CAPITALES DE LA REPUBLICA MEXICANA

POR EL

DR. ANTONIO PEÑAFIEL

SE IMPRIME POR ACUERDO

DEL

SR. LIC. D. FRANCISCO LEON DE LA BARRA, PRESIDENTE INTERINO DE LA REPUBLICA

SIENDO SECRETARIO DE FOMENTO

EL

SR. LIC. D. RAFAEL HERNANDEZ

HISTORIA COLONIAL DE QUERETARO,
DESDE SU FUNDACION HASTA LA CAIDA DEL EMPERADOR
MAXIMILIANO DE HAPSBURGO

PUBLIC LIBRARY
OF THE
CITY OF BOSTON

MEXICO

IMPRENTA Y FOTOTIPIA DE LA SECRETARIA DE FOMENTO
Primera Calle de Betlemitas núm. 8

1911

Schofield

Apr. 8, 1940

U

*4310.208

[Tomo 2]

Asegurados los derechos de propiedad conforme a la ley

Se han impreso de esta obra 200 ejemplares numerados

Número.....

PUBLIC LIBRARY

OF THE

CITY OF BOSTON

QUERETARO COLONIAL

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

Erección del Estado de Querétaro.—Datos geográficos y estadísticos.—Nombres othomíes de lugar, mitológicos y de plantas.—Bibliografía

ESTADO DE QUERETARO.—1911



ERECCIÓN.—El Estado de Querétaro fué erigido en Estado de la Federación el 18 de Enero de 1824 y la Constitución fué promulgada el 18 de Enero de 1869.

SITUACIÓN GEOGRÁFICA.—El Estado está comprendido entre los paralelos 20°01, y 21°36' de latitud Norte, y los 0°11' y 14" de longitud occidental del Meridiano de México.

LÍMITES.—Al Norte, el Estado de San Luis Potosí; al Oriente, los de Hidalgo y México; al Sur, el de Michoacán, y al Poniente, el de Guanajuato.

EXTENSIÓN.—Once mil seiscientos treinta y ocho kilómetros cuadrados.

DIVISIÓN POLÍTICA.—6 Distritos subdivididos en 18 Municipalidades.

DIVISIÓN TERRITORIAL.—5 Ciudades, 5 Villas, 44 Pueblos, 127 Haciendas, 352 Ranchos y 29 Rancherías.

POBLACIÓN.—Mexicana, 244,663, y extranjera, 311. (Censo de 1910.)

DENSIDAD DE LA POBLACIÓN.—20.80 por kilómetro cuadrado.

VALOR DE LA PROPIEDAD.—Rústica, \$12,292,891. Urbana, \$4,477,720. Total, \$16,770,663.

RENTAS DEL ESTADO.—Ingresos, \$414,725.11 Egresos, \$407,296.80.

RENTAS DE LOS MUNICIPIOS.—Ingresos, \$181,584.75. Egresos, \$158,485.45.

PRESUPUESTO DE EGRESOS.—Legislativo, \$12,900. Ejecutivo, \$279,507.86. Judicial, \$42,194.

INSTRUCCIÓN PÚBLICA.—Instrucción rudimental ó de párvulos sostenidos por el Gobierno del Estado, 3 para hombres y 2 para mujeres con una inscripción de 319 alumnos de ambos sexos, de instrucción elemental; 101 para hombres, 46 para mujeres y 2 mixtos con una inscripción de 5,416, una de Secundaria y Preparatoria para hombres con 146 alumnos, una Profesional en la que se cursan las carreras de Abogacía, Notariado, Farmacia é Ingeniero Topógrafo é Hidrógrafo y una Normal para Profesores de ambos sexos con 77 alumnos. Los establecimientos sostenidos por particulares son 52 para hombres, 29 para mujeres y 19 mixtos con una inscripción de 4,499.

QUERETARO

NOMBRES OTHOMÍES DE LUGAR, MITOLÓGICOS Y DE PLANTAS

ANDA—MAXEI.—La palabra significa el mayor juego de pelota, ó Querétaro en lengua tarasca, y Tlachco en mexicano.

CONIN.—Significa ruido; fué el nombre othomí, original del pacificador y colonizador de Querétaro D. Hernando de Tapia.

ABAXNY.—Sierra de zarzas; dista cuatro leguas de Querétaro (?) tiene más de seis leguas de box.

ANXINDO.—San Lucas.—Piedra ancha.

AMAHUADEHE.—Santa María.—Sementera de riego.

APUEZA, San Pedro.—Lugar donde se saca madera.

ANDOXEY, San Mateo.—Juego de pelota desbaratado.

ANEFIXIGUI, San Francisco.—Cosa chamuscada.

AHEJANBOI, San Pedro.—Posada de madre.

ANDAHUAY, San Miguel.—Sementera grande.

ANYAHOY, San Pedro.—Tierra resquebrajada.

AUBANICA, San Francisco.—Templo alto.

ANYETA (en otro lugar Anyenta), San Juan Bautista.—Mazorca de maíz metida en papel.

ANDAYOMOHÍ, Santa María Magdalena.—Tierra nueva.

ANTES, Santa María.—Salitral.

CANQUEZA, Santiago.—Significa tronco.

ANSONI, San Pedro.—Aguacates.

GODO, San Juan.—Significa: agua que lleva pedrezuelas.

AMAMOIZA, San Bartolo.—Significa álamo blanco.

PALABRAS MITOLÓGICAS

CALENDARIO.—Era el mismo mexicano, con los mismos nombres de los años, *tochtli*, *acatl*, *tecpatl*, *calli*; con la diferencia de que para ellos el año bueno era el *tochtli* y el malo *tecpatl*. El año se llamaba *quenza*, el mes *zana*, y el día *mapa*.

TAXCAME.—Fiesta principal como la Pascua, Pascua de pan blanco que se ofrecía á la antiquísima diosa llamada Madre Vieja: sus fiestas periódicas eran de veinte días; todas estas costumbres parecían copiadas de la mitología mexicana.

YOBEGO.—Nombre de los sacerdotes ó ministros de los ídolos.

EDAY.—Dios de los vientos: tenía dos bocas, una encima de otra, como el Ehecatl mexicano, si no es que era el mismo.

NOMBRES DE PLANTAS

NATEHEE.—Hierba de la tos; usaban los otomíes el jugo de esta planta para combatir la tos y curar las heridas con *majada*.—Excremento de vaca, que se ponía á guisa de cataplasma.

DECEHOY.—Cereza de ratón; en mexicano *Chimichincapoli*, que significa lo mismo; cuenta la relación de 1582 que causa una parálisis de las piernas, que dura dos años solamente.

OTROS NOMBRES OTHOMÍES DEL ESTADO DE QUERÉTARO

BANTHI.—Rancho del Distrito de San Juan: camarón prieto ó acebuche negro.

BONGUIXI, *Pongisi*.—Rancho del Distrito de Cadereyta: la hoja sobrante ó donde sobra la hoja.

BOÑU, *Bohiu*.—Barrio de Boyé en Cadereyta: *amole* prieto.

BOTIJI, *Potti*.—Rancho del citado Distrito: en donde se siembra.

BOXASNI, *Bosasni*.—Barrio de San Gaspar del propio Distrito: espinos negros que rasguña.

BOSQUIJI, *Bocyhy*.—Rancho del mismo: añil negro ó obscuro.

BOYÉ, *Boye*.—Pueblo del repetido Distrito: mano negra ó de *quioie*.

BOXDÁ.—Terreno del de Amealco: palo prieto.

CUAXITI, *Guasitli*.—Terreno del de Cadereyta: pie de carrizo.

CHIQIÁ ó CHIQUINÁ, *Tziggehia*.—Hacienda del de Cadereyta: diente de víbora.

CHITEHÉ.—Barrio del Distrito de Amealco: poca agua.

- DEGEDO, *Dehedo*.—Pueblo del mismo: agua de la piedra.
 DEGETI, *Deheti*.—Pueblo del mencionado Distrito: algodón.
 DETIGÁ, *Dehttiga*.—Barrio de Boyé.
 GUCIDO, *Gusido* ó *Ngusido*.—Casa de tepetate.
 ITO, *Itto*.—Pueblo del de Amealco: de las vacas?
 JINGO, *Htngu*.—Casa ligera ó jacal.
 LLAGUI, *Yagi*.—Barrio del palmar de Cadereyta: sepulcro.
 MEDO, *Mmedo*.—Piedra dura.
 MINTEJI, *Minthe*.—Barrio de boyé, cerro y arroyo del Distrito de Cadereyta: cerro agudo ó piramidal.
 NA VIXTÁ, *Bistta* ó *Bostta*.—Nopalera.
 NA XIDO, *Sido*.—Tepetate.
 NA DINCHI. — San Pedro: San Pedro de la cebolla.
 TAXBATÁ, *Ttasbatha*.—Ranchos de Bernal: llano blanco.
 TAXIDO, *Tasido*.—Terreno de Cerro Prieto del Distrito de Cadereyta: piedra blanca.
 TAXTHEJÉ, *Tasdedh*.—Hacienda de Tetillas del de Cadereyta: agua blanca.
 TIBURU, *Ttibru*.—Terreno del rancho de la Caja del de Cadereyta: asno pequeño.
 TICHIMACU, *Hysimaqhu*.—Silba mi hermano?
 XOTHE, *Sothe*.—Rancho de Vizarrón: agua hedionda.

BIBLIOGRAFIA

Relación || peregrina || de la agua corriente, || que para beber y vivir goza || la muy noble, leal, y florida ciudad || de Santiago || de Querétaro: || compuesta || por el Muy R. Padre Mro. || Francisco Antonio Navarrete || Profesor de la Sagrada Compañía de Jesus. || Describense || las plausibles fiestas, que dicha nobilísima ciudad, || como agradecida hizo, al ver logrado tan peregrino || y perenne beneficio: || y dedica || este cristalino monumento de su gratitud || á la muy ilustre Sra. || Doña Maria Paula Guerrero || Davila, || Marquesa de la Villa del Villar de la Aguila. ||

Impresa en México con licencia || Por Joseph Bernardo de Hogal, Ministro, é || Impresor del Real, y ap. Tl. de la Santa Cruzada. Año de 1739. ||

Dedicatoria con dos grabados de las armas de la Marquesa tres hojas: parecer, licencias, aprobación y sonetos, 12 hojas; siguen 163 páginas numeradas y una vuelta de índice sin número.

BIBLIOGRAFIA QUERETANA

Guía del Viajero en Querétaro.—Apuntes históricos, geográficos y estadísticos de la ciudad. —Directorio completo de los funcionarios y empleados del Gobierno, etc., etc., por el Lic. Celestino Díaz. Querétaro. 1881. Tomo en 12^o, 336 páginas y 32 de avisos comerciales.—Reseña de la Administración del señor Ingeniero Francisco González de Cosío, en las dos épocas de su Gobierno constitucional en el Estado de Querétaro. Folleto en 8^o, 38 páginas.

VENTA DE RELIQUIAS HISTORICAS

COSTOSAS ADQUISICIONES

“Un capitalista norteamericano ha entrado en tratos para adquirir el guardarropa del Marqués de la Villa del Villar del Aguila, benefactor de la ciudad de Querétaro, que se halla en poder de uno de los descendientes del citado noble.

“Para ratificar las auténticas de esas reliquias, el comprador ha hecho venir al país una comisión de anticuarios, que actualmente se ocupan de hacer inquisiciones y formar una verdadera historia del valioso guardarropa.

"Este fué exhibido en la exposición que se efectuó en la ciudad de Querétaro el año de 1882, y llamó mucho la atención de los visitantes extranjeros.

"Hace también poco tiempo que el poseedor lo puso á la expectación pública en esta capital, y no fueron pocas las personas que pasaron á conocer esas antigüedades.

"Lo notable del caso actualmente, es que la comisión nombrada para estudiar las auténticas de la reliquia, viene disfrutando de un sueldo muy crecido, probablemente no menor que la cantidad que el dueño del mueble pide por él."



CAPITULO II

Conquistadores de Querétaro.—Moctezuma Ilhuicamina, primer conquistador.—D. Nicolás de San Luis Montañez, D. Fernando de Tapia y su hijo D. Diego, poblador y civilizador de los chichimecas.—Doña Luisa de Tapia, fundadora del convento de Santa Clara de Querétaro.—Más datos biográficos de D. Fernando de Tapia.

CONQUISTADORES DE QUERETARO

MOCTEZUMA ILHUICAMINA, PRIMER CONQUISTADOR DE QUERÉTARO



Se le llamó también Huehue Motecuhzoma, ó Motecuhzomatzin, con el reverencial, Moctezuma el Viejo, y también Ilhuicamina, el que arroja flechas al cielo: la palabra se compone de *Ilhuicatl*, cielo, firmamento, y del verbo mina, flechar ó saetear; el que tira flechas al cielo.

El jeroglífico de este monarca se compone de un cuadrilongo en que están con figuras simbólicas expresadas las estrellas por medio de ojos colgantes, el curso del sol, el sol mismo, cuyo conjunto expresa el firmamento, *ilhuicatl*, y de una flecha, *mitl*, que representa la acción de asae-tear ó flechar. Debajo del glifo, unida con una línea vertical, la figura coronada de copilli del mismo monarca, sentado en señal de mando ó dominio.

No carecen de interés sus datos biográficos, porque fué el mejor gobernante de la monarquía mexicana y el fundador de su nacionalidad.

Muerto Itzcoatl, los Señores y la gente común eligieron por Rey y Señor á Huehue Moctecuhzoma, primo del que acababa de morir.

Concluido el luto por el Rey anterior, la ciudad celebró con alegres bailes y cantos la nueva elección y los reyes comarcanos le tributaron los homenajes debidos á su alta superioridad. En esto se distinguió Nezahualcóyotl, Rey de Texcoco, provincia de muchos y grandes pueblos; llamó á sus Señores y les recomendó que en el trato con los mexicanos se les guardasen los mayores miramientos; decía: "Tengamos paz perpetua y amistad inviolable con ellos."

El Rey de Texcoco se preparó para ir á darle el parabién por su nueva elección y llevarle un rico presente. con todos sus Señores, que consistía en joyas de oro, piedras, *besotes*, orejeras, ricos plumajes, rodela ó escudos, armas, mantas y bragueros muy adornados.

Llegados á México fueron bien recibidos en toda la ciudad, tanto de Señores como de la gente común, con gran respeto y reverencia.

El Rey lo recibió cortésmente sentándolo á su lado y le ofreció también sus dones y presentes. En una arenga bien pronunciada en correcto idioma mexicano, el monarca texcocano pedía al de México paz y concordia.

La propuesta fué bien recibida, pero no aceptada sin consultar antes con sus grandes Señores y que le daría la respuesta. Llamados los de su consejo y demás Señores principales les dijo: "que el Rey de Texcoco, Nezahualcóyotl, quería estar en paz con los mexicanos y ser sus ami-

gos para siempre: que respondieran si la admitían ó no, pues sin su parecer no había querido dar respuesta: pide perpetua paz y concordia."

Esta conferencia dió por resultado la triple alianza de México, Tacuba y Texcoco, pues lo de la guerra fingida y sumisión vergonzosa de Nezahualcóyotl es una fábula inadmisible que no está probada por auténticos documentos.

Doce ó trece años de tranquila paz hicieron mejorar las condiciones de los mexicanos.

El intérprete del Códice de Mendoza ó *libro de tributos*, que mandó pintar y descifrar este ilustre Virrey de Nueva España, hace la biografía del monarca mexicano en unos cuantos renglones, con elogios no tributados á ninguno otro de los reyes de México. Dice así: "En el año de mil y cuatrocientos y cuarenta años, en el dicho Señorío de México, por fin y muerte de *Izcoaci*, subcedió en el dicho Señorío *Huehue Moteczuma*, hijo que fué de *Huicilihuihl*, Señor que fué de México, y durante el dicho Señorío conquistó y ganó por fuerza de armas treinta y tres pueblos, según está figurado en las planas de atrás antes de ésta, en el circuito de la figura del dicho *Huehue Moteczuma*, y habiéndolos sujetado al Señorío de México, le pagaron tributo reconociendo vasallaje.

"Este *Huehue Moteczuma* fué Señor muy grave y generoso y aplicado á virtud, y fué hombre de buen natural y juicio, y enemigo de vicios malos, y por su buena inclinación puso orden y leyes en su República, y en todos sus vasallos (que) dependían de él. Impuso grandes penas, las cuales mandaba ejecutar sin remisión alguna al que las quebrantaba, pero no fué cruel, antes benigno, celoso del bien y padre de sus vasallos. No fué viciado en mujeres, tuvo dos hijos, fué muy templado en el beber, que jamás en el discurso de su vida no le sintieron embeodarse, según que los naturales indios en general son inclinados en extremo á la beodez, antes el que tal hacía le mandaba corregir y castigar, y por su generosidad y buen ejemplo de su vivir, fué temido y respetado de sus vasallos todo el discurso de su vida, (gobernó) que fueron veintinueve años, al cabo de los cuales murió, y pasó de esta presente vida."

La lámina xxxiii del Códice de Mendoza, que corresponde á la del *Libro de Tributos*, menciona los mismos pueblos y explica detalladamente los tributos que pagaban al Rey de México *Xilotepc*, *Tlaxco* (ó *Querétaro*), *Tzanayaquilpa*, *Michmaloyan*, *Tepetitlán*, *Acaxochitla*, *Tecoauztla* y los tributos:

Primeramente cuatrocientas cargas de naguas y huipiles muy ricos, que es ropa para mujeres.

Más cuatrocientas cargas de mantas ricas, ropas para Señores.

Más cuatrocientas cargas de naguas labradas.

Más ochocientas cargas de mantas ricas.

Más cuatrocientas cargas de mantillas ricas.

Más cuatrocientas cargas de mantas veteadas por medio de colorado, todo lo cual tributaban de seis en seis meses.

Item más una águila viva, ó dos, ó tres, ó más según las hallaban.

Item dos piezas de armas, y otras dos rodela guarnecidas con plumas ricas, de la divisa y color que están figuradas.

Más cuatro trojes grandes de madera, llenas de maíz, frisoles y chian, y guautli, todo lo cual tributaban una vez al año.

El monarca guerrero, no satisfecho con engrandecer su pueblo con el trabajo y la paz, quiso engrandecerlo con la religión: construir un rico y suntuoso templo á los dioses, especialmente al de la guerra *Huitzilopochtli*, fué su mayor ambición.

Mandó que todos sus vasallos acudieran á la gran obra: los de *Azcaputzalco*, *Coyoacán*, *Xochimilco*, *Cuitláhuac*, *Mixquic*, *Colhuacán* y *Tacuba*, con el reino de *Texcoco*, fueron llamados para traer los materiales del futuro templo, como piedra, cal, madera y lo demás que la obra requiera para su pronta conclusión. Todos aceptaron las órdenes con buena voluntad; el Rey les

dió las gracias y principiaron la obra con los numerosos y sangrientos sacrificios que debían conquistar á los mexicanos un odio universal y preparar la futura extinción de la monarquía.

Un ejemplo de lo que esperaban los pueblos conquistados para la monarquía mexicana.

El Rey, de acuerdo con su Ministro Tlacaelel, envió mensajeros á la vecina provincia de Chalco, para pedirles muy atentamente su cooperación en la construcción del Templo Mayor.

Los Señores de Chalco, llamados Cuateotl y Toteocintecuhli respondieron de manera desabrida, dicen las crónicas, á la demanda cortés de los mexicanos, y les dijeron que volvieran por la respuesta cuando les pareciese, que allí mismo se las darían. Esta fué muy categórica: "que no querían dar nada de lo que pedían; que no querían ni era su voluntad ayudar ni servir á los mexicanos; que no eran sus vasallos ni sus súbditos. Id, dijeron á los enviados, y llevad esta contestación á vuestro Rey y á su *coadjutor* Tlacaelel."

Reñida fué la batalla contra los chalcas: quinientos prisioneros iban á ser sacrificados en el FOGÓN DIVINO. Era éste una grande Hoguera ó Braseró grande que se hacía en el suelo: allí *vivos* echaban á los prisioneros en aquellas brasas; antes que acabasen de expirar, les sacaban el corazón para ofrecerlo al dios de la guerra Huitzilopochtli!!
.....

D. NICOLÁS DE SAN LUIS MONTAÑEZ, D. FERNANDO DE TAPIA Y SU HIJO D. DIEGO
CAPITÁN GENERAL DE CHICHIMECAS Y SU POBLADOR Y CIVILIZADOR

También quiso saber el Sr. D. Luis de Velasco, entre otras, cómo pasaban las cosas de los chichimecos, y qué remedios se habían puesto en planta para reprimir los asaltos y robos que hacían, para obrar según las instrucciones de la Corte, que se reducían á contener la inquietud de los chichimecos, con levantar fuertes y fundar poblaciones en sus confines, pues no era posible reprimir aquella gente con los árbitros del arte militar, siendo el modo de pelear de aquellos bárbaros contra toda regla, contentándose con hacer acometimientos y asaltos, y después retirarse á los montes. En consecuencia de esto, como lo dejaba todo su Majestad á su discreción, auxilió los esfuerzos de dos conquistadores que hacían entradas por la frontera de la gran Chichimeca, esto es, por lo que hoy es la ciudad de Querétaro y su jurisdicción. Los Capitanes Generales de esta expedición, que eran *D. Nicolás de San Luis Montañez* y *D. Fernando de Tapia*, caciques de Xilotepec, habían conquistado el sitio del pueblo de *Querétaro* y *habían muerto veinticinco mil chichimecos*, según la relación del expresado D. Nicolás de San Luis; y hecha la paz, pidieron los bárbaros que se hiciese una cruz en forma y se colocase en el monte Sangremal, de modo que se pareciese á la que se había visto el día de la conquista de Querétaro (que fué poco antes del año *presente de 1551*, según el cómputo de algunos historiadores), entre espesas nubes, con cuya visión se reanimaron los ánimos de los soldados españoles, que ya casi se rendían en la sangrienta batalla. El hallazgo milagroso de esta cruz prodigiosa, que hoy se venera en el Colegio Apostólico de la Santa Cruz de los Milagros, fué, probablemente, en el año 51, y se acabó de perfeccionar en el de 1555; porque, según la relación del cacique conquistador, D. Nicolás de San Luis, primero se colocó de madera, y sería en el año de 51; y en el mismo año se hizo la diligencia de buscar las piedras, que *milagrosamente se hallaron* y pusieron con mucha veneración los indios en el cementerio de dicho Colegio; y acabada la conquista de Querétaro, por el año de 1555, se trató de tributarla las veneraciones debidas, fabricando una ermita que pasó con el tiempo á ser convento de esta Provincia de Michoacán, y mucho después se trasladó al altar mayor esta cruz milagrosa, y se edificó iglesia y convento más capaz, que se cedió á los padres apostólicos, primitivos fundadores de los colegios de Propaganda Fide.

Extenderé aquí literalmente lo que sigue de la relación de D. Nicolás de San Luis, para que se vea el modo con que se descubrió esta santa presea.

SIGUE LA RELACIÓN DEL CACIQUE D. NICOLÁS DE SAN LUIS

“Y asimismo mandé al dicho D. Juan de la Cruz, que pusiese la Santa Cruz que pedían los indios chichimecos; y luego, en compañía de los demás caciques, fueron al cerro azul de las nieves y trujeron dos maderos de pino para hacer la Santa Cruz que piden los bárbaros, los cuales trujeron las maderas. Empezó el maestro D. Juan dicho Cruz á hacer la cruz de madera: se acabó de hacer la Santa Cruz y luego la pusimos. Otro día lo llevamos su capitán de ellos que la viera la Santa Cruz que, ya estaba puesta; y la vió el capitán y dijo que no era la Santa Cruz que pide, sino una cruz en forma para siempre jamás, que sirva de mojonera. Y asimismo trujeron otra cruz de piedra hacia la parte del Sur, y los indios no quisieron la cruz de piedra, y sólo ha de ser Santa Cruz en forma; y así fueron los conquistadores, juntamente con D. Juan de la Cruz, maestro de arquitecto, que entiende el oficio de cantería, y notificado que salga el dicho D. Juan de la Cruz, el maestro, á buscar, dice que no estar sosegados los dichos indios hasta que no vean puesta la Santa Cruz en forma que piden los dichos indios. Obedeció la notificación D. Juan de la Cruz que le hice yo y otros cincuenta caciques: es que salió en compañía de Juan de la Cruz á buscar el modo y manera cómo se ha de formar la Santísima Cruz que piden los dichos indios, que dijeron que ha de ser muy breve; y asimismo salió notificado D. Juan de la Cruz con cincuenta caciques principales á buscar la Santa Cruz, que los dichos indios no ven las horas que aparezca la Santa Cruz. Saliendo D. Juan de la Cruz por la parte donde sale el sol, como media legua anduvo el dicho D. Juan de la Cruz, haciendo oraciones, rogando á Dios Nuestro Señor y á la Virgen Santísima que les dé luz y entendimiento cómo se ha de formar la Santa Cruz que piden los bárbaros, *que dicen una cruz en forma para siempre jamás*. Y asimismo fué á dar el dicho D. Juan de la Cruz adonde estaban unas piedras de tres colores, blanco, colorado y morado, y piedra de cantería espejosa. Fué labrando las piedras para formar la Santa Cruz que piden los bárbaros; antes de las veinticuatro horas se acabó de labrar la Santa Cruz, muy bien hecha y muy bien en forma. Esto fué la voluntad de Dios en formarse muy bien la Santa Cruz de piedra de cantería, que tiene tres varas de alto. Se acabó de hacer la Santísima Cruz: dió pasos el dicho maestro D. Juan de la Cruz y fué buscando una sombra adonde la había de acostar mientras que fuéramos á traer la Santísima Cruz. La acostaron la Santísima Cruz debajo de una sombra de una rosa, que le llaman cabalozuchil (cacaloxúchitl). El dicho D. Juan de la Cruz envió á avisar que vamos á traer la Santísima Cruz. Luego que supe noticia del maestro, luego mandé tocar cajas y clarines, que se juntase todo mi ejército y demás indios chichimecos mansos para ir á traer la Santísima Cruz; y asimismo mandé que se limpiase la corona de dicho cerrito adonde se había de poner la Santa Cruz que vamos á traer, que D. Juan de la Cruz está esperando. Allí mismo se juntó la gente, y los católicos salimos á traer la Santísima Cruz con cajas y clarines. Caminamos como media legua adonde estaba la Santa Cruz. Me hiqué de rodillas con todos mis caciques conquistadores y demás de mi ejército; rezamos el rosario antes de traer la Santa Cruz, dando gracias á Dios y á la Santísima Virgen de ver la Santa Cruz tan hermosa, que parece que estábamos en la gloria, *se apareció allí una nube blanca, tan hermosa, sombreando á la Santa Cruz y teniéndola cuatro ángeles; luego el olor que oía tan hermoso, que todos lo vimos que luego hizo milagro la Santa Cruz*. Después del rosario, cogimos en peso la Santa Cruz; la trujimos, que no pesaba, parecía una paja, siempre con el olor que tenía, y oía la Santísima Cruz un olor tan hermoso, y los indios chichimecos bárbaros recibieron la Santísima Cruz con mucho gusto, é venían bailando, haciendo escaramuza, tirando sus flechas arriba y dando el alarido de contento. Después llegamos con la Santa Cruz, derecho en medio de la corona de este cerrito nombrado Sangremal, y la pusimos dentro de la enramada, donde se dice la misa; y luego mandé labrar la peana donde se ha de poner la Santa Cruz y puesta en su peana, otro día se dijo la misa; y conforme se daba el santo, los católicos golpeaban su pecho: lo mismo hacían los indios chichimecos bárbaros, y al alzar la hostia y el cáliz lo mismo hacían los cristianos y los bárbaros.

“Se acabó la misa, y rezamos el rosario de la Virgen Santísima, y el venerable cura y vicario general D. Juan Bautista echó una plática: en este tiempo tocaron la campana para que se juntasen los demás indios chichimecos á que vieran la Santísima Cruz, si estaba buena la *Santa Cruz que piden para siempre jamás*. Empezaron á devisar y á mirar esta Santa Cruz los indios chichimecos con mucho cuidado: estuviéronla mirando los bárbaros hasta que no estuvieron satisfechos, y llamaron á su Zauri que ellos tienen. Vino este Zauri; estuvo mirando desde arriba hasta abajo la Santísima Cruz, si estaba buena; *en este tiempo vido el Zauri cuatro ángeles con palma y corona de rosas*, y hermosísimos, que les estaba poniendo en los brazos las rosas y la corona á la Santísima Cruz; y una nube tan hermosa azul que le estaba haciendo sombra Vido el Zauri aquellos milagros, se alegró, y dijo en alta voz: esta es la cruz que ha de servir de mojonera, que dure para siempre jamás, cruz para siempre jamás, esta es la cruz que queremos. Después se alegraron tanto los indios chichimecos bárbaros, empezaron á dar el alarido de contento; hicieron el mitote, rodeando la Santísima Cruz. Después de que bailaron los chichimecos, empezaron á besar la Santísima Cruz, el primero que la besó fué el dicho capitán D. Juan Bautista Criado, y su mujer Doña Juana, chichimecos; después entraron los demás sus vasallos. Una semana estuvieron besando los indios bárbaros á la Santísima Cruz, después que los chichimecos acabaron de besar la Santísima Cruz, y también le besaron las manos al padre cura y vicario general. Asimismo mandé á mis caciques que midiesen, y midieron, el solar donde está la Santísima Cruz, donde se ha de hacer su capilla ó iglesia en algún tiempo. Se midió cincuenta brazadas de donde está la peana hasta por la parte del Sur; otras cincuenta brazadas á la parte del Levante; otras cincuenta brazadas por la parte del Norte, y otras cincuenta brazadas por la parte del Poniente. Este es el solar que le damos á la Santísima Cruz, adonde se le hará su santa casa, y lo demás es para que vivan los caciques y demás católicos que se vayan agregando, pues es pueblo de congregación de indios naturales de este puesto del Cerrito, que se intitula el Cerrito de Sangremal; y pongan sus casas alrededor donde está la Santísima Cruz para siempre jamás. Digo yo, Don Nicolás de San Luis, Capitán General, primer conquistador y poblador, y congregador por S. M., en nombre de S. M. hago este papel que sirva de título original para que conste en todo tiempo en guarda de su derecho, que no haya quien lo despoje á mis hijos naturales, que lo han recibido en posesión sin contradicción de ninguna persona, españoles ni otros; asimismo lo certifico á su conformidad en nombre de Dios Padre, y de Dios Hijo, y de Dios Espíritu Santo, y á la Virgen Santísima; después de Dios al Rey nuestro Señor; por S. M. está ordenado y mandado de que me hallo en posesión de la conquista de esta comarca: y para que conste en cualquier tiempo, y se le constará lo mencionado por este título el repartimiento y señalamiento de tierras á mis hijos naturales de esta Nueva España, lo han de tributar al Rey mi Señor cuatro reales cada persona, so pena de quinientos pesos para la Cámara de S. M. el que perjudicare á mis hijos naturales. Y encargo al Sr. D. Juan Bautista que ha de cuidar y venerar á la Santísima Cruz, que es milagrosa, desde su principio hizo milagro. Que el dicho D. Juan Bautista Criado haga su casa cerca adonde está la Santísima Cruz, y los demás caciques junto á la Santísima Cruz y por todo alrededor se agreguen á mis hijos naturales.”

“De esta relación sencilla del cacique D. Nicolás de San Luis se colige, poco más ó menos, la época y el modo de que se valió la Divina Providencia para enriquecer á la ciudad de Querétaro de esta prodigiosa señal de nuestra redención, que entonces fué el iris de la paz entre los indios convertidos en Jilotepec ayudados de las armas de los españoles y los bárbaros chichimecos. Obró desde sus principios muchos milagros, y se ha movido en varias ocasiones esta cruz milagrosa con tanta fuerza, que han causado admiración y espanto tan extraordinarias mociones, y ha crecido tan patente y manifestamente, que en el año de 1639 *tenía tres varas, y al presente tiene cuatro cabaes*. Ha mucho tiempo que no tiembla, y será quizás porque ya está toda la tierra de chichimecos reducida al gremio de la Iglesia católica, y no necesita, con la luz de la fe que han abrazado de buena gana sus moradores, que el cielo se declare en prodigios como en el tiempo de su tierna conversión.

“Como había ayudado el señor Virrey y D. Luis de Velasco con armas al cacique D. Nicolás de San Luis para la conquista de Querétaro, y vió la necesidad de poblar esta frontera de los chichimecos, hizo mercedes de tierras á este cacique y á D. Fernando de Tapia, capitanes de esta conquista, y á varios sujetos que se quisieron avendicar en su jurisdicción, como consta de los antiguos Becerro de la ciudad de Querétaro. Hizo merced en general á los vecinos de Querétaro para solares y huertas en el año de 1551. En el mismo año hizo merced á Juan Sánchez de Alanís para dos sitios de estancia para ganado mayor y menor en términos de Querétaro; el uno se llama la Sola ó Solana, y el otro Jurica. Otra merced hizo á Juan Rico de un sitio de estancia para ganado mayor, términos de Querétaro y Jurica, nombrado el Peñol, en el dicho año de 31. En el siguiente de 1552 hizo otras mercedes á D. Juan Rico de un sitio en términos de Querétaro y Jurica, que se dice el Peñol. A Miguel Jofre de un sitio de estancia de ganado mayor en términos de Querétaro, y á Juan Jaso de un sitio de estancia de ganado mayor y menor en términos de Querétaro y Amascala. Prueban estas mercedes de tierras que efectivamente se terminó la posesión y conquista de Querétaro con la colocación de la Santísima Cruz en el monte Sangremal por el año de 1551, porque no se hubieran podido cultivar con sosiego en las tierras de esta jurisdicción si no se hubieran poseído pacíficamente en aquellos años que se hacían estas mercedes.”

(Crónica de la Provincia de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacán, por Fray Pablo de la Purísima Concepción Beaumont. Tomo V, págs. 145 á 155.)

D. Fernando de Tapia ofreció sus servicios y los de sus parientes y amigos al monarca español para reducir á los chichimecas y resto de otomíes que se refugiaron en Querétaro, huyendo de los españoles, haciendo alianza con los chichimecas. Hombre de talentos políticos y militares los supo aprovechar el Illmo. Obispo de Santo Domingo, D. Sebastián Ramírez de Fuen Leal, aceptando la pretensión de D. Fernando, se le nombró Capitán General reuniendo bajo sus órdenes varios caciques de Tula y Tepeji. De los documentos anteriores resulta que D. Nicolás de San Luis fué el conquistador de Querétaro y D. Fernando de Tapia el Gobernador y pacificador colonial. La conquista real se verificó el 25 de Julio de 1531, día del Apóstol Santiago: al día siguiente sobre una peña que sirvió de altar se celebró la primera misa.

Esta batalla de Sangremal originó el Escudo Heráldico de la ciudad de Querétaro, concedido por el Emperador Carlos V. En el cuartel superior está la Cruz sobre el sol poniente, con dos estrellas á sus lados para indicar el crepúsculo: en el inferior de la derecha la figura del Apóstol Santiago, aparición milagrosa que favoreció á los combatientes, y en el cuartel de la izquierda la feracidad del campo de Querétaro, expresada por unas plantas.

Se fundó en Querétaro una fortaleza y presidio, llamada “Frontera de los Chichimecas” que mandaba militarmente el Exmo. Sr. D. Luis de Velasco, antes de ser Virrey de Nueva España: le sucedió en este cargo, D. Pedro de Quesada, vecino de la misma población.

Incorporados Querétaro y San Juan del Río á la gran Provincia de Jilotepec, se resolvió la conquista del *Baño* y de la *Tierra adentro*; se organizó un ejército numeroso cuyo mando se confió á D. Nicolás de San Luis, con el grado de Capitán General y Comandante Militar de las fronteras chichimecas. Bajo sus órdenes militaron D. Fernando de Tapia y demás caciques; extendió sus conquistas, fundó poblaciones en el interior del país y alcanzó por esto alto renombre de *Conquistador*, valiente y entendido General: consagró sus servicios al soberano de España, que le recompensó con honrosas distinciones.

En 1540, después de la conquista de Querétaro, se le dió posesión del pueblo á las siguientes personas: á D. Baltasar del Campo, D. Juan de Luna, D. Juan Ramírez y D. Miguel de la Paz, indios nobles á quienes distinguió con títulos de *Caballeros* conquistadores y fundadores de Querétaro, dándoles varios sitios y tierras en nombre del Rey de España.

CONQUISTADORES, POBLADORES Y CIVILIZADORES DE QUERÉTARO

Inscripción que se lee en el retrato pintado al óleo, de *Don Nicolás de San Luis Montañez*, conquistador de Querétaro en 25 de Julio de 1531, que se encuentra en los corredores del Convento de la Cruz: "El General Don Nicolás Montañez, Indio Cacique, Señor que fué de Tula, Caballero de la Orden de Santiago, que con el auxilio de 33 Caciques, Cabos principales de Tula y Xilotepec y con 25 mil indios combatientes y 300 caballos, el 25 de Julio de 1531, dió la famosa batalla á un ejército de mayor número de indios bárbaros de la nación chichimeca en el campo y cerro de *San Gremal* (sic), aquí donde hoy se venera el Colegio de los Apostólicos Misioneros de la Santísima Cruz de Querétaro, durando el *sangriento* combate 14 horas con igual furia de uno y otro campo, hasta que por último se aclamó la victoria por el Ejército cristiano, con el auxilio del Patrón de las Españas, el Apóstol Señor Santiago y de la Santísima Cruz, que visible y verdaderamente se apareció en el cielo, la que fué copiada y después se halló entre las lajas al pie de un monte de aquel circuito, hoy se venera milagrosa en el expresado Colegio; así consta de la descripción panegírica del P. Francisco Javier de Sta. Gertrudis.—Año de 1722."

El presente retrato (Lámina 3) es un precioso documento que viene á aclarar las dudas sobre quién fué el verdadero conquistador de Querétaro.

En la pintura está representada la tradicional batalla, la *Cruz aparecida* en las nubes y el Apóstol Santiago que favoreció á los españoles y á sus aliados.

De la misma inscripción del retrato se infiere que el *sangriento combate* duró 14 horas con igual furia de uno y otro campo; la lucha á brazo partido y puño cerrado resultó fabulosa lo mismo que la aparición de la Cruz, que no ha sido la única, pues otra antes se había aparecido al Emperador Constantino y se cuenta también, que en la batalla de Waterloo, casi al obscurecer, se vió en el cielo en una nube, tal vez un cúmulus, figurando una enorme calavera, cuando fué derrotado Napoleón. También las apariciones van sufriendo la evolución de los siglos y de las creencias.

D. FERNANDO DE TAPIA CONQUISTADOR Y POBLADOR DE QUERÉTARO Y SU HIJO D. DIEGO, CAPITÁN GENERAL DE CHICHIMECAS, POBLADOR Y CIVILIZADOR DE LOS CHICHIMECAS

En la información que se levantó para averiguar los méritos de Don Fernando de Tapia, que fué el principal y verdadero conquistador y pacificador de Querétaro, dice una Crónica: "que con buenos tratamientos atrajo á sí á los bravos chichimecas que había en la comarca, andando por las tierras y barrancas, y con ellos pobló á este pueblo, que estaba antes hecho una montaña y un arabuco, esto es, totalmente despoblado; que después, á industria suya y mediante su buena doctrina, atrajo igualmente á sí á los bárbaros chichimecas, con buenos modos, y pobló el lugar de Sichú con sus sujetos (súbditos) hasta el de Pujingia: que también fué el primer poblador y fundador con su gente de los naturales de San Miguel el Grande de los Españoles: y que asimismo con sus amigos y pobladores fundó el primer monasterio de ella, y en fin, que fué el primer descubridor y poblador del Valle de Apaseo."

"Don Diego fué hijo de Don Fernando de Tapia, "indio muy principal," y cacique de la nación Othomita, dice el cronista Fray Isidro Félix de Espinosa, originario de la Provincia de Xilotepec (aunque el Padre la Rea dice que era natural de la Provincia de Huichapa), quien se bautizó á los principios de la conquista de este Reyno, y tenía su domicilio en el pueblo de Xilotepec, cabecera de toda la Provincia Othomí, y allí se casó con una india principal de su misma nación. Estimulado su noble corazón del celo de propagar la fe de Christo, se vino con muchos amigos y parientes suyos acompañado de un Religioso Misionero Franciscano, y por su diligencia quedó formado el Pueblo de San Juan del Río, y de allí pasó á la pacificación del *Pueblo de Querétaro* con las menudas circunstancias que dejó expresadas en el primer capítulo de la

Crónica Apostólica impresa en el año de 1746. Fué Capitán General, y Conquistador de todas las Chichimecas, sustentó á su costa 500 indios de arco y flecha, y acompañó mucho tiempo á los Capitanes Españoles que por orden de Su Majestad estaban en la frontera de las Chichimecas

“Más de cuarenta años se mantuvo en este ejercicio de la guerra, y en este tiempo tuvo por hijo á *Don Diego de Tapia*, y cuando éste llegó á la edad varonil murió Don Fernando, y dejó heredado á su hijo no sólo en cuantiosas Haciendas, sino en generosidad y valor. Quedó por Capitán General de Chichimecas Don Diego, y como la inclinación venía envuelta con la sangre, trató luego de alistar gente, y hacer las entradas á tierras de gentiles, conquistando á unos y pacificando á otros. Salió con muchos indios flecheros llevados á su costa hacia la parte del Norte y tuvo parte en el descubrimiento de las minas de San Luis, llamadas entonces Tangamanga, cuya riqueza de oro y plata le granjeó á aquel lugar el nombre de Potosí, á semejanza del cerro llamado así en el Perú. Ganó á fuerza de armas el pueblo de San Francisco, y lo que llamaban los Bledos. Aquí fundó grandes *Haciendas*, é hizo Molinos de metal grandiosos.

“Descubrió las Minas de los Pozos, que llaman del Palmar, donde tuvo *Haciendas y Molinos*. Haciendo una guiñada hacia el Mediodía en prosecución de sus conquistas, encontró las Minas de Escamela, Tonatico y Guasquiluco, donde levantó *Haciendas* y molinos con la grandeza que arguyen descubrimientos tan grandes. Con todos los gastos considerables que tenía en la guerra, mantenía en la ciudad de Querétaro tan copiosas Haciendas, que pudo sacar de su caudal la grande suma con que dotó al Convento de Santa Clara, y que le quedó tan sobrado caudal para mantenerse con tanta grandeza, que se cuenta de él no haber dejado jamás de socorrer á los que de él se valían, en lo poco ó en lo mucho, y que hacía grandes convites, y presentes muy considerables con que se hizo Señor absoluto de las voluntades de todos los que moraban en Querétaro así españoles como indios.”

Fray Miguel López al ir á Europa para asuntos de su orden hizo presentes al Rey Felipe III los grandes servicios de Don Diego de Tapia, pidiéndole confirmase el nombramiento de Capitán General de Chichimecas, y al mismo tiempo autorizase sus Armas y Blasones.

“Estaban éstas pintadas, continúa el Cronista, en campo blanco en una columna, y á ella arrematado el arco y flechas. Al lado derecho un león coronado, y en las manos una Cruz, y un letrado que saliendo de la boca del león, remata en el capitel de la columna, que dice lo de los Hércules: *Non Plus Ultra*. Al lado izquierdo está una Aguila coronada con una flecha en la mano derecha. En el campo de abajo, al pie de la columna, está una cabeza de León, y una argolla muy grande, pendiente de la boca, con una cadena colgada, y por los lados de la argolla grande, pendientes y engarzadas otras dos pequeñas que vienen á estar trabadas de dos fajas que atraviesan de alto á abajo. Al lado derecho de estas argollas, una laguna con sus patos, y un chichimeca emboscado en ella atalayando como centinela, con un arco y una flecha. Al otro lado está un árbol muy coposo. Las cuales armas confirmó Su Majestad, con la grandeza que esperaba de su generoso pecho y condición, quedando los merecimientos de Don Diego de Tapia con la autoridad que merecían y los deseos del Padre Fray Miguel López premiados. Llegó á las Indias, y tratando con Don Diego qué blasón quería que orlase sus armas, respondió: “Padre, yo me he visto en grandísimos riesgos y peligros en la conquista de los Chichimecas, y á mis pies muertos insignes capitanes, y de todos estos peligros conozco que me libró Dios para ver mis hechos premiados, y así, á El sea la honra y gloria, que es el blasón que puedo poner por orla de mis armas, y así lo pusieron alrededor de ellas: *Soli Deo honor et gloria*.”

“Después de su muerte, fué sepultado en el Convento antiguo de Santa Clara y en el año de 33, “luego que tomaron posesión del *Convento Nuevo*, trasladaron los huesos del Patrón Don Diego de Tapia y los colocaron al lado del Evangelio pintando su efigie en un nicho de la pared, armado de Caballero, y sus armas á un lado, para que la memoria celebrase su generosidad, y so-

bre su sepulcro muy bien labrado de piedra, se grabó el escudo de sus armas y su nombre, por vínculo perpetuo de su memoria."

Durante mi estancia en la ciudad de Querétaro en 1904, procuré investigar el fin de los restos de Don Diego de Tapia y pude obtener de mi buen amigo, el señor Ingeniero Don Juan Plowes Valero los siguientes informes:

"Que los restos existen en Santa Clara, conociéndose el lugar porque hay un tablón que los cubre en vez de la lápida que tenían, la que se perdió, según dicen." Remitió el mismo señor el Escudo Heráldico que tomó del publicado en la tercera edición de "Las Glorias de Querétaro," en 1862, por Don Mariano Rodríguez, "el cual Escudo fué copiado del que existía en Santa Clara dibujado por un señor Rosalío Balvanera, pintor y maestro de este arte aquí."

"Respecto del lugar de la traslación de los mencionados restos, con seguridad puedo decir á Ud. que el Convento se empezó á fundar en lo que hoy es parte del "Mercado Escobedo" y casa del señor Luis G. Contreras y más tarde al lugar en que definitivamente quedó, al cual fueron trasladados."

"El retrato original de Don Diego de Tapia existe en poder de sus biznietos, los que tienen de él muchas cosas que le pertenecieron."

El Capitán General de los Chichimecas pertenece á las glorias que ya pasaron; fué un personaje indígena digno del recuerdo de la Historia, por haber sido el poblador y civilizador de Querétaro.

D. FERNANDO DE TAPIA, SU HIJO D. DIEGO Y LA MONJA FUNDADORA DEL CONVENTO
DE SANTA CLARA, DE QUERÉTARO, DOÑA LUISA DE TAPIA

De una antigua crónica de 1639, se ha tomado lo siguiente:

"Fué Don Diego de Tapia natural del pueblo de Querétaro, hijo de Don Fernando de Tapia, de quien antes que digamos las grandezas del hijo es bien que digamos las del padre, para que el uno con el otro acrediten la nobleza de su sangre. Fué Don Fernando de Tapia indio natural de la Provincia de Huichapa, de donde salió (inducido de su natural inclinación) para la guerra, ejercitándose en ella con los otomíes del pueblo de Querétaro, conquistó todas las chichimecas. Y para su resguardo sustentó á su coste quinientos indios de arco y flecha, que era con los que hacía sus entradas y refrenaba el orgullo que pudiera levantar alguna emulación oculta. Servía también Don Fernando con estos quinientos flecheros de acompañar á todos los capitanes que su Majestad enviaba á las fronteras chichimecas, yendo personalmente con ellos por no dejar de ser verdadero vasallo suyo. Estando ya su hijo Don Diego en edad suficiente para sustituirle en las armas y heredarle su valor, murió Don Fernando de Tapia y quedó por Capitán General de chichimecas su hijo Don Diego. Y como la inclinación vino envuelta en la sangre, luego alistó gente, hizo las mismas entradas que su padre, conquistando á unos y apaciguando á otros. Porque como entonces los chichimecas estaban todavía de guerra, fueron menester los bríos de Don Diego. Prosiguiendo, pues, estas entradas hacia la parte norte, tuvo parte en el descubrimiento de las minas de San Luis Potosí, primeramente llamadas *Tangamanga* cuya riqueza ha sido y es de las mayores del mundo, así de oro como de plata. Ganó á fuerza de armas todo el Valle de San Francisco y lo que llaman los Bledos; aquí fundó grandes haciendas y molinos de metal grandiosos. Descubrió las minas de los pozos que llaman del Palmar, donde tuvo haciendas y molinos y haciendo una guiñada para Mediodía, descubrió las minas de Escamela, Tonicato (?) y Huasquiluco, donde levantó haciendas y molinos con la grandeza que arguyen descubrimientos tan grandes. Y con toda esta grandeza tenía en el pueblo de Querétaro las haciendas de labores, sitios y ganados..... y así su renta era grande, con el ánimo liberal tuvo posible para ostentarse pródigo con cuantos iban á valerse de él. Pues se cuenta, que en lo mucho ni en lo

poco jamás dejó de socorrer á los que se valían de él. Hizo grandes convites y presentes muy considerables, y así fué Señor absoluto de las voluntades; fué hombre de gran talento y muy *ladino*, tardo en aconsejarse, pero presto en resolverse."

"Singular coincidencia de nombres, el Padre Fray Miguel López le aconsejó la fundación del Convento de Santa Clara de Querétaro, en donde quedaron vinculados todos sus grandes intereses en favor de las monjas."

"Las fundadoras del Convento salieron de México con gran pompa de la Casa Matriz el 1º de Enero de 1607, acompañadas del Virrey, de la Audiencia y de la nobleza hasta la Villa de Guadalupe, que dista una legua de México: esa tarde, en presencia de todo el acompañamiento se le dió el hábito á Luisa del Espíritu Santo, hija del patrón del Convento, que *por haberse criado entre las demás*, venía con ellas."

Así volvió Luisa de Tapia á su patria, la ciudad de Querétaro! Su convento lo ha hecho célebre, la prisión de la corregidora Doña Josefa Ortiz de Domínguez, heroína de la Independencia de México.

MAS DATOS BIOGRÁFICOS DE D. FERNANDO DE TAPIA

"En el pueblo de Querétaro, en veinte días del mes de Enero de *mil é quinientos y ochenta y dos años*, el Ilustre Señor Hernando de Vargas, Alcalde Mayor deste dicho pueblo y San Juan del Río y su jurisdicción, dijo que habiéndole entregado el Ilustre y Señor Gordian Cassano, Contador y Administrador General de su Majestad en esta nueva España, la instrucción y memoria de las relaciones que se mandan hacer por su Majestad para el buen gobierno y ennoblecimiento de las Indias del Mar Océano, cometia é cometió á mí, Francisco Ramos de Cárdenas, Escribano Público desta Provincia de Jilotepec, que haga la dicha relación y responda á los capítulos della como su Majestad lo manda y firmólo de su nombre Hernando de Vargas, Ante mí Francisco Ramos, Escribano Público.

"E yo el dicho Francisco Ramos de Cárdenas, en cumplimiento de lo á mí cometido, con toda diligencia y cuidado, he querido y investigado así con indios viejos como por memoriales y pinturas antiguas, que servían á los naturales de escritura, todo aquello que será digno de saber desta Provincia, y para mayor claridad de lo que adelante se ha de decir, es necesario, á todo, que responda á los capítulos contenidos en la dicha instrucción de hacer un poco de digresión y es de saber: que en esta nueva España hay una Provincia que se llama Jilotepec, que tiene en Encomienda, Doña Beatriz de Andrade, viuda, mujer que primero fué de Joan Xaramillo Conquistador, y después lo fué de Don Francisco de Velasco, Caballero de la Orden de Santiago, hermano del Visorey Don Luis de Velasco, de felice memoria; y en Don Pedro de Quesada, nieto del dicho Joan Xaramillo, hijo de hija suya de primer matrimonio. Es una Provincia que lo que está poblado della, del este á oeste, tendrá de largo veinte leguas y de norte á sur otras tantas y más. Toda esta Provincia se gobernaba por un Alcalde Mayor que proveían los Señores Visoreyes que han sido en esta Nueva España, hasta que habrá cuatro años que el Ilustrísimo Visorey, Don Martín Enríquez, la dividió en dos Alcaldías Mayores, y de la que tengo de describir es desde una cerca que está en unos grandes y espaciosos prados llamados El Cazadero, por haber hecho allí una caza muy grande el Señor Visorey Don Antonio de Mendoza, hasta el pueblo de Querétaro, que será distancia de diez á doce leguas y corre de oriente á poniente, y con este presupuesto responderá á los capítulos por su orden, así como se manda.

"Al primer capítulo de la dicha instrucción, digo que en esta Alcaldía Mayor hay dos pueblos principales de que se puede hacer caso, que son cabeceras de doctrina: el uno es el de Querétaro y el otro es el de San Juan del Río, en el de *Querétaro*. Residen en él y en su comarca cincuenta españoles, antes más que menos, que tienen sus haciendas y granjerías (el de Querétaro fué poblado por un indio de la generación de los otomíes que en su gentilidad se llamaba *Conin*, que en la dicha lengua othomí quiere decir ruido; éste era natural de un pueblo llamado

Nopala, que quiere decir lugar de muchos nopales ó tunales, que es una fruta muy buena y gustosa, sujeto al pueblo y cabecera de Jilotepec; este era Pustecatli, que en lengua mexicana quiere decir mercader, y traía su mercaderías á tierra de indios chichimecos que traían guerra con la gente de la Provincia y no reconocían vasallaje á ninguna persona; acudiales también con traerles algunas mantas de hilo que se hacen de un árbol ó planta que se llama maguey, y sal, que era lo que ellos más querían, que no embargante que de natural inclinación eran enemigos, lo acariciaban mucho, y en pago y trueque de lo que el indio *Conin* les traía, le daban cueros de venados, leones y tigres y de liebres de que tenían mucha suma, arcos y flechas, lo cual él vendía muy bien en los mercados de México y su comarca y la tierra de los chichimecos. Era su mojonera con los de Jilotepec los pueblos siguientes: Santiago Tecuautla, San Mateo Hueichiapá, San Josepe Atlán, Sancta María (tleculutl ycatzia), San Gerónimo Acagulcingo, San Lorenzo Tlechatitla, San Andrés Titlmepa, los cuales eran pueblos de la Provincia de Jilotepec y en ellos había guarnición de gente de guerra contra los indios chichimecos; de esta suerte anduvo mercadereando el indio *Conin* hasta que ganó esta Nueva España el valeroso Capitán Don Hernando Cortés, primer Marqués del Valle con los conquistadores que consigo trujo. Viendo el indio *Conin* que los españoles se iban apoderando de la tierra y que ya tenían conquistada su Provincia, acordó de retirarse á la tierra de los chichimecos con quienes contrataba, y para esto convocó siete hermanos y hermanas que tenía, y otros deudos y amigos hasta en cantidad de treinta indios, con sus mujeres é hijos, hizo asiento en una cuevas que están en una cañada por do corre un arroyo de agua media legua de á do está agora poblado el pueblo de Querétaro, y porque en sus juegos y pasatiempos tenían un cercado hecho de unas paredes bajas á do jugaban á la pelota con las nalgas, de un betún que salta llamado hule, y el dicho juego de la pelota, ó cercado se llama en la dicha lengua othomí, Maxeí y así llaman en la dicha lengua othomí al pueblo de Querétaro, *Andamaxei*, que quiere decir, el mayor juego de pelota; y llamáronle así porque las dichas peñas adonde primero pobló el dicho indio *Conin* con su gente, tenían la faición y hechura del cercado do jugaban á la pelota, estuvo el indio en la dicha Cañada y cuevas algunos años teniendo gran amistad con los indios chichimecos sus comarcanos, á los cuales daba de lo que cogía en la dicha cañada, que es tierra fértil, como era maíz, frisoles, y chile, al cabo del cual tiempo vino á la dicha cañada un Caballero llamado Hernán Pérez de Bocanegra, que tenía en Encomienda el pueblo de Acámbaro, Provincia de Mechoacán, que distará desde Querétaro, como once ó doce leguas: como trajo en su compañía indios del dicho pueblo pusieron por nombre á donde residía el indio *Conin* *Querenda*, que en lengua tarasca que es la que se habla en la dicha Provincia de Mechoacán, quiere decir, Peña, que tal era á do estaban poblados, y así se pobló éste pueblo, le llamaron *Querendaro*, añadiendo este *ro* que quiere decir en la dicha lengua tarasca *Pueblo de Peña*, (*Queréndaro*, significa lugar peñascoso y Querétaro, juego de pelota, sinónimo de Tlachco, palabra mexicana) y los españoles corrompieron el vocablo y le llamaron Querétaro. Llegado que fué á la dicha cañada el dicho Hernán Pérez de Bocanegra, empezó hacer regalos al indio *Conin* al cual dijo que fuese su vasallo como lo eran los de Acámbaro, el indio lo tuvo por bien y así empezó á reconocer por Señor haciéndole sementeras de algodón chile y alguna de trigo, que para ello les dió la semilla el dicho Hernán Pérez de Bocanegra, el cual viendo estos indios tan domésticos acordó de les predicar el Evangelio y persuadidos que se tornasen cristianos; el indio *Conin* lo tuvo por bien y así el Hernán Pérez se partió para la Provincia de Mechocacán á traer á un religioso de la orden de San Francisco que andaba en ella bautizando y industriando á los indios de aquella Provincia en las cosas de nuestra Santa Fe: ido el Hernán Pérez de Bocanegra por el religioso, los indios chichimecos desta comarca, viendo quel dicho indio *Conin* trataba y comunicaba con los españoles, le quisieron matar á él y á los que con él estaban de la generación othomí, que ya eran más de doscientos: el indio *Conin* era tan discreto, que entendido esta rebelión los apaciguó dándoles de lo que tenía, y con otras buenas razones, de suerte que no solamente excusó que no le matasen, pero les convenció á que recibiesen la ley de los españoles, que por lo que le habían predicado le parecía muy buena. Vino á

este tiempo el Hernán Pérez de Bocanegra y trajo consigo al religioso, al cual recibieron los indios muy bien, así los othomíes como los chichimecos; el fraile empezó á bautizar y puso por nombre al indio *Conin*, *Don Fernando*, por el Hernán Pérez de Bocanegra, y por sobrenombre *de Tapia*, porque entonces florecía en esta Provincia el nombre de Andrés de Tapia uno de los capitanes de Don Hernando Cortés. Recibido el buen indio *Conin* el agua del santo bautismo y nuevo nombre de *Don Fernando de Tapia*, fué tanta su virtud y cristiandad que sería menester un gran volumen para decir las muchas virtudes que en este bárbaro, nuevamente convertido á la fe, encerraban, pero porque la virtud no quede sin premio y sea ignominia para los cristianos viejos, que por aquí residimos, diré brevemente la vida y bondad de este buen hombre *Don Fernando de Tapia, fundador deste pueblo de Querétaro*. Si acaso lo que dijere por mi bajo estilo no perdiere su valor, con el cual dejó y en su compañía el Hernán Pérez de Bocanegra, un su criado llamado Joan Sánchez de Alaniz, que después fué sacerdote por saber las lenguas othomí y chichimeca con las cuales hizo gran fruto en esta tierra. Viendo éste y el Don Fernando de Tapia la buena disposición que salidos de la dicha cañada había para poblarse, acordaron que pues había gente en abundancia y de cada día acudia mucha más á la nueva de la fertilidad de la dicha tierra, de fundar un muy buen pueblo, y así lo fundaron de la suerte y manera que diré después cuando se trate del capítulo diez y seis desta instrucción. Poblado el pueblo el buen Don Fernando se dió á abrir asequias para que el agua que sale de la dicha cañada les pudiese aprovechar para regar con ella muy grandes tierras que tiene este pueblo, como el día de hoy lo hacen. Tomó tan á pechos las cosas de nuestra fe, que atrajo á muchos infieles y especialmente á los indios chichimecas desta comarca, que á todos los hizo bautizar. Los que no lo habían hecho y todos, le reconocieron vasallaje, cosa que jamás se halló que esta nadie lo reconociese; hizolos doctrinar en las cosas de nuestra santa fe mediante el dicho Joan Sánchez de Alaniz y él personalmente asistía á ello. Vinieron después más religiosos, y dióse orden de hacer un monasterio, el cual hizo y muy suntuoso, el dicho Don Fernando y casa muy apacible y huerta para los dichos religiosos. Dióse á ennoblecer esta tierra, así con plantas de Castilla, como con ganados mayores y menores y otras cosas, como diré adelante, de que vino hacer hombre muy rico; tratábase al uso español en su comida y bebida, en su mesa alta, sillas y manteles y servilletas de Castilla, plata labrada y le servían cubierto: tenía una cosa por excelencia que con ser todos los naturales desta tierra tan dados al vino, ningún hombre dirá con verdad que le vió borracho, aunque siempre tenía una ó dos pipas de vino para su beber, en una bodega; á cada comida bebía tres veces de vino aguado, que me parece que en todo habría un cuartillo, que para un indio y tan viejo como él era no era mucho. Como testigo de vista, he visto que á cualquiera hora del día como de la noche, se podía negociar con él cualquiera cosa que le tratasen; respondía con tan buenas é tan vivas razones, que me espantaban porque cierto era indio de tan buen entendimiento, el cual él mostraba muy bien principalmente en los casos de nuestra fe (porque era muy devoto) oía con mucha devoción todos los días misas que se decían y vísperas de fiestas principales; sustentaba espléndidamente á los religiosos que administraban los sacramentos; hizo muy buen retablo en la Iglesia deste pueblo; castigaba mucho á los naturales que no acudían á misa los días domingos, fiestas forzosas y á los vagamundos; ennobleció este pueblo que es uno de los más lindos y vistoso y regalado de frutas á sus tiempos, que hay en la Nueva España. Fué hombre de mucho pecho y que por defender la jurisdicción deste pueblo y tierras dél, trajo algunos pleitos, era hombre de mucha verdad en lo que trataba y contrataba. Finalmente porque me parece que me alargo mucho á decir loores de un bárbaro, aun que había bien que decir solo diré que él vivió muy bien, y á mi pobre entender, como muy buen cristiano y como tal, habrá once años, que habiendo recibido los santos sacramentos pasó desta vida á la eterna; según se cree, dejó cuatro hijas y un hijo legítimos de su mujer, que hoy vive; el hijo gobierna hoy este pueblo y es de mucha habilidad y merecen los hijos de tan buen hombre que Su Majestad les haga merced."

"No es Don Fernando de Tapia de los hombres ilustres potosinos. Haya sido natural de Nopalá, en la Provincia de Jilotepec, como nos cuenta Francisco Ramos de Cárdenas, ó de Tlaxcala, como dejó escrito su compañero en lides Don Nicolás de San Luis Montañez, ninguno de los pueblos que conquistó ó fundó pertenecen al Estado de San Luis Potosí."

El P. Isidoro Pérez de Espinosa consigna en su Crónica la tradición de que el indio *Contin* conoció á los españoles en Tlaxcala, cual indican su nombre y sobrenombre, el primero de Cortés y el segundo de los dos Tapias, afamados capitanes. Puesto que era mercader y vendía pieles de animales en los mercados de México y su comarca, verosímil es que haya visto á los Castellanos por primera vez en Tlaxcala; mas cuanto al origen del nombre con que fué bautizado, quizá se le ha confundido con un Fernando de Tapia mexicano.

En la PETICION QUE DIRIGIERON A CARLOS V VARIOS CACIQUES MEXICANOS EN 1532, y que Ternaux-Compans inserta en el Apéndice III de las *CRUAUTÉS HORRIBLES DES CONQUÉRANTS DU MEXIQUE*, se expresa así uno de aquellos: "Yo, Dn. Hernando de Tapia, soy hijo del finado de Tapia, y antiguo *TUCOTECLE*, gobernador de México, en tiempo del Marqués del Valle. Después de su muerte, he seguido sirviendo á Vuestra Majestad. Mi padre tenía dos pequeños pueblos, Oztuma y Alaviztla que le dejó el Marqués. Cuando éste volvió á España, se los quitó el Tesorero Alonso de Estrada. Mi padre sirvió lealmente á Vuestra Majestad; hizo las expediciones de las provincias de Pánuco, Tutepeque, y la de Honduras con el Marqués. Fué últimamente en una expedición mandada por Nuño de Guzmán, en la que fué herido con una flecha, de la cual murió. Marchaba siempre como jefe de los naturales, conforme á su calidad. Tenía mi padre también el pueblo de Oxitipa, que hacía administrar por un cacique de México llamado Bartolomé; éste lo conserva; yo suplico á Vuestra Majestad que á dicho cacique le dé este pueblo, que es de poco valor, y me deje los demás."

Con haber sido empero conquistador de chichimecas por los años de 1522 á 1535, merece de todas suertes fijar nuestra atención ya que con sus proezas marcó el rumbo que los españoles siguieron para llegar á estas partes. Por declaraciones del presbítero D. Juan Sánchez de Alánís, dada á 30 de Agosto de 1571, consta de Don Fernando de Tapia: "que verdaderamente fué conquistador y poblador de Querétaro, y con buenos tratamientos atrajo á sí á los bravos chichimecos que había en la comarca, andando por las sierras y barrancas, y con ellos pobló este pueblo de Querétaro que estaba antes hecho una montaña y un arabuco; esto es, totalmente despoblado; que después á industria suya y mediante su buena doctrina, atrajo igualmente á sí á los bárbaros chichimecos con buenos modos, y pobló el pueblo de Sichú con sus sujetos hasta el de Pujingia; que también fué el primer poblador y fundador con su gente de la población de los naturales de San Miguel el Grande de los españoles; que asimismo con sus amigos y pobladores fundó el primer monasterio de ella; y en fin que fué el primer descubridor y poblador del Valle de Apaseo."

Siquiera Don Nicolás de San Luis se adjudique la mayor parte de la gloria que á los caudillos indígenas cupo, ayudando á los castellanos en la conquista de chichimecas, no oculto que Don Fernando de Tapia fué de los principales caciques que desde Tula y Jilotepec hasta Acámbaro, le siguieron y ganaron la tierra con sus brazos y á precio de su sangre. Cuando faltara ese valioso testimonio, bastaría para acreditar los servicios de Tapia el dicho del P. Fr. Alonso de la Rea, según el cual, sustentaba aquel á su costa quinientos indios de arco y flecha, que fué con lo que hizo sus entradas y acompañó á todos los Capitanes que su Majestad enviaba á las fronteras.

De fijo que no tendríamos á mengua alargarnos en decir loores de un bárbaro, al revés de lo que pensaba el descriptor de Querétaro (pág. 17); mas en tanto duerman quién sabe en que archivos la COMPULSORIA DE LA REAL AUDIENCIA PARA LOS MERITOS DE DON FERNANDO DE TAPIA y la información que en su virtud se hizo, imposible será conocer los particulares de sus prósperos ó contrarios sucesos. Parece que murió en 1571. (Pág. 17.)

A su hijo Don Diego, sujeto de mucha habilidad, que gobernó también al pueblo de Queré-

taro, sí le tenemos por nuestro; que prosiguiendo hacia el Norte la entrada de Don Fernando, tuvo parte en el descubrimiento de las minas de San Luis Potosí, primeramente llamadas de Tangamanga, y ganó á fuerza de armas todo el Valle de San Francisco y los Bledos, donde fundó haciendas y molinos de metal grandiosos.

Con sus haberes de Querétaro, consistentes en tierras de labor y estancias de ganado, sobrábale para mostrarse á todos liberal y aun pródigo, cual de verdad era: Cuéntase que ni en mucho ni en poco dejó nunca de socorrer á cuantos se lo pedían, y que daba grandes convites y hacía considerables presentes, por lo que es de presumir si llegaría á ser dueño absoluto de voluntades.

Pues no hay que ponderar lo que acreció su caudal con el fruto de sus conquistas. Descubrió además las minas de Pozos que llaman del Palmar y las de Escamela, Totanico y Huasquiluco, en todas las cuales levantó también haciendas y molinos. Fué en suma un potentado que, siquiera *bárbaro* como su padre, supo ennoblecerse con las prendas de un gran Señor; hidalgo, liberal, piadoso, gastó hacienda y fuerzas en pro de los suyos, en servicio de su rey y en bien de la religión, á la cual dotó con el Convento de Santa Clara.

Si algún día sale á luz la "Probanza del Cacicazgo" de Dña. Luisa de Tapia, hija de Don Diego de Tapia y fundador de dicho real convento, de que nos habla Beaumont, podremos seguramente aquilatar los merecimientos del notable caudillo que á justo título figura entre los prohombres de Querétaro y de San Luis Potosí. Por ahora baste referirnos á los empeños que por alcanzarle un premio de la majestad de Felipe II hizo el P. Fr. Miguel López.

Habiendo sacado testimonios é informaciones de los hechos, servicios y descendencia de Don Diego, los llevó á España y los presentó al rey en demanda de que confirmase á Tapia el nombramiento de Capitán General de chichimecas y le autorizara su escudo de armas. Ocioso es decir que se despachó según pedía. Tiene el escudo de Don Diego una columna en campo blanco y á ella arrimado el arco y flechas. A la derecha, un león coronado y en las manos una cruz; de la boca del león sale un letrero, que remata en el capitel de la columna, y dice como en las de Hércules: *Non plus ultra*. Del lado izquierdo está una águila coronada, con una flecha en la mano derecha. Abajo y al pie de la columna está una cabeza de león, en cuya boca hay una argolla grande con una cadena pendiente, y á uno y otro lado de la argolla otras dos pequeñas en garzadas y trabadas de dos fajas que cruzan de arriba á abajo. A la derecha de estas argollas se ve una laguna con sus patos y un chichimeco en atalaya armado de arco y flecha. Al lado izquierdo hay un árbol de ancha copa.

De regreso á las Indias, preguntó el P. López á Don Diego por el blasón que había de orlar sus armas; y respondió el guerrero: "Padre, yo me he visto en grandísimos riesgos y peligros en la conquista de los chichimecos, y á mis pies, muertos insignes capitanes; de todos estos peligros conozco que me libró Dios para ver mis hechos premiados; y así á El sea la honra y gloria que es el blasón que puedo poner por orla de mis armas." Tal fué la razón de la leyenda que en derredor de ellas se puso: SOLI DEO HONOR ET GLORIA.

No consta la fecha precisa de su muerte. Ocurrió después de la del P. López y antes del año de 1633, pues por el P. la Rea ya citado, sabemos (cap. XX) que el día 21 de Julio de dicho año, después de trasladado procesionalmente el Santísimo Sacramento del viejo al nuevo y suntuoso convento de Santa Clara de Querétaro, apenas acabada la misa solemnísimamente con que se celebró tan feliz suceso, fueron trasladados allí y colocados al lado del Evangelio los huesos de Don Diego de Tapia. En la pared se pintó su efigie, armado de caballero, con sus armas á un lado: allí le vió en tal ocasión su hija Sor Luisa del Espíritu Santo, y allí le hemos admirado nosotros, al cabo de dos y medio siglos.

(Colección de Documentos para la historia de San Luis Potosí, publicada por el Lic. Primo Feliciano Velázquez. Tomo I. Págs. LV á LX.)

CAPITULO III

La Provincia colonial de Querétaro.—Época colonial, conventos y construcciones notables.—Glorias intelectuales de Querétaro.—El Médico D. Pedro Escobedo, fundador de la Escuela y de la Academia de Medicina.

LA PROVINCIA COLONIAL DE QUERETARO



La región de Xilotepec (como se ha dicho) fué conquistada por Moctezuma I, comprendiendo Tlachco ó Querétaro, con otros pueblos de idioma othomí, que constan en el Códice de Mendoza y Libro de Tributos.

“En la época colonial era una provincia gobernada por una sola Alcaldía, de veinte leguas de largo y algo más de ancho, que tuvo en Encomienda Doña Beatriz de Andrada, viuda, mujer que primero fué de Joan Xaramillo, conquistador, y después de D. Francisco Velasco, Caballero de la Orden de Santiago, hermano del Visorey D. Luis de Velasco, y D. Pedro de Quesada, nieto del dicho Don Joan Xaramillo, hijo de hija suya del primer matrimonio.

“La Alcaldía de Xilotepec fué dividida en dos mayores por el Visorey D. Martín Enríquez; la de Querétaro comprendió este pueblo y San Juan del Río, desde el Llano del Cazadero de Don Antonio de Mendoza hasta las fronteras chichimecas de Querétaro.

“San Juan del Río fué fundado y poblado por un othomí llamado Juan Poquito, ó Mexixi mexicano, junto á un cerrillo llamado Iztacchichimecapan, tierra blanca de chichimecos; su fundador se retiró á este lugar porque la invasión y conquista de los españoles se iba extendiendo más y más y con la conquista todas sus consecuencias.

“El temperamento de San Juan del Río es seco y caliente, como desprovisto de bosques, y el de Querétaro caliente y húmedo. Desde San Juan del Río hasta Querétaro, no obstante la falta de pastos y corrientes de agua, pastaban á fines del siglo xvi más de cien mil vacas, doscientas mil ovejas y diez mil yeguas: para compensar la sequedad del terreno en épocas de secas se enviaban ganados á Michoacán.

“Los idiomas que se hablaban en toda esta región eran el othomí y en las tierras chichimecas no conquistadas, su idioma propio, el Pame. y es muy gran parte la barbaridad de su lenguaje, dice la *Instrucción de D. Juan de Vargas*, porque aunque han trabajado en esto los Ministros del Santo Evangelio, con mucha curiosidad, no se han podido imprimir libros de las cosas tocantes á nuestra Santa Fe Católica, como las demás lenguas de esta tierra, por la dificultad de la ortografía en la pronunciación; porque una cosa diciéndola aprisa ó despacio, alto ó bajo, cada una de estas maneras tiene su significación, y quiere decir cosa distinta apartada una de otra, y aunque se ha probado á imprimir una doctrina cristiana verdaderamente la ? entendieron los naturales, y así es gente incomunicable ó intratable á los españoles, que las demás naciones de esta tierra.

“En ese tiempo, solamente había dos personas que hablaban la lengua *pame* ó chichimeca, Juan Sánchez Alanís, que después se hizo sacerdote y Fray Juan Maldonado.

“Entre las principales causas de despoblación deben contarse las diversas epidemias de Ma-

tlazáhuatl, 1576, la mitad de la gente murió, y las enfermedades importadas del otro continente como la viruela.

"El pueblo de Querétaro está galanamente fundado, en forma de un juego de ajedrez, según lo trazó el dicho Juan Sánchez de Alanís, con muy grandes y espaciosas calles, y puestas por muy buen concierto y orden; está asentado en un valle muy llano, aunque procede de un collado pequeño; pasa por los fines del dicho pueblo, hacia la parte del Norte, un río pequeño que nace de la *Cañada*. . . á do pobló el indio D. Fernando de Tapia, primeramente: es mala agua y muy salobre, y poca para lo que era menester en pueblo tan principal. . . (Velázquez, tomo I, página 30.)

"Por el año de 1582, en el pueblo de Querétaro existían solamente cincuenta españoles!!!

"Hay una sierra (?) que dista de Querétaro cuatro leguas, llamada por los españoles Margarita y en othomí Abaxasasny.

"Entre las aguas termales de importancia debe contarse una que está al Poniente de Querétaro, á tres leguas, tan caliente, dice la Relación, "que si se echa una vaca con su cuero, como se ha echado, en muy poco rato se deshace:" también añade la misma Relación, que con esta agua engordan los ganados.

"Notables eran sus productos naturales muy mermados en estos tiempos, pues era entonces muy propagado el cultivo de la uva y no menos el de los higos, granadas, duraznos, membrillos, limas, naranjas, limones y cidras, manzanas, peras y hoy abundan los árboles de aguacates; la verdura de hortalizas, los chilares y los cultivos de camotes; antes Querétaro era productivo en seda y trigo rubicón ó centeno de Castilla la Vieja.

"El Monasterio de franciscanos pertenecía á Michoacán; tenía cinco ó seis frailes, hoy contra las leyes de Reforma, cuenta catorce, y en cuanto á lo pasado, dice la Relación de su Alcalde Mayor, D. Hernando de Vargas, y "podían sustentar en él (monasterio) muy bien veinte y más, porque les hacen muchas limosnas los naturales y españoles."

"El *Hospital* para naturales y españoles, fué fundado por D. Fernando de Tapia, el pacificador y colonizador de Querétaro, por consejos de un fraile francés llamado Juan Jerónimo, tenía una buena Estancia por propios, "en que había agora nueve mil ovejas," para su fundación dió D. Fernando buena cantidad de ellas; y tiene, además, una viña con que se sustentan los pobres."

EPOCA COLONIAL

CONVENTOS Y CONSTRUCCIONES NOTABLES

La época colonial de Querétaro fué de devoción, de prácticas religiosas, de enseñanzas teológicas, de construcciones religiosas, de noble y liberal beneficencia; los sacerdotes, los conventos, los jesuitas tenían en sus manos la enseñanza de la juventud, las conciencias de los habitantes y los principales elementos de la sociedad.

Era su tiempo: la instrucción de la juventud encerrada en un círculo de hierro, no salía de la enseñanza religiosa, no había instrucción pública, la mejor institución de este género en el Colegio de Santa Rosa de Viterbo tenía una sola escuela de primeras letras!!

Las ciencias físicas y naturales estaban excluidas de la instrucción social, así es que los hombres que por su talento sobresalían no entraban más que en el sacerdocio y muy raros fueron los Sigüenza y Góngora, los Alzate, los Mociño y los Escobedo!

Querétaro era la tercera entre las ciudades coloniales de más población y estaba sembrada de iglesias y capillas; muchas de esas construcciones subsisten y desde la primera, el Colegio Apostólico de Propaganda Fide de los franciscanos, se llegaron á contar siete principales instituciones, y después catorce hasta la *Congregación de la Virgen de Guadalupe*, que el clero secular puso enfrente de los conventos de los *frailes*, conventos franciscanos.

El convento de la Cruz, como se llama vulgarmente, es el *Colegio de Propaganda Fide de re-*

ligiosos franciscanos de la Santísima Cruz de los Milagros, primera iglesia que hubo en Querétaro, su primera Parroquia, último refugio del Emperador Maximiliano: fué al principio esa primitiva iglesia el año de 1531 una pequeña ermita formada de ramas y humildes materiales, donde se dijo la primera misa, el 26 de Julio del mismo año de 1531, se albergaron en pequeñas celdas los pocos ministros que había y se alojaron en un improvisado Hospital de indios enfermos.

Al cambiarse de lugar el convento al que hoy ocupa, la milagrosa Cruz de piedra de origen histórico y milagroso, se quedó á descubierto hasta 1654, en que con licencia del Rey se fabricó de nuevo iglesia y convento para los religiosos, guardianes de la Cruz: el año de 1666 estaba ya concluido el convento con todas sus dependencias, por fin en 1683, se entregó á los Padres apostólicos para la fundación del Colegio de Misioneros de *Propaganda Fide*, por Bula del Pontífice Inocencio XI, de 8 de Mayo de 1682.

Con el transcurso de los años, sufrió grandes modificaciones y aumentos según las necesidades. Se instaló la Biblioteca con más de siete mil volúmenes y la iglesia, de preferente culto, reverenciaba la Cruz de piedra que pidieron los chichimecas sometidos después de su conquista, Cruz que hicieron famosa por sus milagros los cronistas Fray Alonso Larrea y Fray Isidro de Espinosa, cuyo retrato existe en los corredores del convento después de la prisión de Maximiliano. (Lám. 10.)

El fundador del Colegio fué un venerable Padre, Fray Antonio Linaz de Jesús María, de la Provincia de Mallorca, que entró en él el 15 de Agosto de 1683, primer Colegio de *Propaganda Fide*, cuyos hijos siguieron camino de Europa, á Cataluña, Castilla, Aragón, Valencia á Cerdeña, Cartagena, Nicaragua, en esta Nueva España, á Zacatecas, Guatemala y San Fernando de México.

Notables por sus letras y talentos produjo este Colegio á Fray Isidro Félix de Espinosa, que escribió el primer tomo de la Crónica de estos Colegios; á José Joaquín Ortega, autor de tres obras piadosas; á Hermenegildo Vilaplana, cronista de este Colegio, que escribió la segunda vida del Venerable Padre Fray Margil de Jesús, la Historia de Nuestra Señora del Pueblito y algunas más.

La fábrica material del convento é iglesia de la Cruz ha tenido en todo este tiempo muchos aumentos y reformas: el año de mil seiscientos noventa y ocho se concluyó el magnífico convento é iglesia que ahora existe, el que se perfeccionó el de mil setecientos veintisiete, en que la generosidad y magnificencia del Rmo P. Fr. Fernando Alonso González, Comisario General de Indias y Padre ex-Ministro Provincial de esta Provincia de Michoacán, renovó la iglesia, su hermosa y elevada torre y sus primorosos claustros, adornando éstos con admirables lienzos de la vida del Seráfico Patriarca y San Antonio de Padua, del valiente pincel del maestro D. Juan Rodríguez Juárez, insigne Apeles mexicano (murió este insigne pintor en México el día 14 de Enero de 1728, de edad de 52 años), los que sirven de admiración á cuantos van á registrar sus primores. Hermoseó también su suntuosa iglesia con colaterales, cálices y otras muchas piezas de plata y oro; fabricó la Enfermería; y en una palabra, le dió todos los aumentos y hermosura que ahora tiene, como lo publican las Gacetas de México en varias partes.

“El Convento Real de Santa Clara de Jesús de religiosas franciscanas (de las Glorias de Querétaro), sujeto á la Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán, administrado por un Vicario, dos capellanes y un sacristán, todos religiosos que nombra el Capítulo cada tres años. Fundóse este monasterio á dirección del R. P. Fr. Miguel López, natural de Navarra, hijo de la misma Provincia, y vice-Comisario General de todas las de este Reyno, y á expensas de D. Diego de Tapia, indio cacique, hijo del famoso conquistador de esta ciudad, y dueño de las más cuantiosas haciendas de esta jurisdicción (el R. P. Larrea hace grandes elogios de este insigne cacique en su Crónica de Michoacán), quien tenía una hija llamada Luisa, á la que deseaba con ansia darle estado; pero sus crecidas rentas no le daban lugar á discernir cuál sería el más acertado: por lo que consultado sobre esto con dicho R. P. López, acordaron, por último, que fundase este convento, y fuese su hija la fundadora. Con esta resolución le dió al instante el cacique

poderes amplios al P. Fr. Miguel para que impetrase las licencias é hiciese las demás diligencias concernientes para la fundación. Practicadas ya todas estas cosas, se fabricó el convento frente del de N. P. San Francisco, en la calle que hoy se nombra de los Cinco Señores, cuyas rejas estaban de la calle que va de la Huerta de dicho convento para San Agustín, y que por eso se llama hasta hoy de las Rejas. Luego que se concluyó vinieron de México las fundadoras, del convento de Santa Clara, las RR. MM. Sor Elvira Sánchez de Figueroa, Sor Mariana de Santa Clara, Sor Catalina de Cervantes, Sor María de San Cristóbal, Sor Ana de la Circuncisión, Sor Florencia de los Angeles y Sor Catalina de San Ildefonso; y del de San Juan de la Penitencia, las RR. MM. Sor Juana de Señor San José y Sor Juana de San Miguel: todas las cuales tomaron posesión de su convento el día catorce de Enero de mil seiscientos siete, en que se celebra el Dulcísimo Nombre de Jesús: fué electa por primera Abadesa la R. M. Sor Elvira Sánchez de Figueroa, y entró por primera novicia, como fundadora y patrona la M. Luisa del Espíritu Santo, hija de D. Diego de Tapia.

“Estuvieron en este convento las religiosas más de veintisiete años, porque en este tiempo se fabricó de nuevo el en que ahora están, cuya conclusión, con la capacidad y grandeza que hoy se admira, es debida al celo y actividad del M. R. P. Fr. Cristóbal Baz, Vicario Administrador que fué de este convento, y después Ministro Provincial de esta Provincia de Michoacán. Se trasladaron las religiosas al nuevo convento en una solemnisima procesión el día veintiuno de Julio de mil seiscientos treinta y tres, por la mañana, dejando el otro por ser bajos, muy pequeño é incómodo. Traslادaron al mismo tiempo los huesos de su patrón D. Diego de Tapia, y los colocaron al lado del Evangelio en el Presbiterio de la nueva iglesia. Esta es ciertamente muy hermosa, está bien adornada de colaterales, y de ricos ornamentos y de todo lo necesario para celebrar como se celebran con toda magnificencia los divinos Oficios. Dentro del cementerio tiene cuatro celdas cómodas para los PP. Capellanes, y es en todo uno de los conventos más famosos de Nueva España. En todo este tiempo, desde su fundación, han florecido en él muchas religiosas, que pasan de cuatrocientas y cincuenta, y entre ellas algunas de notoria solidísima virtud, y varias de familias muy ilustres y distinguidas, siendo las que tiene en el día ciento y ocho profesas. Mas entre todas han sobresalido la Ven. y R. M. Sor Antonia de San Jacinto Estrada y Altamirano, de quien hablamos ya: la R. M. Sor Luisa de Monroy, y la ejemplar y virtuosa Sor María Isabel, conocida en el convento por la Maldonado.

“El convento de religiosos franciscanos descalzos de la Provincia de San Diego de México, que con el título de San Antonio de Padua se fundó en esta ciudad el año de mil seiscientos trece, habiendo comenzado la obra y tomado posesión del sitio donde está fabricado el R. P. Fray Pedro de San Antonio y el Ven. P. Fr. Ricardo de Santa Ana: después de concluido fué su primer Guardián el Ven. P. Fr. Gabriel de los Angeles. Cuenta entre sus dichas este religioso convento el tener depositadas como preciosas reliquias los cuerpos venerables de cuatro extáticos, ejemplares y virtuosos individuos suyos, que son los VV. PP. Fr. Juan Pobre, Fr. Manuel de Jesús, Fr. Alonso de San Aparicio y Fr. Manuel Reynoso, de quienes trata por extenso el sabio y erudito P. Fr. Baltasar de Medina en su Crónica de San Diego de México, donde escribió las vidas verdaderamente portentosas y admirables de estos cuatro venerables religiosos, llenas de maravillas y prodigios. La iglesia de este convento, que se hizo de nuevo y concluyó á sus expensas el Br. D. Juan Caballero y Ocio, á principios del siglo pasado de mil setecientos, es muy amplia, hermosa y clara, toda adornada de colaterales, y bien proveída de ornamentos y de todo lo necesario para los divinos Oficios, que se celebran allí con la mayor magnificencia.

“Es raro encontrar buenas esculturas con las reglas del arte en las iglesias de la época colonial; sin embargo, debe mencionarse una que se venera, colocada en un altar y nicho con vidrieras, que es la prodigiosa imagen de la Virgen de los Remedios, del tamaño de tres cuartas, la que por los años de mil seiscientos diez y seis donó á los religiosos D. Baltasar de Castro, vecino de esta ciudad, protestando que una esclava suya se la había dejado al morir con el objeto de que

la diera al convento. Hizo esta escultura el año de mil seiscientos seis el maestro Francisco Martínez, insigne en ese divino arte.

Del convento de Carmelitas descalzos, dice el autor de las Glorias de Querétaro, lo siguiente:

“El religioso y observantísimo convento de Carmelitas Descalzos de la Provincia de San Alberto de esta Nueva España, cuya patrona y titular es la gloriosa y mística Doctora Santa Teresa de Jesús, el que se fundó y dedicó el año de mil seiscientos catorce, siendo dignísimo Provincial de la sobredicha Provincia el M. R. P. Fr. Rodrigo de San Bernardo, y quedando por su primer Prior ó Prelado el R. P. Fr. Pedro de la Concepción. Para esta fundación cedió muy gustosa su casa y el quinto de sus bienes Doña Isabel González, señora noble y virtuosa de esta ciudad, á cuyo ejemplo se movieron los ánimos de otras varias personas piadosas á contribuir con limosnas para su conclusión. Mas como en aquel entonces no pudo hacerse este convento con toda la comodidad, firmeza y extensión que se necesita para una Comunidad Religiosa, determinó, por los años de mil seiscientos ochenta y cinco, aquel insigne y nunca bien ponderado sacerdote D. Juan Caballero y Ocio, el reedificarlo todo, como de facto lo hizo, fabricando á sus expensas la Iglesia desde los cimientos, y ampliando y renovando todo el convento, y surtiendo la Sacristía con varios ornamentos, cálices, copones, custodia, lámparas y otras muchas alhajas para el adorno del Santo Christo de los Trabajos; por cuyo singular beneficio lo reconoce y lo reconocerá siempre la Santa Provincia de San Alberto por su insigne bienhechor y benemérito patrón. Con motivo de haberse deteriorado en gran manera este convento, y ser muy chica y obscura la Iglesia que tenía, se resolvieron los religiosos á hacerlo todo de nuevo de sus propias rentas; y así lo hicieron por fin, labrándolo todo de cal y canto con la mayor comodidad posible, como ahora existe. Se concluyó el convento el año de mil setecientos cincuenta y seis, y la Iglesia el de mil setecientos cincuenta y nueve, la que es muy hermosa, bien trabajada y adornada de colaterales, todos con muy buenos nichos y vidrieras. Se venera en esta Iglesia en el altar principal del crucero de la derecha, bajo de cristales, la hermosísima y milagrosa imagen del Santo Christo de los Trabajos; que es de bulto y de dos varas de alto, cuya denominación de los Trabajos es muy antigua; bien que también se conoce por el Señor de Santa Teresa: su origen no se sabe de cierto cual fué, ni en el Archivo del convento hay documento alguno que lo diga, sólo se sabe que el año de mil seiscientos ochenta y cinco ya estaba en el convento, porque consta que en ese año le donó el Br. D. Juan Caballero una corona y cantoneras para la Cruz, todo de plata. En las pestes y escaseces de agua han ocurrido varias veces los fieles á esta divina imagen, y han conseguido prontamente por su medio el socorro que se le ha pedido: en el Archivo se conservan muchos prodigios que Dios ha obrado por medio de esta imagen. El año de mil setecientos cincuenta y cinco le fundó el Teniente Coronel D. Joseph Velázquez y Lorea, segundo Capitán de la Acordada, en compañía de otros varios vecinos nobles de esta ciudad, una devota Cofradía con aprobación del Ordinario, la que tiende á su culto y veneración.

“La Iglesia y Colegio de San Ignacio de Loyola, que fué de los Regulares de la extinguida Compañía de Jesús, que se fundó el año de mil seiscientos veinticinco, cuyos insignes patronos y fundadores fueron el Dr. D. Diego Barrientos y Rivera, Alcalde Mayor que fué de esta ciudad, y Asesor del Exmo. Señor Marqués de Cerralvo, Virrey de México, y Doña María de Lomelín su esposa, quienes otorgaron la fundación de este Colegio el día veinte de Junio de dicho año. El primer Colegio é Iglesia que se fabricó era demasiado corto é incómodo, por lo que el Br. Don Juan Caballero y Ocio lo hizo todo de nuevo desde los cimientos á fines del siglo de mil seiscientos; mas el Colegio volvió á fabricarse nuevamente con más amplitud y hermosura como hoy se ve, á costa de los mismos Padres, concluyéndose el año de mil setecientos cincuenta y cinco. Los claustros ó corredores de abajo están adornados con unos hermosos y muy pulidos lienzos de la vida del gran Patriarca San Ignacio, iguales á los de la Casa Profesa de México, pintados todos por el insigne maestro D. Miguel Cabrera. Fué el último Rector de este Colegio el R. P. Andrés Lucena, el año de mil setecientos sesenta y seis hasta el día veinticinco de Junio, en que

fueron expatriados todos los religiosos de la Compañía á las Provincias de Italia, por el Decreto del Rey nuestro Señor Don Carlos Tercero, dado en el Pardo á veintisiete de Febrero del mismo año; y se llevaron de sólo esta Provincia de Nueva España setecientos seis religiosos. Hubo en ella desde su fundación hasta entonces sesenta y cuatro Provinciales, siendo el primero, el P. Dr. Pedro Sánchez, y el último el P. Salvador de la Gándara, que se hallaba en este Colegio haciendo la visita cuando fué la expatriación. (Fué extinguida esta religión por Bula del señor Clemente XIV, dada en Roma en Santa María la Mayor á 21 de Julio de 1773.) Desde entonces quedó todo cerrado á disposición de S. M. hasta el día veinticuatro de Noviembre de mil setecientos setenta y uno, en que fué entregado con todos los paramentos sagrados y utensilios de la Iglesia y Sacristía, por orden de la Junta Superior de Aplicaciones de este reyno, al Doctor D. Joseph Antonio de la Vía, primer Cura Clérigo de esta ciudad, para que trasladase á su Iglesia la Parroquia, por tener sólo prestada para este efecto la de la Ilustre y Venerable Congregación de Nuestra Señora de Guadalupe; donde había estado desde el mes de Febrero de mil setecientos cincuenta y nueve, en que se secularizó pasando á los Clérigos; y hasta el día permanece dicha Parroquia en la Iglesia de los ex-jesuitas.

“Contiguo y anexo á este Colegio está el Real de San Francisco Javier, que es de estudios, el que fundó y donó en un todo el Br. D. Juan Caballero y Ocio, á principios del siglo pasado de mil setecientos: este quedó asimismo como el antecedente enteramente cerrado desde la expatriación hasta el año de mil setecientos setenta y ocho, en que pidió el dicho Cura se le entregase también para que poniendo catedráticos Clérigos se siguiese instruyendo en él, como antes, á la juventud: en efecto se le entregó con todas sus rentas, obras pías y oficinas el día primero de Marzo, nombrándolo por primer Rector de él. Tiene en el día este Colegio dos cátedras de Gramática y Retórica, una de Filosofía y dos de Teología, Moral y Escolástica, las que se dan por oposición y con confirmación del Exmo. Señor Virrey de este reyno: está agregado á la Real y Pontificia Universidad de México, y á su Colegio Conciliar, por lo que obtiene el título de Real y Pontificio Colegio Seminario. Tiene varias Becas dotadas y algunas Capellanías colativas para niños pobres de esta ciudad, y un dote de trescientos pesos que da á una doncella huérfana cada año el día de San Francisco Javier. Este Colegio ha producido muchos hombres insignes en Literatura, y entre ellos se han distinguido el R. P. Dr. Joseph Antonio Hidalgo, de la extinguida Compañía, que estrenó el General de este Colegio con un acto de todo el día: el señor Doctor D. Joseph Rodríguez Vallejo y Díaz, que murió de Canónigo Lectoral de la Santa Iglesia de Valladolid: el Dr. D. Sebastián de Iturralde, Cura que fué de Tlalnepantla: el Dr. D. Manuel Joseph de Herrera y Bracamont, que murió de Cura y Juez Eclesiástico de la ciudad de San Luis Potosí: el Sr. Dr. y R. P. D. Joseph Pereda y Chávez, del Oratorio de San Felipe Neri de México, en donde murió de Inquisidor: el Br. D. Pablo Antonio Peñuelas, Traductor General de Letras Apostólicas: el R. F. Dr. D. Manuel de Iturriaga y Alzaga, Canónigo Doctoral que fué del Obispado de Valladolid, y en el día Presbítero del Oratorio de esta ciudad: y otros muchos que no refiero por excusar prolijidad. Venérase en la Capilla interior de este Colegio una prodigiosa estatua de bulto, de dos tercias, del Apóstol de la India San Francisco Javier, imagen tan portentosa, que en cualquiera casa de enfermos donde va, deja continuamente las más admirables señales de su beneficencia y su piedad.

“El convento de San Pedro y San Pablo de religiosos dominicos, perteneciente á la Provincia de Santiago de México, fundado en esta ciudad el año de mil seiscientos noventa y dos por el Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. Fr. Felipe Galindo y Chávez, natural del puerto y ciudad de Veracruz, el que no concluyó por haber sido nombrado el año de mil seiscientos noventa y cinco Obispo de Guadalajara en la Nueva Galicia, donde murió el día siete de Marzo de mil setecientos dos: por lo que el Br. D. Juan Caballero y Ocio concluyó el convento, é hizo la Iglesia á sus expensas, la que se dedicó el año de mil seiscientos noventa y siete, siendo su primer Prelado el R. P. Pred. Fr. Andrés del Rosario. Tiene esta Iglesia al lado izquierdo la hermosa capilla de Nuestra Señora del Rosario, muy bien adornada, en cuyo altar principal se venera su prodigiosa y

bellísima imagen de bulto en un vistoso nicho de plata con vidrieras. En esta capilla está erigida la devota Archicofradía del Santísimo Rosario, la que estuvo antes fundada y unida en el convento grande de San Francisco con la de la Purísima Concepción hasta el día veintisiete de Enero de mil seiscientos noventa y cuatro, en que se dividió y pasó al convento de Santo Domingo, con sus alhajas, rentas y obras pías. El altar mayor de Nuestra Señora, que está dentro de dicha capilla, fué consagrado por el Illmo. y Rmo. Dr. Fray Santiago Hernández, Obispo de Hierocesarea y Vicario Apostólico en el Reyno de Tunquín, el siete de Septiembre de mil setecientos sesenta, con las reliquias de San Vicente, San Felicísimo y San Felipe de Jesús. En este convento han florecido algunos religiosos de especial virtud y literatura; mas entre todos sobresalió ciertamente el Ven. y R. P. Presentado Fr. Ildefonso Pérez Cabrera, natural del pueblo de San Pedro Tolimán, poco distante de esta ciudad: fué religioso inmaculado y ejemplar en todo género de virtudes, celosísimo propagador de la devoción del Santísimo Rosario: murió en este convento á los cincuenta y un años de edad, á fines del año de mil setecientos cincuenta. Dentro del cementerio de dicho convento, al lado izquierdo de la Iglesia, en la misma dirección mirando hacia el Oriente, está la capilla de la Venerable Orden Tercera, pobremente adornada, en la que sus individuos hacen en Adviento y Cuaresma sus ejercicios de devoción y penitencia.

“El Real Colegio de Santa Rosa de Viterbo de Hermanas Terceras enclaustradas de N. S. P. San Francisco, que se fundó en esta ciudad en un sitio y posesión que por los años de mil seiscientos setenta era de un pobre, pero honrado y virtuoso vecino suyo nombrado Juan Alonso, el cual dejó tres hijas, que después de su muerte fabricaron en él unas celditas de adobe para vivir en ellas, bajo la dirección del Ven. P. Fr. Francisco Frutos, Misionero Apostólico del Colegio de la Santa Cruz de esta ciudad, una vida recogida y virtuosa: y desde entonces vistieron el hábito descubierto de la Tercera Orden de San Francisco. Después de la muerte de este Venerable Padre se fueron agregando á aquellas tres retiradas doncellas algunas otras niñas de honradez y buenas inclinaciones, por consejo del Ven. P. Fr. Antonio Margil de Jesús, Misionero Apostólico del sobredicho Colegio de la Santa Cruz, y bajo el amparo y protección de aquel grande y verdadero padre de la patria y de los pobres el Br. D. Juan Caballero y Ocio, quien les fabricó hacia los años de mil seiscientos noventa y nueve, en la huerta de la casa en que vivían, un Oratorio pequeño para que hicieran sus ejercicios de penitencia y rezaran sus devociones. Fué la primera Rectora de este Colegio la mayor de las tres hijas de Juan Alonso, que era Francisca de los Angeles, doncella de grande virtud y espíritu. Con grandes trabajos y fatigas estuvieron viviendo en este recogimiento y arreglo hasta que el Exmo. Señor D. Baltasar de Zúñiga, Duque de Arion y Marqués de Valero, Virrey de México, les impetró del Rey nuestro señor, cuando pasó de Presidente al Supremo Consejo de las Indias, una Real Cédula con fecha de veintinueve de Julio de mil setecientos veintisiete, para que asegurasen su estabilidad y permanencia, erigiéndose en Colegio Real con el título de Santa Rosa de Viterbo. Posteriormente les expidió N. S. P. el Señor Clemente XII una Bula dada en Roma el día once de Julio de mil setecientos treinta y dos, en que manda estén sujetas siempre al Ordinario, y en que las hermanas con la religión seráfica, concediéndoles todas las gracias, indulgencias y privilegios que gozarían si estuviesen sujetas á dicha sagrada religión. Cuando recibieron estos admirables privilegios vivían con gran trabajo en un pequeño Colegio, que tenía una Iglesia muy reducida, en el que estuvieron hasta que el Teniente Coronel D. Joseph Velázquez de Lorea, segundo Juez de la Real Acordada, les fabricó un famoso Colegio con claustros ó corredores altos y bajos, y con el suntuoso templo y hermosa Sacristía que ahora tiene; todo ello de tan fina y arreglada arquitectura que es una de las mejores obras que ilustran y ennoblecen esta ciudad. Se dedicó la Iglesia en los días veintidós, veintitrés y veinticuatro de Enero de mil setecientos cincuenta y dos, con tres magníficas funciones, la que es ciertamente muy hermosa y está vistosamente adornada de bellísimos colaterales: su Sacristía se halla proveída de paramentos sagrados, y todo con tanto esmero y limpieza, que siempre se celebran allí los divinos Oficios con la mayor decencia y devoción. En el día está habitado este Colegio de muchas Hermanas de hábito y un gran número de niñas, que

están allí recogidas, guardando clausura voluntaria. Se observan en él sus Reglas y Constituciones particulares con tal exactitud y vigilancia, que pueden juzgarse sus individuos como unas religiosas las más austeras y observantes. Venérase en el Coro bajo de este Colegio, en un nicho con cristales, una hermosísima efigie de cuerpo entero, de bulto, de cosa de una vara, de su gloriosa Patrona y titular Santa Rosa de Viterbo, de hechura napolitana, tan perfectamente acabada, que es el encanto de cuantos tienen la dicha de verla y venerarla. En este virtuoso Colegio han florecido muchas individuos suyas, insignes en virtud y santidad; pero entre ellas se han distinguido ciertamente sus dos VV. Fundadoras la Hermana Francisca de los Angeles, su primera Rectora, que murió en gran fama de santidad á los setenta y siete años, siete meses y catorce días de su edad, el día siete de Junio de mil setecientos cuarenta y cuatro, cuya vida admirable dejó casi al acabar de escribir el R. P. Fr. Hermenegildo Vilaplana, Cronista del Colegio de la Santa Cruz de esta ciudad, y la Hermana Isabel María de Santa Rosa, natural de esta misma ciudad, que también fué Rectora, la cual murió colmada de virtudes y santas obras á los cien años de edad, el día diez y ocho de Febrero de mil setecientos setenta y cuatro. Nos dejó escrita su vida en una carta edificante, que se guarda en el Archivo del Colegio, el Br. D. Joseph Ignacio Cabrera, Capellán que fué del convento de Capuchinas de esta ciudad."

EL CONVENTO DE CAPUCHINAS DE QUERÉTARO, ÚLTIMA PRISIÓN DEL EMPERADOR MAXIMILIANO

"El religiosísimo convento de Señor San José de Gracia de Pobres Monjas Capuchinas, fundado en esta ciudad á solicitud y cuidado del Sr. Dr. D. Joseph de Torres y Vergara, Maestrescuelas, Dignidad de la Santa Iglesia Metropolitana de México, como Albacea y tenedor de bienes del Br. D. Juan Caballero y Ocio, que dejó destinada gran porción de su caudal para esta fundación. Impetráronse para la fábrica del convento y la traslación de sus fundadoras una Cédula Real que se dignó expedir el Rey nuestro Señor D. Felipe V, con fecha de diez y ocho de Septiembre de mil setecientos diez y siete, y una Bula Pontificia expedida en Roma por nuestro Santísimo Padre el Señor Clemente XI, en diez de Marzo de mil setecientos diez y ocho. Fueron sus primeras fundadoras las VV. y M. RR. MM. Sor Marcela de Estrada y Escobedo, Sor Catalina, Sor Nicolasa Gertrudis, Sor Jacinta María, Sor Oliva Cayetana, Sor Josefa María, todas de dentro del Coro, y Sor Petra Francisca de fuera de él: todas las siete salieron del convento de Capuchinas de San Felipe de Jesús de México, la tarde del treinta y uno de Julio del año de mil setecientos veintiuno, yendo á sacarlas en persona el Exmo. Señor Marqués de Valero, Virrey de esta Nueva España, y el Illmo. y Rmo. señor Maestro Don Fray Joseph Lanciego y Eguilaz, Arzobispo de México. Llegaron á esta ciudad el día siete de Agosto, y bajándose de los coches en el convento Real de Santa Clara, fueron de allí conducidas el mismo día en solemne procesión á su nuevo convento, en donde quedó por primera Abadesa y Prelada la Ven. M. Sor Marcela, y por Vicaria la R. M. Sor Catalina, bajo la dirección y cuidado del Br. D. Felipe de las Casas, Comisario del Santo Oficio por la Suprema y General Inquisición, Juez Eclesiástico de esta ciudad, y primer capellán de dicho convento. Dedicóse su Iglesia con tres magníficas funciones el día treinta y uno de Agosto, en el que tomaron el hábito las dos primeras novicias, con los nombres de Sor María Josefa y Sor María Micaela. Desde entonces hasta el día veinte de Abril de mil ochocientos dos han profesado en este Sagrado Monasterio ochenta y nueve religiosas, han muerto cincuenta y cinco, viven en el día treinta y cuatro, y lo han gobernado quince Preladas.

"La Ven. M. Sor Oliva Cayetana, fundadora de este convento, que fué dos veces casada, y renunció más de un millón de pesos por tomar el hábito de Capuchina, la que murió colmada de virtudes el día veinticuatro de Marzo de mil setecientos cuarenta y uno, como lo expresa su sermón fúnebre, predicado en sus honras el día veintiuno de Mayo de mil setecientos cuarenta y dos por el R. P. Fr. Juan Subía, Predicador General de la Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán.

“Hubo otra fundación no menos interesante: El convento de Nuestra Señora de los Dolores de religiosas Agustinas de la Provincia de San Nicolás de Michoacán, autorizada por Cédula del Rey Felipe V, de diez y seis de Enero de mil setecientos veintiocho, á expensas del Capitán Don Julián Díaz de la Peña, que dió casi todo su caudal para la construcción de su Iglesia y convento. El templo fué dedicado el 31 de Octubre de 1745.

“El Hospicio de religiosos de Nuestra Señora de la Merced, de la Provincia de la Visitación de esta Nueva España, era una construcción pequeña y humilde en que no se habían invertido capitales de ningún género.

“El Real Colegio de San José de Hermanas *Terasas Carmelitas Descalzas*, erigido canónicamente por el Exmo. Illmo. Sr. Dr. D. Juan Antonio Vizarrón y Egarrieta, Arzobispo de México y Virrey de esta Nueva España: tuvo principio este Colegio á fines del año de 1736, fundado por doncellas pobres y virtuosas bajo la observancia de la Regla de la Seráfica Madre Santa Teresa de Jesús. Se erigió el Beaterio el 19 de Marzo de 1740 con diez y ocho personas de comunidad.

“Por el mes de Noviembre del año de 1768 estableció en este Colegio la Enseñanza de las niñas, el Exmo. señor Cardenal de Lorenzana, entonces dignísimo Arzobispo de México. Con fecha 7 de Junio de 1791, y 16 de Febrero de 1800, expidió S. M. dos Reales Cédulas en que se digna erigir este Beaterio en Colegio Real de Enseñanza, bajo su protección, dando licencia para que se fabriquen un templo nuevo y viviendas cómodas para su desahogo. En el día está ya concluída la nueva Iglesia de bóveda de más de 32 varas de largo, con su Sacristía y otras piezas anexas á ella. Se bendijo y colocó la primera piedra para la obra el día 3 de Abril de 1800, cuya fábrica ha corrido al cuidado del Sr. D. Juan Antonio Jáuregui y Urrutia, Marqués del Villar del Aguila, Síndico del Colegio, quien ha erogado la mayor parte de sus gastos de su propio caudal, pues han sido cortas las limosnas que para ella se han colectado. Se dedicó y estrenó esta nueva Iglesia con toda solemnidad el día 20 de Julio de este año de 1802 (año en que escribía el autor de las *Glorias de Querétaro*), en que se celebró el Tránsito del Gloriosísimo Patriarca Señor San José. Está también ya concluída una pieza hermosísima en que se ha puesto la Escuela Gratuita, en la que se enseña todo género de niñas á leer, escribir, rezar y coser, etc., por medio de una Hermana de hábito de las más instruídas del Colegio. Dentro de breve va el referido señor Marqués á fabricar de nuevo un Niñado en donde vivan por separado las niñas colegialas con una maestra, las que en ciertos días y circunstancias usan sus vestidos morados de carro de oro. Asimismo van á emplear las viviendas y á construir enteramente de nuevo lo mejor que se pueda, sus oficinas y demás necesarios, así del Niñado como del Colegio, para que se puedan admitir más niños para su educación.

“El Oratorio y Congregación del gran Padre y Patriarca San Felipe Neri, fué fundado en esta ciudad el año de 1763. Dió principio á esta fundación (negociando los informes favorables de esta ciudad, de las sagradas comunidades religiosas, del Illmo. Señor Arzobispo de México y del Exmo. Señor Virrey de estos reynos) el Ven. y R. P. D. Martín de San Cayetano Jorganes, Presbítero que fué de la Congregación del Oratorio de la Villa de San Miguel el Grande, en el año de 1755, cuyas diligencias ya despachadas enteramente en España, á solicitud é influjo del Exmo. Señor D. Juan Francisco Güemes y Horcasitas, Conde de Revillagigedo, Virrey que fué de México, y gran devoto de San Felipe Neri, le vinieron en derecho al Sr. Dr. D. Juan José de Eguira y Eguren, Canónigo Magistral de la Santa Iglesia Metropolitana de México, y Obispo electo de Yucatán, quien dirigiéndolas á esta ciudad al Br. D. José Ignacio Cabrera, Capellán del convento de MM. Capuchinas (por haber muerto ya el Ven. P. D. Martín), pagó éste sus costos, y avisó al R. P. D. Marcos de Ortega, Presbítero del Oratorio de San Miguel, que viniese á plantar la fundación. Vino en efecto al instante dicho Padre, y labrando una pequeña Iglesia y una casa muy estrecha, colocó al Santísimo Sacramento con la mayor solemnidad posible el día 21 de Noviembre de 1763. Allí estuvieron los Padres é hicieron sus santos ejercicios hasta el día 16 de Mayo de 1800 en que se mudaron á la casa é Iglesia que están fabricando de

nuevo, colocando al Santísimo en el Oratorio Parvo ínterin se concluye el templo principal. Se comenzó la obra de esta nueva Iglesia el año de 1786, bendiciendo y colocándose la primera piedra el día 8 de Diciembre y erogando sus costos la cristiana generosidad de D. Melchor de Noriega, Caballero de la Orden de Santiago y vecino rico de esta ciudad, quien después de haber gastado en ella más de veinte mil pesos, murió el año de 1793, con cuya muerte estuvo suspensa la obra algunos años, hasta que Doña María Cornelia Codallos dejó en su testamento el residuo de sus bienes para que se concluyese la Iglesia, á la que en el día sólo le falta que cerrar el cimborrio y la última bóveda que cae sobre el Coro. Es ciertamente este templo suntuosísimo, primorosamente labrado, muy grande y espacioso, y uno de los mejores y más hermosos que tendrá esta ciudad. La Sacristía que ya está concluída, es magnífica y gallarda, con una bella cúpula que le comunica mucha luz por siete ventanas rasgadas que la hermosean. Toda esta costosa y prolija obra es debida al cuidado, celo y actividad infatigable del R. P. D. Dimas Díez de Lara, actual Prepósito de este Oratorio, quien está también labrando, á expensas de algunos bienhechores, un famoso Tabernáculo de alabastro y piedra jaspe para el altar mayor, y algunas viviendas muy cómodas, así altas como bajas, para la habitación de los Padres. Es digno ciertamente de que hagamos aquí un dulce recuerdo del venerable fundador de esta Santa Congregación, que fué el R. P. D. Martín de San Cayetano de Jorganes, hombre digno de la mayor veneración y de inmortales elogios, por su virtud y santidad. Fué natural de la feliz y antigua ciudad de Pátzcuaro en el Obispado de Michoacán, en cuya Diócesis fué Cura interino algunos meses, de donde pasó por consejo del Ven. P. Margil á ser felipense á la Villa de San Miguel, y de allí vino á esta ciudad á promover la fundación de este Oratorio. Desde el mismo instante en que llegó fué admirado y venerado de todos como un varón virtuoso y ejemplar, pues lo hacían recomendable su profunda humildad, su continua oración, su austera penitencia, su ferviente devoción, su inalterable paciencia, y los casos raros en que manifestó la luz sobrenatural con que penetró algunas cosas ocultas, y con que se anticipó el conocimiento de otras. Murió colmado de virtudes y santas obras á los 71 años de edad, el día 5 de Abril de 1760. Hasta el día dura aún en esta ciudad la buena memoria de este grande amigo de Dios, de este varón verdaderamente iluminado, de este hijo legítimo del gigante Espíritu del incomparable Patriarca San Felipe Neri, cuya vida y heroicos hechos habían de estar escritos, como dijo en cierta ocasión un elocuente y sabio orador (el Br. D. José Ignacio Cabrera, Capellán del convento de Capuchinas), con letras de oro. Nos dejó escrita su asombrosa vida, en un estilo florido y elegante, el R. P. Fr. Hermenegildo Vilaplana, Cronista del Colegio Apostólico de la Santa Cruz de esta ciudad, la que corre impresa en México el año de 1760.

“Estas son las iglesias y conventos que tenía en aquel tiempo la ciudad de Querétaro, la que tenía, además, 17 capillas públicas, repartidas en los barrios para que los vecinos pudieran oír misa con toda comodidad en los días festivos.

“Las últimas construcciones de la época colonial que se proyectaba fundar, fueron el Convento de *Religiosas Carmelitas Descalzas*, un Hospicio para Sacerdotes, un *Colegio para la Enseñanza de las Niñas Seculares*, una casa para una Escuela gratuita de primeras letras para niñas de todas clases, un Hospital y otra casa de Recogidas para malas mujeres.

“Por último, á extramuros de la ciudad se encuentra una Iglesia llamada Santuario del Pueblito que desde sus principios se ha venerado en un pequeño pueblo nombrado San Francisco Galileo que dista de la ciudad cerca de dos leguas.

“El Templo de Guadalupe, fué perfeccionado y dedicado por el insigne benefactor de Querétaro Br. D. Juan Caballero y Ocio en 1659. El clero de Querétaro agenció las órdenes para la fundación del Templo Guadalupano, de la Reina Gobernadora, el día 10 de Octubre de 1671, teniendo por razón principal el ser entonces la tercera ciudad populosa de Nueva España; comenzaba ya la rivalidad entre los conventos y el Clero Secular, los primeros habían absorbido todas las ventajas del culto y los segundos fabricaron este fastuoso y elegante templo para combatir la influencia de los primeros: esta fábrica da una idea completa de la devoción de la época

en la ciudad de Querétaro que todo lo sacrificaba al culto cristiano. En la Iglesia se conservaban, ignoro si todavía, algunas pinturas de Echave, que debían ocupar un lugar distinguido en el Museo del Estado.

GRAN POMPA CON QUE SE DEDICÓ EL TEMPLO GUADALUPANO DE LA CIUDAD DE QUERÉTARO

MÁSCARA CON QUE LE FESTEJARON LOS INDIOS CON DANZAS Y TRAJES DE LA ÉPOCA ANTERIOR A LA CONQUISTA Y CON UNA CABALGATA DE LA POBLACION COLONIAL

“Luego que entró la noche del sábado 11 de Mayo, se iluminaron con candilejas y mecheros todas las calles, casas y azoteas de la ciudad, principalmente las de la habitación del Br. D. Juan Caballero y Ocio: En todas las ventanas y balcones se encendieron un sinnúmero de faroles y hachones: la Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe se iluminó toda, y se adornó con cortinas, flámulas y gallardetes. En esta misma noche y en las siete siguientes se quemaron unos fuegos artificiales de lo mejor que pudo hacerse, con admirables invenciones de fuentes de incendios, de sierpes horrorosas, de gigantes desmesurados, de toros, de caballos y muchos hombres armados con lo que estuvo la gente sumamente divertida y llena de regocijo y alboroto, prorrumpiendo en gritos de alegría, en vítores y vivas. Duró toda la diversión de aquella noche algunas horas, y antes de asomar la aurora que anunciaba el siguiente día domingo, comenzó á tocarse la Alba con un general alegre repique de todas las campanas, á las que acompañaron una gran multitud de tambores, clarines y chirimías, que estaban repartidas en el cementerio ó atrio de la Iglesia.

“Amaneció en fin el domingo, y franqueada la Iglesia al numeroso concurso que ya estaba esperando á la puerta, tomaron sus respectivos asientos el Ilustre Ayuntamiento, los Prelados de las Sagradas Comunidades, los demás Religiosos, Eclesiásticos y muchísimas personas de lustre y de nobleza. Iluminóse el altar mayor con cerca de trescientas velas de á libra: esparcieron-se por toda la Iglesia y Presbiterio tanta copia de flores, que poco ó nada se exagerará su abundancia en decir que su costo casi igualó al de la Reyna Cleopatra, quien gastó sólo en rosas un talento en el célebre suntuoso convite que hizo al romano Marco Antonio. A la hora competente para principiar los Oficios se descubrió el Santísimo Sacramento y se dispuso en contorno de la Iglesia una devota procesión, que sólo en el corto distrito por donde anduvo fué menos que la de la tarde antecedente, pues en ella se repitieron todas las cosas que recomendaron á la otra de grande. Siguióse la misa, que se ofició con un completo y armonioso golpe de música, cantándola el R. P. Predicador Fr. Juan Gutiérrez, Guardián que era entonces del convento grande de N. P. San Francisco de esta ciudad, mostrando la Ven. Congregación en la acción de haber iniciado este día sus funciones con la religiosa familia franciscana, las atenciones cortesanías y respeto político que deben tener los feligreses con sus párrocos: asistieron de Diácono y Subdiácono dos religiosos graduados del mismo convento: y tuvo admirable complemento toda la función, mereciendo estrenarse el púlpito de la nueva Iglesia con el magisterio crudísimo y grande del M. R. P. Provincial Fr. Nicolás de León, quien desempeñó tan gloriosamente la elección acertada que se hizo de su benemérita persona para el sermón de este día, que habiendo predicado casi dos horas, todos escucharon con sumo gusto sus elocuentes y muy eruditos conceptos.

“Esto bastaba para complemento del día; pero queriendo el General D. Antonio Ramírez Arellano, Alcalde mayor entonces de esta ciudad, manifestar el regocijo con que estimaba la casualidad de haber sucedido esta función en el tiempo de su gobierno, valiéndose de D. Diego de Salazar, Gobernador de la República de los indios de esta jurisdicción, dispuso una Máscara en que sólo ellos interviniesen, para que en esta ocasión se esmerase únicamente el singular cariño que tienen los naturales á María Santísima de Guadalupe. Será imposible el poder hacer una completa descripción de este vistoso festín; pero no obstante se hará lo que se pueda, aunque la incredulidad lo censure.

“A las tres de la tarde comenzó á manifestarse por la publicidad de las calles, dividida en

cuatro trozos, de los cuales el primero no tuvo cosa especial que mereciese alabanza, por haber sido una desordenada confusión de chichimecos montaraces, que sin otra ropa que la que permitió la decencia y sin más adorno que los colores terrizos con que se embijan los cuerpos, afeadas las desgrednadas cabezas con multitud de plumas ordinarias, y haciendo un remedo de sátiros fingidos ó de los soñados vestiglos, horrorizaban á todos con algazaras y estruendos, mientras jugando con los arcos y las macanas daban motivo de espanto con el bárbaro tumulto de sus irregulares y temerosas peleas. Más aplausos consiguió una Compañía de infantería con que se principiaba la Máscara: componíase de ciento ocho mancebos, á seis por fila, todos iban bellamente adornados con exquisitas galas á la española, y con los sombreros hermoseedos con variedad de plumas y garzotas; pero nada de esto admiró tanto á los circunstantes, el ver que sin mayor estudio y ninguna práctica dispusieron su marcha con orden tan admirable, que muy poca ventaja les llevaron los soldados veteranos en el compás de los movimientos, en la igualdad de las filas, en la uniformidad de las descargas, en la presteza de volver á cargar, y en el concepto de escuadrarse y de salir. Causó también asombro la ligereza con que jugaba una pica el que capitaneaba esta segunda tropa.

“Seguíanse luego cuatro clarines con otros tantos caballos engualdrapados de frisa encarnada ribeteados con guarniciones de plata, cuyas dulces cadencias y trinados redobles fueron plausible prólogo del tercero y más principal trozo de la lucida Máscara, que se compuso de la Grandeza India, que aunque gentílica y bárbara mereció las aclamaciones de augusta á beneficios del Cetro que rigió en otro tiempo el dilatado Septentrional Imperio de Occidente. Y claro está que fuera monstruosidad censurable el que para manifestar su regocijo los indios se valiesen de ideas extrañas, cuando en la de sus Emperadores y Reyes les sobró asunto para el lucimiento y la gala: todos iban vestidos según las antiguas galas que se manifiestan en las pinturas y que se perpetúan en la memoria, siendo en todos tan uniforme el traje, como rica y galante la textura de sus extraordinarios adornos. Capitaneaba la tropa el que ideaba al gran Capitán General de los chichimecas conquistador de los Valles de San Francisco y de los Bledos, y descubridor de las Minas de Tangamanga, que llaman hoy de San Luis Potosí, y de las de los Pozos, Don Diego de Tapia, natural de esta ciudad, de quien hemos hablado ya. Seguíase el anciano Xolotl, primer Emperador de los chichimecas en la última población de estas provincias después de la memorable Reyna de los Toltecas; y á este Nepaltón, Tlotzintecutli, Quinantzin, por otro nombre Tlaltecatzin, Techotlala é Ixtlilxúchitl, todos seis del linaje chichimeco, y á quienes sucedieron los dos Tepanecas Tezozomoc y Maxtla, que aunque tiranos gozaron la universalidad del dominio en que por muerte y rota de los ejércitos de éste entró el cuarto Rey de los mexicanos aztecas Izcoatl, y consiguientemente Motecuhzoma Ilhuítzotl, Motecuhzoma Ilhuicamina, Axayacatzin, Tizozic, Chalchiutonal, Ahuitzotl, Xocoyotzin, Cuitlahuatzin, y el infeliz y desgraciado Cuauhtémoc. No dejaron de acompañar á éstos los tres primeros Reyes mexicanos Acamapíchi, Huitzilíhuitl y Chimalpopoca, aunque no gozaron de esta grandeza, como ni los seis últimos de Tetzcoco, que jamás tomaron después de Ixtlilxúchitl, Netzahualpilli, Cacamatzin, Cuicuitzcal, Cuauacotzin é Ixtlilxúchitl segundo.

“Llevaban todos adornadas las cabezas con el Xiuhzolli, que era divisa propia del Señorío, estando cada uno de ellos primorosamente esmaltado de riquísimas joyas con piedras preciosas y todo género de perlas: llevaban también la estimable trenzadera del Quetzaltlapiñoni, y los vistosos plumeros con que se hacía más primorosa su gala, como son el Malacaquetzalli, Tlaunquecholtontec y Aztatzontli, con esto todos uniformes en la preciosidad de las plumas y todos singulares en lo exquisito de su admirable disposición lucieron en pies y manos el Ixitecucuextli, Ixipepetiachtlí y Matzopetztlí, y sobresalieron las extraordinarias curiosísimas Mantas, que sólo servían á la Majestad en el Trono, que llamaban Xiuhltlapiñiltlatli y Netlaquechilloni. Pero ¿para qué es cansarnos en individualizar sus aliños, cuando por referirlos en su elegante lengua, puede ser que fastidie á quien ignore el idioma mexicano? Terminaba esta lucidísima tropa con la Persona augusta del invictísimo Emperador Carlos V, en quien recayó esta occidental

Monarquía, la que iba adornada con todas armas grabadas de oro y pavonadas de negro, montado, como sus predecesores, en famosos y muy bien enjaezados caballos.

"Seguíase un carro triunfal muy magnífico y admirable: el tendido que sustentaban las ruedas tenía seis varas de longitud, tres de ancho y doce de altura: monteábase en este desahogado distrito, sobre unas ondas muy bien fingidas de velillo de plata, blanco y azul, un hermoso barco, cuyos costados estaban admirablemente adornados con rollos, caulicalos y tarjetas, que lo hacían por todas partes vistosísimo: salían de un mascarón, que terminaba la proa, diversas bandas de tafetán encarnado, que embebidas en los tirantes parecía que ellas lo eran para que se condujese esta máquina. Elevábanse por la popa dos elegantísimos albornotes, de que se formó un trono, en cuyo medio, debajo de una volada concha, que por la parte anterior sustentaban dos Bichas pérficas, iba colocada la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, desde cuyo solio corrían á lo ínfimo algunas gradas, que se encubertaron con tapetillos de seda: hermoseóse también el todo con diversos gallardetes de tafetán de colores y con innumerables ramilletteros matizados de todo género de flores del tiempo: en lugares acomodados se distribuyeron seis agradecidos ángeles, que se ocuparon con algunos atributos de la Santísima Virgen; y en la primera grada de abajo arrodillada una hermosísima niña, adornada con los atavíos indianos, en que se ideaba no tanto la América en común, cuanto con especialidad estas Provincias septentrionales, que llamó la gentilidad Anáhuac: tenía en las manos un corazón, que era el de todos, y un perfumador que exhalaba fragancias y suavidades.

"Alrededor de este carro triunfal iba una danza del célebre Toncotín mexicano: y si para remedar en ella su majestad con que los Reyes antiguos la practicaban, se vistieron ordinariamente con todo esmero, ¿qué sería entonces en ocasión tan plausible? Esta era la cuarta porción que terminaba la Máscara, añadiéndosele por grandeza algunos venerables ancianos, que al son del Tlalpanhuehtl y Teponaztli, á que acompañaron el Omichicahuaztli, Ayacaztli, Cuauhtlapitzalli y otros instrumentos semejantes, propios de su nación, referían las alabanzas de la Santísima Virgen en devotos cánticos de elegantísimo estilo. Con esta grandeza discurrió algunas horas por los conventos y calles principales de la ciudad, recitándose en aquellos algunas loas, en que manifestando el regocijo común, se descifraba el motivo de tanta fiesta.

"Aunque el natural novelero de los indios suele no necesitar de estímulos para difundirse en regocijos y en fiestas, el haberse en esta ocasión alargado tan nimiamente en la magnificencia y el gasto, pudiera parecer muy advertible á los que sólo se pagan de lo primero que atienden, sin investigar el origen de lo que ignoran: mucho es lo que en ellos puede la insinuación de los que les administran justicia; mas es sin duda lo que recaba de sus afectos la devoción de María Santísima de Guadalupe de México: pero en aquel entonces relució en grado eminente su gratitud festejando á los Clérigos en agradable reconocimiento de haber sido los de este estado los primeros que les anunciaron la fe de Jesuchristo y la ley de su Evangelio."

GLORIAS INTELECTUALES DE QUERETARO

Las principales tocan á las ciencias eclesiásticas y á la Historia.

D. Sebastián Caballero de Medina, catedrático en Salamanca, Oidor en Manila, figuró en el Consejo del Rey, murió en Guatemala.

El Dr. D. Antonio de Cárdenas y Salazar, Colegial del Viejo y Mayor de Santa María de Todos Santos de México, Doctor en Cánones en la Universidad y gran literato.

Fué también gloria de su ciudad la Rev. Madre Sor Antonia de San Jacinto, Estrada, Altamirano y Soto Mayor, religiosa del Real Convento de Santa Clara de Jesús de Querétaro, donde profesó el 14 de Enero de 1666.

El M. R. P. Maestro Juan Robles, teólogo insigne de la Compañía de Jesús y gran orador sagrado.

El M. R. P. Maestro, Juan Monroy, jesuita, Proveedor General en las Cortes de Madrid y Roma por la Provincia de Nueva España, gran diplomático diríamos ahora.

El ilustre caballero y piadoso sacerdote Br. D. Juan Caballero y Ocio, primer Alguacil Mayor de Querétaro cuando fué secular, adornado de las más realzadas prendas, Comisario de Corte del Santo Oficio por la suprema y general Inquisición, Comisario de la Santa Cruzada, etc., etc., fué un benefactor religioso; empleó grandes sumas de dinero en la construcción y mejoras de las iglesias, principalmente en la de Nuestra Señora de Guadalupe; hizo la Iglesia del Carmen desde los cimientos, fabricó templos y el Colegio de San Ignacio de la Compañía de Jesús y fundó el Colegio de San Javier para estudios, dotando cátedras y pensionando Becas: donó riquísima Hacienda de ganado para estos gastos; edificó la Iglesia y convento de San Pedro y San Pablo de los religiosos Dominicos, fabricó la casa de Loreto á cuya imagen donó las alhajas que eran de su madre, de un valor de ciento cuatro mil pesos.

Fué el fundador del *Convento de Capuchinas* que vino á alcanzar una triste celebridad con el fin del Imperio del Archiduque Maximiliano, empleó un gran capital en las mejoras y ornato del culto católico. Dotó mientras vivió más de doscientas doncellas y fundó sesenta capellanías para clérigos pobres. Empleaba, además, sus riquezas en grandes obras de beneficencia: la víspera de San Francisco Javier se repartía gran cantidad de ropa entre los pobres: camisas, enaguas, calzones, casacas, sombreros, zapatos y otras cosas útiles y nil pesos ese día para el Hospital. A los forasteros se les auxiliaba para sus largos viajes con la suma de 200 ó 300 pesos. Los confesores y los médicos tenían orden de comunicarle las necesidades de los indigentes. "Fué, dice su biógrafo, el Br. Zelaa Hidalgo, padre de los pobres, asilo de las huérfanas, amparo de los religiosos, el protector de los divinos cultos, el refugio de los conventos, el propagador de muchas misiones, el fomento de los estudios". no se limitó á Querétaro, hizo beneficios también en México, Guadalajara, Tepozotlán, y dió 150,000 pesos para las Misiones de las Californias.

A este venerable sacerdote mucho le sobró para ser santo!!

No quiso ser Adelantado de las Californias, renunció dos Obispos de España.

Entregó la llave de su arca de dinero al *Rector del Colegio* para que pagase cualquiera deuda justificada, mediante este aviso: "Si alguna persona tuviere alguna cosa que pedir contra los bienes de D. Juan Caballero y Ocio, ocurra al Padre Rector del Colegio de la Compañía de Jesús, que teniendo justicia será pagado." Se quedó con un Crucifijo sobre una mesa, resto de su opulenta fortuna.

Murió el 11 de Abril de 1707; á los 63 años de edad; fué sepultado en la casa de Loreto, dentro de una caja de fierro, mandando poner estas breves palabras por todo epitafio:

"*Hæc requies mea.*"

El Exmo. y Rmo. señor Maestro D. Fray Antonio Monroy é Ijar, natural de Querétaro, como lo comprobó su fe de Bautismo, en 25 días de Julio de 1634, hijo de D. Antonio Monroy y de Doña María de Ijar.—Nota que se encuentra allí mismo: "Este es el General de la orden de Santo Domingo, hoy Arzobispo de Santiago de Galicia en España."

Vistió el hábito de Santo Domingo de México; Doctor teólogo y catedrático en la Universidad, maestro del número de su Provincia de Santiago de esta Nueva España, Rector del Colegio de Portaceli, Prior Definidor; Procurador General de su Provincia en la Corte de Roma, electo allí mismo, con aplauso, Generalísimo de su Orden de Santo Domingo, el día 5 de Junio de 1677, en lugar de Fr. Tomás de Reccaberti, que acababa de ser nombrado Arzobispo de Valencia.

Nuestro ilustre compatriota recibió la confirmación de ese elevado cargo por el Pontífice Inocencio XI, y fué electo por el mismo, Obispo Asistente al Sacro Solio, honor con que quiso manifestarle el gran concepto que tenía de sus virtudes y saber.

“Después de haber gobernado con el mayor acierto su Sagrada Religión más de ocho años, pasó á España, donde fué electo el año de 1685 por el Sr. D. Carlos II, dignísimo Arzobispo y Señor de la Santa Iglesia Metropolitana y Apostólica de Santiago de Galicia, y por tanto del Consejo de S. M. Allí fué condecorado con los honores de Grande de España de primera clase, de Notario Mayor del Reyno de León, Capellán y Limosnero Mayor de la Majestad de Carlos II, y Juez de su Real Casa y Capilla: allí tuvo la gloria de imponer las manos y conferir el Sagrado Orden Sacerdotal al eminentísimo Sr. D. Fray Vicente Gotti, religioso Dominico y Cardenal de la Santa Iglesia Romana, bastantemente conocido por su insigne y eruditísima obra de Teología, que anda impresa: allí vivió en la mayor edificación, más como austero religioso que como opulento Arzobispo, pues siempre vistió un hábito pobre de jerguetilla, por unas partes roto, y por otras muy mal remendado de su mano: su habitación era una pieza bien estrecha, sin más adornos que cuatro estampas de papel y unas cortinas de bayeta azul, que le duraron treinta años: su comida era un poco de pescado, y cuando más un huevo: su cama la que manda su regla, que eran unas mantas y unas mantillas: su Palacio parecía en todo un convento de religiosos Recoletos. Allí empleaba todos los años su cuantiosa renta, que pasaba de cien mil ducados, en obras piadosas y caritativas, pues en el convento de San Francisco hizo la enfermería y mucha parte de vivienda: en los monasterios de religiosas Mercedarias y Dominicas levantó las Iglesias, labró sus dormitorios, erigió varias capillas y cercó sus clausuras: en su Iglesia Catedral hizo unas hermosas gradas y una custodia de dos varas, todo de plata; un famosísimo órgano, que se reputa por el mejor que tiene España: al sagrado cuerpo del grande Apóstol Santiago le adornó la silla, el sombrero, esclavina y báculo con costosas alhajas de oro, plata y piedras preciosas: en su convento de Santo Domingo hizo los claustros, dormitorios, refectorio y capítulo, con aquella singular escalera que es conocida en todo el mundo con el célebre nombre de *Caracol de Murcia*: al Colegio de la Compañía de Jesús le regaló su costosa, grande y selecta Librería: el año de 1709, en una furiosa peste que hubo en España, en la que sólo en su Arzobispado murieron como treinta mil personas, repartió por los conventos á los pobres, acudiéndoles con todo lo necesario para su sustento y curación. En la guerra que tuvo el Señor Don Felipe V, el año de 1703, levantó dos regimientos para defensa de la Corona, y los mantuvo á su costa más de seis meses; y todo esto era sin faltar á las limosnas particulares de mendigos, de caballeros pobres, de viudas nobles y huérfanas vergonzantes, en quienes repartía tan crecidas sumas de dinero, principalmente en los últimos años de su vida, que era ya voz común el decir: *Nuestro Arzobispo no vive, quien vive en él son los pobres y el Santo Apóstol que lo mantiene para bien de su Iglesia*. Con todo esto tenía tan asentado el crédito de sus virtudes, que en la solemne procesión que se hizo en Santiago el año de 1712 para solemnizar la canonización de San Pío Quinto, en la que salió el señor Monroy, gritaba el pueblo por las calles: *Tras de San Pío va otro santo*.

“Fué tan querido y estimado del Señor Don Carlos Segundo, Rey de España, que muchas veces le escribía familiarmente de su propio puño, consultándole varios negocios de la Corona; y en una ocasión le mereció un Decreto, todo de su letra, en que mandaba que ninguno de sus Tribunales conociese las causas de su santo Arzobispo (son sus formales palabras); porque en aquél tiempo se levantó una terrible turbulencia contra él, hasta pretender extrañarle de su territorio algunas ocasiones en que supo mantener sus sagrados fueros. Ultimamente fué electo Obispo de la Puebla de los Angeles y de Michoacán, á cuyas Mitras no pasó por haberse empeñado con el Rey la Plebe, el Cabildo y la Ciudad de Santiago de Galicia para que no les quitasen tan grande y benemérito Prelado, á cuya súplica accedió Su Magestad, y celebraron en todo aquel Arzobispado su continuación con las más vivas demostraciones de júbilo y alegría, con generales repiques de campanas, y con grandes y lucidas luminarias. Con esto murió en aquella Ciudad á los ochenta y un años de edad, después de haber gobernado su Diócesis el largo tiempo de treinta años, el día 7 de Noviembre de 1715, con universal y grande sentimiento de todas sus ovejas, que lo amaban tiernísimamente por sus singulares prendas.”

Gloria de Querétaro fué también el Illmo. y Rmo. Fray Pedro de la Concepción Urtiaga Salazar y la Parra, Predicador y Misionero Apostólico del *Colegio de la Santa Cruz*. El Rey lo nombró Obispo de Puerto Rico donde murió; dejó escrita la vida del P. Fray Antonio Linaz de Jesús, fundador de su Colegio de la Santa Cruz.

La M. R. M. Sor Nicolasa de San Antonio y Monroy, religiosa y digna Abadesa que fué del convento de San Juan de la Penitencia, de México, hermana del Illmo. Sr. Monroy, General de los Dominicos, murió á los 84 años, el 7 de Marzo de 1728.

El Doctor y Maestro D. Pedro Fernández de los Ríos, del Colegio de San Ildefonso de México, Rector de la Universidad, Canónigo, Calificador del Santo Oficio.

La Venerable hermana Francisca de los Angeles, fundadora y primera Rectora del Real Colegio de Santa Rosa de Viterbo.

El R. P. Dr. D. Juan Antonio Pérez de Espinosa, Doctor por la Universidad de México, etcétera, biógrafo del gran benefactor de la ciudad Br. D. Juan Caballero y Ocio; su biografía la escribió su hermano, el R. P. Fray Isidro Félix de Espinosa.

El Br. D. Juan Bernardo Hurtado de Mendoza, Presbítero Secular, tan entregado á la oración que padecía éxtasis.

"El Ven. y R. P. Fray Isidro Félix de Espinosa, historiador, Predicador y Misionero Apostólico, hijo del Colegio de Santa Cruz de esta ciudad, en donde fué Guardián, Cronista de la Santa Provincia de San Pedro y San Pablo, de Michoacán, y de todos los Colegios Apostólicos de Nueva España, Calificador y Revisor del Santo Oficio de la Inquisición, y fundador y primer Presidente del Colegio de San Fernando, de México; fué religioso muy ejemplar, de sólidas virtudes y sabios consejos, de gran literatura y raros talentos, bastantemente conocido por su primer tomo de la Crónica de dichos Colegios, y por las Vidas de los VV. PP. Fr. Antonio Margil y Fr. Antonio de los Angeles Bustamante, que escribió é imprimió con un estilo el más florido y elegante; murió de edad de 76 años, el de 1755. El Illmo. Señor Granados hace un grande elogio de este sabio religioso en sus *Tardes Americanas*."

Figuran en las glorias de la ciudad los dos famosos primeros Capitanes de la Real Acordada de la Nueva España, D. Miguel Velázquez y Loera, Alcalde Provincial de la Santa Hermandad y Alguacil Mayor de la Inquisición, que exterminaron los foragidos que asaltaban los caminos, desde 1719 hasta 1732: ajustició ahorcando 43 reos, *asaeló* 151 y mandó desterrados á varios presidios del Reino 733, y su hijo el Teniente Coronel D. José Velázquez de Loera, segundo Capitán del mismo Real Tribunal de la Acordada que sucedió á su padre en las mismas funciones.

Los Sres. Lic. D. Rodrigo y Dr. D. Agustín Velázquez de Loera, hijos del primer Capitán Don Miguel Velázquez; sacerdotes distinguidos, caritativo uno, devoto el segundo que llegó hasta Dean de la Iglesia de Guadalajara.

El Dr. D. José Rodríguez Vallejo y Díaz, Doctor Teólogo por la Universidad de México, Vicerector y Catedrático del primitivo Colegio de San Nicolás de Valladolid, gran literato y predicador.

El Doctor y Maestro, R. P. D. José Pereda y Chávez; Inquisidor Fiscal del famoso Tribunal de la Inquisición.

El Br. D. José María Zelaa é Hidalgo—1803. Autor de las "Glorias de Querétaro," en la fundación y admirables progresos de la muy I. y Ven. Congregación Eclesiástica de Presbíteros Seculares de María Santísima de Guadalupe de México, con que se ilustra, y en el surtuoso templo que dedicó á su obsequio el Br. D. Juan Caballero y Ocio, Presbítero Comisario de Corte del Santo Oficio por la Suprema y General Inquisición: que en otro tiempo escribió el Sr. Dr. D. Carlos de Sigüenza y Góngora, Presbítero natural de México, y catedrático propietario de Matemáticas en la Real y Pontificia Universidad y que ahora escribe de nuevo el Br. D. José María Zelaa é Hidalgo, Presbítero Secular de este Arzobispado, Socio Benemérito de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País, socio numerario de la noble clase de Artes de la Real Sociedad Eco-

nómica de la ciudad y Reino de Valencia, *natural de la ciudad de Santiago de Querétaro, y dos veces conciliario de la sobredicha Ilustre y Venerable Congregación*, etc., etc.

El libro en 8.^o se compone de título, 7 hojas preliminares y 234 páginas de texto, fué impreso en México en la oficina de D. Mariano José de Zúñiga y Ontiveros.

Si el libro no es del todo original, ha sido perfeccionado y aumentado considerablemente para dar una idea completa de toda la época colonial histórica de Querétaro.

Los tres M. R. P. Fray Vicente, Fray José y Fray Manuel Arias, los dos primeros franciscanos, Doctores jubilados, etc., de Michoacán, el último Provincial de los Agustinos, todos distinguidos literatos y grandes talentos.

El M. R. P. Dr. D. Manuel Iturriaga y Alzaga, gran canonista y literato, Rector de los Colegios de San Ignacio y de San Francisco Javier, de la ciudad de Querétaro, y Canónigo doctoral de la Iglesia de Valladolid, de Michoacán.

Faltan en esta relación otros muchos insignes sujetos, todos ellos prominentes en las carreras eclesiásticas, que eran las dominantes de la época.

EL MEDICO DON PEDRO ESCOBEDO, FUNDADOR DE LA ESCUELA Y DE LA ACADEMIA DE MEDICINA

D. Pedro José Alcántara Escobedo y Aguilar nació en la ciudad de Querétaro el 19 de Octubre de 1798 y murió en Jalapa, capital del Estado de Veracruz el 28 de Enero de 1844 á los 10 y media de la noche (á los 45 años 3 meses de edad).

Estudió en el Colegio de San Javier haciendo entre sus compañeros una carrera distinguida por su talento y aplicación.

Quien primero escribió su biografía fué mi sentido amigo el literato y Ministro D. Manuel Payno.

Muy interesantes son para las glorias de México los pormenores de la vida literaria del señor Escobedo. Desde luego, por el lugar preeminente que alcanzó en los estudios de Gramática latina, tuvo dos *oposiciones* ó funciones públicas en el *General* de su Colegio, honra raras veces concedida á los estudiantes de esa materia. Se graduó de Bachiller en el curso de Artes, en la Universidad de México, el 22 de Octubre de 1818, y en ese mismo año comenzó á estudiar medicina en la Escuela Nacional de Cirugía y en una de las mejores oficinas de farmacia de esta última ciudad. La práctica médica tenía lugar en el Hospital de San Andrés, donde sirvió las plazas menores del Departamento de Cirugía, luego la de segundo practicante mayor, y en Octubre del año de 1822 se examinó de Cirugía y fué ascendido á la de primero.

En 1824 fué uno de los fundadores de la Academia de Medicina Práctica y sirvió la cátedra especial de operaciones que hubo en México, donde dió dos cursos completos, de Enero de 1826 á Julio de 1828, que lo acreditaron desde entonces como uno de los primeros cirujanos mexicanos.

Infatigable trabajador, prestó también sus servicios en el Cuerpo Médico Militar en Jalapa durante el año de 1832, época que él consideraba como la más feliz de su vida, donde terminó su laboriosa existencia. En 1833, volvió á la capital de México para desempeñar el cargo de catedrático de operaciones del Establecimiento de Ciencias Médicas y después de Vice-Director.

En el ramo de farmacia consiguió el pago de un crédito para costear la primera impresión de la "Farmacopea Mexicana."

Un hombre de la capacidad intelectual de Escobedo, debió alcanzar una honrosa situación en la sociedad, y aun en la política; ambas aprovechó el Sr. Escobedo para elevar lo que él llamaba su Escuela, la Escuela de Medicina, y no para su lucro personal; con este fin obtuvo para ella la protección del General Santa Anna.

Honrosas distinciones y muy merecidas recibió el Sr. Escobedo. Socio corresponsal de las

Academias Médicas de Madrid, París y Guadalajara, de la Sociedad Lancasteriana de México, de la Academia de Bellas Artes, de la famosa de Literatura de San Juan de Letrán, del Ateneo Mexicano, de la Junta Directiva de Escobedo y de otras corporaciones debido á su talento colosal.

El "Museo Mexicano" era el periódico literario, casi se puede decir único y enciclopédico, que publicaba traducciones y artículos originales del Sr. Escobedo.

Tuvo parte también en la política: notable Diputado y Senador al Congreso (1844). La juventud médica de esta época del siglo XIX, á que tuvo la honra de pertenecer, fundó la "Sociedad Pedro Escobedo," que marcha paralelamente con la Academia de Medicina por su laborioso y notables trabajos.

Si se considera al Sr. Escobedo como maestro, fué modelo de bondad para sus discípulos, á quienes protegía hasta con libros é instrumentos para su enseñanza; como médico hombre, tenía todas las virtudes que necesita esa sublime profesión: desinterés, caridad y buena voluntad que lo hicieron respetable en la sociedad y venerable entre sus compañeros.

Amante de la instrucción y de propagarla le tocó nacer en el fin de la época colonial.

"Duro y penoso es (dijo en su elogio fúnebre mi sentido maestro Dr. D. Manuel Carpio), volver los ojos atrás para contemplar el cuadro de la literatura mexicana en tiempo de los Virreyes. Por causas multiplicadas, que no es del caso referir, miró la corte con desdeñosa frialdad, y á veces con aversión, los conocimientos profundos señaladamente los de las ciencias naturales, y puso sobre ellas una mano ardiente que secó las hojas y sus frutos y sus raíces, como hace con las plantas el viento del desierto. Se daba la enseñanza bajo planes truncados y con métodos embarazosos é incoherentes, sin libros, sin protección y hasta sin esperanzas; de semejante estado de cosas no podía resultar en los jóvenes sino una especie de indiferentismo literario y el desaliento y el fastidio, y un mortal desconsuelo, porque es inconsolable la desesperación. Esto no quiere decir que aun en medio de tan gran desconcierto, faltasen genios resueltos y laboriosos que con sus esfuerzos personales se sobrepusieron á su siglo, y manifestasen que la asiduidad en el trabajo arrastra con todos los obstáculos que le opone la naturaleza y la sociedad. No era dable que el alma generosa y positiva del *Señor Escobedo* se quedase impassible y tranquila cuando hecha ya la independencía, empezaban á agitarse y combinarse los elementos de las cosas como allá en el antiguo caos: este hombre conoció que la transición vigorosa que acababa de efectuarse en la política, debía refluir en la suerte de las ciencias; y como veía bastante claro, llegó á entender que, aunque difícil, no era impracticable la reforma en la enseñanza de la Medicina."

De esto dejó pruebas en la subsistente Escuela de Medicina.

Por fin, la fatiga, el estudio, las contrariedades y tal vez otras causas desconocidas, minaron la robusta constitución del Sr. Escobedo para acabar tan penosa existencia á los 45 años tres meses de su vida, cuando la humanidad y la ciencia lo reclamaban, una para su progreso y la otra para su consuelo.

"Una tarde nublada, dice mi sentido amigo el Sr. D. Manuel Payno, á los diez y ocho días después del fallecimiento de Escobedo, multitud de coches y de personajes vestidos de luto, y de lo más selecto y escogido de la sociedad mexicana, estaban agrupados en la tétrica Iglesia de San Lázaro. A poco un carro fúnebre con cuatro hermosos caballos, con grandes penachos y ricos arneses de luto, comenzó á andar; dentro estaba un ataúd y dentro del ataúd el cuerpo de *Don Pedro Escobedo*. Detrás marchaban tristes y silenciosos, médicos, abogados, ministros, poetas y literatos. Todos eran amigos de *Don Pedro Escobedo*.

"El cadáver quedó depositado en la capilla del Colegio de San Ildefonso y á los dos días, en medio de una gran procesión funeral que ocupaba tres cuadras, fué conducido el ataúd del maestro, en hombros de sus discípulos, á la Iglesia de la Merced, donde debía finalmente reposar el

sabio y virtuoso varón, al lado de su pequeña hija, ángel que voló al cielo, y que prestó á su padre sus alas de armiño para que también subiera á descansar en el seno de Dios.

“La comitiva fúnebre regresó al *General* de San Ildefonso, donde todos los colegios y corporaciones científicas pronunciaron elogios fúnebres á la memoria de *Escobedo*. Estos funerales han sido acaso unos de los más solemnes que he visto en México.

“De esta manera han sido honradas las virtudes de *Escobedo*; de esta suerte la sociedad mexicana, imparcial y justa, ha llenado de flores la tumba del hombre pacífico cuya vida se deslizó sin pompa, cuya muerte fué la de un justo, y cuyos funerales han sido los de un rey.”

Querétaro debe al Sr. D. Pedro *Escobedo* un monumento que perpetúe su memoria, como una de sus principales glorias.



CAPITULO IV

Lugares históricos.—La Catedral del Obispado de Querétaro.—El Colegio Civil.—La Academia de San Fernando.—Santa Rosa de Viterbo, hoy Hospital Civil.—El Hospicio Vergara.—El Convento de San Agustín.—El Colegio Seminario.—El Mercado Escobedo.—La Plaza principal.—El Palacio de Gobierno, residencia de los Poderes del Estado.—La gran cañería del agua potable, construida por Don Juan Antonio de Urrutia y Arana, Marqués de la Villa del Villar del Aguila.—La estatua del benefactor.—El acueducto construido por el Sr. Dr. Cayetano Rubio.—Las fábricas de mantas de Querétaro.—La Parroquia de San Sebastián y la anécdota de la casa del Faldón.—Pache, los baños.—Querétaro en 1803, al fin de la época colonial.

LUGARES HISTORICOS



A tercera calle de San Antonio ó del Marqués, por haber vivido en ella el Sr. D. Juan Antonio Urrutia, Marqués de la Villa del Villar del Aguila, en la casa núm. 10.

Telégrafos. La casa núm. 3 de la calle de San Antonio tiene recuerdos históricos; en la pieza que está inmediatamente á la izquierda de la entrada, tuvo su despacho el señor Presidente de la República, D. Manuel de la Peña y Peña, cuando se trasladaron los poderes federales á esta ciudad el año de 1847 y en ésta se firmaron por el Sr. Peña los Tratados de Paz con los Estados Unidos, el 30 de Mayo de 1848.

El Conservatorio de Música, fundado el 26 de Abril de 1880, ha sido sostenido por el Gobierno del Estado. En el salón principal celebró sus sesiones el *Congreso Nacional el año de 1848*, cuando se trasladaron á esta ciudad los Supremos Poderes de la Nación y donde se discutieron y aprobaron los Tratados de Paz con los Estados Unidos, firmándose allí mismo el 30 de Mayo del mismo año de 1848, por los Sres. D. Luis de la Rosa, Ministro de Relaciones de México y Nathan Clifford y Ambrose H. Servier, Representantes de los Estados Unidos. Autorizó estos Tratados el Presidente de la República D. Manuel de la Peña y Peña en otra casa.

El Cimatario. A la falda de este cerro se dió el sangriento combate, único que ganaron los imperialistas, al mando del General Miramón, en el sitio de 1867, tumba de los heroicos Florentino Mercado y Manuel Peña y Ramírez. La principal altura del Cimatario, situado á una y media legua de la ciudad, está á 2,446^m99 sobre el nivel del mar.

Los bosques han sido en este lugar, como en los demás adyacentes, talados por completo, aguardando de la ciencia moderna la repoblación.

“El ex-Convento de la Cruz tiene otros episodios notables en la historia política de México: sirvió de último refugio á las tropas españolas del pundonoroso Jefe Luaces, cuando el General Iturbide puso sitio á Querétaro, y en él se pactó la capitulación de la ciudad el 28 de Junio de 1821, en cuya virtud Querétaro quedó por los independientes, precisamente doscientos noventa años después de la conquista y rendición de San Juan del Río.”

El Panteón de la Cruz (Lám. 28). El edificio de la Cruz tiene á sus espaldas una huerta extensa que ha pasado al dominio de varios particulares y á la terminación de ella está el Panteón; por este lugar fué tomada la Cruz por el General D. Francisco Vélaz, en el sitio en que se

encuentra la siguiente inscripción: "*Por este lugar entraron las tropas Republicanas en la madrugada del 15 de Mayo de 1867. Terminando así el sitio de esta ciudad.*"

Las Teresitas (Lám. 29). En su principio fué habitado este convento por algunas monjas carmelitas descalzas traídas del de Santa Teresa la Antigua de México. Sirvió de prisión á muchos de los oficiales á la caída del Imperio; fué la segunda que ocupó el Emperador Maximiliano y de ella salió para el patíbulo el General Ramón Méndez.

Su construcción es moderna; parece que comenzó por el año de 1802. Tiene un magnífico pórtico de orden jónico grandioso y elegante. La obra estuvo bajo la dirección del ilustre Arquitecto D. Francisco Eduardo Tres-Guerras que la concluyó en 1807.

El Teatro de Iturbide, con capacidad para contener dos mil localidades, 258 en patio, 118 en plateas ó balcones y 156 en 17 palcos primeros (Lám. 33)

En este edificio fueron juzgados los dos Generales del Imperio, Miguel Miramón y Tomás Mejía y dictada la sentencia contra el Emperador Maximiliano.

El Teatro Iturbide de Querétaro se comenzó en el año de 1845, á moción del Gobernador D. Sabás Antonio Domínguez, reuniéndose los fondos entre varios particulares y encomendándose la dirección de la obra al insigne Arquitecto D. Camilo San Germán. Pero dificultándose la construcción, los particulares cedieron sus derechos al Ayuntamiento y esta Corporación la emprendió, poniendo de sus fondos la cantidad que faltaba en el presupuesto; encomendó la dirección al Ingeniero inglés D. Tomás Surplice, quien siguió con precisión los planos de su antecesor, señor San Germán, y al fin, siete años después, en 1852, se terminó la obra, sacando de costo 120,000 pesos. A la terminación del edificio era Gobernador del Estado el Sr. Ramón Samaniego. El servicio de escena fué costado por el Sr. Silvestre Méndez y pagado después su importe por el Ayuntamiento.

"El Teatro Iturbide, situado en la esquina que forman las calles 1^a de San Antonio y Alhóndiga, es muy notable por su elegancia, solidez y decoración. La fachada de cantería y construída con buen gusto, trunca el ángulo que debía formar la esquina de las calles relacionadas. Por tres grandes puertas en el centro y dos en los costados se penetra al peristilo, que es bastante amplio y elegante; sus paredes están adornadas con los bustos de Calderón, Goroztiza, etc., y en la parte alta por un vistoso balaustrado que completa los cuatro corredores de su perímetro y que á la vez sirven de desahogo de los palcos segundos.

"Los tres arcos que quedan frente á las puertas principales de la entrada, comunican al patio y plateas, el del centro, á los pasillos de los mismos departamentos y al palco escénico, el de la derecha, el de la izquierda á los palcos segundos. La subida para las galerías está situada por la calle de la Alhóndiga, y puede comunicarse con los pasillos del patio y plateas. La entrada independiente del foro está por la calle 1^a de San Antonio. Tiene, pues, el patio los departamentos siguientes: patio, plateas, ó con más propiedad balcones, palcos primeros, segundos y galería.

"También el Teatro Iturbide tiene su parte en la historia política de esta ciudad, y á ella se refieren los dos episodios que vamos á narrar:

"Agotadas las municiones del Ejército que defendía esta población, durante el sitio que le fué puesto por el General D. Mariano Escobedo en 1867, los principales jefes imperialistas ordenaron hacer proyectiles de la cubierta del techo, que toda era de zinc. Así se verificó, y por muchos meses careció el Teatro de esa cubierta, hasta que los fondos del Ayuntamiento permitieron erogar el costo de una nueva. Sin embargo, el excesivo peso del zinc, de las vigas y de las tablas que componían el techo antiguo, hizo que algunos sostenes de la galería saliesen de sus centros, y en consecuencia, el peligro de un desplome era inminente, por cuya razón el Ayuntamiento de 1878 emprendió un tercer gasto, más fuerte que los anteriores, mandando destruir el techo antiguo y poner el que actualmente tiene, de lámina de hierro y sumamente ligero respecto de los antiguos; se hicieron las reparaciones necesarias para evitar todo riesgo, y hoy presta plena seguridad á los concurrentes.

"El segundo episodio histórico es el de haber sido el local destinado para el Consejo de Guerra que se formó á los Generales Miramón y Mejía y al Archiduque Maximiliano á la caída del Imperio. En el foro se instalaron los miembros del Consejo de Guerra, presididos por el Coronel Manuel Aspíroz, los prisioneros y sus defensores (Láms. 34 y 35). Las localidades todas del Teatro fueron ocupadas por el numeroso público que presenciaba un espectáculo de realidades, después de muchos de ficciones que tuvieron lugar en el mismo sitio.

"En el citado foro, el 14 de Junio de 1867, se pronunció la sentencia de muerte contra los tres prisioneros, que vino á ejecutarse el 19 en el Cerro de las Campanas." (Lic. Celestino Díaz.)

El ex-Convento de Capuchinas (Lám. 32), primero convento de monjas de ese nombre, después prisión del Emperador y sus Generales Miramón y Mejía, más tarde "Cuartel de Tiradores de Querétaro" y por último finca perteneciente al Sr. D. Francisco R. Gallegos.

"Restaurada completamente la finca y ornamentada al gusto moderno, el ilustrado Sr. Gallegos ha querido conservar las piezas que sirvieron de prisión, en los últimos días de su vida, á los Jefes prominentes del Ejército Imperial. A contar desde el 19 de Junio de 1867, infinidad de personas han visitado diariamente la casa histórica de que nos ocupamos; antes, en las paredes de las piezas donde estuvieron los Generales nombrados, y actualmente en un *Album* destinado al efecto, casi todos los viajeros han escrito pensamientos filosóficos, sentencias, versos, etc., y puede asegurarse que es uno de los *puntos* que inmediatamente desean visitar cuantas personas ilustradas vienen á Querétaro. Por desgracia no han faltado algunas que, destituidas de todo principio de moralidad, de *decencia y educación*, se atrevieron á estampar obscenidades é insultos en las paredes de aquellas prisiones políticas, por cuya razón se vió precisado su propietario á mandarlas blanquear, conservando empero una copia fiel de lo que el público puede leer."

El *Album* quedó abierto para que los visitantes de esta casa histórica escribieran impresiones con la única condición de hacerlo en el idioma castellano.

El Cerro de las Campanas, llamado así porque se dice que allí se fundían (Lám. 39) está situado al O. y es más bien una colina que cerro, rumbo al camino de Celaya, es pertenencia de la Hacienda de la Capilla. Allí están señalados con modernos monumentos los sitios que ocuparon Maximiliano, Miramón y Mejía cuando fueron fusilados; desde este lugar se contempla una espléndida vista panorámica de Querétaro (Lám. 44).

El primitivo sitio lo ocupa una elegante Capilla, monumento imperecedero de la justicia nacional ejecutada el 19 de Junio de 1867.

LA CATEDRAL DEL OBISPADO DE QUERETARO.—EL COLEGIO CIVIL.—LA ACADEMIA DE SAN FERNANDO.—SANTA ROSA DE VITERBO, HOY HOSPITAL CIVIL.—EL HOSPICIO VERGARA.—EL EX-CONVENTO DE SAN AGUSTIN.—EL COLEGIO SEMINARIO.—EL MERCADO ESCOBEDO.—LA PLAZA PRINCIPAL.—EL PALACIO DE GOBIERNO, RESIDENCIA DE LOS PODERES DEL ESTADO.

La Catedral es la antigua Iglesia de San Francisco, fundada pocos años después de la Conquista; ha sufrido modificaciones numerosas en el curso de los años hasta el de 1727, en que se renovaron Iglesia y Convento y se adornaron los claustros con pinturas de la vida de San Francisco y San Antonio de Padua, del ilustre maestro Juan Rodríguez Juárez, que murió en México en 14 de Enero de 1728 á los 52 años de edad.

La sillería del Coro es moderna, trabajada de varias maderas finas de distintos colores, costeada por el P. Fray José de Soria y se concluyó el año 1796; ha sido trabajo de fines del siglo XVIII.

El Colegio Civil se formó de los colegios de San Francisco Javier y de San Ignacio: fué fundado por D. Diego Barrientos y Rivera y Doña María de Lomelín, su esposa, en 20 de Junio de

1625. Ambos edificios fueron reedificados por el incansable Benefactor de Querétaro, Br. Don Juan Caballero y Ocio para mayor amplitud y comodidad.

El Sr. Caballero y Ocio dotó las cátedras, fundó becas para niños pobres, asignando los productos de una Hacienda para sus gastos.

Reedificado el Colegio en 1775 por los Padres jesuitas, como se encuentra actualmente, pasó á ser propiedad del Estado como Colegio Civil.

El Establecimiento tiene los departamentos necesarios para los alumnos, las cátedras y las habitaciones de los empleados.

Está sostenido el Colegio por el Gobierno del Estado y por capitales de Beneficencia.

Las materias de enseñanza son las del antiguo Bachillerado: Latín, Filosofía, Química, Matemáticas, Geografía, Teneduría de libros, Dibujo y Lenguas vivas, Francés, Inglés y Alemán.

Hacia falta una Escuela Normal de Profesores y Profesoras; ya existe mixta desde hace algún tiempo.

Las carreras profesionales son las de Abogado, Notario, Ingeniero, Farmacéutico y Topógrafo.

La evolución científica en el Estado apenas ha producido un Don Pedro Escobedo, lumbrera de la Medicina, y un ilustre sabio de las ciencias físicas, el Dr. D. Leopoldo Río de la Loza, que aunque nacido en México se educó en el Colegio del Estado de Querétaro de donde eran sus padres; el Sr. Río de la Loza, mi ilustre maestro, fué notable químico y gran naturalista botánico. Querétaro debe enorgullecerse de estos dos hombres que comenzaron la moderna evolución de las ciencias físicas en México.

La Academia de Dibujo de San Fernando, fué fundada por el Sr. D. Juan Caballero y Ocio: á los altos del edificio concurren generalmente más de 150 alumnos, y en los bajos, por el lado de la calle, está el Conservatorio de Música para niñas, fundado el 26 de Abril de 1880, debido al Sr. D. Luciano Frías y Soto, donde concurren más de 150 alumnas; se les enseña la música y se les facilitan los instrumentos para ejercitarla; este establecimiento lo sostiene el Estado.

En el salón principal del edificio tuvo sus sesiones en el año de 1848 el Congreso Nacional cuando se trasladaron los Supremos Poderes de la Nación á la ciudad de Querétaro; en el mismo salón se discutieron los tratados de Paz con los Estados Unidos, firmándose allí mismo el 30 de Mayo del mismo año, por los Sres. Luis de la Rosa, Ministro de Relaciones Exteriores de México y Nathan Clifford y Ambrose H. Servier representantes de los Estados Unidos, autorizando dichos tratados D. Manuel de la Peña y Peña, Presidente de la República.

Santa Rosa y su Templo; El ex-Colegio Real; El Hospital Civil. El Colegio de Santa Rosa, la Parroquia y el Hospital Civil forman hoy un solo edificio. El Colegio Real de Santa Rosa de Viterbo de Hermanas Teresas enclaustradas de San Francisco fué fundado por D. Juan Alonso en un sitio de su propiedad; á la muerte del propietario tres hijas suyas fabricaron pequeñas celdas de adobe y en ellas hicieron una vida de recogimiento bajo la dirección del Misionero Apostólico, Fray Francisco Frutos, vistiendo el hábito de San Francisco; después del Misionero, las recogidas á la vida monacal siguieron bajo la dirección de Fray Antonio Margil de Jesús, sacerdote virtuoso é ilustre propagador del cristianismo.

En 1699 el Br. D. Juan Caballero y Ocio mandó fabricar un oratorio en la huerta del mismo sitio, quedando con esto establecido el Colegio. Fué primera Rectora Francisca de los Angeles, una de las hijas del fundador Juan Alonso.

El Virrey D. Baltasar de Zúñiga, en 1727, expidió la Real Cédula para la erección en Colegio Real de Santa Rosa de Viterbo.

En 1732 el Pontífice Clemente XII consideró á las reclusas con todos los privilegios de los franciscanos, y por último, en 1752, el Teniente Coronel D. José Velázquez de Loera les fabricó el monumental Colegio, con claustros, corredores y el magnífico templo, maravilla de trabajo, que no ha sido respetado en estos últimos tiempos; pues el altar mayor ha sido destrozado y substituído por otro de madera y yeso puesto en el lugar del original, que yace en una bodega de palos viejos. Así estaba en el tiempo en que visité esta magnífica construcción mutilada por

la ignorancia del sacerdote que la tenía á su cargo (Láms. 19 y 20) y especialmente la del Organó (Lám. 21).

Por fortuna el Gobierno ha expedido una circular para que no se toquen, reformen ó reconstruyan los templos y los altares sin autorización de la Secretaría de Hacienda y de las Jefaturas Políticas de los Estados.

Lo singular de esta fundación, que iba dejando la severidad de las reglas conventuales, es que, *la clausura era voluntaria!!*

Nacionalizado este amplísimo edificio ha pasado á ser hoy el Hospital Civil de la ciudad, siendo, además, Hospital de sangre.

Cualquier médico ilustrado que visite este magnífico Establecimiento quedará sorprendido de la higiene y hasta de la belleza de él. Honra de su gobernante el señor Ingeniero D. Francisco G. de Cosío, es la conservación de este espléndido edificio fundado en la época colonial; es seguramente en los Estados de la República, modelo de administración, de limpieza y de noble caridad. Honra es también de mi contemporáneo colega el señor Dr. León Covarrubias, que desde que fué nombrado su Director, invirtió sus sueldos y algo más de las gruesas sumas que ganaba de su trabajo profesional en mejoras del Hospital, de sus salones, alimentos y medicinas.

El Hospital Civil puede dar cabida á cien enfermos con buenas condiciones higiénicas.

Los fondos con que se sostiene son los que le señala el Presupuesto del Estado y los réditos de capitales que ascienden á más de sesenta mil pesos.

El Hospital Vergara lleva este nombre de la ilustre benefactora Doña Josefa Vergara y Hernández, cuyo retrato puede verse en el salón de sesiones del Ayuntamiento de la ciudad y en el despacho del señor Administrador del Hospicio. Está situado en la 2ª calle de Santo Domingo en el edificio de la esquina, á cuyo frente se lee con grandes caracteres: *Hospicio Vergara*.

Los pobres, los desamparados y los huérfanos encuentran en esta casa: habitación, vestidos, camas y alimentos. . . . sin perder su libertad, pues hasta pueden salir á buscar trabajo para su beneficio personal, aunque no se permite á los asilados estar fuera del establecimiento después del obscurecer.

Al fallecimiento de la Sra. Vergara, que ocurrió el 22 de Julio de 1809, ya estaba fundado el Hospicio y ya el Gobierno español entonces, había dispuesto de los fondos que estaban destinados á los pobres para defenderse de los insurgentes que proclamaban la Independencia en el pueblo de Dolores.

Se tomaron para este objeto ochenta y seis mil pesos de los fondos de la caja de la Hacienda de la Esperanza; con esta suma se alistaron tropas, se alzaron trincheras se abrieron fosos y se fundieron cañones.

Posteriormente, en seis años se gastaron de sus sagrados fondos la enorme cantidad de *doscientos mil quinientos veintisiete pesos*, con el pretexto de la defensa de Querétaro.

Siguieron las alternativas de abrir y cerrar el Hospicio fundado por la Sra. Vergara en relación con la quebrada marcha de los sucesos políticos hasta que, en 1857, el General José María Arteaga determinó su solemne apertura. Pero no fué ésta la última, pues se cerró después hasta el 3 de Marzo de 1861, en que el mismo General Arteaga citando á sesión extraordinaria al Ayuntamiento acordó su reapertura facilitando los fondos que se necesitaban; unidos el Gobierno y el Albaceazgo en acto solemne el 16 de Septiembre de 1861 se estableció el Hospicio en el ex-convento de San Antonio, en razón de estar el antiguo Hospicio ocupado por el Hospital Militar. Volvió á cerrarse el establecimiento al comenzar la guerra religioso-política de tres años y finalmente se volvió á abrir en la época del Emperador Maximiliano sin otra interrupción.

Emocionante es la descripción que hace el señor Lic. D. Celestino Díaz del interior del Hospicio.

“Frente á la entrada de la calle queda el refectorio: si llegamos en los momentos en que suena la campana, llamando á los asilados á recibir sus alimentos, tendremos oportunidad de pre-

senciar una escena conmovedora. Sobre una gran mesa están colocadas, en limpios trastos de barro, todas las viandas, capaces de satisfacer el mejor apetito. Los infelices se aproximan y cada uno recibe de manos de la esposa del señor Administrador y de sus hijitas, ángeles que allí habitan para consuelo de los desgraciados, los alimentos siguientes: una gran cantidad de caldo ó succulento consomé, abundante sopa de arroz con garbanzos, un regular trozo de carne cocida, con su salsa y garbanzos por vitualla, un abundante platillo de frijoles y cinco blancas y grandes tortillas, todo condimentado con limpieza y esmero; tal es la comida del medio día. En proporción es la de por la noche y muy confortable el desayuno de por la mañana."

Hay, además, grandes salones para albergar mujeres y niños, para hombres y para cortas familias, dotados todos con buenos catres de fierro y buenos cobertores.

El Hospicio puede contener cerca de cien asilados entre hombres, mujeres y niños y se reparten diariamente fuera del Establecimiento más de ciento cincuenta raciones.

No atiende el Hospicio solamente á las necesidades del día, ve algo más para el porvenir de las gentes desvalidas.

A los niños, después de su educación primaria, dedica tres á diferentes oficios y uno para carrera literaria, sostenidos todos por el plantel. Disfruta, además, de amplios estanques de agua fría, de abundante agua potable y lavaderos para el aseo de los asilados. Si alguna calamidad pública aflige á la ciudad, el Asilo va en auxilio de la sociedad con alimentos, pan, leche, azúcar, café, arroz y hasta con ocho mil raciones y también con más de seiscientas piezas de ropa en que suenan siempre los benéficos nombres de los Rubio, los Cosío y Loyola, benefactores del trabajo y honra de la humanidad.

¡Gloria imperecedera para la memoria de la virtuosa Sra. Doña Josefa Vergara y Hernández!

El ex-convento é iglesia de San Agustín se llamaba de Nuestra Señora de los Dolores de Religiosas Agustinas; se comenzó el 4 de Mayo de 1731 y se dedicó el Templo el 31 de Octubre de 1745 (Lám. 15). El Capitán D. Julián Díaz de la Peña costeó toda la obra, habiendo gastado en ella casi todo su caudal. Es el edificio más suntuoso que existe en Querétaro, destinado ahora para el despacho de las oficinas del Estado. La cúpula ó media naranja remata con el extraño adorno de las estatuas de unos músicos indios hechas todas de cantera labrada.

La torre de la iglesia no ha llegado á concluirse, se ha quedado en el primer cuerpo que tiene las campanas. El interior del templo reconstruido, elegante y vistoso, es ahora el más suntuoso de la ciudad (Lám. 16).

En el edificio de la Aduana hay cuatro oficinas principales del Estado; la Administración General de Rentas, la Recaudación de Contribuciones, el Juzgado del Estado Civil y el Tribunal Superior de Justicia con sus dependencias.

El Colegio Seminario está situado en el núm. 1 de la misma calle de la Aduana, enfrente de ella. El Seminario Conciliar de Querétaro se inauguró el 2 de Marzo de 1865; fué su fundador el primer Obispo de la Diócesis, el Sr. D. Bernardo Gárate. Este Establecimiento cuenta más de doscientos alumnos. Las materias de enseñanza son las de instrucción primaria.

El Mercado Escobedo está dedicado á la memoria del ilustre médico D. Pedro, fundador de la Escuela de Medicina de México. El Mercado está construido de fierro y tiene abundante agua para su limpieza.

Uno de los sitios más agradables de la ciudad es la plaza principal cuyo centro está ocupado por el Jardín de Zenea, nombre que lleva en memoria del Coronel D. Benito Zenea, Gobernador de Querétaro, que murió repentinamente el 15 de Septiembre de 1875; él fué quien lo construyó y la ciudad le puso su nombre. La fuente de hierro es debida á los Sres. Rubio, con la estatua de Hebe. El embellecimiento de la plaza data del año 1868, un año después de la caída del Imperio.

El Palacio de Gobierno, residencia de los Poderes Ejecutivo y Legislativo, es de amplia, cómoda y magnífica construcción.

Los primeros propietarios de esta elegantísima casa fueron los Sres. Cabañas, dueños de la Hacienda de Balvanera, inmediata á Querétaro, que la dotaron de grandes salones y patios y cuanto se podía desear para una cómoda habitación; la casa es, pues, un elegante palacio.

Las Oficinas del Gobierno se trasladaron á esta casa el año de 1861, siendo Gobernador el General José María Arteaga, quien la compró á los Sres. Rubio, entonces sus propietarios, en la suma de \$28,000.

En los altos del edificio, en el gran salón, tiene sus sesiones la Legislatura del Estado, y se encuentran: la Secretaría del Congreso, la Contaduría y sus dependencias; en otro departamento está el despacho del Gobernador, la Secretaría de Gobierno, sus Secciones y el Archivo General.

En los bajos del Palacio se instalaron en dos amplios salones dos Escuelas el 13 de Junio y el 16 de Septiembre de 1879.

La escalera del *Caracol*, por su amplitud y suave descenso, dió lugar á una escena chusca de que fué víctima un pobre arriero: un soldado de la guardia hizo subir por ella á un burro que al buscarlo su dueño, quedó admirado de verlo en la azotea del Palacio.

Esta escalera de madera, además de su amplitud, es sólida y elegante; cada peldaño sirve de base y sostén á los siguientes, sin clavos ni amarres de ningún género en toda la espiral.

Tiene el Palacio de Gobierno sus recuerdos históricos. En la pieza donde se encuentra el Archivo del Gobierno, estuvo expuesto el cadáver del Archiduque Maximiliano de Austria, y allí fué visitado por el Presidente de la República D. Benito Juárez.

En la sala de recepción y en la pieza del despacho del Gobernador, estableció el Ministerio de la Guerra el General D. Felipe Berriozábal el mes de Noviembre de 1877, en que proclamó el *Plan de Salamanca* el Sr. Lic. D. José María Iglesias, como Presidente de la Suprema Corte de Justicia, contra el Sr. Lic. D. Sebastián Lerdo de Tejada, Presidente de la República.

LA GRAN CAÑERÍA DEL AGUA POTABLE, CONSTRUIDA POR EL SEÑOR DON JUAN ANTONIO DE URRUTIA Y ARANA, MARQUÉS DE LA VILLA DEL VILLAR DEL AGUILA.—LA ESTATUA DEL BENEFACTOR.—EL ACUEDUCTO CONSTRUIDO POR EL SEÑOR DON CAYETANO RUBIO.—LAS FABRICAS DE MANTAS DE QUERETARO.—LA PARROQUIA DE SAN SEBASTIAN Y LA ANECDOTA DE LA CASA DEL FALDON.—PATEHE, LOS BAÑOS.

La descripción que parece más exacta es la que se publicó en "*Las Glorias de Querétaro*," más cerca de los acontecimientos que nosotros; dice así:

"La famosísima obra de la Cañería y arcos por donde viene la agua limpia á la Ciudad, es ciertamente obra sin segunda y digna de la mayor admiración. Se debió á la actividad, generosidad y diligencia del Señor Don Juan Antonio de Urrutia y Arana, Caballero de Alcántara y Marqués de la Villa del Villar del Aguila, que á más de haber corrido con ella como juez, privativo hasta su conclusión, erogó gran suma de dinero de su caudal para sus cuantiosísimos gastos. *Se comenzó la obra el día quince de Enero de mil setecientos veintiséis, y se concluyó el diez y siete de Octubre de mil setecientos treinta y ocho.* La Alberca ó caja principal del agua dista dos leguas de la Ciudad (ocho kilómetros), y en todo este espacio está fabricada la cañería de cal y canto, que viene en largos trechos por dentro de los cerros. Los arcos son de admirable arquitectura y construcción. Los cimientos de sus pilares, que son *setenta y dos*, tienen veinte varas en cuadro, y catorce de profundidad. Sobre estos solidísimos cimientos se levantaron los pilares de piedra de sillería, distantes unos de otros dieciocho varas, con dieciseis en cuadro y veintisiete de altura; y desde estos rompen los setenta y cuatro arcos con siete varas de curvatura, por lo que tienen de alto por todo treinta y cuatro varas (28^m.42). Todo esto fué necesario para que pudiese pasar el agua por el valle que se forma entre el primer cerro del camino de la Cañada y la Loma de la Santa Cruz ó de Sangremal.

“Para los crecidos gastos de esta magnífica obra contribuyeron los vecinos de la Ciudad, así pobres como ricos, con veinticuatro mil quinientos cuatro pesos. Un Bienhechor del Colegio de la Santa Cruz dió tres mil pesos. Se aplicaron á la obra tres mil trescientos pesos de una donación. De los Propios de la Ciudad y otras utilidades dimanadas del agua que para su uso compraron algunos Conventos y vecinos, se adjudicaron doce mil pesos. *Y el mencionado Señor Marqués puso de su caudal y patrimonio ochenta y dos mil novecientos ochenta y siete pesos*, sin muchas menudencias de que no hizo aprecio. De aquí resulta que el costo total de esta obra pasó de *ciento veinticuatro mil setecientos noventa y un pesos*.

“Esta es la obra famosísima que debe Querétaro á la generosidad de su insigne bienhechor el Ilustre Caballero, Marqués del Villar del Aguila, cuya memoria no se borrará jamás de los corazones agradecidos de los queretanos, y cuya fama volará de generación en generación hasta el fin de los siglos.

“De la abundante y hermosísima agua que viene por esta targea á la Ciudad, se reparten (se repartían) para su uso diario todos los Conventos y Comunidades y las más de las casas de los vecinos. El público goza de ella en veintidós fuentes públicas que están bien repartidas en todas las plazas y varias calles de la Ciudad. Entre todas estas fuentes la que se hizo el año de mil setecientos noventa y siete en la esquina de la Huerta del Convento de San Antonio, mirando á la plaza de San Francisco, es obra ciertamente perfecta, muy hermosa y arreglada al arte: *tiene una famosa estatua de Neptuno del tamaño natural, armada con tridente*: es de piedra que representa y se asemeja al jaspe, está sobre una concha con un pescado á sus pies, que arroja agua por la boca. Hasta el día no ha faltado en la Alberca el agua, pues ha manado y corrido siempre con la misma abundancia que al principio, y se espera que no faltará jamás, por ser aquel terreno tan abundante de veneros y manantiales, que á más de la gran cantidad de agua que viene á la Ciudad, hay aún muchísima con que se fabricaron en la Cañada cuatro hermosísimos y muy saludables baños que van á disfrutar con frecuencia los vecinos de esta Ciudad en el tiempo del calor; y aun con todo esto sobra mucha agua que va al río, la que junta con la que baja del cerro del Pinal, que reventó en unos fuertes aguaceros que hubo el año de mil seiscientos trece, que sirve para regar algunas haciendas de estos contornos.”

La famosa arquería (Lám. 6) está cerca de la garita de México, llega á la plazuela de la Cruz con el producto de cuarenta manantiales de la Cañada que se distribuyen á la ciudad desde la Caja Repartidora que tiene la siguiente inscripción: “Reinando en las Españas nuestro católico Rey Felipe V (que Dios guarde) y siendo Virrey de esta Nueva España el Exmo. Señor Marqués de Casafuerte, se empezó esta magnífica obra en la alberca, el día 26 de Diciembre de 1726 y se concluyó hasta esta Caja el 15 (?) de Octubre de 1735, siendo Virrey y Arzobispo de México el Ilmo. y Exmo. Señor Don Juan Antonio Vizarrón y Eguiarreta, y Corregidor de esta muy noble y leal ciudad de Querétaro, D. Gregorio Ferrón. Fué juez superintendente de ella el Señor D. Juan Antonio de Urrutia y Arana, Caballero de la Orden de Alcántara, Marqués de la Villa del Villar del Aguila, natural de la Provincia de Alaba, que deseando el bien común puso en ello (con todo esmero) desde su primer fundamento, no sólo el trabajo de su trazamiento y asistencia personal, sino también las expensas de 88,278 pesos, con que contribuyó el vecindario de esta Ciudad, así eclesiástico y regular, como secular con la cantidad de 24,504 pesos.

“Por cuyo beneficio debe esta Ciudad mostrarse perpetuamente agradecida, y encomendarlo á Dios que le dé por obra tan heroica, la bienaventuranza.”

La cantidad de agua que entra á la ciudad es, según la antigua medida, de cinco surcos, que se dividen en 4,000 pajas; de éstas 3,278 entre las fuentes públicas, los ex-conventos, edificios públicos, los hoteles, mesones, baños y casas particulares, quedando libres 722 para el Ayuntamiento. En resumen, de los cuarenta manantiales de la Cañada, la ciudad aprovecha 9,333.3 pajas ó 70 litros por segundo.

La obra permanecerá intacta por mucho tiempo, pues por fortuna no hay temblores fuertes ó notables de tierra, en la región de Querétaro.

"La entubación del agua potable.— Diciembre de 1910.— Está ya casi terminada la nueva entubación que surtirá de agua las casas de la población; la semana pasada comenzaron los inspectores nombrados por el Gobierno á revisar la red y próximamente presentarán su informe al H. Ayuntamiento para que éste reciba la instalación y comience desde luego á ser utilizada."

"La estatua levantada en honor del Marqués de la Villa del Villar del Aguila, D. Juan Antonio de Urrutia y Arana, en 28 de Marzo de 1843, destruida por la artillería del sitio de los liberales, mandados por el señor General Escobedo, ha sido substituída por otra en el mismo lugar, hecha por el artista queretano D. Jesús Espinosa y fundida por D. Esteban Ponce, maestro de la fundición de la fábrica de Hércules. La estatua mide tres metros de altura.

"La antigua inscripción subsiste y dice así: "Al Señor Marqués de la Villa del Villar del Aguila" al Norte. Al Oeste: "Porque costeó y dirigió la introducción del agua á esta ciudad." Al Sur: "El M. I. Ayuntamiento en testimonio de pública gratitud." Al Este: "Le consagra este monumento el año de 1843."

"El acueducto construído por el Sr. D. Cayetano Rubio, está situado al N.E. de la ciudad, para poner en movimiento las máquinas hidráulicas de las fábricas de Hércules, La Purísima y San Antonio. Comienza este acueducto en los profundos socavones practicados en el cerro de los Servines y termina en la fábrica de San Antonio y produce setenta y dos surcos de agua; costó 133,000 pesos.

"Los socavones tienen una profundidad de 800 metros; el acueducto se dirige á la fábrica de Hércules desde la presa del Salto del Diablo, por una arquería de 257 arcos, cuyos pilares tienen 1^m.75 de espesor, separados entre sí por una distancia de 7^m.50.

"Reunida el agua que conduce á la del río, se separa en la presa de la Purísima, pone en movimiento la maquinaria de esta fábrica y vuelve á reunirse después para tener otra segregación en la presa de San Isidro, para encaminarse á San Antonio, quedando después reunida definitivamente al río." (Sr. Lic. C. Díaz.)

Las más importantes fábricas de la ciudad son las de mantas de Hércules, La Purísima y San Antonio; la primera es ya un pueblo por el trabajo, situada al E. y distante 3.14 kilómetros de la capital. Tiene 2,074 habitantes. El edificio de esta elegante construcción tiene en su patio preciosa estatua de Hércules en blanco mármol de Carrara.

La rueda hidráulica que mueve parte de la maquinaria es de 47 pies de diámetro y de una fuerza de 106 caballos; otra parte de la maquinaria se mueve por dos máquinas de vapor que consumen 8,000 arrobas de leña semanalmente con un costo de \$36,000 al año. La chimenea de esta fábrica tiene 40 metros de altura.

La fábrica de La Purísima está situada en el camino que conduce á la de Hércules, á corta distancia de la ciudad; frente al establecimiento la adorna un magnífico parque y una fuente con estatua de mármol que representa un soldado romano.

La de San Antonio, está cerca de los baños medicinales de la Quinta de Patehé, al N.E. de la capital del Estado, con magnífico y pintoresco sitio.

Trabajan en las fábricas más de 2,000 operarios

Antes de pasar á la Parroquia, el templo de San Sebastián estuvo administrado por frailes franciscanos de la Provincia de San Pedro y San Pablo, de Michoacán. La iglesia parroquial data de Enero de 1720; en Noviembre de 1768 se secularizó, siendo su primer cura el Sr. D. Miguel Zárate. El vecindario ha crecido tanto que parece otra población distinta de Querétaro, y es de los barrios más frondosos y amenos de esta ciudad y lugar de fiestas animadas. En frente de la iglesia, una casa de elegante construcción propia de persona acomodada tiene su origen de la siguiente anécdota, que le da el nombre de la "Casa del Faldón:"

"En una de las grandes festividades que se celebran en la ciudad, concurrieron los miembros del Ayuntamiento y entre ellos un Regidor y un Alcalde indio, ambos vestidos con casacas bordadas y á cual mejor uniformados, porque los dos pertenecían á la clase acomodada de la población; sucedió que el Alcalde (indio) quiso ocupar en la comitiva el lugar que le correspondía, y al pasar por delante del Regidor, creyendo éste que iba á quitarle el sitio de preferencia, dió tan fuerte estirón á la casaca del Alcalde que la rompió, quedándose en la mano con el faldón, que fué la parte que pudo su mano alcanzar al paso del Alcalde. El pleito que se promovió con palabras en aquel momento, se convirtió al siguiente día en formal litigio, que duró algunos meses y en el que se gastaron gruesas sumas de dinero, hasta que por fallo definitivo, confirmado por la Real Audiencia, el Regidor español fué sentenciado á vivir en los suburbios de la ciudad y á indemnizar al Alcalde de su casaca rota y de los gastos del juicio. El Regidor español hizo construir entonces frente á la iglesia de San Sebastián, la casa que habitó hasta su muerte, que desde entonces se bautizó con el nombre de "La Casa del Faldón."

"Todo el Barrio de San Sebastián, y en general, todo el de la otra banda, llamado así por encontrarse en la ribera del río, opuesta á la otra parte de la población, es muy fértil y ameno, su población ha aumentado de una manera considerable, contándose en la actualidad calles y plazuelas de que carecía y que le dan un aspecto simpático y agradable." (Lic. Celestino Díaz.)

La palabra otomí Patehé significa agua termal; es hoy un establecimiento de agua fría.

Los manantiales de aguas termales, pasan con el tiempo de calientes á frías y más tarde desaparecen los principios ó sales medicinales y quedan aguas potables. Hecha esta pequeña explicación se comprenderá que las aguas de Patehé han quedado frías y todavía medicinales después de haber sido calientes.

"La Quinta ó Hacienda de Patehé es de propiedad particular, pero su entrada está permitida á todos los que quieran tomar los baños situados en un extremo de la huerta interior. Son de agua fría; cada baño tiene su entrada independiente y no se pueden comunicar unos con otros, es muy poca la profundidad del estanque que tiene cada cuarto, así es que señoras y niños pueden bañarse, sin riesgo alguno: los cuartos están bautizados con nombres de flores como "El Nardo," "El Lirio," "El Clavel," etc., y las salidas de todos comunican á un portal donde los bañadores pueden refrescar ó bien esperar los que pretendan baño y los encuentren ocupados."

Los baños de la Cañada son termales, su temperatura viene á confirmar la explicación que se ha dado sobre el origen de estos manantiales.

QUERETARO EN 1803, AL FIN DE LA EPOCA COLONIAL

La Ciudad de Querétaro está situada á 1,940 metros sobre el nivel del mar según el señor Barón Alejandro de Humboldt, con una población habitual de 35,000 habitantes; hoy (1910) tiene 35,011; ¿la población ha quedado estacionaria?

Querétaro formaba parte de la Intendencia de México y tenía:

	Hombres	Mujeres	Totales
Españoles.....	2,207	2,929	5,136
Indios.....	5,394	6,190	11,584
Castas mezcladas.....	4,639	5,490	10,129
	12,240	14,609	26,849

La Ciudad:

Indios.....	11,584
Eclesiásticos seculares.....	85
Frailes.....	181
Monjas.....	143
	11,993

El consumo de Querétaro en 1793 era de 13,618 cargas de harina, 69,445 fanegas de maíz, 656 cargas de chile, 1,770 barriles de aguardiente, 1,682 bueyes y vacas, 14,949 carneros y 8,869 cerdos.

Las mujeres, cuyo número era mayor que el de los hombres, á falta de esclavos, se empleaban en las ocupaciones domésticas, llamadas del campo para servir en la ciudad. Los hombres tenían limitadas industrias; las principales eran las minas, los atajos de mulas para conducir las mercancías venidas de España, estos eran los *arrieros*, y las pocas labores de la atrasadísima agricultura.

El Sr. de Humboldt estimaba el valor de la industria manufacturera de la Nueva España en siete ú ocho millones de pesos al año.

En Querétaro se consumían 200,000 libras de algodón en la fábrica de *mantas* y *rebozos*; por año se fabricaban 20,000 piezas de 32 varas de telas de algodón.

El gran estadista visitó las manufacturas de Querétaro en 1803; se componían de *obrajes*, ó grandes talleres, de *trapiches*, los pequeños; de los primeros había veinte, y más de trescientos de los segundos; en suma, consumían por año 63,900 arrobas de lana de borregos mexicanos. Los *obrajes* solos fabricaban *paños*, *jerguetillas*, *bayetas* y *jergas* y consumían 46,270 arrobas de lana cuyo valor se elevaba á 161,945 pesos; el valor de las telas de los *obrajes* y *trapiches* de Querétaro llegaba á más de 600,000 pesos.

Procedimientos imperfectos en la técnica de la fábrica; insalubridad en los talleres sin ventilación suficiente; mezcla de indios, de negros y mestizos; de obreros libres y de criminales, consignados por castigo al trabajo manufacturero; los obreros trabajaban en pie, no veían á sus mujeres sino sólo los domingos; azotes para todas las faltas de orden grandes ó pequeñas.

Del sueldo miserable de 18 centavos diarios se les rebajaba el importe de los alimentos, de los vestidos y del *aguardiente* en que los empresarios ganaban el 50 ó 60 por ciento; siempre endrogados, siempre á medio vender, casi esclavos sin estar vendidos. El Sr. Humboldt conoció muchas personas que se lamentaban con él de estos enormes abusos. "Esperemos, decía el ilustre y humanitario sabio alemán, que un gobierno protector del pueblo, fijará los ojos en esas vejaciones tan contrarias á la humanidad, á las leyes del país y á los progresos de la industria mexicana."

No había fábricas de lino ni de cáñamo; en cuanto á las telas de seda, es inútil decir que no las consentía la autoridad colonial; llegó á cultivarse á fines del siglo xvi el gusano de seda (*bombis mori*), en Pánuco y en la Mixteca de Oaxaca, sin pasar de allí; los indios de la Mixteca y de Tixtla, cerca de Chilpancingo, fabricaban buenos pañuelos con la seda silvestre de algunos árboles del país.

No se fabricaba el papel, pues todo venía de España, hasta se había olvidado el *amatl* que hacían los indios con las fibras de maguey y del izote.

En cambio, la fabricación del tabaco, que era regalía del Gobierno colonial, producía en la Nueva España, en las fábricas de México y Querétaro, una utilidad líquida de cuatro millones de pesos anuales á la corona: no hay que decir que la insalubridad más asquerosa reinaba en esos antros de la manufactura de los puros y cigarros.

QUERETARO IMPERIAL



SEGUNDA PARTE

CAPITULO V

El Imperio de Maximiliano.—La Abdicación

No se ha olvidado la invasión francesa que envió á este país el Emperador Napoleón III, con el fin de establecer en México una monarquía regida por el Archiduque Maximiliano de Austria; oponer, con una monarquía de la raza latina, gobernada por un príncipe extranjero, una muralla contra el desarrollo creciente de los Estados Unidos de América, fué, según dicen, el pensamiento más grande de su reinado.

Aun suponiendo el triunfo de tal imperio, ¿dónde estaba la viabilidad de él? Maximiliano no tenía hijos ni esperanza de tenerlos; el imperio tenía que volver á su origen. ¿Sería Napoleón el heredero de Maximiliano? México se componía entonces de conservadores y liberales republicanos; los primeros, intransigentes con los principios conquistados por las Leyes de Reforma; los segundos, tenían mejor bandera, la defensa de la independencia de la Patria. México no quería ser un tablero de ajedrez á donde se pudiera transplantar una corona como se hace en algunos pequeños principados de Europa. Maximiliano encontró el país, agotados sus recursos naturales con la guerra civil político-religiosa; llegó á comprender que su imperio era imposible, injertando principios liberales de la República en una monarquía intransigente y conservadora; comprendió que los republicanos no serían jamás sus partidarios, mientras que los conservadores sólo se aprovecharían del imperio para sus fines personales; el poder omnímodo y despótico y la devolución de los bienes del clero, que habían sido enajenados y que sólo se podrían adquirir de nuevo por una guerra sangrienta, que poco les importaba que tuviera una víctima, aunque ésta fuera el mismo Emperador. ¿No había ya sacrificado á Iturbide?

De los documentos testimoniales de que el autor se ha valido para aclarar el hecho histórico de la abdicación, ninguno más personal del mismo Emperador que el *diario de su médico ordinario*, Samuel Basch. Ha sido preciso, para esto, desentenderse de los insultos y calumnias que este pobre extranjero lanzó sobre México y los mexicanos, para explotar esta intimidad, ficticia ó verdadera, que tuvo con el príncipe austriaco, pero que da clarísima luz sobre aquellos tenebrosos días de la conjuración conservadora para obligarlo á permanecer en México; nadie como este criado íntimo, adicto á Maximiliano, podía mejor desenredar la madeja que enredó entre sus hilos al pobre aventurero. De sus "Recuerdos de México" se toman las siguientes notas con pormenores que eran completamente desconocidos:

"En Orizaba debía esperar el Emperador á Herzfeld (consejero de Maximiliano), quien, aun cuando recibió órdenes de detenerse algunos días en México, nos había precedido en la diligencia; es que no quería dejar á medias la tarea que había emprendido. Su intención era que el viaje se continuase irremisiblemente hasta Veracruz, haciéndose el embarque acto continuo; toda esta premura de Herzfeld no estaba justificada en aquellos momentos. Hallábase el Empe-

rador á sólo una jornada de distancia del mar, no estaban interrumpidas las comunicaciones, ni riesgoso el camino, no había, pues, motivo para temer por la seguridad de su persona. En Orizaba, además de los húsares imperiales, tropa muy segura, había un buen destacamento de soldados franceses, éstos y aquéllos muy temidos de los disidentes. Si la marcha á Europa se hubiese efectuado en semejantes circunstancias, habríasele considerado como una verdadera fuga... Verdad es que el Emperador persistía en su proyecto de partir en breve de Orizaba, pero no estaba en sus designios hacerlo en el instante. Conociendo, por lo mismo, que Herzfeld andaba como sobre ascuas, lo despachó á Europa con el encargo de anunciar allí su próximo regreso verbalmente y por la prensa.

"En tanto, podía el Emperador pensar con madurez sobre la manera más conveniente de dejar el país: si como soberano antes de embarcarse en Veracruz tenía que dejar instalada la regencia, y dictar las indispensables disposiciones para la convocación del Congreso, si no, habría de renunciar solemnemente la corona, ya en Orizaba, ya en Veracruz.

"Para una ú otra combinación había argumentos en pro y en contra; pero fuese cual fuese la decisión del Emperador, urgía ante todo pensar en los extranjeros que con él habían venido de Europa, es decir, en el cuerpo franco-austro-belga, y asegurarles su porvenir.

"El asunto no sufría demora, si es que el Emperador quería partir con la conciencia tranquila.

"Fácil es comprender que con todo esto, el ánimo del Emperador no podía menos de andar cada vez más angustiado. Llegado había el duro trance en que, por decisión propia, con una declaración espontánea, tenía que renunciar á una empresa cuyas dificultades no se le ocultaban, pero á la cual se había consagrado con juvenil entusiasmo, con plena abnegación, arriesgando su persona y su vida. Tenía que renunciar á la ejecución de aquel gran pensamiento suyo de regenerar á un pueblo en decadencia, y eso con la amargura de ver que su empresa había fallado por sólo la traición de aquellos á quienes llamaba amigos. Bien conocía que ya nada había que esperar para México, y en su interior tenía hecha tal renuncia, como que no quería ser por más tiempo vasallo de la Francia. Para él no era ya Orizaba sino una estación. El hecho de abdicar no era para él motivo de lucha por la abdicación en sí: éralo, á su justo amor propio, repugnaba esto de declarar á la Nación entera que él no podía sostenerse por más tiempo sin el apoyo de la Francia, y que se había dejado engañar por Luis Napoleón. No le permitía su honradez abandonar el país como soberano, ni llevar á Europa su título imperial y sus pretensiones al trono; para su atormentado espíritu hubiera sido un verdadero consuelo el conseguir aliviarse de aquella dignidad sin poderío, de aquel ingrato ceremonial, y correr á Europa al lado de la enferma Emperatriz, cuya lastimosa suerte le tenía tan hondamente afligido. En sólo estas razones, en sólo este dilema, y no en una mera irresolución, hay que buscar los motivos de aquel vacilar, de aquel tardarse el Emperador en pronunciar su última palabra. Él mismo, en su diario de Querétaro, intentó dar idea del estado de su ánimo en aquellos días. Al narrar yo más adelante la marcha de México á Querétaro, transcribiré el texto completo de la única hoja del diario que no llegó á extraviarse, y que contiene, entre otros, este pasaje.

"La incertidumbre consiguiente á nadie se le hacía más pesada que al padre Fischer. La táctica de éste (y la empleaba con tino) consistía en mantener al Emperador en estado de vacilación, evitando el manifestar una opinión terminante, así como también el contestar á preguntas directas.

"Aun cuando sus esfuerzos continuos, su único fin, eran que Maximiliano se quedase en México para entregarlo cuanto antes en brazos de su partido, guardábase muy bien de dejar transparentar sus designios, limitándose entretanto á procurar que se retardase la abdicación, y á impedir todo hecho consumado de suyo irrevocable. En cierto sentido, trabajaba de acuerdo conmigo, con la inmensa diferencia de que para mí la abdicación sólo era cuestión de tiempo, mientras que para el padre Fischer era ella toda la cuestión.

"Era por aquellos días mi posición tal, que en virtud de la confianza con que el Emperador

me honraba, ejercía yo cierto influjo en sus decisiones; por tanto, y obrando conforme á mis convicciones, me creía obligado á proporcionar ventajas á los austriacos y á los belgas, procurando retardar la marcha hasta que la suerte del cuerpo auxiliar quedara fijada de un modo definitivo. No debía comenzar la retirada de las tropas francesas sino dentro de algunos meses; tiempo había, pues, para arreglarlo todo sin precipitación, y de tal manera, que al Emperador no pudiese quedarle duda de que todo se había hecho debidamente.

"El padre Fischer no podía menos de apoyar mis designios. Cualquiera dilación, cualquier retardo, favorecía sus miras; cada día que el Emperador pasaba en Orizaba era un día ganado para él; y con tanta destreza se manejaba evitando cuidadosamente toda respuesta categórica, recurriendo á todos los medios grandes y pequeños, ora olvidando, ora aplazando la ejecución de los encargos que para la marcha le hacía el Emperador, que de esta manera estorbaba, sin que aquél lo notase, sus intentos y sus determinaciones.

"Por lo demás, el padre Fischer no tenía valor para decir la verdad. Si el Emperador le preguntaba: "¿deberé abdicar?" era seguro que el padre no le manifestaba su opinión sino con un profundo suspiro. Si luego le preguntaba: "¿me marcharé sin abdicar?" entonces el padre Fischer encogiéndose de hombros parecía responder que sí.

"Maximiliano, en tanto, continuaba sus preparativos de marcha. Envió al Coronel Kodolitsch con plenos poderes, para que arreglase con el Mariscal Bazaine lo relativo al cuerpo austro-belga.

"Mientras esto pasaba, fueron despedidas en Orizaba todas las personas de la Corte, como también la servidumbre mexicana; no quedaron al lado del Emperador más que dos criados europeos; y de los oficiales mexicanos, sólo los coroneles Lamadrid y Ormaechea, este último ayudante de campo del Emperador, quedaron nombrados para acompañarle á Veracruz.

"Llegó á poco el informe de la Comisión especial de que hablé antes, en la cual se demostraba que el Emperador nada debía al Estado, y que á la lista civil se le estaba debiendo hasta entonces unos 180,000 pesos; por manera que, aun respecto de eso, Maximiliano quedaba perfectamente tranquilo, no dejando tras de sí ninguna obligación, y pudiendo con toda seguridad poner por obra su designio de regresar á Europa.

"Escribiéronse cartas de despedida á todos los Ministros y Diplomáticos. Tocante á la navegación me dictó el Emperador el siguiente proyecto.

"El Emperador se encaminará directamente á San Thomas en el *Dandolo*; de allí se despachará el buque de vela al mando de Rességuier, después que haya cargado todo el equipaje. De San Thomas á Gibraltar. De allí telegrafiar, y si es posible, llamar á la Emperatriz á Corfú. En caso de que la Emperatriz no esté en disposición de ir, llamar á Corfú á alguno de Miramar. El buque de vela llevará á San Thomas todos los despachos que lleguen antes de su partida.

"Al hablar de este plan de viaje, me veo precisado á protestar contra las imprudentes insinuaciones con que el Sr. Kératry (pág. 220 de la edición francesa) comenta una carta de Eloin. Transcribe Kératry una servil y grosera relación de Eloin acerca de los negocios interiores del Austria después de Königrätz, en el sentido de atribuir al Emperador el designio de sacar provecho personal de las angustiosas circunstancias del Austria. La tal relación y su comentario, son muy á propósito para dar idea exacta del carácter de los Sres. Eloin y Kératry. Sería calumniar la memoria del Emperador al tratar de justificarlo de semejante acusación. Sé perfectamente (y el Sr. de Kératry había de concederme que me eran conocidas, tanto por lo menos como á él, las ideas personales del Emperador); sé perfectamente, repito, que S. M. estaba decidido á no volver á mezclarse en la vida pública; tenía proyectado un largo viaje, y no pensaba ver el Austria sino de allí á dos años.

"Todos los preparativos de marcha que hasta aquí llevo mencionados, se hicieron en distintas ocasiones y con intervalos. Al referirlos yo colectivamente, no me he propuesto otro fin que el de probar hasta qué punto estaba Maximiliano firmemente decidido á regresar á Europa, y cómo había tomado ya disposiciones más minuciosas para el efecto. Si la ejecución de su proyecto al fin no se llevó á cabo, debióse únicamente á los esfuerzos del padre Fischer y de su partido.

“En los primeros días de nuestra mansión en Orizaba, vivía el padre Fischer completamente aislado, si bien es verdad que aún no se le presentaba coyuntura propicia para el cumplimiento de sus designios. Aparentaba ser entonces un servidor dotado de obediencia ciega á Maximiliano, sin opinión propia; y en efecto, una vez salió con una proposición de una ingenuidad deveras sorprendente.

“Acuérdome, como si fuera hoy, de cierta conversación que con nosotros tuvo el Emperador una tarde. Decía éste, que había encontrado ya el modo mejor de abdicar, y era hacerlo dando por única causal la enfermedad de la Emperatriz. El padre Fischer, como de costumbre, respondió ambigualmente, pero dejando siempre entrever que no era favorable á tal determinación. Tampoco yo podía apoyarle; y sin andarme en reticencias, fundé mi negativa en que sola esa causal no alcanzaría crédito, se la tendría como poco probable, se buscarían otras causales, y se acabaría por encontrarlas.

“El Emperador me dió la razón, y no insistió en su primera idea; pero en el curso de la conversación, que todavía se prolongó algo, me tocó oír dar al padre Fischer el siguiente consejo: ¡de abdicar en favor de Napoleón! “Esta idea es verdaderamente maquiavélica, repuso el Emperador; valdría más que me fuese yo sin abdicar.” Y se suspendió la conversación.

“Indiferente en apariencia á todos los preparativos del viaje, habíase reducido el padre Fischer á una actitud completamente pasiva, esperando que llegase de México el auxilio, que no debía tardar. Y en efecto, no tardó.

“Había llegado ya una carta del Capitán Pierrón, Jefe de la Cancillería del Gabinete, en la cual inculpaba directamente al Emperador porque hablaba de abandonar el país en tales momentos. A principios de Noviembre, llegó á Orizaba el Ministro Plenipotenciario de Inglaterra, Mr. Scarlett. Volvía de Europa adonde había ido con licencia, y se detuvo más de dos semanas en Orizaba. De mala gana había visto Scarlett que el Emperador se marchase á la sazón, por cuanto le urgía obtener la sanción de éste para el tratado de comercio que ya tenía negociado con el Ministerio. Como buen inglés, era, por lo mismo, un hombre práctico que sólo veía los intereses de su país. Yo no sabré decir con certeza, si Scarlett, al aconsejar al Emperador (como en efecto lo hizo, según éste mismo me refirió), obraba por convicción propia; pero lo que sí sé, es que tuvo largas y frecuentes entrevistas con el padre Fischer, y que el fruto de esas entrevistas fué una larga carta, en la cual Scarlett, quien por lo demás no tardó en regresar á Europa, trató enérgicamente de disuadir al Emperador de la abdicación. Había, pues, encontrado el padre Fischer, y probablemente sin esperarlo, un aliado tanto más eficaz cuanto que no era mexicano, y se hallaba en una posición aparentemente neutral.

“Después que Scarlett, llegó á Orizaba Sánchez Navarro, que había sido intendente y luego Ministro de la casa imperial, y era uno de los conservadores más rabiosos.

“Sánchez Navarro era amigo íntimo del padre Fischer desde la época en que éste fué cura de Parras, en el Estado de Durango. Teníasele entonces por el más rico propietario de México, y se decía que sus posesiones en Durango y en los Estados fronterizos eran iguales en extensión al reino de España. Pero bajo el gobierno de los Presidentes liberales se le había confiscado la mayor parte de sus bienes, y esperaba, como tantos otros, recobrarlos con el apoyo del Gobierno imperial. Fácil es comprender, con cuánto celo se pondrían de parte del Emperador.

“Poco después que Sánchez Navarro, llegaron igualmente á Orizaba algunos antiguos Gobernadores (comisarios imperiales) de cuyos nombres no me acuerdo, y otros varios sujetos de los más influentes en el partido conservador.

“El Gabinete del padre Fischer en donde se reunían Scarlett, Sánchez Navarro, el Ministro de la casa imperial Arroyo, los comisarios imperiales, y todos los demás mexicanos pertenecientes á la Corte, era el foco de donde la antorcha de la gloria del Imperio, que estaba á punto de apagarse, debía salir derramando una nueva y esplendorosa luz. El Club del padre Fischer trabajaba incesantemente por cuantos medios estaban á su alcance y no tardó en tejer una red, cuyas mallas se extendieron á poco sobre la capital no menos que sobre cada una de las provincias.

“Movi6se toda aquella secreta agitaci6n en dos direcciones con especialidad: la una, tendiendo 6 suscitar una aparente *vox populi*; la otra, intentando persuadir 6 Maximiliano de que jams habia tenido el Imperio una oportunidad m6s brillante que entonces para resucitar con esplendor, siempre que consintiese 6nicamente en permanecer en el trono, y en dejar el campo libre al Ministerio conservador, el cual (seg6n lo proclamaba sin descanso el padre Fischer), estaba animado de las mejores intenciones, y era capaz de hacer brotar tesoros escondidos hasta entonces.

“S6bitamente revel6 el padre Fischer una energ6a de la que por cierto nadie le cre6a dotado; seguro ya de sus mexicanos, se dirigi6 6 los austriacos, logrando ganar algunos. Bien sab6a 6l que 6 pesar de mi pequeñez deb6a mi persona entrar hasta cierto punto en sus c6lculos, y, por lo tanto, no pod6a menos de emplear conmigo sus medios de persuasi6n. Conociendo mi escepticismo, trabaj6 lo que no es decible para probarme que hac6a yo mal en no tener confianza en el apoyo de su partido. Montes de oro me presentaba en el porvenir, pero yo le contrapon6a la desnuda realidad del presente.

“Fischer y yo administr6bamos por entonces la caja particular del Emperador, y en respuesta 6 todas sus exageraciones, 6 todos sus millones que deb6an brotar de las entrañas de la tierra, no ten6a yo m6s que hacerle presente las circunstancias de la hacienda imperial, que 6l conoc6a tanto como yo, y encomendarle que la restaurase lo m6s pronto. Pero no por eso se daba por vencido: me dec6a que por el momento nada pod6a hacer, pero que apostaba su cabeza 6 que no bien se hubiese decidido el Emperador 6 volver 6 M6xico, cuando ten6a 50,000 pesos 6 su disposici6n para cualquier evento.

“Y aqu6 es bien consignar, aunque me anticipe yo 6 los sucesos, que cuando el Emperador march6 6 Quer6taro, no pudo el Ministerio conseguir m6s que 50,000 pesos por junto para la caja militar y para la privada del Emperador. En esta, como en otras muchas ocasiones, hice yo bien en no creer en las entusiastas promesas, ni en los argumentos persuasivos del padre Fischer.

“Por aquellos d6as, no hallaban la mejor acogida con el Emperador los esfuerzos del padre y de sus aliados.

“Dos d6as despu6s de la llegada de S6nchez Navarro, se le envi6 nuevamente 6 M6xico, con el pretexto, muy justo 6 la verdad, de que siendo intendente de la casa imperial su puesto estaba en la Capital, en donde hab6a mil negocios urgentes que despachar. El Emperador se despidi6 formalmente de 6l, como si no hubiera de volver 6 verle. En esta ocasi6n, S6nchez Navarro hizo una 6ltima tentativa para inducir al Emperador 6 que cambiase de prop6sito. “Ingrato pa6s,” exclam6 al terminar su discurso, con el cual hab6a intentado en vano, con la redundancia de palabras que le era habitual, hacer impresi6n en el Emperador.

“De todas las dem6s personas que con el padre Fischer conspiraban, ninguno tuvo acceso con el Emperador, exceptuando 6 Scarlett. Pocas esperanzas quedaban, por lo mismo, 6 los conservadores, si no hubiesen logrado conducir al campo nuevos y m6s poderosos aliados.

“Al punto 6 que por entonces hab6an llegado las cosas, todos los preparativos estaban ya hechos; la partida de Orizaba pod6a tener lugar de un momento 6 otro, y en ese caso resultaban in6tiles todos los esfuerzos.

“Noviembre 8 de 1866.—Nadie en el mundo hubiera podido, por aquellos d6as, pronosticar feliz 6xito 6 los esfuerzos del padre Fischer y de sus amigos. En la tardanza estaba el peligro positivo para los conservadores, quienes, en 6ltimo resultado, nada habr6an conseguido, si 6 6ltima hora no hubiesen aparecido en la escena dos hombres, M6rquez y Miram6n, los cuales hab6an representado ya muchas veces un papel fatal en la historia de M6xico; 6stos, contrapesando las palabras vac6as de los *pelucones* y *mandarines*, como sol6a llamarlos el Emperador (6 sus ministros conservadores), pon6an en la balanza sus ya conocidas espadas.

“M6rquez era llamado desde seis meses, como otros diplom6ticos, por razones de econom6a. Miram6n no fu6 llamado. As6 lo dej6 escrito el Emperador en sus apuntes. (Samuel Basch, “Recuerdos de M6xico.”—Traducci6n del italiano al espaol por el Dr. Manuel Peredo.)

"Marcha á Querétaro.—Comprometido el Emperador á ponerse á la cabeza de su ejército, se fijó el día 13 de Febrero de 1867 para la salida, con 1,600 hombres; debió comprender que el Imperio se desmoronaba por las escaramuzas de los guerrilleros del camino, en la Hacienda de la Lechería y en Calpulalpan; por fin llega á Querétaro el 19 por la cuesta China; salen á su encuentro Miramón y Mejía con sus Estados Mayores: á las once y media pasaron de la garita de Querétaro al Casino, que iba á ser su alojamiento. Sin desprenderse de los negocios de México, decía al padre Fischer con fecha 28 de Febrero: "Deberá Ud. continuar asistiendo á todos los consejos de Ministros, é insistir en que se me remitan con regularidad y por el conducto más seguro las actas, así como también las memorias circunstanciadas de las labores que se hacen en los diversos Ministerios," quedaba, pues, el padre con el carácter de *Ministro sin cartera*.

"Decía Maximiliano al Capitán de navío Schaffer: "La permanencia de Ud. en México en "las presentes circunstancias, principalmente cuando acabo de partir, era de absoluta necesidad: "sin Fischer en el Gabinete, sin Ud. en Palacio, y sin Khevenhüller y Hammerstein en el Cuartel, "todo aquello se lo hubiera llevado la trampa en las primeras veinticuatro horas." Ahora, al fin ya estaba en Querétaro, con su ejército de nueve mil hombres: 2 de Marzo de 1867.

"Méndez; el tremendo Méndez, quedó encargado de hacer efectivos los préstamos en la ciudad de los cuarenta mil habitantes!"



CAPITULO VI

Plan de ataque de la Plaza de Querétaro por el señor General Don Mariano Escobedo.—Preparativos del sitio. El Cimatario.—Principios del sitio.—Ataques de los imperialistas, sus triunfos y sus derrotas.—Muerte del Coronel Joaquín Rodríguez.—El soldado Damián Carmona y el legionario romano de Pompeya.

PLAN DE ATAQUE DE LA PLAZA DE QUERETARO POR EL SEÑOR ESCOBEDO



Uno de los frecuentes errores de los Generales de Maximiliano fué creer que cada ataque que daban las tropas de la República tenía por objeto ocupar la Ciudad; y como no la tomaban, se soñaban ellos victoriosos. No veían los ilusos que el ejército que tenían enfrente no quiso jamás dar un asalto que hubiera costado muchísima sangre, que hubiera causado la destrucción de la ciudad y que habría facilitado la fuga de la mayor parte de los Jefes imperialistas.

"Escobedo nada de esto quería, que á haber deseado entrar á la plaza, pudo hacer un impulso vigoroso sobre el Oriente y el Norte, y con el resto de sus tropas habría penetrado por el Poniente y el Sur; los imperialistas no tenían las fuerzas suficientes para cubrir esta inmensa línea.

"Pero el plan era sitiar, y sitiar lentamente, para que en ese lapso de tiempo los imperialistas agotaran sus víveres y sus municiones; sitiar con todas las reglas del arte, á fin de que Maximiliano y todos los suyos cayeran en aquella ratonera.

"El éxito salió conforme al plan ideado y llevado á cabo con una constancia y una actividad infatigable, á pesar de la impaciencia de todos los que deseaban que aquella situación terminara lo más pronto posible.

"Este programa militar quedó desconocido de todos los Generales que defendían la Ciudad, y así fué como se dejaron encerrar poco á poco, y cómo hacían salvas y repicaban al menor incidente ventajoso de esos muchos que hay en las salidas y en las escaramuzas de un sitio."

Estuvo en un error el apreciable autor de las Rectificaciones de las Memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano (el Dr. D. Hilarión Frías y Soto); ahora que después de tantos años, y hasta hoy, se pueden ver con claridad algunos puntos oscuros de la caída del Emperador. Si ciegos estuvieron sus Generales, *uno* no lo estuvo, y fué el que escapó de ese sitio también llamado ratonera del Imperio ¡ese fué Márquez! él, que huyó de ese plan tan bien meditado y cuyos resultados fueron la paz y la resurrección de la República.

Por mi parte, ignoro si fué este plan obra del Ministerio del Sr. Juárez, del Ministro Lerdo ó del General Escobedo. Pude averiguarlo, así como otros puntos de este acontecimiento trágico, por medio de la buena amistad que tuve con el General sitiador, pero en los días en que estábamos aplazados mi antiguo Jefe y yo para hablar de la historia de Querétaro, dejó de existir, dejando á la República una de las glorias más limpias de sus héroes! Me acababa de dar su retrato con honrosa dedicatoria para este libro que estaba yo escribiendo y que deseaba yo publicar con datos biográficos para delinear esta gran figura de nuestros hombres ilustres.

PREPARATIVOS PARA EL SITIO DE LA CIUDAD DE QUERÉTARO

Los republicanos avanzaron unidos y compactos hacia la ciudad que bien pronto iba á ser la Tumba del Imperio. Corona llegó el 20 de Febrero de 1867 á Morelia, ocupada por Régules á la salida de Méndez; y encargado del mando de los ejércitos de Occidente y del Centro, marchó hacia Querétaro, habiéndose reunido con Escobedo en el pueblo de Chamacuero, donde acordaron el plan de campaña que iban á poner en ejecución.

"La mañana del 8, el ejército al mando de Corona se movió sobre Querétaro, y el 9 quedó establecida la línea. Colocadas las tropas convenientemente, fueron distribuídas en dos cuerpos, denominados del Norte y del Occidente, en el que quedó incorporado el del Centro.

"Mandaba el primero el General Jerónimo Treviño, y estaba compuesto de dos divisiones de infantería á las órdenes de los Jefes Sóstenes Rocha y Francisco Arce. El segundo estaba al inmediato mando del General Ramón Corona y lo formaba la división de Jalisco, cuyo jefe era el General Manuel Márquez; otra de Sinaloa, bajo las órdenes del General Félix Vega; la de Michoacán, con su ameritadísimo jefe Nicolás Régules, y la tercera división del cuerpo del ejército del Norte, mandada por el General Don Silvestre Aranda.

"Se formaron, además, una división de caballería de la cual fué nombrado jefe el General Don Amado Guadarrama, y una sección denominada "Legión del Cuartel General," que prestó importantísimos servicios durante la campaña; fué nombrado Cuartel Maestre el General Don Jesús Díaz de León, y Comandante General de Artillería, el de la misma clase Francisco Paz.

"Los imperialistas contaban con 9,000 hombres y una población que les era adicta, y además, con jefes como Miramón, que al valor personal y á una actividad sin límites, reunía entre sus camaradas algún prestigio ganado en sus antiguas campañas, y una audacia comparable solamente á la que en su juventud desplegó Don Antonio López de Santa Anna. Contaban al General Don Tomás Mejía, que siempre había sido el brazo fuerte del Imperio y cuyas dotes militares y la prudencia con que sabía dirigir sus operaciones habían hecho de él un distinguido General. Contaban á Don Ramón Méndez, soldado rudo pero infatigable, aguerrido, firmemente adicto á Maximiliano, y, sobre todo, de un carácter durísimo hasta la crueldad. También contaban á Don Severo Castillo, de antigua fama en el ejército por su valor reposado, por sus conocimientos científicos, por el apego en la disciplina en la cual era extrema su severidad, y por su decisión para sostener la causa imperialista. Finalmente, contaban á Don Leonardo Márquez, hombre que se había hecho formidable por sus instintos feroces, por su indomable constancia en la lucha y por ese salvaje despecho del criminal, incapaz de encontrar consideración ni refugio, si no era en las filas imperialistas que, á última hora, necesitaban engrosarse con todo lo que el país tenía de más repugnante y sanguinario." (Juan de D. Arias. "Reseña histórica del cuerpo del ejército del Norte." Páginas 109 y 110.)

En esta vez, la organización de su ejército fué la siguiente:

"Maximiliano, General en Jefe; Márquez, Cuartel Maestre; Miramón, Jefe de la infantería; Mejía, de la caballería; Reyes, Comandante General de Ingenieros; Ramírez Arellano, Comandante General de artillería, y Méndez, Jefe de la brigada de reserva. Castillo sucedió á Márquez cuando éste marchó á la Capital al desempeño de la comisión que se le confirió, según veremos después.

"En cuanto á recursos, sólo se contaba con los 50,000 pesos sacados con tantos esfuerzos de la Capital, por lo que se hizo necesario recurrir á un préstamo que se hizo recaer sobre los habitantes de la ciudad.

"El plan de Márquez, adoptado por Maximiliano, consistía en salir al encuentro de los republicanos y batirlos en *detalle*, sin dar tiempo á que se reunieran; pero no teniendo fuerzas suficien-

tes para dejar guarnecida la plaza, y deseando conservar ésta á toda costa, se aplazó la salida hasta que llegase de la Sierra el cabecilla Olvera, á quien se esperaba con su tropa.

“Se pidieron con instancia auxilios á México; pero una carta de Lares fechada el 24 de Febrero y dirigida á Márquez hizo renunciar á aquella espera, pues en la dicha carta se enumeraba tal cúmulo de dificultades para hacer la remisión de lo pedido, que de verificada ésta, en los términos propuestos por el Jefe del Ministerio, la pérdida de México y Querétaro, según Márquez, era segura. A esta situación, triste y miserable, habían quedado reducidos los pomposos ofrecimientos de los conservadores hechos á Maximiliano, quien ya miraba la serie de embustes de que se le había hecho víctima para *sacrificarlo estérilmente*.

“Sin embargo, este malaventurado gobernante, cegado por un optimismo inexcusable, en carta 2 de Marzo dirigida á su Ministro Aguirre, le decía que su programa trazado en Orizaba, consistente en convocar un Congreso que resolviese la cuestión, no había cambiado; programa absurdo, cuya sola enunciación da una idea pobrísima de la aptitud y talento del Archiduque, quien en su ofuscamiento é inexplicable alucinación, creía fácil y hacedero que el Gobierno constitucional “pusiese en duda sus títulos legales, colocándose al mismo nivel que la administración usurpada, planteada de orden del Emperador de los franceses, sometiendo á nuevo debate las conquistas de la revolución reformista, y eso en los momentos en que la causa nacional había triunfado virtualmente del enemigo exterior y de sus traidores aliados;” pretender tal despropósito, que no se creía hubiese existido, á no comprobarlo documentos auténticos, era no sólo quimérico sino hasta ridículo.

“El 4 de Marzo se dió orden para que el ejército estuviese listo, aunque sin llevar bagajes, lo que hizo creer que se iba al encuentro de los republicanos; la noche del 5 al 6 se empleó en los preparativos del combate, y cuando apareció el día, las tropas imperialistas estaban formadas en batalla, esperando la orden de marcha, que no tuvo verificativo.

“El 9 celebró Maximiliano una Junta de guerra á la que asistieron Márquez, Miramón, Castiello, Mejía, Méndez, Escobar, Vidáurri y Ramírez Arellano, con el objeto de acordar lo que mejor conviniera. En ella nada se obtuvo de provecho, reduciéndose todo á reconvencciones, cargos y censuras entre Márquez y Miramón, por no haberse evitado la concentración de los republicanos alrededor de la ciudad, cargo que el segundo lanzó contra el primero, y que éste quiso destruir alegando que “no había cometido falta alguna contra las reglas del arte, sino que ya “no era posible atacar en *detalle* al enemigo cuando se había querido ir á hacerlo.”

“Esas recriminaciones, vertidas con acritud, casi en público y en circunstancias tan solemnes, no eran más que la expresión de la enemistad que existía, aunque de manera sorda, entre ambos jefes desde mucho tiempo atrás y que sucesos posteriores no hicieron más que exacerbar, pues habiendo dado los Generales imperialistas un banquete á Maximiliano la noche del día de la llegada á Querétaro, y al que no concurrió pretextando la fatiga del viaje, Márquez, según refiere el Dr. Basch, “pronunció un discurso fulminante, en el cual, con mal disimulado “sarcasmo, quiso dar á entender al joven y temerario Miramón que la presencia del Emperador “venía muy oportunamente para moderar sus ímpetus. El tal discurso no era sino la manifestación de una elegía maligna por la última derrota de Miramón; al mismo tiempo, trataba Márquez de hacer comprender á éste la superioridad de su actual posición sobre él, puesto que ahora le estaba subordinado quien en otra época había sido Presidente. Pálido de ira estaba Miramón, pero se contuvo, y contestó en pocas palabras con un brándis al ejército.”

“Ese incidente hizo más profundo el disgusto reinante, que no tardó en estallar de manera violenta, pues habiendo dado Maximiliano el mando de las tropas á Márquez, por quien manifestaba una notoria preferencia, Miramón se sintió profundamente herido en su amor propio, y en carta que por tal motivo dirigió á Maximiliano, le decía, “que por fidelidad á S. M. y por patriotismo, tomaría parte en la primera batalla que se diera á los republicanos, pero que pedía “que inmediatamente después de la acción se le relevara del mando del cuerpo de ejército de infantería, pues ni sus antecedentes ni su dignidad le permitían servir á las órdenes de Márquez.”

"Aunque Miramón amplió los términos de su carta por medio de otra que dirigió al Archiduque, éste trató de aplacar al irritado General, que en otras circunstancias habría sido castigado severamente, con una excitativa para que no traspasara los límites de la subordinación militar, y con la declaración que le hizo de que Márquez en su carácter de Jefe del Estado Mayor, no era superior, sino únicamente el conducto por donde recibiría las órdenes dictadas por el Soberrano.

"El 10, Escobedo y Corona, después de una conferencia, recorrieron el campo republicano y las posiciones del enemigo; y el 11, el primero pasó revista al ejército de operaciones, dando á reconocer á Corona como segundo en Jefe.

"Reducidos á la defensiva los imperialistas, que era lo que se deseaba, y habiendo dado á conocer que la ciudad de Querétaro sería la base de sus operaciones, se trató ya únicamente de regularizar el asedio, á fin de aprisionar allí á Maximiliano y á los principales de sus corifeos que aún intentaban prolongar la lucha.

"Como pronta y necesaria providencia se trató de cubrir los principales caminos por donde el enemigo pudiera evadirse, para lo cual se acordó voltear la posición, ocupando la Cuesta China; movimiento excesivamente delicado, cuya ejecución fué encomendada al General Corona, que la realizó felizmente el día 11, quedando en posesión del punto relacionado, y extendiendo su línea, que cubrió al día siguiente con una fuerza de cinco mil hombres y catorce piezas de artillería.

"En vista de esa operación, Maximiliano trasladó su Cuatel General del Cerro de las Campanas al Convento de la Cruz, donde permaneció hasta el término del sitio.

"El 12, el enemigo, al mando de Castillo, hizo un reconocimiento hacia la posición que ocupaban las tropas republicanas en el Poniente de la ciudad; pero la intentona no dió otro resultado que el haber sido rechazada la columna imperialista, por la brigada Zepeda, auxiliada por la tropa de caballería que mandaba el Coronel Martínez.

"El 13, el General Corona mandó hacer un pequeño reconocimiento, cuya operación se encomendó á una sección de cazadores de Galeana que mandaba el Coronel Doria, quien la llevó á feliz término; y se ordenó por Escobedo, que para el siguiente día se hiciera uno general sobre la plaza.

"A las 10 de la mañana empezó éste: muy pronto la batalla se generalizó. Rocha, al frente de una columna penetró hasta San Francisquito; los batallones de Michoacán, á las órdenes de los Generales Canto y Merino, ocuparon el Panteón de donde desalojaron á los imperialistas, y Neri se posesionó del Jardín de la Cruz, estableciéndose en las casas vecinas.

"Entretanto, Mejía, que se hallaba en la Garita del Pueblito, cargó á la cabeza de una brigada de Lanceros contra la caballería republicana, situada al Suroeste de la ciudad, y la arrolló, á la vez que por el rumbo del Norte, el General Antillón asaltó la loma de San Gregorio y se mantuvo en ella, resistiendo admirablemente las redobladas cargas del enemigo, que al fin tuvo que retirarse, perseguido por los republicanos, cuyas columnas, con sus respectivas baterías, avanzaron á establecerse en los suburbios de la ciudad.

"Un oficial de artillería, Prisciliano Sandoval, llevado de su entusiasmo, penetró intrépidamente al interior de la ciudad con un cañón rayado: envuelto por el enemigo, fué muerto, perdiéndose el cañón con el grupo de artilleros que lo servía, y que quedó prisionero.

"El combate fué rudo y duró ocho horas, obteniendo los imperialistas señalados triunfos, como la defensa del Convento de la Cruz, la carga dada por Mejía, la recuperación de la línea del río por Miramón, y el acto atrevido del Príncipe de Salm y Salm, por el cual quitó la pieza de artillería de que llevamos hecha mención, matando al jefe; y si bien los republicanos obtuvieron algunas ventajas, posesionándose de puntos importantes y estableciendo su línea ofensiva en varias partes, á diez metros del enemigo, esto les causó grandes pérdidas, que entre muertos, heridos, dispersos y prisioneros, llegaron á cerca de mil hombres.

"Los imperialistas celebraron ruidosamente su triunfo, pues el reconocimiento había presenta-

do los caracteres de un asalto, que no estuvo en la mente del General en Jefe, y sí descubrir, como descubrió, cuáles eran las posiciones más fuertes de la plaza para estrechar el sitio, avanzando todo lo posible sin exponerse á un desastre." (Miguel Galindo y Galindo. "La Gran Década Nacional." Tercer Tomo. Páginas de la 578 á la 584.)

EL CIMATARIO

"La madrugada del 27 emprendió Miramón un fuerte ataque sobre el Cerro del Cimatario; y después de una marcha rápida y audaz sorprendió á las tropas que allí había, desalojándolas del punto y tomándoles carros, municiones y 21 piezas de artillería, las cuales fueron introducidas en la ciudad.

"Corona, que mandaba la línea, dió orden al General Rivera para que de un modo lento, pero sostenido, continuara su movimiento de retirada, y en seguida movió todas las reservas en auxilio del General Don Manuel Márquez que estaba con la brigada de Sinaloa en la Hacienda del Jacal, lo que hizo cambiar la situación, pues en los momentos en que Maximiliano, después de recorrer las posiciones quitadas á los sitiadores, felicitaba á Miramón por el resultado brillante del ataque, el Jefe de la escolta de caballería encargada de conducir á la plaza el convoy de víveres y municiones quitados al enemigo, dió parte á Arellano de que una fuerza acababa de arrebátárselo, matando ó poniendo en fuga á su hombres.

"Maximiliano dió orden al regimiento de dragones de la Emperatriz de que fuera á recobrarlo; pero en estos momentos, la reserva republicana llegaba, describiendo un gran semicírculo, oculta por los pliegues del terreno, á recobrar el Cimatario, llevando como de vanguardia unos 300 jinetes mandados por el valiente Coronel Juan C. Doria. Estando cerca de éstos, que se hallaban desplegados en tiradores, el Jefe imperialista Don Pedro González, encargado del ataque, forma sus escuadrones y manda la carga; los republicanos los reciben con un fuego terrible, y abriéndose, dejan que avancen varios cuerpos de infantería: las primeras filas de los dragones caen como heridas del rayo, y el resto es espantosamente diezmado, lo cual visto por González manda emprender la retirada: siguenlos ardorosamente los republicanos, que matan al portaestandarte, y continúa la persecución del enemigo que apenas pudo reunirse bajo los muros de la "Casa Blanca."

"Al ver Miramón á los enemigos vencedores formados en las alturas del Cimatario, obtuvo permiso de Maximiliano para desalojarlos definitivamente, pues se necesitaba conservar libre por completo aquel lado de la línea. Dispone una segunda salida, dirigiéndose hacia la izquierda de los republicanos, á fin de flanquearlos, mientras que algunos batallones volvían á subir las alturas.

"Un instante después aparece la reserva de Escobedo, conducida por el valiente Rocha, y se presenta en el campo del combate el General Naranjo con sus escuadrones, y Guadarrama y Tolentino con sus tropas, que acababan de batir á los imperialistas en la Hacienda del Jacal, de donde habían éstos desalojado al General Don Manuel Márquez.

"La fuerza recién llegada hizo alto, y se formó en batalla para resistir convenientemente el ataque, que comenzó en el acto, de manera desusada para los imperialistas.

"El Cimatario, dice un testigo presencial, visto de lejos, parecía un hormiguero, de donde se escapaban detonaciones nutridas y copos de humo blanco. En aquel momento nuestras pérdidas fueron crueles: los hombres caían como moscas. Los malditos rifles de dieciséis tiros y una "posición dominante, daban al fuego de los republicanos tal superioridad, que el General Miramón mandó á nuestros batallones retroceder con buen orden, paso á paso, sosteniendo el fuego." (Alberto Hans. Obra citada. Página 144.)

"Sorprendidos los imperialistas por una resistencia heroica que no esperaban, tuvieron, como se ha visto, que emprender la retirada, que quedó convertida en derrota, volviendo con el ánimo muy decaído á sus antiguas posiciones; sin embargo, Maximiliano, dejándose arrebatar por los vuelos de su fantástica imaginación, que le hacía no ver la realidad, dirigió, á propósito de la jornada del 27 de Abril, una carta á su Ministro Iribarren, en que le decía:

"Acaso muy pronto obligaremos á los sitiadores á levantar su campo, derrotándolos por completo, y en seguida marcharemos en auxilio de nuestra querida Capital. Importa, pues, y já más os lo recomendaré bastante, que esa plaza se sostenga enérgicamente, que se aumente sin descanso su material de guerra y que se ponga en estado de bastarse á sí misma y de resistir "por largo tiempo."

"El combate á que nos estamos contrayendo, puede decirse que fué el más importante y sangriento de los que se libraron durante el asedio, y el que mejores resultados había producido á los imperialistas; si éstos, en lugar de entretenerse con el botín, perdiendo un tiempo precioso en querer conducirlo á la plaza y en felicitarse mutuamente, hubieran continuado rápidamente su marcha triunfal, atacando cualquier flanco de los republicanos y batiéndolos en *detall*, animados por el vigor y el entusiasmo de la victoria, es probable que hubieran puesto á los sitiadores en una situación comprometida.

"Las pérdidas por ambas partes fueron enormes; y aunque el campo quedó por los republicanos, Régules dijo en su parte oficial, que todos los cuerpos de Michoacán y algunos soldados de Jalisco que cubrían la línea, habían acabado, y á su vez, el General Don Manuel Márquez asienta que había tenido una baja de 430 hombres, entre muertos, heridos y dispersos.

"Como preliminar de este sangriento combate, previendo Miramón que los republicanos tratarían de auxiliar á sus fuerzas del Cimatario, encargó á Castillo que tomase la Hacienda de Callejas, y se estableciese en San Francisquito, para detener las columnas enemigas procedentes de Pateo ó de la línea del Norte, é impedir de esa manera el temido auxilio.

"Castillo fracasó en su ataque contra Callejas, y el enemigo, mediante ese otro triunfo, se presentó á tiempo en el teatro del combate, conduciendo sus reservas, que le proporcionaron la victoria que tanto mal causó á los imperialistas. (Miguel Galindo y Galindo. "La Gran Década Nacional." Tercer Tomo. Páginas 592 á 595.)

PRINCIPIO DEL SITIO

"En la tarde del mismo día, 22 de Febrero de 1867, tuvo lugar una revista, mandada por Miramón, de todas las tropas en Querétaro, menos las de Méndez, que se hallaban fatigadas por la marcha. Estas tropas ascendían á mil seiscientos hombres bajo las órdenes de Márquez, y aquellas que habían venido con Miramón y Castillo, es decir, los batallones de Cazadores del Emperador y Tiradores, el 7º Batallón de línea, los restos del 5º, los gendarmes, el 8º Regimiento de caballería, el Regimiento de la Emperatriz (á caballo) y dos baterías de campaña y una de montaña; en total, cosa de cinco mil hombres. Por lo tanto, nuestra fuerza se componía de nueve mil hombres y treinta y nueve piezas.

"El 24 de Febrero el Emperador dividió el ejército de la manera siguiente: Toda la infantería mandada por Miramón. Esta se componía de dos divisiones bajo las órdenes de Méndez y Castillo. Toda la caballería mandada por Mejía y la artillería por Arellano. A Márquez se le nombró Jefe de Estado Mayor, y á Vidaurri se le hizo Ministro interino de Guerra y Hacienda, y éste comenzó por imponer un préstamo forzoso de sesenta mil pesos, pues el dinero había llegado á ser una necesidad urgente. Los Ministros en México habían prometido montones de di-

nero, poniendo ante el Emperador proyectos financieros muy dudosos. En lugar de los millones que en Orizaba habían prometido, sólo procuraron más adelante y con el mayor trabajo los antedichos cincuenta mil pesos para la campaña de Querétaro, enviándonos sólo diez y nueve mil pesos de México que duraron nada más que unos cuantos días.

"En este mismo día se tuvo un consejo de guerra, en el que se resolvió enviar órdenes estrictas al General Tavera, á quien se había dejado en poder del mando de la Capital, para que enviase á Querétaro todas las tropas extranjeras que tenía en México, junto con las municiones y ambulancias necesarias, y además cien mil pesos. Ya en marcha, órdenes semejantes se habían mandado, pero éstas habían sido desatendidas por los Ministros.

"Las tropas que debían ser enviadas de México eran: el regimiento de húsares del Conde Khevenhüller (todos austriacos), el batallón del barón Hammerstein (igualmente austriacos) de cosa de 400 á 500 hombres; los gendarmes de la guardia, bajo las órdenes del Conde Wickenburg, los cazadores de á caballo (todos extranjeros mandados por los Mayores Gerloni y Ciszmandai), é igualmente ocho piezas rayadas.

"En la tarde del 25 de Febrero se les pasó revista á las tropas de Méndez. Eran las mejores tropas mexicanas en el ejército del Emperador, á quien ya habían servido por algunos años, batiéndose independientes de los franceses en el Estado de Michoacán. Estas se componían del 1º, 2º, 3º y 4º batallones de línea, el 4º y 5º regimientos de caballería y una batería de campaña y otra de montaña. (Salm Salm. "Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano." Págs. 48 á 50.)

ATAQUES DE LOS IMPERIALISTAS, SUS TRIUNFOS Y SUS DERROTAS

"El 26 de Abril (1867) ya estaban hechos los preparativos para abrirnos paso por entre el enemigo, lo que debía efectuarse á la mañana siguiente á las cinco. Nadie sabía nuestra intención, excepto el Emperador, Castillo, Miramón y yo. (Salm Salm.)

"El Emperador me mandó poner todos sus papeles y archivos en pequeñas balijas que debían llevar los húsares en los tientos, y el mayordomo del Emperador con puertas cerradas en mi cuarto, se ocupó de este trabajo durante todo el día.

"Fuí nombrado por el Emperador jefe de la casa, y puso á mi especial mando tanto á los húsares como á la Guardia de Corps mexicana. Se me olvidó decir que el Comandante de los húsares, Capitán Echegaray había sido pasado á la infantería y su mando se le había dado al Capitán Pawlowski.

"Este oficial era un hombre muy fornido, el cual sorprendió una ocasión á los mexicanos grandemente. Los combates de la caballería mexicana, generalmente, eran la cosa más ridícula que se podía ver. Ambos asaltantes se detenían á cierta distancia y comenzaban á hacerse fuego mutuamente hasta que uno de ambos partidos satisfecho con lo que había tenido, echaba á correr, y entonces el otro con gran bulla le perseguía. Cuando los húsares en vez de observar esta costumbre se arrojaron sable en mano sobre los mexicanos, éstos se sorprendieron enteramente de tan rudo comportamiento y mucho más del capitán Pawlowski, que siempre llevaba un sable de reglamento muy pesado y que destruyó á siete con su propia mano antes que se hubiesen recuperado de su sorpresa.

"Tenía que preparar todo para nuestra salida, tan en secreto como era posible; y el Emperador, que nunca olvidaba nada, mandó que todas las personas cerca de él llevasen en su bolsa un librito de memorias, con el objeto de poder al instante escribir aun la orden más insignificante, á lo que él estrictamente se adhería.

"Para engañar á los habitantes y al enemigo, quienes sin embargo, conocían nuestra posición mejor que nosotros mismos, se reunieron á todos los cornetas por la tarde en la plaza de la Cruz, para tocar diana, y al mismo tiempo se repicaron todas las campanas; es decir, todas aque-

llas que aún no habían sido transformadas en balas de cañón. Me sentía contento y feliz porque al fin habíamos llegado á una determinación, y dormí mejor de lo que jamás lo había hecho antes.

“Las disposiciones exactas para el 27 de Abril me eran conocidas; pero de lo que ví, parecía como si á Miramón le importase más infligir un castigo severo al enemigo, que cumplir nuestro designio principal.

“Mientras que Miramón atacaba al enemigo al pie del cerro del Cimatarío, Castillo, que se ofreció á hacerlo, debía efectuar un ataque fingido contra la garita de México. Sin embargo, si por casualidad pudiera tomarla sin gran sacrificio, podía hacerlo.

“El Emperador debía esperar en la Cruz el resultado del ataque de Miramón. Con él se quedaron los húsares, los Guardias de Corps y el Regimiento de la Emperatriz. Todo se hallaba empaquetado y listo para salir de Querétaro.

“Entre las cinco y las seis de la mañana avanzaron al mismo tiempo Castillo y Miramón; el primero de éstos sobre el camino que deseaba tomar el 11 de Abril, y el último, de la capilla de San Francisquito.

“Con Miramón iba la división del General Méndez, él que en ese día hizo lo mejor, pues había notado que el Emperador últimamente le había tratado con alguna frialdad. A la cabeza de la columna asaltante estaban, como de costumbre, los intrépidos cazadores y en seguida de ellos el Batallón de los Guardias Municipales de México. La caballería cubría su flanco derecho.

“Al primer asalto del Mayor Pitner fué tomada la primera línea enemiga y una batería. El ataque se hizo con tal impetuosidad, que un terror pánico se apoderó de los liberales, quienes huyeron casi sin haber hecho frente. En este ataque se encontró Pitner con la brigada liberal de Morelia la que estaba mandada por un coronel alemán, Carlos von Gager, cuyo ayudante, Mr. von Glümer, fué hecho prisionero.

“Una vez que se encontraron nuestras tropas en la línea del enemigo, era fácil tarea la de arrojarlo, pues estaba flanqueado y se le hacía fuego por la espalda. Los liberales huyeron como una manada de carneros poseídos de un terror pánico. Quince cañones, siete estandartes y quinientos cuarenta y siete prisioneros incluidos veintiún oficiales, una gran cantidad de parque y armas, bagaje de los oficiales y provisiones fueron el resultado de este breve combate. La formidable hacienda del Jacal, cuartel general de Corona, fué igualmente tomada. El pánico de los liberales fué tan grande, que muchos y entre ellos algunos Generales, huyeron hasta más allá de Celaya, que está á siete leguas de Querétaro.

“Castillo igualmente obtuvo buen éxito. Tomó una batería de seis cañones; mas como que la garita y la hacienda frente á ésta eran como un fuerte fabricado con sólidas piedras, no era tan sencillo el tomarlas como una trinchera.

“Apenas habíamos sufrido pérdidas y el fin de nuestro ataque se cumplió del modo más glorioso y fuera de toda esperanza. Nada nos impedía abandonar la ciudad, pues necesariamente algunas horas habían de pasar antes que Escobedo pudiera enviar nuevos refuerzos de las líneas frente y alrededor de la ciudad. Cualquiera que conozca el modo de guerrear mexicano, sabrá igualmente que cualquier regreso de tropas no era de temerse.

“Oficiales liberales más tarde me dijeron, que su ejército perdió en este día, nada menos de diez mil hombres por la desertión, y que se envió caballería en su busca, para traer por lo menos á algunos de ellos. La derrota fué tan completa y aparecía tan decisiva que algunos de los Generales liberales propusieron levantar el sitio y todos admitieron que lo hubieran tenido que hacer, si Miramón hubiera al instante apoyado á Castillo, y la garita de México hubiera sido tomada.

“Los pobres habitantes estaban llenos de júbilo. Tan pronto como supieron de nuestro gran triunfo se arrojaron en las líneas del enemigo y se sirvieron de todas las provisiones de boca que allí encontraron. Cuando vió el Emperador que nuestras tropas estaban victoriosas, ordenó que quedase todo preparado en su casa y montó á caballo por el campo de batalla, acompañado de

Pradillo, López, yo y los húsares. Las tropas lo recibieron con tremendos vivas. En todas nuestras filas se tocaba "diana," y todas las campanas de Querétaro proclamaban por todos los alrededores nuestra victoria. Cuando llegamos ví con sorpresa que las tropas de Miramón se retiraban á la Casa Blanca, aunque enemigo alguno estaba ante nosotros, y nada le impedía volver al Cimatario, ocupar la Cuesta China, y desde allí hacer fuego sobre la garita de México; si nada se intentaba además del designio primitivo.

"El Emperador pasó á caballo por las líneas que habían sido ocupadas por el enemigo, en conversación animada con Miramón; igualmente visitó la hacienda del Jacal. Durante esta conversación me supongo que el General Miramón trató de persuadir al Emperador á que por el presente abandonase la intención de dejar á Querétaro y hacer otra tentativa para aniquilar al resto de las fuerzas enemigas, puesto que se había hecho con tal facilidad en el lado del Sur. La elocuencia del joven General era más convincente, puesto que se hallaba sostenido por un éxito tan estupendo. Se resolvió esta vez que Miramón avanzase á la derecha del Cimatario, limpiase la cima de la Cuesta China, cruzase el río, y atacase San Gregorio. Si este plan se hubiera llevado adelante inmediatamente después de nuestro triunfo tal vez podía haberse seguido de otro aún más grande; pero horas enteras habían pasado, durante las cuales nada se hizo. El Emperador, no obstante, estaba lleno de esperanza, y me dijo: "Después de todo, Salm, es bueno el "joven General."

.....

.....

"Antiguamente Márquez era el espíritu maligno del Emperador; esta vez lo era Miramón: el primero de éstos es un traidor vil; el segundo pagó con su sangre vertida al mismo tiempo que la del Emperador; y mientras no haya pruebas de lo contrario creemos que Miramón, aunque completamente poseído de ambición personal, estaba más bien ciego por sus propias ilusiones, y llevado por su ligereza, que de intento engañaba al Emperador y le aconsejaba mal, con el fin de elevarse con la caída de éste.

"El General Escobedo aprovechó mejor el tiempo malgastado por Miramón con una negligencia tan culpable. Tan pronto como vió desde su cuartel general en la Cantera á través de la ciudad el ancho costado del Cimatario cubierto por sus soldados de terror pánico poseídos, envió al través del río á sus mejores soldados para reparar sus pérdidas. Entre estas tropas se hallaba el Batallón de Supremos Poderes, la escolta particular de Juárez; la brigada de Nuevo León, á las órdenes del Coronel Palacio, y aun hasta la escolta de Escobedo, el Regimiento de caballería de los Cazadores de Galeana, quienes portaban rifles americanos Spencer de á ocho tiros.

"Eran más de las nueve de la mañana. Colocó Miramón dos brigadas, una á la derecha y otra á la izquierda del ancho camino que conducía de la Casa Blanca al Cimatario; el mismo en el que avanzó el enemigo el 27 de Marzo. Una tercer brigada le seguía como de reserva, mientras que el 4º Regimiento de caballería, á las órdenes del Coronel de la Cruz, cubría el flanco derecho.

"Sea porque Miramón había olvidado adquirir informes tocante á los movimientos del enemigo, ó sea por la embriaguez que el triunfo produjo en él, no sabré decir, pero no había creído necesario el poner un vigilante en la cima del Cimatario; pero es un hecho que los refuerzos enviados por Escobedo estaban ya cerca de esa cima en el declive opuesto del cerro, cuando nuestras tropas lo empezaron á subir del otro lado. Por descuido había perdido Miramón la gran ventaja de su posición, y otra prueba más de su negligencia fué la de haber permitido que los Cazadores fuesen al ataque con sólo dos ó tres cartuchos en las cartucheras. El Emperador, igualmente excitado con el triunfo y creyendo ahora más que nunca en el genio de Miramón, avanzó en compañía del General.

"Cuando nuestras brigadas habían subido las dos terceras partes del cerro, fueron saludadas con un fuego nutridísimo de la cima, adonde habían llegado las tropas de Escobedo. Al mismo

tiempo los Cazadores de Galeana dieron vuelta al flanco izquierdo del enemigo y efectuaron un ataque contra nuestro 4º Regimiento de caballería, el que fué derrotado y rechazado sobre la infantería; nuestras tropas hicieron alto. Su embriaguez no había sido duradera, pues su victoria había sido demasiado fácil. Y lo que es más, estaban ya fatigados con la tarea de la mañana, especialmente con la corrida cuesta arriba para hacer prisioneros.

"El fuego desde la punta del cerro, fortalecido por el de ambos flancos de los victoriosos Cazadores de Galeana, quienes en esta ocasión dispararon catorce mil cartuchos, según fuí más tarde informado, era demasiado para ellos, y comenzaron á vacilar.

"En ese momento el Emperador desenvainó la espada y pasó al frente de la primera línea: Miramón estaba á su derecha, yo á su izquierda. Pero el fuego de las alturas fué más poderoso que la elocuencia de sus animantes palabras y su ejemplo; nuestras tropas dieron la espalda al frente, y los liberales avanzaron de sus posiciones. El Emperador fuera de sí, no quería retirarse, y se quedó en el punto en que se hallaba como blanco para cada bala. Que no hubiera encontrado aquí la muerte de un soldado, es de admirarse. El peligro llegó á ser más y más inminente, pues el enemigo avanzaba. Miramón y yo en vano le rogamos se retirase; insistía en quedarse. Al fin le puse la mano en el brazo izquierdo y dije: "Imploro á Vuestra Majestad no se exponga de una manera tan inútil, por su ejército no debe exponer su vida!" Esto tuvo el debido efecto. El Emperador, con paso lento, volvió su caballo y se dirigió á la Casa Blanca.

"El declive del cerro ofrecía en ese momento un espectáculo que nie partió el corazón. Estaba cubierto de nuestras tropas fugándose en desorden, perseguidas por los Cazadores de Galeana, quienes mataban á los heridos. En la corta distancia que hay del cerro á la Casa Blanca perdimos doscientos cincuenta hombres, entre ellos al teniente Wols de los Cazadores, el que se quedó en el campo, herido en la cara. El enemigo hizo la tentativa de perseguirnos hasta la ciudad, y al momento nos siguió hasta la Casa Blanca, que se había ocupado como antes. El General Miramón estaba en la azotea de la Casa Blanca; suplicó al Emperador subiese con él allí para que viese cómo los liberales se romperían las cabezas contra nuestras murallas. Miramón no se equivocaba en esta ocasión. El enemigo se detuvo á cosa de doscientos pasos, y cuando fué rechazado un intrépido ataque de los Cazadores de Galeana contra nuestra batería que estaba situada entre las garitas de Pueblita y Celaya, los liberales se conformaron con volver á ocupar de nuevo las líneas que esa mañana habían perdido sus camaradas." (Salm Salm. "Mis Memorias de Querétaro y Maximiliano." Págs. 139 á 148.)

ATAQUES DE LOS IMPERIALISTAS.—MUERTE DEL CORONEL JOAQUIN RODRIGUEZ

"Cuando me hallaba en la azotea de la Casa Blanca (Salm Salm, 27 de Abril 1867) con el Emperador y Miramón, pregunté á este último qué medidas había tomado para la seguridad de la Cruz. Y me contestó: "Hasta este momento absolutamente ningunas." Había olvidado la Cruz enteramente y á haber dependido de los liberales la hubieran tomado sin dificultad alguna. Sin embargo, no se le había dejado completamente sin protección. El Regimiento de la Emperatriz hacía el servicio de infantería, y Mejía, que había ido á la Cruz, empleó á esos hombres que habían venido con las piezas capturadas. Estas, junto con los estandartes y prisioneros, fueron situados en la plaza de la Cruz. Entre éstos estaban el ayudante del Coronel de los liberales von Gagern, un señor von Glümer, que en un tiempo había sido alférez prusiano. Cuando el Emperador le preguntó si era alemán, le contestó con una expresión correspondiente: "Soy americano!" *Civis Romanus sum*.

"El Emperador se quedó conferenciando encerrado con Miramón más de una hora, y yo me retiré al cuarto de Castillo, el que ya estaba de regreso. Ambos éramos de opinión que no obstante el curso que habían tomado las cosas, aún podíamos cumplir con el propósito primitivo de

nuestro ataque, y que el presente momento era más favorable de lo que más adelante se nos podía presentar. Salirnos con todo nuestro ejército era practicable por cualquier punto de las líneas enemigas, pero especialmente en dirección á la Sierra Gorda, pues Escobedo había disminuído esas líneas con haber mandado de allí las tropas que habían rechazado nuestro segundo ataque, mientras que á la mañana siguiente muchas de las tropas derrotadas, probablemente se habrían recuperado de su terror pánico y regresado.

“Todo estaba empaquetado y listo, y los dos señores americanos Mr. Clark y Mr. Wells, quienes me habían suplicado no los dejase atrás, con impaciencia esperaban la señal de marcha. Todavía no había recibido contraorden, pero la prolongada conversación que el Emperador tenía con Miramón nos tenía inquietos, y temíamos que este ardiente y joven General induciría á S. M. á quedarse. Por lo tanto, fingí negocio en el aposento del Emperador, y al echarme de ver él, dije en alemán: “Me podrá conceder S. M. el favor de unas cuantas palabras antes de despedir “al joven General?”

“Está bien,” replicó el Emperador, “aguárdeme usted en el cuarto de Castillo: estaré allí dentro de un momento.”

“Pronto se presentó.

“Vuestra Majestad, le dije, me favorecerá con el permiso de hablarle con más franqueza de lo que me atreviera á hacerlo bajo circunstancias menos precarias que éstas?

“Siempre deseo que hable usted con franqueza y libertad conmigo, dijo el Emperador, aun bajo las más prósperas circunstancias.

“Pues bien, Vuestra Majestad, continué, le imploro abandone esta ciudad, adonde ciertamente encontrará su muerte; y desplegué todas las razones y argumentos que había discutido con Castillo, y en las que este General me sostuvo hasta lo último.

“Pero todo fué en vano. El Emperador estaba enfatuado con Miramón. De nuevo aludió á su “honor militar,” que no le permitía abandonar la ciudad con toda la artillería de grueso calibre.

“Y lo que es más, exclamó, ¿qué sucederá con esta desgraciada ciudad que nos ha sido tan fiel; y nuestros pobres heridos, á quienes no podemos llevar consigo?

“Aunque estos escrúpulos hacían honor al corazón del Emperador, no los podíamos encontrar convincentes. Rendir un fuerte, sin hallarse obligado por la mayor necesidad, ó perder la artillería, podrá ir en contra del honor de un comandante ó de un oficial de artillería, y ciertamente es de desearse que semejantes ideas sean como artículos de credo en un ejército; pero no es posible que puedan estar éstas en fuerza con un soberano que debe guiarse por otros motivos y no sólo por su honor militar. Sin embargo, no se podía persuadir al Emperador, nos dijo que ya había arreglado otro ataque contra San Gregorio para la mañana siguiente.

“Pues bien, exclamé, si Vuestra Majestad insiste en quedarse y atacar San Gregorio, le imploro no se demore, sino que se haga en el acto, dentro de una hora.

“Castillo opinaba lo mismo, pero en vano; la opinión de Miramón era la que prevalecía, y tuve que dar órdenes á los húsares y Guardias de Corps para que se retirasen á sus cuarteles. Así terminó el 27 de Abril que nos ofrecía la última oportunidad de salvación.

“El ataque contra San Gregorio, que se propuso para el 28 de Abril, no tuvo lugar, en parte por la escasez de municiones, pero más bien porque el Emperador había sido inspirado con tal confianza por Miramón de un éxito afortunado, que se imaginaba que un día más ó menos no importaba mucho. No se pensó más en Márquez, y si venía ó no se consideraba ya como bastante indiferente, pues Miramón se sentía suficientemente fuerte para conquistar sin él. Romper la línea era cosa que se podía haber hecho cualquier día sin mucha dificultad. El enemigo se mantuvo quieto este día, y nosotros no lo perturbamos.

“Méndez echó de ver á una mujer frente á sus líneas, que llevaba un sombrero ornado con una pluma, y una arma con la que con furor hacía fuego al enemigo. Yo ya la había visto en otras ocasiones. Parecía como hija de soldado. Al ser examinada por el General Méndez, dijo que su

esposo había sido matado por los liberales el día 14 de Marzo, y que quería vengarlo: como que tenía la apariencia de una mujer sumamente resuelta, el General la empleó para que saliese y trajese noticias de Márquez, por lo que prometió darle quinientos pesos.

“Regresó después de pocos días y dijo que Márquez estaría en Querétaro dentro de dos ó tres días, pues le había hablado en Arroyozarco. Pero al examinarla más de cerca se contradijo de un modo muy sospechoso y se tuvo á bien ponerla presa.

“Sería probablemente algún espía del enemigo, á la que le hubiera agrado ganar de un modo fácil quinientos pesos imperiales. Notamos que se hacían contraseñas de las diversas azoteas de la ciudad, y más tarde oímos decir que había organizado el enemigo en la ciudad un sistema perfecto de espionaje. Había un escondite de estos espías cerca de la Cruz en las casas ocupadas ya por el enemigo. Aun oficiales liberales en traje de paisanos habían estado en la Cruz. Por supuesto todo esto lo llegamos á saber hasta después del sitio.

“Nuestras tropas se habían disminuído considerablemente á consecuencia de tantos combates, á tal grado había esto llegado, que la infantería no era ya suficiente para cubrir las trincheras. Aquellas que había entre la garita de Celaya y el Cerro de las Campanas fueron, por consiguiente, ocupadas por el 4º Regimiento de caballería, cuyos caballos, en su mayor parte, habían muerto de hambre. Era de sorprenderse que los liberales no atacasen esta posición.

“La escasez de maíz no se sentía menos que la del dinero. Algunos regimientos de caballería y las yuntas de la artillería no recibieron ningunas raciones y tenían que mantener sus caballos con hojas y ramas cortadas. Los soldados sólo recibían media paga y los oficiales casi ninguna.

“El 29 de Abril montó á caballo el Emperador conmigo y el Coronel López, y recorrió las líneas. No se sentía bien y estaba de mal humor. Comí con él en compañía del Coronel D. Joaquín Rodríguez, bastante bien, gracias á la destreza del cocinero, que se le había quitado al epícuero Dr. Basch.

“El 30 de Abril fué llamado Miramón al lado del Emperador, y como que el incansable General Arellano había reemplazado el parque, se resolvió atacar la garita de México en ese mismo día.

“El 1º de Mayo se comenzó el ataque á las seis de la mañana por la batería que estaba cerca de la capilla de San Francisquito la que hacía fuego contra la hacienda de Calleja, casi frente á la capilla en las líneas del enemigo, teniendo el fuego tan buen éxito, que fué desocupado el lugar por el Este.

“Los Cazadores y el batallón de los Guardias Municipales, ambos mandados por el Coronel D. Joaquín Rodríguez, lo mismo que la batería de San Francisquito, al instante ocuparon este lugar por entero. La batería rompió el fuego contra la garita de México por una parte, mientras que por otra, la atacó con las baterías que estaban en la Cruz. Arellano dirigió el bombardeo desde el panteón.

“Al mismo tiempo salió de la hacienda con sus tropas el Coronel Rodríguez y avanzó sobre la garita; el Emperador y yo que desde un ángulo de la Cruz observábamos el ataque, vimos huir por la puerta que daba atrás de la hacienda, cerca de la garita, á soldados, mujeres, caballos y mulas. Nuestro triunfo parecía estar asegurado, cuando cambió la suerte por un accidente. El Coronel Rodríguez, uno de los hombres más valientes que jamás he conocido, se hallaba á la cabeza de sus tropas, pero cuando se encontraba á cosa de veinticinco pasos de la garita fué traspasado por dos balas y cayó muerto del caballo.

“La muerte de su Coronel hizo detenerse á los Guardias Municipales; después empezó la confusión y al fin la retirada. Allí no había reserva, y la ventaja ganada no podía seguirse. Los defensores de la garita recobraron su valor y persiguieron á nuestras tropas en retirada, las que cargaron con el cuerpo de su Coronel hasta la hacienda de Calleja. Después de esto hicieron los liberales un ataque contra la batería que había allí, pero fueron rechazados por los Cazadores. Sin embargo, se consideró por conveniente abandonar la hacienda y de nuevo retirarse á la capilla de San Francisquito.

“ Los fuegos de nuestra artillería habían, sin embargo, hecho buenos servicios; se había destruido la pared del corral perteneciente á la hacienda cerca de la garita, é igualmente habían hecho bastantes perjuicios á la hacienda de Calleja. En esta refriega los Cazadores habían tenido tres oficiales gravemente heridos, de los cuales murieron dos. Uno tenía un balazo en la cabeza que le dejó descubiertos los sesos; sin embargo de esto sobrevivió hasta en la tarde.

“ El Coronel de los liberales, Palacios, que mandaba en la garita, era amigo del Coronel Rodríguez, con quien había estado en Francia como prisionero de guerra. La muerte de Rodríguez fué profundamente sentida por todos; y el 2 de Mayo tuvieron lugar sus funerales solemnes en la Iglesia de la Congregación, adonde se sepultaron á todos los oficiales que en la campaña habían sido muertos en batalla ó de sus heridas durante el sitio. El Emperador con todo su Estado Mayor asistió al entierro.

“ A la sazón el enemigo había recibido nuevas remesas de parque y bombardeaba la ciudad de una manera vigorosa y poco común. Al fin se resolvió en la tarde atacar el cerro de San Gregorio á la mañana siguiente.

“ Nuestros medios, tanto en dinero cuanto en provisiones, se hallaban casi exhaustos, y era necesario tomar medidas para hacerse de éstos de algún modo ú otro. Por lo tanto, á todos los habitantes de la ciudad se les puso un impuesto acorde con sus rentas, y cada uno tenía que llevar su cuota diaria á determinado lugar á las seis de la tarde. El hombre más rico de la ciudad era un comerciante llamado Rubio, tenía que pagar ciento cincuenta pesos diarios. Castillo tuvo la superintendencia de este negocio, y bajo sus órdenes los coroneles Antonio Díaz y Francisco Redonet, estaban encargados de las contribuciones en dinero, y un comisionado llamado Prieto, de las provisiones de boca y forraje.

“ El día 3 de Mayo había de tener lugar á las cinco de la mañana el ataque contra San Gregorio; pero por razones que ignoro se pospuso hasta las siete, cuando el Emperador, que estaba sumamente incómodo, iba ya á contramandar. Sin embargo, tuvo lugar con dos columnas, las que en su primer asalto de nuevo tomaron la primera línea enemiga; pero como de costumbre, no había reserva y la ventaja de este modo ganada no podía aprovecharse. Todo se hallaba dispuesto en la Cruz para la marcha, en el caso de ser nosotros derrotados y entrase el enemigo á la ciudad.

“ El General Arellano y yo estábamos con el Emperador en la torre de la Cruz observando el ataque. Una bala de cañón pasó por entre la cabeza del Emperador y la del General Arellano, el que fué levemente herido en la cabeza y hombros por un pedazo de pared. Me hallaba yo tras el Emperador y creyendo que estaba herido lo cogí en mis brazos. Un oficial que estaba en la azotea de la Cruz fué hecho pedazos por otra bala de cañón.

“ Después de esto, acompañé al Emperador á la Plaza de Armas, donde nos pasaron varios heridos cargados. Entre ellos el Coronel Ceballos gravemente herido en una rodilla y el Coronel Sousa del batallón Celaya, el que murió esa tarde. Un soldado de este batallón, al pasar frente á nosotros solo y con serenidad levantó con la mano izquierda el brazo derecho roto por una bala de cañón y pendiente nada más de un pedazo de pellejo se lo mostró al Emperador; le hizo un regalo á ese desgraciado y recomendó tuvieran con él un cuidado especial. El Casino, antiguo alojamiento del Emperador, fué transformado después en hospital para los amputados y los heridos graves.

“ El Emperador buscó un oficial para que llevase la orden á Miramón de mantener la línea que se había tomado, hasta que le enviase refuerzos. Como no había un oficial á mano ofrecí ir yo, pero el Emperador dijo: “ No, no, Salm, busque usted á otro, pues no quiero que le vaya á suceder á usted algo.”

“ El Capitán Baron von Fuerstenwaerther fué á ver á Miramón, mas ya fué tarde; la línea conquistada había ya sido de nuevo tomada por el enemigo.

“ Este fué el último ataque que hicimos de nuestro lado. Habíamos hecho un gran número de prisioneros que estaban reunidos en el atrio de la Catedral y allí fueron examinados. Dijeron

que todo marchaba satisfactoriamente en el campamento de los liberales y que desde mucho tiempo atrás hubiera sido tomado Querétaro si los Generales no hubieran estado celosos y peleándose entre sí. De eso, sin embargo, no había que sorprenderse. Muchos de entre ellos pertenecían á diversos partidos, y habían sido enemigos toda su vida, y en esta ocasión sólo estaban unidos temporalmente para la conclusión del sitio. (Salm Salm. "Mis Memorias sobre Querétaro y Maximiliano." Págs. 148 á 156.)

EL SOLDADO DAMIAN CARMONA Y EL LEGIONARIO DE POMPEYA

(Julio Cervantes y Angel Pola.) "—General, ¿recuerda usted algún otro incidente curioso, como el de Palacios, que me ha referido?

"—Tengo recuerdos de otro incidente demasiado curioso. Uno de tantos días del mes de Abril, en esa trinchera de que le he hablado á usted, que atravesaba desde la Casa de Matanza al Panteón, había varios centinelas, y una tarde tocaba la música del batallón, los Cangrejos, en son de burla al enemigo. Se enojaron los de la Cruz y empezaron á disparar algunas granadas sobre nosotros. Una de tantas cayó de tal manera, como á dos ó tres pasos del centinela DAMIAN CARMONA, que, al reventar, uno de los cascos le hizo pedazos el fusil. Carmona, sin moverse de su punto, impasible, gritó, permaneciendo de pie como si nada hubiera acontecido: *¡Cabo cuarto, estoy desarmado!*

"Yo me encontraba en el Panteoncito y el Comandante fué á darme parte. Ha caído una granada, ha reventado y ha hecho pedazos el fusil de un centinela, quien, sin abandonar su puesto, gritó: "Cabo cuarto, estoy desarmado." Y se le ha dado otro fusil, y continúa en su guardia.

"Se dió cuenta del suceso al Cuartel General, que ordenó el ascenso de Carmona á cabo, luego á sargento segundo y en seguida á sargento primero. Don Juan (Bustamante), Gobernador de San Luis Potosí, hizo con este motivo gran *alharaca*: abrió una gran subscrición de dinero entre los vecinos prominentes, compró una corona y se le compusieron versos al soldado. Más tarde se dió orden de que formaran todas las tropas y que se entregara á Carmona todo aquello, haciéndole demostraciones de afecto y reconocimiento por su valor, y se le coronó por añadidura. El señor Presidente mandó que se le diera absoluta libertad y se le regalara una regular cantidad de dinero, pero con la condición de que comprara una casa en San Miguel Mixquitic, que era su pueblo, para que se retirara del servicio. En presencia de cuatro mil ó cinco mil hombres, se le ovacionó materialmente.

"En la plaza se levantó un templete, formaron todas las tropas y desfilaron ante Carmona, llevándose á efecto la entrega de los objetos y lo demás de que he hablado á usted. Carmona era un indio de un valor enteramente estoico.

"—Señor General, ¿volvió usted á ver después á Carmona?

"—Ultimamente, estando en San Luis Potosí, tuve oportunidad de verle: vivía en San Miguel, rodeado de muchos hijos, en la casa que le mandó comprar el señor Juárez." (Angel Pola. Págs. LIX á LXI. Últimas horas del Imperio.)

En el Museo de Artillería que se halla en esta Capital de México, se puede ver el fusil del sargento Carmona.

Sólo un hecho parecido conozco que se le pueda comparar; es el del Legionario romano que quedó sepultado bajo las cenizas de la erupción del Vesubio en la ciudad de Pompeya.

"Pero de todas las tragedias que se desarrollaron en el seno de la gran catástrofe y que la lava ha revelado después de ocultarlas tantos siglos, la más conmovedora es la del centinela que guardaba la puerta por donde se sale á la vía de los sepulcros.

"Al practicarse las excavaciones por este lado de la ciudad, se encontró dentro de la garita

de piedra al legionario romano, firme en su puesto, apoyado en la lanza, con el escudo á los pies y la visera del casco sobre los ojos.

“En el sitio donde se hallaba tenía enfrente el Vesubio. Veía escaparse el infierno por aquella cumbre circundada de truenos y relámpagos, bajar por las laderas y aproximarse serpenteando los ríos de lava, huir la gente que pasaba ante él loca de terror; caer del cielo lóbrego una lluvia de cenizas, que primero le cubría los pies, después las rodillas, luego el pecho y que poco á poco enterraba la ciudad. Pero la consigna le mandaba permanecer en su puesto guardando la puerta; no podía moverse mientras no vinieran á relevarle, y allí murió, sin que se revelara el instinto de conservación, olvidado de sus jefes, con la tranquilidad del que cumple su deber, para surgir siglos después entre la removida tierra siempre de pie y sereno como buen legionario romano.

“Se comprende que soldados así conquistasen el mundo.”

Si es cierta al pie de la letra la conversación del señor General Don Julio Cervantes y que calificó de *alharaca*, la muy justa ovación y la digna remuneración que el Presidente Don Benito Juárez hizo al valiente soldado, hay que lamentar que no haya sido apreciada debidamente por su inmediato superior el General Cervantes. Hechos como este son honra del ejército y gloria de la Nación.



CAPITULO VII

La toma de la ciudad.— Los testimonios de los imperialistas.— El Príncipe de Salm Salm, testigo presencial.— Domenech, Juárez y Maximiliano.— Un capítulo de “Maximiliano íntimo,” por D. José Luis Blasio, 1905.— El Doctor Hilarión Frías y Soto.

TOMA DE LA CIUDAD POR TRAICION, SEGUN LOS IMPERIALISTAS (SALM SALM, TESTIGO PRESENCIAL)



En la tarde (9 de Mayo de 1867) acompañé al Emperador á su paseo de costumbre en la Plaza de la Cruz, aunque en esos momentos era un lugar algo expuesto. No sólo era bombardeada la Cruz con balas y granadas, sino que igualmente de las casas que están cerca de la plaza y que estaban ocupadas ya por el enemigo, éste desde allí mantenía un fuego nutrido de infantería contra cualquier persona que se atrevía á salir.

“El Emperador tenía hoy un humor triste. Ocho granadas reventaron en su derredor; no se cuidaba de ellas y continuaba su paseo, pero vió á varios oficiales que estaban sentados en una banca de piedra que está cerca de la entrada del Convento, y entre ellos al Capitán von Fuertenwaerther y al Dr. Basch que parecían despreciar algo el peligro. Me mandó á que les reconviniera, pero éstos se quedaron allí no obstante, probablemente pensando que no sería propio irse, mientras tanto su Emperador se quedaba en medio de una lluvia de balas. Sin embargo, fui otra vez enviado para ordenarles que se retirasen con presteza.

“Cuando volví, el Emperador me dijo: “Salm, no mando á usted que se vaya, pues sé que esto le mortificaría demasiado. Quédese usted conmigo.”

“Continuamos dando nuestro paseo por cosa de un cuarto de hora. Llovían balas y granadas cerca de nosotros en cantidad poco agradable, pero ninguna de éstas quería satisfacer los vehementes y ocultos deseos del Emperador.

“En la noche el Coronel López pidió permiso para que la caballería, á las órdenes del Teniente Coronel Yablonski, pudiera ocupar la línea de la Cruz cerca del Panteón, para relevar en un tanto el servicio de la infantería. Como que la sugestión del Comandante de la Cruz parecía estar fundada en razones, se le concedió este permiso.

“Yablonski era mexicano, pero probablemente de origen polaco. Era amigo particular de López, con quien tenía mucha intimidad.

“El 11 de Mayo, las provisiones, tanto para la gente como para los animales, se habían casi agotado. Los caballos y las mulas no tenían ya que comer y tenían que satisfacerse con lo que recogían en las plazas de la ciudad. El regimiento de la Emperatriz y la Guardia de Corps recibían aún la cuarta parte de sus raciones. Los caballos del Emperador se mantenían con pasturas que López había conseguido en alguna parte; y para los míos tuve que comprar algunos colchones viejos que estaban rellenos de paja, la que hacía picar.

"Todavía teníamos vino. Habíamos descubierto un depósito de un comerciante de vinos y confiscándolo para beneficio de los hospitales enviándoles todo el que necesitaban. El resto fué vendido á los oficiales y el dinero se empleó igualmente para beneficio de los hospitales. De esta manera fué adquirida una caja de champaña para la bodega imperial.

"A medio día se reunió el Consejo de guerra en el cuarto del General Castillo. Yo me quedé en el cuarto que estaba junto al del Emperador y éste varias veces vino á comunicarme lo que decían los Generales y á escuchar mi opinión.

"Se decidió romper la línea del enemigo con nuestro pequeño ejército, *lo que era practicable por cualquier punto que escogiésemos*. Es cierto que el enemigo nos había cercado estrechamente con sus líneas, pero todo su ejército ocupaba éstas sin tener ninguna reserva á su disposición.

"Para evitar que el enemigo se cerciorase de nuestras intenciones antes de que conviniese, se resolvió armar á tres mil indios de la ciudad, los que debían ocupar las líneas mientras tanto evacuábamos nosotros la plaza. Todos los cañones debían ser clavados por Arellano con excepción de tres ó cuatro que debían hacer algún ruido. Los indios de cuando en cuando debían igualmente descargar sus mosquetes. Hacia el amanecer, debían tirar las armas y retirarse á sus casas. Esto, sin embargo, sólo se les comunicaría á último momento: por el presente se les haría creer que tenían que defender las líneas, mientras nosotros efectuábamos un ataque vigoroso.

"El General Mejía se comprometió á organizar á los indios, quienes hacían cualquier cosa por agradar á su "papá Tomasito" é igualmente poner en estado servible los fusiles que se necesitaban.

"Méndez estaba muy contento, aunque me dijo que podíamos contar con perder la mitad de la infantería por la desertión, pero que llegaríamos á la Sierra Gorda. Los liberales nada harían á la tropa; al momento la alistarían en su ejército, según costumbre mexicana, pero á los Generales en cuanto los cogiesen sin duda los fusilarían en el acto. Me suplicó, sin embargo, no dijese nada al Emperador, por temor de que esto le indujera á abandonar su plan.

"Del 12 al 13 de Mayo se pasó el tiempo haciendo preparativos para este gran evento. El Emperador me envió á ver á Mejía para preguntarle hasta qué grado había progresado con sus indios. Dijo que tres mil de ellos estaban listos, pero que todavía no había tantos fusiles dispuestos, y por lo tanto suplicó que se pospusiera la empresa hasta la noche del 14 al 15, á lo que accedió el Emperador.

"En la mañana del día 14 acompañé al Emperador á los hospitales. Estaba muy conmovido, y con frecuencia repetía, cuánto le podía el hallarse obligado á dejar atrás á los heridos; pero para que no se les dejase sin el cuidado debido, mandó que los doctores y enfermeras se quedaran con ellos.

"Que en esa noche intentábamos salirnos, sólo era sabido por los Generales; pero por qué punto, todos lo ignoraban; pues esto debía decidirse en Consejo de guerra que se reuniría precisamente antes de la ejecución del plan, con el objeto de hacer imposible una traición.

"En camino de los hospitales á la Cruz el Emperador me dijo que me había nombrado General y concedíome una condecoración, pero me encargó me reservase esto hasta la evacuación de Querétaro. El Emperador temía el celo de algunos mexicanos, y no quería excitarlo en esos momentos. Temía especialmente por Miramón, él que con frecuencia le había pedido en vano nombrase á su amigo Moret General efectivo. Asegura este General haber recibido su nombramiento, no obstante lo que aquí asiento, pero no lo podía enseñar. Todo lo que sé es que el Emperador dijo una vez: "No lo he de hacer General." El General Moret usa también la medalla dada por valor, y la Cruz de Guadalupe, pero me consta con toda seguridad que no ha recibido ninguna de estas condecoraciones directamente del Emperador.

"Méndez me vino á ver. Estaba de muy buen humor, y prometió arengar á sus tropas antes que atacásemos. Desde la noche del 10 se nos desertaban todas las noches diez ó doce, y al fin cien; sin embargo, un número superior á éste de liberales se pasó á la ciudad durante el sitio. Estos desertores liberales estaban sumamente satisfechos, pues se les trataba y pagaba mejor que

en el ejército de los liberales, adonde igualmente les daban de palos, cuyo modo de castigar se había abolido en el nuestro.

"En la noche del 14 de Mayo todo estaba dispuesto para la marcha. La corta cantidad de maíz que aún nos quedaba fué distribuída entre las tropas del Regimiento de la Emperatriz, los húsares, los Guardias de Corps y oficiales, para que se fortalecieran con un alimento en un tanto regular.

"El tesoro del Emperador fué repartido entre Pradillo, el Doctor Basch, Campos, Blasio, López y yo. Llevábamos las onzas amarradas á la cintura. Bastante tarde por la noche fué López á ver á Blasio para llevarse el dinero que se le debía confiar. Se puso muy indignado por habersele dejado sólo plata, y se resintió de esa demostración aparente de desconfianza, la que en lo más mínimo se intentaba, pues nadie desconfiaba de él.

"A cosa de las ocho de la noche fuí enviado por el Emperador á ver á López para indagar si estaba todo dispuesto. Se hallaba conmigo Mr. Schwesinger. Encontramos al Coronel en casa y contestó sin el más leve embarazo que todas las órdenes del Emperador se habían ejecutado. A las diez se reunió el Consejo de guerra para decidir sobre el punto del ataque; pero Mejía dijo que sólo tenía disponibles mil doscientos fusiles, y suplicó se le dieran esperas de veinticuatro horas. Ninguno de los Generales se opuso, y Miramón dijo que todavía era tiempo, que una demora más tendría el buen efecto de hacer al enemigo más confiado y descuidado. Sin embargo, el Emperador decidió que esta tenía que ser la última demora, y que con certeza tendríamos que abrirnos paso durante la noche del 15 al 16 de Mayo.

"Después que se habían retirado los Generales, mandó el Emperador *por López, y le condecoró con la medalla al valor. A causa de qué ó por qué hechos, ha sido para mí un enigma.* Cuando López se había ido, el Emperador me comunicó las resoluciones del Consejo y agregó; "Sé que "usted. no se encuentra satisfecho con esta demora."

"— Señor, contesté, debo confesar que estoy tan poco satisfecho con esta detención como que no puedo aprobar las razones de los Generales." Yo hubiera creído que mil doscientos mosquetes y cuatro piezas de artillería era lo suficiente para disfrazar el ataque con la boruca.

"—Pues bien, dijo el Emperador al despedirme, un día más ó menos no importa. Tenga usted cuidado que los húsares y Guardias de Corps dejen los caballos ensillados.

"Después de haber ejecutado esta orden examiné la casa, y no echando de ver nada particular, me dirigí á mi cuarto, de muy mal humor. Para animarme, mandé al camarista del Emperador á que trajera una botella de champaña, la que me tomé en compañía de Schwesinger, él que dormía en el mismo aposento que yo. Después de esto me acosté en mi catre de campaña sin desnudarme, colocando el sable cerca de la cabecera y el revólver debajo de la almohada. Cuando desperté en la mañana del 15 todavía no había luz, eran cosa de las cinco. Oí un ruido, pero no hice gran caso, pues generalmente hacían algún ruido por la mañana en la casa. No sospechaba en particular ningún desorden y mucho menos cuando unas cuantas horas antes había examinado la casa, y debía esperar que cualquier cosa de un carácter alarmante se me avisaría por la guardia.

"Repentinamente entró el Coronel López á mi cuarto y dijo de un modo extraño y excitado: "¡Pronto! ¡Salve usted la vida al Emperador; el enemigo está ya en la Cruz!" Con esto desapareció sin dar más explicación ó aguardar más pregunta. Cuando me había fajado la espada y puesto mi revólver en el cinturón, llegó el mayordomo del Emperador, Mr. Grill, y me mandó á ver á su amo. En los momentos de seguirle entró el Dr. Basch, y preguntó qué ocurría.

"—Nos han sorprendido. Es preciso que vaya á ver al Emperador. Apresúrese usted y diga á Fuerstenwaerther que mande á los húsares monten á caballo y estén listos frente á la Cruz. (El Dr. Basch, dice en su obra, "que ensillen," pero esto es un equívoco, pues personalmente había ordenado que se quedasen los caballos ensillados, pues de otro modo podía saber que después López había mandado desensillarlos.)

"Cuando llegué á donde estaba el Emperador, le encontré ya vestido y sumamente tranquilo.

Entonces dijo: "—Salm, nos han traicionado; vaya usted abajo y vea usted que los húsares y la escolta salgan. Iremos al cerro y veremos cómo podemos allanar este negocio. Allá voy yo inmediatamente."

"Me fui de prisa á la plaza de la Cruz, y me sorprendí bastante al ver que no había un solo soldado por ninguna parte; aun la guardia que estaba á la entrada del cuarto del Emperador había desaparecido. La plaza estaba igualmente desierta y silenciosa. La compañía que tenía que guarnecer la entrada á la Cruz había desaparecido é igualmente un destacamento del Regimiento de la Emperatriz que debía haber estado allí. Al fin me encontré con el Capitán Fuerstenwaerther, y le mandé fuera á ver á los húsares que estaban alojados precisamente al otro lado de la plaza en el mesón de la Cruz, lo mismo que á la escolta y que los trajera aquí.

"Antes de que hubiera llegado á la entrada de la Cruz ya de regreso, ví casi con la luz de la aurora que se había derribado un cañón de la batería que estaba allí y cosa de seis ú ocho soldados se subían arrastrándose con precaución por la parte de afuera de la tronera. Su facha era en extremo sospechosa, y al fijarme detenidamente creí haber reconocido el uniforme gris de los Supremos Poderes. Después de esto apreté el paso hasta la Cruz, y encontré al Emperador bajando la escalera. Tenía su vestido de costumbre, pero llevaba puesto encima un sobretodo, pues la mañana estaba fría y no se hallaba bien, se había fajado la espada y llevaba un revólver en cada mano. El General Castillo iba trás él. Subí de prisa hasta donde estaba el Emperador que era el séptimo escalón, contando desde el pie de la escalera, le quité las pistolas para llevarlas, y en medio de mi excitación, tomándole por el brazo izquierdo, dije en voz alta:

"—¡Señor, estos son los últimos momentos; ya está ahí el enemigo!

"Al salir del zaguán para dirigirnos por la plaza al cuartel de los húsares, algunos soldados del enemigo nos detuvieron. Involuntariamente alcé uno de los revólvers del Emperador, pero me hizo una seña, y lo bajé. *Al mismo tiempo, dentro del enemigo salió López, y á su lado el Coronel liberal D. José Rincón Gallardo.* Este reconoció al Emperador, mas volviéndose hacia sus soldados dijo: "Que pasen; son paisanos." Los soldados se hicieron á un lado y pasamos el Emperador, Castillo, Pradillo y yo de riguroso uniforme, y Blasio el Secretario de S. M.

"Es claro que no se intentaba tomar preso al Emperador, sino más bien darle tiempo á fugarse. Toda esta manera de proceder era tan sorprendente que al buscar una explicación en el semblante del Emperador, comprendió el significado de mi mirada, y dijo: "Ya lo ve usted, "el hacer el bien nunca es por demás. Bien cierto es que de veinte personas se encuentran diez y "nueve ingratas; pero sin embargo, de vez en cuando, una agradecida. De esto acabo de experimentar un caso. El oficial que nos ha dejado pasar tiene una hermana ó madre, he olvidado cuál de las dos cosas, (N. D. T. Probablemente sería la Marquesa de Guadalupe á la que se "refería el Emperador, la que fué dama de honor de la Emperatriz), que frecuentemente estaba "con la Emperatriz, la que hizo muchos favores á aquélla. Siempre que se le presente á usted "la oportunidad, Salm, haga usted el bien."

"A esto nació la aurora. Cuando pasamos por el mesón, aún no estaban listos los húsares. Se envió á Pradillo á decirles que el Emperador les aguardaría en la plaza de la Independencia. En camino allí, nos siguieron dos de la escolta, y Castillo rogó al Emperador montase uno de los caballos de éstos y fuese así al cerro; pero rehusó, y mandó á uno de los soldados á Miramón y el otro á Mejía, con orden de que viniesen con todas las tropas que les fuere posible al cerro de las Campanas.

"Un momento después llegó López á caballo y armado. Suplicó al Emperador se fuese á la casa del Sr. Rubio, el banquero, adonde estaría enteramente seguro; pero la contestación que recibió fué: "*¡Yo no me escondo!*" López dió la vuelta y se fué. De repente, como salido de las entrañas de la tierra, se presentó el caballo pinto del Emperador en manos de su caballerango. Presumo que el mismo López le trajo allí. *El que evidentemente no deseaba incluir en su traición la libertad y la vida del Emperador.*

"Es extraño que ninguno de nosotros sospechara que López fuera traidor, aunque todos le habíamos visto al lado del Coronel liberal, y estaba libre!

"El Emperador aguardó á los húsares, pero éstos no llegaron; mas en lugar de ellos, vimos dando vuelta á la esquina á un batallón del enemigo, y entre los oficiales que iban montando á su cabeza vimos á López otra vez. Tanto Castillo como yo suplicamos al Emperador que montase; pero rehusó, diciendo: "*Si vosotros, señores, vais á pie, yo iré también.*"

"Cuando los oficiales liberales que iban á la cabeza del batallón reconocieron al Emperador acortaron el paso, y nosotros seguimos andando por la calle del Hospital y los suburbios que están al Poniente hasta llegar al cerro.

"Al pie del cerro se agotaron las fuerzas del pobre y delicado Castillo. El Emperador le tomó de un brazo y yo de otro, y de este modo le arrastramos entre los dos, arriba del cerro, que sólo estaba ocupado por un batallón. Hacía ya una luz clara, la mañana estaba sumamente hermosa. Repentinamente oímos dar á las campanas de la Cruz la contraseña convenida que hacía saber que la vil traición había tenido éxito, y las "dianas" por todas las líneas del enemigo contestaban al repique de las campanas con excesivo regocijo.

"Apenas habíamos llegado al cerro, cuando las baterías de San Gregorio y Casa Blanca rompieron el fuego contra nosotros. Cuando avanzaron densas masas de infantería hacia este último lugar, vimos nuestras tropas pasarse con el enemigo.

"Tras de nosotros pronto llegó Mejía y el Coronel Campos, con parte de la escolta y varios oficiales á caballo, y entre ellos mi fiel sombra Montecón, el Teniente Coronel Conde Pachta, el que una vez sirvió al ejército austriaco, ahora mi jefe de escuadrón, y el cual murió en camino de Europa, el Teniente Coronel Pitner y otros oficiales, quienes hubieran servido mejor al Emperador quedándose con sus tropas.

"El Emperador mandó por Miramón (pero éste se hallaba fuera con sus ayudantes) para que juntase todas las tropas que fuera posible. Fué atacado en una de las calles de una manera inesperada, por un destacamento de caballería de los liberales, y el oficial que los mandaba le disparó un balazo en la cara. La bala penetró por el carrillo derecho y salió cerca de la oreja. Fué conducido á la casa de un cierto Dr. Licea, amistad antigua de él, y quien le entregó en manos del enemigo en la tarde de ese mismo día.

"La ansiedad con que el Emperador y nosotros tornábamos las miradas hacia la ciudad puede imaginarse. Esperábamos ver llegar á algunas de nuestras tropas; pero en su lugar nos vinieron noticias de que varios batallones se habían pasado con el enemigo. Al fin echó de ver el Emperador desembocando del suburbio alguna caballería, *llevaban* éstos uniformes encarnados, y con lágrimas en los ojos, me dijo en voz alta: "Mirad, Salm, allí vienen mis fieles húsares." Esto fué un equívoco; era sólo un destacamento del Regimiento de la Emperatriz, los que igualmente usaban uniformes encarnados. Los húsares nos habían seguido luego; pero al entrar por una calle, se encontraron con el batallón que habíamos visto en la plaza de la Independencia. Entre ésta y la plaza de Armas les hizo alto y les mandó rendirse el traidor López. Se vieron obligados á desmontarse de los caballos y se les desarmó. lo mismo que á sus dos valientes jefes Pawlowski y Koehlig. Los viejos húsares estaban muy coléricos, y como que no podían hacer otra cosa, por lo menos no querían entregar los caballos. Dos húsares mataron á sus caballos, y el resto soltaron los suyos. Al instante echaron á correr por la calle á la caballeriza del mesón. Al aproximarse á la plaza de la Cruz, el enemigo, que aún no las tenía todas consigo, se alarmó, y creyendo que era un ataque, los pobres caballos fueron recibidos con una descarga.

"Uno de nuestros batallones, sin embargo, se acercó al cerro, pero cuando había llegado á cosa de quinientos pasos de éste, pronto dió las espaldas. El Emperador envió á un oficial para persuadirles á que cumplieran con su deber, mas el bizarro comandante del batallón al momento se echó á reír en la cara del mensajero.

"El Emperador me pidió hablase á Mejía con respecto á la posibilidad de abrimos paso para afuera; pero el General declaró que era enteramente inútil intentarlo.

“Nuestra posición en el cerro llegó á ser sumamente difícil. Una tercera batería hacía fuego contra nosotros desde el llano al Poniente, y aquel que nos hacían desde la Casa Blanca había avanzado á la garita de Celaya, la que no estaba muy lejos del lugar donde nos hallábamos. Era tan nutrido el fuego que el batallón que ocupaba la línea buscó el abrigo en las zanjas. Las granadas que reventaban á derecha é izquierda amedrentaron al pobre perrito “Baby,” el que había seguido á su amo, vino á buscar protección conmigo. Este se perdió después y cayó en manos del Coronel Cervantes, el último Comandante de Querétaro, que rehusó vendérmelo, y el que tuvo el malísimo gusto de ponerle el nombre de “Emperatriz.” Intentaba llevarme conmigo al perrito, y regalarlo á la archiduquesa Sofía.

“Se dejaba oír en la ciudad un tiroteo aislado de mosquetería. Densas columnas de infantería seguidas por caballería avanzaron contra el cerro, y las tres baterías redoblaron sus esfuerzos.

“—Salm, dijo el Emperador, “ahora es tiempo de que una bala me haga feliz.” Pero esa tan deseada bala no quería venir, y el Emperador otra vez se volvió hacia Mejía, preguntándole si era realmente imposible abrírnos paso; éste se mantuvo en opinión de que era imposible. Entonces el Emperador llamó á Castillo y á mí, y por tercera vez le preguntó á Mejía; pero el valeroso y arrojado jefe, contestó: “—Tenemos sólo un puñado de caballería y parte de ella es de “poco fiar. Vuestra Majestad puede ver lo que hay, y juzgar si nos queda alguna probabilidad. “Por mi parte poco me importa que me maten; pero no puedo echarme encima la responsabilidad “de conducir á Vuestra Majestad á una muerte segura.”

“Como añadidura al fuego de las tres baterías, recibimos igualmente ahora fuego de mosquetería por ambos lados, y esto que en dos partes del cerro ondeaba ya la bandera blanca. El habernos amorado más hubiera sido una locura, y sometiéndonos á una necesidad espantosa, envié el Emperador al Teniente Coronel Pradillo con bandera blanca para tratar con Escobedo tocante á su rendición.

“El Emperador, que conservó su sangre fría, sacó de la bolsa un paquete de papeles y dió orden á Blasio y al Capitán Fuerstenwaerther para que los quemaran en una tienda de campaña. ¿Qué papeles eran estos? No me lo dijo el Emperador.

“Por supuesto que nuestro fuego cesó al instante, pero el del enemigo se mantuvo á lo menos por diez minutos después que se hubo enarbolado la bandera blanca.

“Vinieron de la ciudad otros batallones de los liberales, y pronto se cubrió enteramente el cerro con ellos. Después de esto se acercó un destacamento, á la cabeza del cual iba el General Echeagaray, el que avanzó solo y con mucha precaución.

“El Emperador se preparó á recibirlo. Se colocó en el centro. A su derecha se encontraban Mejía y Castillo y á su izquierda yo, y el resto de sus oficiales agrupados detrás de nosotros. El Emperador desabrochó su sobretodo para mostrar su uniforme y condecoraciones, y apoyándose en la espada aguardó á que llegase el General liberal.

“El General Echeagaray se le acercó cortesmente con la cabeza descubierta, y dirigiéndose al Emperador dijo: “—Vuestra Majestad,” declarándole prisionero suyo.

“Después de unas cuantas palabras, el Emperador dijo quería ver al General Escobedo. Trajeron el caballo del Emperador, lo mismo que los de Mejía, el que ofreció uno de ellos á Castillo. Mi caballo había caído en manos del enemigo, de suerte que abandoné la línea para proporcionarme uno. Allí ví á un caballerango que tenía por la brida el caballo frisón tordillo del Emperador, el que siempre había montado la Emperatriz. Al mismo tiempo uno de los liberales que estaban á caballo preguntó al caballerango de quién era ese caballo, y el muy tonto contestó “del Emperador,” con lo cual el liberal se lo llevó en mi cara. En vano traté de hacer desmontar á un corneta del Regimiento de la Emperatriz, cuando en ese momento mi fiel Montecón comprendió mi necesidad y me ofreció su caballo. Ya lo había hecho otra vez en batalla cuando fué herido mi caballo. En aquella vez rehusé, pero en esta acepté con placer, y pronto me hallé de nuevo al lado del Emperador.

“Nos dirigimos hacia la garita de Celaya. Al pie del cerro vimos á dos mexicanos de á caba-

llo peleándose entre sí probablemente por algún botín. Uno de éstos le tiró al otro por el pecho; un chorro de sangre le brotó de la herida por la espalda, pues la bala le había atravesado el cuerpo. —¡Mirad; qué cosa tan horrible! dijo el Emperador señalando en dirección donde estaban los dos. Por allí encontramos un cuerpo de oficiales á caballo. Uno de ellos que estaba bastante excitado, se acercó al Emperador y abrazándole le dijo: —Saludo á usted no como Emperador, sino como Archiduque de Austria, y admiro á usted por su heroica defensa! —Otro oficial se condujo de la manera más rumbosa y brutal. Apuntó su pistola á la cara del Emperador y á las de los demás oficiales, y tal vez hubiera tirado para inmortalizarse con la infamia matando á Maximiliano, á no haber Escobedo amenazado fusilar á cualquiera persona que se atreviera á matar al Emperador, dado el caso en que cayera en manos de los liberales. Servía mejor á sus fines el tomarle con vida.

“Cerca de la garita encontramos á Escobedo, con su Estado Mayor y escolta, los cazadores de Galeana. Hicimos alto ahora y pronto se formó un círculo en derredor del Emperador. Fuí separado de él, pero él echó de menos mi ausencia, y me llamó á su lado. Después de esto volvimos los caballos, y regresamos al cerro.

“Aquí vi á Escobedo por primera vez. Es un hombre de cosa de cuarenta años, de estatura mediana, pelo y barba negra y tez muy obscura. Usa anteojos, y tiene unas orejas notablemente grandes, las que sobresalen por ambos lados. Es muy amigable, según costumbre mexicana, pero su cara tiene una expresión traicionera. Antiguamente había sido arriero, después estudió leyes superficialmente, y se unió al partido liberal para quien organizó algunos cuerpos. Tuvo la buena fortuna de sorprender en Santa Gertrudis una columna austriaca, la que iba escoltando una regular suma de dinero, y obtuvo alguna influencia política. No es soldado en lo más mínimo, y tiene buen cuidado de no exponer el cuerpo al fuego.

“En el camino iba Escobedo al lado del Emperador. El General Mirafuentes, de su Estado Mayor, suplicó á Su Majestad á nombre de su General entregase su espada. Otro General tomó la mía, y los revólvers del Emperador, que había colocado en mi cinturón.

“En el cerro desmontamos. Escobedo invitó al Emperador á que entrase en una tienda de campaña que había allí, yo le seguí, pues Escobedo tenía igualmente consigo un oficial, creo era Mirafuentes. Además de nosotros cuatro, nadie era testigo de la conversación que se seguía. Después de que el Emperador había estado de pie algunos momentos frente á Escobedo y éste había guardado silencio, el Emperador dijo: —“Si se ha de derramar más sangre, que sea sólo la mía!” Esta y otras dos súplicas más hizo el Emperador; la primera con el objeto de que no se hiciera nada á su ejército; y la segunda, el que permitiesen á todas las personas pertenecientes á su casa y que lo desearan, ir á la costa con el fin de embarcarse allí para Europa. Escobedo contestó que avisaría á su Gobierno; *pero que el Emperador y todos aquellos serían tratados como prisioneros de guerra.*

“Oficiales del Estado Mayor de Escobedo han negado esto, y es muy posible que el mismo General igualmente lo niegue, para salvarse del baldón de haber quebrantado su palabra de honor, y estoy dispuesto á jurarlo de la manera más sagrada, que Escobedo dijo lo que aquí está asentado. Ni le oí mal ni le entendí mal, pues el Emperador aludió con frecuencia á su promesa, y un equívoco, por lo tanto, no es posible.

“Después de esto fué entregado el Emperador al cuidado del General Riva Palacio, notorio jefe del partido. No sé á qué grado de relaciones estaba él con el Emperador, pero S. M. siempre le consideró mucho, y había dado órdenes especiales para que se tratase bien, dado el caso que cayera en nuestras manos. El General se portó en extremo bien, y como esto es una excepción, debe hacerse mención especial de ello. Debíamos volver á la Cruz, y el General tuvo el buen tacto de no conducirnos por enmedio de la ciudad.

“Estábamos escoltados por los cazadores de Galeana. Uno de sus oficiales, un alemán-americano, llamado Esting, me habló. Dijo me había conocido en Norte América, adonde había sido primer teniente de artillería, pero yo no me acordaba de él absolutamente. Me dijo, además,

que mi esposa había llegado frente á Querétaro hacía ya quince días y había solicitado el permiso para entrar á la ciudad. Mas como no se accedió á su súplica, se había ido para San Luis para obtener el permiso de Juárez, el que no podía negárselo bajo las presentes circunstancias, y, por lo tanto, pronto debía esperar su llegada. Este y otros oficiales al servicio del ejército liberal de esta manera me dieron los pormenores respecto á la traición de López; pero fueron culpados por hacerlo, y callados por sus camaradas.

"Al llegar á la plaza de la Cruz, encontramos allí una parte de nuestros cazadores ya prisioneros. Al ver al Emperador se descubrieron la cabeza y le miraron con una expresión de profunda tristeza, y á muchos de estos veteranos se les saltaron las lágrimas de los ojos.

"A la entrada de la Cruz echamos pie á tierra y el Emperador hizo al General Riva Palacio un presente de su caballo y silla de montar. Después se condujo al Emperador á su antiguo alojamiento, que igualmente como los demás cuartos se habían vaciado completamente. En realidad nada habían dejado en el aposento del Emperador más que su catre de campaña; había sido abierto el colchón en busca de dinero; además de esto, quedaba una mesa y una silla. Parte de los objetos robados, entre ellos el lavamanos de plata, etc., etc., y varios papeles, fueron más tarde encontrados en el cuarto de López. *La cólera en la que prorrumpió este individuo la noche anterior cuando vió que se le confiaba plata en vez de oro, basta para caracterizarle.*

"Un sinnúmero de oficiales liberales llenaron la pieza para conocer á "Maximiliano de Hapsburgo" á quien no pudieron vencer sino por la traición. Entre éstos se hallaban los coroneles D. José Rincón Gallardo y su hermano. El primero es el mismo oficial que había dicho en la mañana el "que pasen." Hablando al Emperador sobre la traición de López, dijo: "—Se sirve de gente como ese para despedirle á patadas después." En el corredor frente al cuarto del Emperador, había una compañía de los Supremos Poderes, con un centinela delante de la puerta. En una azotea frente de la puerta en la otra extremidad del cuarto había otro destacamento de soldados.

"Pradillo, el conde Pachta, Blasio y yo fuimos llevados á un cuarto, al que se entraba por esa misma azotea; de suerte que pasando por ella podíamos comunicarnos con el Emperador. Más tarde se juntó con nosotros el Dr. Basch. El Emperador le abrazó. A Mejía y á Castillo los alojaron en el cuarto del doctor. Eran las diez de la mañana cuando de nuevo entramos á la Cruz.

"La salud del Emperador estaba muy quebrantada con los malos alimentos y otras circunstancias; se había encontrado indispuerto más antes y se fué á acostar. Sin embargo, fué visitado por un Coronel liberal, cuyo nombre no oí mentar; se sentó al lado de la cama del Emperador, y le hizo muchas preguntas tocantes á México y Veracruz, á las que contestó con esa manera franca que tenía. Como que habló demasiado y me temía que fuera á decir muchas cosas que no era necesario supiera el enemigo, me coloqué detrás de la silla del General y puse el dedo en los labios. El Emperador comprendió, y pronto cambió la conversación.

"Estábamos todos con mucha hambre, como que nada habíamos comido desde la noche anterior. El Sr. Rubio mandó al Emperador hacia el anochecer una comida frugal, pero comió muy poco, y el resto nos lo compartimos.

"Los demás oficiales (cosa de cuatrocientos) fueron alojados en la iglesia de la Cruz, adonde estuvieron bastante molestos por los oficiales liberales que iban á clavarles la vista. El Teniente Coronel Pitner y el Comandante Malburg se burlaron del centinela que estaba en la puerta, cuyo cuerpo flaco, hambriento aspecto y estado andrajoso les divertía. El Coronel Doria, hombre conocido en el ejército liberal como el *sabueso*, lo echó de ver y dijo: "—Ríanse ustedes, caballeros; estos individuos todavía están bastante buenos para fusilarlos!" Esta observación en un tanto acortó la alegría de aquellos oficiales. El mando de la Cruz y los prisioneros fué dado al General D. Francisco Vélez." (Salm Salm. "Mis Memorias sobre Querétaro y Maximiliano." Págs. 162 á 181.)

DOMENECH. HISTORIA DE MEXICO, JUAREZ Y MAXIMILIANO

“El 14 de Mayo en la noche, el Emperador presidió un Consejo de Generales para preparar una salida que debía, al día siguiente, si no hacer abandonar el sitio á las tropas de Escobedo. por lo menos librar el paso á las fuerzas imperiales y permitirles batirse á campo raso. El Coronel López, colmado de favores por el Emperador Maximiliano, *le traicionó en ese momento supremo; su traición fué tramada tan hábil y tan misteriosamente*, que el Emperador y sus Generales fueron sorprendidos tan de improviso en la mañana del 15 de Mayo, que debieron capitular sin esfuerzo. López trató de disculparse ante la opinión pública, pero su carta, conjunto de fábulas, no ha podido disminuir la execración general de la cual ha sido objeto en todas partes, desde su odiosa infamia. Los hechos le acusan de una manera demasiado evidente, para que le sea permitido negar su crimen. En la refutación de la carta de López, hecha por los oficiales del ejército imperial, se ve que tenía por cómplice á un polonés llamado Jablonski. Para preparar la entrada de las tropas de Escobedo en Querétaro, por el jardín de la Cruz, López tuvo cuidado de hacer guardar una tronera de la muralla por un destacamento colocado bajo las órdenes de Jablonski. He aquí, acerca de estos hechos la declaración del Coronel Guzmán, segundo jefe de Estado Mayor del Ejército imperial:

“Hacia las cuatro de la mañana del 15 de Mayo, el Sr. J. L. Blasio, secretario del Emperador, entró en el cuarto que servía de alojamiento al General Castillo y á mí; me advirtió que el enemigo estaba en el cementerio. Yo informé al General el cual salió precipitadamente.

“..... Yo me retiraba con la mayor precaución, cuando, llegando al “Tambor,” encontré cinco ó seis oficiales, detrás de los cuales venía López.

“Di un paso adelante en medio de ellos, y dirigiéndome á López, le dije: “¿Qué hay Coronel?” No me respondió y pude notar que parecía quererse esconder detrás del grupo de esos oficiales. Apenas había yo pronunciado esas palabras, cuando uno de ellos que se encontraba colocado detrás de mí cuando avancé al centro del grupo, dijo en alta voz: “Asegúrate de este señor,” lo cual hicieron siete ú ocho soldados que se encontraban detrás y que yo no había apercibido. Este pequeño piquete me hizo avanzar derecho al jardín á veinticinco pasos poco más ó menos de la puerta en donde nos estacionamos.

“En ese momento, suponía que López había sido hecho prisionero como yo; pero no concebía por qué no se le juntaba conmigo, viéndole continuar el dirigirse con sus oficiales hacia otra puerta del edificio, á veinte ó veinticinco metros á la derecha del “Tambor” que conducía á los cuarteles de la compañía de zapadores, al de un piquete de gendarmería y al interior de una obra fortificada que se construía sobre el camino, saliendo de la plaza de la Cruz.

“Durante un cuarto de hora poco más ó menos, pude observar que algunas personas, saliendo del interior, se dirigían hacia los destacamentos de infantería y los hacían avanzar sobre el convento por sus dos entradas y por un gran patio, adonde se llegaba por un boquete. Este patio comunicaba por el Sur con la línea de San Francisquito, y por el Norte, con la parte baja del hospital. En ese momento oí á poca distancia á López, que decía en alta voz, andando precipitadamente:

“— Por aquí, mi General, por aquí.”

“Tuve un momento de gozo, porque supuse al instante que López había logrado escaparse, y que era el General Castillo al cual designaba el camino por el cual el enemigo había avanzado; pero esta ilusión duró poco, pues muy pocos instantes después, se me hizo marchar hacia una plataforma construida en la muralla izquierda en donde fui reunido á siete ú ocho de mis camaradas hechos ya prisioneros. Fué entonces cuando pude comprender todo lo que había pasado bajo mis ojos, con tanto orden y silencio, y por qué ningún puesto había hecho fuego y el de la torre no había parecido apercibirse del movimiento.

“Entre los prisioneros se encontraban los comandantes de esos puestos, excepto el de la to-

"re, y cada uno se puso á contar lo que López había venido á decirles para separarles de allí. "Al que estaba en el cementerio: "Que un batallón del General Márquez, burlando la vigilancia "del enemigo, había llegado á penetrar en la plaza, y que eran destacamentos de esa tropa los "que colocaba para relevar la guardia que debía reunirse á su batallón para emprender una ope- "ración al amanecer. Al subteniente Hans, le obligó á llevar su pieza de artillería hacia la Cruz, "porque un destacamento se había sublevado en ese lugar; le retiró de ese puesto y le retuvo "prisionero, dejando la pieza al cuidado de nuevos soldados. En fin, cada uno describía la ma- "nera como habían sido hechos prisioneros, y todos designaron á López como el autor de todos "estos hechos."

"La declaración del Comandante L. Echegaray del tercer batallón Márquez no es menos convincente: "Mi batallón, dice, estaba de servicio en la noche del 14 al 15 de Mayo, y no ha- "bía quedado en los corredores del hospital más que una cuarentena de prisioneros que nos "habían dado para cubrir las bajas. Serían poco más ó menos las cuatro de la mañana, cuando "un oficial de la guardia de prevención de mi tropa, el teniente Molinares, entró en mi aloja- "miento situado frente al cuartel de la Cruz y me dijo: "Mayor, parece que el enemigo está en "el jardín y en el cementerio." En los momentos en que salía para trasladarme al cuartel, ví "un grupo de tropas que marchaba á lo largo del costado derecho de la iglesia, dirigiéndose ha- "cia las piezas de artillería que se encontraban en la pequeña plaza cerca de la entrada de mi "cuartel. Pregunté á Molinares cuál era esa tropa; me respondió que le parecía ser enemiga. Al "mismo tiempo, la ví apoderarse de la artillería.

"Al llegar á la puerta del cuartel, encontré allí al General Castillo, que venía probablemente "de su alojamiento. Ibamos á entrar cuando vimos salir á López, que había hecho deponer las "armas á los cuarenta hombres de los cuales he hablado. El General Castillo preguntó á López: "Qué hay, Coronel? Este no respondió, vino hacia mí y me dijo: "Salvad al General, todo se "ha perdido." Entonces le dije que iría á reunir algunos piquetes de mi batallón que defendían "la línea fortificada, para ver lo que habría que hacer. "No, no, me dijo, que quede todo en tal "estado." Varios jefes republicanos, que yo no conocía, se encontraban allí pistola en mano. "Me escapé y volé á los puestos más cercanos, donde había tropa de mi batallón para reunirla, "pero fué en vano, porque López, á la cabeza de una columna enemiga acompañada de esos "mismos jefes se dirigía á todos los puntos ocupados por nuestras tropas, las envolvía y las des- "armaba.

"Yo creo que la confusión hizo que no se nos tomara prisioneros entonces. Seguí á López, "que ejecutaba con una gran actividad, las operaciones de que he hablado, hasta San Francis- "co, donde le dejé. Cuando bajaba la gran plaza, ví desfilar en la misma dirección los piquetes "de tropa imperial, *Exploradores de México*, los húsares, la escolta del Emperador y la pequeña "tropa que mandaba Jablonski. Los tres primeros piquetes fueron arrestados, rodeados, obliga- "dos á desmontar y á entregar sus armas; pero Jablonski, con su sección, gritando "*Viva la Li- "bertad*" pasó libremente, y dando vuelta á la derecha, se dirigió hacia la *Congregación* donde "fuí hecho prisionero."

"A los primeros albos del día el Emperador estaba levantado, dice un testigo ocular de es- "ta tragedia, y casi al mismo tiempo supo que un suceso extraordinario había tenido lugar. "Despertando al príncipe de Salm Salm, su ayudante de campo, Maximiliano se dirigió hacia la "parte exterior del Convento; pero apenas hubo dado algunos pasos cuando un destacamento "de soldados, conducido por el Coronel Rincón Gallardo, le rodeó. López acompañaba este "destacamento; fué él el que designó al príncipe á sus enemigos, exclamando con voz ronca: "¡Es él! ¡aprendedle! Entonces tuvo lugar un incidente. El Coronel Gallardo, bravo soldado "que parecía no gustar de la traición de López, se dirigió á Maximiliano y le dijo: "Usted es un "particular, y no un soldado; no tenemos nada que decirle. Partid!" Y diciendo estas palabras "empujó al príncipe fuera del Convento. Cinco minutos más tarde, encontré á Maximiliano que

"parecía no haber vuelto de su sorpresa. Se dirigía á pie al Cerro de las Campanas, al otro extremo de la ciudad.

"Hacia ese mismo punto, los oficiales y soldados imperiales que no habían sido aún capturados se dirigían confusamente, perseguidos por la caballería enemiga.

"Hasta entonces, sólo algunos tiros habían sido disparados. El General Corona, siempre lento en sus movimientos, había hecho entrar, en el Convento primero y después en la ciudad, la mayor parte del ejército liberal. Así había tomado por la retaguardia todas las posiciones imperialistas, cuyos defensores arrojaban sus armas gritando: "¡Viva la Libertad!" Pero Miramón no estaba dispuesto á rendirse tan fácilmente. Reuniendo una parte del Regimiento de la Emperatriz, que encontró en la *Calle de las Capuchinas*, la calle más grande de la ciudad, hizo frente á los asaltantes. Uno de los últimos tiros alcanzó á Miramón en la cara, abajo del ojo izquierdo privándole así, momentáneamente de la vista. Antes que hubiera vuelto en sí, todos los soldados se habían rendido, y él mismo estaba prisionero en una casa vecina.

"Durante ese tiempo, Maximiliano había llegado al Cerro de las Campanas, colina fortificada que domina la parte Norte de la ciudad; se le habían reunido los Generales Mejía, Castillo y Arellano, el príncipe de Salm Salm y varios otros oficiales; pero pronto se hizo palpable que toda resistencia era imposible. Cuatro batallones de infantería y toda la caballería liberal rodeaban el cerro.

"Entonces se enarboló la bandera blanca, y el Emperador, con todo su Estado Mayor, se rindió al General Corona. Se permitió á los prisioneros conservar sus caballos, sus armas y sus efectos personales, y algunas horas más tarde fueron conducidos al Convento de la Cruz.

"Las primeras compañías de la vanguardia mexicana que habían entrado á la ciudad, habían cometido algunos excesos; se señalaban algunas casas saqueadas y personas desvalijadas en las calles; pero desde la llegada de los oficiales Generales, se restableció el orden."

"Del Convento de la Cruz, el Emperador fué conducido con sus oficiales al de las Teresitas, donde, durante tres días, durmieron en la tierra desnuda y recibieron una alimentación ordinaria y aun insuficiente. Se les transportó en seguida al Convento de las Capuchinas donde los amigos de los prisioneros les hacían llegar alimentos, vino, vestidos y algunos objetos de primera necesidad.

"El sitio de Querétaro había durado sesenta y ocho días. En el recinto de la ciudad, los víveres habían escaseado al principio de Mayo, y los habitantes, así como la guarnición, sufrieron mucho con esta penuria. El Emperador vivía como un simple soldado, lleno de esperanzas, de ilusiones y de abnegación, exponiéndose al peligro con una indolencia extraña. Su conducta no ha cesado de ser un ejemplo de valor caballeresco y un objeto de admiración para todos."

(Domenech. Historia de México, "Juárez y Maximiliano." Págs. 423 á 429.)

UN CAPITULO DE "MAXIMILIANO INTIMO" POR D. JOSE LUIS BLASIO. 1905

EL CORONEL MIGUEL LOPEZ Y LA TOMA DE QUERETARO.—OPINIONES DE AUTORIZADOS ESCRITORES.—LA CAMPAÑA VINDICATIVA DE 1887.—EL DOCUMENTO APOCRIFO Y LOS AUTOGRAFOS DE MAXIMILIANO

"Si laboriosa es la tarea de hacer patente ante el público la traición del General Márquez, más laboriosa y más ardua es todavía la de comprobar cómo fué una traición de las más negras la entrega que el Coronel Miguel López hizo de la plaza de Querétaro la noche del 15 de Mayo de 1867.

"Y es más ardua y laboriosa esta última tarea, no porque falten las pruebas de la felonía de López, sino porque en 1887, estando á punto de morir el General Escobedo, en su hacienda de

Chamacuero, fué entrevistado por D. Angel Pola, y esta entrevista suscitó una polémica, que dió por resultado:

"1º Un duelo entre los Generales Rocha y Gayón, resultando herido este último.

"2º Una riña callejera entre el Sr. Pola y el Sr. Agüeros.

"Y por último:

"La publicación de una supuesta carta de Maximiliano á López en *El Nacional* y que hoy por primera vez se publica en un libro.

"Me había propuesto, como antes dije, no hacer de este libro un libro de polémica, ni resucitar pasiones; pero creo que mi deber de hombre agradecido me obliga á dar á conocer cuanto esté á mi alcance para impedir que se mancille la memoria del Soberano.

"Creo, repito, que es un deber mío reunir aquí todo cuanto se ha publicado para comprobar la traición de López, agregando asimismo lo más interesante de esa campaña hecha por la prensa en 1887 y que, según tengo entendido, aún no se ha coleccionado en libro alguno.

"El periódico pasa, el libro queda vivo para la posteridad.

"Como lo hice en el primer capítulo de este apéndice, relativo al General Leonardo Márquez, comenzaré por reunir las citas más importantes de autores de cuya honorabilidad nunca dudaron los mismos enemigos.

"Paul Gaulot, en su libro titulado "Fin d'Empire," al hablar de la toma de Querétaro, cita la carta siguiente del Capitán Schmidt:

"Llegué al mismo tiempo que S. M. (al Cerro de las Campanas) donde estaba acompañado de los Generales Mejía y Castillo, del príncipe Salm-Salm y del 4º de caballería. Me detuve en el alto del cerro, no conociendo aún nada de lo que había pasado en el interior de la ciudad. Un momento después llegó el Regimiento de dragones de la Emperatriz, mandado por el Coronel González. El Emperador preguntó si el Coronel había visto al General Miramón, y le contestó éste que Miramón acababa de ser herido tratando de reunir nuestras tropas y había entrado en una casa. Durante este tiempo, la línea enemiga se estrechaba del lado del cerro, y todas su baterías hacían fuego sobre nosotros.

"Viendo el Emperador que todo estaba perdido, se dirigió al General Mejía preguntándole si se podía intentar abrirse paso para ganar la sierra. Mejía, después de examinar escrupulosamente toda la línea enemiga le contestó: "Señor, salir es imposible, pero si Vuestra Majestad lo manda, marcharemos, estoy pronto á morir." Una media hora después nos rendíamos á discreción.

"Conducidos á la iglesia de la Cruz, tuvimos allí conocimiento de cómo había entrado allí el enemigo.

"Alberto Hans, subteniente de artillería, mandaba una pieza en el interior del cementerio de la Cruz.

"El Coronel López vino á darle orden de retirarla de la trinchera, haciéndola apuntar en dirección de la Cruz, diciéndole que un batallón enemigo estaba detrás y esperaba que estuviera libre el paso para entrar, porque él acababa de rendirse con sus armas. Una vez retirada la pieza, entró el batallón de Supremos Poderes, con el General Vélez, haciendo inmediatamente prisioneros á todos los oficiales que se encontraban á su alcance.

"Una vez encerrados en la Cruz supimos por los oficiales del ejército liberal que hacía más de quince días que el Coronel López estaba en correspondencia con el General en jefe Mariano Escobedo; que este último había recibido la orden, varias veces, del Presidente de la República, de abandonar Querétaro, pero que no lo había hecho por estar en tratos con el Coronel López para la compra de la plaza."

"Hasta aquí la carta del Capitán Schmidt, pero Gaulot continúa:

“Se ve que el narrador no pone en duda la traición del Coronel López; por lo demás, esta es la opinión de todos los que han sido actores en aquel drama. Sin embargo, en varias ocasiones se han hecho tentativas de rehabilitación en favor del Coronel de los dragones de la Emperatriz, y todavía últimamente el *Diario Oficial* de México publicaba un largo informe del General Escobedo al Presidente de la República, destinado á probar que la presencia demasiado cierta de López en el campamento enemigo, algunas horas antes de la entrada por sorpresa de los juaristas en Querétaro, se explicaba por una misión secreta impuesta por el mismo Emperador.

“Se comprende todo el interés que tiene Escobedo en aparecer haber triunfado de la resistencia de los imperiales por otros medios que la traición: así es que sus apreciaciones son *à priori* muy sospechosas. La lectura de todo el informe no es para destruir esta primera impresión, y ciertamente todo lo que en él se dice en favor de López tropieza con objeciones de tal manera fuertes que sería hacer mucho honor á uno y otro el discutir ampliamente semejantes alegaciones.

“Por otra parte, López era un personaje bastante triste.

“He aquí respecto á él el testimonio de un hombre de honorabilidad y rectitud á que todos rinden homenaje, el General Woll:

“Yo era Presidente, dice, de la comisión encargada de la revisión de los despachos de todos los Generales, jefes y oficiales del ejército mexicano, cuando se presentó Miguel López, y á su solicitud de revalidación le dije que no quería yo, ni debía revisar sus despachos, que él debía saber por qué y deseaba no me obligase á decírselo; la razón de esta negación era que habiendo pedido informes al Estado Mayor general, se me había hecho saber que López, algunos años antes había traicionado al Gobierno entonces existente, se había desertado y pasado al enemigo. López calló y se retiró aterrado.”

“López fué uno de los primeros que se unió á la intervención francesa á la que rindió algunos servicios de importancia, notoriamente cuando el combate de San Lorenzo. El fué quien guió al General Bazaine en su marcha nocturna contra el ejército de Comonfort.

“*Maximiliano, que tenía más bondad que perspicacia*, lo colmó de favores y aun tuvo un momento la veleidad de nombrarlo General, pero su nombramiento fué detenido gracias al paso dado por Méndez, que en nombre de todos sus camaradas vino á exponer al Emperador el efecto desastroso que produciría en el ejército semejante nombramiento, y López no fué General. Puede juzgarse si quería á sus compañeros de armas después de tal aventura y si su corazón ulcerado por el deseo de vengarse había retrocedido ante la idea de entregar á los hombres que le habían dado una prueba tan palpable de su desprecio.

“A medida que el sitio se prolongaba era más y más seguro que terminaría por una catástrofe. Toda ciudad sitiada es ciudad tomada, á menos que un ejército de afuera venga en su auxilio, y ninguno venía. La rendición se imponía segura y López no debía dejar de estar inquieto respecto á la suerte que le esperaba. No se habían olvidado sus proezas en el combate de San Lorenzo y tenía probabilidades de que su elevado grado en el ejército imperial atrajese sobre él la enojosa atención de los republicanos.

“No tenía más remedio de salvar su vida, que entregar la plaza. Parece seguro, según los dichos de los oficiales liberales, dichos mencionados en el relato de Schmidt, que López no esperó los últimos días para ponerse en relación con Escobedo. En todo caso, poco importa que haya visto varias veces al General enemigo ó que no haya tenido con él más que una sola entrevista, lo mismo que haya ido de su propia iniciativa ó enviado por Maximiliano encargado de una misión cualquiera, la cuestión es ociosa porque de dos cosas una: ó su misión había recibido una acogida favorable, y en esta hipótesis el Emperador hubiera sido beneficiado como él, ó no la hubiera tenido, y entonces él, López, hubiera debido participar la suerte de su soberano y de todos los demás oficiales del ejército imperialista.

“Ha habido, pues, un arreglo particular entre López y Escobedo.

“Sin esto, ¿cómo puede explicarse que precisamente algunas horas después de su entrevista los soldados juaristas hayan entrado á la plaza sin encontrar resistencia, por el mismo lugar confiado al cuidado de López? Si después de rehusar una capitulación López hubiera vuelto á la plaza siempre fiel, siempre decidido á cumplir su deber, hubiera debido redoblar su vigilancia, puesto que, mejor que ninguno, conocía las disposiciones del enemigo.

“En fin, último argumento más concluyente todavía que los otros: el Coronel de los dragones de la Emperatriz, el favorito del Emperador, el mexicano culpable de haber hecho derrotar á los mexicanos por el ejército francés en San Lorenzo, no se vió molestadó un momento. ¡Mientras que eran fusilados los Generales, que los oficiales de cualquiera graduación eran llevados prisioneros y sometidos á los más duros tratamientos. *López ni siquiera huía sino que se dirigía tranquilamente á Puebla provisto de un salvoconducto dado por Escobedo!*

“Estos hechos indiscutibles hablan más alto que todos los informes y que todos los razonamientos. Ellos atestiguan y prueban la traición de López.

“En el libro de *Rectificaciones históricas* del Sr. Fernando Iglesias Calderón, dice, página 91:

“Al presentarse López en el cuartel imperial era patente su turbación.

“La actitud del Coronel, dice Miramón, era singular, estaba pálido, confuso y respondía balbuciente. Maximiliano llegó hasta excusarlo ante sus Generales atribuyendo la turbación de López á la tardanza de acudir á su llamado.”

“¿No cree el Sr. Iglesias Calderón que esa turbación de López no hubiera tenido lugar al ser enviado por su Soberano puesto que entonces él no tenía culpa alguna y sí porque obrando de *motu proprio* se encontraba culpable si era descubierto?

“Aunque la suspensión de la salida, repite Basch, había sido decidida desde las once, el Emperador no se acostó sino hasta la una. La agitación le impedía dormir. A las tres hizo que “me llamasen.”

“Es incomprensible, dice el Sr. Iglesias, que Maximiliano haya tenido esa noche esa agitación “ción que le impedía dormir.”

“No creo sea tan incomprensible cuando se trataba de tan importante trance como la salida de unos cuantos hombres teniendo que atravesar tres líneas enemigas, echar puentes sobre anchos fosos, huir en medio de un ejército que los había atacado por todos lados haciéndolos pedazos, y pensando que tal vez ni uno solo de los fugitivos podría encontrar su salvación en la fuga? ¿No son todas estas ideas suficientes para quitar el sueño? ¿no lo son también para estar suspendiendo esta salida de tan dudosos resultados?

“Si la misión de López fué por orden del Emperador, ¿por qué razón éste, al ser avisado que el enemigo está ya en la Cruz, se viste á toda prisa, hace despertar á los oficiales todos que le rodean y sale al cuartel imperial dirigiéndose al Cerro de las Campanas, en lugar de esperar en la misma Cruz el ser hecho prisionero deteniéndose por cualquier motivo?

“En el trayecto de la Cruz á las Campanas nos alcanza el Coronel López, que llega á caballo, pregunta por el Emperador, se acerca y le dice:

“— Señor, todo está perdido, vea V. M. la tropa enemiga que viene cerca, pero tengo un lugar “donde esconder á V. M.” A lo que el Emperador contesta con enojo: “Yo no me escondo, si-“gamos á las Campanas.” Y continuamos nuestro camino, creyendo que López nos seguiría, cuando todo lo contrario, vuelve grupas á su caballo y se aleja con dirección á la Cruz.

“Un poco más adelante pregunta S. M. por López, y al saber que no nos acompaña sino que se vuelve á donde está el enemigo, es cuando entra la primera sospecha, es cuando se cree que López ha traicionado y no porque antes lo haya visto el Emperador rodeado de oficiales republicanos.

"Entonces es cuando se adelanta el teniente coronel Juan Ramírez, á caballo, y corre á avisar al Coronel Gayón lo que pasa y que precede al Emperador que se dirige al cerro.

"Ya en la prisión, dijo Maximiliano al Barón de Lago, Ministro Plenipotenciario del Emperador Francisco José, que "Márquez era el mayor traidor, que á López tal vez podría perdonarle, pero á Márquez, jamás." Si Márquez hubiera acudido á tiempo á Querétaro, no habría tenido lugar la traición de López. Cuando se esperaba á Márquez con refuerzos había probabilidades del triunfo; cuando López entregó la plaza ésta no podía ya resistir. He aquí la razón por qué el Emperador con justa razón consideraba la primera traición de mucha mayor importancia que la segunda.

"Después de condenado á muerte Maximiliano dirigió un despacho telegráfico al señor Juárez, pidiéndole que indultara á Miramón y Mejía. Este despacho quedó sin respuesta—dice el escritor Darán, y Maximiliano, dirigiéndose á la celda de Miramón, *se arrodilló* y abrazándole le dió á conocer su petición á Juárez y su resultado. Miramón, sorprendido de la actitud del príncipe, lo levantó diciendo:

"— *Yo no tengo nada que perdonaros, señor*, muero en mi puesto de soldado y es para mí un honor muy grande ser llamado á mezclar mi sangre con la vuestra. *Levantáos, señor*, desechad todo temor y que no puedan juzgar nuestros enemigos como un acto de debilidad lo que no es sino una manifestación de vuestro noble corazón."

"Es incomprensible, dice el Sr. Iglesias, por muy bondadoso que se suponga á Maximiliano, que un Hapsburgo se arrodillase ante un hombre que estaba muy lejos de pertenecer á casa real y soberana tan sólo porque había dudado de su lealtad ó desoído sus consejos, pero sí es comprensible cuando va á pedir perdón de su traición."

"Esta duda que le asalta al Sr. Iglesias y que le hace suponer que un Hapsburgo pedía perdón á un ex-presidente de la República por haberlo traicionado, sólo puede caber en personas muy apasionadas, porque Maximiliano, tan noble y tan grande, si bajó su soberbia que jamás tuvo (porque era demasiado inteligente para ser soberbio) fué por haberse equivocado, como tantas veces se equivocó, guiado por su bondad, en el conocimiento de las gentes que lo rodeaban.

"Esta falta de conocimientos de las personas es muy común en hombres imaginativos y soñadores como él lo era; imposible que se imaginara que existieran hombres tan villanos, como Márquez y López, para quien los había colmado de beneficios y de honores.

"Si Maximiliano pidió perdón á Miramón, fué, sin duda alguna, no puede dejar de creerlo el señor Iglesias Calderón, porque suponía haber cometido una injusticia al no atender las indicaciones militares del bravo General, que murió á su lado, para dar preferencia á las del que vivió tranquilamente en la Habana, muchos años después de haberlo vendido.

"En cuanto á lo que dice el Sr. Darán, respecto á que Maximiliano se arrodillara, permítame el Sr. Darán que dude de su aserto. ¿Quién presencié tal escena? Por último, si el Emperador pedía perdón por haber traicionado á sus Generales ¿por qué no hizo lo mismo con Mejía? ¿No estaba éste en el mismo caso que Miramón?

"Volviendo ahora á la vindicación de López, intentada en 1887, muy oportuno creo reproducir aquí, tanto los autógrafos que publicó *El Nacional*, como la carta apócrifa que López dió á conocer para librarse ante la posteridad de la nota infamante de Júdas del Imperio Mexicano." (Obra citada, págs. 436-447.)

(Véase el documento apócrifo en la lámina 63.)

Dos cuestiones muy diferentes se presentan y tienen que resolverse en el documento ó carta que se dice fué dirigida al Coronel López por el Emperador, y que debieron plantearse desde el principio.

1ª Si la carta es falsificada ó adulterada en su escritura.

2ª ¿Quién la falsificó, si ha sido adulterada la letra?

No era preciso consultar calígrafos ni artistas para resolver el primer punto; la adulteración es evidente, y para sacar esta conclusión basta hacer análisis, no de la forma de la escritura, sino del uso de las letras alemanas en un documento que se quiso escribir ó aparentar que se escribía en lengua castellana.

Comparando la carta en cuestión, dirigida al Coronel López, con documentos auténticos bien conocidos, tales como la carta en inglés dirigida al Padre Fischer y otros, salta á la vista en primer lugar, la carencia absoluta de los rasgos característicos de las letras "d" y "t" y los del final de cada palabra, que no faltaban en los autógrafos del Emperador.

El uso inmoderado que se ha hecho en el documento falsificado de la "s" larga alemana, que en algunas palabras de la mencionada carta en inglés dirigida al Padre Fischer, sólo está usada en aquellas que tienen doble "s" como en "useless" y "bussiness," y en las cuales más bien está en la forma de "h" minúscula alemana, y cuyo uso en esa forma es muy común en los alemanes cuando escriben con letra latina de un modo correcto.

No es creíble que una persona de la instrucción de Maximiliano, que poseía el idioma alemán, como que era el propio, hiciese uso de la "s" alargada al final de las palabras, cuando ésta sólo se escribe en la forma en que está en el documento apócrifo, en el centro de las palabras y nunca al final; pues la "s" final alemana manuscrita tiene una forma enteramente diferente. Por esta razón no es creíble que Maximiliano hiciese uso de esta forma de letra en su escritura corriente, ni aun por costumbre, puesto que no se usa en alemán.

Esta sería la mejor defensa de Maximiliano, sin réplica, atendida su ilustración.

Pero hay que ponerse en la disyuntiva de que, falsificada la carta, no puede tener, dadas las circunstancias del tiempo y lugar, más que dos autores: ó López ó Maximiliano. En Querétaro no había calígrafos en aquellos momentos de agitación y de temores ó de verdaderos pánicos; la ignorancia bien conocida del Coronel López lo ponen á cubierto de una falsificación de la letra alemana. Por otra parte, á López le importaba la autenticidad de la carta, á Maximiliano, para su nombre, importaba la falsificación, para salvarlo del descrédito de la Historia; no á López, sino á Maximiliano, aprovechaba el crimen.

EL DOCTOR HILARION FRIAS Y SOTO, PRESENTE EN EL SITIO DE QUERETARO

"He llegado á la época de esta historia más difícil de describir. Sobre esa noche luctuosa pesa una sombra densa en la cual se lee escrita la palabra "traición" con signos de fuego.

"Si dejara que guiara mi mano sólo la pasión ó el sentimiento, mi pluma correría fácil é inspirada, y llenaría páginas enteras palpitantes de interés, que pasarían á la posteridad, no por su mérito intrínseco sino por los hechos que enarrara. ¡Se me han hecho tan graves revelaciones! Pero no tengo fe en ellas, y no puedo elevarlas al rango de autenticidad que necesitan para ingresar á la Historia. Nosotros, los contemporáneos y testigos presenciales de aquellos sucesos, tenemos que limitarnos á decir sólo la verdad para no falsear el juicio del futuro. Narraré, pues, muy poco; pero lo que asiente será lo cierto.

"Al principio de esa noche, López salió de la plaza y tuvo con Escobedo la entrevista que había solicitado por intermedio de un abogado liberal de Querétaro, cuyo nombre no estoy autorizado á revelar.

"¿Qué pasó en esa conferencia? Las versiones son muchas y ninguna me satisface por el interés que revela su origen. Lo más probable parece ser que el enviado dijo ir con autorización del Emperador: falta que se exhiba la credencial; pero así lo aseguran todos los escritores que han tratado esta materia. Los demás detalles los omito porque todos han visto ya la luz pública, aunque son contradictorios entre sí los que han vertido los escritores adictos á Maximiliano y los partidarios de la República. López volvió á la plaza acompañado de un oficial de los liberales, disfra-

zado, é inmediatamente se dirigió al alojamiento de Maximiliano. Al salir de allí, el oficial republicano tornó al campo de los sitiadores.

“Luego se dió contraorden para que no tuviera lugar la salida proyectada.

“A las dos y media de la mañana penetraron algunos oficiales liberales al Panteón de la Cruz y con ellos el batallón de Supremos Poderes. El General Vélez mandaba aquellas fuerzas. *Sin que se tirara un solo tiro, fué ocupado todo el convento, y las tropas imperialistas que en él había fueron desarmadas y hechas prisioneras.*

“Alguno avisó á Maximiliano que el enemigo estaba dentro del punto. Se vistió tranquilamente aunque con alguna rapidez, se aseó la boca, se peinó y mandó que despertaran al jefe de su Estado Mayor y á su secretario. Cuando todos estuvieron reunidos, salieron á la plaza.

“Maximiliano pasó con su comitiva enmedio de las fuerzas liberales, sin ser detenido. Atravesó á pie las calles altas de la ciudad, cruzó la plaza de San Francisco, las calles del Cinco de Mayo y San Felipe, y se dirigió al fin al Cerro de las Campanas.

“Hasta entonces todo se había ejecutado enmedio de un silencio profundo. Pero pronto comenzó el tiroteo dentro de la ciudad misma. La fuerza que ocupaba á San Francisco vitoreó á la libertad y comenzó á descargar sus fusiles contra cuantos transitaban por la plaza.

“Todo era confusión y desorden.

“Un oficial del piquete de húsares, acompañado de un grupo de liberales, á los cuales acababa de unirse, hizo fuego sobre Miramón que venía á pie por la calle de la Alhóndiga. Miramón hizo á su vez uso de su pistola, hasta que cayó herido de una bala de revólver que le cruzó el carrillo. Pero casi inmediatamente se puso en pie, retrocedió y se dirigió á la casa del médico Licea, para que éste lo curara.

“Pero el fuego seguía en la torre de San Francisco, hasta que vino á sofocarlo el estampido de los cien cañones que rodeaban á la ciudad y que comenzaron á sostener sus continuos disparos sobre la plaza, apoyando las columnas de asalto que simultáneamente se desprendían de toda la línea.

“El espectáculo era magnífico. Se veía á los liberales avanzar bajo una nube de humo y de metralla, estrechando el círculo como si fueran á abrazar á la ciudad dentro de un anillo de acero.

“Los disparos de los sitiadores se concentraban sobre el Cerro de las Campanas. Allí estaba el Emperador en pie rodeado de unos cuantos, y contemplando los restos de la tropa que aún le quedaba. La demás se había dispersado ó había sido hecha prisionera.

“Consultó con Mejía que estaba á su lado, y viendo que era imposible luchar más, mandó enarbolar una bandera blanca, tocó parlamento y se entregó prisionero al General Corona. Momentos después llegó Escobedo, y Maximiliano le entregó su espada.

“El imperio había concluído.”—(Hilarión Frías y Soto. “México, Francia y Maximiliano.” Págs. 574 á 576.)



CAPITULO VIII

El gran proceso histórico de la traición de Miguel López.—Prosigue el examen de los testigos, habla el Coronel D. Manuel Guzmán.—Márquez y López.—Carta de Maximiliano á Miguel López.—Estudio histórico sobre la traición de Querétaro, por el Notario Rafael R. Torres.—Sobre la traición de Querétaro, testimonio del señor General D. Mariano Escobedo. (Concluye.)

EL GRAN PROCESO HISTORICO DE LA TRAICION DE MIGUEL LOPEZ.
PROSIGUE EL EXAMEN DE TESTIGOS.
HABLA EL ENCARGADO DEL GABINETE MILITAR DEL EMPERADOR CORONEL D. MANUEL
GUZMAN.—MARQUEZ Y LOPEZ.

DE MEXICO A PUEBLA

Las gestiones de *El Nacional* no están circunscritas á lo que puede haber á la mano en la capital, tratándose de acumular pruebas en el solemne proceso nacional é histórico que sigue su curso en estos momentos contra el felón de Querétaro.

“Así es que enviamos fuera uno de nuestros repórters á buscar nuevos datos y nuevos testimonios. A este efecto salió el miércoles para Puebla y ayer nos ha enviado el *compte-rendu* de su primera entrevista con una de esas personalidades que por su posición, por su honradez y por su independencia, tienen que hacer fe completa en cualquiera cuestión que se ventile.

“Nuestro repórter hizo el camino en las condiciones ordinarias de viaje, sin que el menor incidente extraño turbase la monótona travesía, y ya en Puebla fué literalmente secuestrado por el cariño y la solicitud de un amigo fino y sincero como es el señor Diputado D. Manuel Carsi, el cual puso á disposición del agente de *El Nacional* los mil elementos que su influencia y su posición le dejan en sus manos.

“Todo marchó felizmente: las circunstancias todas fueron absolutamente favorables al intento de nuestro enviado especial, y así fué que en la tarde del mismo miércoles logró una entrevista con el señor

CORONEL DON MANUEL GUZMAN

“Es éste un caballero de unos cincuenta y dos años de edad, rubio, de gallarda apariencia, erguido y ágil todavía como un soldado de treinta años, de fisonomía simpática en que se advierte un bigote entrecano, fino y bien cuidado, y en la que una frente ancha, bien conformada y sin las siniestras arrugas perpendiculares que dan tan sombrío aspecto á una cara, anuncia un carácter noble y generoso al mismo tiempo.

“El señor Coronel D. Manuel Guzmán es dueño de la más elegante tabaquería de Puebla, en la esquina de la primera calle de Mercaderes y Jarcierías. En la ciudad todo el mundo lo estima, lo considera y lo quiere.

“Tan luego como hubo leído la carta que servía de introducción á nuestro repórter, dijo: “*Ya me esperaba yo esto de un momento á otro. Estoy á las órdenes de usted.*” Acto continuo lo condujo á un salón elegante en un entresuelo, y allí tuvieron la siguiente

CONVERSACION:

"Rep.—Señor Guzmán, ¿qué posición oficial tuvo Ud. durante los últimos días del Imperio de Maximiliano en México?

"Guz.—Fuí segundo jefe del Estado Mayor del Ejército, y en consecuencia de esto, encargado del Gabinete militar del Emperador.

"Rep.—¿Conoció Ud. á Fernando Maximiliano de Hapsburgo?

"Guz.—La respuesta anterior le dirá á Ud. que estuve obligado á tratarlo día por día.

"Rep.—¿Cuál era la opinión particular de Ud. acerca de él?

"Guz.—Mi opinión es, que entre la mucha gente digna, noble y leal que he tenido la oportunidad de tratar en mi vida, Maximiliano podía llevar el estandarte.

"Rep.—¿Qué opinión tenía del mismo Maximiliano el señor General D. Severo del Castillo? ¿Lo tenía él por un hombre valiente y leal ó por un cobarde, afeminado y desleal?

"Guz.—Mal podía tener esta última opinión cuando durante el sitio lo vió todos los días portarse como un valiente en toda la extensión de la palabra. El General Castillo, que acompañaba al Emperador constantemente, sabía más que nadie hasta qué punto aquel hombre era resuelto y sereno.

"Rep.—Además de la opinión personal de Ud. y de la del señor General Castillo, ¿podría Ud. decirme cuál era el juicio predominante en el ejército imperial acerca de su jefe?

"Guz.—En jefes y tropa era universal la opinión que le acabo de expresar á Ud. El que como él, buscaba siempre los puntos de mayor peligro, el que desafiaba las balas del enemigo á la cabeza de nuestras tropas alentándolas al combate, no podía menos que inspirar admiración hasta á nuestros soldados rasos.

"Rep.—¿Conoció Ud. al Coronel del Regimiento de la Emperatriz, D. Miguel López? Si realmente lo conoció Ud., ¿en qué opinión lo tenían sus jefes y camaradas, y en qué descansaba esa opinión?

"Guz.—Conocí á López como al que más. En el ejército de Querétaro eran poco conocidos los antecedentes de este señor al comenzar el sitio. Yo mismo no los sabía. Pero cuando el General Méndez reveló su historia, todos lo vimos con la mayor desconfianza y con un principio de desprecio muy explicable.

"Rep.—El ejército que tenía encerrado el Emperador en el sitio de Querétaro ¿era un ejército con buenos jefes por su valor y pericia? ¿Era, además de eso, suficientemente adicto á su persona para que en caso de que se hubiera hecho una tentativa de romper el sitio hubiera secundado con decisión y bravura ese movimiento?

"Guz.—El ejército sitiado probó ser un grupo de valientes que supo cumplir heroicamente con su deber. En cuanto á cariño al Emperador, todos lo adoraban entre nosotros, y en una tentativa de salida hubiera cada cual hecho prodigios de valor y de abnegación.

"Rep.—Contando con un ejército de esa naturaleza, ¿en qué había mayores probabilidades de salvación para los jefes del Imperio, en una tentativa de ruptura de sitio, ó en una capitulación con un enemigo irreconciliable?

"Guz.—No cabe duda, la ruptura del sitio era la salvación probable, en tanto que la capitulación hubiera sido la muerte segura. Capitular era suicidarse.

"Rep.—¿Lo comprendían así los Generales y Jefes sitiados en su mayor parte, inclusive Maximiliano?

"Guz.—Ese fué el pensamiento dominante en todos. La noche del 14 debimos haber salido; todas las órdenes de concentración estaban dadas, y me consta que el Emperador tenía la más grande fe en el éxito de esa tentativa.

"Rep.—Si había ya una salida decisiva preparada para la noche del 14 al 15 de Mayo, ¿por qué se difirió para la noche siguiente?

"Guz.—A causa de un recado que mandó el General Méndez, diciendo que si le dejaban or-

ganizar su división, que él respondía del éxito de la salida; y que para eso solamente pedía veinticuatro horas más. Se habló de esto en el Consejo de guerra. Se vió si había todavía maíz para poder dar á la caballada del Regimiento de la Emperatriz por veinticuatro horas; se convino en que, reunidas varias cantidades de semilla habría para dar á razón de un cuartillo por animal, y con esto se decidió la espera. El Emperador dijo: *¿Quien ha esperado setenta y dos dias, por qué no espera veinticuatro horas? Méndez responde de la salida y es preciso darle gusto.* Aquella espera fué el triunfo de la traición.

“Rep. — ¿Cree Ud. que aun siendo un cobarde el jefe de la plaza sitiada podría ver mayores probabilidades de salvación en rendirse que en romper el sitio?

“Guz. — No, evidentemente. Nosotros sabíamos que Escobedo tenía orden de no dar cuartel ni de dar garantías de ningún género: ¿qué podría haberse obtenido con la rendición? La muerte y nada más. Así, pues, aun siendo un cobarde el jefe, el miedo mismo le hubiera aconsejado intentar á todo trance una salida.

“Rep. — *En vista de lo expuesto ¿cree Ud. posible que Maximiliano haya desistido de la idea de ruptura del sitio para aceptar la de la entrega de la plaza en manos del enemigo?*

“Guz. — ¡Nunca, nunca, ni por un momento!

“Rep. — Está bien; pero le ruego á Ud. que aceptemos, sin conceder, que Maximiliano, realmente acobardado, *decidió entregar la plaza sacrificando á sus sostenedores; que concedamos que López fué esa noche (la del 14 al 15) á ver á Escobedo por orden y comisión de su soberano; que el temor no le dejaba ver á éste más probabilidad de quedar con vida que el dejarse tomar prisionero en el convento de la Cruz.* Si estos sucesos hipotéticos pasaban á las doce de la noche, hora en que López salió, por última vez, al campo de Escobedo, ¿cómo es que tres horas después, al saber Maximiliano que tenía lugar la ocupación del Convento (ocupación que ya debía esperar por instantes), en todo piensa, al parecer, menos en rendirse, sino que sale con sus jefes y se encamina resueltamente á la fortificación del Cerro de las Campanas, ordenando allí una defensa que se encontró ya ser imposible? ¿Había cambiado en tres horas de parecer completamente? Y si cambió de parecer durante el tiempo en que sabía que López estaba en el campo republicano, ¿como es que no se apresuró á evitar la irrupción de un enemigo que *le constaba* iba ya marchando entre las sombras hacia el punto en que él descansaba, desnudo dentro de su celda y de su lecho, para ser presa segura del enemigo en cuya busca él mismo había enviado, según la versión del señor López?

“Guz. — La forma en que Ud. hace la pregunta le prueba á Ud. lo absurdo del hecho. Si Maximiliano hubiera sido realmente el que envió á López para entregar la plaza, ¿por qué no constituirse prisionero desde luego al ser ocupada la Cruz? ¿Qué necesidad tenía de atravesar toda la ciudad para ir hasta el Cerro de las Campanas á intentar una última resistencia? La sorpresa del Convento justificaría su prisión perfectamente, y si allí se hubiera efectuado podría creerse en la connivencia del Emperador con López. Pero si él se retira, si todavía López lo va á alcanzar para ofrecerle un escondite que él rehusa, esto prueba que nada había convenido entre ambos, sino que López había obrado por cuenta propia.

“Rep. — ¿No cree Ud., pues, que López haya pactado la entrega de la plaza con el General Escobedo de acuerdo con Maximiliano?

“Guz. — De ninguna manera. Si tal cosa hubiera sucedido, el Emperador habría exigido la garantía de su vida, *por lo menos*, para entregarse. Y si los Sres. Juárez y Escobedo hubieran prometido respetarla en nombre de la República, Maximiliano no habría muerto. El hecho solo de esa muerte prueba, pues, que el Emperador nada pactó con el enemigo, sino que fué vendido *sin condiciones* por Miguel López.

“Rep. — ¿Cayó Ud. preso en la toma de la plaza?

“Guz. — Sí, señor; yo fuí la primera persona á quien se hizo preso en el Convento, porque había bajado á cerciorarme si era verdad que estábamos en poder de los republicanos.

“Rep. — Si habló Ud. con el señor General Castillo después del 15 de Mayo, ¿qué opinión tenía él acerca de la toma de Querétaro?

"Guz. — La misma que todos nosotros: que habíamos sido entregados al enemigo por la más infame de las traiciones.

"Rep. — ¿Qué sabe Ud. que haya dicho el Emperador acerca de Miguel López después de prisionero?

"Guz. — Siempre dió por indiscutible su culpabilidad. A mí mismo, en cierto día que nos paseábamos juntos en el corredor de Capuchinas, me dijo hablando de esa traición, estas palabras que recuerdo mucho:

"— *¿Ya ve Ud. la infamia de la traición de López, Coronel? Pues si me preguntaran cuál abomino más, si la suya ó la de Márquez, respondería sin vacilar que la de éste. ¿Por qué? Porque sin Márquez, López era imposible.*

"Esta amargura era muy explicable; pero en esas palabras verá Ud. que para él la traición de López no era una cosa discutible.

"Rep. — ¿Puede Ud. darme algunos pormenores íntimos é ignorados acerca de la caída de Querétaro y traición de Miguel López?

"Guz. — Cuando rendí mi declaración en el Consejo de guerra que formamos á López los prisioneros de Morelia, dije todo lo que yo sabía sobre el particular. En esa declaración puede usted verlo; nada ignorado ó íntimo me queda que decir.

"Rep. — ¿Qué móviles cree Ud. que hayan dictado la traición de López?

"Guz. — Estoy cierto de que el principal fué el despecho y la rabia por haberse mandado suspender la entrega de su despacho de General que ya estaba firmado. A mí personalmente fué á quien Maximiliano ordenó que me reservase ese despacho, en virtud de las conversaciones que con él había tenido el General Méndez.

"Rep. — ¿Sabe Ud. si pactó López hacer la entrega de la plaza por dinero y si recibió alguna ó algunas cantidades por esa entrega? En caso afirmativo ¿dónde y cuándo?

"Guz. — *En esto no sé nada por mí mismo. La voz pública lo acusó entonces y lo sigue acusando de haber hecho una venta. Pero yo no tengo pruebas de ello sino las morales que todo el mundo aduce.*

"Rep. — ¿Qué cree Ud. respecto de la carta que para sincerarse ha publicado Miguel López, en fotografía?

"Guz. — Que es la más grande de las infamias que se registran en la Historia. *Que es la más negra de las calumnias que se han inventado contra un hombre.*

"Rep. — ¿Sabe Ud. ó sospecha si al pactar López la entrega de la plaza pediría garantías para la vida de Maximiliano?

"Guz. — No lo sé. Lo probable es que no, pues si el Sr. Juárez por conducto de Escobedo hubiera dado esa garantía, habría cumplido su palabra." (Tomado de *El Nacional* de fecha 11 de Septiembre de 1887.)

CARTA DE MAXIMILIANO A MIGUEL LOPEZ

ESTUDIO HISTORICO SOBRE LA TRAICION DE QUERETARO, POR EL NOTARIO D. RAFAEL R. TORRES

"En el suplemento publicado por el Coronel Miguel López en *El Monitor Republicano* de 13 de Noviembre de 1867, había dicho aquel jefe:

"Entre tanto, levanto mi frente muy alta para decir á mis acusadores y al mundo todo, que "tengo en mi poder una prueba solemne, irrecusable, sagrada, de mi inocencia, que no debo exponer á las hablillas vulgares; pero que presentaré donde y cuando sea conveniente, y ante ella "tendrán que descubrirse con respeto y confesar mi inocencia cuantos hasta ahora la han atacado, llevando su insolencia hasta suponer que el Emperador mismo me acusaba. Mientras "este momento llega, no volveré á escribir una línea más."

"El General Escobedo en su informe, narrando la conferencia que tuvo con López el 24 de Mayo, después de referir las instancias de éste para que el General guardara silencio respecto á la conferencia del día 14, á fin de no menoscabar el prestigio del Archiduque, si se divulgaba, y de advertirle el General que su silencio sería perjudicial para él mismo (para López), contestando éste que poco le afectaba el fallo anticipado que se había dado á su conducta, sigue diciéndolo: "Añadió (López) que estaba provisto de un documento que lo lavaba de cualquiera mancha de que pudiera inculparsele, y que para darme á mí una satisfacción solamente por las dudas que hubiese manifestado yo, me enseñaba el documento expresado, consistente en una carta que le dirigía el Archiduque, y cuya autenticidad me pareció indudable. Tomé una copia de ella, cuyo contenido textual es el siguiente: (Lámina 63.)

"Mi querido Coronel López: Nos os recomendamos guardar profundo sigilo sobre la comisión que para el General Escobedo os encargamos, pues si se divulga quedaría mancillado Nuestro honor. Vuestro affmo.—*Maximiliano*".

"La fecha de esta carta, es de 18 de Mayo de 1867".

"Este es, pues, el documento ó prueba de que hacía alarde López, en el suplemento que publicó, y en la conferencia que tuvo con el General Escobedo.

"Ahora bien, cuando por primera vez esa carta se dió á conocer al público, fué redarguida de apócrifa y falsa por los partidarios del Archiduque.

"El Dr. D. Francisco Kaska, austriaco de nacionalidad, que sirvió á Maximiliano y reside aún en México, sujetó ese documento á un juicio pericial, que tuvo lugar el año de 1887, conociendo como peritos calígrafos D. Manuel María Flores, D. José María Rábago, D. Eduardo Fernández Guerra y D. Francisco Díaz González, y como profesores de la Academia de San Carlos, D. José María Velasco, D. Rafael Flores y D. Santiago Rebull. Los dictámenes ó pareceres de aquéllos y éstos, se publicaron en el periódico *El Nacional*, el 11 de Septiembre de 1887.

"Estos peritos tuvieron á la vista diversos documentos que les presentó el Dr. Kaska, como autógrafos de Maximiliano, y sirvieron para cotejar la carta exhibida por López.

"De sus dictámenes ó pareceres, resulta: según los profesores, que esta última, es una *pésima falsificación*; y, según los calígrafos, que no una misma mano escribió y firmó los documentos presentados por Kaska y la carta de López.

"Es notoria á la simple vista la diferencia, AUNQUE NO ABSOLUTA, de letras de aquellos documentos y esta carta, y nadie negará esta diferencia.

"Pero ahora bien, ¿con estos dictámenes habrá quedado demostrada inconcusamente la falsedad de la carta exhibida por Miguel López? ¿No será esa misma desigualdad de letras, un indicio precisamente de la autenticidad del tal documento?

"Vengamos al análisis que está reclamando la cuestión acabada de proponer.

"Lo primero que debe observarse respecto al dictamen ó parecer de los peritos, es que los documentos que, como autógrafos de Maximiliano les fueron presentados para cotejar con ellos la carta de López, no tienen para el caso de cotejo de letras, el carácter de indubitables, como se requiere en toda prueba de esta naturaleza; sin que valga el que mismos peritos los declaren originales, porque esa calidad no resulta comprobada más que por un solo dicho, pues no tienen ni expresan razón alguna para conceder toda credibilidad á tales documentos, como pasa en el orden jurídico; y en esas circunstancias, se corre el peligro de que los presentados como auténticos, sean, viceversa, apócrifos.

"La segunda objeción que urge hacer, es que un cotejo de letras, no produce más que un indicio; nunca prueba plena sobre el hecho que versa. *La razón filosófica de ello es, que mil circunstancias, y hasta una intención dolosa, pueden hacer que dos ó más escritos de una misma mano, contengan, forma de letra y firma diferentes.*

"El jurisconsulto Bentham, analizando esta prueba, dice, citando á Bellot:

“..... D'une part, que de circonstances font varier dans la même personne son écriture et sa signature! La taille de la plume, la position de la main, le plus ou moins d'application ou d'habitude; l'état de santé ou de maladie, la suite des années, etc. Si à toutes ces causes innombrables de variation on ajoute celle qui nait d'une *intention coupable*, d'une habitude acquise de déguiser sa propre écriture, on comprendra sans peine combien il a été facile d'attribuer des écritures de la même personne à des mains différentes.” “De una parte, ¡qué de circunstancias hacen variar en la misma persona su escritura y su firma! El tamaño de la pluma, la posición de la mano, la más ó menos aplicación ó hábito; el estado de salud ó de enfermedad, la avanzada edad, etc. Si á todas estas causas inocentes de variación se agrega la que nace de una *intención culpable*, de una costumbre adquirida de disfrazar su propia escritura, se comprende rá sin pena cuán fácil es atribuir escrituras de la misma persona á manos diferentes.”

“Siendo, pues, esta la razón filosófica que se da para que el cotejo de letras no produzca más que un indicio, esa misma razón filosófica debe obrar sus efectos dondequiera que se aduzca esa prueba y se trate de comprobar con ella un hecho: así en el orden jurídico, como en el orden histórico; porque en ambos y en cualesquiera otros, tal prueba tiene la misma razón de ser, la misma naturaleza, los propios elementos constitutivos de ella y los mismos vicios, deficiencias ó defectos que le son característicos.

“Fundar, pues, la falsedad de la carta presentada por Miguel López, en la sola desigualdad de la letra de ella con relación á la que tienen los documentos que se exhibieron como autógrafos de Maximiliano, suponiendo que lo sean, es muy poco fundamento, y ello habrá de pronto producido apenas un puro indicio, más no una prueba inconcusa de la suplantación.

“He dicho “de pronto,” pues ¿qué habrá alguna razón que después haga desaparecer aun ese indicio? Sí que la hay, como vamos á verlo.

“Dicen los peritos que la carta poseída por López es una *pésima falsificación*. Pues bien, de esa misma calidad de pésima, resulta una razón de que no fué suplantada; y es esta:

“Miguel López dijo al General Escobedo en la conferencia del 24, y al mundo entero en el suplemento á su manifiesto (supuesto que lo escribió para el mundo todo), que era tenedor de un documento que lo lavaba de toda mancha; que ante él tendrían que descubrirse con respeto sus acusadores, y confesar, por fin, su inocencia; y es natural creer que, para hacer tanto y tan estrepitoso alarde por todo el mundo, hasta desafiar á sus acusadores con el documento que poseía, estaba plenamente seguro Miguel López de que su tal documento que lo había de lavar de la imputación que se le hacía, y que le había de servir de prueba irrecusable de su inocencia, era rigurosamente auténtico, ESCRITO POR MAXIMILIANO MISMO CON SU PROPIA MANO. Ese alarde estaba bueno para hacerlo de un documento de que haya tenido plenísima certidumbre de ser verdadero; y no lo estaría de uno que, al llegar la hora de las aclaraciones y las pruebas públicas, resultara ser falsificado. Y esa plenísima certidumbre, no podría abrirla de un documento que supiera su tenedor que no era más que una *pésima falsificación*.

“Por otra parte, si Miguel López iba á hacer consistir la prueba de su inocencia únicamente en un documento falsificado, ¿qué prisa tenía de confeccionarlo en seis días, supuesto que el 24 de Mayo ya se lo mostró al General Escobedo? ¿Para qué obrar con tanta precipitación, si con ello se exponía á que la falsificación resultara más mal hecha? Lo natural, lo lógico y evidente es que, ya que López iba á cometer la suplantación, y que á la carta sola producto de ella había de confiar la prueba de su inculpabilidad, esa falsificación la ejecutara en las mejores condiciones posibles, para no dar, en caso ofrecido, motivo para que se dudara y se objetara la verdad del documento que iba á falsificar; esto es, proveyéndose previamente de multitud de documentos de indispensable autenticidad, escritos firmados por Maximiliano mismo, que abundaban en los archivos oficiales, á fin de imitar de ellos con perfectísima igualdad, la forma de la letra y de la firma del Archiduque; porque esta perfectísima igualdad, esencialísima en el caso, y de tal manera indispensable que, pasarse sin ella, era tanto como dejar patente la suplantación, y de

nada serviría entonces á López su documento con vicio tan manifiesto. Y si para tal imitación del todo igual, no se consideraba Miguel López suficientemente diestro, no le hubiera sido difícil en tiempos venideros encontrar un hábil pendolista que le ayudara en la obra de la falsificación; ni tampoco se le hubiera dificultado en lo absoluto, proveerse más adelante de los documentos auténticos que le habían de servir de pauta.

“Y siguiendo en nuestro análisis, encontramos otro dato de la mayor importancia: el de tener la carta fecha 18 de Mayo, cuando ese mismo día ó el anterior, hablaron López y Maximiliano en la prisión de éste.

“Efectivamente, dice el General Escobedo en su informe al narrar la conferencia que tuvo el Archiduque el 18 de Mayo, que el príncipe le preguntó si López tendría permiso de verlo para hablar con él, contestando á ello el General republicano que tanto López como cualquiera otra persona podía verlo. Y luego aparece la carta con aquella fecha.

“¿Que pasaría entonces? ¿Cómo explicar, pues, la diferencia de letras que hacen notar los petritos, y de la cual deducen la falsificación?

“Pues la explicación que se desprende lógica y naturalmente de los datos apuntados, es esta: Aquel día, 18 de Mayo, después del permiso concedido por el General Escobedo, ó quizá uno ó dos días antes y sin el permiso, hablaron Maximiliano y López; en la entrevista, éste le exigió á su interlocutor una constancia de haber obrado en todo, no por traición como uniformemente se decía en la plaza entre imperialistas y aun entre republicanos, sino por mandato expreso del Archiduque, habiendo mediado, tal vez, hasta la amenaza de publicarlo así desde luego el propio López, si aquél rehusaba otorgarle tal constancia; que el Coronel exigía aquella prueba, no precisamente para sí, pues él estaba conforme por ilimitada adhesión á su Soberano, en sopor-tar por toda su vida, la nota de traidor, sino para sus hijos, en quienes no quería que recayera ese estigma, ofreciendo, por lo mismo, callar mientras viviera; ofrecimiento que explica su obstinación posterior para dar á conocer la carta, cuando en su manifiesto sólo decía que era poseedor de un documento que lo lavaba de toda mancha, y que presentaría donde y cuando fuera conveniente, es decir, cuando llegara el día de las aclaraciones; y aquellas palabras dichas por Maximiliano en la conferencia del 28, esto es, *que López callaría*; que entonces el Archiduque, urgido por el Coronel, escribió en aquella fecha la famosa carta, *disfrazando su propia letra y firma lo más que pudo, con la intención deliberada* (ó culpable como dice Bentham), *de que cuando se hallara en libertad, de lo que aún tenía seguridad*, pudiera negar por sí mismo la autenticidad de ella, y redargüirla fácilmente y con visos de verdad, de falsa y apócrifa; ó para que, si él sucumbía, pudieran sus admiradores y partidarios oponer igual refutación, cuando apareciera á luz; que López poco ó nada conocedor hasta allí, de la forma de letra y firma del Soberano, no notó por eso el disfraz, y *recibió contento aquella carta, de cuya autenticidad estaba plenamente seguro, porque vió con sus propios ojos que Maximiliano la escribió y firmó con su misma mano*; y, por último, que por esa misma plena seguridad que de ello tenía, hizo después tanto alarde por todo el mundo.

“Conviene ahora analizar el estilo en que está escrito el documento en cuestión.

“Se llama estilo, según el Diccionario de Lengua Castellana, el modo ó forma de hablar ó escribir peculiar ó cada uno.

“¿Y cuál era el estilo peculiar de Maximiliano en sus escritos?

“A sus servidores, les daba un tratamiento familiar; empleaba generalmente los verbos en plural; usaba, refiriéndose á él mismo, el pronombre NOS, que escribía unas veces con mayúsculas y otras con minúsculas, en lugar del pronombre YO, que correspondía gramaticalmente; de igual modo usaba refiriéndose á aquél ó aquéllos con quienes hablaba, ó á quienes dirigía sus letras, el pronombre OS, en lugar del pronombre TU, USTED ó USTEDES, como debía ser; empleaba el posesivo NUESTRO, plural, en vez del MIO, singular, que correspondía y terminaba sus escritos epistolares con esta frase: “*Vuestro afectísimo.*”

“Así vimos en la carta que dirigió al Ministro Escudero, que le decía, entre otras cosas: “*Mi*

"querido Ministro Escudero." Para allanar las dificultades suscitadas con ocasión de las leyes llamadas de Reforma, *nos propusimos*, etc. . . . y por lo mismo *os encargamos*. . . . Al efecto *nos* "propondréis, etc. En su manifiesto de Orizaba, decía así: "Mexicanos: Circunstancias de gran magnitud con relación al bienestar de nuestra patria, las cuales tomaron mayor fuerza por desgracias domésticas, produjeron en *nuestro* ánimo la convicción de que *debíamos* devolverlos el poder que *nos* habíais confiado. *Nuestro* Consejo de Ministros de Estado, por *Nos convocado*, etc. . .

"En el entretanto, Mexicanos, contando con vosotros todos, sin exclusión de ningún color político, *nos esforzaremos* etc." A su Ministro Lares, le escribió así: "Mi querido Ministro Don Teodosio Lares, etc." Sitiado ya en Querétaro, escribió dos cartas: la una á Sanchez Navarro, que comenzaba así: "Mi querido Don Carlos Sánchez Navarro;" y la otra al capitán Schaffer, concebida de este modo: "Querido Capitán Schaffer, etc." Finalmente, en la que dirigió á los Generales y jefes imperialistas presos en Querétaro, carta que sirvió á los peritos para el cotejo, se lee: "En estos momentos solemnes, os dirijo los presentes renglones como una muestra de mi reconocimiento, etc. . . . *Vuestro afectísimo*."

"Vengamos ahora á la carta que estamos analizando, y hagamos una comparación del estilo en que está concebida, con el que contienen los documentos que acabamos de señalar:

"*Mi querido Coronel López*: (el mismo tratamiento que á Escudero, Lares, Sánchez Navarro y Schaffer.) *Nos os recomendamos* (los mismos pronombres *nos os*, y el verbo en plural, que usó en su Manifiesto de Orizaba y en su carta al Ministro Escudero) guardar profundo sigilo sobre la comisión que para el General Escobedo *os encargamos*, (otra vez el mismo pronombre *os* y el verbo en plural), pues si se divulga quedaría mancillado *Nuestro* honor (como en el citado Manifiesto: el posesivo *Nuestro* en plural y con mayúscula: *Nuestro* Consejo de Ministros de Estado) — *Vuestro affmo.* — (Como en la carta á los jefes imperialistas presos en Querétaro.) Maximiliano."

"Hagamos también notar la costumbre casi invariable que tenía el Archiduque de que cuando dirigía él sus escritos á algún subalterno suyo de grado muy inferior, lo mencionaba con sólo su apellido: Así, decía en los documentos que hemos visto: "Mi querido Ministro *Escudero*. Querido capitán *Schaffer*" como está escrito también en la carta que analizamos: "Mi querido Coronel *López*." Notemos igualmente, su costumbre también de usar en todos esos tratamientos, el participio pasivo "Querido," y no otro como "Respetado," "Apreciado," etc., y por último, que en los mismos tratamientos empleaba el posesivo "Mi," singular, en vez del *Nuestro*, plural, de que hacía uso en lo demás del contexto de sus escritos. Así, decía, *Mi querido* Ministro, en lugar de *Nuestro respetado* Ministro.

"En lo que habla ó escribe una persona, hace uno uso habitual de ciertos modismos, tratamientos, construcciones y concordancias gramaticales, etc.; y este conjunto de verdaderas pequeñeces y de otras varias circunstancias que sería largo enumerar, es lo que constituye su estilo.

Mas este estilo, tratándose de escritos, no se conoce en una sola vez; se necesita, por lo contrario, una larga costumbre de leer lo que una persona escribe y eso sobre distintas materias, para conocer su estilo. Y, además, no todos los que saben leer, son aptos para conocerlo; se requiere para ello, cierto grado de ilustración.

"Ahora bien, de la comparación que acabamos de hacer, hemos visto que de los tratamientos, modismos, construcciones, concordancias y demás circunstancias características del estilo de Maximiliano, están fidelísimamente observados en la carta presentada por López, cuantos de ellos pudieron caber en las pocas palabras, en junto de nueve renglones, de que consta ese documento.

"Y desde luego urge preguntar: ¿será verosímil y creíble que Miguel López, al momento de estar falsificando la carta en cuestión, haya tenido presente ese conjunto de pequeñeces características del estilo de Maximiliano que se ven observadas en ese documento? Pues que al soldado Miguel López no se le puede conceder ilustración alguna, al menos, la necesaria para penetrarse del estilo que usaba el Emperador. Y la prueba de que no era ilustrado, es que, á pesar de no necesitarse ningunos conocimientos científicos, no fué capaz de escribir por sí solo ni el Manifiesto

ni el Suplemento que publicó, sino que tuvo para ello que valerse del juriconsulto, D. José M. del Castillo Velasco.

“Pero se dirá que no fué López quien ejecutó por sí mismo y con su propia mano la falsificación, sino un calígrafo ó pendolista, por su encargo; mas hay que contestar á esto, con fundamento en el mismo dictamen ó parecer de los peritos, que ello no pudo ser así. Y la razón es obvia: concediendo que en Querétaro haya habido en aquellos días de inmensa agitación política, peritos calígrafos y pendolistas y que éstos hubieran consentido en comprometer su responsabilidad pres-tándose á cooperar á la ejecución de un hecho de tan grandes trascendencias, lo cual está por averiguarse; un calígrafo ó pendolista, habría ejecutado, en ese caso, una buena y perfecta falsificación, y la letra y firma de la carta habría salido entonces del todo igual á las de Maximiliano, ya por la destreza que, por razón de su arte debía de poseer el perito en el manejo de la pluma de escribir, ya también porque para ello debía tener á la vista, indispensablemente, diversos autógrafos del Archiduque para conocer su estilo y para imitar de ellos con toda igualdad y perfección su forma de letra y firma, con cuantos rasgos y pequeños detalles les son característicos, cuya ausencia hacen notar en su dictamen los peritos; y si en el primer ensayo la carta falsificada no aparecía enteramente igual á los originales, fácil era seguir repitiendo esos ensayos hasta tener una obra perfectamente acabada; tanto más cuanto que Miguel López no se hubiera contentado con recibir de su cooperador un documento hecho poco más ó menos, cuya suplantación sería patente á la simple vista y fácil de conocerse con sólo mirar la diferencia de letras entre la contenida en esta carta y la contenida en los documentos originales autógrafos; y le hubiera exigido, por lo mismo, que repitiera el trabajo hasta lograr un éxito completo; que al fin no tendría mucho que trabajar, pues la carta consta sólo de nueve renglones, y pronto adquiriría el perito destreza suficiente en imitar la letra del Archiduque, para escribir un documento de tan diminutas dimensiones.

“Si, pues, según el dictamen de los profesores y calígrafos, *la carta exhibida por López es una pésima falsificación, resulta que ella no pudo ser ejecutada por un perito en el arte de escribir, porque la que éste hubiera efectuado nada habría tenido de PÉSIMA.*

“Pero se argüirá aún que la carta sí fué falsificada por un perito de esta clase, pero que no pudo hacerla con toda perfección porque, como dice el dictamen, no se tuvo tal vez á la vista más elemento que la firma del Archiduque. Pues, fundados en el mismo parecer, tampoco es admisible esta razón; 1º, porque en la falsificación, debía no sólo imitarse la letra, sino también observarse el estilo, lo cual no era dable si no se tenía á la vista otras cartas auténticas del Archiduque; 2º, porque en ese caso, la firma sí hubiera salido perfectamente igual á la de este personaje; y al decir de los peritos, aun ella es imperfecta, principalmente la rúbrica; y esta imperfección excluye, por lo mismo, la idea de que un pendolista ó calígrafo la hubiera efectuado; y 3º, porque si sólo sirvió de pauta la firma de Maximiliano, ¿esa firma estaba puesta sin ningún objeto, en un papel en blanco? ¿No tendría ese papel algo más escrito? Si tenía, replicarán aún, si tenía algo más escrito; mas ese algo era el texto de una ley, hecho con letras de molde, ó el de una condecoración, hecho en litografía, y sólo la firma estaba manuscrita por el mismo Emperador; mas tratándose de falsificar una carta, como lo es la presentada por López, no eran el texto de una ley ó el de una condecoración los que debían de servir de modelo, sino los de otras cartas del Archiduque, y ni éste dejó nunca de escribir sus cartas con su propia mano, ni es acostumbrado imprimirlas ó litografiarlas.

“Vamos á hacer ahora, antes de concluir este análisis, una observación que constituye un argumento poderosísimo en favor de la autenticidad de la carta que estamos estudiando, y es esta: la igualdad de las palabras, conceptos y peticiones que contiene ese documento, á los que después expresó el mismo Archiduque al General Escobedo en la conferencia del 28 de Mayo. Efectivamente, el texto de esa carta se reduce á recomendar á López *que guarde silencio sobre la comisión que le encargó para el General Escobedo, porque si se divulga quedaría su honor mancillado*; y á este jefe republicano dijo el mismo Archiduque, en la conferencia del 28, *que tenía el fallo de la*

Historia cuando se ocupara de su efímero reinado; que no se encontraba con bastante fuerza de ánimo para soportar el reproche que le harían sus compañeros de desgracia, si tuvieran conocimiento de la conferencia habida entre López y Escobedo, por orden del mismo Emperador, y que, por lo mismo, le suplicaba guardar secreto sobre tal conferencia.

“Fijémonos ahora en que el temor que acongojaba á Maximiliano, al fallo de la Historia y al reproche de sus compañeros, es el mismo temor que contiene el texto de la carta, de que se *manchillara su honor*; fijémonos también que tanto en la carta, como en la conferencia, pedía el silencio de los dos personajes que él creía únicos sabedores del secreto de la entrega: López y Escobedo; y fijémonos, por último, que en ambas ocasiones, imploraba el silencio sobre la conferencia habida por orden de él entre el Coronel imperialista y el jefe sitiador, determinándola especialmente, y declarándola como efectuada por su *mandato ó encargo*.

“Después de esto preguntemos: ¿de dónde proviene tanta igualdad de palabras, conceptos y peticiones? La carta fué escrita el 18 de Mayo, y la conferencia tuvo lugar diez días después, el 28. ¿Cómo supo entonces Miguel López que lo que había de escribir en la carta que estaba falsificando, había de ser *exactamente lo mismo* que lo que diez días después había de decir verbalmente Maximiliano, por sí mismo, al General Escobedo?

“He aquí otra vez la igualdad como prueba concluyente.

“*Si, pues, del análisis que hemos hecho, resulta evidenciado que no hubo tal falsificación de la carta exhibida por López, y que lejos de eso, hay pruebas de su autenticidad, ¿por qué no admitir entonces la única conclusión que cuadra del propio análisis, esto es, que Maximiliano mismo tenía destreza (y no es necesaria mucha) para disfrazar su propia letra á su voluntad, y que de esa habilidad hizo uso cuando escribió dicha carta á su Coronel Miguel López? ¿Porque Maximiliano era Emperador y noble, es inverosímil que él hubiera obrado así? Conocido su carácter político no hay tal inverosimilitud.*

LO QUE DIJO EL GENERAL BERRIOZÁBAL

“En la obra del Sr. Pola, en las páginas 172 y 173, se lee: “El General Felipe Berriozábal, “ante una persona de su confianza, conversando sobre si había habido ó no traición, nos manifestó textualmente:

“Maximiliano mandó al Coronel López que entregara el punto de la Cruz al General Escobedo. “Dió este paso, porque los jefes de la plaza habían tenido conferencias en las que se trató de “ver cómo se salía. El General Miramón, en una de esas conferencias, al haber escuchado que el “General Mejía manifestó que bastaba estar en calzoncillos y una red (ayate?) al hombro para “salir del sitio, sin que nadie le molestase, el General Miramón dijo que el Emperador sería entonces el único comprometido, porque caería en manos de los enemigos, sin poder salvarse. “Maximiliano sabedor de estas intrigas, se puso en manos de Miguel López; y de aquí su conferencia con Escobedo.

“Estas palabras del General Berriozábal son de mucho peso, por haber sido el juez instructor del proceso que el General Escobedo, para depurar su conducta en este asunto, solicitó es- “pontáneamente se le abriera, en 1887, proceso que fué sobreesido muy á su pesar, á poco de “correr las primeras diligencias.”

“Quiere decir aquí el General Berriozábal que, cuando entre los jefes sitiados se trataba de acordar los medios de salir de la plaza, Mejía propuso, como más fácil y menos peligroso en su concepto, el de disfrazarse ellos, para confundirse con el común de las gentes del bajo pueblo, y de ese modo podrían salir, sin ser molestados en manera alguna; que á esto objetó Miramón que, en ese caso, el único comprometido sería el Emperador, que caería en manos de sus enemigos, sin poder salvarse; y Maximiliano, sabedor de esas intrigas y desconfiando de sus Generales, se echó en manos del jefe que conocía le era muy adicto: Miguel López, á quien por eso dió la comisión de conferenciar con Escobedo y entregarle el punto de la Cruz.

"Es evidente que la objeción del General Miramón al medio propuesto por Mejía, era justísima; porque si bien estos dos jefes y los demás del ejército sitiado, por su tipo nacional, y por medio del disfraz, hubieran quizá podido confundirse con el común del bajo pueblo, y lograr de ese modo su evasión, respecto de Maximiliano ese medio hubiera sido contraproducente, porque, por su tipo y acento extranjeros, se le hubiera podido reconocer fácilmente. Y al tener el Archiduque conocimiento de estos hechos, dice el General Berriozábal, optó por el medio que creyó menos peligroso para él, el de entenderse con el enemigo, por medio de su adicto Coronel."

SOBRE LA TRAICION DE QUERETARO, TESTIMONIO DEL SEÑOR GENERAL D. MARIANO ESCOBEDO
EN JEFE DE LAS FUERZAS SITIADORAS

POR EL NOTARIO RAFAEL L. TORRES

"La primera y gran prueba que debe aducirse en la cuestión histórica de que se trata, es el testimonio del General D. Mariano Escobedo. Esta justificación bastaría por sí sola para decidir el punto que se debate, si no hubiera otra multitud que igualmente lo resuelven.

"El testimonio del General Escobedo, está consignado, según las fechas y por orden en que lo produjo, en sus revelaciones sobre la toma de Querétaro, que hizo en una conferencia que tuvo *ad hoc* con D. Angel Pola; y en el informe que, con fecha 8 de Julio de 1887, y como resultado de la carta que le escribió el Coronel López el 29 de Abril del mismo año, inserta en la parte que antecede, dirigió al ciudadano Presidente de la República.

"En el mismo orden, vamos nosotros ahora á exponer aquí, las declaraciones de ese alto militar.

"El historiador Pola, narra así las revelaciones del General Escobedo:¹ "Anohecía; un ejército de estrellas venía por Occidente, á la diosa de la quietud; la conversación recayó sobre la toma de Querétaro. Instado por mis preguntas (habla Pola), el meritísimo soldado de la República, con tono grave y autorizado me reveló la verdad sobre este enigma.

"—Señor General, ¿hubo alguien que le ofreciese la plaza?

"—El 10 de Mayo, un sargento Engle mandó pedirme permiso por conducto de una mujer, para hablarme en Calleja. En la noche se desprendió del punto intermedio entre San Francisco y la Cruz, y ofreció entregarme el punto indicado, sin más condición que darle lo necesario para volver á su país. Le ofrecí lo que deseaba á condición de que volviese á su punto, hasta entretanto se dispusiera lo conveniente.

"—¿Fué esa, señor General, la única proposición que usted recibió?

"—El día 12 recibí de San Francisco proposiciones del jefe del punto, sargento Miguel Colich, para pasarse, sin más condición que garantizarle la vida. Contesté accediendo á lo que deseaba y diciéndole que esperara. Cualquiera de los puntos indicados habría sido bastante para ocupar á Querétaro, dejando aisladas La Cruz y Las Campanas; pero pesaba en mi ánimo el ocupar por asalto la ciudad, porque si yo tenía diez mil hombres perfectamente armados, organizados y disciplinados, capaces de todo, quince mil habían estado presentándose en pequeñas fracciones, que ni su organización ni su disciplina daban bastantes garantías para que, al tomar una plaza por asalto, como la de Querétaro, no quedara la población reducida á la más absoluta destrucción. Esto me hacía esperar que el enemigo, ó intentara abrirse paso por la condición á que había llegado, ó se rindiera, y en ambos casos habría salvado á una ciudad de males terribles que pesarían exclusivamente sobre el General en Jefe.

"—¿Y la entrevista que tuvo con usted Miguel López?

1 Insertas en su obra "Los traidores pintados por sí mismos." Páginas 104 á 120.

“—El día 14 se había recibido aviso de que en la noche se intentaría una salida por San Gregorio, y recorriendo yo la línea de Oriente de la plaza, un ayudante del Coronel Julio Cervantes daba parte de que un jefe de la plaza deseaba hablarme. Lo recibí en la casa del señor Cervantes, siendo el que deseaba hablarme el Coronel D. Miguel López, quien me manifestó que el Emperador, deseando evitar el derramamiento de sangre, había renunciado la corona y que ofrecía, bajo su palabra de honor, no volver al país por ningún motivo; que esperaba le permitiera salir de la plaza con algunos jefes y escoltado por un escuadrón de la Emperatriz hasta las inmediaciones de Tuxpan, donde se embarcaría. Por toda contestación signifiqué á López que las órdenes de mi Gobierno eran, ó rendidos sin condición ó batidos. Continué ins-tándome sobre la conveniencia de que no se obligara á la guarnición á romper el sitio y salir, porque esto haría que se propagara la guerra en todo el país de una manera indefinida, y que en nombre de la paz y por el Archiduque, por quien, cualquier sacrificio que hiciera lo consideraría pequeño, esperaba obrara con alguna magnanimidad sin obligarlos á salir de la plaza por un ataque brusco, que quizá costaría mucha sangre. En contestación, signifiqué á López que ya conocía de lo que eran capaces mis fuerzas; que deseaba la salida porque esto haría que nuestro triunfo fuera completo y sin que sufriese la población; que carecía en la plaza de toda clase de elementos, que la desmoralización era absoluta y que podrían traerle, si deseaba, al Coronel Paz y Puente y Teniente Coronel Ontiveros, que acababan de pasarse.

“Con esto quedó terminada nuestra conferencia, en la que, volviendo á instar López hiciera cuanto me fuera posible para darle garantías al Archiduque, que no me pesaría; con algún disgusto le signifiqué que suspendiera de hablarme y me dijera qué lo autorizaba para venir á tomar el nombre del Archiduque, como su comisionado secreto. A esto me contestó que no traía más que la copia de su despacho y una carta que me presentó, y en la que le hablaba el Archiduque como persona de su mayor confianza. Pasado esto, hice que lo volvieran á su línea con las formalidades de estilo.

“—Señor General, ¿le pidió algo más el Coronel López?

“—Ni ascensos, ni garantías, ni dinero. Todo lo que me pidió era para el Emperador, y sólo para el Emperador.

“—¿Cómo, pues, se dice que entregó la plaza, que traicionó á Maximiliano?

“—Tuve la creencia de que López hubiera salido á hablar conmigo por autorización del Archiduque, y ésta se corroboró cuando el 17 de Mayo, hablando conmigo el Archiduque, en mi tienda de campaña en La Purísima, al significarle que algunas personas habían pedido permiso para hablarle, y entre éstas el Coronel López, y que si no les había dado permiso, era porque esperaba preguntarle si deseaba recibirlos, me contestó que no tenía inconveniente en recibir á algunas personas, suplicándome permitiera al Coronel López que le viera. Signifiqué que muy especialmente me refería á López, á quien no sabía si quería recibir por algunas versiones que había en la plaza respecto de lealtad á su persona. Me contestó sólo: “A MI EL CORONEL LOPEZ NO ME HA FALTADO.” Y las mismas palabras que López me dijo la noche del 14, me las repitió el Emperador en el Cerro de las Campanas.

“—¿Es cierto, General, que tuvo usted amistad con Mejía?

“—Es exacto, pues aunque pertenecíamos á varios partidos, el año de 60, dos veces derroté á las fuerzas del General Mejía, haciéndole un fuerte número de prisioneros, que puse en libertad sin condición alguna. En un combate fuí derrotado y hecho prisionero por el antes dicho General; y no obstante el empeño que tenían Márquez y otros jefes en que se me fusilara, Mejía y los serranos se opusieron hasta salvarme. Por esto más tarde, en los dos sitios que puse á Matamoros, antes de principiarse mis operaciones, intimaba la rendición de la plaza y salía Mejía á hablar conmigo, y no pudiendo nunca estar de acuerdo, nos separábamos, abrázándonos para batirnos. En Querétaro, tanto al Archiduque como al General Castillo y demás jefes, los traté con caballerosidad, y de una manera especial, y estuve dispuesto á hacer cuanto fuera posible en su obsequio. El 17 de Mayo, una persona de mi familia, pasó á hablar con el

“General Mejía, á ofrecerle cuanto pudiere necesitar. Mejía contestó que de pronto nada necesitaba y que correría la misma suerte del Emperador. El 18 fuí personalmente á hacerle una visita y le signifiqué mi deseo para que fuera á San Luis á presentarse al Gobierno, con la seguridad de que sería tratado de la manera más caballerosa. Por toda contestación me dijo:

“—El Emperador, ¿qué suerte correrá?

“—Espero de un momento á otros órdenes del Gobierno—le contesté—y creo que éstas no serán benignas para los jefes superiores.

“—ESTOY RESUELTO A SEGUIR LA SUERTE DEL EMPERADOR.

“—Quizá en este momento por telégrafo se me den órdenes que, por severas que sean, tengo que cumplirlas. Como hasta ahora no las recibo, obraré como crea conveniente. *Estoy en disposición de salvar á usted, sin condición ninguna; pero no debe ponérmelas á mí.*

“Me paré, hizo otro tanto el General Mejía y me estrechó la mano entre las suyas.

“Debo—me dijo—atenciones y confianza al Emperador, y correré su suerte.”¹

“Con que poniendo ahora en comparación la conducta observada por Mejía y Maximiliano en las mismas circunstancias: el primero desechando la salvación que le ofreció el General su enemigo, prefiriendo correr la suerte de su Emperador por no serle infiel y por el honor de morir con él; y el segundo, fraguando una fuga por sí solo y sin conocimiento de sus Generales, ocurrirse preguntar: ¿cuál es el elogio á que se hizo acreedor el General Mejía por su noble proceder y que equivalga á tamaña abnegación, y cuál el reproche que ha merecido el Archiduque por semejante deslealtad?

“Toca ahora hacer constar aquí que las revelaciones que anteceden, están confirmadas por el mismo General Escobedo, en la carta siguiente que publica el historiador Pola, en su citada obra: “Hacienda de la Laguna, Chamacuero. Estado de Guanajuato, Mayo 8 de 1887.—Señor D. Filomeno Mata.—México.—Muy apreciable amigo y señor mío: El Sr. Pola, redactor del *Diario del Hogar*, enviado por Ud., me ha entregado su siempre grata de fecha 6 del corriente; obsequiando sus deseos, le he ministrado algunos datos que transmitiré á Ud. esperando sean conformes con las indicaciones que me hace, previo el poco tiempo que ha estado en ésta su recomendado, y sabe Ud. que puede disponer, cuando y como guste, de quien tiene voluntad para servirlo en cuanto á él sea posible.

“Sin más por ahora, desea buena salud quien con distinción lo aprecia y es afectísimo servidor.—*Mariano Escobedo.*”

El notable historiador D. Rafael L. Torres, Notario inteligente á quien pertenece este estudio, ha seguido con un raro criterio, casi jurídico, el asunto de la llamada traición de Querétaro.

“En cuanto al informe oficial del señor General D. Mariano Escobedo, su tenor literal es el siguiente: (Aquí sigue la copia literal del informe del Sr. Escobedo.)

1 Anota aquí el historiador Pola: “Caída la plaza de Querétaro en poder del ejército republicano, el General Escobedo habló de la memorable jornada con D. Benito Juárez, á su paso por esta ciudad y en presencia de D. Sebastián Lerdo de Tejada y de D. José María Iglesias, y puso en su conocimiento que había un secreto en lo relativo á las últimas operaciones militares. D. Benito nada pretendió que se revelase.

“—Pero hay otro secreto—prosiguió Escobedo—que sí me pertenece, porque es mío y puedo comunicar á Ud.

“—Veamos.

“—Yo quise salvar á Mejía: le ofrecí la vida porque le debía atenciones y grandes favores.

“—¿Y qué contestó?

“—Me preguntó cual sería la suerte de Maximiliano, y como en mis palabras advirtiese la verdad, me dijo terminantemente: que no aceptaba nada y que correría la suerte de sus compañeros de infortunio.

“Juárez quedó pensativo un momento y en seguida prorrumpió:

“—¡ERA INDIJO Y ERA LEAL!

“—No le insistí más, continuó Escobedo, porque en su lugar yo hubiera hecho lo mismo.”

“Este es el informe que el General Escobedo rindió al Jefe Supremo de la República; dictándolo y firmando por sí mismo, y *es, por tanto, la primera prueba que reclama el estudio objeto de este libro.*

“Y considerando ahora, porque así debemos considerarlo, al General Escobedo, como testigo principalísimo en la cuestión histórica de que se trata, su testimonio resulta decisivo; ya por el conocimiento perfectísimo que tuvo de los hechos sobre que versan sus declaraciones, conocimiento dimanado de la posición en que se encontró como General en jefe del ejército sitiador, cuando ellos se realizaron, pasando por sus sentidos, ya también por las cualidades de probidad que adornan al testigo; y ya, en fin, por la ausencia de toda circunstancia que lo hiciera sospechoso de parcialidad; de sus claras aseveraciones, no se descubre, por ejemplo, que haya querido alcanzar para sí alguna utilidad, al hacer sus revelaciones públicas; ni más gloria para él, ni para la causa que defendió con su valiente espada. Tampoco se advierte que al descubrir el secreto que guardaba, haya procedido por encono, hostilidad ó venganza contra alguien. Habían llegado para él las circunstancias de hablar, y las cuales presentía, como lo dice al final de su informe, y habló, revelando la verdad de todo lo que vió y oyó. No se ve en su conducta y su relato, más que el honrado propósito de rendir un público homenaje á la verdad y á la justicia, sea quien fuere el que con ello haya caído. Su testimonio, por lo mismo, es digno de toda credibilidad, por más que algunos refractarios á la luz de la verdad, le nieguen su asentimiento.”



CAPITULO IX

Informe al Supremo Gobierno rendido por el señor General D. Mariano Escobedo, acerca de la toma de Querétaro, efectuada el 15 de Mayo de 1867

I

POR QUE SE DESCORRIO EL VELO DEL SECRETO



REPÚBLICA Mexicana.—General de División Retirado.—Señor Presidente: Los acontecimientos pasados hace veinte años en Querétaro, ha venido á removerlos, en la actualidad, la aparición de un folleto escrito en francés y publicado en Roma, por el señor Víctor Darán, y cuya publicación tiene por título: “El General Miguel Miramón.” En ella, entre otros episodios de nuestras guerras intestinas, se narran las operaciones emprendidas sobre la plaza de Querétaro por el ejército republicano. Estando la narración á que me contraigo, escrita bajo un color enteramente inexacto, y, sobre todo, en lo que se refiere al motivo que originó aquella misma ocupación, dió lugar á que el Coronel imperialista, Miguel López, publicara en uno de los diarios de esta capital, una carta, en la cual me pedía que, con toda sinceridad, expresara la verdad histórica, relativa á aquellos sucesos.

La prensa reaccionaria de México, toma del libro mencionado lo que más puede afectar á la historia de nuestra lucha contra el llamado Imperio. Se esfuerza, con una obstinación vehemente y del todo extraña hoy, á que divulgue la parte secreta de aquel desenlace, y *que se relaciona con la supuesta traición de López y la toma de la plaza de Querétaro*, pretendiendo que á efecto de la intervención directa que este jefe imperialista tomara en ello, traicionando á su Soberano y vendiendo á precio de oro su consigna, la plaza cayera en poder del ejército mexicano.

Consideraciones personales, posteriores á aquella ocupación, y las cuales voy á revelar, han hecho que guarde un profundo silencio sobre aquellos acontecimientos. Al ofrecer entonces callar, sabía perfectamente que con mi conducta no sufriría el prestigio y lustre de la patria; ni tampoco el honor del ejército que estuvo á mis órdenes en aquella gloriosa época, ni mucho menos la causa por la que combatiera. La cuestión se reducía únicamente á dos personalidades: la mía, que yo conscientemente juzgara de poca importancia, después de despojarme de la alta investidura militar á que me habían llevado las circunstancias especiales del país, después de realizado el triunfo de la República sobre sus más encarnizados enemigos, y la del Coronel imperialista Miguel López, intermediario, en efecto, entre el Archiduque y yo, en la conferencia tenida para la solución de un problema en que se interesaba el porvenir de México, han venido con insistencia, á inquirir de mí la verdad, y hasta ahora nada había dejado traslucir del ofrecimiento hecho por un soldado victorioso á un príncipe sentenciado á muerte.

Pero hoy que uno de mis compañeros de armas asienta hechos que, en su calidad de jefe subalterno, no le era posible conocer; hoy que se tolera la expresión de la duda en la cuestión militar de Querétaro, adornándola con injurias y versiones deshonorosas; hoy, *que se me obliga á revelar la conferencia tenida con López, comisionado en jefe del Archiduque*, lo hago, no para ceder al encono de los periódicos reaccionarios, ni al de los inquisidores de un hecho que presumen será

vergonzoso al partido republicano, sino para satisfacción mía, depositando ese secreto, con predilección, en poder del Supremo Gobierno de la República, á fin de que se conserve en los archivos de la Nación este documento histórico que pueda robustecer la fe de nuestros ideales políticos, cuando algún día, en las severas páginas de la historia de nuestra patria, quede consignada, con toda imparcialidad, la gigantesca lucha que sostuviera México contra la Francia, contra el Imperio que ella importara con sus bayonetas, y contra los desgraciados que olvidaran sus deberes para servir primero de guías al invasor y después de elemento espurio para el sostenimiento de una intrusa monarquía.

El Coronel imperialista, Miguel López, aunque infidente para con la Patria, ni traicionó al Archiduque Maximiliano de Austria, ni vendió por dinero su puesto de combate.

II

SITUACION DE LAS FUERZAS IMPERIALES Y DE LAS REPUBLICANAS

Las circunstancias porque atravesaba nuestra Patria, desde 1862 á 1867, vinieron á colocarme en la elevada posición de General en Jefe del Cuerpo de Ejército del Norte, y después, sin quererlo, sin pretenderlo, y todavía más, renunciándolo, como General en Jefe del ejército de operaciones sobre Querétaro. En esa capital, como es sabido, se encontraban los principales elementos de guerra del llamado Imperio Mexicano, con los mejores Generales y jefes imperialistas, valerosos y de conocimientos militares. Allí estaban Miramón, Márquez, Mejía, Castillo, Méndez, Arellano y otros más de conocido prestigio.

Entramos en lucha con ellos. Por alguna vez, y aisladamente, les fué propicia la victoria, pero de efímeros resultados, porque en seguida aquélla se tornaba en desastre, forzados á volver á sus parapetos con menos moral de la que les alentara para llevar á cabo sus impetuosas salidas y caer sobre un puesto de la línea de sitio.

Siempre, á los triunfos de los imperialistas, arrancados á determinadas tropas de las que sitiaban á Querétaro, venía en seguida la derrota: de tal suerte que, después de la operación ofensiva contra los sitiadores el 27 de Abril de 1867, sobre las colinas del Cimatario, en que fueron á la vez vencedores y vencidos los soldados del Archiduque, sus posteriores ataques y empeños fueron más flojos y sin ningún éxito, porque aquellas tropas ya no resistían el fuego del adversario.

La suerte de los sitiados estaba ya definida: no tenían más recurso que rendirse á discreción ó resolverse á rechazar un asalto sin ninguna posibilidad de lograrlo, que yo había querido y deseaba evitar á todo trance; porque era mi sentir que no debía exponer á la población al rigor y á las desastrosas consecuencias de una ocupación llevada á cabo á fuego y sangre, y con los excesos consiguientes de una tropa victoriosa y ávida de venganzas.

El ejército del *Príncipe alemán*, encerrado en Querétaro, carecía de víveres; las municiones de guerra eran de mala calidad, y lo más lamentable para él, ya no tenían sus tropas esa cohesión que da la moral y la disciplina militares.

Después del 27 de Abril ya mencionado, todas las noches que precedieron á la toma de la plaza, bandas de desertores de la clase de tropa y algunos jefes y oficiales, se presentaban á nuestras obras de aproche, solicitando, antes que clemencia y consideración, alimento para restablecer sus decaídas fuerzas vitales. Por estos infelices, por las solicitudes que los soldados extranjeros enganchados en aquellas fuerzas, me enviaban, pidiendo garantías y ofreciendo los puestos que guarnecían, los cuales, no eran de gran importancia, y por las noticias de los agentes que tenía en la plaza, conocía perfectamente el estado de desmoralización y anarquía en que se encontraban los defensores de la monarquía en Querétaro.

Si antes de que hubiera salido Márquez de aquella plaza para México, ya había surgido la división y recelosa conducta entre los principales jefes imperialistas, después que practicó su movimiento con la caballería del Archiduque, la unidad de mando quedó proscrita entre los sitiados. Precursora del desastre esta falta á los preceptos más importantes de la ciencia de la

guerra, vinieron á acibarar aquella situación la miseria, la extenuación de las tropas por tantas fatigas, el desaliento consiguiente después que sus valerosos esfuerzos no tenían más resultados que los sangrientos reveses, y, sobre todo, como lo he expresado, la ninguna buena inteligencia que había entre los jefes que mandaban puestos, con los Generales, Comandantes de brigadas ó divisiones, y la poca confianza que éstos tenían en la energía del Archiduque, y éste para con aquéllos.

Todo me indicaba, y con justicia, el próximo y violento fin de aquella situación tan tirante. Ella me hacía poner en constante actividad, redoblando más y más la vigilancia en la línea de sitio para hacer de todo punto imposible la comunicación con los sitiados por la parte de afuera y viceversa.

Estas disposiciones tenían el doble objeto de aislarlos completamente para hacer más violenta su condición, y también para que no recibieran noticias de la derrota de Márquez, porque presumía, y con fundamento, que al verse sin esperanza del importante auxilio que aquél debía proporcionarles, auxilio con tantas angustias y con tanto anhelo esperado, la desesperación que causara este desastre les hubiera sugerido la firme resolución de hacer un esfuerzo para romper el sitio, lo que me habría contrariado en extremo, porque entonces no tenían las fuerzas de mi mando la dotación de municiones de infantería en cartuchera para sostener media hora de fuego, y la artillería no contaba en sus cofres más que seis ó siete tiros por pieza.

El violento estado en que me hallaba, sobre todo en los últimos días del sitio, por la falta de municiones, varió después de derrotado Márquez en San Lorenzo por el Cuerpo de Ejército de Oriente, á cuya acción de guerra concurrieron activamente los cinco mil caballos que, á las órdenes del General Amado Guadarrama, desprendí en observación de los movimientos de Márquez. Esta caballería regresó á su campamento de Querétaro, hasta después que se abrigaron en la capital de la República los restos de las tropas imperialistas que pudieron salvarse de aquella derrota.

Además, el Teniente Coronel Agustín Lozano, á quien había enviado con misión especial cerca del General Díaz en jefe del Ejército de Oriente, ya mencionado, volvía al cuartel general del ejército de operaciones, conduciendo doscientas cajas de municiones de infantería, que aquel General remitía, y las cuales fueron distribuídas inmediatamente.

Con la plena confianza en el valor de las tropas que eran á mis órdenes, acechaba con ansiedad la salida del enemigo, de que ya tenía conocimiento se preparaba á emprender, para resolver en una batalla campal la suerte de los dos ejércitos, el republicano y el imperialista.

Tenía seguridad en el resultado; porque en época anterior á las operaciones sobre Querétaro, y cuando los imperialistas estaban en toda su moral y altivez, habían sido batidos siempre por los soldados que inmediatamente eran á mis órdenes, con menos efectivo y con menos elementos de guerra que los otros, en combates de importancia, que determinaron la condición en que se encontraba en la plaza el Archiduque Maximiliano.

Después del 12 de Mayo, en que llegaron al parque general las municiones de que he hecho mérito, sólo dos empeños de alguna consideración hubo entre los sitiados y sitiadores, pero de consecuencias desastrosas para los primeros.

III

CONFERENCIA ENTRE EL CORONEL MIGUEL LÓPEZ Y EL GENERAL MARIANO ESCOBEDO

El día 14 recorría yo la línea de sitio. A las siete de la noche, un ayudante del Coronel Julio M. Cervantes vino á comunicarme de orden de su jefe, que un individuo procedente de la plaza, y que se encontraba en el puesto republicano, deseaba hablar conmigo: *en el acto me dirigi*

al punto indicado, en donde me presentó el Coronel Cervantes al Coronel imperialista Miguel López, jefe del Regimiento de la Emperatriz. Este me manifestó que había salido de la plaza con una comisión secreta que debía llenar cerca de mí, si yo lo permitía. Al principio creí que el citado López era uno de tantos desertores que abandonaban la ciudad para salvarse, y que su misión secreta no era más que un ardid de que se valía para hacer más interesantes las noticias que tal vez iba á comunicarme del estado en que se encontraban los sitiados: sin embargo, accedí á hablar reservadamente con el Coronel imperialista Miguel López, apartándose á distancia el Coronel Cervantes y los ayudantes de mi Estado Mayor que me acompañaban. Entonces, brevemente López me comunicó que el Emperador le había encargado de la comisión de procurar una conferencia conmigo, y que, al concedérsela, me significara de su parte que, deseando ya evitar á todo trance que se continuara, por su causa, derramando la sangre mexicana, pretendía abandonar la plaza, para lo cual pedía únicamente se le permitiera salir con las personas de su servicio, y custodiado por un escuadrón del Regimiento de la Emperatriz hasta Tuxpan ó Veracruz, en cuyos puertos debía esperarle un buque que lo llevaría á Europa, asegurándome que en México, al emprender su marcha á Querétaro, había depositado, en poder de su primer Ministro, su abdicación.

Para satisfacción suya, y para que estuviera yo en la inteligencia de que sus proposiciones eran de entera buena fe, me manifestó el Coronel López que *su soberano comprometía, para entonces y para siempre, su palabra de honor de que, al salir del país, no volvería á pisar el territorio mexicano*; dándome, además, en garantía de su propósito, cuantas seguridades se le pidieran, estando decidido á obsequiarlas.

Mi contestación á López fué precisa y decisiva, concretándome á manifestarle que pusiera en conocimiento del Archiduque que las órdenes que tenía del *Supremo Gobierno Mexicano eran terminantes para no aceptar otro arreglo que no fuera la rendición de la plaza, sin condiciones*. En seguida el Coronel López me manifestó que su Emperador había previsto de antemano la resolución á sus anteriores proposiciones. Siguiendo el curso de la conferencia establecida, me expresó de parte de su soberano, que eran bien conocidos por mí los jefes militares que estaban á su lado, por su prestigio, valor y pericia; é igualmente la buena organización y disciplina de las tropas que defendían la plaza, con las cuales podía á cualquiera hora, forzar el sitio y prolongar los horrores de la guerra por mucho tiempo; que en verdad, esto era sumamente grave y un irreparable mal para México, al cual no quería exponerlo, siendo esta la razón porque deseaba salir del país.

Juzgando yo demasiado altivas las frases últimas vertidas por el Coronel imperialista López, á nombre de su Soberano, le contesté que nada de lo que me refería era desconocido para mí, pero que tenía exacto conocimiento del estado en que se encontraban los defensores de Querétaro; que estaba enterado de los preparativos que hacían en la plaza para efectuar una vigorosa salida, en la que estaba basada su salvación; que esas columnas, formadas ya, esperaban solamente el momento en que se les diera la orden de pasar las trincheras y chocar contra los republicanos; que esto era para mí sumamente satisfactorio, de tal suerte que, para facilitarles su movimiento, tenía pensado dejarles paso abierto en cualquier punto de la línea de contravalsación por donde se presentaran: bien entendido que después de que hubieran salido todos, caería sobre ellos con los doce mil caballos del ejército, victoriosos una parte en San Jacinto, y la otra en San Lorenzo, y cuya formidable caballería dejaría el campo de batalla convertido en un lago de sangre imperialista. El comisionado del Archiduque volvió á reanudar la conferencia que yo creía terminada, diciéndome que el Emperador le había dado instrucciones para dejar terminado el asunto que se le había encomendado, de todas maneras, en caso de encontrar resistencia obstinada por mi parte. En seguida me reveló de parte de su Emperador, que ya no

podía ni quería continuar más la defensa de la plaza, cuyos esfuerzos los conceptuaba enteramente inútiles; que, en efecto, estaban formadas las columnas que debían forzar la línea de sitio; que deseaba detener esa imprudente operación, pero que no tenía seguridad de que se obedecieran sus órdenes por los jefes que, obstinados se llevaría á cabo, ya no obedecían á nadie; *que no obstante lo expuesto, se iba á aventurar á dar las órdenes para que se suspendiera la salida: obedecieran ó no, me comunicaba que á las tres de la mañana dispondría que las fuerzas que defendían el panteón de La Cruz se reconcentraran en el convento del mismo; que hiciera yo un esfuerzo cualquiera para apoderarme de ese punto en donde se entregaría prisionero sin condición.*

Era preciso dudar del que se llamaba agente del Archiduque. No podían entrar en mi ánimo semejantes proposiciones del Príncipe, después de sus enérgicas y varoniles determinaciones de Orizaba, pocos meses antes.

Así, con toda franqueza, lo expresé al mensajero del Archiduque, quien inmediatamente me manifestó que debía desechar toda sospecha hacia su persona y su cometido; que no hacía más que cumplir estrictamente las órdenes del Emperador, por quien no evitaría sacrificio, esperando que mis determinaciones lo salvarían de la situación en que se encontraba.

López se retiró á la plaza, llevando la noticia al Archiduque, de que á las tres de la mañana se ocuparía La Cruz hubiera ó no resistencia.

IV

SORPRESA DE LA CRUZ Y PRISION DEL EMPERADOR

Tomé desde luego á mi cargo la responsabilidad de los acontecimientos que iban á surgir. Con toda oportunidad envié orden á los jefes de líneas y puntos, que estuvieran listos para emprender una operación sobre la plaza. En el momento pasé á ver al General Francisco M. Vélez, y le comuniqué, á él únicamente, la conferencia tenida con el comisionado del Archiduque, en lo concerniente á la comisión que debía desempeñar.

Le dí á conocer mi resolución de aprovecharme inmediatamente de la debilidad y aturdimiento en que se hallaba el Príncipe alemán, para llevar á cabo la operación propuesta por él, de ocupar La Cruz. En esta virtud, desde luego puse á las órdenes del General Vélez á los batallones "Supremos Poderes," mandado por el General Pedro Yépez, y el de "Nuevo León," cuyo jefe accidental era el Teniente Coronel Carlos Margáin, por estar herido su Coronel Miguel Palacios, debiendo acompañarle el General Feliciano Chavarría, mi ayudante Teniente Coronel Agustín Lozano, con dos ayudantes más de mi Estado Mayor, para que me comunicaran todo incidente que fuera preciso que yo conociera, y para que si se necesitaba la cooperación de las fuerzas que guarnecían puestos inmediatos al del enemigo, que debía ocupar, pudiera llevarlas con oportunidad el Teniente Coronel Lozano.

Personalmente acompañé al General Vélez, con su columna, hasta la línea avanzada de sitio, indicándole detalladamente los puntos por donde debía emprender la operación que se le encomendaba, esperando que la ejecutaría con arrojo, apoderándose del convento de la Cruz, á la hora prefijada. Di instrucciones al General Vélez, para que si al tomar esta posición del enemigo, se encontraba en ella el Archiduque Maximiliano, lo hicieran prisionero de guerra, tratándole con las consideraciones debidas. Advertí, además, al mismo General, que era de temerse una traición, y bajo tal influencia debía normar su movimiento, á fin de no caer en un lazo, tal vez bien premeditado.

Preparado para toda eventualidad, dí orden al Coronel Julio M. Cervantes, para que, cubriendo su línea con el "Batallón de Cazadores," estuviera listo para hacer el movimiento que se le indicara, con los batallones 4º, 5º y 6º, de su brigada. A los Generales Francisco Naranjo y Amado A. Guadarrama, para que la caballería que era á sus órdenes, estuviera lista, brida en mano, para moverse á la primera orden.

La operación se practicó á la hora prescripta, por el General Francisco Vélez, á entera satisfacción mía; pero el parte de la ocupación de La Cruz se hizo, á mi juicio, dilatar, é impaciente por no haberlo recibido, me adelanté personalmente hacia La Cruz, y al entrar al panteón, recibí del Teniente Coronel Lozano, el parte de estar ocupado aquel punto enemigo. Mandé orden al General Vélez para que, si creía conveniente, avanzara hasta un punto más al centro de la ciudad; á los Generales Naranjo y Guadarrama, para que con la caballería se movieran, amenazando el Cerro de las Campanas; al Coronel Julio M. Cervantes, nombrado con anterioridad Comandante Militar del Estado, para que con su columna avanzara por San Sebastián, amagando al citado Cerro de las Campanas; al General Sóstenes Rocha, para que con su columna concurriera al punto donde fuera necesaria su cooperación.

La noticia de la toma de La Cruz por los ejércitos republicanos, cundió entre los sitiados, causándoles un pánico horroroso: omito ciertos y determinados detalles que, aunque de importancia, no son del caso en esta exposición.

Parte de aquellas tropas, quizá sin atender á la voz de mando de sus jefes y oficiales, se desbandaban, presentándose en masas desordenadas, en la línea de sitio; el resto, en confusión, mezcladas la infantería y caballería, con la artillería y sus trenes, se dirigía en tropel hacia el Cerro de las Campanas, en donde se encontraban ya los Generales Mejía y Castillo, y el Archiduque que á pie se había salido de La Cruz, al ser ocupada, según se me había comunicado.

Al amanecer del día 15, las fuerzas republicanas que guarnecían las alturas del Cimatario, descendieron de la colina y asaltaron la Casa Blanca, todavía defendida tenazmente por los imperialistas. De igual suerte, las que guarnecían los puntos frente á la Alameda, Calleja, Garita de México, Pathé y la extensa línea de San Gregorio y San Sebastián. En seguida dispuse que en los puntos tomados permaneciera el ejército, sin que entrara en la plaza ningún cuerpo, porque así lo tenía ordenado, con excepción de la columna mandada por el General Vélez que había avanzado hasta ocupar el Convento de San Francisco, y la brigada que mandaba el Coronel Julio M. Cervantes, que había recibido orden para que ocupara la plaza y se dedicara exclusivamente á dar garantías á las familias é intereses, evitando con todo afán hasta el más ligero desorden, para lo cual se le autorizaba, en caso necesario, á que empleara las medidas represivas que creyera convenientes.

A las seis de la mañana quedó ocupada la línea exterior de las defensas de Querétaro, que momentos antes estaban guarnecidas por los imperialistas.

El Archiduque Fernando Maximiliano de Hapsburgo, entregó su espada, que en nombre de la República recibía el General en Jefe del ejército de operaciones, y todos los Generales, jefes y oficiales y tropa que defendían á Querétaro, quedaron hechos prisioneros de guerra, y puestos á disposición del Supremo Gobierno, para que dispusiera de su suerte.

V

MAXIMILIANO CONFESO DEL DESASTRE

Preocupándome los acontecimientos del sitio de México, aunque el éxito no fuera de ninguna manera dudoso, desde el día siguiente de la ocupación de Querétaro, empecé á desprender fuerzas con dirección á la capital de la República, para reforzar al General Díaz, en Jefe del ejército sitiador; de tal suerte, que para el día 19 de Mayo, habían marchado ya catorce mil soldados de las tres armas, á las órdenes de los Generales Ramón Corona, Nicolás Régules, Vicente Riva Palacio, Francisco Vélez y Francisco Naranjo, con la bien equipada y mejor armada caballería del Cuerpo de Ejército del Norte.

El día 18 de Mayo recibí parte del jefe que custodiaba los prisioneros en la Cruz, que el Archiduque deseaba hablar conmigo. Impidiéndome salir fuera de mi tienda, la enfermedad que

sufría, mandé mi coche para que viniera en él Maximiliano, y bajo la custodia de los Coroneles Juan C. Doria y Ricardo Villanueva.

Habló conmigo el Príncipe prisionero; me expresó el deseo que tenía de ir á San Luis Potosí, si se le permitía, y hablar allí con el señor Presidente Juárez, á quien tenía secretos que revelar y que importaban mucho al porvenir del país. Yo le manifesté que no tenía autorización para conceder ese permiso, pero que en obsequio de él telegrafiaría al Supremo Gobierno, pidiéndole instrucciones sobre el particular; que él, por su parte, podía dirigirse al señor Presidente de la República directamente, remitiéndole su mensaje al cuartel general, para que por este conducto fuera despachado.

El Archiduque se manifestó contrariado por la contestación que yo diera; pero luego, con insinuante modo me manifestó que agradecería que el Sr. Juárez conociera sus deseos.

En seguida me preguntó si le sería permitido al Coronel López que lo viera, para hablar con él; yo le manifesté que no había para ello inconveniente alguno, que tanto López como cualquiera otra persona podía verlo, previo aviso del cuartel general.

Empezaba á comprender que el Coronel imperialista Miguel López no me había engañado en la conferencia tenida conmigo, no obstante no haberse entregado prisionero el Archiduque en la Cruz, conforme lo había ofrecido.

El día 24 se me presentó López pidiendo permiso para hablar conmigo reservadamente: convine en ello, y al efecto, alejé de mi lado á mis ayudantes, y quedé solo con aquel individuo. Este me manifestó que el Emperador le había recomendado se acercase á mí, para suplicarme guardara el más impenetrable secreto sobre la conferencia tenida conmigo la noche del 14, como su comisionado, porque quería salvar su prestigio y condición en México y en Europa, los cuales se perjudicarían si se divulgaran los puntos de aquella conferencia y sus resultados. Contesté al enviado del Archiduque, que para mí era del todo indiferente guardar ó no la reserva que se me pedía; que ni en uno ni en otro caso quedaba afectado mi honor ni el de mi causa; que á él sí le afectaría directamente mi silencio, porque era bien sabido ya que le acriminaban sus compañeros, como desleal para el Archiduque, al cual había vendido miserablemente. Mas como yo dudara también de la legalidad de esa petición, porque no tenía una prueba para creerle, no quería celebrar con él ningún compromiso, por juzgarlo impropio y fuera de mi carácter.

López respondió con toda indiferencia, que le afectaba poco el fallo anticipado que se había dado á su conducta; que él callaría, porque era para él un deber ceder en todo á los deseos del Emperador, á quien debía mucho y no podía ser ingrato con él. *Añadió que estaba provisto de un documento que lo lavaba de cualquiera mancha de que pudiera inculparsele, y para darme á mí una satisfacción solamente por las dudas que hubiese manifestado yo, me enseñaba el documento expresado, consistente en una carta que le dirigía el Archiduque, y cuya autenticidad me pareció indudable. Tomé una copia de ella, cuyo contenido textual es el siguiente:*

“Mi querido Coronel López.—Os recomendamos guardar profundo sigilo sobre la comisión que para el General Escobedo os encargamos, pues si se divulga, quedará mancillado nuestro honor.—Vuestro afectísimo.—MAXIMILIANO.”

En seguida, López me preguntó si por fin no tenía embarazo en conservar ese secreto, puesto que en nada me perjudicaba. Contesté que me reservaba yo la divulgación de él para cuando lo creyera conveniente, y sin comprometerme á un tiempo determinado López concluyó por pedirme un pasaporte para México y Puebla, por tener que arreglar algunos negocios de familia, así como una carta de recomendación para el señor General en Jefe del cuerpo de Ejército de Oriente; le mandé extender el pasaporte y la carta, por creer que debía desempeñar algún cargo especial del Archiduque.

VI

MAXIMILIANO VINDICA A LOPEZ CERCA DE ESCOBEDO

El 22 recibí del Supremo Gobierno las órdenes para que fueran juzgados por la ley del 25 de Enero de 1862 los Generales Miguel Miramón, Tomás Mejía y el Archiduque Maximiliano de Hapsburgo.

Del convento de la Cruz había hecho pasar á los prisioneros al de Teresitas, por ser el local más amplio, después pasé al convento de Capuchinas á los tres citados prisioneros, por estar el local inmediato á mi alojamiento, y, además, por tener las condiciones de seguridad y las comodidades requeridas.

El día 28 les hice una visita particular para saber qué necesidades tenían que yo pudiera satisfacer, y me impuse la obligación de verlos en su prisión dos veces por semana.

Durante mi permanencia en el cuarto destinado al Archiduque, entró en conversación conmigo sobre su posición azás desgraciada, y fué deslizándose, hasta preguntarme si sabía yo cómo trataría el gobierno republicano á los defensores de Querétaro. Contesté que conocía la ley porque se me ordenaba fuesen juzgados, y que particularmente no había recibido ningunas instrucciones; que esto me hacía comprender que el Supremo Gobierno estaba resuelto á hacerla cumplir.

Ví conmoverse al Archiduque, pero de momento volvió á tomar el aspecto contristado que se notó en él desde la toma de la plaza: realmente sufría moral y físicamente; como si no se hubiese fijado en mi contestación, continuó diciéndome que me debía muchas consideraciones, y que éstas eran más apreciables, supuesto que se dirigían á un hombre en la plenitud de la desgracia; pero que esperaba de mí todavía más: que le concediera un favor señalado; que las obligaciones que este favor me imponían, para mí no eran de consecuencias, pero que al concedérselo, quedaría aliviado del peso que gravitaba sobre su conciencia: porque á pesar de poseer ideas liberales, siempre se inclinaba ante el recuerdo respetuoso que tenía por sus ilustres antepasados. Me manifestó sereno que tal vez sería condenado á muerte, y temía el fallo de la historia al ocuparse un día de su efímero y escolloso reinado. Me preguntó si me había hablado ya el Coronel López. Con mi afirmativa, siguió diciéndome que no se encontraba con bastante fuerza de ánimo para soportar el reproche que le harían sus compañeros de desgracia, si tuvieran conocimiento de la "conferencia" habida entre mí y López por orden de él, y que, por lo mismo, y no apelando á otro mérito que á su situación, me suplicaba guardara secreto sobre aquella conferencia, lo que no era ni difícil ni deshonroso para mí. Le manifesté que él aparecía como una víctima de la traición de López á su persona, cuyo infame acto era señalado ya con todos los horrores de una deslealtad execrable; que yo no tenía interés en revelar nada de lo pasado; pero en verdad, más bien que dirigirse á mí, debía hacerlo con López, que era la persona que quedaba moralmente lastimada en estos acontecimientos.

El Príncipe contestó que López no hablaría mientras yo callara; que el plazo que me ponía para que no dijera el resultado final de la conferencia, era cortísimo, "hasta que dejara de existir la Princesa Carlota, cuya vida se apagaría al conocer la ejecución de su esposo." Como último recurso á las súplicas del Archiduque, le expuse que me parecía materialmente imposible guardar ese secreto aunque López lo callara; porque sus defensores, sus Generales, los ministros extranjeros ó la Princesa de Salm Salm, que empleaba cuantos medios estaban á su alcance para salvarlo, no dejaría de hacer uso de las versiones que corrían respecto de la traición de López y su inculcable conducta hacia él, como su jefe y protector. A pesar de esto, volvió el Archiduque á insistir para que guardara aquel secreto requerido, significándome que la Princesa Salm Salm tenía prevención, no tan sólo para no expresar nada en este sentido, sino también para prevenir á las personas que por él se interesasen, que en ninguna de sus gestiones se mezclara cualquiera frase que pudiera referirse á la deslealtad del Coronel López, asegurándome que todas esas personas cumplirían exactamente, no tocando en lo absoluto al Coronel citado.

La condición que guardaba el Príncipe, con su salud quebrantada, preso y juzgándose próximo á ser sentenciado á muerte; su deseo de conservar todavía, aun después de muerto, un nombre sin reproche, me conmovió, y cediendo á un sentimiento de consideración por aquel desgraciado reo, le ofrecí que guardaría su secreto mientras las circunstancias no me obligaran á levantar el velo con que hasta ahora he cubierto los precedentes que violentaron la toma de la plaza de Querétaro, el 15 de Mayo de 1867.

A las siete de la mañana del 19 de Junio de 1867, los Generales D. Miguel Miramón, D. Tomás Mejía y el Archiduque de Austria, Fernando Maximiliano de Hapsburgo, fueron pasados por las armas, conforme á los mandatos de la ley.

Señor Presidente: la larga exposición de los hechos que acabo de narrar, tomándolos del Diario de operaciones del cuartel general del ejército de operaciones, es la verdad histórica, que deposito en manos del Supremo Magistrado de la Nación, para los fines que crea más convenientes.

México, Julio 8 de 1887.—El General de División retirado, *M. Escobedo*.



CAPITULO X

Cómo refiere el Ministro de Napoleón III, Emilio Olivier, la caída de Maximiliano. 1867.

I

EL CERRO DE LAS CAMPANAS (LA COLLINE DES CLOCHES)



REMENDO era el acontecimiento, pero no inesperado, parecía inminente después de la partida de nuestras tropas (habla el Ministro de Napoleón III).

“En ese momento, México entero reconquistado por Juárez, que iba á establecer su Gobierno en San Luis Potosí, estaba en manos de los ejércitos republicanos, con excepción de cuatro ciudades, Veracruz, Puebla, México y Querétaro. Porfirio Díaz se acercó violentamente delante de Puebla; Corona y Escobedo se dirigieron á Querétaro.

“Miramón comenzó, lo que Maximiliano llamaba la pacificación, por un golpe atrevido contra Zacatecas, en donde estuvo á punto de coger á Juárez. Exaltado por este suceso, Maximiliano le escribió de México: “En caso de que os apoderéis de D. Benito Juárez, de Lerdo de Tejada, de José María Iglesias, de D. Luis García ó de Miguel Negrete, os encargo de una manera especial *hacerlos juzgar y condenar por un Consejo de guerra*, conforme á la ley de 4 de Noviembre actualmente vigente. Pero la sentencia no será ejecutada antes de haber recibido vuestra aprobación. Es por lo que nos enviaréis inmediatamente una copia por intermedio del Ministro de la Guerra. Hasta que hayáis recibido nuestra decisión, os recomendamos que procuréis dar á los prisioneros el tratamiento conforme á lo que la humanidad exige, sin despreciar por esto tomar todas las precauciones necesarias para impedir una evasión.” (5 de Febrero). Esta carta no llegó á su destino, ya en camino, cayó en manos de los juaristas y fué más tarde una pieza funesta del proceso de Maximiliano.

“Al día siguiente de su victoria efímera, Miramón atacado por fuerzas superiores, fué literalmente destrozado en San Jacinto (Febrero de 1867); su hermano Joaquín, hecho prisionero, fué fusilado á la luz de una vela de sebo; 157 soldados franceses fueron ejecutados por pequeños grupos. Miramón herido escapó con dificultad. El desaliento de Maximiliano á la noticia de esta derrota igualó á su reciente exaltación, y tuvo simultáneamente dos salidas que manifestan el desorden de sus pensamientos.

“Envió á Porfirio Díaz un Mr. Burnouf para ofrecerle el mando de las fuerzas encerradas en Puebla y México; otra diciendo que “Márquez, Lares y Cía. serían despedidos del Poder y que él mismo abandonaría el país, dejando el Estado á los Republicanos.” Porfirio Díaz respondió: que como General en Jefe de un Cuerpo de Ejército, no podía tener con el Archiduque otras relaciones que las autorizadas por las leyes militares con el Jefe de una tropa enemiga. Inmediatamente comunicó á Juárez la propuesta.

“La segunda salida de Maximiliano fué una carta á Lares: “La situación de México me ape-
“na profundamente; cada resolución adoptada para terminar la guerra civil nos conduce á encen-
“derla mucho más, y por todas partes donde se pretende consolidar el Imperio corren torrentes
“de sangre, sin obtener la menor ventaja. Se esperaba que el Imperio una vez emancipado de la

“intervención francesa, nuestra acción se haría sentir de una manera saludable en favor del bienestar de las poblaciones. Desgraciadamente, ha sucedido lo contrario. . . . Se esperaba mucho de la habilidad, lealtad y prestigio de los Generales Mejía, Miramón y Márquez: el primero ha dejado el servicio con el pretexto del mal estado de su salud; el segundo ha sacrificado casi sin combatir, todos los elementos que se le habían confiado; el tercero después de haber extorsionado á los ciudadanos por los medios más violentos, ha ordenado una expedición mal calculada cuyos sangrientos resultados no serán jamás bastante deplorados. Al mismo tiempo, el Tesoro está agotado; para hacer frente miserablemente á los servicios de algunos ramos de la Administración, es preciso imponer contribuciones forzosas imposibles de realizar, aun por los procedimientos más vejatorios, y decretar impuestos extraordinarios más odiosos que productivos. El Imperio no tiene, pues, para él ni la fuerza moral ni la fuerza material; huyen los hombres y el dinero y la opinión se pronuncia de todas maneras contra él. Por otra parte, las fuerzas republicanas que se ha pretendido representar injustamente, como desorganizadas, desmoralizadas y animadas solamente del deseo del pillaje, prueban con sus actos que constituyen un ejército homogéneo, estimulado por el valor y la habilidad de su jefe, y sostenido por la idea grandiosa de defender la Independencia Nacional, que cree en peligro por la fundación del Imperio. En situación tan crítica, no tenemos ni siquiera el recurso al llamamiento del sufragio universal de las poblaciones, porque el voto de algunas localidades ocupadas por las armas imperiales nada significan en cuanto al resultado. El momento de emplear este medio ha pasado: debemos renunciar de él para siempre. Yo he contraído para México el compromiso solemne de no ser motivo para prolongar la efusión de sangre. El honor de mi nombre y la inmensa responsabilidad que pesa sobre mi conciencia delante de Dios y delante de la Historia, me prescribe no diferir más una grande resolución que haga cesar tantos males. Espero, pues, que querréis bien, con la prontitud que exigen las circunstancias, indicarme las medidas que juzguéis más oportunas para terminar la crisis actual, sujetándoos á las ideas expresadas en esta carta y preocupándoos únicamente del bien y de la prosperidad del pueblo mexicano, con entero desprendimiento de todo interés público y personal.”

“Esta carta sorprendente, verdadera requisitoria contra el Imperio, tal como ningún juarista no la ha pronunciado más dura, reclamaba una sola respuesta: “sí es así, idos!”

“¡Idos! respondió en efecto Lares, pero solamente de vuestra Capital y pasad á Querétaro. Desde allí podréis, mejor que desde México, realizar vuestro proyecto de tratar con Juárez. Concentrad las más posibles tropas regulares, bajo leales Generales, tomad el mando á fin de evitar las rivalidades. Teniendo así una actitud verdaderamente fuerte, que haga comprender á los republicanos que encontrarán todavía enérgicas resistencias, entraréis directamente en tratados con Juárez. El debate debería limitarse á estipular la introducción de las reformas constitucionales en el primer Congreso: Creación de un Senado. Inamovilidad de los Ministros de la Corte Suprema. Elección directa del Presidente y de los Diputados. Restitución del derecho de voto al clero. Libertad para las Corporaciones de adquirir bienes. Amnistía, etc., etc.”

“De este modo Emperador y Ministros estaban de acuerdo en reconocer que el Imperio estaba condenado, que era imposible, y que no era preciso tomar una actitud de combate sino con la mira de traer honrosamente su reemplazo por la República de Juárez. Hasta aquí se había visto soportar abdicaciones que se imponían por la fuerza; éste decretaba por sí mismo su fracaso.

“Maximiliano aceptó sus consejos. Instituyó á Lares Jefe del Poder, dió al General Tavera el mando en México del 2º Cuerpo y se puso en camino de Querétaro, furtivamente, á las cinco de la mañana, el 13 de Febrero, con una columna de 1,500 hombres y 50,000 pesos. Marchaba al frente en traje nacional mexicano y llevando en su Estado Mayor á Vidaurri, hombre experimentado y de juicio firme y previsor, al Príncipe de Salm-Salm, prusiano, que después de haber servido en la guerra de Secesión, se había consagrado á él y había ganado su confianza; al Coronel López, oficial de la Legión de Honor, de buena apostura, de brillante cabellera, de ma-

neras elegantes en su porte. El personaje más importante de este Estado Mayor era un hombre pequeño, vivo, de ojos negros, de cabellos negros, ocultando bajo la barba la cicatriz de una herida recibida en la mejilla: el General Márquez. Aislado, sombrío, soñador, iba á un lado, sin acercarse al Emperador sino después de dos ó tres llamamientos, y entonces, muy obsequioso. Este no estaba porque se tratase con Juárez: clerical irreductible, no concebía más que la lucha sin cuartel, pronto, si de ella desertaba Maximiliano, á proseguirla en su nombre ó en compañía de Santa-Anna.

“En Querétaro encontró á Miramón y Castillo y se les unió Méndez. Una discordia desencadenada reinaba entre los diversos miembros de este Estado Mayor. Miramón y Márquez se odiaban, Méndez, desconfiaba no menos del uno que del otro: todos envidiaban á López á causa de las preferencias que gozaba con Maximiliano, quien en medio de estas rivalidades, no sabía á qué resolverse, por no tener la autoridad de imponer una dirección á que todos se sometieran. Sin embargo, como era preciso decidirse en favor de alguno, optó por Márquez y le hizo General en Jefe del Estado Mayor. Miramón, antiguo Presidente de la República, creía que le era debido este título, y su descontento se aumentó.

II

“Querétaro contaba 35,000 habitantes. Se le llamaba la ciudad levítica porque allí dominaban los sacerdotes y porque abundaban los conventos, semejantes á verdaderas fortalezas. El representante del partido conservador estaba, pues, seguro de recibir allí entusiasta acogida y un devoto apoyo. Estratégicamente no se podía haber escogido cosa peor: una defensa no era allí posible sin ocupar las alturas vecinas y el Ejército limitado de los imperialistas no bastaba para eso. Sin esto, se encontraba allí en una verdadera ratonera de donde no se podía escapar sino ganando los desfiladeros vecinos de la Sierra Gorda. La clave de esta posición era el Convento de la Cruz, situado en una roca, en el ángulo sudoeste de la Ciudad, que la dominaba en una longitud de 600 metros y en 400 de latitud; rodeado de una fuerte muralla y comprendiendo vastos corredores, una iglesia, sólidas construcciones de piedra. En frente, á la otra extremidad de la ciudad, el Cerro de las Campanas, *la colline des cloches*: estas dos posiciones ligadas por un río que atraviesa la ciudad. La guarnición sólo contaba con diez mil hombres, reuniendo lo que había de más vigoroso en las tropas mexicanas. Algunos intrépidos franceses formaban parte de ellas.

“Dos ejércitos republicanos marchaban sobre Querétaro, uno á las órdenes de Escobedo (12,000 hombres), el otro á las de Corona, (8,000) separados entre sí por lo menos cincuenta leguas. En semejante caso, la estrategia que debía seguirse, era imitar lo que acababa de tener éxito recientemente en Falkenstein en el Ejército del Mein, avanzar primero sobre una de las fracciones, batirla, después volver sobre la otra, para impedir la reunión. Miramón lo aconsejó, Márquez, muy ignorante en estratégica, se opuso y Maximiliano fué de esta última opinión. Se esperó, pues, en la inmovilidad, que los dos ejércitos estuvieran reunidos: se les dejó proceder tranquilamente al cerco de la plaza. Alentado por esta inercia, el General en Jefe, Escobedo, intentó el 14 de Marzo un asalto: fué brillantemente resistido, gracias á la caballería de Mejía, en un combate en que Maximiliano se portó muy valiente. Sin embargo, el cerco se estrechó. Pero toda ciudad seriamente cercada pronto ó tarde cae por hambre.

“¿Había una probabilidad cualquiera de salvarse ó de sobreponerse? ¿No valía mejor salir antes de ser ahogados y replegarse sobre México, en donde se establecería el punto de defensa suprema, en mejores condiciones? Maximiliano pidió á un Consejo de guerra la resolución de la duda. No queriendo influir en las opiniones, se abstuvo de asistir, dejó la presidencia á Miramón y esperó el resultado en la pieza contigua. Como en todas ocasiones, Márquez y Miramón fueron de pareceres opuestos; Márquez sostenía la urgencia de volver á México y Miramón la necesidad de quedar en Querétaro. Todo el Consejo se colocó del lado de Miramón, no valía la pena de haber abandonado á México para volver inmediatamente; además, las tropas insuficien-

temente disciplinadas, eran incapaces de resistir en una retirada los ataques de dos fuertes ejércitos. Pareció suficiente enviar á México al General Márquez, con el título de Lugarteniente General y los plenos poderes del Emperador.

"Dos afirmaciones contradictorias se encuentran en presencia de las instrucciones recibidas por Márquez. Según Maximiliano y sus Generales, se le había prescrito conducir de la Capital tropas, municiones, fondos, y había dado su palabra de honor delante de todos, de estar de vuelta á los veinte días á más tardar. Según Márquez, no se le había encargado de conducir á Querétaro la guarnición de México; debía solamente conservar la posesión de la Capital como un centro de resistencia y de reunión, en caso de un accidente desgraciado en Querétaro, y enviar por medio de correos diarios, los fondos y las municiones que pudiese proporcionarse. Hubo de ser del todo inútil darle poderes extraordinarios de Lugarteniente General si no había tenido más papel que el de conductor encargado de llevar tropas.

"Vidaurri fué adjunto á Márquez como Ministro de Hacienda y Presidente del Consejo. Irribarren, conocido por su indomable energía, dirigiría el Interior en lugar de Lares. Maximiliano completó estas medidas con una *acta de abdicación*, en la que no se decía una palabra de abdicación. En ausencia de la Emperatriz, instituía una Regencia, "*que aseguraría la felicidad de la nación mexicana aun después de su muerte.*" (20 de Marzo de 1867). En la noche del 22, Márquez abandonó Querétaro acompañado de mil caballos mandados por el General Quiroga. Así se debilitaba Maximiliano para un caso eventual, mientras que Escobedo se reforzaba con un fuerte contingente.

III

"Márquez burló la vigilancia del enemigo y llegó á México el 27 de Marzo con estupefacción general. La Capital había atravesado ya malas horas. Los sitiadores comenzaban á estrecharse á su alrededor. Miserablemente defendida (6,000 hombres) comenzaba á ser puesta á rescate. Se había impuesto, aun á los extranjeros, una contribución del uno por ciento sobre todo capital susceptible de ser empleado en una industria cualquiera; el pago debía efectuarse, la mitad en seis días, la otra mitad en los quince siguientes. Hubo imposibilidad material de hacerla efectiva, Márquez, al día siguiente de su llegada, convocó el alto comercio y los grandes propietarios extranjeros é indígenas y tasó á cada uno por una suma que debía pagarse inmediatamente. Se gritó, pero al fin del día el Tesoro tenía en caja más de 1,500,000 francos.

"Provisto de esta manera encargó á Vidaurri del Gobierno y partió para Puebla con 3,500 hombres (1,900 infantes, 1,600 caballos y una batería). Recibía malas noticias de esta ciudad estrechada de cerca por Porfirio Díaz y sus 8,000 hombres. Yéndose allí rápidamente, recobrándola se proveía de lo que allí se encontrara, volviendo con fuerzas á Querétaro, y obligaría á Escobedo á levantar el sitio. Con el éxito de este plan atrevido se hubiera puesto en peligro la República. Una dama de México advirtió á Díaz. Este, que carecía de municiones, las tomó del General Alvarez, reunió á sus Generales y les dijo: "Cuando veais un fuego encendido en el cerro de San Juan, entraréis á Puebla." A las cuatro de la mañana se prendió el fuego y se dió el asalto por trece puntos á la vez. Los imperialistas sorprendidos se rindieron, los fuertes capitularon. (4 de Abril.)

"Díaz, sin perder un instante, marchó sobre Márquez. Este no supo tomar ninguna disposición. Su tropa, amenazada de ser envuelta por la caballería enemiga, se dispersó, y él, dejando á sus soldados salvarse como pudieran, derribó algunos jinetes que le impedían el camino y huyó á toda brida con su Estado Mayor hasta México. Un solo soldado no hubiera entrado allí, sin la sangre fría del Coronel austriaco Kodolisch que tomó el mando, reunió los restos de los mexicanos con sus tropas y trajo 2,000 hombres. (8 de Abril.)

"Esta derrota produjo efectos desastrosos. Se temía todavía á Márquez, pero no se le respetaba. Los austriacos lo acusaban muy alto de cobardía é incapacidad: no se sostenía sino du-

plicando el rigor. El desaliento fué universal. Porfirio Díaz no intentó entrar por fuerza á la Capital, tomó Guadalupe y Chapultepec, posiciones excelentes, comenzó el cerco, cortó los caminos, trajo de Puebla el material necesario (14 de Marzo). Márquez, sitiado, estuvo en la imposibilidad de llevar á Maximiliano un recurso de que él mismo había tenido tan grande necesidad.

IV

“Sin embargo, en Querétaro, se decía todos los días: *“Márquez va á llegar.”* Las privaciones aumentaban, disminuían los recursos, mientras que se aumentaban los del enemigo. El 24 de Marzo Escobedo intentó un nuevo asalto con las tropas llegadas recientemente, que avanzaron con tanta más resolución que se les había prometido una fácil tarea. Los soldados tenían un aire resplandeciente de limpieza, porque llevaban pantalones blancos que lavaban antes de la batalla, paseándose en el campamento en el traje de Adán mientras se secaban. Se les dejó acercarse hasta algunos centenares de pasos y se les recibió con tal lluvia de proyectiles que huyeron desbandados. Una segunda columna no fué más feliz. Se apoderó un instante de Casa Blanca, pero no pudo sostenerse. Méndez la rechazó, volvió á la carga, fué destrozada y se retiró dejando dos mil muertos.

“Maximiliano dió á los más ameritados en este combate una medalla de bronce. Cuando todos los oficiales hubieron sido condecorados, Miramón ofreció una al Emperador diciéndole: “En nombre del Ejército, me tomo la libertad de imponer este premio de valor y honor al más “valiente de todos.”

“Todo esto era muy honorable pero no procuraba ni víveres, ni soldados: Márquez no llegaba: por heroica que fuese la resistencia el término tenía que ser fatal. Mejía y Méndez lo sentían: conjuraban á Maximiliano para salir de la ratonera cuando era tiempo todavía. La Sierra Gorda estaba á ocho leguas al Noreste de Querétaro; algunos hombres bastarían para detener un ejército en los desfiladeros estrechos de esta montaña. Este era el país natal de Mejía; donde era rey absoluto, todos los indios le decían papá Tomasito y hubieran tomado las armas al primer llamamiento. El Emperador habría podido permanecer allí, durante meses y tomar la costa. Miramón que, después de la partida de Márquez, había vuelto á ser todopoderoso sobre el espíritu de Maximiliano, lo desvió de este consejo: Querétaro podría sostenerse todavía; no se había dicho que Márquez no volvería, era preciso esperarlo. Esta obstinación correspondía á un sentimiento de orgullo que era el fondo del carácter de Maximiliano. Quería acabar bien, pero teatralmente, como caballero que rinde su espada con frases sonoras, no como lastimoso aventurero, que se esquila en los desfiladeros de la montaña. Estaba, por otra parte, convencido que no corría ningún peligro permaneciendo y que aunque llegase, Juárez no se atrevería á atacar contra la vida de un Archiduque de Austria. Sin preocuparse de la suerte de sus Generales, poco seguros de la misma inmunidad, sacrificó su seguridad á su deseo de hacer brillante figura, y se quedó.

“Márquez continuó en no venir, los víveres y las municiones en agotarse y los hombres en disminuir. Las medidas más extremas de defensa fueron adoptadas. Todo el azufre y el salitre, aun de las boticas, fueron puestos á contribución; las campanas de las iglesias y el techo de zinc del teatro fueron fundidos: se vivía de maíz y de carne de mula. Se perseguía la plata que no había desaprobado Márquez. Por ejemplo, un habitante que había rehusado entregar 30,000 francos, fué expuesto dieciocho horas á las balas de los sitiadores en una trinchera, después confinado en el descanso estrecho de una escalera en donde quedó sin beber ni comer hasta que la suma fué entregada. Una niña fué encerrada en lugar reducido é incómodo hasta que su padre hubo entregado la suma que se le exigía. A los que se colocaban en las trincheras, se les ponía una antorcha en la mano para que pudiesen servir mejor de mira á los asaltantes. Todo esto se agravaba con la más aguda discordancia entre Méndez y Miramón. Cada cual quería que el Emperador hiciese arrestar al otro.

"Márquez no venía, Maximiliano resolvió mandar un enviado: encargó al Príncipe de Salm-Salm, ir á buscarlo á México, traerlo cueste lo que costare y arrestarlo si había traicionado. Miramón juntó á Salm al General Moret. Los dos enviados encontraron á los enemigos advertidos por espías y fueron obligados á retroceder. Se pensó entonces en que un solo hombre pasaría más fácilmente las líneas: se mandó al alsaciano Muth.

"Malas noticias llegaron antes de su vuelta. Ruido de campanas y las dianas resonando en el campo de los sitiadores, se regocijaban, y un hombre de la Hacienda del Jacal, cuartel general de Corona, vino á contar que los Generales se felicitaban de una derrota de Márquez entre Puebla y México, deliberaban lo que se haría con Maximiliano, decían que era preciso fusilarlo y expresan el temor de que el Gobierno le perdonase. "Contra esto, había dicho Corona, hay un remedio; podría ser fusilado por su escolta, como el Presidente Comonfort."

"Maximiliano no quería creer la derrota de Márquez, de la cual no se explicaba la presencia del lado de Puebla. Muth le trajo la confirmación. Entrando en el campo liberal como desertor, tuvo noticias ciertas: Márquez derrotado, Puebla tomada, el enemigo resuelto á no intentar un asalto, sino á estrechar su atrincheramiento de manera de rendir la ciudad por hambre. Maximiliano tomó entonces la resolución desesperada de atravesar con su ejército las líneas enemigas, á nadie comunicó su proyecto, excepto Miramón, Castillo, Salm y López. A fin de que los habitantes no tuvieran desconfianza, las cornetas tocaron diana y las campanas que no habían sido fundidas repicaron de fiesta de victoria. La impetuosidad con que las tropas atacaron á los liberales fué tal que los republicanos rechazados abandonaron 15 cañones, una cantidad considerable de armas, municiones y prisioneros y huyeron con tal pánico que algunos llegaron hasta cuatro leguas de Querétaro. El objeto de la salida iba á ser alcanzado; varias horas transcurrieron antes que Escobedo pudiese enviar nuevas tropas y restablecer sus asuntos; era preciso aprovechar rápidamente este corto descanso y librarse del ataque en que iba á ser sofocado. Pero Maximiliano era incapaz de llevar á término una decisión cualquiera. Aturdido por las aclamaciones que recibía en el campo de batalla, no se precipitó hacia la salida en este momento libre, se detiene á deliberar con Miramón, y se deja persuadir, que en lugar de tratar de huir era mejor permanecer y acabar la victoria. El tiempo de esta deliberación no había sido perdido por Escobedo. Cuando los imperiales, tomando la ofensiva, ensayaron escalar las pendientes del Cimatario, las tropas republicanas, ya posesionadas de la cumbre, los recibieron con un fuego terrible, y, á pesar del ejemplo de Maximiliano que marchaba á su cabeza espada en mano, fueron á su vez despedazados y rechazados en inmenso desorden más allá de las posiciones un instante conseguidas. Jornada gloriosa á pesar de todo, puesto que se habían tomado 600 enemigos y 22 cañones, pero estéril y que desvanecía la última posibilidad de salvación (27 de Abril).

V

"La agonía de la plaza comenzaba entonces. El dinero, las municiones, los víveres y hasta el maíz faltaban: el hambre se cebaba; la infantería agotada, había debido ser reemplazada en las trincheras por los soldados de caballería cuyos caballos habían muerto de hambre; cada noche los desertores, soldados y oficiales, se presentaban á las puertas del campo enemigo pidiendo pan: la guarnición no contaba más que 5,137 hombres.

"Hasta entonces se había podido preguntar si se capitularía ó si se intentaría huir. Ahora no se pensaba en huir, porque el cerco era hermético, ni en capitular porque el enemigo no lo hubiera consentido. No quedaba otro recurso que rendirse á discreción, ó dejarse morir, ó esperar un asalto que hubiera sido un pillaje y una carnicería. Miramón y algunos oficiales propusieron la tentativa desesperada de un último esfuerzo para salir de la plaza después de haber clavado los cañones y destruído las municiones.

"Era este un proyecto de una demencia salvaje. Apenas los extenuados sitiados hubieran

dado un paso, hubieran sido acibillados, macheteados, aniquilados, sus oficiales fusilados en el acto sin proceso, y la ciudad, donde se habría arrojado una soldadesca desenfundada, sería tomada á fuego y sangre. Entonces se despertó en Maximiliano ese instinto de su naturaleza tan invencible como el orgullo, la bondad. Tuvo horror de empaparse inútilmente de tanta sangre; pero débil siempre, no sabiendo resistir de frente, temiendo ser desobedecido, ocurrió al engaño. Pareció aceptar el principio de la loca salida y se ingenió en retardar el día bajo fútiles pretextos. Era primero el 10 de Mayo, después el 13. En fin, instado por Miramón, se decidió que sería la noche del 14 al 15. Fué convocado un Consejo de guerra el 14 en la noche para arreglar las últimas disposiciones.

“Entonces Maximiliano ocurrió á un recurso radical. Encargó á su favorito López que se presentara á Escobedo y pedirle que lo dejara partir, con su séquito y escoltado por el Regimiento de la Emperatriz, para el puerto de Tuxpan desde donde se embarcaría para Europa, dando su palabra de honor de no volver jamás á México; en caso de negativa, era tan vivo su deseo de impedir á cualquier costo la salida en vía de preparación, que se entregaría á discreción.

“Presentándose Escobedo en la Cruz á las tres de la mañana, no encontraría ninguna resistencia y el Emperador se entregaría prisionero. Esperaba que el Imperio derrocado y el partido, cesaría la exasperación y que Juárez cedería después á la clemencia á que estaba inclinado. Lo esencial era pues, obtener la libertad de partir. Esto conseguido seguiría lo demás.

“Provisto de estas instrucciones, López se presentó á las siete de la noche en el campo de Escobedo y pidió ser presentado al General en Jefe. Este lo recibió con desconfianza, sin embargo, López se decía tan formalmente enviado de Maximiliano, que consintió en conversar en particular. Cuando hubo escuchado sus propuestas, le dijo: “Tengo órdenes precisas, yo no puedo “tratar más que la rendición sin condiciones.” López quiso discurrir, hizo el elogio de los Jefes y de las tropas imperialistas: el Emperador puede todavía forzar las líneas, prolongar la guerra y la efusión de sangre. Escobedo respondió: “Conozco vuestra situación tan bien como vosotros. Sé que queréis intentar una salida; que las columnas ya formadas esperan las órdenes de “pasar las trincheras. Esto es para mí muy satisfactorio; aun yo facilitaré este movimiento de “jándoles un paso libre á fin de caer sobre los vuestros con mis doce mil jinetes, que harán del “campo de batalla un lago de sangre imperialista.” Los desertores que recibía Escobedo cada día le hacían conocer en efecto la posición verdadera de los sitiados. López no encontró nada que replicar.

“Escobedo creía terminada la conversación, cuando oyó con sorpresa al emisario replicar, diciendo que el Emperador le había ordenado, “poner fin al sitio á cualquier precio, porque es “taba resuelto á impedir una operación sangrienta; se entregaba á discreción: á las tres de la “mañana las fuerzas que defendían el Panteón de la Cruz se concentrarían en el Convento, y los “republicanos podrían hacerse dueños sin resistencia de esta clave de la posición.” El General republicano no pudo menos que atestiguar su incredulidad á proposiciones tan extrañas de parte de un príncipe que venía de expresar tanta energía en Orizaba. Pero López le reveló que el Emperador no quería continuar más la defensa; creía todos sus esfuerzos absolutamente inútiles, las columnas que debían forzar las líneas del sitio estaban bien formadas, pero quería detenerlas y no estaba seguro de que sus órdenes serían atendidas por Jefes obstinados que no le obedecerían.

VI

“Mientras que López parlamentaba, Maximiliano deliberaba con sus Generales, ganando tiempo en discusiones pueriles sobre los términos de una proclama por redactar. Varias veces envió un ayudante de campo á buscar á López que no se le encontraba. A las once llegó al fin. Le notó su turbación. El Emperador lo disculpó atribuyéndola á su mortificación de haberse hecho esperar. Después lo llamó aparte y le platicó largamente. López le dió cuenta de su comisión,

de su fracaso y le advirtió de lo que estaba convenido con Escobedo. Terminada la conversación, Maximiliano lo condecoró delante de sus oficiales, con la medalla del Mérito Militar. ¿Por qué? es un misterio, dice Salm. El misterio es ahora aclarado.

“El Emperador de allí ordenó la suspensión de la salida para el día siguiente. Y como Miramón se sorprendiese: “No os afijáis, Miguel, ¿qué importan veinticuatro horas para el éxito de “una operación de guerra?”—Sire, replicó Miramón, no soy de vuestra opinión. ¡Que Dios nos guarde durante estas veinticuatro horas! Y se retiró muy descontento. Inmediatamente Maximiliano dió á López la orden de desensillar todos los caballos de su séquito y del Regimiento de la Emperatriz prestos para la salida, y se retiró á su pieza. “No se acostó sino á la una de la mañana. “La agitación le impidió dormir,” á las tres, la hora fatal, llamó al Dr. Basch. Sufría mucho; Basch lo atendió, le alivió un poco, después se retiró, y Maximiliano esperó.

“Escobedo no había quedado convencido, sino á medias, de que López ejecutase las órdenes del Emperador; no estaba seguro de que esta pretendida rendición no ocultase algún lazo. Al enviar al Panteón de la Cruz al General Vélez, al que había referido la misión de López, le recomendaba estar prevenido contra todos, aun contra López. Vélez llega á la Cruz. Ninguna resistencia. No se percibe más que á López haciendo una ronda; lo asegura, le amenaza volarle el cerebro si hace algún movimiento, le obliga á dar su palabra de no evadirse y de guiarles por el Convento. López, sin ninguna resistencia, dió su palabra de honor y los condujo. Encontró, sin embargo, el medio de separarse un instante para lanzarse á la pieza de Salm y gritarle: “El “enemigo está aquí, salvad al Emperador!” Al llamado de López, Salm corre á la pieza de Maximiliano, lo encuentra levantado, vestido, con una calma que sorprende á todo el mundo. El, en efecto, no se sorprendió. “Somos traicionados, dijo; que marchen los húsares y la guardia, iremos al cerro de las Campanas y veremos lo que se hace.” Baja, después de haberse cubierto, á causa de sus sufrimientos, con una gran capa sobre su uniforme. En la plaza encuentra los soldados de Escobedo y entre ellos López, al lado del republicano Gallardo á cuya hermana había favorecido. Este reconoce á Maximiliano, no le detiene, y aun dice á sus soldados: “Son cíviles, dejadlos pasar! Ved, dijo Maximiliano á Salm, que es siempre útil ser bueno y hacer un servicio.” El no manifestó ninguna admiración de ver á López entre los invasores.

“En este momento López desapareció y volvió casi inmediatamente con un caballo ensillado: “Subid, Sire, dijo, corred á la casa del banquero Rubio; estaréis en seguridad, y de allí ganaréis “la costa.” Maximiliano no manifiesta ni cólera ni sorpresa, lo mismo que antes. Rehusa el caballo y continúa dirigiéndose á pie hacia el Cerro de las Campanas. Llega allí. El sol estaba magnífico, y las campanas repicando á todo vuelo, anunciando que toda la ciudad estaba en manos de Escobedo. Méndez no había podido ser prevenido. Miramón, atacado por un destacamento de caballería había sido herido en la mejilla y transportado á la casa de un médico de sus amigos, el Dr. Licea. Solamente Mejía había llegado con algunas tropas. Pero la defección iba á concluir á los ojos mismos de Maximiliano. A cincuenta pasos del cerro, un batallón entero vuelve la espalda; un ayudante de campo viene á llamarlo al orden, el comandante se ríe de él en sus narices. El Cerro estaba bombardeado por todos lados. El Emperador pregunta á Mejía si era posible romper la línea enemiga. El General responde: “Si yo me cuido poco de morir, no quiero “exponer á Vuestra Majestad á una muerte cierta.” Entonces Maximiliano envía á su ayudante de campo Pradillo con una bandera blanca para tratar la rendición. El fuego cesa, Escobedo se presenta, Maximiliano le entrega su espada. “Si es necesario una víctima, que yo lo sea solamente. Mi único deseo es abandonar á México, comprometiendo mi palabra de honor para no “volver.” Escobedo nada pudo resolver sin orden de su gobierno. “No permitiréis, lo espero, “replicó Maximiliano, que se me insulte y que me trataréis como prisionero de guerra.” Sois en efecto mi prisionero, dijo Escobedo. Y lo confió bajo la guarda del Coronel Riva Palacio, hombre educado, que llenó su penoso deber con humanidad.

“El vencido fué conducido de nuevo á la Cruz, á su antigua habitación. Se le encontró enteramente desamueblada; no quedaba más que una mesa, una silla, y el catre de campaña, cuyo

colchón había sido roto con la esperanza de encontrar allí dinero. El Emperador agotado se acostó, se le trajo un ligero alimento que no tocó. El Dr. Bosch vino á verlo, le dijo repentinamente, como dejando escapar involuntariamente su secreto interior: "Estoy contento de todo "lo que ha pasado sin que haya habido sangre derramada: *he obrado como me había propuesto "hacerlo."*

"El 17 de Mayo fué cambiado con Castillo, Salm y el Ministro Aguirre al Convento de las Teresitas, de donde las religiosas habían sido desalojadas: después se le transportó al Convento de Capuchinas. Se le estableció en una celda que recibía aire y luz por una ventana sin vidriera que daba á un corredor interior. Dos celdas cercanas fueron destinadas á Mejía y á Miramón, á quien su amigo Licea acababa de entregar. Maximiliano estuvo autorizado para conservar su criado, su mayordomo, el Dr. Bosch, y para recibir visitas, principalmente las del Príncipe Salm. Pudo telegrafiar á Viena: "Soy prisionero de guerra. No os inquietéis; se me trata de una manera que no se viola ninguna de las leyes y costumbres de los pueblos civilizados." En efecto, Escobedo había ordenado tratarlo tan cortesmente como lo exigía la necesidad de una estrecha vigilancia.

"Se publicó una disposición para que se presentaran todos los que habían combatido por Maximiliano, constituyéndose prisioneros dentro de veinticuatro horas, bajo pena de muerte. Méndez no obedeció la orden: entregado por su criado fué conducido á la Alameda (paseo de Querétaro).

"Se le concedieron dos horas para despedirse de su familia. Pasó sus últimos momentos con su mujer, su hijo de edad de diez años, su hermana y un sacerdote. A la seña del comandante del pelotón de ejecución, abandonó los suyos bajo cualquier pretexto y se encaminó resueltamente á la muerte. Se le fusiló por la espalda como á los traidores. Se volteó sobre una rodilla en el momento en que se le iba á tirar y agitó su sombrero gritando: "*¡Viva México!*" Cayó hacia adelante herido, pero no muerto. Todavía consciente mostró la oreja con su dedo, pidiendo que se le diese allí: un cazador lo acabó.

VII

"Maximiliano pidió á Escobedo una entrevista. El General estaba enfermo y no podía abandonar su tienda. Se envió (el 18 de Mayo) á traer al prisionero por dos Coroneles. Maximiliano le expresó el deseo de ser conducido cerca de Juárez "á quien tenía que revelar secretos importantes." Escobedo respondió que estaba sin órdenes y que iba á preguntar por telégrafo, pero que podía siempre escribir al Presidente. El Emperador no insistió y pidió ver á López. Escobedo consintió: podía verlo como á cualquier otro. Para esta entrevista Maximiliano conjuró á su Ayudante de Campo guardara el más profundo secreto sobre la comisión del 14 y de exigir que Escobedo haría lo mismo á fin de que se salvara su prestigio.

"En esta conversación de López con Escobedo, el General le respondió que no tenía ningún motivo para callarse ó para hablar, que su honor ni el de su partido estaban en tela de juicio, pero que López, él, estaría gravemente comprometido por su silencio, puesto que sus compañeros lo acusaban ya de haber vendido al Archiduque; por otra parte, á nada podría comprometerse. López dijo con indiferencia que los juicios sobre su conducta le interesaban poco, que se callaría porque su deber era obedecer al Emperador á quien debía tanto; además, poseía un documento que lo libraba de toda acusación. Era éste una carta cuya autenticidad parecía indiscutible: "Mi querido Coronel: os recomendamos quedar en profundo silencio respecto de la "comisión que os hemos encargado cerca de Escobedo, porque si se supiese, nuestro honor sería "mancillado. — *Maximiliano.*"

"López, provisto de una carta de Escobedo para Porfirio Díaz, se trasladó á Puebla á donde lo llamaban negocios de familia, avisando á Maximiliano que quedaba á su disposición. Al-

gunos días después, Escobedo pagó su visita á Maximiliano, cada día más agobiado. El Emperador dijo que le estaba muy agradecido por el trato que le había dado. Preguntó si López le había hablado. A su respuesta afirmativa, confesó que no se sentía con la fuerza de alma para soportar los reproches de sus compañeros de infortunio, si comprendían que López había obrado por su orden: Le suplicó guardar secreto. Escobedo replicó que este silencio incriminaría á López, "cuyo acto infame" era ya denunciado y conminado, y que era á este desgraciado á quien debía dirigirse. El Príncipe aseguró que el Coronel se callaría largo tiempo, como Escobedo se callase. Cediendo á la compasión, el General prometió no hablar.

"Así es que no habría sido un traidor, sino una víctima de su adhesión. Estos hechos han permanecido veinte años desconocidos, y á pesar de una protesta de López en 1867, que no tuvo eco, fué el objeto de la reprobación pública: aun se fijó el precio de la traición en 200,000 francos. Como la pobre existencia que llevaba parecía refutar esta increpación, se decía que había perdido en el juego la ganancia de su infamia. En 1887, después de nuevas injurias, exigió á Escobedo para decir al fin la verdad. El anciano General retirado, en vísperas de desaparecer de este mundo, creyó un deber de conciencia dirigir á su Gobierno un informe oficial, de fecha 8 de Julio de 1887, de donde he tomado mi relación, y cuyo resumen es: "El Coronel López no ha "traicionado á Maximiliano de Austria: no entregó su puesto de combate." A menos que Escobedo fuera el más perdido de los impostores, lo que nadie está autorizado para pretenderlo, se deben aceptar sus revelaciones como verdaderas. Algunas circunstancias inexplicables de las relaciones de Salm y de Basch las habían hecho presentir: ellas han sido definitivamente confirmadas por el confesor de los últimos días de Maximiliano, por el Padre Soria. Preguntado sobre lo que pensaba sobre la traición de López, respondió: "El Coronel López no ha hecho más que "lo que se le mandó." (*El Coronel López no hizo sino lo que se le mandó.*—Iglesias.)

"Juárez no tardó en resolver sobre la suerte de los prisioneros. El Ministro de la Guerra ordenó á Escobedo consignar á Maximiliano, Miramón y Mejía ante un Consejo de Guerra. Su comunicación, aparte de algunas durezas de estilo, expresa la verdad absoluta sobre la empresa mexicana:

"El Archiduque Maximiliano de Hapsburgo se ha prestado durante cinco-años para una obra "de iniquidad y traición. Ha pretendido, por medio de un ejército extranjero, destruir la constitución y las leyes de un pueblo libre, sin más título que algunos votos sin valor. Ha oprimido "á la República con todas las calamidades. No contento con hacer una guerra de filibustero, llamó "mercenarios austriacos y belgas, súbditos de naciones que no estaban en guerra con la República; ha promulgado un decreto asesino contra los defensores de la Independencia; ha proce-"dido á ejecuciones sangrientas y ordenado el incendio de poblaciones enteras. Después de la "partida del ejército extranjero, ha continuado sosteniendo por la violencia y la devastación, su "falso título y no se ha despojado de él sino obligado por la derrota. El Gobierno Republicano "podría, en virtud de la ley de 25 de Febrero de 1862, hacer fusilar, con la simple comprobación "de identidad, á los culpables tomados en flagrante delito. Sin embargo, los consigna á un Consejo de Guerra, donde podrán libre y públicamente, presentar su justificación." (21 de Mayo).

"Inmediatamente el Teniente Coronel Azpíroz nombrado *Fiscal*, encargado de la instrucción, hizo al Emperador un primer interrogatorio seguido de otro al día siguiente. Maximiliano no comprendió que en ciertas circunstancias ser acusado, es ser condenado, y que el desdén y la dignidad del silencio son la única respuesta que no rebaja. Pero se la echó de Procurador: "O me "consideráis como soberano legítimo ó como simple Archiduque, si soy soberano, debo ser juz-"gado por un Congreso Nacional; si soy Archiduque debo ser remitido simplemente á mi país; "en todos casos, vosotros sois incompetentes." Escribió dos cartas á Juárez. En la primera pedía defensores y la asistencia de los representantes de Austria y de Bélgica, ó en su falta, los de Inglaterra é Italia, con los cuales arreglaría asuntos de familia; la segunda decía: "Señor Presi-

"dente: deseo hablaros personalmente sobre negocios muy importantes para el país. Amándolo, como vos lo amáis, espero no os rehusaréis á una entrevista; estoy listo para ponerme en camino, á pesar de los sufrimientos que me causan mis dolencias."

"Juárez no respondió directamente ninguna de las cartas. Dijo á Escobedo que la entrevista no podía tener lugar á causa de la distancia y de los trámites del juicio, pero que ordenaba al General Díaz, que dejase salir de México, sitiado por él, á los ministros extranjeros y á los abogados encargados de la defensa, con tal que estas personas llegasen á Querétaro en los períodos fijados por la ley, porque el procedimiento no debía ser interrumpido.

VIII

"No fué Porfirio Díaz quien retardó la llegada de los Ministros extranjeros y de los abogados á Querétaro; fué Márquez.

"Desde su vuelta á México, había sometido la ciudad al terror de las exacciones. Cuando un rico se rehusaba á someterse á ellas, lo enviaba, como á los de Querétaro, á las avanzadas bajo el fuego del enemigo, hasta que abría su caja fuerte. Llegó á poner impuestos diarios que, para ciertas casas, llegaban hasta tres mil francos por día, y no bajaban de veinticinco. Vidaurri, indignado, quería retirarse y tuvo que esconderse para no ser fusilado.

"Nada se sabía de Maximiliano. El 15 de Mayo se oyeron exclamaciones entusiastas á lo largo de las avanzadas enemigas, que se aproximaban cada vez más á la Ciudad. Salvas de artillería, petardos, y hasta granadas estallando en medio de las calles, arrojaron entre sus fragmentos, boletines anunciando la caída de Querétaro y la prisión de Maximiliano. No obstante, la prensa, aterrorizada, enmudeció tres días. En fin, "La Unión," periódico oficial, escribió: "Me parece inútil decir, que la noticia es falsa. Todo lo tocante á Querétaro es satisfactorio para la causa "del orden; se tienen noticias ciertas de que todo va bien por ese lado."

"En cuanto al llamamiento de Maximiliano, al barón de Magnus, Ministro de Prusia, y á sus abogados (25 de Mayo), aun cuando llegó á Márquez, éste lo guardó en secreto. Fué por una circunstancia fortuita, por lo que los destinatarios tuvieron conocimiento. Un emisario abnegado llevó al padre del General Riva Palacio, uno de los nombrados defensores de Maximiliano, la noticia de la captura y del proceso. El abogado corrió hacia el Ministro del Interior, luego al Presidente del Consejo del Estado y le enseñó la carta de su hijo. Los dos ministros no juzgan la evidencia suficiente. Sin embargo, compelidos por Riva Palacio, lo autorizan para ir á informarse cerca de Porfirio Díaz. El General les entrega un oficio que tenía hacía veinticuatro horas. "El Emperador Maximiliano al barón de Magnus. Tened la bondad de venir á verme á toda prisa "con Mariano Riva Palacio y Martínez de la Torre, ú otro á quien juzguéis apto para defender "mi causa." Siempre generoso, les promete darles la facilidad de responder á ese llamado, suspendiendo durante dos días todo bombardeo; los defensores, los Ministros extranjeros, y aun todos los que quieran salir de México podrán hacerlo libremente. Dano, el Ministro de Francia, quería aprovechar esta ocasión para ir la lado de Maximiliano. Márquez lo detiene, lo mismo que al Ministro de la Austria, Lago, y á los encargados de los negocios de Bélgica y de Italia, Hoorichs y Curtopasi.

"El bombardeo se reanudó y las comunicaciones de nuevo se interrumpieron; el boletín oficial de Márquez, decía descaradamente: "Ya Su Majestad está cerca de México, á la cabeza de su heroico ejército con todos sus convoyes." Y, al día siguiente: "La buena noticia se confirma; dentro de poco saludaremos en nuestra capital al valiente ejército y á nuestro ilustre soberano."

"Lago y su acompañante Talavera, Hoorichs y Curtopasi, consiguieron engañar la vigilancia de Márquez. Forest, antiguo cónsul en Mazatlán, encargado por Dano de ir en su lugar á ver á Maximiliano, no había obtenido un permiso de salida, se deslizó en el carruaje de los abogados hasta Tacubaya, cuartel general de Porfirio Díaz. Una vez allí fué á ver al General y le dijo: "En-

"cargado por el señor Dano, privadamente, de daros una carta particular y de solicitar un favor, "el que considera de la mayor importancia, ruego á usted me permita dirigirme á Porfirio Díaz "y no al comandante en jefe. Así podré hablar con confianza y franqueza."

"—Ciertamente, eso vale más—respondió el General.—No reconociendo al señor Dano como "Ministro de Francia, no puedo, en manera alguna, tener con él relaciones oficiales; pero tendré "gusto en recibir cualquiera comunicación privada y serle agradable."

"Forest entregó la carta de Dano; el General la leyó y dijo: "Aunque usted no haya sido "llamado por Maximiliano, no veo ninguna dificultad en permitirle que vaya á Querétaro como "simple particular. Estoy dispuesto en serle á usted útil en todo lo que de mí dependa." Forest pudo, pues, pasar sin obstáculo, y el 4 de Junio, á las once de la noche, llegaba á Querétaro.

IX

"Habiendo los defensores de Maximiliano llegado á donde éste estaba, lo encontraron tranquilo y resignado; pero sufriendo cruelmente de su disentería y de su enfermedad del hígado. No se levantaba cada día, sino algunas horas. Comenzó una conversación á tontas y á locas, sobre los asuntos generales de México, como si no se tratara de deliberar sobre su propio destino, y trabajo les costó conducirlo á un examen serio de sus medios de defensa. Les prometió fijar en una nota los puntos capitales.

"Los abogados, muy experimentados, no tenían, en verdad, la esperanza de impedir una sentencia capital: los verdaderos jueces á quienes pertenecía la palabra suprema, estaban en San Luis Potosí. Dividieron, pues, su tarea. Dos, Ortega y Velázquez, de Querétaro, que habían sido agregados á la defensa, hablarían ante el Consejo de Guerra; los otros dos, Riva Palacio y de la Torre, irían á San Luis á interceder con Juárez. Esta decisión regocijó á Maximiliano. Se entregó á la esperanza; hizo proyectos para el futuro: iría en su yate á Cádiz, establecería allí á algunos servidores fieles, Miramón, Mejía, Aguirre; pasaría el invierno en Oriente ó en el Brasil. A veces, no obstante, menos confiado, preparaba su testamento y legaba á su familia las pocas alhajas que le quedaban. Sacando de su seno una medalla de la Virgen, de oro, dijo: "Es un presente "de la Emperatriz Eugenia. No puedo dejársela, sería una ironía, pues dándomela me dijo: "Os "daré la dicha, Monseñor."—Quiero, pues, dejarla á la Emperatriz viuda, del Brasil."

"Rememoraba el pasado, sin consideración para Bazaine, acusando á López, pero sin insistir, ya es sabido por qué. Se desataba al contrario, contra Márquez, el verdadero traidor, quejándose amargamente de Napoleón III "que lo había abandonado." Sin embargo, cuando supo que Dano, en la imposibilidad de ir á verlo, le había mandado á Forest con la orden de serle útil de cualquiera manera, se mostró muy agradecido, y rogó á Magnus, el Ministro prusiano facultado para visitarlo diariamente, que le expresara su deseo de recibirlo.

"Pero abordar á Maximiliano se había hecho muy difícil después de una tentativa de evasión fallida. La Princesa de Salm, joven americana seductora, llena de ímpetu y de audacia, había venido á reunirse con su marido. En San Luis Potosí, por donde pasó, había oído mucho, y pudo darse cuenta de que Maximiliano estaba irrevocablemente condenado; los esfuerzos de sus abnegados defensores no obtenían ningún resultado; Lerdo de Tejada, Juárez, los habían recibido cordialmente, pero rehusando su petición de incompetencia y de plazo, y dejando para después del juicio toda conversación sobre la gracia en términos que no dejaban ninguna esperanza. Era evidente, que sólo la fuga podía salvar al cautivo. La princesa invitó á su casa á los oficiales liberales, los sedujo con sus gracias, y así consiguió ganar á algunos. Su marido, en sus visitas casi diarias á Maximiliano, con quien estaba autorizado á hablar libremente el alemán, deslizaba á su oído confidencias que no entendía el comandante de la guardia. Así lo instruyó del proyecto maquinado por su mujer. Maximiliano lo acogió friamente: le repugnaba fugarse sin Miramón y Mejía; "y luego, ¿cómo disfrazarse?" No se resignaría á cortar su bella barba. Se le dijo que

bastaría que se la atara detrás del cuello y que se pusiera anteojos. Entonces pareció consentir, y el día fijado para el 2 de Junio. Al último momento retrocedió, diciendo que quería esperar á sus abogados y á Magnus. Salm se arrojó á sus pies, haciéndole ver que esos señores se alborazarían si no lo encontraban ya. Permaneció inflexible. "Nada urgía," decía con su fórmula habitual. Creía que su vida no corría ningún peligro, y á pesar de lo que sucediera, no se atreverían á fusilarlo. Alargándose la cosa, los oficiales ganados temieron ser descubiertos y denunciaron el complot. Al punto se tomaron las más rigurosas precauciones: "Habéis intentado que el "Archiduque se fugara —dijo el General Paz á Salm—Si volvéis á intentarlo seréis fusilado en "el acto." Tres Coroneles con pistola en mano, velaron sobre el cautivo; los oficiales de guardia fueron triplicados y cambiados, con excepción de un alemán, tráfuga de la legión austriaca, que gozaba de la confianza del Emperador y hacía el papel de espía. Se quitaron aun los tene-dores y cuchillos, y los prisioneros tuvieron que comer con la mano.

"En este estado de sospecha, Forest, no pudo ser autorizado al principio para penetrar en la prisión. Fué admitido sólo hasta el 12 de Junio, la víspera de la apertura del proceso. Hacia las dos de la tarde fué conducido por el oficial de guardia á la celda de Capuchinas. Maximiliano le tendió la mano amablemente, y le dijo: "Vamos á sentarnos á la galería, mi cuarto está inficio-"nado." Y comenzó en seguida á hablar de un nuevo proyecto de evasión, en el cual parecía tener fe. Forest le exhortó á tener paciencia y á no comprometer las esperanzas que se tenían en San Luis; por lo demás, si el momento de atreverse á todo llegaba, se le encontraría siempre dispuesto. "No esperéis nada de San Luis," respondió el Emperador. —El peligro es grande,—re-puso Forest;—pero yo no desespero.—Maximiliano sonrió tristemente: "Conozco mi suerte, es—"toy resignado, pero no quiero sentarme en el banco de los criminales; prefiero exponerme á todo. "Ved al médico en jefe y decidle que procure que atiendan á su certificado. Estoy tan débil que "no podría resistir á la fatiga de la audiencia. El cuerpo se doblegará y mis enemigos creerán "que es el corazón el que desfallece! Si me decido á fugarme, os suplicaré que me acompañéis. "¿Consentiréis?" "—De todo corazón, Sire. No tengo actualmente carácter oficial; no puedo, "por lo tanto, comprometer á mi gobierno; además, estoy seguro de ser aprobado. Esperaré las ór-"denes de Vuestra Majestad; pero dignaos excusarme que os haga notar que se nos escucha, no "digo más." Recordándole Forest la lealtad de los oficiales franceses prisioneros, respondió: "Es—"toy contento de ellos; han cumplido con su deber hasta lo último. Quiero que se sepa en Eu—"ropa." Habló en seguida de sus medios de defensa; Forest le comunicó el deseo de Dano de evitar todo lo que pareciera recriminaciones inútiles. "M. Dano tiene razón; decidle que, hasta "ahora, tengo el derecho de repetir aquellas palabras de uno de vuestros reyes: "Todo se ha "perdido, menos el honor." Después de mi muerte, podrán aplicármelas; no haré y no dejaré "hacer nada contra mi honor y mi dignidad. En el fondo de mi corazón no hay ni hiel ni amar-"gura." Habiendo Forest reconocido y justificado las razones dadas por Francia, cuando reco-noció la imposibilidad de fundar un Imperio en México, Maximiliano lo detuvo y le repitió con calor: "No tengo ni hiel ni amargura en el fondo de mi corazón." La entrevista duraba hacía ya hora y media; Maximiliano estaba ya abrumado de fatiga. Forest quiso retirarse. "Quedáos, "las horas de mi prisión son muy largas y me agrada platicar un poco." Habló de diversos asun-tos, de México, de sus Ministros, de las simpatías que los habitantes de Querétaro le manifesta-ban. Dijo también: "amo á los franceses, he sido educado por una francesa." Pero no pronun-ció ni el nombre de Francia, ni el de su Emperador. Forest notó que el rostro de Maximiliano denotaba vivos sufrimientos y penosos esfuerzos para sofocarlos, se levantó pidiendo que se dig-nara permitirle volver. "Sí, sí, volved como esos señores (los ministros de Prusia, de Austria y "de Bélgica) todos los días; tengo muchas cosas que decir á usted."

X

"El siguiente día, 13 de Junio, á las nueve de la mañana en el Teatro Iturbide, comenzaba el proceso. La parte de la sala reservada á los espectadores quedaba en la sombra; la escena iluminada representaba un salón, una columna y una fuente con surtidor. A la derecha del espectador, tres mesas, detrás de las cuales se encontraban nueve sillas, enfrente tres groseros bancos, el de enmedio destinado al Emperador, más bajo que los otros, y dos sillones para los abogados. Cerca de trescientos espectadores, militares casi todos, estaban presentes. A las nueve, los jueces tomaron asiento, el Presidente, Coronel Sánchez, enmedio, el fiscal y tres jueces á su derecha, el notario y tres jueces más á la izquierda, todos muy jóvenes. Mejía y Miramón entraron, rodeados de un pelotón de soldados y seguidos de sus defensores. Los soldados, con el arma inclinada á su lado, como si hubieran cruzado la bayoneta, se formaron en semicírculo detrás de sus oficiales que, con la espada desenvainada, se mantenían adelante.

"Miramón tenía una actitud soberbia de orgullo, y parecía desafiar á sus jueces. Mejía abrumado de sufrimiento, aunque su valor no había desfallecido, causaba lástima sentado en el banco demasiado alto para que sus piernas, muy cortas, pudieran tocar á tierra. No obstante, cuando el Presidente le preguntó su nombre, le respondió: "bastante bien lo sabéis." Leída el acta de acusación, su (abogado), Próspero Vega, se levantó haciendo con tono monótono la defensa.

"Cuando hubo terminado, Mejía, á quien el Presidente preguntó si tenía alguna cosa que replicar, respondió por un signo negativo, y se retiró seguido de un piquete de soldados. Entonces Jáuregui, de San Luis, y Ambrosio Moreno, de Querétaro, leyeron sus defensas en favor de Miramón. Llegado el turno á Maximiliano, el comisario del Gobierno fué á la prisión é hizo constar que su estado no le permitía comparecer ante la audiencia. Fué concedida la palabra á sus defensores, que hicieron uso de ella hasta las nueve de la noche.

"Hacia las cuatro, durante la defensa del abogado de Miramón, Lago vino á buscar á Forest al Teatro. Se pasearon en medio de la gran plaza, á fin de que nadie los oyera; Lago dijo: "La fuga del Emperador está arreglada para esta noche. A las 10 hoy en la noche, va á ser conducido á la capilla: es el regimiento del Coronel Palacios quien lo custodiará, y el Coronel Villanueva está encargado del servicio de noche. Estos dos oficiales han consentido en salvarlo por 100,000 pesos cada uno. tengo en mi poder las libranzas firmadas por el Emperador. Han exigido que fueran además firmadas por mí y por Hoorichs y Curtopasi, y además que llevaremos esta noche, en casa de la princesa de Salm, que está al corriente de todo, una suma de 8,000 pesos en oro para ser distribuída entre los soldados; el Emperador ruega á usted que lo acompañe; habrá que estar cerca de la capilla; seis caballos ensillados esperarán en una casa vecina, y esta noche, en casa de la princesa, los Coroneles harán á usted saber lo demás."

"Forest respondió que los ocho mil pesos estaban á la disposición del Emperador, que estaría en el lugar designado, dispuesto á prestar su concurso; pero el proyecto era insensato, y recomendaba á Lago que volviera cerca del Emperador y le hiciera saber, primero, que el motivo para precipitar la fuga era falso, pues la sentencia no podía ser pronunciada antes del día siguiente en la noche; en seguida, que la princesa de Salm era juguete de traidores, y que equivaldría á descubrir todo, llevar el oro á su casa; si los Coroneles eran leales en su concurso, debían venir á exponer su proyecto y á discutirlo.

"Forest y Lago fueron en seguida á informar á Hoorichs y á Curtopasi, y á pedirles que firmaran las libranzas y les ayudaran á conseguir el dinero. También el italiano y el belga juzgaron quimérico el plan. El Emperador había caído en un lazo; rehusaron firmar las libranzas y suplicaron á Lago que quitara su firma. Tras de su negativa, uno de ellos tomó unas tijeras y cortó el pedazo de papel sobre el que se encontraba la firma. Lago corrió á las Capuchinas llevando al Emperador las libranzas mutiladas. Maximiliano se exaltó contra la incredulidad de los Ministros; estaba seguro de los Coroneles, y no había que desalentar su buena voluntad. Sin embar-

go, renunció á la combinación de las libranzas firmadas por los Ministros, esperando que se formarían sólo con su firma. Pidió solamente, que antes del siguiente día, se llevara á casa de la princesa la suma más fuerte de dinero que se pudiera reunir, pues los Coroneles eran muy orgullosos para venir á ofrecer su cooperación; á sus amigos tocaba reclamarla. . . .

"Al día siguiente, 14 de Junio, Hoorichs y Curtopasi se dirigían al tribunal donde continuaba el proceso, cuando fueron invitados por el Coronel Dávalos á desandar el camino y á seguirlo. Pasaron frente al hotel donde se alojaban Lago y Tavera, y los distinguieron bajo la custodia de otro oficial. A todos se les condujo á casa de Escobedo, cuyo discurso fué breve: "He aquí un pasaporte colectivo; abandonad la ciudad."—"Pero al menos quisiéramos que se nos concedieran dos horas."—"No, partiréis inmediatamente." Se les condujo á un carruaje, y en el momento en que el cochero iba á azotar los caballos, Dávalos se inclinó hacia ellos, y les dijo en voz baja. "Señores, si vuelven ustedes á esta Ciudad antes de tres ó cuatro días, les costará á ustedes la vida."

"La princesa de Salm fué llamada á su vez; Escobedo le dijo: "Señora, el aire de Querétaro es muy malsano; el tifo reina; hay aquí una atmósfera peligrosa, y si yo fuera tan libre como usted lo es, me iría; deseo mucho que usted parta dentro de dos horas."

"El oficial que volvió á conducirla á su casa, no le acordó sino diez minutos. Fué llevada á Santa Rosa, al pie de la Sierra Gorda, en donde puesta en libertad, marchó á San Luis Potosí. El Príncipe de Salm, separado de los otros oficiales, fué estrechamente encerrado.

"Uno de los dos Coroneles, que habían en efecto escuchado y parecido acoger los ofrecimientos de la princesa, el Coronel Palacios, había ido á revelárselo á Escobedo.

XI

"El proceso continuó.

"Se escucharon la acusación y las réplicas. Los defensores insistieron sobre la incompetencia, y en cuanto al fondo, reprodujeron las ideas suministradas por Maximiliano en una pequeña nota, que se resumía en una recriminación contra la Francia: "Lejos de haber sido su instrumento, se había puesto desde su llegada en lucha con ella; su primer Ministerio, el de Ramírez, "era anti-francés; había mantenido la integridad de México rehusando la cesión de Sonora; no "había venido como usurpador, sino como el libre elegido de la Nación, cuya felicidad había sido su única ambición; no había tenido ninguna ingerencia en las cortes marciales de los franceses, que le reprochaban ser muy clemente; sus Ministros eran liberales, imitaban á Juárez; en "cuanto había podido substraerse á la presión francesa, se había apresurado á revocar la ley del "3 de Octubre, de la cual el Mariscal mismo le había dictado algunos pasajes; había permanecido "cerca de los franceses para aplicar sus ideas de congreso; los franceses exigían su partida á fin "de hacer sus arreglos financieros, y ponerse de acuerdo con Ortega; su perseverancia había salvado al país; Márquez no había sido llamado sino por razones de economía; Miramón no lo había sido; en 1865, antes de la traición de los franceses y la intervención de los Estados Unidos, había gobernado casi todo el país; había siempre juzgado honorable la constancia de los "esfuerzos de Juárez, cuya persona no encontraría en la multitud de las leyes y decretos promulgados, una sola palabra que hiriera su reputación; el fracaso de su empresa demostraba "la fuerza del sentimiento republicano en México, pero de ninguna manera un crimen de su parte."

"Sobre la incompetencia, el acusador tuvo una respuesta fácil: "Cuando creíais que Juárez iba á caer en vuestras manos, habéis prescrito á Miramón el hacerlo condenar á muerte por un "Consejo de guerra; sufrid pues, la suerte que le habíais preparado." En cuanto al fondo, las respuestas no eran menos sólidas. "Habéis revocado á últimos momentos el decreto de 3 de Octubre, pero muy tarde, después de haber hecho las más crueles aplicaciones. ¿Cómo habéis

"creído que los procesos verbales frangollados que se os presentaban, expresaban la voluntad "del pueblo? En todo caso, después de la partida de los franceses, cuando todo el país, salvo "cuatro ciudades, habían vuelto al poder de los republicanos, no podíais conservar esa ilusión, "y habéis continuado la guerra por vuestra propia cuenta. Era, decís, para preparar el camino "á un arreglo? No es á balazos como los arreglos se preparan. Habéis sido sorprendido con las "armas en la mano, y habéis caído bajo el imperio de la ley."

"El Consejo se declaró competente, y pronunció. á las once de la noche, la pena de muerte contra los tres acusados. El 16, á las once de la mañana, el Coronel Palacios vino á notificar la sentencia, anunciándoles que serían ejecutados el mismo día á las tres. El Emperador escuchó con tranquila sonrisa, y dijo á Bash, mirando su reloj: "Tenemos aún tres horas, lo bastante para concluir mis asuntos." A las tres los condenados esperaban en el dintel de las celdas; pero la hora sonó, pasaron los minutos y nadie vino á buscarlos. A las cuatro, Riva Palacio entra con un papel en la mano. ¿Es el indulto? No, es un aplazamiento. La ejecución se difería para el 19, á las siete de la mañana.

"Informados por el telégrafo, de la sentencia y de la hora en que debía ejecutarse, los defensores de Maximiliano se habían acercado á Lerdo y á Juárez, implorando con lágrimas el indulto. Magnus, que se había reunido á ellos, pedía, cuando menos, un aplazamiento de algunos días, á fin de que Maximiliano pudiera arreglar sus asuntos. Lerdo tomó la súplica, entró en el gabinete de Juárez, donde estaban los demás Ministros, y salió después de tres cuartos de hora con un telegrama, al que dió lectura: "Al General Escobedo, 16 de Junio, una de la tarde. — Los defensores de Maximiliano y Miramón han pedido la gracia de los condenados; el Gobierno la ha rehusado, pero á fin de que los condenados tengan tiempo de arreglar sus asuntos, el Presidente de "la República ha decidido que la ejecución tenga lugar hasta el día 19, miércoles, del corriente "por la mañana." Lerdo agregó con voz conmovida: "Es con indecible pesar, como el Gobierno "ha tomado esta resolución que considera como la garantía de un porvenir de tranquilidad para "el país. La justicia y el interés público lo exigen. Si el Gobierno comete un error, este error no "será hijo de la pasión; es nuestra conciencia quien nos dicta la negativa que oponemos á usted." Por su parte Escobedo, por un último escrúpulo, había retardado la hora de la ejecución; sin esa circunstancia el despacho hubiera llegado tarde. Magnus hubiera querido que el aplazamiento hubiera llegado hasta el 21, pero pareció inhumano prolongar aún esa agonía. Se puso á su disposición una diligencia especial que lo llevaría á tiempo á Querétaro, para tener una entrevista suprema con Maximiliano.

"Juárez y sus Ministros estaban seguros de que el indulto de Maximiliano prolongaría la guerra civil: á pesar de sus palabras de honor, no resistiría á las excitaciones renovadas de su partido, y comenzaría de nuevo su intervención fatal. Antes se había perdonado á Iturbide; había vuelto, y había sido preciso fusilarlo. El Archiduque no sería más prudente; hablaría, escribiría, sería el centro de un foco permanente de intrigas: la clemencia no sería imputada á generosidad sino á debilidad; era contrario á la justicia devolver á las arboledas de Miramar, á aquel que sin derecho, había ensangrentado el país durante tantos años. Aunque el Gobierno lo quisiera, no tenía el medio material de salvar á Maximiliano; si lo hubiera intentado, el grito de traición hubiera resonado por todas partes; hubiera sido derribado, y la guerra civil, á punto de terminarse, hubiera proseguido con intensidad más violenta. Las pasiones habían llegado á un grado extraordinario en el ejército. En Querétaro como en México, las tropas estaban exasperadas. Porfirio Díaz, aquel de los Jefes que mejor personificaba la moderación, escribía á Juárez: "Si "se perdona al Emperador, no seré dueño de mi ejército." De Tacubaya, Forest decía á Dano: "Hemos sido engañados cuando se nos representaba á los jefes republicanos como dispuestos á "solicitar el perdón de Maximiliano. En todos los campos, los oficiales pedían imperiosamente su "cabeza y la de todos los adictos al Imperio, grandes ó pequeños; ostentaban un odio implacable contra los extranjeros, particularmente los franceses. Irritados por la nota de M. Campbell, "hablaban de arrojar un desafío á los Estados Unidos, por haber tenido la audacia de pedirles

“la gracia del austriaco; en una palabra, era un cinismo de palabras sanguinarias, extravagantes y de orgullo llevado hasta la demencia.” En la mesa redonda del hotel de Diligencias de Querétaro, donde se encontraban quince ó dieciséis oficiales generales ó superiores, un Teniente Coronel del Estado Mayor de Escobedo, dijo en alta voz: “¡Habría que cortar en pedazos el cuerpo de Maximiliano y mandar un pedazo á cada ciudad de México!” En las casas particulares en que los franceses eran recibidos con bondad, oían á menudo á los visitantes militares expresarse como energúmenos que recordaban los peores días de la revolución.

“Se reproducían las cartas desgarradoras de los Generales Arteaga y Salazar, fusilados en virtud del sanguinario decreto de Maximiliano, por el crimen de haber defendido su patria contra la intervención extranjera.

“En el estado de tensión en que esta atroz guerra civil había arrojado á los espíritus, fusilar, ó ser fusilados, había llegado á ser un accidente natural de la existencia y no inspiraba ningún horror. He ahí, cómo hombres de carácter humano, superiores á la cólera y el odio, se creían obligados á resistir al enternecimiento de la piedad, y á mostrarse ferozmente inflexibles.

XII

“Los Estados Unidos, desde el 6 de Abril, incitaban al Gobierno Mexicano á acordar á Maximiliano, si era hecho prisionero, el tratamiento humano que las naciones civilizadas reservan á los prisioneros de guerra. Lerdo de Tejada respondió altivo, que México, habiendo recobrado su autonomía, no tenía que recibir órdenes ni consejos, y que, si las personas que recomendaban caían en sus manos, no podría considerárseles como simples prisioneros de guerra, cuyos crímenes estaban definidos por el Derecho de gentes y las leyes de la República. Francisco José, después de haber devuelto á su hermano los derechos de sucesión (agnat), como prenda de la renuncia á la corona de México, había también encargado á su representante en Washington, de solicitar de los Estados Unidos una nueva diligencia; los Gobiernos francés é inglés se habían unido á él, y el 1º de Junio, Seward telegrafió á su agente Campbell, residente en Veracruz: “Id lo más pronto posible al lugar en que Juárez reside: recomendad calurosamente la clemencia hacia Maximiliano, y si se puede, hacia los otros prisioneros.” Campbell, que preveía un desaire, se arregló de manera de no partir, y dió su dimisión. Los destinos del pobre Maximiliano, iban, pues, á cumplirse. Magnus, que llegó la noche del 17 al 18 á Querétaro, vió á Maximiliano el 18 al medio día, luego en la noche, y recibió sus instrucciones supremas. Intentó aún su esfuerzo último, y telegrafió á Lerdo: “Llegué hoy aquí, y reconocí que los tres condenados están muertos moralmente y que todo el mundo los considera así, en vista de que después de haber tomado todas sus disposiciones para morir, han esperado á cada instante, durante una hora entera que se les lleve al lugar del suplicio. Las costumbres de nuestra época no permiten que después de haber sufrido esta horrible tortura, se les haga morir mañana una segunda vez. En nombre de la humanidad, en nombre del cielo, os conjuro para que ordenéis que no se toque á su vida.”

“Por su parte Maximiliano telegrafió á Juárez: “Desearía que se les concediera la vida á Miguel Miramón y á Don Tomás Mejía, que han sufrido antes de ayer todos los dolores y las amarguras de la muerte, y que yo fuera la sola víctima, como lo he pedido desde el momento en que fuí hecho prisionero.” Lerdo respondió renovando la orden á Escobedo para que ejecutara la sentencia al siguiente día.

“Los condenados pasaron su último día en efusiones con sus familias ó sus amigos. Maximiliano escribió al Santo Padre pidiéndole perdón por la pena que hubiera podido causarle, y protestando que moría en el seno de la Iglesia Católica. Recomendó á su familia á la viuda de Miramón; dirigió gracias á sus defensores, al Capitán Pierrón, antes agregado á su persona; envió á Juárez una adjuración suprema: “Haced que mi sangre sea la última derramada y consagrad esa perseverancia que habéis puesto en defender la causa que acaba de triunfar, y que

"yo me complacía en conocer y estimar en medio de la prosperidad, á la más noble tarea de reconciliar los espíritus, y de fundar la paz en este país infortunado." Suplicó á Escobedo, por medio de Magnus, que le consiguieran buenos tiradores, y recomendarles que no le tiraran al rostro y que lo mataran al primer tiro, pues sería indigno que la multitud viera un Emperador retorcerse en el suelo en las convulsiones de la agonía. Manifestó el deseo de recibir la visita del General, á fin de expresarle este último voto, y de despedirse de él. Esperando, se durmió. A las once se le despertó para recibir al General Escobedo, lo dejó todo conmovido, llevando una fotografía, en cuyo reverso, Maximiliano había escrito: "Al General Mariano Escobedo.—*Maximiliano.*"

"El General fué después á ver al pobre Mejía, lleno de sufrimiento y desesperación. No había olvidado que otra vez ese desgraciado le había salvado la vida. Lo había visto desde su arresto, y le había prometido usar de influencia con su Gobierno, y de su prestigio con el ejército, para sacarle de allí. Mejía contestó que sólo lo aceptaría si eran salvados con él Maximiliano y Miramón. "Eso me es imposible, dijo Escobedo."—"Pues bien, ¡que se me fusile con, "Su Majestad!" Ahora Escobedo venía á prometerle que se ocuparía de su viuda y de su familia, pues Mejía, recientemente casado, acababa de tener un hijo, al cual, después de haber atravesado tanto saqueo, no dejaba más que un rebaño de veintiocho vacas y una choza en la montaña.

"Maximiliano se había vuelto á dormir, se levantó á las tres y media de la mañana, hizo una "toilette" muy cuidadosa, se vistió un paletó oscuro, un chaleco, un pantalón negro y un sombrero de fieltro gris, que trabajosamente consiguió á última hora. A las cinco, el Padre Soria, que le había dado ya los Sacramentos, vino á celebrar la misa en la celda, se desayunó con un poco de pollo, vino y café, dió algunas comisiones al Dr. Bash, le recomendó que él entregara á su madre un escapulario que llevaba en la bolsa de su chaleco.

"Al principio, la hora había sido fijada á las siete. Escobedo la anticipó á fin de evitar las manifestaciones populares. Al sonar las seis, un oficial se presentó, Maximiliano salió de su recámara. Con esa intrepidez tranquila y esa grandeza sencilla que conservó hasta el fin, dijo: "Estoy presto." Sus servidores lloraban y besaban sus manos. "Estad tranquilos, dijo, ya véis "que yo lo estoy; es la voluntad de Dios que yo muera." Fué hacia las celdas de sus compañeros: "¿Estáis listos, señores? yo lo estoy." Luego los abrazó. El buen Mejía estaba desmayado. Maximiliano subió el primero en un coche, rodeado de una escolta de infantería y caballería. Su criado húngaro y el Padre Soria se sentaron á su lado. Mejía y Miramón seguían con sus confesores en otros dos carruajes. Hubo que separar á fuerza á la mujer de Mejía de su marido: seguía tras de su coche con su pequeño hijo en brazos, arrojando gritos desgarradores.

"Todas las tropas de la guarnición formaban valla y contenían á una inmensa multitud silenciosa. Un sol deslumbrante iluminaba las calles é invitaba á la vida, mientras que las campanas de todas las iglesias arrojaban al aire su toque de agonía. Al paso del cortejo muchos saludaban respetuosamente; las mujeres lloraban, sobre todo al ver á la desdichada mujer de Mejía.

Cuando el cortejo llegó á la entrada del cuadro de 4,000 hombres, que rodeaba el lugar de la ejecución, el Emperador abrió la portezuela y saltó á tierra. El Padre Soria desfalleció; Maximiliano tomó su frasco de sales para reanimarlo; vió á la multitud y preguntó si no estaba allí alguno de sus amigos. Se le dijo que Magnus estaba presente, pero que no podía verlo.

Su lugar estaba señalado en el centro, con Miramón á su derecha y Mejía á su izquierda; se volvió hacia Miramón, y le dijo: "Un valiente, aun en el momento de la muerte, debe ser distinguido por su Soberano; permitidme que os dé el lugar de honor," y poniendo á Miramón en medio, se colocó á su derecha.

Tres pelotones de ejecución, compuestos cada uno de siete hombres y un oficial, se alinearon á un metro de distancia de los condenados. El oficial encargado de ordenar el fuego, avanzó hacia el Emperador, rogándole que lo perdonara: "Joven, le dijo Maximiliano, gracias por vues-

“tra compasión, pero sólo un soldado; obedeced.” Avanzó hacia los hombres del pelotón, dió á cada uno una onza de oro (80 francos) y les dijo: “¡Hijos, apuntad bien! ¡apuntad aquí!” y les mostró el corazón. Luego volvió á su lugar, y dijo con voz clara y firme: “Voy á morir por una causa justa, la causa de la Libertad y de la Independencia de México. Pueda mi sangre poner un término á las desdichas de mi nueva Patria. ¡Viva México!” Se quitó el sombrero, lo dió á un servidor para que lo llevara á su madre, y secó su frente con el pañuelo. Distinguiendo á algunos pasos á un grupo de hombres y mujeres, que sollozaban ruidosamente, les sonrió, echó su barba hacia atrás, y miró delante de sí.

“Miramón leyó un discurso que terminó con el grito de ¡Viva México! Mejía dejó caer sobre su pecho el crucifijo que tenía en la mano; los oficiales levantaron su espada, el fuego del pelotón estalló. Maximiliano cayó sobre su flanco derecho, murmurando la palabra ¡Hombre! Cada una de las balas había traspasado, cada una era mortal; pero como parecía que el Emperador se movía aún, un oficial volteó el cadáver sobre la espalda, y mostró el corazón con la punta de su espada. Un soldado se adelantó, dando el supremo disparo. Mientras, el doble de las campanas continuaba resonando.

“La majestad de la muerte fué respetada; ninguna profanación tuvo lugar en el cuerpo de Maximiliano: fué embalsamado al principio mal y muy caro por el Dr. Licea, de Querétaro, el que había entregado á Miramón; después se le trasladó á México, donde la operación fué hecha de nuevo en mejores condiciones.

“El historiador Cantú, repitiendo diceses de periódicos, ha acusado á Juárez de haber vendido al Emperador de Austria el cadáver de su infortunado hermano. Es una calumnia: el cadáver de Maximiliano había sido reclamado por cuatro personas: el Dr. Bash, el Ministro de Prusia, el Ministro de Austria y el Almirante Tegethoff. Embarazado por esta competencia el Gobierno, respondió, que estaba dispuesto á entregar el cuerpo á quien produjera un documento oficial del Gobierno Austriaco, ó de la familia del Archiduque. Beust, Canciller del Imperio, habiendo, por una nota de 22 de Septiembre de 1867, certificado que el Almirante Tegethoff estaba encargado por la familia de reclamar el cuerpo de Maximiliano, Lerdo hizo saber al Almirante que la entrega se haría inmediatamente. Después del segundo embalsamamiento, ese cuerpo había sido objeto de los cuidados más respetuosos; había sido vestido de negro, y recostado sobre cojines de terciopelo, en un ataúd de madera de rosa, de un trabajo notable, depositado en una caja de zinc, y luego en una tercera de cedro; así es como fué entregado.

XIII

“Ninguna ejecución siguió en Querétaro á la de Maximiliano. Allí su sangre fué verdaderamente la última derramada. No se le ahorraron, sin embargo, los rigores á sus compañeros de lucha. Todos los oficiales fueron condenados arbitrariamente, sin proceso: los coroneles, á seis años de prisión; los tenientes coroneles á cinco; los mayores á cuatro; los capitanes y tenientes extranjeros á dos años; los tenientes mexicanos fueron puestos en libertad, pero sometidos á la vigilancia durante un año; los oficiales contra los cuales había cargos especiales, fueron degradados y llevados ante una Corte marcial, y con ellos, el Ministro Aguirre, el Prefecto Domínguez y el Secretario Blasio. Morelia fué el lugar de la cautividad donde se envió á los oficiales mexicanos, condenados á prisión. Muchos debilitados por sus heridas, marchaban bajo el ardor del sol tropical con un fardo á cuestas, con los pies ensangrentados, pidiendo ser fusilados para no sufrir ya. Los habitantes de las ciudades tuvieron piedad de ellos, y les procuraron víveres y monturas que les permitieron llegar al término de sus tristes jornadas. Los oficiales franceses fueron enviados á Zacatecas, encerrados con los criminales, y encadenados. Se quejaron amargamente se les transfirió á un convento; se les quitaron las cadenas. Pero el Gobierno no les dió ni sueldo ni alimentos, y hubieran muerto de hambre, si los negociantes franceses de la ciudad no hubieran venido en su ayuda y no los hubieran alimentado.

"No faltaba más á la completa pacificación del país, sino la rendición de México; ella no tardó. Márquez había persistido en su defensa sostenida por mentiras, exacciones y el terror más espantoso. Llevó la impudencia hasta el cinismo dervergonzado. El General Arellano, escapado de Querétaro, habiéndose deslizado en la Capital, había confirmado una vez más todo lo que los partidarios de la guerra, á todo trance, sabían ya de la caída de Querétaro y de la cautividad de Maximiliano, Márquez hizo sonar las campanas, tocar las músicas militares y anunciar sobre los muros que Arellano había traído la dichosa nueva de que el ejército imperial venía al socorro de México y pronto estaría á la vista. Se hicieron iluminaciones, se tiraron cohetes, y durante ese tiempo, el hambre reinaba; muchos desgraciados caían muertos en las calles, y sus cadáveres se veían aquí y acullá.

"Hubiera dependido de Porfirio Díaz terminar por un asalto esta lúgubre mistificación, pero eso hubiera significado la ciudad entregada al saqueo y desdichas sin nombre. Preludiando el papel de pacificador que ha hecho su gloria, rehusó someter á la capital, donde iba á establecerse de nuevo la República, al horror de esa prueba. Consejos, ruegos, amenazas, reproches de traición, no conmovieron su magnánima resolución, y el desenlace se produjo tal y como él lo había deseado.

"El 18 de Junio los austriacos instruídos por una misiva no interceptada, de lo que acababa de pasar en Querétaro, rehusaron su obediencia á Márquez. El comandante de la contraguerrilla francesa hizo lo mismo. El General O'Horán, Gobernador de la plaza, en presencia de este abandono completo, se puso en relación con Díaz, y exigió á Márquez, que viniera el 19 de Junio á presidir un Consejo de guerra. Márquez convocó el Consejo, y le envió el billete siguiente: "Como es cosa probada que el Emperador está prisionero, yo, el subscrito, ceso de estar encargado de la Lugartenencia del Imperio." Ya había desaparecido; no se volvió á oír hablar de él. Porfirio Díaz no admitió una capitulación: exigió que la ciudad se entregara á discreción (20 de Junio). El 21 al amanecer, entró á México á la cabeza de la primera división del ejército. Algunos vivas estallaron. Dirigió su caballo del lado de donde habían partido: "Os doy las gracias, dijo, pero permitidme que pida el silencio; un grito puede provocar otros; y deseo que ninguna manifestación de rencor se mezcle á nuestra victoria." Carros cargados de pan seguían su columna. Baz, el Gobernador de México, secundó con abnegación sus intenciones humanas. Las tropas, introducidas por el destacamento guardaron un orden perfecto. Se atendió á sus necesidades por medio de un préstamo libremente negociado.

"Fué de San Luis Potosí, de donde llegaron las órdenes de rigor. Todos los que en calidad de notables habían votado por el Imperio, todos los que lo habían servido y habían recibido un sueldo, debían presentarse durante un plazo de 24 horas. Pasado ese plazo serían fusilados sin proceso. Los habitantes debían dejar registrar sus habitaciones, y los que ocultaban á un delincuente, eran castigados con pena de seis meses á dos años de trabajos forzados, á menos que se tratara de un padre, hermano, hijo ó marido. Díaz suavizó esas órdenes prolongando por dos días, luego por tres, el plazo conminatorio. Pero no pudo impedir dos ejecuciones, la del General Vidaurri y la del General O'Horán, que no se habían presentado, y que fueron sorprendidos en sus escondrijos.

"Porfirio Díaz y Riva Palacio, que había cesado de ser soldado y había vuelto á ser periodista, aconsejaban á Juárez la amnistía general; Lerdo de Tejada exigía las medidas severas. El 15 de Julio el Presidente entró en México y se supo dos días después, que no acordaba un perdón general; pero que las penas serían suavizadas. No se fusiló ya, se encarceló, se condenó á trabajos forzados, de dos á quince años. Hubo alguna incertidumbre sobre la suerte reservada á Dano, Ministro de Francia, Juárez no se pronunció en ningún sentido; pero se le achacaba la intención de retenerlo en rehenes á cambio de Almonte. Los americanos procuraron libertarlo: su Ministro Utterwood hizo presión sobre Juárez; el Almirante Palmer enviado con una fragata á Veracruz, llegó á pedir noticias suyas. Juárez comprendió la advertencia, y dió sus pasaportes á Dano, así como á los Ministros de Bélgica y de Italia, haciéndolos escoltar hasta el lugar de su embarque.

“ El 17 de Agosto, los electores fueron llamados para elegir una nueva Cámara, un Presidente, y á deliberar sobre las reformas constitucionales; creación de un Senado; derecho de veto acordado al Presidente. Estaba excluido del voto cualquiera que se hubiera adherido al Imperio.

“ El 8 de Octubre, Juárez fué reelecto é instalado el primero de Diciembre, con Lerdo de Tejada como Presidente de la Suprema Corte. El orden republicano estaba restablecido y de la aventura imperialista no quedaba sino una infeliz princesa amortajada en las sombras de la demencia, y un pobre cuerpo acribillado de balas, vuelto á aquella patria de donde había partido brillante de juventud. Jamás el atentado contra el derecho de las nacionalidades ha sido tan pronto y tan terriblemente castigado. ”

(Nota final.) “ Juárez murió cuatro años después. Bajo su gobierno justo y vigoroso, México prosperó lenta y seguramente, y cuando rindió sus cuentas al país, en Octubre de 1870, el país lo colocó aún una vez más en la Presidencia. Muy afectado en este tiempo por la muerte de su esposa, murió poco después (el 18 de Julio de 1872). Fué reemplazado por su amigo Lerdo de Tejada. Ahora México está muy tranquilo y muy próspero bajo la Presidencia siempre renovada de Porfirio Díaz. ”



CAPITULO XI

La toma de la plaza de Querétaro, entrevista con el General Francisco Vélez.—Orden del General Escobedo para que tomara la Cruz.—La noche del 14 al 15 de Mayo, sorpresa y toma de la Cruz.—Maximiliano, cómo entregó la plaza de Querétaro.—Ocupación de Querétaro, 15 de Mayo de 1867, por el Padre Don Agustín Rivera.

LA TOMA DE LA PLAZA.—ORDEN DE ESCOBEDO PARA QUE EL GENERAL FRANCISCO VELEZ TOMARA LA CRUZ.—ENTREVISTA CON EL GENERAL FRANCISCO VELEZ.



El 14 de Mayo, á las ocho de la noche, el General Mariano Escobedo se presentó en los Baños de Paté al General Francisco Vélez.

“—¿Conoce usted á Miguel López?—preguntó Escobedo á Vélez.

“—Sí señor, le conozco —contestó Vélez.

“—¿Qué fe puede usted tener de este hombre?

“—Ninguna, señor.

“—Y de los de adentro, ¿cual le merece á usted confianza?

“—Ninguno, señor.

“—¿Por qué?

“—Sencillamente, por ser enemigo y estar al frente de nosotros.

“—Pues López me ha venido á ver de parte de Maximiliano, para la ocupación de la Cruz, y usted es el designado por mí para el mando de esta operación, para lo cual le doy dos batallones que son Supremos Poderes y Nuevo León. A las cuatro de la mañana ha de venir López, para conducir á usted con estas tropas. Sitúese en la línea de Arce, que está frente á la Cruz, y allí espere á López; y en lo demás usted sabrá cómo se arregla este negocio.

“—Todo se hará como usted me indica y espero que quedará complacido, siempre que esto no envuelva alguna traición por parte de los imperialistas; pero permítame usted que le haga alguna observación.

“—Diga usted.

“—¿Por qué, señor, se ha fijado usted en mí, cuando tiene usted sesenta generales de más confianza por ser liberales probados, mientras que yo soy nuevo en este partido?

“—¿Tiene usted miedo?

“—Sí señor, lo tengo; pero un miedo distinto del que usted cree.

“—¿Cuál es?

“—Que si esta operación fracasa, por cualquier motivo, ó por ser una celada, que hábilmente nos pone el enemigo, todos dirán que yo fui á entregar la situación, por ser los imperialistas amigos míos de ayer, y usted reportará el epíteto de tonto por haberme escogido á mí sabiendo esto. La idea de perecer en la demanda, nada me hace; si el que mis hijos reporten el anatema de traidores.

“—Pues usted va.

“ — Pues iré. ¹

“ Un jefe liberal, que tuvo noticia de la comisión delicadísima que iba á desempeñar el General Vélez, hizo ver á éste que corría inmenso peligro su vida, porque quizás era una celada del enemigo, para apoderarse de él, á su presentación en el punto.

“ — Tengo que cumplir la orden que se me ha dado, — manifestó el General Vélez — aunque me maten; de lo contrario aquí me matarían también por insubordinado.

“ A las cuatro de la mañana, prevenida la tropa que debía marchar á las órdenes de Vélez, aparecieron en la dirección de la Cruz, entre la semiobscuridad, dos bultos que avanzaban hacia Paté. Eran el Coronel López y el Teniente Coronel Antonio Yablowsky. Vélez tomó del brazo á López, que iba muy borracho, y comenzó el avance casi de puntillas, sin hacer el menor ruido y procurando no hablar, sino muy á media voz, cuando era en absoluto necesario. Descendieron la pendiente que da al lecho del río y luego ascendieron para alcanzar el punto que debía ser entregado. Vélez iba á la cabeza con López, recomendando á cada paso guardar el mayor silencio para que no se perdiera todo. La misión que iba á cumplir era cuestión de vida ó de muerte para el Imperio. Vélez se posesionó por completo de su importante papel: daba un paso y se volvía á los suyos para reiterarles silencio y que se avanzara con el cuerpo inclinado, y el arma casi en tierra, para que no se percibieran los bultos por el enemigo. A punto de llegar á la brecha, donde debía entrar Vélez, había un montón de tierra derrumbada del fuerte, difícil de salvar. Vélez lo hizo casi á gatas, asiéndose de aquí y de allá, al tanteo, hasta que llegó á la brecha, en la que tropezó con el centinela, que vestía sarape rojo y sombrero de petate. Dormía de pie con el arma al brazo, reclinado contra el muro. A sus pies había otros soldados, vestidos lo mismo, que dormían también. Vélez asió fuertemente del cuello al centinela y despertándole le dijo que si hablaba una palabra, le mataría en el acto. En este supremo momento estaba adentro sólo con López. En seguida empezó á darles la mano, uno por uno, á los jefes y oficiales republicanos, y aun á los soldados para que subieran y entraran en el boquete, tornando á repetirles que guardaran silencio, que obrasen con prudencia, porque si no todo se perdería, siendo ellos las primeras víctimas. Cuando todos estuvieron adentro, Vélez mandó la primera noticia á Escobedo, y Yablowsky, luego de escuchar en secreto algo de López, desapareció como por escotillón.

“ — Vamos adelante — dijo López á Vélez.

“ — No, no vamos adelante — contestó Vélez. — Antes de ir adelante me releve usted todos los puntos imperiales, que están á retaguardia, con tropas mías.

“ — No hay necesidad.

“ — No le pregunto á usted si hay necesidad ó no. Que me releve los puntos.

“ — Le repito á usted que no hay necesidad.

“ — Basta de observaciones — exclamó ya incómodo Vélez; — haga usted lo que se le manda.

“ — Es que yo mando aquí — contestó con énfasis López.

Todos los que estaban con el General Vélez se le acercaron, y abrazándole, decíanle suplicantes á media voz:

“ — Pancho, Panchito: ¡ estamos perdidos !

“ Se desprendió de ellos y habló en voz más alta:

“ — El que no esté á gusto puede largarse inmediatamente. El camino está expedito.

“ Y sin acabar de decir esto, metió su pistola por la cara á López, y asiéndole del traje, por el pecho, dióle un fuerte golpe en la frente con el cañón, y prorrumpió:

“ — Mandaría usted ayer Lo que es ahora yo mando.

“ — No, mi General — dijo López — usted manda. Fué una equivocación.

“ Relevados los puestos, desde ese momento el General Vélez avanzó con más confianza.

¹ En una conversación, que oyó el Ingeniero Serrato yerno del Sr. Escobedo, le preguntaron por qué escogió al General Vélez para la toma de La Cruz, y contestó, que porque no quiso sacrificar á un General republicano, dudando todavía del General Vélez. (Nota del Autor.)

“Al entrar en la huerta, Vélez despachó á otro ayudante para participar al General Escobedo el lugar en que se encontraban.

“—Dígale usted —habló Vélez— que Querétaro es ya nuestro.

“—¿Por qué?—exclamó el ayudante.

“—Porque tenemos ocupado el punto principal.

“Los soldados imperiales iban siendo desarmados, apartados de sus puntos y conducidos á un lugar bajo la custodia de centinelas de vista.

“Los ayudantes de Escobedo partían de prisa á cada avance principal, para ponerle al tanto.

“Al llegar al convento, el General Vélez y López subieron. Recorriendo los corredores altos, vieron una habitación, por cuyas puertas apenas abiertas, salía una ráfaga de luz débil, López tentó á Vélez:

“—Asómese usted.

“Apenas Vélez hubo asomádose, López satisfecho le preguntó:

“—¿Qué ve usted?

“Vélez contestó:

“—Veo á Maximiliano.

“El Emperador peinábase la barba frente á un espejo de tocador y vestía un sobretodo de color de haba. El y las tres ó cuatro personas que le hacían compañía, entre ellas el General Agustín Pradillo, daban las espaldas.

“Volvieron á la huerta, ya en disposición de ocupar las alturas.

“—¿Qué ya sabe todo esto el Emperador? —preguntó Vélez á López.

“—Desde hacerrato está enterado de todo y hasta sabe que estamos aquí—contestó López.

“—Pero ¿cómo?—tornó á preguntar Vélez, no explicándose cómo podía saberlo el Emperador, cuando López no se le había desprendido para nada.

“—Se lo mandé decir con Yablowsky, desde que entramos en la brecha.

“Vélez continuó expidiendo con diligencia disposiciones para asegurar bien la Cruz. Una de ellas fué que Margáin marchase violentamente á San Francisco y que, al posesionarse de las alturas echase á vuelo las campanas. Al rato sonaron éstas y empezó á oirse un rumor que iba en creciente, y voces, y carreras, y gritos, y disparos: era que uno y otro ejército habían dádose cuenta de la situación.

“Entonces se destacó en la huerta enteramente sola, la imponente y noble figura del General Escobedo. Avanzó hacia Vélez y dióle un fuerte abrazo hasta levantarle.

“A la vez, por el lado opuesto, aparecía el General Paz, que caminaba con paso indeciso, como dudando de si Vélez sería de los suyos ó del enemigo. Respiró luego que Vélez le gritó:

“—Corra usted y voltee esa batería para la plaza.

“El primer jefe imperial que se presentó en la Cruz á ver qué acontecía, fué el General de brigada Manuel M. de Escobar, que tropezó con Vélez á la entrada del Convento.

“—¡Panchito! ¿qué, tú eres? ¿qué haces? ¿qué, eres nuestro prisionero?

“—No, General, contestóle Vélez. Usted lo es mío. Pase usted.

“Escobar, sin explicarse aquello, pasó al lugar en que los imperiales iban siendo recogidos y asegurados.

“Cuando había amanecido, apareció el Emperador con su séquito entre el cual figuraba López. Bajaban de sus habitaciones del convento y se encaminaban al cerro de las Campanas. El Emperador divisó á Vélez y le saludó quitándose el sombrero con esa elegancia y majestad que le eran muy peculiares.

“Y Vélez dijo en voz alta:

“—Señor López, en seguida se me presenta usted. —López hizo un ademán de asentimiento y prosiguió largo trecho en compañía del Emperador, hasta el Hotel del Aguila Roja.

“Cuando todo había terminado, Vélez recibió un recado del General Miguel Miramón para que pasase á verle á la casa del Dr. Vicente Licea.

“—Hermano, ¿cómo te va?—fué el saludo de Vélez al entrar en el cuarto donde estaba en cama Miramón.

“—¡Me has! ¿No? Ya ves, aquí me tienes herido, dijo Miramón.

“—No; tu destino. ¿En qué puedo servirte? Ordena.

“—Como es seguro que me fusilen, te recomiendo á mis hijos. ¡Siento mucho morir en estas circunstancias!

“—*¡Ya ves cómo todavía sirvo para algo!*

“Y dijo esto Vélez, porque cuando se apartó del partido conservador para engrosar las filas del liberal, Miramón, Arellano y otros jefes dijeron que hacían de cuenta que con Vélez no perdían á nadie, porque ya no servía para nada.

“Vélez habló á Escobedo:

“—En cambio de lo que he hecho, suplico á usted conceda la vida á Miramón. Se lo pido en recompensa de mis servicios, si algunos he hecho.

“Escobedo contestó:

“—No pende de mí el perdón, sino del Supremo Gobierno. Diríjase usted al señor Juárez.

“Bien se sabe que Juárez fué inflexible para el castigo de Maximiliano, Miramón y Mejía.

“La frase “ahora ó nunca” es una solemne mentira. Tras la energía del Benemérito no se vió entonces sombra de sugestión. Debióse el ajusticiamiento de estos tres hombres, á que personificaban el Imperio, y Juárez quería el anonadamiento del Imperio.

“Ese mismo día de la victoria, de paso Vélez por el departamento donde estaban presos el Emperador, Castillo, Salm Salm y otros jefes, aquél preguntóle:

“—General, ¿sabe usted qué ha pasado con Miramón?

“—Está herido en un carrillo, —contestó Vélez.

“—Qué, pudiera usted decirnos si también él nos traicionaría?

“—Usted es quien mejor debe saberlo.

“El Emperador se puso rojo de vergüenza y guardó silencio oprobioso, viniendo á tierra toda su majestad.”

(“Últimas horas del Imperio.”—Angel Pola. Págs. LXII á LXXI.)

LA NOCHE DEL 14 AL 15 DE MAYO.—SORPRESA Y TOMA DE LA CRUZ

ALBERTO HANS, TESTIGO PRESENCIAL

“En los momentos de peligro que precede de cerca la caída de una monarquía, como cuando el naufragio de un buque, el egoísmo, el interés privado y el espíritu de conservación hacen nacer muy pronto la desobediencia y después la defección. Muchos buscan la salvación, que desean encontrar en esfuerzos colectivos, por medio de esfuerzos particulares, sacrificando, si necesario es, á sus compañeros y á sus jefes.

“Tal fué el verdadero origen de esas traiciones que precedieron á los cien días, y cuya vergüenza trataron de hacerse perdonar sus autores después del desembarco de Napoleón en Cannes para renovarlas de una manera más indigna aún después de Waterloo.

“Era, pues, natural que el Emperador Maximiliano encontrase algún traidor en una situación tan desesperada como la nuestra. En efecto, hubo un miserable que empañó la gloria adquirida por sus compañeros á costa de tantos sacrificios y sufrimientos.

“Este miserable, universalmente conocido, es el Coronel López, protegido del Emperador, y cuya ingratitud é infamia no deben resaltar sobre ninguno de los defensores de Querétaro. El

Coronel López había entrado en relaciones con el enemigo en los últimos días del sitio. Informaba á los republicanos de todas las resoluciones tomadas por el Soberano, y combinaba con sus jefes, los medios de entregar la plaza.

“¿ Por qué razones ?

“ Son fáciles de adivinar.

“ Con su vieja experiencia, López calculó la suerte de la plaza; se vió entonces en poder de un enemigo que le haría pagar con el último suplicio los servicios prestados á la intervención francesa y las ejecuciones que había hecho de los republicanos caídos en su poder. Su espíritu limitado, su corazón sin nobleza, no le permitieron contemplar á sangre fría una muerte próxima, y sacrificarse como lo hicieron Miramón, Mejía y Méndez. No habría podido soportar durante diez y ocho días la expectativa incesante de una ejecución, espada de Damocles de nueva especie que se suspendió encima de la cabeza del viejo General Castillo, ni desplegar una audacia increíble y una inteligencia sobrehumana como el General Arellano, para escapar varias veces al fusilamiento. Traicionando, López salvaba la vida y adquiría oro.

“ Además, debía alimentar un profundo rencor contra muchos de nuestros jefes, que en el momento en que iba á ser nombrado General de Brigada, habían enviado respetuosamente al General Méndez á ver al Emperador, para manifestarle al Soberano que López era indigno de su protección, y que este nombramiento produciría un efecto desastroso entre los que esperaban ver restablecido el prestigio del ejército.

“ López resolvió, pues, entregar la plaza antes de que pudiera efectuarse la salida proyectada por el Emperador.

“ En el jardín de la Cruz, entre el cementerio y el convento, se elevaban algunas plataformas guarnecidas de artillería; tenían al frente á Pateo, y sus troneras se hallaban á corta distancia de las avanzadas enemigas.

“ López mandó retirar de una de ellas un pelotón de la Guardia Municipal de México que la guarnecía, para colocar en su lugar una tropa irregular de exploradores mandados por un tal Yablowsky, su hombre de confianza; y al mismo tiempo ordenó al subteniente Domet, de la guardia municipal, que alejase sus hombres en dirección del cementerio, porque bastaban los exploradores desmontados de Yablowsky para defender la plataforma.

“ A la observación de Domet, que en su celo quería mandar subir á aquella plataforma, ya ocupada por los hombres de Yablowsky, un obús sin artilleros que se hallaba allí provisionalmente bajo su custodia, López contestó que era inútil.

“ Este pequeño incidente, en el que desde luego fijé poco la atención, me vino muchas veces á la memoria después de nuestra catástrofe.

“ La tarde del 14 de Mayo, el Comandante Salgado fué á verme, y tomándome aparte me dijo que se preparaba un movimiento importante. La Cruz, agregó, iba á ser atacada seguramente antes de la aurora del siguiente día, y como debía tomar él parte en una salida con dos secciones, me dejaba el mando de las dos piezas que quedaban en la huerta. Me hizo ofrecerle que impediría que artillero ó infante alguno abandonase su puesto en caso de asalto; en una palabra, me dirigió hábilmente con este motivo todas las palabras que despiertan el sentimiento del deber, el punto de honor, el amor propio y la ambición.

“ Mi nuevo asistente, muchacho despierto, llegó más tarde trayéndome algunas tortillas que se había procurado con mucha dificultad y que yo devoré ávidamente. Me contó lo que había visto en la ciudad: el hambre, la desolación general y señales precursoras de un movimiento importante.

“ En la plaza de la Cruz había reunidas cierto número de piezas listas para marchar en cuantas fuerzas debilitadas de las mulas lo permitieran.

“ Algunos escuadrones reducidos y el regimiento de dragones de la Emperatriz ensillaban sus caballos. Este regimiento se había puesto su uniforme de gala; me contó otra multitud de detalles que acabaron de persuadirme de que iba á efectuarse la evacuación.

"Deseoso de estar listo para todo evento, pensé en tomar un poco de descanso y me acosté al lado de mi pieza, envolviéndome en mis sarapes, no sin preocuparme el día siguiente.

"Confieso que sentí se me oprimía el corazón fuertemente cuando pensaba en las consecuencias funestas de los acontecimientos que iban á producirse.

"Entonces comprendí que si el Comandante me había dejado con una sección para defender aquel cementerio, al que le tenía yo horror, era porque mirándome como el más joven y más inexperto de sus oficiales, me consideraba también como el menos útil para sus operaciones futuras.

"Si la salida se efectúa, pensé, el bravo capitán Núñez, mis camaradas Guerra, Correa y todos esos artilleros que quiero, sucumbirán ó se alejarán, mientras que yo permaneceré clavado en mi puesto. Entonces, ¿qué será de mí en medio de ese tumulto? Porque los republicanos, adivinando el objeto de nuestra salida, atacarán por todas partes á un tiempo y penetrarán en la ciudad antes de que la hayamos dejado. La artillería y la infantería, pero la artillería primero, sacrificadas á la salvación común, caerán en poder de los republicanos. El fusilamiento, si no muere uno inmediatamente: he ahí lo que se nos espera.

"Recordé las ejecuciones de San Jacinto, y las de Uruapan en nuestra provincia, donde el Coronel Lemus y sus oficiales dispusieron de cinco minutos para escribir á sus familias; Pátzcuaro, donde todos los oficiales de la guarnición cogidos vivos, fueron fusilados, entre otros un bravo teniente de mi artillería, Santillán, arrancado moribundo de la cureña de una de sus piezas, arrastrado contra una pared y fusilado por detrás.

"Pensé en Morelia, que se ofrecía á mi memoria como una ciudad encantadora.

"¿Volveré á ver á Francia? París? París, esa maravilla cuyo solo nombre hace palpitir el corazón de los que la conocen y viven lejos de ella.

"Pero ese desaliento que confieso, como se ve, con franqueza, no duró más que un instante y dejó lugar á otros sentimientos que sólo pueden conocer los que han estado mezclados á esas guerras donde las pasiones políticas hacen el principal papel.

"Como tantos otros, había acabado por aborrecer á nuestros enemigos, yo, que cumpliendo con mi deber, había logrado muchas veces arrancar á algunos de ellos á una ejecución cierta.

"Ese fanatismo político, hermano de la intolerancia religiosa, que yo criticaba al principio en un gran número de mis camaradas, y que ahogaba en ellos la voz de la justicia y de la humanidad, acababa por apoderarse de mí poco á poco. El afecto que, á ejemplo de todos, le había yo cobrado al Emperador, el espíritu de cuerpo, el militarismo, en una palabra, habían modificado considerablemente mis ideas.

"A la sola idea de ver á los republicanos sacrificar al Emperador y á ese pequeño ejército que acababa de manifestar tanto valor y abnegación, y cuya reorganización había sido siempre mi sueño, comprendía yo cuántos sacrificios pueden engendrar la fe en una causa, la fidelidad á un noble Soberano y el amor á la bandera.

"Allí adiviné la desesperación de los restos del grande ejército, convertido por sus enemigos en los bandidos del Loira; presentí la noble y orgullosa obstinación de los oficiales de las tropas reales españolas cayendo bajo la fusilería de los independientes hispano-americanos, gritando ¡viva el Rey!

"Instintivamente comprendí que la lucha iba á tener un desenlace fatal para nosotros, pero no podía admitir que fuésemos exterminados completamente sin poder ser socorridos por Márquez. Por otra parte, jamás, á las órdenes del General Méndez, había yo asistido á una derrota, y me encontraba en un punto fortificado donde el enemigo no podía penetrar sino afrontando el fuego de nuestros cañones. Estas circunstancias, unidas á la indiferencia del soldado, me hicieron esperar que en el caso en que los nuestros forzaran las líneas enemigas para ganar la capital ó las vecinas montañas, la Cruz podría todavía contener al enemigo y dar tiempo para que una coyuntura cualquiera se produjese.

"El comandante de la guardia del cementerio fué á verme. Era un francés llamado Gontron,

antiguo subteniente del cuerpo expedicionario, convertido en oficial aventurero al servicio del Emperador Maximiliano, y el último capitán que sobrevivía de la Guardia municipal de México. También fué su subordinado el subteniente Domet. Hablamos los tres un poco, y se marcharon envidiando mi suerte, porque yo podía dormir, mientras que ellos, según la orden que acababan de recibir, debían ejercer la mayor vigilancia. Sobreponiéndose el cansancio á una hambre mal apaciguada, me dormí profundamente.

“A las dos de la mañana el viejo sargento Guzmán me despertó, como estaba convenido, para descansar un poco á su vez.

“La noche estaba muy fresca, la obscuridad era profunda y el silencio completo.

“Para vencer el sueño anduve por la plataforma para ver si los centinelas no dormían. Después, viendo que no tardaría en aparecer el día, me senté en la cureña de una pieza de á 8, envuelto en mi sarape, y combatiendo una hambre que se hacía cada vez más sensible, esperé con impaciente emoción el momento de responder al fuego de nuestros adversarios, que estallarían ciertamente en toda la línea desde el principio de la salida.

“De repente me pareció oír pasos rápidos que se dirigían hacia la plataforma. E inmediatamente el Coronel López, á quien reconocí por su uniforme bordado de plata, se presentó frente á mí. Yo lo saludé.

“El me dijo rápidamente, señalando la tropa que le seguía:

“— Aquí está un refuerzo de infantería; despertad luego luego á vuestros artilleros; mandad “retirar esta pieza de su tronera y oblicuadla á la izquierda, pero pronto.

“Pensando que había llegado el momento de salida, desperté prontamente á los artilleros; pero el sargento Guzmán, viejo, enfermo y abrumado de cansancio, no se levantó tan pronto como lo deseaba López, que sin duda quería ver la manera con que yo ejecutaba sus órdenes, y parecía estar muy de prisa. El Coronel se exaltó contra Guzmán y lo llenó de injurias.

“El pobre sargento, tan maltratado, se levantó aburrido.

“López me reiteró entonces sus órdenes, en cuya rareza había motivo para sorprenderme, y partió rápidamente.

“Sin embargo, obedecí con puntualidad. Previendo que el enemigo iba á penetrar hacia la izquierda, como lo había indicado el Coronel, mandé agregar un bote de metralla á la carga que se encontraba ya en la pieza, y dí yo mismo á ésta la dirección requerida. Yo era presa de esa violenta emoción que produce la idea de un peligro invisible é inmediato.

“El pelotón de infantería, mandado por un oficial y conducido por López, se formó detrás de la pieza.

“Estando todo listo, quise ceñirme la espada y mandar alzar mis sarapes que había dejado en el suelo para obedecer con más prontitud. Advertí que habían desaparecido.

“No dudando que los soldados del pelotón de infantería fuesen los autores de esa desaparición, reclamé á su oficial. Este me respondió vagamente, y me pareció poco comunicativo.

“Me puse á observarle con cuidado. Me era desconocido, y el traje de los soldados me pareció muy descuidado. Sin embargo, pensé que aquella debía ser la 8ª ó 9ª compañía de uno de nuestros batallones; porque para reponer en lo posible las pérdidas, se habían compuesto las dos últimas compañías de cada cuerpo con reclutas de la ciudad, tráfugas y aun prisioneros del enemigo.

“En eso, un artillero se dirigió á mí diciéndome:

“— Mi teniente, me han cogido mi mosquetón.

“— Y á mí también, replicó otro.

“No comprendiendo nada de este modo de obrar, pregunté al oficial á qué cuerpo pertenecía.

“Me respondió con aplomo que formaba parte de la brigada de Méndez.

“A estas palabras redobló mi asombro, porque aun cuando había formado parte mucho tiempo, como he dicho, de la brigada Méndez, y conocía á todos sus oficiales, no recordaba haber visto nunca á mi interlocutor.

"Viendo que pasaba algo extraño, le supliqué me dijera la verdadera causa de su presencia en mi puesto.

"Me contó que uno de los batallones que guarnecían la Cruz, iba á sublevarse y á dejar penetrar al enemigo en la plaza, pero que, por fortuna, la conspiración había traspirado, y se mandaba relevar todos los puntos con su cuerpo.

"Esta idea de una traición en el interior me causó un temor vago. Traté de dudar de ella; pero juntando lo que el oficial acaba de decirme con la visita precipitada del Coronel López, comandante de nuestra línea, y de las idas y venidas que oía en el cementerio, acabé por creerlo.

"Sin embargo, deseoso de ilustrarme sobre este punto, pregunté al oficial dónde se hallaba el Coronel.

"Me señaló el cementerio.

"Resolví ir á hablar á López inmediatamente; pero en el momento de bajar de la plataforma, un centinela que yo no había notado desde luego, me detuvo con un enérgico ¡ALTO AHÍ!

"Comprendiendo que el centinela tenía la consigna de no dejar bajar á nadie, me dirigí á su oficial á fin de obtener para mí la revocación de esa orden.

"El oficial eludió la respuesta.

"Me puse furioso; viendo á un infante que tenía el mosquete de uno de mis artilleros colgando del brazo, se lo arranqué.

"Este, cosa inaudita por parte de un soldado mexicano, cruzó la bayoneta contra mí, é iba á envasarme cuando por fortuna, se lo impidió su oficial.

"—Pero, pregunté con fuerza á este último, decidme por fin lo que aquí pasa.

"—No temáis, me repetía á cada momento; y añadió: la verdad es que formamos parte de la brigada del Coronel Quiroga; llegamos de México con el General Márquez para libertar la plaza.

"—Os burláis de mí, le contesté. En primer lugar, el Coronel Quiroga dejó aquí su infantería, y luego, es imposible que entren tropas en la plaza sin ser sentidas y reconocidas por los sitiadores.

"Al mismo tiempo me ocurrió una horrible sospecha.

"—En medio de todas esas mentiras, dije al oficial, sospecho alguna traición.

"Sin embargo, el recuerdo de la presencia y de las palabras del Coronel López, que debía ser por reconocimiento y por interés el servidor más fiel y más adicto del Emperador, alejó mis sospechas, y casi me tranquilizó sobre la respuesta que debía dar.

"Después de un momento de vacilación, me dijo el oficial:

"—No temáis nada, señor, estáis entre soldados del ejército regular. No somos guerrilleros, pertenecemos al batallón de Supremos Poderes de la República.

"Quedé aterrado; un frío glacial penetró hasta mi corazón; creía soñar.

"Una ojeada me bastó para descubrir la verdad. . . . ¡el enemigo estaba allí, en la plaza; yo me hallaba ya en su poder, sin posibilidad alguna de dar aviso á la Cruz, sin esperanza de salvación, y desarmado!

"Espantado de lo que iba á seguir, pregunté al sargento Guzmán si era el Coronel López quien había ido á darme órdenes un momento antes. Temí haber sido víctima de una alucinación ó de una semejanza.

"—Sí, mi teniente, me contestó Guzmán; tengo motivos para acordarme bien, porque me ha tratado muy brutalmente.

"—¡Pero entonces traiciona! ¡va á entregar al Emperador!

"—¿No lo estáis viendo? replicó tristemente Guzmán.

"—De manera, pregunté al oficial republicano, que el Coronel López es quien os ha introducido aquí.

"—Ciertamente, me contestó sonriendo; pero os lo repito, no temáis nada, somos del ejército regular. No se os hará mal; os habéis batido demasiado bien durante el sitio para no obtener miramientos de nuestros jefes.

"Me volví hacia la Cruz, con la esperanza de ver brillar el relámpago de un cañonazo. Me esforcé en oír un ruido cualquiera que indicara la resistencia, un movimiento, una señal. Nada, nada!...

"La masa negra é imponente del convento se destacaba sola en la obscuridad, y el silencio más completo reinaba por todas partes.

"Era yo prisionero; los republicanos habían entrado en Querétaro.

"Sin duda en aquel momento, gracias á la infame traición de López, sorprendían al Emperador en su celda, así como á nuestros jefes y á las tropas que dormían en el convento y los puestos adyacentes.

"Era yo presa de una punzante emoción. Ví con desesperación que no podía hacer nada por salvarlos y salvarme á mí mismo.

"Por un momento pensé en saltar de la plataforma al jardín, lanzarme hacia la Cruz, dirigiéndome del lado del hospital, llegar á una pieza y mandar disparar un cañonazo que diera el alerta. Pero la parte del vasto jardín que tenía yo que atravesar estaba llena de magueyes y de nopales con los que tropezaría al correr, lo que retardaría mi marcha; y por otra parte, apenas abajo, sufriría el fuego de los veinticinco ó treinta fusiles que se hallaban atrás de mí.

"Viendo que era imposible la ejecución de mi proyecto, renuncié á él. Ignoraba que los republicanos habían recibido orden de no tirar hasta la última extremidad para no dar la alarma; que el General Vélez y los comandantes de los batallones de Supremos Poderes, los de Nuevo León y sus oficiales, temiendo ser atraídos á un lazo, debían volar la tapa de los sesos á López al primer asomo de resistencia, á los primeros tiros que pudieran hacer abortar la sorpresa.

"El oficial republicano, viéndome mirar del lado de la Cruz con tanta atención, adivinó una parte de mis pensamientos, porque me dijo:

"—Todo el convento está ya en nuestro poder. A la hora de ésta debe haber sido preso vuestro Emperador.

"Yo estaba atónito; algunos segundos después ví al capitán Gontron, de quien he hablado al principio de este capítulo, que se dirigía hacia á mí solo y libre en apariencia.

"—Venid, me dijo, vos que sabéis hablar el español mejor que yo, á preguntar á los *morenillos* que acaban de relevarme en el cementerio, por qué han desaparecido mi sable y mis frazadas. Yo creo que me los han robado... ¿Quiénes son esos filibusteros que ha traído aquí el Coronel López? Si no encuentro mi sable antes de cinco minutos, le rompo la cara á su ganapán de Comandante, que es completamente incivil.

"El capitán Gontron me hablaba en francés atusándose el bigote.

"En cualquiera otra ocasión creo que me habría reído de buena gana; pero se comprenderá que en aquel momento no estaba dispuesto á hacerlo.

"—Pero, capitán, exclamé, ¿no veis que somos prisioneros? el Coronel López acaba de introducir al enemigo en la plaza; los soldados que estáis viendo son del batallón de Supremos Poderes.

"El capitán se quedó como petrificado; pero después de un largo silencio dijo tristemente como por vía de consuelo:

"—¡A fe mía, tanto peor! Esto tenía que acabar de alguna manera.

"En aquel momento un jefe republicano, seguido de algunos hombres, subió corriendo á nuestra plataforma, ordenó imperiosamente dirigir la pieza hacia la Cruz, hacerla servir provisionalmente por mis artilleros desarmados, amenazando á éstos con fusilarlos si vacilaban, y en fin, que se nos condujera bien escoltados á Gontron y á mí ante el General Vélez, que debía encontrarse en el interior de la Cruz.

"Estas órdenes fueron puntualmente ejecutadas: fuimos conducidos ante el General Vélez.

"Al llegar cerca del convento vimos que entraba á él un batallón republicano.

"A cada momento esperábamos que comenzara á nuestro frente el fuego de fusilería. No sucedió así. El silencio era interrumpido solamente por el ruido sordo de la marcha del batallón enemigo, y por las voces de mando que daban á media voz sus oficiales.

"Algunos soldados de la Guardia Municipal, que llevaban raciones de vino Jerez que se había recogido la víspera en todos los almacenes y expendios de la ciudad para distribuirle á las tropas, pasaron por delante de nosotros.

"Reconocieron al capitán Gontron, y se quejaron con él de que los soldados entre quienes nos encontrábamos los habían atropellado al pasar, y sobre todo, habían bebido hasta saciarse en las marmitas que contenían las preciosas raciones, reservadas para la Guardia Municipal.

"Nos costó trabajo hacer comprender á nuestros pobres soldados que se hallaban en poder del enemigo.

"Los que nos escoltaban, no encontrando al General Vélez, nos llevaron con el Comandante del batallón de Nuevo León, quien dió orden de que se nos condujera inmediatamente á Pateo, abajo de la Cruz.

"El día comenzaba á despuntar.

"Nos hicieron volver sobre nuestros pasos. Al volver al jardín de la Cruz encontramos al Coronel de Estado Mayor, Manuel Guzmán, que acababa de ser hecho prisionero en aquel momento yendo á visitar nuestros puntos. Fué confiado también á nuestra escolta.

"—¿Pero qué pasa?—me preguntó el Coronel Guzmán con emoción.

"Le conté en pocas palabras la infamia del Coronel López.

"—Es imposible, me dijo palideciendo; eso que me contáis es imposible.

"Nos hicieron subir á los tres á la plataforma, ocupada una hora antes por la pequeña fuerza del miserable Yablowsky, el amigo de López, y después pasar al otro lado saltando sobre adobes dispuestos de prisa en forma de escalera.

"Comprendimos inmediatamente que el enemigo había penetrado por allí.

"Algunos minutos después nos hallábamos entre los sitiadores. Fuímos colocados entre dos largas filas de bayonetas, establecidas como si se esperase recibir otros muchos prisioneros." ¹

MAXIMILIANO, COMO ENTREGO LA PLAZA DE QUERÉTARO

"La Historia es concisa y seca en su enseñanza de la ocupación de Querétaro, no obstante ser ésta un punto capital, cuyos detalles dejarían menos duda en el ánimo sobre la traición de Maximiliano que la duda que deja la lectura del suceso narrado en globo. Dicen los autores de Historia, los que más dicen: que el Coronel Miguel López salió del sitio la noche del 14 de Mayo y que en la madrugada del 15 entregó la plaza por el punto de la Cruz.

"Es, pues, de importancia para la Historia, saber en detalle el hecho, referido por las mismas personas que jugaron papel principal en la escena; saber por qué, á qué hora, cómo y por dónde salió López; en qué punto preciso y línea de los republicanos fué á dar; con quién habló primero, qué dijo, cómo se internó entre la tropa enemiga, cómo habló con el General Mariano Escobedo, qué tiempo duró la entrevista y dónde fué, cómo regresó á la ciudad, qué hizo Escobedo inmediatamente después, á qué hora y cómo, López volvió á salir para entregar la plaza, su encuentro con el General Vélez, el avance de éste, su entrada en la Cruz y sus movimientos y órdenes en el campo imperial.

"Nuestra labor es de repórter, pero creemos que es una contribución á la Historia: en ésta los detalles explican los hechos y no el talento, ni la erudición, ni el arte literario del autor.

"A los Generales Julio M. Cervantes y Francisco A. Vélez se debe este glorioso hecho de armas. Su discreción y valor, á veces rayano en temeridad, que pone empeño en deslucir el partido retrógrado, constituyen el punto brillante en su hoja de servicios. Por él son acreedores á la

¹ Alberto Hans.—"Querétaro."—Págs. 173 á 186.

gratitud nacional. El porvenir les hará justicia en el desarrollo de este suceso y no se olvidará que por la República y la Patria ofrecieron su vida, la cual llegó á pender á ratos hasta de cualquiera cosa.

ENTREVISTA CON EL GENERAL JULIO M. CERVANTES

“—En el mes de Marzo de 1867, no recuerdo si á fines, las primeras posiciones que ocupé, fueron en el Cimatario. Mandaba entonces el General Régules; miento, el General Corona; pero, antes del famoso 27, nos retiraron. Algunos días después, me mandaron poner á las órdenes del General Rocha, que mandaba la 1.^a División del Ejército del Norte. Ocupaba yo, con la Brigada de San Luis, que se componía de los batallones 3.^o, 4.^o y 5.^o del Estado, la margen izquierda del río que divide la ciudad de Querétaro, en lo que se llama La Otra Banda. Mi posición era la Casa de Matanza y el Panteón clausurado de San Miguel, estando siempre dentro este perímetro y parte de lo que se llama Molino de San Antonio. Allí estuvo mi Cuartel General. Pocos días después de estar en esta posición, el General Paz, Comandante General de Artillería, fué á revisar los trabajos, tanto en el Panteón como en los demás puntos. Se hizo preciso atrincherar la Casa de Matanza y levantar, entre una pequeña llanura, la Casa de Matanza y San Miguel, una trinchera que pudiera ponernos al abrigo de golpes de mano, construyendo, además, un reducto bajo mi dirección. Una vez que el General Paz me indicó que el General Escobedo había pensado nombrarme Comandante Militar del Estado y que quería saber si estaba yo conforme, contesté que sí; primero, por la distinción honrosa que se me hacía, y segundo, porque, como era yo soldado, tenía que obedecer. Y allí recibí el nombramiento de las manos del General Escobedo. Este nombramiento se quemó también entre los papeles de que hablé á usted. Reconocía por origen los antecedentes de conocimiento que ya tenía de la posición de Querétaro, por mi estancia allí; puesto que, tanto en San Juan del Río, como en la capital del Estado, había servido y conocía algo de la localidad. Ya con el nombramiento que se me diera, me ocupé en procurar los medios para inquirir lo que pasaba en el interior, á fin de que no nos faltaran noticias, y entonces con mayor amplitud poder desarrollar mis investigaciones y saber cómo se manejaban esos señores y evitar golpes de mano. A ese efecto, pude hacerme de un señor que se llamaba Juan Sánchez, alias CAMOTE, y éste, aunque hombre burdo, pero de conciencia, hacía toda clase de sacrificios y daba informes, á veces inexactos, otras verídicos, porque su inteligencia no le ayudaba; además, servía para ponernos de acuerdo Licea y yo; pues Licea estaba más interiorizado, porque vivía en el corazón del Imperio y tenía infinidad de amigos. (Félix de Salm Salm, encargado por Maximiliano de escribir la historia del sitio de Querétaro, dice en *Mis Memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, página 152, traducción de Eduardo Gibbon y Cárdenas:

“Notamos que se hacían contraseñas de las diversas azoteas de la ciudad, y más tarde oímos “decir que había organizado el enemigo en la ciudad un sistema perfecto de espionaje. Había un “escondite de estos espías cerca de la Cruz, en las casas ocupadas ya por el enemigo. Aun oficiales liberales en traje de paisanos habían estado en la Cruz.”)

“—General, ¿qué este Licea era el médico, que en compañía de otros, hizo la autopsia de Maximiliano?

“—Sí, y era muy bien conocido en Querétaro: no era tonto, había prestado servicios al Imperio y esto le daba ocasión de estar al tanto de todo lo que pasaba, y él me proporcionaba algunas noticias.

“—Y, ¿dónde se veían ustedes?

“—Celebrábamos nuestras entrevistas en una casa que se conocía con el nombre del Torreón. Juan Sánchez salía y nos encontrábamos en este punto, mediando unos alfalfaes. Algunas ve-

ces penetraba yo hasta donde él estaba. Otras, intentaba que Licea saliera ó Hilarión Frías y Soto; pero no siempre podía conseguirse, porque el *mieditis* que tenían no les dejaba mucho tiempo para ello. Así adquirimos las noticias más precisas y veníamos resistiendo los golpes que nos preparaban. Cuando se nos indicaba que saldría una columna por lugar determinado, se aglomeraba por allí nuestra tropa y aquella encontrábase con una masa inexpugnable, y con esto fracasaba su intento. Por fin, el día 13 de Mayo en la noche hablé con Juan Sánchez y me informó del movimiento que se notaba en la plaza y de que tres columnas saldrían el 15 en la madrugada, que fué cuando ocupamos la plaza referida. Me afirmaba que saldrían tales ó cuales columnas, sin saber naturalmente si su idea era la de ruptura del sitio, concretándose á estas palabras: Van á salir, una por el camino de Celaya; la otra por la Cañada, que es la más grande, la más numerosa; y la tercera por el camino de México. Al tener yo conocimiento de todo esto, daba cuenta inmediatamente al cuartel general, que tomaba sus disposiciones, que yo conocía, y nos organizábamos para recibir el ataque. El día 14, poco antes de las seis de la tarde, más ó menos, se presentó Miguel López, dando la señal de parlamento, con un pañuelo blanco enarbolado en la punta de su espada.

“—¿Recuerda usted el punto preciso por donde López salió?”

“—Debe haber sido esto entre la calle de la Espada y los alfalfaes, probablemente cerca de la casita del Torreón; vino atravesando parte de la siembra, por el alfalfar, á venir á tropezar con el puesto avanzado mío.

“—¿Y quién era el jefe de la avanzada?”

“—El subteniente Concepción Soberanes á las órdenes del teniente Olguín.

“—López, como usted se ha servido decirme, salió como á las seis de la tarde; ¿de manera que había bastante luz? ¿Era todavía de día?”

“—Indudablemente.

“—¿Qué le dijo López á Soberanes?”

“—Que quería hablar con el jefe de la línea; y, faltando éste, con el jefe inmediato. Y fué cuando lo metió hasta mi presencia. Yo estaba en el cuartito de la esquina del molino que me servía de cuartel general. En esos momentos estaba comiendo con los Coroneles Carlos Fuero, Juan López, el jefe de mi Estado Mayor, Evaristo Dávalos y otros jefes, cuando llegó Soberanes con el hombre este. Le reprendí por tal imprudencia.

“—¿Y qué le dijo á usted?”

“—¿Quién es usted? le pregunté.—El Coronel Miguel López, me contestó, del Regimiento de la Emperatriz. Traigo una misión.—Dígame cuál es.—No puedo decir nada, hasta que no me pongan en presencia del General Escobedo.

“Entonces le ordené á Dávalos que fuera á avisarle al General Escobedo, que un jefe de las fuerzas imperiales acababa de salir de la plaza y traía una misión cerca de él; que si se lo mandaba ó lo retenía.

“—En ese intervalo, ¿López platicó con usted?”

“—No recuerdo si atravesamos algunas palabras.

“—¿Vestía uniforme?”

“—Sí, su traje de militar.

“—¿Se le notaba inquietud? ¿Tenía miedo?”

“—No, nada; estaba tan tranquilo que ni le conmovió siquiera el recibimiento duro y cruel que le hice: no le ofrecí una silla ni que comer. Obraba yo con la grosería propia, con el encono que había entre un partido y otro. No se inmutó por nada de eso.

“Llegó por fin mi comisionado y me dijo que la orden del General era que retuviera yo á ese hombre hasta que viniera. A poco llegó á caballo con un ordenanza, se apeó y me dijo: —¿Quién es ese jefe?—Dice que es el Coronel Miguel López, jefe del Regimiento de la Emperatriz.

“Entonces salió López y saludó con mucho respeto al General Escobedo; se quitó el kepí.

Esto sería como á las seis de la tarde.—¿Qué desea usted? preguntó el General Escobedo á López.—Deseo hablar reservadamente con usted, contestó López. Y se metieron en el cuartito y nosotros nos retiramos á cierta distancia.

“—¿Qué tiempo habrían?

“—Como un cuarto de hora.

“Una vez que hablaron y salieron del cuartito, López le daba la mano al General Escobedo, pero se la rehusó diciendo:—Acompañen á este hombre; que lo saquen de la línea con las formalidades necesarias, sin causarle algún mal. (Sabemos por un altísimo personaje que López salió de las filas republicanas acompañado del General Julio M. Cervantes, quien recibió esta orden del General Escobedo:—Vaya usted con ese hombre á ver si es cierta la misión que trae.

“El General Cervantes, en compañía de López, entró en el sitio por una puerta de la Cruz y penetró en el convento, donde subió al piso alto, en que habitaba Maximiliano. Cuando llegaron á las habitaciones de éste, López dijo al General Cervantes que esperara un momento.

“—¿Y si me reconocen?—preguntó el General Cervantes.

“—No tenga usted cuidado—dijo López.

“El General Cervantes iba vestido de militar y su traje fácilmente podía confundirse con el de muchos jefes imperiales.

“Transcurrido un instante, apareció López con el Emperador quien, después de escuchar á López que le decía algo al oído, habló así, con voz natural, dirigiéndose al General Cervantes:

“—Perfectamente autorizado, perfectamente autorizado.

“Había ya oscurecido cuando el General Cervantes volvió á su punto.

“Al General Cervantes, invocándole su honor, le hemos preguntado acerca de ese suceso, de verdadera importancia para la Historia, y ha guardado silencio, pero sin negarlo.)

Se le vendaron los ojos á López, para volver á la ciudad; mas la parte visible, donde estaba el reducto, ya había tenido oportunidad de observarla á su entrada; de manera que hasta salió sobrando esta precaución. En seguida me dijo el General Escobedo:—Esté usted prevenido y listo para cualquiera circunstancia que pueda sobrevenir. Ya le mandaré órdenes.

“—General, cuando usted sacó á López fuera de su línea, ¿hablaron algo?

“—Hablamos unas cuantas palabras.

“—¿No le dijo á usted si la situación del ejército imperial era muy seria? ¿Si se habían acabado sus elementos de defensa? ¿Si había perdido la moral?

“—No.

“—¿Le habló algo del Emperador?

“—No.

“—¿Guardó secreto acerca de lo que habló con el General Escobedo?

“—Indudablemente, porque hubiera sido tanto como confesar á lo que iba y él se negó á decírmelo desde un principio.

“—Siguiendo nuestro relato, manifestaré á usted, que después de este suceso, me puse á reconcentrar mis tropas, para ponerlas en disposición de marchar. Inmediatamente, entre otras disposiciones, se dió la de que si se oían unos tiros, se dispararan cañonazos sobre el Cerro de las Campanas y las Cruces, para proteger, por lo que pudiera suceder. Sin haber oído muy bien, al día siguiente, temprano, dispuse que se tiraran algunos cañonazos y recibí luego la orden de marchar hacia el Cerro de las Campanas. Y así se verificó. Cuando llegué, Maximiliano había entregado su espada á Escobedo; Vélez, entrado en la Cruz; y las tropas, penetrado en el centro de la plaza. Después se procedió al cateo.”

(“Últimas Horas del Imperio.”—Angel Pola. México, 1903. Págs. XXXVII á XLVII.)

OCUPACION DE QUERETARO, 15 DE MAYO DE 1867.—ANALES DEL PADRE
DON AGUSTIN RIVERA

“El individuo á quien el General en jefe republicano había confiado la empresa de hacerse dueño del punto, fué el General D. Francisco A. Vélez. . . . Se pusieron á sus órdenes los excelentes batallones denominados “Supremos Poderes” y “Nuevo León.” Se dirigió con las precauciones debidas, seguido del General D. Feliciano Chavarría, del joven Coronel D. José Rincón (Gallardo), de D. Agustín Lozano, Coronel también, así como otros jefes de los batallones referidos, al sitio de que debía hacerse dueño. . . . Eran como las dos de la madrugada, cuando guardando el mayor silencio posible y favorecido por la intensa obscuridad que reinaba, penetró por la huerta de La Cruz, por la cañonera derecha de la barda izquierda, de que se había hecho retirar la pieza de artillería que allí había estado situada, por hacer parte de las que debían formar la batería de ataque, en la salida que se había proyectado verificar. Una vez dentro de la fortaleza la tropa republicana, la ocupación de los diversos puntos de ella en que había alguna guardia, fué cosa que se ejecutó fácilmente. Nadie desconfiaba de D. Miguel López, y siendo, además, jefe de la línea, no podía llamar la atención de que nadie que transitara en el interior del perímetro al frente de las tropas que se habían introducido, y mucho menos cuando no tenía motivo para sospechar que perteneciese al ejército republicano. Conducidos, pues, los batallones “Supremos Poderes” y “Nuevo León” por D. Miguel López, todas las guardias imperia- listas fueron relevadas por fuerzas liberales, sin que aquéllas maliciasen la más leve cosa, puesto que el relevo lo mandaba el mismo jefe encargado del punto. Por la manera de que se valió para hacerse de la plataforma en que se hallaba el subteniente de artillería D. Alberto Hans, podrá el lector figurarse cómo se haría de los demás puntos de los parapetos, custodiados por cortas fuerzas que se juzgaban en el deber de obedecer sus órdenes. La noche era bastante fresca y la obscuridad apenas permitía distinguir los objetos. El joven subteniente D. Alberto Hans, para vencer el sueño, según él mismo dice en una obra sobre los acontecimientos de Querétaro, se puso á pasear sobre la plataforma. Después, viendo que no tardaría mucho en amanecer, se sentó en la cureña de una pieza de 8, embozándose en una manta, que en México tiene el nombre de *sarape*. De repente, le pareció oír pasos de algunos que se dirigían rápidamente hacia la plataforma, y á poco se presentó á su vista el Coronel D. Miguel López, á quien reconoció por su vistoso uniforme bordado de plata que usaba. El joven subteniente le saludó. D. Miguel López, mostrándole entonces la tropa que con él iba, le dijo con precipitación: “Aquí está un re- fuerzo de infantería; despierte usted inmediatamente á sus artilleros; mande usted retirar esta “pieza de su tronera y oblicuela usted á la izquierda, pero pronto.” D. Alberto Hans, pensando que había llegado el momento de la salida, despertó inmediatamente á los artilleros; pero no habiéndose levantado el sargento Guzmán, que era anciano y estaba algo enfermo, con la prontitud que D. Miguel López anhelaba, le respondió éste ásperamente hasta que le vió en pie. Entonces reiteró sus órdenes al subteniente Hans y partió precipitadamente, dejando el pelotón de infantería que había llevado, el cual estaba mandado por un oficial. El joven subteniente obedeció con puntualidad la orden recibida. Considerando que los sitiadores trataban de penetrar hacia la izquierda, como lo había indicado D. Miguel López, mandó agregar un bote de metralla á la carga que tenía ya en el cañón, y dió á éste la dirección requerida. Durante esta operación, la fuerza de infantería que había dejado D. Miguel López, se formó detrás de la pieza de artillería. Cuando terminado el trabajo de colocar el cañón, el subteniente Hans se iba á ceñir la espada que se había quitado para trabajar con más desembarazo, se encontró sin ella, así como sin sus carabinas los artilleros. No dudando que los soldados que había dejado D. Miguel López como refuerzo, fuesen los que habían hecho desaparecer aquellas armas, se acercó al oficial para reclamarlas. Al ver que éste respondía vagamente y como tratando de esquivar toda conversación, le miró con cuidado y vió, no sólo que la fisonomía de él le era enteramente desconocida,

sino que el traje de los soldados era muy descuidado. Sin embargo, pensó que aquélla debía ser la 8ª ó 9ª compañía de uno de los batallones imperialistas; pero que para reponer en lo posible las pérdidas, se habían compuesto las dos últimas compañías de cada cuerpo con reclutas de la ciudad y aun con prisioneros hechos á los sitiadores. D. Alberto Hans, extrañado, á pesar de todo, del modo de obrar de aquella fuerza, le preguntó al oficial á qué cuerpo pertenecía, y le respondió con aplomo que formaba parte de la brigada Méndez. Como el joven subteniente de artillería había pertenecido á la expresada brigada y no recordaba haber visto en ella á su interlocutor, conociendo que allí estaba pasando alguna cosa extraña, le suplicó dijera la verdadera causa de su presencia en su puesto. El interrogado le contestó que uno de los batallones que guarnecían la Cruz iba á sublevarse y á dejar penetrar á los republicanos en la plaza; pero que, por fortuna, la conspiración había transpirado, y se mandaba relevar todos los puntos con su cuerpo. Al escuchar esta noticia D. Alberto Hans trató de ir á hablar á D. Miguel López que, según el oficial le dijo, se hallaba en el punto del Cementerio; pero en el momento de bajar de la plataforma, un centinela que él no había notado, desde luego le detuvo, dándole el grito de: ¡Alto ahí! El subteniente Hans, comprendiendo que el centinela tenía la consigna de no dejar bajar á nadie, se dirigió al oficial á fin de obtener para él la revocación de aquella orden. El oficial eludió la respuesta. Instado éste por varias preguntas que le hizo el expresado subteniente Hans, le dijo al fin: "No tema usted nada señor; está entre soldados del ejército regular; no "somos guerrilleros; pertenecemos al batallón de "Supremos Poderes" de la República." El joven subteniente quedó aterrado: un frío glacial se apoderó de todo su cuerpo; le parecía estar soñando; los sitiadores estaban allí; eran dueños de la plaza. Asombrado de lo que veía y escuchaba, D. Alberto Hans preguntó al oficial republicano, si el Coronel D. Miguel López era quien le había conducido allí. "Ciertamente, le respondió sonriendo el oficial; pero le repito á usted que "nada tiene usted que temer, porque somos del ejército regular; no se le hará daño ninguno." El joven subteniente se hallaba prisionero con la poca fuerza que mandaba, como se hallaban todos los jefes y oficiales que habían estado encargados de los puntos que mandaba D. Miguel López. Para cada comandante de las guardias que llegó á relevar con las fuerzas republicanas, tenía un motivo diverso que exponer. Ya el lector ha visto lo que ordenó al subteniente Hans. Pues bien, al comandante del Panteón, le dijo: "que un batallón del General D. Leonardo Márquez, burlando la vigilancia de los sitiadores, había penetrado en la plaza, y tropa de ese batallón era la que le seguía para relevar la empleada en aquellos puntos, que debía incorporarse al "suyo, pues se iba á emprender un movimiento á la madrugada." De esta manera fueron quedando prisioneros los defensores de la Cruz, sin que se llegase á disparar un tiro, y con un silencio admirables. Deseando D. Miguel López salvar al Emperador, como se había propuesto desde un principio, hizo llamar al Teniente Coronel D. Antonio Yablowski, y le ordenó que marchase prontamente al alojamiento de Maximiliano, situado en el Claustro de la Cruz; le dijera que había sido sorprendido y hecho prisionero en la huerta de la Cruz, por las fuerzas republicanas que habían penetrado sorprendiendo la entrada por la barda de ella, y que procurase ponerse en salvo. Eran entonces las tres de la mañana. Yablowski marchó con el encargo que se le había hecho.

"Sorprendidos la Cruz y el Cementerio, las fuerzas republicanas procuraban hacerse dueñas con la mayor prontitud de todo el edificio, lo cual lograron fácilmente y sin ruido, puesto que iban guiados por D. Miguel López y protegidos por la obscuridad de la noche. El Coronel republicano D. José Rincón Gallardo, ocupó con sus tropas las alturas del convento, las escaleras, los patios y todas las salidas, desarmando á la gendarmería, así como á la compañía de Ingenieros, al batallón del Emperador y á los voluntarios, antes de que despertasen completamente. Los republicanos, dice Hans en su obra sobre los acontecimientos de Querétaro, se echaron después, sin ruido, sobre la artillería formada en la plaza de la Cruz, y que esperaba el momento de ponerse en marcha para la salida del siguiente día. Se apoderaron también de la flecha que defendía la izquierda de la Cruz, de la iglesia contigua, de los trabajos de la derecha del Hospital, de los almacenes del parque de Artillería que se encontraba también de aquel lado. La corta reserva com-

puesta de una parte del 3º de línea, que descansaba en el patio de entrada y en los corredores del hospital, fué desarmada y hecha prisionera con la facilidad que se encuentra en todos los detalles de esta sorpresa, gracias á D. Miguel López que guiaba á los republicanos y daba las órdenes necesarias para prevenir ó impedir toda resistencia. Como nadie sospechaba ni comprendía lo que pasaba, no se disparó un solo tiro, ni se dió un grito de alarma, mientras que el cuartel general y sus anexos caían en poder de los republicanos, en medio de una calma fantástica. En el momento en que las fuerzas republicanas estuvieron en posesión de la Cruz, que era el punto dominante y clave de la ciudad, que debía considerarse como la toma de Querétaro, el Teniente Coronel Yablowsky, llegó al alojamiento del General imperialista D. Severo del Castillo, y despertándole inmediatamente, le dijo que los republicanos habían penetrado en la Cruz, y que procurase salvar al Emperador, á quien acababa de comunicar la misma alarmante noticia por medio de una de las personas de su servicio. Serían entonces las cuatro de la mañana. La obscuridad era completa. El primero que penetró en la habitación de Maximiliano comunicándole lo que pasaba, fué su Secretario D. José L. Blasio. Pocos momentos después entró á comunicarle la misma noticia el Teniente Coronel D. Agustín Pradillo, que era su oficial de órdenes. Pradillo, que había ido á cerciorarse por sí mismo de lo que pasaba y vió ocupado el edificio de la Cruz y tomadas las ocho piezas de artillería que estaban en la plazuela, puso en conocimiento del Soberano cuanto acababa de observar.

“El príncipe de Salm Salm, á quien también había avisado Yablowsky de lo que pasaba, diciéndole que salvase al Emperador, entró á la habitación de éste, á donde había acudido igualmente Castillo. Maximiliano tomó unos papeles importantes, dió una de sus pistolas á Pradillo, empuñó él la otra y acompañado de éste, del General Castillo, de Blasio y de Salm Salm, salió de su habitación, á la puerta de la cual, dijo: “Salir de aquí ó morir es el único camino.” Dichas estas palabras, atravesó el corredor, seguido de los cuatro individuos referidos. Llevaba el Emperador su uniforme de General de División; pero iba cubierto con un sobretodo que se puso para resguardarse del frío de la mañana: el sombrero era de anchas alas, bordado de oro en su parte inferior, llamado en el país *jarano*. El General Castillo, así como el príncipe de Salm Salm y Pradillo iban de riguroso uniforme. Al bajar la escalera, encontraron en ella un centinela republicano del Batallón de “Supremos Poderes,” que tomando á Maximiliano por uno de los jefes del ejército liberal, no sólo por el sombrero que llevaba, sino también por el desenfado con que se acercaba, echó armas al hombro, dejándolo pasar, correspondiéndole el Emperador á aquel saludo. Maximiliano y los que con él iban continuaron su marcha, y en el patio que atravesaban, se hallaron con una compañía del mismo batallón de “Supremos Poderes.” Fuera ya del patio y al salir á la plazuela, se encontraron con otra fuerza también republicana, que custodiaba allí la artillería. Maximiliano, amartillando su pistola, dijo á los suyos: “Adelante,” y siguió intrépido su marcha. A pocos pasos fueron alcanzados por algunos oficiales republicanos que les marcaron el alto; pero el Emperador resuelto á arrostrar todos los peligros ó perecer, lejos de intimidarse y retroceder, preparó su pistola y repitió á sus cuatro adictos la palabra “Adelante.” En esos momentos se interpusieron algunos soldados republicanos al paso de los cinco, rodeándoles para que se detuvieran. D. Miguel López, que se hallaba entre los oficiales que habían marcado el alto, se acercó á reconocer á los detenidos, y viendo que era el Emperador, á quien tenía empeño en salvar, dijo en alta voz á los soldados: “Esos señores pueden pasar; son paisanos.” Los soldados obedecieron, aunque los que habían sido detenidos vestían traje militar; y Maximiliano, con sus cuatro leales servidores, continuó su marcha á paso acelerado. Al llegar al cuartel de la escolta del Emperador, éste le dijo á Pradillo: “Sería conveniente que me trajesen mi caballo.” Para obsequiar el deseo del Soberano. Pradillo se separó de él, á fin de conducirle el corcel, y Maximiliano, seguido de Salm Salm, de Castillo y de Blasio, llegó hasta el palacio departamental, donde se detuvo.

“Entretanto, el Coronel republicano D. José Rincón Gallardo, después de haber dejado asegurada la posesión de la Cruz, y guiado por D. Miguel López, se dirigió al centro de la plaza, al frente del batallón de “Nuevo León.” Como en el convento de San Francisco se hallaba el par-

que general de los imperialistas, y la posesión del punto era más importante, marchó á apoderarse de él y de la torre. Pronto se hizo dueño de ambas cosas; pues viendo el jefe de la división de artillería, D. Félix Becerra, que allí mandaba, que D. Miguel López acompañaba á la fuerza, lo dejó entrar sin desconfianza, siendo hecho prisionero en el acto con los soldados que tenía. No habían transcurrido más que algunos momentos, cuando la escolta imperial y el escuadrón de húsares austro-mexicanos pasaban por el mismo punto de San Francisco que acababa de caer en poder de los republicanos, para irse á incorporar con el Emperador en el cerro de las Campanas. Don Miguel López, que era su jefe directo, les mandó hacer alto y desmontar de sus caballos. Obedecida la orden sin desconfianza, hizo prisioneros al capitán Paulowsky y á sus oficiales, así como á los de la escolta imperial, y mandó á los soldados que depusieran sus armas, que fueron recogidas inmediatamente por la tropa republicana. Igual cosa hizo con todos los destacamentos que encontró y que marchaban hacia el punto de reunión.

“Pradillo llegó á los pocos instantes conduciendo el caballo del Soberano. Casi en el mismo momento se presentó D. Miguel López montado en un excelente alazán. El Emperador le preguntó: “¿Qué es lo que pasa, Coronel López?” Este, interesado en que se pusiera en salvo, le contestó: “Señor, todo está perdido; vea Vuestra Majestad la tropa enemiga que viene muy cerca.” Maximiliano se dirigió al cerro de las Campanas, á cuyo punto había encargado se citase á Mejía y á varios jefes de su ejército. Cuando llegó, sólo encontró en él ciento cuarenta hombres de infantería de que disponer. Poco después llegó el General D. Tomás Mejía con una corta fuerza de caballería. En seguida de él y sucesivamente, fueron llegando los Coroneles Segura, Campos y otros jefes y oficiales, unos solos y otros con algunos pocos soldados que habían podido reunir. El Emperador esperaba con impaciencia la llegada del General D. Miguel Miramón. A él únicamente aguardaba para acometer por una de las líneas de los sitiadores y abrirse paso: Cada vez que se veía á alguna distancia alguna corta fuerza de imperialistas que llegaba al Cerro, le decía á Pradillo: “Vea usted “si en el grupo que viene allí se distingue á Miguel: sólo á él espero; no quiero serle inconsecuente.” En aquellos momentos llegó el regimiento de la Emperatriz, llevando á su frente al Coronel D. Pedro A. González. González le comunicó entonces una noticia que conmovió profundamente al Emperador. La noticia fué que Miramón había sido herido, y que se le operaba en aquellos momentos. El joven General había salido muy temprano de su casa y se dirigió hacia la Cruz, muy ajeno de imaginarse siquiera que la posición había sido ocupada por fuerzas republicanas, cuando al pasar por la plaza de San Francisco, encontró á un oficial de la escolta del Emperador que se dirigía corriendo al Cerro de las Campanas. “Mi General, dijo á Miramón deteniéndose un instante “nos han vendido: la Cruz está en poder de los republicanos.” Miramón sacó su pistola de seis tiros, y se dirigió hacia la Cruz seguido de sus ayudantes. No bien habían andado algunos pasos, cuando se encontró con un destacamento republicano, cuyo oficial adelantándose rápidamente, disparó sobre Miramón varios balazos con una pistola giratoria de ocho tiros. Una de las balas fué á dar en el pecho del ayudante Ordóñez, que cayó muerto. Miramón recibió un balazo en la mejilla derecha; viendo que la sangre corría en abundancia de su mejilla, sacó un pañuelo y trató de contenerla. Entonces, disparando el último tiro, emprendió la retirada con el fin de que se le detuviera la sangre, recibiendo la primera curación en el instante, para marchar en seguida á reunir los soldados que pudiera y batirse, entró en la casa del médico D. José Licea.

“La situación del Emperador y de los que habían logrado reunirse á él, era cada vez más crítica. Toda la fuerza reunida en el Cerro de las Campanas, sólo ascendía á ochocientos hombres. En seguida les ordenó (á Mejía y á Castillo) que entrasen á deliberar en una tienda de campaña que en el cerro había. Mientras los dos referidos Generales se ocupaban en ver lo que sería más conveniente hacer, el Emperador esperaba la determinación que tomasen sus Generales, paseándose solo en el recinto del reducto. Conociendo que podría ser hecho prisionero, se acercó al instruido abogado D. Ignacio Alvarez á quien distinguía con su aprecio su leal Ministro D. Manuel García Aguirre, y le dijo: “Quisiera que me indicase usted cómo podría evitar “que cayeran en poder de los republicanos mis condecoraciones, mi cartera, mi reloj y algunos

"otros objetos que traigo y deseo que no se pierdan." D. Ignacio Alvarez le contestó: "Señor, el escribiente de Vuestra Majestad, D. José Blasio, podría salvarlo todo." Una granada cayó al terminar estas palabras á distancia de algunos pasos del Emperador y del que con él hablaba. El proyectil reventó, llenando de tierra á los dos, pero sin herir á ninguno de ellos. El Emperador sacó entonces de uno de los bolsillos de su sobretodo, un paquetito de papeles y dió orden á su escribiente D. José Blasio y al capitán Fuerstenvaerther, de que los quemasen en la tienda de campaña. Pronto aquellos pliegos fueron reducidos á cenizas, sin que nadie haya sabido lo que contenían.

"Como no obstante haber enarbolado bandera blanca, los sitiadores continuaban lanzando una lluvia de balas de cañón y granadas, del cerro de San Gregorio y de otros puntos, sin duda porque no habían visto la señal, se colocaron otras varias sobre los parapetos del reducto. Entonces Maximiliano, acompañado de sus Generales, jefes y oficiales, empezó á descender del Cerro de las Campanas, para dirigirse á donde se hallaba el General D. Ramón Corona. En seguida un oficial francés llamado Félix d' Acis, preguntó al Emperador mirándole con altanería, si era Maximiliano. El Emperador le respondió sonriendo desdeñosamente: "Con efecto, yo soy Maximiliano." Entonces el oficial francés descubriéndose la cabeza, dijo en tono enfático y tomando una actitud burlesca: "Maximiliano de Austria, yo te saludo." El Emperador le envió una mirada despreciativa y volviéndole la espalda, etc. Cuando se hallaba cerca de la garita de Celaya, se detuvo, viendo que se dirigían á su encuentro el segundo General en jefe, Corona, acompañado del General Cortina, y de su Estado Mayor, Maximiliano indicó en seguida al General republicano que anhelaba hablarle aparte. En los momentos en que el ilustre prisionero iba á tomar la palabra, llegó á caballo un ayudante del General en jefe Don Mariano Escobedo, con la orden de que se condujera á los prisioneros al cuartel general. Corona puso entonces á disposición del expresado ayudante á todos los jefes imperialistas, á excepción del Emperador, Mejía, Castillo, el príncipe de Salm Salm y Pradillo, á quienes, para que nadie pudiera ofenderles, quiso acompañarles él mismo. El ayudante de Escobedo partió con los jefes y oficiales imperialistas, escoltando á los primeros una fuerza del regimiento de Cazadores de Galeana. Pocos instantes después, Corona se dirigía con Maximiliano y sus cuatro leales adictos hacia la garita de San Pablo, por donde iba á su encuentro Escobedo. Presentó á éste sus prisioneros, dándole cuenta de lo acontecido en aquel momento. Maximiliano al ser presentado á Escobedo, se desciñó la espada y entregándola al jefe republicano, dijo con dignidad: "Yo soy prisionero de usted." Escobedo tomó la espada y la dió al jefe de su Estado Mayor. En seguida dictó algunas disposiciones, y una parte de su escolta partió á poco llevando presos á Mejía, Castillo y Pradillo, quedando (con Escobedo) el Emperador y el príncipe de Salm Salm. Encargó (poco después Escobedo) al General D. Vicente Riva Palacio que condujese á Maximiliano al convento de la Cruz. Cuando llegó á la Cruz, el Emperador desmontó de su caballo y se lo regaló á Riva Palacio, como una manifestación de aprecio por las bellas cualidades que le distinguían. La pieza destinada para prisión de Maximiliano, era la misma que le había servido de alojamiento; pero de ella había desaparecido todo, excepto su catre de campaña, una mesa y una silla. El egregio prisionero quedó solo en su prisión, entregado á sus pensamientos. En el corredor, frente al cuarto que ocupaba, se colocó una compañía de los Supremos Poderes, con un centinela delante de la puerta, y otra fuerza se puso en una azotea que quedaba frente de la puerta en la otra extremidad. Los Generales D. Tomás Mejía y D. Severo del Castillo, fueron colocados en el cuarto del Dr. Basch. A Pradillo, al príncipe de Salm Salm, al secretario D. José Blasio y al conde Pachta, se les puso en un cuarto al cual se entraba por la misma azotea que arriba dejo referida; de manera que, pasando por ella, podían comunicarse con el Emperador. Eran entonces las diez de la mañana.

"Entre los dignos jefes republicanos que le visitaron (á Maximiliano), se hallaba D. José Rincón Gallardo y su hermano D. Pedro. Estaba con el Emperador, en aquellos momentos el príncipe de Salm Salm. Blasio y Pradillo. En la conversación, uno de los oficiales republicanos, refirió los pormenores con que había sido entregado el punto de la Cruz, haciendo saber á Maximiliano, que quien había dado entrada á la fuerza sitiadora, era D. Miguel López."

CAPITULO XII

Prisión de Maximiliano en el Convento de Capuchinas.—El Consejo de Guerra.—La sentencia.—Capuchinas, la prisión de Maximiliano, Miramón y Mejía.—Proceso de Fernando Maximiliano de Hapsburgo y los prisioneros Miramón y Mejía.

LA PRISION DE MAXIMILIANO EN CAPUCHINAS.—EL CONSEJO DE GUERRA.—LA SENTENCIA



A pequeña y humilde celda del Convento de Capuchinas era el sitio donde se representaba un drama terrible.

“Magnus, Lago, Hoorrichs, Curtopassi y Forest habían llegado á Querétaro llamados por Maximiliano. Con ellos habían venido Riva Palacio y Martínez de la Torre, defensores del Archiduque, quienes habían partido para San Luis á solicitar del Gobierno la gracia del prisionero. Ortega y Vázquez, patronos también del Archiduque, permanecieron á su lado para llevar su voz en la defensa frente al Consejo de Guerra.

“Cuando la sumaria estuvo en estado de verse en Consejo, éste se reunió, á pesar de la cuestión de competencia que promovían los defensores.

“Era el día 13 de Junio de 1867 siempre el número trece proyectando su fatídico reflejo sobre la vida de Maximiliano.

“En la mañana, á las ocho, quedó solo el archiduque en su celda. Sus dos Generales habían sido llevados ante el tribunal, y los cuatro abogados los acompañaban.

“Aquellas horas de expectativa, durante las cuales se discutía una cuestión de vida, deben haber sido terribles para Maximiliano. En aquella soledad que sólo interrumpían los pasos acompañados de los centinelas, un frío de muerte sacudió sin duda con su rápida trepidación aquel corazón de héroe.

“A las once del día llegó el fiscal acompañado de su secretario á certificar que el prisionero no podía asistir al Consejo de Guerra, como lo habíamos asegurado ya los médicos que lo vimos. Terminada esta formalidad se retiró.

“Tan terrible expectativa se prolongó durante muchas horas, hasta que el fiscal tornó á comunicarle que había sido condenado á muerte. El Emperador oyó con tranquila dignidad aquella sentencia. Dos soles habían pasado sobre su existencia sin que los sintiera, aguardando tan solemne desenlace.

“Con él debían morir sus dos Generales, quienes habían vuelto á su prisión, después del Consejo, tan serenos como habían salido de allí.

“Apenas se conoció el resultado del juicio, una inmensa súplica se levantó de todas partes, pidiendo á Juárez el perdón de los reos; pero todo fué inútil.

“La sentencia debió ejecutarse el domingo 16 de Junio á las dos de la tarde; pero el Gobierno concedió una prórroga de tres días, por haberlo impetrado así los defensores.

“Estos creyeron sin duda que así dispondrían de tiempo suficiente para obtener el indulto: si no, jamás habrían tal vez intentado prolongar por tanto tiempo la dolorosa agonía de los condenados.

"Pero Maximiliano, quien por más que se haya dicho, jamás creyó en su salvación, empleó aquellos días en arreglar todos sus negocios de corazón, jamás tuvo otros.

"Sus amigos, sus recuerdos de familia, fué lo único que lo ocupó en los últimos momentos. Sin esa jactancia de valor que siempre oculta un resquicio de miedo, sino con serena dulzura escribió á todas las personas á quienes creía deber un afecto ó un servicio.

"Cuando concluyó con sus sentimientos terrestres pensó en el cielo y se postró de rodillas á los pies de su confesor. Aquel rey era más grande haciendo su tocador de la muerte que soñándose lleno de majestad en el palacio monumental de Caserta.

"El 18 de Junio estaba yo en el Hospital Militar situado fuera de la ciudad, en la fábrica de Hércules, cuando recibí una triste indicación. Uno de los defensores del Archiduque, me invitaba á que practicara juntamente con el Dr. Siroub, el embalsamamiento del Emperador. Aún no se calculaba entonces que el Gobierno se encargaría de confiar esta operación á otros médicos; por eso no tuvo resultado la excitativa.

"En la noche de ese día entré á la ciudad y me dirigí al cuartel general; allí encontré á Doria, quien me tendió un papel á fin de que lo leyera: el joven Coronel estaba pálido, y sus ojos se habían humedecido,

"Tomé la pequeña esquila dirigida á Escobedo, y leí lo siguiente:

Querétaro, Junio 18 de 1867.

"Señor General:

"Deseo, si me es posible, el que mi cuerpo sea entregado al señor barón de Magnus y al señor "doctor Samuel Basch, para que sea conducido á Europa, y el señor Magnus se encargará de "embalsamarlo, conducirlo y demás cosas necesarias. — *Maximiliano.*"

"Yo me estremecí, porque aquello era horrible. Un joven radiante de juventud, de valor y de inteligencia, disponiendo de su cadáver que al día siguiente estaría rígido, frío y sangrando por las heridas de cinco balas, sin lucha y sin combate.

"He reproducido esta carta textualmente y sin alterar su estilo ni su ortografía: toda estaba escrita de puño y letra de Maximiliano, sin que se notara una sola vacilación en su mano al escribirla. El príncipe tenía un gran corazón.

"Por fin amaneció el 19, y con esa rapidez con que pasa la aurora en aquellos días de verano, muy pronto estuvo el espacio inundado de luz, sin que la saludaran esos tiernísimos gorjeos del ave, ni el impalpable y perfumado aroma de la flor.

"En la celda de Maximiliano había un silencio fúnebre; sólo se oía chisporrotear la cera de las velas que ardían en el altar que allí se improvisó, y cuyas llamas se opacaban con la luz matutina.

"Los leales y últimos amigos de Maximiliano estaban horriblemente pálidos y en sus ojos se adivinaban las huellas del llanto; pero nadie se atrevió á llorar delante del príncipe que mostraba un valor tan sereno.

"Se oyó el redoble de los tambores que tocaron llamada; el tropel de la caballería que debía escoltar á los reos de muerte; el ruido de los carruajes que debían conducirlos al suplicio, y al fin, el paso acompasado de la escolta que venía por ellos.

"Maximiliano recibió con una dulce sonrisa al oficial que llegó á decirle que ya era hora: ni encono demostró jamás á los que lo habían vencido, juzgado y sentenciado. Pidió un pañuelo grande á fin de cubrir su hermosa barba para que no se incendiara con la explosión tan cercana de los fusiles; nada olvidó, y quería que su madre pudiera contemplar su rostro no desfigurado; por eso encargó á los soldados del pelotón, que le apuntaran al pecho.

"Se despidió de sus amigos, entregó á su médico su anillo nupcial, dió á los presentes las gra-

cias por los servicios que le habían hecho, y salió entre la hilera de soldados, admirando la belleza del cielo, y diciendo que en un día como aquél había querido morir.

“La fúnebre comitiva se alejó, y todo quedó sumido en religioso silencio.

“Pasada media hora, se escuchó una fuerte y triple detonación.

“Maximiliano, Miramón y Mejía, habían dejado de existir.

“Poco después, el cadáver del Emperador fué depositado en la iglesia de Capuchinas. Llegaron los médicos nombrados para hacer el embalsamamiento, y al punto comenzaron su operación.

“Los cuerpos de los dos Generales del Imperio habían sido entregados á sus familias.

“La ansiedad de los demás prisioneros que debían ser juzgados á su vez por la terrible ley de 25 de Enero de 1862, comenzó entonces con más vigor, porque no creían salvar de una pena cuando la habían visto caer sobre cabezas tan altas.

“Olvidaban que el rayo descarga siempre sobre las alturas.”

(Hilarión Frías y Soto. “México, Francia y Maximiliano.” Págs. 581 á 585.)

CAPUCHINAS.—LA PRISION DE MAXIMILIANO, MIRAMON Y MEJIA,
POR EL LIC. CELESTINO DIAZ

“Una vez en el interior de la casa (antes convento de Capuchinas), pasaremos desde luego al piso alto; los bajos no prestan interés alguno. La escalera que facilita el acceso á la parte superior es moderna y no existía en 1867: el corredor á donde se llega, concluída aquélla, se prolongaba en dirección recta hacia los demás claustros, y aún se nota la señal de haberse tapado recientemente la comunicación, en la pared que mira al mismo corredor. Por esa puerta de comunicación hoy tapada, salieron los prisioneros al patíbulo. Siguiendo por el mismo corredor, que está en la dirección de E. á O., llegaremos á otro con el que forma escuadra y está en dirección de N. á S. A este último tienen salida dos piezas: la primera, ó sea la que queda á nuestra derecha viendo para las mismas, es la que sirvió de prisión al General Tomás Mejía; el balcón para la calle queda enfrente de la entrada: dormía en un lecho colocado en el rincón izquierdo de nuestro frente; esta pieza está completamente aislada. La segunda es la que habitó el malogrado General Miguel Miramón; tenía su lecho en la misma situación que el anterior. Esta pieza está colocada arriba del zaguán de entrada, y tiene á la izquierda una puerta de comunicación con otra pieza, que fué la que sirvió de última morada en la vida al infortunado Maximiliano de Austria. Dando, pues, el frente para la calle, la de Maximiliano queda á la izquierda, la de Mejía á la derecha, y la de Miramón en el centro.

“Conocida la situación de las piezas, cuyos techos y pisos, así como los de los corredores que á ellas conducen, se conservan exactamente en el mismo estado que las dejaron sus últimos moradores, daremos á conocer un detalle que pertenece á la historia de la prisión de aquellos tres personajes.

“La pared de la izquierda del cuarto ocupado por el Archiduque, es la divisoria de esta pieza y de un torreón por donde antiguamente se subía al campanario de la iglesia vecina. En la época de que nos ocupamos faltaba completamente la escalera, quedando el cañón de mampostería, rematando por arriba en las bóvedas del convento y por abajo en una antiquísima cochera, porque la escalera, cuando existió, sólo llegaba á los altos. La princesa de Salm-Salm, concibió el proyecto de salvar al Archiduque, horadando esta pared y favorecer la fuga por la vieja cochera, de la que hoy ni vestigios quedan. Todos los mexicanos sabemos cómo fracasó ese proyecto, por cuya razón creemos inútil repetirlo.

“Los prisioneros cuando salieron al suplicio, tomaron por el corredor que queda en el frente de la pieza que habitó D. Miguel Miramón, hasta llegar á la escalera principal del convento.

donde hoy está el batallón "Tiradores de Querétaro," y por ella á los carruajes que esperaban en la calle.

"Desde el mismo día que fueron fusilados los tres jefes del Imperio, Miramón, Mejía y Maximiliano, hasta nuestros tiempos, infinidad de viajeros han visitado la casa que acabamos de describir, y muchos de ellos han escrito en las paredes, ó en papeles sueltos sus pensamientos, sus reflexiones, ó simplemente sus nombres para conservar el recuerdo de sus visitas; creemos que con la inauguración del Ferrocarril Central y sobre todo con la afluencia de visitantes á la Exposición, será también mayor el número de los que lo hagan con esta casa; ya estará colocado para entonces un elegante *álbum*, que el ilustrado Sr. Gallegos pone á disposición de las personas que gusten escribir en él; pero, repetimos, con la condición precisa de que sea en idioma español.

"He aquí las inscripciones, pensamientos, etc., publicados por sus autores en las paredes de las piezas descritas; llamamos la atención del lector sobre las fechas, para que así disculpen aquellas que respiran un odio entonces tan vivo, y hoy, por fortuna, tan amortiguado por el transcurso de los años. Dicen así:

"Querétaro, 19 de Junio de 1867, á las 8 y minutos de la mañana.—No hace tres horas todavía estaba preso en esta celda el Emperador. Lo fuí observando durante su camino al patíbulo. Iba resignado. El pueblo que rodeaba el coche estaba conmovido. Maximiliano murió con serenidad.

"¡Pobre Maximiliano! aún oigo la descarga que lo privó de la vida. Aún recuerdo con simpatía la amabilidad con que trató siempre á los oficiales que dimos guardia á la puerta de este calabozo.

"Yo le perdono la muerte de mi hermano, y cuanto sufrí durante la guerra contra la intervención francesa y el Imperio.—*L. M. Z.*"

"Junio 22 de 1867.—No ha de pasar mucho tiempo sin que veamos á los traidores colocados en los puestos públicos, viviendo á la sombra de la Constitución de 57, que tanto aborrecieron mientras no moría el Archiduque.—*J. López.*"

"Los traidores son la plaga de los pueblos.—*Felipe María Ponce.*"

"Julio 7 de 1867.—Responsables de sus actos, pagaron con la vida sus delitos los criminales Maximiliano, Mejía y Miramón. Los traidores no volverán á pensar en otro usurpador, y á pesar de todo es necesario estar alerta, porque carecen de delicadeza y son infames.—*Wenceslao S. Morquecho* "

"Agosto 12 de 1867.—Los últimos actores de la comedia imperial fueron una loca y un cadáver. La ambiciosa no cuenta con las simpatías de México; Maximiliano sí. Y eso como hombre, porque como Emperador el pueblo lo maldice.—*Jesús Olvera.*"

"S. M. Maximiliano I, Emperador de México, selló con su sangre el terrible compromiso que se echara en Miramar.—Agosto 17 de 1867.—*Pedro Victoria.*"

"Nadie tan leal como Mejía, tan valiente como Miramón ni tan noble como Maximiliano.—30 de Agosto.—*Santiago Frias.*"

"Pensó Europa que teníamos miedo. ¿Dónde está Iturbide?—Septiembre 15 de 1867.—*Mar-tínez de la Peña.*"

"Querétaro, 16 de Septiembre de 1867.— En estos momentos, México en masa entona su canto nacional. Libres de la usurpación, saludamos á los padres de la independencia mexicana, recordando con orgullo que Hidalgo tuvo imitadores de su heroico ejemplo.—*Luis Velázquez.*"

"¡Maximiliano! tú fuiste tan buen liberal como ilustrado. Créiste enaltecer á México, y víctima del engaño te ceñiste la corona del martirio.—Septiembre 30 de 1867.—*L. Ramírez.*"

"Noviembre 8.—El pueblo mexicano respeta tu memoria.—*Ernesto Camacho.*"

"¡El descendiente de cien reyes muerto en el cadalso! No mereciste esa suerte, pero estabas ya predestinado.—Querétaro, Noviembre 17 de 1867.—*J. M. C.*"

"Alguien vaticinó al joven soñador la manera como debía terminar su loca aventura, y una sonrisa desdeñosa vagó por sus labios. Mucho debe haber sufrido la Majestad de Maximiliano ante el cumplimiento de aquel terrible vaticinio. ¡Infortunado! La simpatía de los que apreciaron de cerca sus virtudes será la ovación tributada á su memoria, allende el cadalso!—24 de Noviembre de 1867.—*R. L. Montero.*"

"Noviembre 26 de 1867.—El volcán de los rencores aún vomita fuego, y Arteaga y Salazar en el patíbulo fueron acribillados por balas del Imperio, implantado en el suelo de Zaragoza, Hidalgo y Juárez.—*Luciano B. Ortiz.*"

"28 de Noviembre.—¡Miramar y el Cerro de las Campanas! Optaste lo último é hiciste bien. Los hombres de tu estirpe no toleran el desprecio de los propios; y tu alma rebosaba mucha dignidad para que el Gobernador del Lombardo Veneto no se hubiera hundido en la tumba que la revolución le abriera en América, antes que ser el más humilde y oscuro súbdito de Francisco José. ¡Francisco José! ¡Ruin! tu alma preñada en envidia concibió un día sepultar tu enmohecida espada en el noble pecho de tu hermano! Y sin embargo, Sofía morirá presa del remordimiento."

"Querétaro, Diciembre 15 de 1867.—¡Pueblo de Trieste! ¡no conservarás de los encantados días de otra época más que recuerdos! No te será permitido ni depositar las cenizas de tu "querido príncipe Max," como cariñosamente le llamabas. Sólo verás á la Flamenca vagar como una sombra por los salones del desierto Miramar, y la loca y el fusilado darán asunto á la leyenda de aquel castillo.—*Fernando R. Morales.*"

"No impunemente se atenta contra una nacionalidad. El drama del Cerro de las Campanas responde de este aserto. El Imperio es planta de invernáculo y en México se cultiva al aire libre.—Diciembre 25 de 1867.—*H. Zuleta.*"

"Un día la águila de nuestras armas sintió algo sobre su frente. Desplegó las alas; se cernió en el viento; remontó las nubes y se perdió en la inmensidad. Aquel algo que había sentido era una corona, y por eso voló á demandar al cielo socorro para la patria. Los grifos ocuparon el lugar del ave. Tres años después huyeron despavoridos, al ver que la águila sin corona tornaba á posarse sobre el histórico nopal!—Diciembre 28 de 1867.—*Manuel Ríos Rangel.*"

"¿Justicia ó venganza? ¡Quién sabe! La posteridad juzgará imparcialmente el terrible acto ejecutado por la República de México.—Querétaro, Enero 12 de 1868.—*A. Melgar.*"

"¡Qué multitud de diversos y contrarios pensamientos bulliría en el calenturiento cerebro del Emperador! Este aposento fué testigo de sufrimientos morales, de terrible angustia que destruyó su corazón. La decepción apoderada del alma. Lejos de la patria. Sin más recuerdo del hogar que la ingratitud de la familia. Ausente la esposa. Sin amigos. Preso en esta reducida celda. Enfermo. Objeto de una estúpida curiosidad. Juzgado por terribles leyes y condenado á morir.

"Se le anuncia que la ejecución tendrá lugar en la tarde del 16 de Junio. Llegado el momento y cuando había ya agotado el inmenso valor de que era dueño, cuando ya se colocaba en el carruaje que debía conducirlo al lugar señalado, se le hace volver á la prisión, comunicándole que se le matará tres días después!

"Cuando volvió el Emperador á esta pieza en espera de los tres días concedidos, se quejó de la prórroga diciendo que "después de haber sufrido todas las torturas de la muerte, se le condenaba á una terrible agonía."

"¡Los mismos que le guardaban rencor, lamentaron el trágico fin del malogrado Maximiliano!—Querétaro, Abril 4 de 1868.—*José María Rocha.*"

"Junio 6 de 1868.—Le fué indispensable al Archiduque ser fusilado para obtener la simpatía del pueblo de México.—*Lorenzo Alcaya.*"

"Agosto 30 de 1868.—Al General Miramón.—*Hipólito Vidal.*"

"Querétaro, 28 de Septiembre de 1868.—¡Contraste horrible, pero forzoso y natural! Naciste rey y mueres esclavo; subes al trono y descienes al cadalso; eras señor y te trocaste en siervo; porque toda esa artificial nomenclatura, á pesar de su espantoso y cruel antagonismo, no es más que una farsa de carnaval, cuyos artificios se estrellan ante la realidad del hombre, en el principio de la vida que es la tumba.—*José Olmo.*"

"A Miramón.—"¡Ay de los vencidos!"—Querétaro, 7 de Octubre de 1868.—*R. M. Carrillo.*"

"El establecimiento de la República Mexicana era un problema que nadie acertaba á resolverlo.

"Sólo de plantearlo daba tedio.

"Era tan fastidioso.

"Juárez explicó prácticamente el caso, y Europa quedó espantada de las consecuencias!!—Enero de 1869.—*L. G. Ortiz.*"

“El elogio dispensado á los muertos puede interpretarse como se quiera; pero no es posible que los agraciados lo correspondan. Ante esa convicción yo declaro: que Maximiliano fué honrado, generoso y magnánimo.—Querétaro, Abril de 1869.—*M. Hernández.*”

“Julio 6 de 1869.—La ambición se sobrepuso al decantado liberalismo de Maximiliano.—*Zacarías Duarte.*”

“Querétaro, Julio 17 de 1869.—El horrendo crimen perpetrado por Maximiliano, toma asombrosas proporciones. cometido por Mejía y Miramón, atenta la nacionalidad de éstos.

“La vindicta pública exigió un castigo severo, y así fueron escarmentados estos reos. El pueblo no podía tolerar que se quedara impune el delito llevado á cabo con alevosía, premeditación y ventaja por los tres prominentes jefes del llamado Imperio.—*José Rico.*”

“Querétaro, 15 de Agosto de 1869.—Todavía están compungidos algunos traidores; pero la mayor parte ya la echa de republicana, y dice que se inflama en amor patrio á la mágica voz de la libertad!

“¡Pobre Maximiliano! el deseo de ceñirte una corona embotó tu penetración. No calculaste que la multitud que te rodeaba, llegado el peligro, había de abandonarte á merced del adversario.—*G. Castro.*”

“Noviembre 26 de 1869.—*Luis Vargas.*”

“A Maximiliano.—En la época de tu gobierno, erraste constantemente. Ni creaste ejército, ni enderezaste la hacienda, y respecto de los demás ramos tu descuido fué mayor.

“Durante la estancia de los franceses en México, hiciste un papel secundario, y cuando éstos marcharon rumbo á sus lares, al compás del chicote americano, probaste á hacer tus ensayos de gobernante, que concluyeron con la pifia de Querétaro. Fuiste tan apático y mal gobernador como leal é infortunado.—Querétaro, Febrero 15 de 1870.—*J. G.*”

“¡Hayan obtenido descanso eterno las almas de los tres muertos del Cerro de las Campanas!

“Bien caro pagaron el uno sus errores y los otros su inconcebible obstinación.—Febrero 22 de 1870.—*Juan Gómez y López.*”

“Prisión de S.M.—El 24 de Marzo de 1870 visitó este lugar el capitán del ejército Jerónimo Alvarado.—Una rúbrica.”

“El Cerro de las Campanas espera que venga otro ambicioso.—Marzo de 1871.—*Francisco J. Delgado.*”

“Febrero 12 de 1873.—Aún no se orea tu sangre en el cadalso, y estando tan reciente el desastre imperial nadie puede juzgarte sin pasión.—*Miguel Gallegos.*”

“Febrero 28 de 1873.—*Tomás Talavera.*”

"Año de 1873.—*J. R. Camarena.*"

"Un pueblo libre es la eucaristía viviente del que le ha dado la libertad. Cuando ese pueblo se ve subyugado por un tirano, gime en silencio, hasta que suena la hora de la justicia. ¡Dios no puede engañarse!—Agosto 29 de 1873.—*Jesús Gómez Portugal.*"

"Agosto 30 de 1873.—*Manuel Romero.—Adelaida Moreno.—Ignacio Castorena.*"

"Al infortunado Emperador Maximiliano.—Como el caballero Bayardo, tú viviste y moriste sin mancha y sin tacha; pero adversa la suerte quiso poner sobre tu augusta frente el ignominioso estigma de ambicioso aventurero.—*C. W. Drick.*"

"¡Pobre loca del Vaticano! aquí tuviste la mitad de tu existencia como víctima de su deber, tu amado Maximiliano!—Diciembre 11 de 1873.—*L. Arguimbau.*"

"Enero 19 de 1874.—*Carlos María López.*"

"Enero 19 de 1874.—*Sixto Ortega, de Aguascalientes.*"

"Aventurero! ¡Como si la tierra que habitamos no fuese el patrimonio de todos! ¡Como si el hombre esencialmente cosmopolita no fuese el hermano de todos los hombres, y el ciudadano de todos los pueblos! ¡Como si el martirio en aras del deber no fuese la sublime apoteosis, lo mismo del rey que del plebeyo! ¡Como si quien tiene consigo las llaves de la inmortalidad, no debiera tener las de este mezquino mundo!—*M. Von-Diulyer.*"

"*José María Lozano.*"

"La realidad de la vida se encuentra al fin de la existencia.—Abril 3 de 1874.—*C. A. M*

"Dejando á la posteridad el cuidado de juzgarte, yo que estuve lejos de tí mientras los fulgores de tu rutilante estrella podían alumbrarme, confundido entre tus asiduos y numerosos aduladores; ahora que éstos huyen buscando la luz del nuevo astro que ha de brotar en el horizonte, vengo á tu sepulcro para depositar en él mi humilde pero sincera ofrenda: la ofrenda de los libres.—Abril 7 de 1874.—*J. B. Palmas.*"

"*Valente Delgado.*"

"Aquí estuvo prisionero S. M. Maximiliano I Emperador de México, y sus heroicos Generales Miramón y Mejía, que después de una defensa nunca vista, fueron vendidos por el traidor Miguel López.—*Ignacio T. Chávez.*"

"Al Gran Benito Juárez.—Tú detuviste al Austriaco en sus sueños de ambición, y para restaurar la República fué preciso devolverle á Europa el "Derecho Divino" en forma humana y fusilado.—*Ambrosio J. Mota.*"

"Elección ó destino; sea cual fuere el predicamento en que te coloquen, nadie podrá negarte, ni el valor de los héroes ni la magnanimidad de los justos, ni el amor á la humanidad. Descansa en paz, porque si fué corta la vida para tí, fué, además, una carga pesadísima, de la cual te exoneró la gloria.—*J. M. del Carro.*"

"Desde entonces acá ya el Austria necia,
Y Europa sabe que los insurgentes
Son pueblo libre como fué la Grecia;
Que México es un pueblo de valientes.
Téllez Escalante."

"Aquí estuvieron los héroes de la patria —*S. D.*"

"Recuerdo á Miramón.—*I. R. Camarena.*"

"A Don Francisco Gallegos en recuerdo de mi visita á la prisión del Emperador Maximiliano, con todos mis agradecimientos por sus atenciones.—*Ernest Van Bruyssel*, Consul Général de Belgique à Nouvelle Orleans."

"Al entrar en la celda ocupada por el Emperador Maximiliano, no me fué posible de hacer una revista de toda la vida de un príncipe desde su casamiento que presencié, de su popularidad cuando gobernaba la Venetia, de su vida tranquila y feliz en el palacio de Miramar, de las esperanzas que le quitaron de este retiro, de sus buenos deseos é intenciones para México; y triste fué mi corazón á ver de frente el resultado, un calabozo, y, en efecto un cadalso; y como ya se han apagado las pasiones políticas, no se queda más para un infortunio tan grande que mi sentimiento de compasión tan justamente merecido.

"La prison parle, l'histoire répond.—Querétaro, 19 de Septiembre de 1878.—*Emile Biebuyck.*—d'après Belgique."

"Con el más profundo respeto me descubro delante de un gran infortunio, y admiro la abnegación de tres héroes unidos en la común desgracia.—Querétaro, Marzo 2 de 1881.—*Francisco J. Carrasco.*"

"¡Pobre Maximiliano! El mundo entero te llora, pero el destino fué inflexible. Moriste como hombre grande, y fuiste digno hijo de Carlo Magno. El Emperador murió, pero el hombre vivirá siempre en la memoria de los hombres de corazón. Recibe, pues, un recuerdo pequeño que te consagra quien te vive agradecida, y nunca olvidará que la distinguiste con tu cariño.—Abril 12 de 1881.—*Angela Peralta de Castera.*"

"El ex-convento de Capuchinas fué fundado en el año de 1731 á solicitud del Sr. Dr. José de Torres y Vergara, canónigo de la Catedral de México y albacea del insigne benefactor Don Juan Caballero y Osio, cuyo Bachiller dejó gran porción de su caudal para esta obra. Se abrió

la iglesia al público la tarde del 31 de Julio de 1771, siendo la primera abadesa de la comunidad la Sra. Marcela Estrada y Escobedo, venida del convento de Capuchinas de México para fundar el de esta ciudad.

"En la casa núm. 7 de esta misma calle vivía el Dr. Vicente Licea el 15 de Mayo de 67, y en ella se presentó herido del carrillo derecho el General Miramón, inmediatamente que la plaza fué ocupada por las fuerzas del General Escobedo; en esta misma casa fué hecho prisionero, según se asegura, por aviso que dió el mismo Licea y después de fusilados los prisioneros, extrajeron de la propia finca, la montura del General Miramón, varios objetos pertenecientes á Maximiliano, y aun algunas cantidades de dinero: ponemos esta versión, tal como circula en el público, sin que jamás hayamos oído desmentirla."¹

PROCESO DE FERNANDO MAXIMILIANO DE HAPSBURGO Y DE LOS GENERALES
MIGUEL MIRAMON Y TOMAS MEJIA

"El día veintiuno de Mayo de 1867 previno el Gobierno general á Escobedo, que se procediese á juzgar á Fernando Maximiliano de Hapsburgo, á D. Miguel Miramón y á D. Tomás Mejía.

"Con tal motivo, los prisioneros fueron conducidos al ex-convento de Capuchinas, que servía de cuartel al batallón de Nuevo León.

"Al extremo de uno de los corredores interiores, al lado Sur del edificio, y en otro pequeño corredor que está tendido sobre el primero, como la rama horizontal de una T, hay tres pequeñas celdas que sirvieron de prisión á los tres reos.

"Las Capuchinas, lo mismo que la mayor parte de las monjas de su orden, tenían la piadosa costumbre de dar á cada una de sus celdas el nombre de algún santo ó santa. Sobre la pieza que ocupaba Maximiliano estaba escrito: "Santa Rita de Casia;" sobre la de Miramón: "Santa Ursula," y sobre la de Mejía: "Santa Teresa."

"La celda del Emperador era pequeña, y estaba amueblada con las comodidades que eran posibles en una población como Querétaro, adonde el lujo no puede penetrar aún. En el fondo de la pieza y en su parte media estaba un catre de bronce, junto á él una mesa tortuga, sobre la cual había dos candelabros con bujías de estearina. Algunas sillas, dos sillones de bejuco y un tocador completaban el severo y triste menaje de la prisión adonde estaba encerrado aquel Emperador tan noble y tan altivo, que jamás creyó descender tanto al abismo de la desgracia humana. ¡Cuánta distancia había de la pequeña celda del convento de Capuchinas á la escalinata monumental del palacio de Caserta!

"Aquí pasó Maximiliano los últimos veintisiete días de su vida.

"Su aspecto siempre fué el mismo: digno, tranquilo, sereno, como si no viera que se acercaba á la tumba. Si hubiera sido posible haber ido á sondear al fondo de su alma, sus dolores, sus pesares y sus más íntimos pensamientos, hubiera aterrado contemplar el tormento horrible de aquel corazón.

"Solo, extranjero entre cuantos le rodeaban, circuido de enemigos intransigibles, obligado á hablar un idioma extraño, sin escuchar las armónicas ondulaciones del lenguaje materno, sin que fueran á consolarlo en tan terrible angustia las palabras tiernas y trepidando de halagos de una madre ó una esposa que lo denominaran "*su Max*," la imagen de la Emperatriz con su arrogante belleza, vagando en los desiertos salones de Miramar loca de dolor y desesperación... ¡pobre príncipe! Su error político lo pagó muy caro: el crimen que cometió contra la autonomía de un pueblo quedó redimido cuando apuró gota á gota aquel lago de hiel. Por eso sólo subsisten hoy recuerdos gratos de su memoria.

1 "Guía del viajero en Querétaro," por el Lic. Celestino Díaz.

"Maximiliano tenía que permanecer en el lecho; pasada la reacción que siempre produce la agitación del peligro y el ardor de la batalla vino el postramiento natural después de tanta fatiga: estaba, además, gravemente enfermo. Tanto que los médicos de cabecera promovieron una consulta con los doctores que había en la ciudad. El que escribe estas líneas fué invitado á concurrir á ella y á dar su parecer: por eso tuve la ocasión de ver frecuentemente al archiduque en su prisión.

"Y siempre me sorprendió con sus maneras finísimas, llenas de dignidad y de nobleza; todo revelaba en él que había nacido en las gradas de un trono, y que el descendiente de Carlos V no doblegaba su alma ante la desgracia ni ante la misma muerte.

"La agitación que vinieron á causarle los trámites del proceso, lo arrancaron de la indolencia forzada en que estaba sumido.

"Este proceso lo conocen México y la Europa entera. He llegado á un período de esta historia perfectamente sabido, y del cual nada tengo que revelar. Lo toco á grandes rasgos porque no debo dejar incompleto este pequeño boceto.

"Contemplé el vendaval que llegó del viejo mundo á nuestras costas, y levantó esa tempestad sombría que envolvió á la República sepultándola como á Herculano y Pompeya en un torrente de lava y de cenizas. ¿Por qué he de desmayar al fin de mi jornada?

"Seguiré adelante hasta saludar el sol de la libertad reapareciendo en el horizonte desgarrando las nubes de plomo que lo velaban. Sus rayos iban á alumbrar una tumba reciente y secar de sus bordes las últimas gotas de sangre que habían chorreado del regio cadáver que allí se depositara.

"También á ese cadáver debo tributar el último homenaje."

(Hilarión Frías y Soto, "México, Francia y Maximiliano," páginas 577 á 580).



CAPITULO XIII

Se intenta la fuga del Emperador.—La Princesa de Salm Salm, sus novelescas aventuras

SE INTENTA LA FUGA DEL EMPERADOR.—LA PRINCESA DE SALM SALM



ENTRE las personas que más se distinguieron por su energía y actividad para salvar al desgraciado Archiduque, la joven Princesa de Salm, cuyo esposo había caído también prisionero, fué quien sin medir peligros, dificultades ni instancias, apareció como una heroína. No dejó de ensayar uno solo de los medios en que abunda la imaginación femenil, apasionada y escudada con la belleza y la respetabilidad de su sexo.

“Su incesante afán le sugirió un acto de peligrosa seducción. Estaba encargado de la inmediata custodia de Maximiliano, el subordinado y valiente Coronel Miguel Palacios, que se había hecho notable por su inteligencia militar y por su intrepidez, á cuyas dotes unía una modestia suma. Tan buenas cualidades, lo habían hecho acreedor á la ilimitada confianza del General Escobedo.

“La Princesa de Salm obtuvo de Palacios que le hiciese una visita reservada en su propio alojamiento, donde comenzó por manifestar al Coronel, que le eran conocidos los pormenores de su situación personal; que era un soldado pobre y con una familia en extremo necesitada; que su esposa, acabando de dar á luz un niño, había carecido hasta de lo indispensable para acudir á las necesidades del momento: que le era forzoso buscar un porvenir á sus hijos, y diciendo esto le ponía en las manos un billete de banco de valiosa suma, añadiendo, que sería más amplio el donativo, por sólo un leve servicio que exigía, con la condición natural de perfecto secreto, que Palacios guardaría bajo su palabra de honor.

“Palacios la dió, poniendo á salvo honrada y prudentemente el cumplimiento de su deber, su reputación y su honor. Admirado de la puntualidad con que la dama se había informado hasta de las menores circunstancias de su vida privada, y de la gruesa cantidad que se ofrecía por el que la Princesa llamaba pequeño servicio, hubo de preguntarle, qué era lo que deseaba.

“Todo el servicio que la Princesa exigía, era que Palacios se durmiese un momento, añadiendo, que sólo esto le faltaba para lograr la evasión de Maximiliano, á cuyo fin tenía ya hechos sus arreglos.

“Esta revelación sobresaltó al Coronel, produciéndole desde luego la sospecha de que quizá la seducción había entrado en la tropa, y tranquilizando á la Princesa con la vaga frase de que iba á ponerse de acuerdo con el General Escobedo, frase que la Princesa quizá no pudo entender bien, por falta de conocimiento en el idioma, y que tal vez le infundió la idea de que Escobedo iba á hacerse cómplice en la seducción, despidióse cortesmente de ella, y fué inmediatamente á comunicar al General en Jefe este acontecimiento.

“Palacios, reducido á la pobreza, y sujetando á su modesta familia á todas las privaciones y escaseces de nuestros sufridos militares, acababa de desear una fortuna, reivindicando así el honor del soldado mexicano, la probidad del republicano generoso, el buen nombre de nuestra

sociedad, la gloria del pueblo que ha sido tan villanamente calumniado en Europa con los epítetos de ladrón y prostituído.

“La conducta de Palacios en este singular episodio, será siempre un padrón de vergüenza para nuestros detractores, y un timbre de honor para la República.

“Afortunadamente las tentativas de soborno entre otros jefes y soldados, habían sido infructuosas; y Escobedo, á quien se le habían denunciado, y que sabía ya que se versaban en el cohecho cantidades enormes de dinero, satisfecho de la conducta de los soldados que custodiaban á Maximiliano, no quiso que se tentasen nuevos medios de inmoralidad, y le fué necesario hacer salir de Querétaro á la Princesa de Salm, y á los Encargados de Negocios de Italia, Bélgica y Austria, que habían acudido al llamamiento de Maximiliano, y que allí eran los únicos que para salvarlo no se detenían en gasto ni en riesgos.”

(Juan de Dios Arias, “Sitio de Querétaro,” págs. 663 á 665.)

LA PRINCESA DE SALM SALM Y EL CORONEL PALACIOS

“—Antes deseo referir á usted un incidente (dijo el Coronel Cervantes) del que me acuerdo en estos momentos. Terminado el Consejo, lo sentenciaron á muerte (al Emperador), y entonces intervino la Princesa de Salm Salm á fin de conseguir que Maximiliano se fugara. Hubo un pasaje entre ella y el Coronel Miguel Palacios, que probablemente no habrá llegado á conocimiento de usted. Uno de tantos días que la Princesa de Salm Salm estuvo á demandar gracia á Escobedo, se hizo acompañar de Palacios.—Coronel, hágame usted favor de acompañarme; no hay más que una cuadra, dijo la Princesa. Llegaron á la puerta del Hotel de Diligencias. Ya había pasado lo del giro.—Acompáñeme usted á mi cuarto, habló la princesa en las puertas del Hotel. Al llegar al cuarto, prorrumpió Palacios:—Hasta aquí, señora.—Voy á pasar, habló ella. Y sacando una llave, hizo que entrara el Coronel, y apenas lo había hecho, cerró violentamente y echó llave.—¿Para qué cierra usted, señora? preguntó Palacios.—Quiero, dijo la Princesa, que hablemos por última vez: ¿no es bastante el dinero que se le ofrece á usted para que salve á Maximiliano?

“Era una suma fabulosa, al menos en aquellos tiempos.

“—¿Como qué cantidad sería?

“—Unos cien mil pesos. El Coronel Palacios respondió á la Princesa:—Yo, señora, soy soldado y necesito cumplir con mis deberes.—Con cien mil pesos en Europa, ¿qué necesita usted? arguyó la Princesa.—Tal vez nada; pero no puedo, ni debo obsequiar sus indicaciones.—¿No le basta á usted el dinero?

“Hubo una pausa y luego prorrumpió la princesa:—¡Pues, Coronel. . . . aquí estoy yo!

“Esto decía la Princesa muy nerviosa, quitándose violentamente el traje. Era notable como hermosa, y hábil también. Palacios le manifestó.—Señora, me pone usted en una posición difícilísima; sin embargo, no puedo acceder, y aun cuando quede en ridículo como hombre, si no abre usted la puerta salgo al balcón y doy voces.—Es usted un mal caballero, exclamó indignada la Princesa, es usted un hombre indigno.

“Y dijo otras frases de enojo, de despecho; en fin, lo que sucede en estos difíciles casos. Los primeros que supimos este incidente, fuimos Escobedo y yo. Palacios salió del Hotel de Diligencias y ella se quedó enojadísima. (Lo anterior fué transmitido de viva voz por Palacios al General Escobedo y al General Cervantes, que en ese momento se encontraba en el Cuartel General.) Ricardo Villanueva, que era ayudante de Escobedo, sabía muy bien toda esta escena; pues conocía el francés y el inglés.”

(Angel Pola, págs. LIV á LVI.—“Últimas Horas del Imperio.”)

20 DE MAYO DE 1867

“A eso de las 11 llega de San Luis Potosí la Princesa Salm. Según lo que me han contado, esta señora se había dirigido en estos últimos días del sitio al campo de Escobedo solicitando permiso para venir á Querétaro; supo que el Príncipe estaba herido, y creyó que se le permitiría á una mujer el ir á asistir á su esposo. Le contestaron, que si era cierto el hecho se le daría el permiso; pero en caso contrario no.

“Los republicanos, por medio de la policía secreta que tenían en Querétaro, como lo demostró el hecho de la traición y como lo confesaron ellos mismos, sabían que el Príncipe Salm no estaba herido, y negaron por tanto el permiso á la Princesa, quien á consecuencia de esta negativa se encaminó á San Luis Potosí, residencia del Gobierno.

“Las noticias que la Princesa trae, según me dice el Príncipe, destruyen completamente las esperanzas que abrigábamos en estos últimos días: el indio Juárez tiene sed de sangre; quiere dejar alrampio y libre curso á la ley de 25 de Enero de 1862. La vida del Emperador depende de un hilo.

“Donde ya no hay nada, hasta un Emperador pierde sus derechos,” me decía él esta mañana. Se ha estado hoy largamente la Princesa con el Emperador, dándole cuenta de la opinión pública en San Luis Potosí, del sitio de México, y de la asquerosa traición de Márquez.

“Después de que habló con el Emperador, se dirige la Princesa al campamento de Escobedo, y vuelve á eso de las cuatro con el Coronel Villanueva. Poco después se presenta otro ayudante de Escobedo, el Coronel Palacios, con orden de conducir al Emperador al cuartel general. Palacios reconoce á Pitner como uno de los prisioneros de Santa Gertrudis, y le asegura que esta vez no logrará salvar la piel.

“Pitner le contesta refiriéndole en qué circunstancias volvió á tomar las armas y concluye: “Por lo demás, no puedo tener muerte más honrosa que en compañía del Emperador.”

“Me dice Salm, que el caso es más grave de lo que parece, y que según se van poniendo las cosas, difícil será salvar la vida del Emperador. Por lo que dicen Villanueva y Palacios, comprendo que la ley de 3 de Octubre es el principal cargo que se hace al Emperador. Cuenta Palacios que los republicanos recibieron comunicaciones de Bazaine, en las cuales éste se quejaba hasta cierto punto del Emperador, inculpándolo de no haber querido bajo ningún motivo abdicar; de esa manera, resulta que los azuza contra el Emperador el mismo que más contribuyó á la ruina del Imperio y de su Jefe!

“Villanueva se expresa en este sentido: “Lo que es yo, convengo en que ustedes nos estorban demasiado.”

“El Emperador, á pesar de estar tan débil, se levanta de la cama para acudir al llamado de Escobedo, y se dirige al campamento en compañía del Príncipe y de la Princesa de Salm, del Coronel Villanueva y de Palacios.

“Transcurrieron tres horas largas, llenas de angustia, durante las cuales fluctuábamos entre el temor y la esperanza. A medida que se prolongaba la ausencia, disminuía el temor y crecía la esperanza, por cuanto á que la noticia de un resultado fatal no habría tardado en llegar á nuestro conocimiento.

“A eso de las ocho se siente ruido de un carruaje. El Emperador está de vuelta, aunque débil su cuerpo, no le abandonó su fuerza moral en aquella entrevista con Escobedo que no duró menos de una hora; pero en este momento está abatido.

“Me cuenta el Emperador, que se encontró á Escobedo mucho más benigno que de costumbre, y que todo pasó convenientemente por una y otra parte

“La Princesa de Salm ha vuelto al campamento de Escobedo. Ella es hasta ahora el único intermedio entre el Emperador y el cuartel general enemigo.

"A eso de las cinco de la tarde, volvió la Princesa en compañía de Villanueva. Nada se ha decidido todavía; pero Villanueva dice que dentro de dos días llegarán órdenes positivas tocante á los prisioneros.

(Dr. Samuel Basch.—"Recuerdos de México," traducción del italiano por el Dr. Manuel Peredo.)

La conspiración para salvar de la prisión á Maximiliano, el Príncipe y la Princesa de Salm Salm, la refiere del modo siguiente el Padre D. Augusto Rivera en sus "Anales."—Junio 13 de 1867.

"La Princesa de Salm Salm, así como su esposo, habían concebido desde hacía algunos días el proyecto de salvar al Emperador, ofreciendo á dos Coroneles *cien mil duros* á cada uno, si proporcionaban la fuga de Maximiliano, el cual se embarcaría en Veracruz, que aún estaba en poder de los imperialistas, para dirigirse á Europa. La Princesa de Salm Salm y su esposo pusieron en conocimiento del prisionero su proyecto, y le pidieron para llevarlo á cabo, que escribiese y firmase un documento en que mandase pagar aquella suma. Maximiliano accedió á la petición y firmó el día 13 de *Junio* dos libranzas de á cien mil duros cada una, que debían ser pagadas por la casa y familia imperial de Austria en Viena. La fuga debía verificarse la noche del siguiente día 14. El Emperador prestó á la Princesa su anillo con su sello, y se convino que le sería devuelto por aquella persona en quien podía tener él entera confianza. Uno de los Coroneles á quienes trataba de interesar en favor de la proyectada fuga del Emperador, fué D. Miguel Palacios, que bajo las órdenes de otro jefe superior tenía la vigilancia especial de los prisioneros.

"La Princesa de Salm Salm le envió un recado, diciéndole que se dignara ir á verla á su casa. D. Miguel Palacios acudió al llamamiento, y entonces la esposa del Príncipe, de la manera más atenta y disimulada, llegó á manifestarle su deseo de salvar al Emperador. Disimulando el Coronel el asombro que le causaba el plan concebido, y tratando de descubrir todos los pormenores del proyecto, hizo algunas observaciones respecto de la seguridad del pago de la suma que ofrecía de parte de Maximiliano. La Princesa le dijo entonces que las libranzas serían firmadas como seguridad adicional, por los representantes de las legaciones extranjeras que se hallaban en aquellos momentos en Querétaro, aunque bastaba que lo fuese por Maximiliano. El Coronel Palacios, dando contestaciones ambiguas y prometiendo que volvería á verla por la tarde, se despidió con suma atención de ella, y se dirigió inmediatamente á ver á Escobedo para poner en conocimiento suyo el plan concebido por la Princesa. Esta, entretanto, había llamado al otro Coronel, á quien trataba de interesar en la fuga del Emperador, que se llamaba Ricardo Villanueva y era hombre de fina educación, procurando, como Palacios, descubrir todos los pormenores del proyecto, contestó casi en iguales términos que él, y se retiró con la determinación de dar aviso. La Princesa, á fin, como había prometido que las libranzas llevasen como seguridad adicional las firmas de los diplomáticos extranjeros, avisó al Emperador que tuviese aquel requisito. Maximiliano llamó al Barón de Lago, representante de Austria, y sin decirle el objeto á que se destinaba la suma que representaban las libranzas le pidió que pusiera su firma en ellas y que las llevase á los demás Ministros para que pusieran también las suyas. El Barón de Lago firmó y salió con las libranzas para que hiciesen lo mismo los demás representantes de las otras naciones. Llegada la tarde, el Emperador envió al Dr. Basch á la casa en que habitaba el Barón de Lago, á fin de que le diese las libranzas firmadas por los representantes extranjeros y las entregase á la Princesa de Salm Salm, que las estaba esperando con ansiedad. El Dr. Basch, obsequiando la disposición de Maximiliano, se presentó al Barón de Lago, diciéndole que iba por las libranzas y el objeto que tenían. El representante de Austria se sobrecogió de espanto al escucharle, y apretándose la cabeza con ambas manos y paseándose aprisa por el aposento exclamó: "No podemos firmarlas. Si lo hacemos nos colgarán á todos." Los otros representantes que

acababan de llegar á la habitación del expresado Barón de Lago, y que aún no habían firmado, manifestaron al Dr. Basch que hiciera presente á Maximiliano, que si realmente los dos Coronales se hallaban dispuestos á salvarle, quedarían ciertamente satisfechos con sólo su firma. El Barón de Lago, alarmado en extremo de lo que había hecho, tomó unas tijeras y cortó el pedazo de las libranzas en que estaba su firma. El Dr. Basch volvió á la presencia del Emperador con las libranzas mutiladas y le refirió lo que había presenciado.

“El 14 de Junio en la mañana, un oficial llevó un coche á la puerta de la casa donde vivía la Princesa y le dijo secamente: “Señora, dentro de un cuarto de hora tiene usted que ponerse en camino para salir de la ciudad; un coche espera á usted á la puerta; arregle usted inmediatamente lo que tenga que arreglar.” En efecto, al cuarto de hora montó en el coche y fué conducida al pueblo de Santa Rosa, situado entre San Miguel de Allende y Querétaro. Momentos después se dirigió la Princesa á San Luis Potosí, para procurar de Juárez, con la mayor actividad, el indulto de Maximiliano.

“Al mismo tiempo que se ponía el coche á la puerta de la casa de la Princesa, se ponía una diligencia á la puerta de la casa del Barón de Lago, y se comunicó al mismo y á los Ministros de Bélgica, de Italia y de Francia (de Francia no había Ministro sino Cónsul) la orden de Escobedo de salir de Querétaro dentro de dos horas é ir á vivir precisamente en Tacubaya ó en Guadalupe Hidalgo, amenazándolos con la pena de muerte si volvían á Querétaro antes de ocho días. Apenas tuvieron tiempo de arreglar su equipaje y despedirse de Maximiliano. El príncipe de Salm Salm fué puesto incomunicado.

“Era la segunda vez que el Emperador procuraba salvarse sin acordarse de sus nobles y abnegados compañeros de prisión, Mejía y Miramón.

“El 18 de Junio, víspera de la ejecución de Maximiliano, llegó á San Luis Potosí, la Princesa de Salm Salm para pedir al Presidente D. Benito Juárez, la vida del sentenciado: cayó de rodillas temblando y sollozando á sus pies; imploró la piedad para el sentenciado á muerte, con ardientes palabras dictadas por el sentimiento más hondo; hizo esfuerzos el Presidente para levantarla, pero la Princesa se abrazó de sus rodillas y dijo que no se levantaría hasta que le concediese la gracia que pedía: esto lo decía la hermosa princesa con lenguaje tierno y conmovedor delante del Lic. D. José María Iglesias.—“Señora, dijo el Presidente hondamente conmovido, “me causa verdadero dolor verla de rodillas, mas aunque todos los reyes y todas las reinas estuvieran en vuestro lugar, no podría perdonarle la vida; no soy yo quien se la quita, son el PUEBLO y la LEY los que piden su muerte; si yo no hiciese la voluntad del pueblo, entonces éste le quitaría á él la vida y aun pediría la mía también.”

“Por fin, Maximiliano fué ejecutado el 19 de Junio y su cadáver después de embalsamado por segunda vez en México, por el médico de D. Benito Juárez, Dr. D. Ignacio Alvarado, fué entregado oficialmente al Vicealmirante Tegetthoff, quien lo acompañó hasta Veracruz, con una comisión nombrada por el Gobierno y una escolta de 300 hombres de caballería; embarcado en la fragata *Novara*, siguió la Princesa de Salm Salm el cadáver hasta Viena, donde entró en fúnebre procesión, que presencié su madre, la Archiduquesa Sofía, detrás de una cortina de los balcones de Palacio.

“En las memorias que en estos días se acaban de publicar, del Sr. Lic. D. Sebastián Lerdo de Tejada, ex-Ministro de Relaciones Exteriores, durante el sitio de Querétaro y Presidente de la República, se encuentra lo siguiente después de más de 40 años, de algo que toca muy cerca á la conducta de la Princesa de Salm Salm en San Luis Potosí:

“Se ha dicho tanto sobre la inflexibilidad de mi carácter, que á veces yo mismo me desconozco, tal es el número de consejas tejidas bajo ese tema fecundo. Descríbenme unos con la ferocidad burguesa de M. Thiers; bosquéjanme otros con los tonos sombríos de un Felipe II de gorro frío; píntanme la mayor parte como un ser inclemente y rencoroso que instigara la ejecución del Archiduque Maximiliano. Desgraciadamente para la poesía, todo eso no es más que

“un vicio de imaginación, dolencia propia de la raza latina, y que en México se agrava por lo ardoroso del clima. Un pintor mexicano de talento que murió muy joven (Manuel Ocaranza), trazó en un lienzo una bella fantasía que dió pábulo en el vulgo á un mito histórico. Representa el cuadro una entrevista de la Princesa de Salm Salm, con D. Benito Juárez; la hermosa Princesa aparece de rodillas implorando por la vida de Maximiliano con ese dolor voluptuoso de Magdalena al través de cuyas lágrimas se prometen besos. El Sr. Juárez, de pie, vacila como San Antonio ante aquella poderosa tentación; pero allá en el fondo, agitando nerviosamente la cortina roja y asomando la cabeza, aparezco yo, mirando á la Princesa como Mefistófeles á la Cruz. . . . El Presidente, que parece va á sucumbir, me distingue, se repone y rechaza á aquel ángel que le envuelve ya en sus alas como la araña al insecto. . . .

“¡Oh, poder de la imaginación! ¡qué de mentiras se cometen en tu nombre!

“La Salm Salm, que no tenía nada de romántica: americana por nacimiento y educación, de raza anglo-sajona, fría y positiva, no podía amar al pobre bardo de los azules ojos que murió en Querétaro.”



CAPITULO XIV

Fusilamiento de Maximiliano el 19 de Junio de 1867, á las siete de la mañana.—Confidencias del Padre Soria, confesor del Emperador.—Embalsamamiento del cadáver por el Dr. Ignacio Alvarado y entrega al Almirante Tegetthoff.—La muerte de Maximiliano juzgada por el Nigromante.—Maximiliano, Juárez y Lerdo.—Cronwell y el cadáver de Carlos I de Inglaterra.—Museo histórico de Querétaro.

FUSILAMIENTO DE MAXIMILIANO EL 19 DE JUNIO DE 1867,
A LAS 7 Y 5 MINUTOS DE LA MAÑANA

Junio 19 á las cuatro de la mañana. Zamacois á la pág. 1569, dice: "A las cuatro entró "á verle (á Maximiliano) el Padre Soria, como se lo había encargado y volvió á con- "fesarse con él. Una hora después se celebró el Santo Sacrificio de la misa en la Capilla "del Convento de Capuchinas, al cual asistieron los tres sentenciados, recibiendo el sagrado Viá- "tico con ejemplar recogimiento y devoción. Terminado el acto religioso volvieron á sus respec- "tivos cuartos para esperar el momento en que debían ser conducidos al sitio de la ejecución, "que era el Cerro de las Campanas. Cuatro mil hombres á las órdenes del General D. Jesús Díaz "de León, formaron á las seis de la mañana el cuadro al pie del expresado cerro."

"Junio 19 á las seis de la mañana. Zamacois dice: "Tres coches de alquiler, que eran el nú- "mero 10, el 13 y el 16, estaban dispuestos fuera para conducir á los sentenciados. El Empera- "dor acompañado del Padre Soria, entró al primero: el General D. Tomás Mejía en unión del "virtuoso sacerdote Ochoa, entró al segundo, y el General D. Miguel Miramón ocupó el tercero, "acompañándole el respetable Padre Ladrón de Guevara."

"Junio 19, á las 7 y 5 minutos de la mañana. FUSILAMIENTO DE MAXIMILIANO, MIRAMON Y MEJIA. Zamacois, á las págs. 1573 y siguientes dice: "Abrazó (Maximiliano) á Miramón y Me- "jía, diciéndoles: "Dentro de breves instantes nos veremos en el cielo." ¹

"En los momentos de colocarse en sus lugares respectivos, de los cuales el del centro perte- "necía al Emperador, Maximiliano conservando su serenidad y sangre fría hasta el último instan- "te, así como su aprecio hacia Miramón, dijo á éste: "General: un valiente debe ser admirado

¹ Filosofía de la Historia. Maximiliano desde su cuna y educación, cortesana y ceremoniosa, hasta el cadalso fué muy inclinado á expresiones de grandísimo afecto, á abrazos y á otras manifestaciones espléndidas y semiteatrales, á que no era inclinado Mejía. A éste le pedían los abrazos y los daba por urbanidad, mas no era inclinado á abrazos. Mejía y Méndez, compañeros en la misma causa y los dos valientes, simpatizaban y se amaban mucho; y sin embargo, ya se recordará cuán grave y verdaderamente marcial fué la última despedida de los dos caudillos indios: ellos no se abrazaron, sino que se dieron únicamente la mano derecha, despedida que hace recordar la de aquellos guerreros troyanos de que nos habla Virgilio en el libro 1^o, versos 614, 615 y 616 de su Eneida:

Sic fatus, amicum
Ilionea petis dextra, laevaue Serestum:
Post alios, fortemque Gyan, fortemque Cloanthum.

"hasta por los monarcas: antes de morir, quiero cederos el lugar de honor" y le hizo que se colocase en el centro. Dirigiéndose luego á D. Tomás Mejía, le dijo: "General: lo que no premia "en la tierra, lo premia Dios en la gloria." Después, adelantándose algunos pasos, y alzando la voz para ser oído de todos, exclamó con sonoro y firme acento: "Voy á morir por una causa "justa, la de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi "nueva patria! ¡Viva México!" El General D. Miguel Miramón, conservando el valor, la energía y la entereza que siempre le había distinguido aun en los mayores peligros, dirigió sereno una mirada al cuadro de cuatro mil soldados que estaba formado, así como al pueblo que detrás de ese cuadro se hallaba triste y afligido, y pronunció con voz clara y firme, las siguientes palabras: "Mexicanos: En el Consejo, mis defensores quisieron salvar mi vida. Aquí, pronto á perderla, "cuando ya no me pertenece, cuando voy ya á comparecer delante de Dios, protesto contra la "nota de traición que se ha querido arrojarle para cubrir mi sacrificio. Muero inocente de ese "crimen y perdono á los que me lo imputan, esperando que Dios me perdone, y que mis compa- "triotas aparten tan fea mancha de mis hijos, haciéndome justicia. ¡Viva México!" Después de pronunciadas las anteriores palabras, cada uno de los tres sentenciados ocupó el puesto respectivo, esto es, Miramón en medio, Maximiliano á su derecha y Mejía á su izquierda. Los tres tenían la vista descubierta, sin vendar los ojos. El Emperador se quitó el sombrero y se limpió la frente con el pañuelo, dando ambos objetos á su criado Tudos, para que se los llevase á su madre la Archiduquesa Sofía; separó su rubia y larga barba con ambas manos, echándola hacia los hombros, y mostrando el pecho á los soldados que debían de hacer fuego sobre él, les encargó que no le diesen en la cara. Miramón, señalando con la mano el sitio del corazón, dijo: "Aquí," y levantó la cabeza. . . . Mejía, nada dijo; y cuando vió que los soldados encargados de la ejecución iban á hacer fuego, separó de su pecho la mano en que tenía el crucifijo, y esperó sereno la descarga. Los tres iban á recibir á un mismo tiempo la muerte. Los soldados tendieron sus fusiles y apuntaron al pecho de las víctimas. . . . La multitud sintió correr un frío glacial por sus venas. . . . El oficial á quien se había encargado la ejecución hizo la señal de ¡Fuego!. . . . Una descarga se oyó en seguida. . . . y tres cuerpos cayeron en tierra, atravesado el pecho por las balas. . . . Eran entonces las siete y cinco minutos de la mañana. El Emperador cayó del lado derecho, pero no enteramente muerto, pues pronunció tendido éstas palabras: *¡hombre! ¡hombre!* moviéndose ligeramente. Entonces el oficial le colocó boca arriba y señalando á uno de los soldados el punto del corazón, recibió el golpe de gracia.¹ También sobre el General Mejía fué preciso hacer dos disparos más para que acabase de morir. La muerte del General D. Miguel Miramón fué instantánea."

1 Filosofía de la Historia. La vida de Maximiliano, como Emperador de México, fué una serie de desastros: su muerte fué la de un valiente. Cuando se vió cercado en Querétaro y reducido á la última extremidad, emprendió diversos caminos de salvación, ora el de la política, ora el de la fuga; mas cuando encontró cerrados todos los caminos y vió la irremediable, se revistió de fortaleza y murió con dignidad.

Cuando Maximiliano vivía al lado de su joven esposa en medio de las delicias de Miramar, leyendo á Goethe, y hablando el idioma de Goethe; cuando España, con sus frailes y sus monjas no era el objeto de las simpatías de su corazón, cuando sus ideas eran tan liberales que excitaba el recelo de la Corte liberal de Viena; cuando no sabía el idioma español, y lo menos en que pensaba era el aprender este idioma, el menos hablado y apreciado en Europa, si alguno le hubiera dicho: "Un fraile vendrá de España y te enseñará el idioma castellano; é hijos de españoles que habitan en una remota región del Nuevo Mundo, hijos de Hernán Cortés y de Calleja y herederos de sus ideas, vendrán y te sacarán de tu castillo, y te llevarán á través del Adriático, del Mediterráneo y del Atlántico; y vivirás como monje en el convento de la Santa Cruz de Querétaro, en la celda del Padre Bringas; y estarás tan sombrío, que después de haber admirado el acueducto de Cempoala, las pirámides de Teotihuacán, la casa de Hidalgo y la estatua de Morelos, en Querétaro, verás con indiferencia su gran acueducto, su fábrica de "Hércules" y la casa monumental de Doña Josefa Ortiz, y no pensarás más que en defender las ideas monárquicas de Calleja y del Padre Bringas; y serás preso en un convento de frailes y en dos conventos de monjas; y un fraile te pondrá en la mano su crucifijo y te llevará al patíbulo; y morirás hablando, no tu idioma nativo, sino el idioma castellano," Maximiliano se habría reído, teniendo todas estas cosas como las extravagancias de un sueño.

El Sr. Melesio Calvillo y Hoyos, nativo de Lagos, que vive hoy en Encarnación de Díaz, era en 1867 un joven oficial practicante de medicina que militó en el sitio de Querétaro, y en un periódico que redactaba hace algunos años en la

FILOSOFIA DE LA HISTORIA

“Cuando el filósofo, instruido en la Historia de México, lee la vida militar de Méndez y la vida militar de Mejía, se ve obligado á cerrar el libro para engolfarse en provechosas meditaciones. Mejía y Méndez defendieron una mala causa. Esto no es parcialidad: es la opinión de la inmensa mayoría de los mexicanos ilustrados, y no solamente de los mexicanos, sino también de todos los hombres civilizados é imparciales franceses é ingleses, y de las demás naciones. Y sin embargo, la vida militar del General otomí y la vida militar del General tarasco, despiden ráfagas de luz del siglo XIX. Este siglo, en su marcha majestuosa de progreso, de 1821 á 1867, no había avanzado en vano para Mejía y Méndez. Las luces despedidas por la Constitución política de 1824 y por multitud de papeles públicos y propagandas, hasta la raza india, no habían sido inútiles para Mejía y Méndez. Estos no eran unos indios encorvados y embrutecidos como los de la época colonial, como aquella manada de carneros trasquilados y mudos durante tres siglos, bajo la dominación española. Mejía y Méndez tenían principios políticos, tenían libertad é independencia para pensarlos y expresarlos, y tenían gran valor para sostenerlos; tenían nobleza de sentimientos y conocían el valor de la sonrisa ante la muerte y la gloria del cadalso; y desde que Xicotencatl había perecido en una horca en Texcoco y Cuauhtémótzin había terminado sus amargos días colgado de una ceiba en Izancanac, durante más de tres siglos no se habían presentado en el campo de la nación mexicana, unos guerreros indios como Mejía y Méndez.

“Ellos erraron en la aplicación de los principios políticos, y lo que necesitaban era orientación en los principios, educación política. La raza india tiene talento, tiene valor, tiene patriotismo; lo que necesita es educación política.

“No omitiré otra circunstancia notable de los últimos momentos de Mejía, máxime cuando es muy conforme á mis modos de pensar y de sentir. Maximiliano, Miramón y Méndez, gritaron: ¡Viva México!” Mejía no dijo nada. Su muerte estuvo revestida de más gravedad y dignidad. Maximiliano tuvo mucho cuidado de su hermoso rostro, encargando que no se le tirara á él, y de su linda barba, echándola hacia los hombros. Todo filósofo verá en estos nimios cuidados del cuerpo, una puerilidad. Con pena digo estas cosas, pues quisiera hacer el panegírico de Maximiliano, á lo menos en el cadalso, por compasión á un príncipe infortunado y por respeto á la religión de la muerte; mas la filosofía de la historia, es inflexible. ¿Qué ganaba Maximiliano con aquellos cuidados, si aunque las balas no tocaran su semblante y á pesar del embalsamamiento, su semblante quedaría horroroso por haberlo tocado la muerte? Ni en la muerte de Vergniaux, ni en la de María Antonieta, ni en la de Hidalgo, ni en la de Morelos, ni en la de Rafael Riego, ni en la de ningún hombre ni mujer grande se han observado esos excesivos cuidados del miserable cuerpo. Ellos han ido al cadalso despeinados, cubiertos de polvo, con el vestido roto y con el pobre cuerpo maltratado; pero la parte superior del ser racional, el espíritu, ha aparecido radiante de luz y arrastrando en pos de sí el deseo de la imitación de sus virtudes y la admiración de la posteridad. El fondo del carácter de Maximiliano, fué la puerilidad; toda su vida fué pueril, y como según es la vida es la muerte, lo fué hasta en el cadalso. Ruego á mis lectores que tengan la paciencia de leer este trozo de mi “Compendio de la Historia Romana.” Describiendo la famosa batalla de Farsalia, he dicho: “César dijo á sus Galos de la legión de Alondra: *Herid en la cara*. No puedo decir una palabra que disminuyera más la fuerza moral de aquellos jóvenes, “que lavaban, perfumaban, coloreaban y cuidaban su bello rostro, y temieron, no tanto morir,

misma ciudad de Encarnación de Díaz, dijo que él había sido el oficial que, cayó Maximiliano en el Cerro de las Campanas, había señalado el lugar del corazón para que el soldado diera el golpe de gracia.

Hasta católicos muy piosos aprueban el fusilamiento de Maximiliano. Tal es el Sr. J. Silverio de Anda, vecino de San Juan de los Lagos, quien en su periódico “El Eco Social,” número del 12 de Septiembre de 1897, ha dicho: “Sepan nuestros primos que hace treinta años que en México no hay nacionales ni extranjeros para la responsabilidad penal, sino hombres culpables é inocentes. Aquí el que la hace ese la paga.” Treinta años, cuenta exacta, de 1867 á 1897.

"como recibir en él una fealdad y marca indeleble. Cuando Pompeyo vió que huían con todo su "ejército desordenado, se fué á su tienda y se sentó como un estúpido."

"He dicho que Maximiliano murió con valor, porque recibió la muerte con sangre fría y no tiene duda que Miramón era un valiente; mas en el uno y en el otro, fué una debilidad el cuidado y encargo de que se les tirara precisamente al corazón, porque manifestaban no tener fuerzas para sufrir el tormento de la muerte ¡un minuto más! Mejía no encargó que no se le tirara á la cara ni que se le tirara al corazón, y con su elocuente silencio, quiso decir á los soldados: "Tiren donde quieran." La prolongación del tormento de la muerte un minuto más, no le importaba nada. Maximiliano, Miramón, Méndez, Vidaurri y O'Horán, dieron una satisfacción á los republicanos, diciendo que no eran traidores: palabras enteramente inútiles, pues á pesar de aquellas arengas, los republicanos siempre los habían de tener como traidores. Mejía fué tan avaro de sus palabras, como el rico de su oro, no quiso proferir ninguna palabra inútil, miró con noble orgullo y desdén á sus enemigos, los juzgó indignos de dirigirles la palabra y no les dió satisfacción alguna, dejando á la posterioridad el juicio de sus hechos."

CONFIDENCIAS DEL PADRE SORIA

"Todos los historiadores, al narrar los últimos días de Maximiliano, hablan del Padre Soria; pero ninguno dice ni su nombre. Voy pues, á decir, quién era el Padre Soria, y lo que me refirió. El muy Reverendo Padre Licenciado D. Manuel de Soria y Beña tenía en 1867, poco más de cincuenta años, pertenecía á la nación otomí, era de baja estatura, moreno, de cuerpo endeble y enfermizo, de genio tímido, de buena capacidad intelectual, humilde y virtuoso, de dulces palabras y modales, abogado recibido por el Tribunal de Querétaro, monje del Oratorio de San Felipe Neri, de la misma ciudad, canónigo de la catedral de la misma y Vicario Capitular, ó sea el que gobernaba á toda la diócesis de Querétaro, en la sede vacante por muerte de su primer Obispo D. Bernardo Gárate. Desde 1853, en que estuve la primera vez en Querétaro y conocí y traté al Padre Soria en el Oratorio, tuvimos amistad y correspondencia epistolar hasta su muerte. Así es que, el día 12 de Marzo de 1868, en que llegué á Querétaro de paso para Lagos, á mi vuelta de Europa, á poco que me bajé de la diligencia, me fuí á visitar al Padre Soria, no le hallé, le dejé una tarjeta y á las cinco de la tarde fué á la casa de diligencias y tuvo la bondad de hacerme una visita de algunas horas, en las que hablamos principalmente de mi viaje á Europa y de lo que en el mismo tiempo había acaecido en México, y especialmente de lo que había intervenido en los últimos sucesos de Maximiliano, y me refirió lo siguiente: "El día 15 de Junio en "la tarde fué la primera vez que visité á Maximiliano, porque me llamó para que recibiera su "confesión sacramental (que no hizo esa tarde, sino al día siguiente) y lo auxiliara en sus últimos momentos. En los días siguientes lo visité á mañana y tarde. Visité también una que otra vez á Escobedo para arreglar algunas cosas. Cuando yo le hablaba á Maximiliano lo trataba "de *Su Majestad*, y cuando lo mentaba delante de Escobedo, le decía *el Archiduque*, porque tenía miedo, ¡ja! ¡ja! ¡ja! En la celda donde estaba Maximiliano, no había más que un catre, algunas sillas de tule, dos baúles y dos mesas: en una escribía Maximiliano y en otra estaban siempre escribiendo dos personas, y me parecía escribían en alemán. La celda tenía una puerta "y una ventana por el claustro, y Maximiliano tenía siempre cubierta la ventana con su capa, "porque no tenía vidrios y le molestaba el aire. Lo primero que me dijo Maximiliano el día 15, "fué esto: "He recibido la noticia de que la Emperatriz ha muerto. Ahora sí, ya muero tranquilo. El único tormento que yo llevaba al sepulcro era el de dejar á esa mujer, y más el "estado en que estaba," y cuando dijo esto, se le rodaron las lágrimas. Esta fué la única vez que "lo vi llorar. Mejía fué el que le dió la noticia de que había muerto Carlota, y era que él y Mi-

“ramón fraguaron esto para hacerle más soportable la muerte á Maximiliano, porque se afigia acordándose de su esposa.”

“El día 16 en la mañana, lo confesé y le administré el Sagrado Viático. El mismo día 16 en la tarde, me dijo Maximiliano: “Hágame usted favor de facilitarme un libro *valiente*.” Como no hablaba bien el castellano, me quería decir “un libro que le diera fuerzas para morir.” Yo le llevé al día siguiente un tomo de los sermones de Massillon,¹ y á la otra vez que le visité, dándome un abrazo y refiriéndose al libro me dijo: “Magnífico, magnífico.”

“El día 17 tratamos de una carta que había de dirigir al Santo Padre, pidiéndole perdón de todas las faltas que había cometido como Emperador católico; él se prestó luego á ello de muy buena voluntad y me dijo: “Redacte usted la carta y yo la firmo.” Yo le dije que era mejor que la redactara él para que expresara espontáneamente sus sentimientos; mas él insistió en que la redactara y yo cedí. Al día siguiente, en la mañana, le llevé el borrador de la carta, y al llegar á las palabras “su humilde hijo,” me dijo: “y obediente, obediente, escriba usted,” y levantándose de su asiento, me dió un abrazo, diciendo: “¡Excelente! ¡excelente! Solamente agregue usted “que le suplico á Su Santidad que se digne decir una misa por mi alma.” Escribí la carta con las adiciones hechas por Maximiliano, el cual la firmó, y yo me la eché en el bolsillo para remitirla á Roma.

“Yo le dije al Sr. Soria que deseaba tener una copia de dicha carta, y me dijo que la remitiría por el correo. Me la remitió en efecto, y es la siguiente: “Prisión en el Monasterio de Capuchinas en Querétaro, á 18 de Junio de 1867.—Beatísimo Padre: Al partir para el patíbulo á sufrir una muerte no merecida, conmovido vivamente mi corazón y con todo el afecto de “hijo de la Santa Iglesia, me dirijo á V. Santidad, dando la más cabal y completa satisfacción, “por las faltas que pueda haber tenido para con el *Vicario de Jesucristo*, y por todo aquello en “que haya sido lastimado su paternal corazón, suplicando alcanzar, como lo espero, de tan buen Padre, el correspondiente perdón. También ruego humildemente á V. Santidad, no ser olvidado en vuestras fervorosas oraciones, y si fuere posible, aplicar una misa por mi pobrecita alma. De V. Santidad humilde y obediente hijo que pide su bendición apostólica.—*Maximiliano*.”

“La carta, pues, no fué escrita en latín, que es el idioma de la Corte Romana, porque aunque lo conocía el Sr. Soria, no lo conocía Maximiliano; ni fué escrita en alemán, que era el idioma de Maximiliano, porque éste no lo conocía el Sr. Soria, sino en idioma español, que era el que conocían los dos. Todas las historias y muchos periódicos han referido, que Maximiliano en sus últimos días escribió una carta al Papa; pero hasta hoy se publica esta carta al pie de la letra. Luego que Pío IX recibió la carta, hizo una alocución muy sentida á los Cardenales sobre los últimos momentos de Maximiliano, y se celebraron solemnes exequias en la capilla Sixtina, con asistencia del Papa, de los Cardenales, del cuerpo diplomático y demás grandes de Roma.

“El Sr. Soria, prosiguiendo en su narración, me dijo: “En la tarde del mismo día 18 fuí á visitar á Escobedo para arreglar la hora en que le debía decir la misa á Maximiliano al día siguiente. Le dije: “Diré la misa á las siete” y me contestó: “No, no señor, dígala usted á las “cinco.” Le fuí á comunicar esto á Maximiliano, y me contestó: “Ah, ah, quiere decir que la “cosa ha de ser temprano! Bien, bien, á las cuatro de la mañana me tiene usted listo.” En efecto, fuí á las cuatro de la mañana y ya lo encontré con la cara lavada, muy bien peinado y vestido con aseo. Lo volví á confesar, dije la misa, después de ella le volví á administrar el Sagrado Viático, dimos gracias, se desayunó² y platicamos un rato.”

“A las seis de la mañana comenzaron á sonar los tambores y las cornetas en el patio, y por la escalera subía la tropa que iba á conducir á Maximiliano al suplicio. Este se puso muy pálido “y cortó la conversación. Esta fué la única vez que lo ví turbado. Salimos luego de la celda, y

¹ Se me olvidó preguntar al Sr. Soria si los sermones estaban escritos en francés ó en castellano.

² De seguro que también al Sr. Soria se le sirvió desayuno.

"cuando íbamos en el corredor ya él iba con su color natural y sus modales fogosos, Luego que montamos en el coche comencé yo á temblar, porque me dió una especie de convulsión, y Maximiliano sacó luego del bolsillo un pomito con álcali, y aplicándomelo á las narices, me decía: "¡Oh, no, no hay que tener miedo, no hay que tener miedo! De manera que, en lugar de auxiliarlo yo, él me iba auxiliando á mí, ¡ja! ¡ja! ¡ja! Maximiliano llevaba en la mano derecha un pañuelo y un crucifijo mediano de bronce de mi propiedad, que tengo siempre sobre la mesa de mi estudio, y en la izquierda llevaba un rosario que le había regalado su señora madre. Luego que el coche paró al pie del Cerro de las Campanas, Maximiliano se puso el sombrero, el cual era de color morado oscuro, de felpa y de copa baja, y luego se lo quitó y arrojó en el asiento del coche, diciendo: "¡Ah! esto ya no sirve." Trató de abrir la portañuela, y no habiendo podido hacerlo pronto, se salió del coche sin abrirla, lo que me admiró, porque era muy largo, "é iba subiendo tan aprisa por el cerro, que no lo podía alcanzar." Después de haberme referido el Sr. Soria el modo con que se colocaron Maximiliano, Miramón y Mejía, y las arengas que dijeron el primero y el segundo, me dijo: ¹ "Estando parado Maximiliano en el lugar donde lo iban á fusilar, me entregó el crucifijo, el pañuelo, el pomito con el álcali y el rosario. Antes me había encargado que remitiera el rosario á la Archiduquesa Sofía." ² Dió algunos pasos hacia los soldados que lo iban á fusilar, llevando algunas onzas de oro en la mano; el oficial que mandaba la ejecución, le dijo: *Atrás*; Maximiliano le dijo: "¿No se permite darles esto?" el oficial contestó que sí, y Maximiliano se acercó á los soldados y dió á cada uno un *maximiliano* que era una onza de oro de á 20 pesos, con el busto de Maximiliano. Luego que fusilaron á los tres, hubo una gritería de "¡Muera el Imperio!" y "¡Viva la República!" sonido de tambores y cornetas y desfile de tropas, y yo me quedé parado y entontecido, hasta que un oficial se acercó á mí y me dijo: "Padre, la misión de usted está concluida, y me parece que no está usted en su lugar." Luego bajé de prisa por el cerro, me metí en el coche, me fui á mi casa y estuve algunos días en cama enfermo del estómago. Después un alemán me ofreció 500 pesos por el crucifijo y yo no se lo quise vender, diciéndole que también quería conservarlo como un recuerdo."

"Luego que se fué el Sr. Soria me acosté, porque jamás, ni en mi juventud, he acostumbrado leer ni escribir nada después de las nueve de la noche. Otro día, en Guanajuato, escribí estos apuntes, para conservar en la memoria, al pie de la letra, lo que me había dicho el Sr. Soria."³

(Agustín Rivera. — "La Reforma y el Segundo Imperio," págs. 273 á 276, 4^a edición.)

¹ Aquí falta algo en el texto original como: ¿ya es hora?

² Se me olvidó preguntar al Padre Soria qué había dispuesto Maximiliano sobre el pañuelo.

³ "El Correo de Jalisco", en su número del 12 de Enero de 1897, publicó el artículo siguiente:

"UN TESTIGO DE LOS SUCESOS DEL IMPERIO." — REVELACIONES DEL CONFESOR DE MAXIMILIANO. — El Sr. D. Teófilo F. Idrac, antes rico, ahora muy pobre, pero siempre hombre de bien, es testigo ocular de muchos sucesos del Imperio y hace tiempo está avecindado en México, donde nació el año de 1838.

"Era el encargado de la hacienda de Buenavista, de D. Manuel Legorreta, anexa á la de Montenegro, á leguas de Querétaro, en 1867, á la caída del Imperio.

"El mal giro de los negocios hizo ir á Querétaro al Sr. Idrac el año de 1876. Deseaba comprar la finca de Santa Bárbara, que había sido del finado D. Crescencio Mina. Para informes se dirigió al Canónigo Soria, que glosaba la testamentaria. Habló largamente con él, y en la plática vino á colación la toma de la plaza.

"—¿Y es cierto padre—preguntó el Sr. Idrac al Canónigo Soria, que era público y notorio había sido el confesor de Maximiliano— que el Coronel Miguel López por traición entregó la plaza?

"Y el Canónigo contestó con naturalidad:

"—El Coronel López no hizo más que lo que se le mandó.

"El Canónigo Soria murió en Querétaro en la calle de San Agustín, frente á la Aduana, de un contagio de viruelas perniciosas

"Afirma el Sr. Idrac que en el manifiesto del señor General D. Mariano Escobedo acerca de la toma de Querétaro, no se lee más que la verdad pura.—("El Universal.")

EMBALSAMAMIENTO DEL CADAVER DE MAXIMILIANO POR EL DR. D. IGNACIO ALVARADO
Y ENTREGA AL ALMIRANTE TEGETHOFF

"Octubre, segunda mitad. VISITA DE JUAREZ Y SEBASTIAN LERDO DE TEJADA AL CADAVER DE MAXIMILIANO.

"Es bien sabido que el embalsamamiento del cadáver de Maximiliano en Querétaro, á pesar de haber sido hecho por cuatro médicos, resultó mal ejecutado, por lo cual fué necesario un nuevo embalsamamiento, el cual se practicó en la Capital de México, en la Iglesia del Hospital de San Andrés. Esta era una iglesia mediana que cerraba el callejón de Betlemitas; después fué derribada y el lugar donde estaba es hoy la calle de Xicotencatl. Por mis relaciones con las Hermanas de la Caridad de San Andrés, especialmente con la superiora Sor Juana Antía, española, y con la boticaria Sor Felicitas González, guadalajarenses, conocí bien esta iglesia antes y después del embalsamamiento. Tenía tres comunicaciones con el exterior, á saber: la puerta principal, que daba á la calle, la puerta del costado, que daba á un corredor del hospital, y la puerta de la sacristía, que daba á otro corredor del mismo. De la linternilla de la cúpula pendía una cadena y de ésta un candil.

"A mi vuelta de Europa llegué á la Capital de México el día 23 de Noviembre de 1867, es decir, pocos días después que el cadáver de Maximiliano había sido sacado de la Iglesia de San Andrés para conducirlo á Veracruz. Venía enfermo, por lo que antes de pasar á Lagos, me estuve una temporada en México para curarme. En esta temporada,¹ un mexicano, antiguo amigo mío y testigo ocular del segundo embalsamamiento del cadáver de Maximiliano, me refirió lo siguiente. Antes me exigió le prometiera, bajo palabra de honor, que jamás diría á nadie el secreto que me iba á comunicar, y se lo prometí.

"Luego que las Hermanas de San Andrés recibieron la orden de desocupar la iglesia, porque en ella se iba á practicar el embalsamamiento, hicieron que se sacase del sagrario al Santísimo, los vasos sagrados, las aras, los manteles y demás paramentos, y la iglesia quedó convertida en un salón profano de operaciones quirúrgicas. Luego que el ataúd con el cadáver de Maximiliano fué colocado en una gran mesa en medio de la iglesia, se situó en ésta á una tropa para que custodiase el cadáver. Se cerraron la puerta principal del templo y la del costado, y no se dejó más puerta de comunicación que la de la sacristía. Se puso en esta puerta otra guardia, con orden, bajo severas penas, de no dejar entrar á nadie, á excepción de las personas absolutamente necesarias para el embalsamamiento. Se puso otra guardia en el exterior de la puerta principal y otra en el exterior de la puerta del costado, para que nadie se acercase á dichas puertas; otra guardia en la azotea del Hospital para no dejar acercar á nadie á las ventanas del cuerpo de la iglesia que daban á dicha azotea, y otra guardia en las bóvedas del templo, para no dejar á nadie acercarse á las ventanas de la cúpula. Esta rigurosa custodia de día y noche, duró hasta que el cadáver fué sacado de la iglesia." Por supuesto que se eligieron para guardias á los soldados de más confianza y para jefe de la tropa á un militar cuya fidelidad á la disciplina estaba muy experimentada.

"Se desnudó completamente al cadáver, se ató en posesión vertical á una escalerilla, y ésta se colgó de la cadena que pendía de la linternilla, y hasta que escurrió todo el bálsamo que se había inyectado en Querétaro, se practicó el segundo embalsamamiento."

"Juárez ordenó al jefe de la tropa que luego que terminara el embalsamamiento le avisara,

¹ Yo había estado cuatro temporadas: en los años de 1853, 1860, 1865 y 1866.

² No recuerdo cuánto duró el cadáver de Maximiliano en San Andrés; me parece que fué cosa de tres meses y medio.

³ Sin duda al pie del cadáver se colocó una vasija para recibir el bálsamo; pero no debió de ser muy grande, porque yo ví en aquel lugar, en el pavimento de madera, las manchas del bálsamo; salvo que fueran manchas de aceite de alguna lámpara que se haya colgado de la cadena.

antes que fuera vestido el cadáver. En un día de la segunda mitad de Octubre se dió aviso á Juárez de que estaba terminado el embalsamamiento, y que al día siguiente sería vestido el cadáver, y Juárez dijo al jefe de la tropa, que ese día, á las doce de la noche en punto, estaría de incógnito en la puerta principal del templo de San Andrés, encargándole una completa reserva.

"En efecto, á las doce de la noche en punto se paró un coche á la puerta del templo de San Andrés y el jefe de la tropa abrió inmediatamente la puerta. Entraron únicamente Juárez y su Ministro Sebastián Lerdo de Tejada. Al entrar se descubrieron la cabeza, y se dirigieron á la gran mesa que estaba en medio del templo, en la que estaba tendido el cadáver de Maximiliano, completamente desnudo y rodeado de gruesas hachas encendidas, y se pararon junto al cuerpo. Juárez se puso las manos por detrás, y por algunos instantes estuvo mirando el cadáver sin hablar palabra y sin que se le notara dolor ni gozo: su rostro parecía de piedra. Luego con la mano derecha midió el cadáver desde la cabeza hasta los pies, y dijo: "Era alto este hombre, pero no "tenía buen cuerpo: tenía las piernas muy largas y desproporcionadas." Y después de otros momentos de silencio, dijo: "No tenía talento, porque aunque la frente parece espaciosa, es por la "calvicie." Lerdo no dijo nada. Luego se sentaron en una banquilla que estaba frente al cadáver, siempre mirándolo Juárez atravesó una que otra palabra con el jefe de la tropa, manifestándole su afecto por lo bien que estaba desempeñando su comisión de la custodia del cadáver, porque se había hallado en el sitio de Querétaro y porque años atrás lo había tratado de cerca y estimado bastante. Juárez y Lerdo se volvieron en el mismo coche. La visita duró cosa de media hora.

"Al día siguiente fué vestido el cadáver, y ya se permitió á varias personas la entrada á la iglesia de San Andrés á visitar los despojos mortales del ex-Emperador de México, previa licencia de una autoridad superior al jefe de la tropa, la que continuó custodiando de día y noche el cadáver, hasta el día en que fué sacado de dicha iglesia para ser conducido á Veracruz. Se permitió también tomar fotografías del cadáver.¹

"Luego que escuché la narración anterior la escribí para que no se me olvidaran los detalles, y conservo el manuscrito.

"Pocos días después que mi amigo me honró con su confianza haciéndome una revelación interesante, á tres jefes republicanos que vivían en la capital de México al tiempo del segundo embalsamamiento, les hice esta pregunta: "¿Juárez conocería el cadáver de Maximiliano, y cada uno me contestó: "creo que no."

"En 1891 imprimí el tomo 3º de mis "Anales de época de Reforma y la del Segundo Imperio," y estando para publicar los sucesos relativos al cadáver de Maximiliano, desee publicar esta visita de Juárez y Lerdo; pero para ver si podía hacerlo sin quebrantar la palabra de honor que yo había dado á mi amigo y guardaba hacía veinticuatro años, escribí á un amigo mío General de Brigada, que había sido uno de los sitiadores de Querétaro y vivido muchos años en la capital de México, preguntándole si sabía que Juárez hubiese conocido alguna vez el cadáver de Maximiliano, y me contestó que no sabía nada. Le supliqué que hiciera la misma pregunta á algunos militares que hubiesen vivido en la capital de México en los últimos meses de 1867, entre ellos al Coronel Lic. Manuel Aspíroz, que había sido fiscal en el proceso de Maximiliano, y que cada uno le había contestado que "no sabía nada." Entonces dije entre mí: "Me obligaba todavía el secreto" y no publiqué en mis Anales nada de la mencionada visita de Juárez y Lerdo.

"*El Tiempo*, en su número de 30 de Diciembre de 1892, tomando su noticia del periódico *La Sombra de Arteaga*, hablando del Palacio de Gobierno de Querétaro, dijo: "A la historia "política de este Palacio pertenecen varios episodios. En la pieza donde actualmente está el "Archivo de Gobierno, estuvo expuesto el cadáver de Maximiliano de Austria, y allí fué visitado

1 Yo ví una de ellas, y el cadáver de aquel hombre, cuyo hermoso rostro había yo conocido en el mismo Hospital de San Andrés, según refirió en estos Anales, á pesar de dos embalsamamientos, estaba horrible.

"por el Presidente de la República D. Benito Juárez." El hecho es falso, y cuando yo leí este artículo dije entre mí: "Ya la olieron y andan husmeando."

"En fin, *El Universal*, en su número 26 de Noviembre de 1893, publicó una poesía de Juan de Dios Peza, intitulada: "La Calle de Xicotencatl," en la que el renombrado poeta hablando de la antigua iglesia de San Andrés, que estaba donde hoy está dicha calle, dijo:

Y allí estaba aquel cadáver,
Limpia la faz, roto el pecho,
Como una lección terrible,
Como un inmortal ejemplo.

.....
El sabio á quien encárgose
El nuevo embalsamamiento,
Era del ilustre Juárez
Al par que amigo su médico.

No bien con expertas manos
Ligó los inertes miembros,
Dejó, por secar las vendas,
Suspendido al aire el cuerpo.

Pendiente de los dos hombros
En un arco de aquel templo,¹
Y con los ojos de esmalte
Retando al abismo negro.

Solo quedó el Soberano,
Rígido como el acero,
Con olorosos barnices
Mojando á sus pies el suelo.

Y cuentan que en una noche
A Juárez dijo su médico,
Mas bien que en tono de súplica,
En son dulce de consejo:

"No quiero encerrar al Príncipe
Para siempre en otro féretro,
Antes de que de mi brazo
Vayáis vos á conocerlo."

Y Juárez cedió á la oferta,
Y esa noche en el silencio
Llegó al misterioso sitio
Conversando á paso lento.²

Dos lámparas encendidas
Mal alumbraban el templo,
Y en la penumbra del fondo
Se destacaba aquel muerto.

Aviváronse las luces
Y bañó un fulgor intenso
El rostro color de cera
Con ojos color de cielo.

Juárez se acercó impasible
En holgada capa envuelto,
Sin dar señales ningunas
De angustia ó desasosiego.³

1 A mí se me refirió que atado á una escalerilla, y ésta colgada de la cadena que pendía de la linternilla, y esto me parece lo más verosímil. Yo ví esta cadena y al pie las manchas del bálsamo.

2 A mí no se me habló de médico. El Sr. Peza no mienta á Lerdo de Tejada.

3 Aquí, en una estampa, representa *El Universal* el cadáver de Maximiliano colgado de una parte alta, y á Juárez en pie, frente al cadáver mirándolo detenidamente.

Y de pie frente al cadáver
Clavó en él sus ojos negros,
Y se le quedó mirando
Con su semblante de hierro.

Y después de haber estado
Contemplándolo en silencio,
"Ya lo ví, dijo en voz baja,
El vendaje aún no está seco."

Y tomando por el brazo,
Cual de costumbre á su médico,
Sin hablar de aquella escena
Salió de allí á paso lento.

"Cuando leí esta poesía, dije: "Se acabó el secreto, y, en consecuencia, la obligación de guardarlo." Y con todo, callo el nombre de mi amigo, prefiriendo el respeto á su persona á la integridad histórica.

"*El Pendón Liberal*, periódico de San Luis Potosí, en su número del 19 de Mayo de 1894, dijo: "Poeta, historiador, músico, filántropo, aguerrido, patriota, hasta liberal, etc., etc., todo "esto y mucho más nos dijeron que era el Emperador. Resultó, como siempre, que no había "tales carneros, y que todos los elogios se sintetizaban en la frase del infortunado D. Sebastián "cuando contempló el cadáver de Maximiliano: "Ya me parecía que así debía de ser este majadero."

"No creo que Lerdo de Tejada haya usado de esa palabra ante un cadáver.

"NOVIEMBRE 4. Tegetthoff presentó á Lerdo de Tejada una nota de Beust, Ministro de Relaciones de Francisco José, en la que le dijo: "Señor Ministro: Habiendo una muerte prematura arrebatado al Archiduque Fernando Maximiliano á la ternura de sus deudos, Su Majestad Imperial y Real Apostólica, siente el deseo muy natural, de que los despojos mortales de su "infeliz hermano puedan hallar el último reposo en la bóveda que encierra las cenizas de los "príncipes de la Casa de Austria. Participan de este deseo con el mismo anhelo, el padre, la "madre y los otros hermanos del augusto difunto, así como en general todos los miembros de "la familia. En consecuencia, el señor Vicealmirante Tegetthoff ha sido enviado á México, con orden de dirigir al Presidente la *súplica* de hacerle entregar los restos del hermano querido de S. M. Imperial, á fin de que puedan ser transportados á Europa. Teniendo la "honra señor Ministro, de rogaros anticipadamente que os hagáis cerca del Jefe del Estado, el "órgano de la *gratitud* de la *Augusta Familia Imperial* por el cumplimiento de su deseo y de que "aceptéis vos mismo la expresión de ella, por los buenos oficios con que tengáis á bien contribuir, aprovecho esta ocasión para ofrecer á Vuestra Excelencia las seguridades de mi alta consideración."

"NOVIEMBRE 4. Contestación de Lerdo de Tejada á Beust, en la que le dijo: "Instruido de "los justos sentimientos expresados en la nota de Vuestra Excelencia, no ha dudado el Presidente de la República disponer que sea atendido y satisfecho con grande consideración, el natural deseo de Su Majestad el Emperador de Austria y de la Familia Imperial. Conforme á lo "dispuesto por el Presidente, he manifestado al señor Vicealmirante de Tegetthoff, que desde "luego le serán entregados los restos del Archiduque Maximiliano, para que pueda llevarlos á "Austria, cumpliendo así el objeto de su misión."

("La Reforma y el Segundo Imperio, escritos por Agustín Rivera").

LA MUERTE DE MAXIMILIANO JUZGADA POR EL NIGROMANTE

“El aventurero que expiró en el Cerro de las Campanas en Querétaro, ha apelado de la sentencia que sufrió, al tribunal de la Europa y al de los mismos mexicanos; los europeos contestan insultando á la nación vengada, y los mexicanos se indignan contra los insultos y guardan sobre el castigo del culpable un religioso silencio; tales circunstancias parecen contradictorias; al explicarlas nos lisonjamos de interpretar la opinión del partido progresista. Hablaremos con independencia como si el reo se detuviese á las puertas de su sepulcro para escucharnos.

“¿Han visto los mexicanos algún gobernante que subiendo por la prostitución al poder, se entregue á su ejercicio en medio de la venalidad y de la crápula? ¿Que aprisione y destierre á los ciudadanos á su antojo y que convierta en infame especulación cada una de las providencias y leyes que dicta? Pues bien, ese es el tipo de los monarcas de la Europa.

“¿Ha contado la Nación alguna vez entre sus héroes á soldados de valor dudoso y de ignorancia conocida, que se hacen valer por su propensión al asesinato, que venden su apoyo por el permiso de figurar en un presupuesto treinta veces exagerado, y que se vuelven poderosos en una sola campaña? Pues ese es el tipo de los generales de la Europa.

“¿Conocen los mexicanos una raza de pedantes, que sin conocimientos sobre las ciencias y las artes, y con sólo la destreza en el manejo del sofisma, se apoderan de los negocios públicos y persiguen á los hombres de verdadero mérito, porque ven en ellos peligrosos rivales? ¿No es verdad que esos algunas veces personifican á una nación, no por el mérito de que carecen, sino por el puesto que ocupan, y les sucede como al caballo pintado en un banco de herrador, que no representa al albéitar sino las enfermedades que éste cura? Eso son la mayor parte de los hombres públicos de la Europa.

“El sistema que todos esos personajes desarrollan en su patria, se llama opresión; en las naciones extrañas, corrupción si son fuertes, y si son débiles, conquista.

“Nosotros hemos sufrido todo el peso de su inhumanidad y de su codicia; y en las cincuenta mil tumbas que abrieron, ni siquiera tuvieron la generosidad de escribir *¡enemigos!* Pusieron para desorientar su conciencia y engañar al mundo: *¡criminales!* Así procedían cuando estaban seguros de la impunidad; pero derrotados clamaban como niños *¡perdón!* y balaban como las ovejas en el matadero. ¡Infames! al declararnos indignos de su compasión, perdieron todo título á la nuestra; con una misma plumada de sangre trazaron dos sentencias: Forey con su primera orden de exterminio, firmó la muerte de Maximiliano.

“Siendo esto así ¿qué tenían que pedir ni esperar de nosotros, nuestros insolentes y feroces enemigos? Su dignidad les aconsejaba el silencio en la desgracia.

“Lejos de eso, ya alegan su ridícula inviolabilidad, ya se acogen á las doctrinas humanitarias que tantas veces han vejado, y olvidando que todavía no se lavan de la sangre mexicana, se atreven á llamarnos asesinos! Por esa injusticia la indignación popular se levanta y les dice: ¿no es mucha moderación un cadáver en cambio de tantos miles? El mismo suplicio se horroriza de los Forey y de los Dupín, y éstos se desmayan ante una gota de sangre! Sin duda sienten que el austriaco no hubiera sido enterrado vivo.

“Así se expresa el gran partido progresista; ¿pero acepta por eso la complicidad en la ejecución de Maximiliano? ¿No, mil veces no! El partido progresista desprecia la desatinada grito de la Europa; pero tiene un profundo respeto á sus propias convicciones.

“En Sonora, prisioneros, hemos defendido á nuestros cómplices ante las cortes marciales de los franceses, y hemos arrancado á dos del patíbulo; cumplimos como mexicanos. Poco tiempo después, arengando á la tropa y al pueblo, hemos salvado á los principales reaccionarios de Hermosillo; cumplimos así con la Constitución de 1857 que hemos jurado. Estamos persuadidos de que los verdaderos progresistas, han observado igual conducta siempre que las exigencias de la guerra les han permitido abogar por el triunfo de sus principios. Hablamos de las exigencias de

la guerra, porque nadie ignora que en el campo de batalla, las más nobles inclinaciones tienen que alejarse, mientras la necesidad de defenderse ó de asegurar la victoria, despojan al enemigo de su carácter de hombre y lo convierten en una víctima reclamada por el sacrificio. Muy natural, por lo mismo, nos hubiera parecido que Escobedo ó cualquiera otro jefe se hubiese deshecho de Maximiliano mientras se escuchase un solo tiro lanzado por sus defensores.

"¡Pero matar á un hombre con las formalidades de un juicio! No culpamos al Consejo de Guerra; sus miembros tenían obligación de obedecer; pero el superior y el Gobierno, á quienes se permite y toca deliberar, ¿buscaron la venganza? Eso es indigno. ¿Quisieron imponer un castigo? La primera de las leyes, la Constitución, protegía la cabeza del reo. ¿Procuraron impedir un nuevo crimen de parte de Maximiliano? ¿Sabían, por ventura, que volvería al trono de México? La Europa y el criminal no les merecían ningunas consideraciones; pero debieron respetar la Constitución que les ha concedido las armas para salvarla y no para romperla.

"Salvando á Maximiliano y á sus cómplices en nombre de nuestro Código, con cuánto respeto, con cuánta admiración, hubiera sido proclamada como divina la primera ley que contiene palabras de vida para sus mismos enemigos! "Los títulos de la humanidad se han encontrado, "dirían los pueblos; el Congreso de 1857 estaba compuesto de Mesías; Juárez ejerce un sacerdocio." Ahora somos unos legisladores vulgares.

"Si los que convirtieron las tablas de la ley en una piedra de sacrificios como la de Huitzilopochtli, pueden, consultando con su conciencia, jurar que han salvado á la patria, dignos son de respeto por sus servicios, y de piedad porque la suerte los condenó á tan duro ministerio; levanten con mano firme el corazón de la víctima, y declaren los agujeros de su propia fama, ya que la patria no necesita de tan funestos auspicios.

"Pero si un cadáver bajo sus pies ha sido el primer escalón de sus aspiraciones, dejen de amagarnos con él, porque al fin ya no pueden resucitarlo, y su sombra no se levantará para nosotros.

"16 de Octubre de 1867."

("Obras de Ignacio Ramírez." Tomo II, págs. 317 á 320.)

MAXIMILIANO, JUAREZ Y LERDO.—CRONWELL Y EL CADAVER DE CARLOS I DE INGLATERRA

He visto en el Museo del Louvre un cuadro que representa á Cronwell alzando la tapa de la caja que contenía el cadáver decapitado del Rey Carlos I de Inglaterra; y se cuenta, que al verlo había dicho: "Era un cuerpo robusto que prometía largos años de vida."

Con solemne pompa fué conducido el féretro á la capilla de Windsor, y enterrado junto á Enrique VIII. La misma sepultura encerró los restos del padre de Isabel y del nieto de María Estuardo.

El Rey había muerto, pero quedó viva la monarquía: siguió al Protectorado la subida al trono de Carlos II.

Mi maestro el Dr. Ignacio Alvarado, amigo y médico de Juárez, encargado del segundo embalsamamiento de Maximiliano, me refirió sus dificultades técnicas; por mi parte pude apreciar los peligros que tuvo Alvarado para enmendar los defectos de la primera operación hecha en Querétaro.

Cronwell quiso ver el cadáver cuyo cetro rodó de un balcón de Whitehall; Juárez contempló al hombre cuya corona hizo pedazos en el Cerro de las Campanas.

Cronwell no comprendió, al hacer las exequias de Carlos I, que dejaba en pie la monarquía; pero Juárez sí comprendió, que con Maximiliano acababa para siempre en México!

Ni Juárez ni Lerdo, que estaban delante del cadáver de Maximiliano, hicieron alusión alguna al desgraciado príncipe; tal vez Cronwell no dijo una sola palabra; porque solemne era la contemplación de la víctima de una justicia nacional!

MUSEO HISTORICO DE QUERETARO

LISTA DE LOS DIVERSOS OBJETOS QUE CONTIENE

Chapa de la puerta del Palacio Municipal, antes Palacio del Corregidor de Querétaro. Por el agujero de la boca—llave de esta chapa dió aviso la Corregidora Doña Josefa Ortiz de Domínguez de haberse descubierto la conspiración.

Retratos del indio D. Nicolás de San Luis Montañez.

Retrato de D. Epigmenio González.

Autógrafos (firmas y rúbricas) de D. Miguel Hidalgo y Costilla, Morelos, Bravo, Rayón Aldama, Victoria, Mier y Terán, Liceaga, Torres y Mercado.

Autógrafos de Maximiliano, Miramón, Méndez, Vidaurri, Aguirre, Príncipe de Salm Salm, Miguel López y otros.

Fotografía de los soldados que fusilaron á Maximiliano.

Fotografía de la celda del Convento de Teresas, lugar donde estuvo preso Maximiliano.

Fotografía del fusilamiento de Maximiliano, Miramón y Mejía.

Fotografía del lugar de la ejecución en el Cerro de las Campanas, tal como estaba cuando se verificó.

Fotografía del monumento y reja levantados después en el mismo sitio.

Fotografía de la Capilla erigida en memoria de M. M. y M.

Banquillo donde se sentó Miramón ante el Consejo de Guerra.

Banquillo donde se sentó Mejía ante el Consejo de Guerra.

Ataúd donde provisionalmente se depositó el cadáver de Maximiliano.

Mapa de las fortificaciones (por Patricio Pedroza, Imp. y Lit. Española).

Mesa y tintero que sirvieron para el acto de firmar la sentencia de muerte pronunciada contra Maximiliano, Miramón y Mejía.

MUSEO DE ARTILLERIA

DIRECTOR, CORONEL DE ARTILLERIA GILBERTO LUNA

Nombres de los cinco sargentos que fusilaron á Maximiliano.

Primer Batallón de Nuevo León.—1^a Compañía de fusileros.—Sargento 2^o Jesús Rodríguez.—19 de Junio de 1867.

Primer Batallón de Nuevo León.—4^a Compañía de fusileros.—Sargento 2^o Ignacio Lerma.—19 de Junio de 1867.

Primer Batallón de Nuevo León.—3^a Compañía de fusileros.—Sargento 2^o Marcial García.—19 de Junio de 1867.

Primer Batallón de Nuevo León.—Compañía de Granaderos.—Sargento 2^o Carlos Quiñones.—19 de Junio de 1867.

Primer Batallón de Nuevo León.--Compañía de Granaderos.--Sargento 2º Esteban Garza.—19 de Junio de 1867.

Los cinco fusiles Enfiel con que fusilaron á Maximiliano, fueron donados por el señor General D. Mariano Escobedo al Museo de Artillería, en donde se encuentran; cada uno tiene el nombre del sargento que lo *disparó* en el fusilamiento.

La "Espada que entregó el Archiduque Fernando Maximiliano al ser prisionero en la Rendición de la Plaza de Querétaro." La hebilla del cinturón de la espada tiene una águila con el lema "Imperio Mexicano." La hoja un monograma coronado.

Los cinco fusiles del Primer Batallón de Nuevo León que sirvieron para el fusilamiento.

En el primer salón se encuentra un magnífico retrato en traje militar con todas sus condecoraciones del señor General D. Mariano Escobedo.



CAPITULO XV

La Intervención francesa juzgada por el historiador Guillermo Oncken

 N 3 de Julio de 1862 escribió Napoleón III al General Forey: "Si México conserva su "independencia y su territorio, y si con el auxilio de la Francia recibe este país un go-
"bierno sólido, habremos devuelto á la raza latina, al otro lado del Océano, su vigor
"y su brillo." Hacía justamente cien años que la lucha entre la Nueva Inglaterra y la Nueva
Francia había decidido la preponderancia de la raza germánica en el Continente de la América
del Norte. A la sazón estaban en guerra unos con otros los Estados de la Unión del Norte y era
necesario que se destruyera esta unión, anegándose en ríos de sangre, para que Napoleón III lo-
grara realizar su proyecto en la Nueva España. Pero llegó el día en que los Estados Unidos sa-
lieron victoriosos de la guerra de separación y de los dueños de esclavos, y entonces quedó juz-
gada también toda tentativa de instalación de una potencia extranjera en el Nuevo Mundo. Es
decir, que el destino del Imperio de México, levantado en 10 de Abril de 1864, no podía depen-
der ya ni de la fuerza ni de la debilidad de los franceses, ni de la fidelidad ni infidelidad de los
mexicanos, sino que quedó decidido en los campos de batalla de los Estados Unidos. Esta deci-
sión se efectuó en el mes de Abril de 1865, cuando los dos ejércitos del Sur rindieron las armas,
el del General Lee al General del Norte Ulises Grant el día 9 y el del General Johnston al Gene-
ral Sherman el 26 del mismo mes. Estas noticias, al llegar á México, implicaban la sentencia de
muerte del Emperador Maximiliano.

"El Presidente Juárez, sin recursos políticos, derrotado militarmente
en todas las ocasiones, y una vez hasta arrojado del país, tenía un recurso infalible y era el auxi-
lio militar directo de los Estados Unidos del Norte en forma de dinero, armas y artillería. El
Presidente Abraham Lincoln escribió á Juárez: "No estamos en guerra abierta con Francia, pe-
"ro puede usted contar con dinero, cañones y voluntarios, cuyo envío favoreceremos." Los nor-
teamericanos cumplieron la palabra dada, y después del asesinato de Lincoln, en 14 de Abril de
1865, su sucesor Johnson abandonó la reserva, que ya no necesitaba é hizo oír al Emperador
de los franceses un lenguaje que no le había dirigido nadie. El representante de los Estados Uni-
dos en París recibió con fecha 6 de Noviembre de 1865 un despacho de su Gobierno en el cual éste,
á tenor de la resolución del Congreso de 4 de Abril de 1864, protestaba nuevamente contra toda
tentativa de establecer en México una dinastía extranjera é imperial. En la comunicación de
triunfo con que Johnson abrió en 4 de Diciembre el Congreso, celebró la victoria como triunfo
de la doctrina de que en América no podía haber otro gobierno más que el republicano, y que si
América dejaba á cada nación europea el derecho de darse el gobierno que le pluguiese, en cambio
quería el derecho de no sufrir en su continente ningún otro gobierno más que los republicanos, y
que rechazaría impetuosamente toda ingerencia extranjera en sentido hostil. Decía que el prin-
cipio de la no intervención en negocios extranjeros continuaría siendo la línea de conducta de

los Estados Unidos, y que la abandonaría únicamente en caso de intervención de potencias europeas en asuntos americanos. Dos días después, en 6 de Diciembre, recibió el Embajador americano en París, el encargo de comunicar estas declaraciones al Emperador en forma bastante ruda, porque en 18 de Octubre había hecho saber Napoleón III al Gobierno de Washington que retiraría su ejército de México si los Estados Unidos reconociesen el Imperio mexicano, lo que el Gobierno de la Unión rechazó con la declaración clara y terminante de que no era la presencia del ejército francés en América lo que no se quería sufrir, sino el objeto de la presencia de aquel ejército; que contra el Imperio de México estaba la República de México, que tenía á su favor al pueblo mexicano y al de los Estados Unidos, mientras el Imperio mexicano sólo estaba sostenido por la ingerencia extranjera que lo había creado. A mayor abundamiento, el Congreso norteamericano declaró en 12 de Diciembre, en ambas Cámaras, que la tentativa de destruir una de las repúblicas americanas por una potencia extranjera y de levantar sobre sus ruinas una monarquía sostenida por bayonetas europeas, estaba en contradicción con la política tantas veces manifestada de los Estados Unidos, era en alto grado repugnante al pueblo americano y constituía un ataque al espíritu de sus instituciones. Al acometer Napoleón III esta empresa, no había pensado, y menos lo había pensado el entonces Archiduque Fernando Maximiliano de Austria, que los Estados Unidos del Norte vencerían en la guerra civil. El Emperador de los franceses se lanzó á la aventura de México con una ligereza y una frivolidad que sólo fueron excedidas después cuando provocó la guerra de 1870. El éxito fatal de la empresa de México infringió al segundo Imperio la primera herida cuando dicho Imperio se hallaba en su mayor auge. Fué una invasión indigna en un país cuya población pacífica no había hecho ningún mal á los franceses; este fué el principio de la aventura y el fin fué una retirada vergonzosa. Entre el principio y el fin ocurrió el drama de un joven príncipe que pagó con su existencia su ambición mal dirigida.

“Después de cuarenta años de incesantes guerras civiles, los Estados Unidos de México habían conseguido por primera vez, en 1860, un Gobierno reconocido en todo el país, á pesar de no pertenecer el representante de este Gobierno ni al uno ni al otro de los dos poderes que habían hecho y deshecho hasta entonces todos los gobiernos y contra-gobiernos, es decir, que no era ni eclesiástico, ni militar. El Presidente, Benito Juárez, era abogado; había sido diputado, administrador y juez, y fué elevado á la presidencia por la libre elección del pueblo mexicano. Había nacido en 1809 en una pequeña aldea cerca de Oaxaca, hijo de padres pobres é indios, de la raza que hasta entonces, aun después de haber sacudido el país el yugo español, había tenido que servir y recibir las leyes de otra raza extranjera y que formaba sólo una pequeña minoría de la población total. Desde joven ocupó Juárez un puesto importante entre la generación nueva, deseosa de independencia nacional y de libertad política. Fué el alumno más distinguido de la Facultad de Jurisprudencia, fundada por el partido liberal para servir de contrapeso al Seminario teológico; á la edad de veinticinco años se hizo abogado y como tal, y como orador más influyente entre los liberales de Oaxaca, fué elegido en 1846, diputado al Congreso de México, en el cual ocupó desde luego la posición que hizo de su nombre la enseña de un partido. En aquel Congreso presentó una proposición para adjudicar por 14 millones de duros, los bienes de la Iglesia. Esta proposición suscitó una contienda con el clero, cuyo furor intimidó á los elementos moderados, de tal manera, que parecía tener que abandonarse semejante proyecto. Pero entonces tomó Juárez la palabra y defendió, durante tres sesiones, con tal elocuencia y energía la proposición, casi perdida ya, que convenció á la mayoría de la asamblea, y desde aquel momento no abandonó jamás en toda su vida, la lucha que entonces empezó. El Clero era el principal propietario de México, pues que estaba en sus manos, por lo menos, la tercera parte de la riqueza total del país, y lo que no le pertenecía con el carácter de mano muerta, lo tenía en calidad de garantía por préstamos hechos. Sólo en la ciudad de México pertenecían la mitad de las casas á la Iglesia, y lo que ésta poseía en todo el país se calculaba en mil quinientos millones ó poco menos. El clero de Puebla poseía en 1860, en la ciudad y en sus inmediaciones, por valor de doscientos millones de capital en préstamos hechos sobre inmuebles. El clero, atacado en sus bienes

materiales, se defendió invariablemente echando mano á la fuerza armada, á la cual pagaba adelantado las sumas necesarias, fuerza que, por lo mismo, fué el instrumento de incesantes conspiraciones y golpes de Estado, no faltando nunca un titulado General para ponerse á la cabeza de cada revolución; uno de estos generales había sido Santa Anna, infatigable por entronizar gobiernos y contra-gobiernos. Era un verdadero aventurero muy propio para servir á una clase que no podía ser poder político, pero que tampoco quería obedecer á ningún otro poder político; por manera que encontró más conveniente no dejar medrar á ningún poder. Desde el año de 1824, los bienes de la Iglesia habían sido causa de contienda; y cuando lo fueron otra vez en tiempo de Juárez, fué llamado Santa Anna, para disolver el Congreso; pero en Enero de 1858, Don Benito Juárez fué elegido, con arreglo á la Constitución del año anterior, Presidente de la República, y cuando dos años después quedaron completamente derrotados sus competidores, Zuloaga y Miramón, quedó sellada la suerte de los bienes eclesiásticos, cuya venta fué decidida. En 12 de Enero de 1861, efectuó Juárez su entrada en México, precedido por el General Ortega, y este día habría sido el principio de una era nueva en que México se vería gobernado por mexicanos en virtud de una Constitución Federal, si el partido vencido, el clerical, no hubiera encontrado apoyo en el extranjero, lo cual fué causa de una nueva guerra civil.

“Tres potencias eran acreedoras de la República, Inglaterra, Francia y España. Reclamaban sumas que habían adelantado á los adversarios del Gobierno entonces existentes, á saber, á los clericales, lo cual venía á ser lo mismo que si cinco años después se hubiese querido obligar á los Estados Unidos de la América del Norte á pagar las deudas hechas por los separatistas. El nuevo Gobierno mexicano estaba tan falto de recursos que dependía del crédito que quería darle el extranjero, y para alcanzar por lo pronto una moratoria, entregó á sus acreedores, como garantía, su único recurso seguro, á saber, sus aduanas, de cuyos productos designó: á la Inglaterra un 49 por ciento, á la Francia 11 por ciento, y á España 8 por ciento. Si del resto se pagaba á los funcionarios de aduanas y á las guarniciones de los puertos, quedaba para el Gobierno todavía un 10 por ciento, y si de este 10 por ciento se restaban los intereses de la deuda extranjera, quedaban para el Gobierno en calidad de ingreso todavía 7 millones de francos. En esta situación echó mano el Gobierno de un recurso desesperado, haciendo votar el Congreso en 17 de Julio de 1861 una ley que suspendía por dos meses el pago de los intereses de la deuda extranjera, cuando ya hacía seis meses que no se pagaba los de la deuda interior, ó sea la llamada renta. Esta ley fué la queja capital de las tres citadas potencias, que á consecuencia de un acuerdo tomado en 31 de Octubre en Londres, determinaron la intervención armada. En Diciembre de 1861 desembarcaron en Veracruz fuerzas españolas; en 6 de Enero de 1862 llegaron las fuerzas inglesas; el 7 del mismo mes llegó el Plenipotenciario de Francia, el Almirante Jurien de la Gravière, y en el 8 del mismo el General Prim, el Plenipotenciario de España. El Almirante Jurien tenía el encargo de apoyar al Embajador francés Saligny, que se estaba conduciendo con gran insolencia como protector del clero y del partido clerical. La concordia de las tres potencias continuó hasta enviar una nota colectiva al Gobierno de México, pero acabó cuando en 18 de Enero pasaron á establecer las reclamaciones, que se obligaban á apoyar mutuamente; porque mientras Inglaterra y España sólo pedían lo que se había probado y reconocido como justo, Saligny pidió en lugar de 800,000 francos, que hasta entonces habían sido reconocidos como total de lo que la Francia tenía que percibir, una suma de 60 millones de francos, sin comprobar por qué razones México le debía esta suma. No contento con esto, exigió indirectamente otra suma mayor, es decir, la de 75 millones de francos, bajo el pretexto que debía cumplirse inmediata y enteramente un convenio, del cual hasta entonces ni siquiera se había hablado, hecho en 1859 con la casa de Jecker. Ambas exigencias fueron reconocidas como completamente injustas por parte de Inglaterra y de España, sin que los franceses intentaran siquiera convencer á aquellos dos gobiernos con razones contraproducentes. Hubo más: negaron á los Plenipotenciarios de aquellas naciones el derecho de pedir comprobantes y dijeron que no tenían obligación de demostrar la justicia de sus exigencias. La objeción principal de los otros dos plenipotenciarios fué que Jecker no era

quiera francés, lo que por sí solo entrañaba suficiente motivo para que la Francia no pudiera adoptar sus pretensiones. Para quitar la fuerza á esta objeción, recibió Jecker en 26 de Marzo la naturalización de primera clase que sólo podía conceder el mismo Emperador en circunstancias excepcionales.

"Antes, sin embargo, de que esta naturalización se efectuara, había ocurrido en México un cambio de situación que obligó al gabinete de las Tullerías á manifestar sus verdaderas intenciones, que hasta entonces había tenido ocultas. En 19 de Febrero de 1862 pactó el General Prim en La Soledad con el General Doblado, Ministro de Negocios Extranjeros de México, una especie de paz provisional, á la cual debía seguir lo más pronto posible la paz definitiva. El General español presentó aquella misma noche en Veracruz este convenio á sus dos colegas de Francia é Inglaterra, á fin de que lo firmaran. El convenio fué resultado de la confianza que al General Doblado inspiró Prim y de las intenciones moderadas y leales que animaban al General español en este negocio. El convenio daba á conocer ya en las primeras palabras el espíritu de esta obra de paz, porque decía así: "En atención á que el Gobierno constitucional que actualmente rige en "la República de México ha demostrado á los plenipotenciarios de las naciones aliadas que no necesita de las fuerzas auxiliares que las últimas han ofrecido con tanta benevolencia al pueblo "mexicano y que posee en sí mismo los elementos de fuerza y de crédito que necesita para "servarse y hacer frente á toda sublevación en el interior, los aliados se ponen inmediatamente "en el terreno de los tratados y se declaran dispuestos á formular todas las reclamaciones que "tienen que hacer en nombre de sus respectivas naciones. 1º A este fin aseguran los representantes de las potencias aliadas por la presente, que no tienen la intención de emprender nada contra la independencia, la soberanía y la integridad del territorio de la República; y con el objeto indicado se abrirán las negociaciones en Orizaba, á cuya ciudad irán los plenipotenciarios y "dos Ministros del Gobierno de la República, á no ser que por ambas partes se conviniere en nombrar representantes."

"En estas palabras se reconocía al Presidente Juárez y á su Gobierno, pues que se les atribuía en términos precisos la legalidad constitucional y el poder y crédito para protegerse á sí mismos, al paso que se negaba rotundamente toda intención de intervenir en el gobierno y estado interior de la República; por manera que al afirmar los plenipotenciarios esta paz provisional se contentaban con que se diera satisfacción á reclamaciones perfectamente precisadas. Como la Inglaterra jamás había tenido intenciones políticas en México, ni había querido la caída del Presidente ni mucho menos la de la República, sus plenipotenciarios Lennox Whike y Hugo Dunlop, podían firmar el convenio. Tocante á España, si antes había tenido intenciones políticas respecto á México, no las tenía ya hacía muchos años, de suerte que el General Prim podía firmar también el convenio; pero los plenipotenciarios franceses lo firmaron con intención páfida, para obtener la ventaja que ofrecía el segundo artículo, que decía así: "Durante las negociaciones las fuerzas "de las potencias aliadas ocuparán los tres centros de población, Córdoba, Orizaba y Tehuacán, con las inmediaciones correspondientes á estos centros." Las tres ciudades mencionadas están situadas al borde de la alta meseta en que se encuentran Puebla y México, mientras que Veracruz está junto al mar, donde es endémica la fiebre amarilla; por cuya razón los franceses sobre todo tenían urgente necesidad de ocupar la parte alta del país, á lo cual se agregaba que en el camino que conduce de Veracruz á las citadas ciudades estaban las obras de fortificación de los mexicanos, que oponían grandes dificultades á una conquista enemiga. Por eso disponía el artículo 3º del arreglo que, en caso de fracasar las negociaciones los plenipotenciarios aliados se obligaban á recoger sus tropas de las ciudades citadas y á retirarse en dirección de Veracruz hasta más allá de las fortificaciones mexicanas. Pues bien, los franceses, para aprovecharse del artículo 2º, firmaron el convenio con la intención de faltar á los artículos 1º y 3º En 19 de Febrero había firmado Saligny, el plenipotenciario de Francia, y al día siguiente, al ponerse en marcha la tropa francesa, ya dijo á cuantos querían oírle que el arreglo de la Soledad no valía más que el pedazo de papel en el cual estaba escrito. Fué esto ya un principio de revelación de las verda-

deras intenciones del Gobierno francés. El 3 de Marzo desembarcó en Veracruz con refuerzos franceses el General francés Lorencez, llevando en su compañía á un fugitivo mexicano, el General Almonte. Uno y otro hicieron saber por medio de la prensa á los mexicanos que habían ido para derribar al Presidente Juárez y para colocar en el trono de México al Archiduque Maximiliano. Por tanto, el Gobierno mexicano pidió en 3 de Abril que los franceses reembarcaran á Almonte, al padre Miranda y á otros compañeros suyos y los llevaran inmediatamente fuera del territorio de la República. En 9 de Abril se efectuó la primera reunión de los representantes de ambas partes, en Orizaba, para hacer la paz definitiva, y entonces el General Prim rasgó el velo que cubría las intrigas que se estaban fraguando, diciendo que pocos días después de la llegada del General Almonte le había visitado éste y le había declarado sin ambages que había ido para derribar el Gobierno de México, reemplazar la República por una Monarquía y colocar en el trono al Archiduque Maximiliano de Austria; que contaba con el apoyo de las tres potencias aliadas; que tenía motivos para creer que su plan sería aceptado favorablemente por los mismos mexicanos, y que acaso antes de dos meses sería realizado. Refirió el General Prim que en seguida había protestado enérgicamente contra semejante proyecto, rechazando en absoluto toda cooperación de España; porque México, desde cuarenta años República, odiaba la forma monárquica y no se conformaría con ninguna constitución tan contraria á sus instituciones. Al referir esto, repitió Prim sus declaraciones, y añadió que si los aliados entraban en semejantes planes, faltarían al convenio de 19 de Febrero, cuyo sentido era clarísimo y exigía que no se diera aliciente ninguno ni protección á los hijos perdidos de México que regresasen al país para conspirar contra su patria bajo la protección de banderas extranjeras. Contra esto declararon los plenipotenciarios franceses que estaban decididos á no negociar con el Gobierno de la República; muy lejos de negar á los fugitivos mexicanos la protección de la Francia, dijeron que se la concederían también en adelante como hasta entonces. A la pregunta de por qué habían firmado el convenio de 19 de Febrero si tenían semejantes intenciones, contestó Saligny que á nadie tenía que dar cuenta de los motivos que le habían hecho proceder así. El Almirante Jurien se expresó de la misma manera, diciendo siempre que era preciso marchar sin dilación sobre México. A esto dijeron los plenipotenciarios de Inglaterra y de España que si los representantes de Francia insistían en sus declaraciones, se retirarían ellos con sus tropas y considerarían rotos por la Francia tanto el convenio de Londres como la paz provisional de la Soledad.

“Así quedaron las cosas. Aquel mismo día, 9 de Abril, los dos representantes franceses enviaron al Gobierno de México un mensaje negando la expulsión de Almonte y sus agentes; y en lugar de emprender la retirada en dirección de Veracruz, como estaba convenido, las fuerzas de Lorencez avanzaron sobre Puebla y abrieron con esto la guerra; mas el General mexicano Zaragoza las rechazó otra vez hacia Orizaba con grandes pérdidas.

“En Septiembre de 1862 llegó el General Forey con nuevos refuerzos; consiguió apoderarse de Puebla el 17 de Mayo de 1863, después de dos meses de sitio, y á principios de Junio entró en la capital de México. Allí, en 8 de Julio, el General Almonte, ya poseedor del Poder Ejecutivo, reunió una asamblea de notables que decidió dar á México un Emperador hereditario y ofrecer la nueva corona al Archiduque Fernando Maximiliano de Austria. Una comisión de miembros de esta asamblea pasó á Miramar para obtener el consentimiento del Archiduque; pero éste puso al principio condiciones que más bien indicaban su negativa, porque pidió, en primer lugar, la protección decidida de las potencias marítimas y en segundo lugar una manifestación clara y precisa de la nación mexicana. En lo primero no había que pensar siquiera, atendido que Inglaterra y España nada querían saber de semejante asunto, ni tampoco había que pensar en el apoyo de los Estados Unidos. Respecto á la manifestación del pueblo mexicano sólo la podían hacer el partido clerical, cuyos partidarios constituían una pequeña minoría, pues que la nación estaba de parte del Presidente Juárez; y el territorio en que gobernaba el partido clerical se componía sólo de las ciudades de México, Puebla, Orizaba y Toluca, además de veinticinco ciudades pequeñas y veinte caseríos que en junto sólo tienen 350,000 habitantes incluyendo los 180,000 de la ciudad de México.

"El Archiduque se resistió bastante tiempo. En Marzo de 1864 pasó con su esposa á París, á invitación del Emperador de los franceses, y allí firmó un convenio que debía convertirse en tratado definitivo el día que aceptara el título de Emperador de México. La aceptación de este título fué retardada por no poderse poner de acuerdo con su hermano el Emperador de Austria, Francisco José, que exigía la renuncia de Maximiliano á todas sus pretensiones legítimas á la corona de Austria.

"El Emperador, antes de conceder permiso á su hermano para aceptar la corona de México, quería que éste renunciara por escrito á sus derechos eventuales al trono de Austria, y el Archiduque quería que su hermano firmase una contra-carta secreta que anulase el documento oficial de renuncia. A esto no quiso ni pudo acceder el Emperador, que sólo consintió que el Archiduque, en caso de renunciar otra vez á la soberanía de México, volviese á gozar de los derechos á la sucesión del trono de Austria después de los agnados de la casa imperial. Esto no satisfizo al Archiduque, que insistió en la contra-carta. Al descubrir esta dificultad el General Frossard, cuando se presentó por orden de Napoleón en Miramar para activar la partida de Maximiliano, dirigióse al Embajador francés en Viena, Duque de Gramont, el cual le contestó que en este asunto el Emperador Francisco José era inflexible.

"En 2 de Abril partió la Archiduquesa Carlota para Viena á fin de ablandar al Emperador, pero sin éxito ninguno, y el 4 de Abril escribió Gramont á Frossard: "El Emperador Francisco José ha recibido esta mañana una carta del Archiduque, enviada doce horas antes que la Archiduquesa, y en la cual presenta á manera de *ultimatum* la exigencia de una contra-carta secreta anuladora de su renuncia oficial. Esto ha producido malísima impresión, y á juzgar por lo que he visto, tengo la convicción de que en este punto la resolución del Emperador es inquebrantable. Creo que S. M. está muy ofendido por la insistencia de su hermano en exigir un acto que el Emperador califica de engaño indigno de un Emperador, indigno de su hermano, indigno de Austria é indigno de México. El Archiduque tendrá que renunciar á su empeño, y eso pronto, porque si llegara á hacerse público perdería su importancia y aun la honra." El Archiduque cedió y el 10 de Abril de 1864 se presentó el Emperador en Miramar en compañía de los archiduques Luis Victor, Leopoldo y Ernesto, y de los Ministros Conde de Rechberg y Schmerling, firmando el documento por el cual Maximiliano aceptaba el trono de México y renunciaba á sus derechos de sucesión al trono de Austria. Hecho esto, Maximiliano recibió á la comisión mexicana que hacía tanto tiempo aguardaba su consentimiento, y dijo que gracias á la magnanimidad del Emperador de los franceses se habían conseguido las garantías necesarias para la independencia y bienestar del país. Estas garantías estaban contenidas en el convenio del 12 de Marzo, hecho en París, y transformado luego en tratado con fecha 10 de Abril de 1864, por el cual quedaron estipulados el auxilio armado de la Francia y las sumas que correspondía pagar al nuevo Emperador de México. El auxilio armado de la Francia quedó concedido hasta que el Emperador Maximiliano hubiese creado un ejército suficiente de mexicanos; y por un artículo secreto del mismo tratado de Miramar se obligó Napoleón á reducir sólo gradualmente la fuerza armada que la Francia tenía en México, compuesta ya de 38,000 hombres, de suerte que las tropas francesas, incluso la legión extranjera, quedarían reducidas el año 1865 á 28,000 hombres, al año siguiente á 25,000 y el año 1867 á 20,000 hombres. Para cada individuo de este ejército debía pagar el Emperador de México, desde el 1º de Julio de 1864, la suma anual de 1,000 francos y además 270 millones por todos los gastos que hasta entonces había originado la expedición de México. En 20 de Marzo de 1864, antes de aceptar el título de Emperador, había contratado Maximiliano un empréstito, del cual debía pagar inmediatamente á Francia 66 millones y además 25 anuales á cuenta de la deuda de guerra y de la manutención de tropas. Esta era una carga abrumadora para un imperio que había de conquistarse, fundarse y organizarse aún; carga tanto más grave cuanto que el mismo Gobierno no podía poner la mano sobre el resto no vendido de los bienes de la Iglesia confiscados por el anterior Gobierno de México, único tesoro existente todavía; pues á haber tocado este tesoro habría entrado el nue-

vo Emperador en colisión con Roma, es decir, con el poder y el partido que le habían llamado para que les sirviera.

"El Emperador Maximiliano se embarcó el 14 de Abril de 1864 en la fragata austriaca *Novara*, en la cual había hecho su primer viaje marítimo. Su primer objeto fué concertar un concordato con la Santa Sede, á cuyo fin desembarcó en Civita-Vecchia el 18 de Abril é hizo en compañía de la Emperatriz una visita al Papa. El 28 de Mayo desembarcó en territorio de México en el puerto de San Juan de Ulúa, y en el nuevo arreglo de la administración ocupó el primer puesto la cuestión del concordato; pero el nuncio apostólico Meglia, que sólo llegó á fines de 1864 á Veracruz, no llevaba los poderes que eran indispensables para arreglar la nueva situación. Una carta del Papa dirigida al Emperador, insinuaba en términos muy corteses que la curia romana se opondría decididamente á que se hiciese lo que el nuevo Emperador necesitaba si quería mantenerse en su posición. Así, la primera tentativa que hizo Maximiliano para tomar una determinación en la cuestión de los bienes de mano muerta se encontró con la protesta decisiva del nuncio, y empenándose el Emperador en su propósito tuvo que romper con Roma. Un gran empréstito que hizo y que fué colocado en Abril de 1865 en Francia, y para cuya colocación fué menester poner en juego las mentiras más groseras, aumentó la deuda extranjera del nuevo imperio mexicano en 765 millones. Con este recurso se mantuvo el imperio á duras penas á flote, mientras el ejército francés, á las órdenes del Mariscal Bazaine, dominaba tan sólo en los puntos principales de Veracruz, Córdoba, Orizaba, Puebla y México, y con trabajo podía tener expeditas las comunicaciones entre estos puntos, molestados continuamente por las guerrillas liberales. Era, pues, Maximiliano un Emperador sin imperio y hasta sin fuerzas; estaba reñido, además, con la Iglesia y se hallaba en relaciones poco agradables con el jefe del ejército francés, el Mariscal Bazaine, que á pesar de tener orden de sostener al Emperador se había hecho ya insoportable á Maximiliano por su conducta tanto oficial como personal. Júzguese lo que sería esta conducta cuando un año después el Mariscal ya no tenía orden de proteger á Maximiliano.

"El triunfo que los Estados Unidos del Norte obtuvieron contra los Estados rebeldes en Abril de 1865 produjo un cambio de situación que sorprendió al Emperador de los franceses, tanto como la solución que en un año después tuvo la guerra entre Prusia y Austria en el campo de batalla de Königgrätz. En 5 de Marzo de 1865 había escrito todavía Napoleón á Bazaine: "No temo una guerra con los Estados Unidos: primero, porque no están todavía en disposición de hacer la paz, y, segundo, porque si llegasen á este punto no se atreverían á declarar la guerra á la vez á Francia y á Inglaterra." Se ve, pues, que Napoleón no sospechaba siquiera la posibilidad del próximo fin de la guerra, ni mucho menos la sumisión completa del Sur ni el ímpetu y vigor que esto daría al Gobierno de los Estados Unidos. En 1865 ya habían llegado á él exposiciones calurosas que le enteraron del cambio ocurrido, y á principios del año de 1866 se hicieron más urgentes. Vanas fueron todas sus negociaciones y súplicas para que el Gobierno de los Estados Unidos le concediera tiempo para retirar sus tropas de México. El General Shofield, enviado en Enero por el Gobierno de los Estados Unidos á París, comunicó al Emperador la decisión de su Gobierno de concederle un año y nada más para la retirada; y esto, dijo el mismo Embajador á un agente que tenía el Presidente Juárez en París, "lo hacen los Estados Unidos para facilitar todo lo posible á Napoleón su retirada de México, á fin de ayudarlo á sostener la ficción de que manda regresar las tropas porque el nuevo Imperio de México, no las necesita ya; pero si Napoleón quiere salvar esta apariencia habrá de darse prisa." Napoleón se dió prisa, en efecto, y en el discurso del trono que pronunció en 22 de Enero de 1866, se atrevió á decir: "El Gobierno de México, fundado en la voluntad del pueblo, se va robusteciendo; la oposición, ahora sin cabeza, está vencida y dispersa; las tropas nacionales han dado pruebas de valor y el país ha encontrado garantías de orden y seguridad que aumentan sus recursos, y que han aumentado su comercio, sólo con la Francia, de 21 millones hasta 76. Ya manifesté el año pasado la esperanza de que nuestra expedición se acercara á su fin, y ahora puedo decir que estoy

"en vías de un arreglo con el Emperador Maximiliano para fijar el tiempo del regreso de nuestras tropas, sin peligro de los intereses franceses que hemos defendido en aquellas lejanas tierras." En este, como en otros discursos imperiales, no había ni una palabra de verdad; las fuerzas republicanas no estaban ni vencidas ni dispersas, sino que avanzaban; el ejército nacional no era por lo pronto más que una turba de elementos turbulentos, sin la menor utilidad militar. En tal situación de guerra civil y de anarquía, no había que pensar en orden ni seguridad; ni había todavía nada de arreglo con el Emperador Maximiliano, pues que el Barón de Saillard, encargado de entablar este arreglo, se había puesto en camino el 16 de Enero, de modo que todavía estaba muy lejos de México. Lo único verídico en el discurso del Emperador era el regreso de los franceses que se estaba preparando, pero respecto de la seguridad de no haber peligro para los intereses franceses sucedía todo lo contrario.

"El Barón de Saillard llevó á Dano, Embajador francés en México, dos cartas del Ministro Drouyn de Lhuys, del 14 y 15 de Enero, en las cuales se le ordenaba entenderse sin demora con Maximiliano y Bazaine respecto del regreso rapidísimo del ejército francés. En la primera carta se decía que la Corte de México se encontraba, á pesar de sus buenas intenciones, en la imposibilidad absoluta de cumplir en adelante las condiciones del tratado de Miramar, y que el Emperador de los franceses había decidido evacuar el país en los primeros días de otoño. En la segunda carta se añadía aún más, á saber: que la evacuación rápida por parte de los franceses estaba en el mismo interés de Maximiliano, porque el cargo más grave para un Gobierno que quiera arraigarse es que necesite de la fuerza armada extranjera para sostenerse. La realidad de esta palabrería fué que Napoleón, después de haber empleado todos los medios para envolver al infeliz Maximiliano en su empresa, le dejó al cabo de año y medio en la desesperada alternativa, ó de regresar con los franceses, ó de sucumbir sin ellos. El desengaño fué terrible para los jóvenes esposos, que lo habían arriesgado todo fiados en la palabra y el poder del Emperador de los franceses; mas no había remedio si Napoleón no quería verse en guerra con los Estados Unidos, justamente en el momento en que la inminente lucha entre Austria y Prusia reclamaba toda la atención del Gobierno francés. Lo indigno é ignominioso en la conducta de Napoleón fué la hipocresía con que ocultó el verdadero motivo de su manera de proceder. Napoleón cedió á las amenazas cada día más impacientes de los Estados Unidos; y sin decir nada de esto al Emperador Maximiliano, pretextó la imposibilidad en que se hallaba el nuevo Gobierno mexicano de pagar lo convenido, incapacidad que nadie conocía mejor que Napoleón, y se atrevió á decirle que la presencia de bayonetas extranjeras era una mancha para el joven Imperio. Esta conducta infame indignó á Maximiliano hasta el fondo de su alma. Al principio no quiso siquiera ver al Barón de Saillard, y cuando al fin le recibió, no quiso convenir en nada respecto de la fecha de la marcha del ejército, y Saillard hubo de regresar á Francia, donde al día siguiente de su llegada anunció *El Monitor*, en 5 de Abril, que las tropas francesas se retirarían de México en tres secciones y que la última estaría de regreso en la primavera de 1867.

"Para ablandar al Emperador Napoleón pasó en 8 de Julio la misma Emperatriz Carlota á Europa y encontró á Napoleón enfermo en Saint-Cloud, adonde había llegado el 10 de Agosto de Vichy, agobiado por el despecho que le había causado el fracaso de su política alemana. La Emperatriz de México pintó, retorciéndose las manos, la situación desesperada de su esposo, y llamando Napoleón, le hizo releer dos cartas que él había escrito en 1864 á Maximiliano, á la sazón Archiduque, en las cuales le aseguraba que no le abandonaría siendo Emperador hasta que estuviese concluida la obra. Napoleón pasó como distraído su mirada por las cartas y las devolvió á la Emperatriz, diciendo: "He hecho por vuestro esposo lo que he podido; noiré más allá." Lívida de indignación se levantó la Emperatriz Carlota para irse y le dijo en son de despedida: "No me sucede más que lo merecido; la nieta de Luis Felipe de Orleans no debería haber confiado su porvenir á un Bonaparte."

"La noticia del regreso produjo gran satisfacción en la oficialidad francesa de la expedición, porque comprendía la situación falsa del Gobierno francés. El General Douay había escrito en

29 de Enero de 1866 á su hermano, que los franceses se iban convenciendo cada día más de que su propio jefe, el Mariscal Bazaine les hacia servir de instrumentos para una perfidia infame; pues era cosa vista que estaba empeñado desde casi dos años en hacer naufragar la nave del Emperador Maximiliano para ponerse él en su lugar, y añadía: "Las suposiciones toman cuerpo y todo el mundo se pregunta por qué ha trabajado con tanto empeño en la disolución de las legiones belga y austriaca, y ha contribuido á que no llegue á organizar un ejército indígena imperial. Ahora se sabe que ha estado en inteligencias con los jefes de los disidentes. Las ambiciones de su familia mexicana le han embriagado, y estas ambiciones crecieron cuando las circunstancias pusieron en sus manos tan gran fuerza militar. Entonces dijo el cuñado del Mariscal, á un amigo del que escribe: "¿Quién sabe si este Bazaine no será Emperador?" Bazaine cree tener la fortuna de Bernadotte; y ahora se comprende por qué en Octubre pasado, en el momento en que partió Maximiliano para Orizaba, quiso que le encargaran de la Regencia. Este paso irreflexivo ha dado lugar á una sospecha que desde entonces se ha ido robusteciendo siempre más. El indicio más seguro de sus intrigas disparatadas son los alevosos obstáculos que ha puesto para enredar los negocios y hacer imposible nuestra marcha, con lo cual ganó un año más para perseguir el objeto de su ambición."

"Conociendo esta carta se comprenderá la noticia apuntada en el diario de un oficial austriaco, Khevenhüller, que mandaba la legión húngara al servicio del Emperador Maximiliano. Esta nota, que lleva la fecha de 10 de Agosto de 1866 y está escrita en México, dice: "Los disidentes se acercan cada vez á México; gracias á los franceses y á su política traidora, se hallan ya en su poder todos los puertos menos Veracruz. Los generales franceses dicen públicamente que tienen orden de Bazaine de entregar una tras otra todas las ciudades y plazas fuertes al enemigo, y así lo hacen; avisan al General enemigo que á tal hora evacuará el Comandante francés la población. Sucede á menudo que el enemigo entra en ella cuando los franceses están todavía saliendo, y si hay en la población tropas imperiales mexicanas han de emprender en seguida la retirada por su número insignificante. Se prende á las autoridades y muchas son fusiladas, como ha sucedido en varias ciudades grandes. Si hay provisiones de guerra, los enemigos las toman en calidad de botín, cuando no las ha vendido ya el Comandante francés en pública subasta, bien que el dinero no parece."

"Desde el 18 de Octubre de 1866 tuvo Maximiliano la dolorosa certidumbre de que su joven esposa había perdido la razón á los pocos días de haber partido de París. Aquel día tomó Maximiliano, según dice su médico de cámara, el doctor Basch, la decisión de abandonar á México y renunciar á una corona que desde el primer día sólo había sido de espinas para él. Se retiró fuera de México, al castillo solitario de Chapultepec, del cual salió en la madrugada del día 21 de Octubre para dirigirse á Orizaba acompañado por tres escuadrones de húsares. El escuadrón del centro iba mandado por el ya citado Conde de Khevenhüller, que sobre este viaje dice en su diario: "El Emperador viajaba en un coche tirado por seis mulas. Estaba enfermo de calenturas, á lo cual se agregaba la agitación de saber que la pobre Emperatriz había perdido la razón. Pálido y enflaquecido iba con la cabeza inclinada sentado en su coche, delante de cuya portezuela cabalgaba yo. De cuando en cuando hablaba con el médico, que tenía á su lado, ó me preguntaba si los húsares sentían cansancio, lo que yo naturalmente contestaba negativamente, porque hubiéramos ido con él hasta el fin del mundo. Al día siguiente hablé con viajeros que habían llegado de Europa, que dijeron que en Veracruz se decía que Napoleón había envenenado con un vaso de agua azucarada á la Emperatriz, después de una escena terrible. La población rural acudió en tropel á recibirnos, y estas muestras de afecto llenaron de lágrimas los ojos del Emperador; desgraciadamente sólo eran indios pobres. El 27 por la noche llegamos á Orizaba y cuando los oficiales franceses de la misma plaza salieron á recibirnos, empezaron nuestros húsares á maldecir en lengua húngara, porque el odio de nuestras tropas contra estos bandidos era grande; pero bastó una palabra mía para hacer callar á los soldados. Los franceses hicieron salvas de artillería al llegar el Emperador y se echaron á volar las campanas,

"lo que me entristeció, porque me acordaba de la Emperatriz y de su esposo perseguido: tristezas que no consiguieron acallar ni el campaneó ni las salvas. Ya habían pasado algunos días en Orizaba, cuando el Comandante Kodolichs y yo nos armamos de valor y nos presentamos al Emperador, suplicándole de rodillas que no abandonara el país de esta manera; que tuviera confianza en nosotros y que manteniéndose por poco tiempo que fuese después de la partida de los franceses del país, se librara de la sospecha de ser instrumento del extranjero. El Emperador nos recibió con mucha afabilidad; él y nosotros teníamos los ojos arrasados de lágrimas; nos dió la mano, y cada una de sus palabras nos conmovió el corazón. Estamos seguros de que pensó, tal como lo dijo, que abandonar México, el país de sus esperanzas, le llenaba de dolor; pero que la resistencia pasiva de los franceses, ó sea del Mariscal Bazaine, le hacía imposible continuar en el país. Sin embargo, dijo, les doy á ustedes mi palabra de que saldré de México con honra, como el porvenir les probará; suceda lo que quiera, no puedo ni debo decir más." El partido clerical consiguió hacer vacilar al Emperador y luego hacerle abandonar su resolución por medio del padre Fischer, diplomático flexible y de grande influencia en las personas que rodeaban á Maximiliano. El partido clerical, que había inventado el trono imperial como instrumento para sus planes interesados, hizo todo lo posible porque se quedara en México el Emperador, para lo cual encontró el Ministro Lacunza el medio eficaz. Todo lo que se dijo á Maximiliano de recursos pecuniarios y de guerra inagotables que facilitaría la Iglesia, fué mera palabrería; pero cuando Lacunza, hombre de aspecto venerable, le dijo en 24 de Noviembre que todo el país esperaba que se acordaría de su promesa del 16 de Septiembre, á saber, "que un verdadero Hapsburgo no abandona su puesto en el momento del peligro," que el país se acordaba de esta promesa y debía hacer frente á los enemigos ocultos como lo hacía al enemigo franco y vencer ó morir en legítimo combate; este lenguaje impresionó á Maximiliano y le hizo cambiar de resolución.

"Maximiliano se quedó, pues, declarándolo así en 25 de Noviembre en una reunión de Consejo de Ministros y de Estado. Entre éstos, que eran veintitrés, sólo diez opinaron porque se quedase, dos votaron por la abdicación y once dijeron que el Emperador debía retirarse, sólo que por el momento no era realizable esta retirada. A la cabeza de este partido estaba Lacunza, que el día antes había hablado tan al corazón de Maximiliano. Continuando el Emperador en México había de continuar también la guerra civil, y la vuelta del destierro de los Generales Márquez y Miramón, significaba que esta guerra civil se haría sin tregua. El Emperador no podía contar ya para nada con los franceses y podía contar muy poco con los austriacos y belgas, debiendo trabajar sin perder momento en la organización de un ejército imperial mexicano, al cual podían servir de núcleo las tropas extranjeras que quisiesen tomar servicio en sus filas, como los húsares de Khevenhüller, la infantería del Coronel Hammerstein y los cazadores llamados *del Emperador* del mexicano Moso. Los húsares eran todos húngaros legítimos que hasta entonces habían formado parte de la legión austro-belga, á quien su jefe el Conde de Khevenhüller, mantuvo con los mayores sacrificios pecuniarios y personales, porque las arcas del Emperador estaban tan vacías cuando volvió en Enero de 1867 á México, como cuando marchó á Orizaba. La primera misión que tocó al citado regimiento de húsares fué la de reunir las provisiones de guerra mexicanas que se hallasen todavía en los fuertes y conducir las á la ciudad, donde habían de ser repartidas entre las diferentes secciones. Tocante á esta misión refiere el citado Conde de Khevenhüller, lo siguiente: "Llegué á San Antonio Abad, donde debía de hallar las provisiones de guerra, pero allí ví con terror que en los patios ardían grandes hogueras donde se quemaban cureñas, cajas vacías de municiones y guarniciones de los troncos; estaban arrojando en un pantano inmenso los cañones y tras ellos la pólvora. El oficial de guardia me enseñó este espectáculo indigno, diciendo: "Así lo ha mandado el Mariscal; ya no hay nada, todo se fué." Indignado fuí á ver al Emperador, pero ¿qué podía hacer este pobre señor contra el Mariscal? Por aquel tiempo obligó Bazaine al Gobierno á comprarle el palacio que el Emperador le había regalado, porque así lo había prometido; y el Gobierno, que no podía pagar á los soldados el sueldo, lo compró."

“En 12 de Febrero de 1867 escribió el mismo Conde Khevenhüller en su diario: “Por fin llegó el día. Bazaine se marchó con su horda; los franceses formaron en la plaza y se fueron; al marcharse me dijo un comandante francés: “¡Qué vergüenza es seguir una bandera como ésta manchada de lodo!” Pocos franceses había, por desgracia, de tanto carácter como éste. Fué tan temprano que nos pareció que Bazaine quería evadirse del sitio de sus ignominias. Márquez fué nombrado Comandante de la ciudad y empezó su mando con rigor laudable; pero de nada le sirvió, porque Bazaine lo había echado á perder todo con su infamia. Nosotros no teníamos absolutamente nada; nos faltaban armas, caballos, guarniciones, mantas y cañones, pues los mejores de éstos los habían reventado los franceses ó arrojado á los pantanos; ¿y cómo proporcionarse todo sin dinero?” En la madrugada del 13 de Febrero, á las seis, formaron en la plaza de palacio los húsares del Conde Khevenhüller y la infantería del Barón de Hammerstein. Habíamos oído voces de que partía el Emperador, y los soldados no querían creer que diese un paso tan extraordinario; pero entonces, refiere Khevenhüller, se nos presentó él mismo en compañía del Dr. Basch, del padre Fischer y otros señores de la Corte, y acercándose á nosotros nos dijo: “El deber me manda encargarme del mando de mi ejército y voy á Querétaro, donde me espera. Confío en que ustedes velarán por mi causa; ustedes quedan aquí con los austriacos.” Por lo pronto no tuvimos palabras para contestar, pero de repente volvimos sobre nosotros mismos y dijimos: “Señor, no podemos ni debemos abandonar á V. M. Está V. M. perdido; estos Generales le engañan á V. M.; tenemos el deber sagrado de proteger á vuestra persona, y por esto nos hemos quedado aquí; á no ser por esto ningún poder humano nos habría hecho quedar.” El Emperador contestó interrumpiéndonos: “Yo lo quiero; ustedes son más necesarios aquí que en Querétaro; ustedes se quedan, esta es mi firme voluntad.” Tal fué, pues, el resultado de este fatal regreso. El Emperador estaba forzosamente perdido entre traidores, pues los dos miles de tropa mexicana imperial no podían protegerle contra el número superior de los disidentes, apoyados y auxiliados abiertamente por los norteamericanos y franceses. Quedamos convencidos de que todo estaba perdido; pero Maximiliano me dijo por despedida: “Confío en ustedes, adiós.”

“El Emperador salió á caballo de la ciudad, conversando amistosamente con los Generales López y Márquez, que iban á su lado.

“Había dejado Maximiliano á sus fieles austriacos en la capital para ser mexicano entre sus tropas mexicanas. Al pasar por debajo de los árboles seculares y gigantesco de la hermosa hacienda de los Ahuehuetes, por el magnífico Valle de México, y al dirigirse al Norte, figuróse hallarse en los tiempos pasados, cuando aquellos mismos árboles formaron á manera de columnas majestuosas el templo gigantesco del nuevo culto indio; cuando Moctezuma celebraba sus misteriosos sacrificios junto á los frescos manantiales que brotan al pie de aquellos árboles, uno de los cuales ha recibido por el pueblo el nombre de “árbol de la noche triste,” porque á su pie se había sentado Cortés y había llorado como un niño después del combate nocturno á consecuencia del cual, pasajera y pasajeramente, había sido arrojado de México. Maximiliano escribió en su diario: “Fué la única vez que la tristeza y la debilidad se apoderaron del alma heroica de Cortés, cuya vida fué una serie de osadías y peligros. Siempre ha sido interesante para mí este monumento de la historia del gran conquistador, porque nos enseña, como otros ejemplos históricos, que los valores más fuertes y dominadores, duros y tenaces como el hierro, tienen momentos en que se creen abandonados por su estrella y caen en la postración más completa. Si en tales momentos no ocurre una reacción salvadora, ha concluido el tal hombre y su estrella se ha eclipsado para siempre. La estrella de Cortés sólo fué oscurecida momentáneamente, y más robusto que nunca se rehizo de su dolor, volvió á conquistar su posición en México y llevó felizmente á cabo su atrevida obra.”

“El joven Emperador se hizo la ilusión de ir en busca de la fortuna y de salir airoso de su empresa: pero á su lado cabalgaban dos Generales de los cuales el uno le vendió en Querétaro y el otro en México. Marchaba directamente y sin pensarlo á su perdición.

“En Querétaro encontró el Emperador una población de 40,000 almas, que le recibió con de-

mostraciones de júbilo, y que á pesar de todos los padecimientos de tres meses de sitio le conservó un afecto conmovedor y una fidelidad inquebrantable. El Emperador se mostró guerrero y dió el mejor ejemplo á sus 9,000 valientes mexicanos con su actividad incansable y su valor á toda prueba. Su médico el Dr. Basch, nos refiere conversaciones suyas en las cuales se manifiesta el genio caballeresco de Maximiliano. Había hecho en 1851 su primer gran viaje marítimo á bordo de la fragata austriaca *Novara*, y habiendo visto después, á la edad de 19 años, en la Catedral de Granada las insignias de la coronación de Fernando el Católico, pensó al tocar la corona y la poderosa espada: "¡Qué ensueño hermoso y brillante para un sobrino de los Hapsburgos españoles blandir esta espada para conquistar esta corona!" Al joven Maximiliano faltó la inteligencia de la vida práctica, que juzga los hombres y las cosas como son, y además carecía de la perseverancia intelectual, que hace aprender las cosas á fondo, engendra convicciones firmes y da valor para proceder con arreglo á ellas. No le faltó la osadía temeraria que arriesga la vida riendo, ni tampoco el sentimiento del deber, que enseña á no eludir los peligros personales y á cumplir fielmente con los que nos son adictos, y esto le hizo el ídolo entre los suyos, mientras los hombres de Estado se reían de su inocencia en el terreno político, y los intrigantes se servían de su credulidad é ineptitud para hacer su negocio, apelando á su caballerosidad. En medio de la mayor lluvia de balas estuvo siempre alegre, sin temor, sin descorazonarse ni abatirse, y esto en una situación sin esperanzas de remedio.

"Mientras él peleaba en Querétaro, los Ministros que había dejado en México trabajaban como si Maximiliano ya no fuese de este mundo. De cuanto le habían prometido no cumplieron nada: no le enviaron los fondos convenidos y ocultaron las órdenes que remitió á la Capital llamando cerca de sí á los austriacos que allí había dejado. En 14 de Marzo rechazó con valor un terrible asalto del General Escobedo en Querétaro y en seguida decidió enviar á los Generales Márquez y Vidaurri, á quienes consideraba los más fieles, á México para destituir el Ministerio, hacer entrar fondos y volver de todos modos á Querétaro con ellos.

"Por la noche del día 25 de Marzo llegaron Márquez y Vidaurri con 800 hombres de caballería á México, y el 29 del mismo mes recibieron Khevenhüller y Hammerstein la orden de marcha. Cumpliendo la orden salieron el día 30 á las nueve de la mañana, con 4,000 hombres de tropa excelente y doce piezas de artillería, que habría sido un valiosísimo refuerzo para el Emperador; pero en lugar de marchar á Querétaro, que está al Noroeste de México, se dirigió la marcha al socorro de Puebla, que está al Sudeste de la capital y se hallaba sitiada por Porfirio Díaz. Después de cuatro días de marcha, extraordinariamente lenta, llegó la noticia de que Puebla había caído en poder de Díaz y que éste avanzaba para atacar á la columna mandada al auxilio de la ciudad. La columna tuvo que regresar á México pasando á través de la caballería enemiga, que la molestaba en grandes masas, teniendo los húsares, que abríase paso con sus sables. Cerca de San Lorenzo atacaron á una masa enemiga de tres ó cuatro mil hombres al grito de viva el Emperador pronunciado en húngaro y los arojaron, hombres y caballos al abismo. De esta manera hubieron de atacar los valientes húsares catorce veces para despejar el camino de la columna hasta la capital y apenas estuvieron dentro de sus muros cuando el enemigo acabó de completar el cerco con número superior de tropas. Cuando hubiera sido posible para los austriacos unirse al Emperador, Márquez, contra la orden expresa de aquél, les había dirigido á Puebla sin siquiera avisar de ello á Maximiliano, que había puesto en él toda su confianza.

"Después de nuevas luchas sangrientas, en 24 de Marzo, 1º y 27 de Abril y 1º y 3 de Mayo, el Emperador, en la noche del 14 al 15 de Mayo, quiso intentar un último esfuerzo para abrirse camino, cuando poco antes de la media noche penetraron los enemigos conducidos por el comandante imperial López en el convento de La Cruz, donde se hallaba el Emperador con su Estado Mayor, y los hicieron prisioneros sin encontrar resistencia. Con esto quedó concluído todo. Se dice que el Presidente Juárez no quería personalmente la muerte del Emperador, y aun hoy se oye en México, en todas partes, que las avanzadas de los liberales tenían orden de dejarlo huir de Querétaro. Para el Consejo de Guerra fué una circunstancia agravante que los dos Generales,

Mejía y Miramón, fueran hechos prisioneros con él y que como condenados por alta traición no podían ser amnistiados; y fusilándolos tampoco podía ser amnistiado su Jefe, bajo cuyas banderas habían servido.

“Rechazó los proyectos de evasión que le propusieron sus fieles mientras no pudiese huir con sus Generales Miramón y Mejía, y esto lo perdió todo. Condenado ya á muerte con sus dos compañeros rogó al Presidente Juárez que su sangre fuese la última que se vertiera por la paz interior de México. En la madrugada del 19 de Junio de 1867 fueron conducidos los tres al lugar de la ejecución. Se les leyó la sentencia y Maximiliano dijo: “Muero por la independencia y la libertad de México; que mi sangre sirva de lazo de unión.” Miramón exclamó: “¡Viva el Emperador! ¡Viva México!” Mejía besó el crucifijo. El oficial dió la señal de fuego, y una triple descarga dejó sin vida á los tres sentenciados.

“Era un alma grande,” dijo un Coronel mexicano al contar al Dr. Basch el suceso.

“En la noche del mismo día se entregó la ciudad de México. El Conde Khevenhüller había continuado hasta el 16 de Junio la defensa de la ciudad contra los sitiadores á pesar de la superioridad numérica de éstos, y de la escasez de provisiones de toda clase; cuando á la caída de la tarde del citado día, un indio le entregó un billete del Barón de Lago, Encargado de Negocios de Austria, en el cual éste le decía: “El Emperador está preso; le manda á Ud. haga cesar las hostilidades y le hace responsable de todo nuevo derramamiento de sangre. Hace días que lo ha escrito á Ud., y seguramente ha sido interceptada la carta por Márquez.”

“El Conde comunicó esta orden á sus jefes de sección, y se dirigió luego á ver á Márquez, para decirle que los austriacos ya no admitían órdenes suyas. Márquez, como lugarteniente del Emperador, había engañado con noticias falsas durante todo un mes á cuantos estaban á sus órdenes; había interceptado todas las órdenes dirigidas personalmente por el Emperador á los suyos, y no contento con esto, había hecho lo contrario de lo que el Emperador le encargaba. No juzgándose seguro dentro de la ciudad, se había retirado á un convento que estaba próximo á la línea de los enemigos. Allí fue á verle el Conde, que hubo de guardar un gran rato antes de que se le dejara entrar. Cuando se vió cara á cara con Márquez, le dijo: “Usted nos ha ocultado la prisión del Emperador, pero ya la sabemos ahora y le participamos que el Emperador nos ha mandado cesar las hostilidades. Usted no nos manda ya.” Márquez temblando como un azogado, con los ojos fuera de las órbitas, balbuceó: “¡Soy perdido!” El Conde añadió: “Usted nos ha vendido, vea usted cómo se salva,” y diciendo esto se retiró.

“Al día siguiente, recibió el Conde un billete de Porfirio Díaz, en el cual éste le decía que fuese á verle para tratar de la rendición, pero que pasase por el acueducto de Tacubaya, porque Márquez sería capaz de algún atentado contra su persona. A las once de la noche fué el Conde al sitio indicado del acueducto, construído por los españoles en otra época. Allí encontró una escalera de mano y un agujero por el cual entró en el interior del acueducto, dentro del cual anduvo una hora metido hasta el pecho en el agua, hasta que vió la abertura por la cual salió y donde le esperaban los edecanes de Porfirio Díaz, que no estaba allí porque le habían llamado á otra parte. En lugar de él, dijo el Coronel Echevarría al Conde Khevenhüller: “A usted, á todos los austriacos y á todos los extranjeros se concede libre paso hasta Veracruz. Los individuos de tropa entregarán las armas y caballos; los oficiales lo conservarán todo. Lo primero lo exige su propia seguridad; el Gobierno liberal pagará las tropas y su manutención hasta el puerto, donde buques austriacos los tomarán á ustedes todos á bordo.” No había que pedir más. El Conde volvió por el camino que había llevado y por la tarde del día 19 de Junio mandó izar la bandera blanca en el palacio.

“A la mañana siguiente entraron los disidentes y por la tarde hizo llamar Porfirio Díaz al Conde, que refiere la entrevista en estos términos: “Largo rato me miró como escudriñando: “después se llegó á mí, me dió la mano y me dijo: “La fortuna es variable; ¿se acuerda usted de Puebla? Muy cerca de mí estaba usted en San Lorenzo, y necesité tres días para reunir mis caballerías; si Márquez hubiera continuado la victoria, no estaría yo aquí,” y en voz baja añá-

“dijo: “Su Emperador ha sido fusilado.” Un momento antes había recibido esta misma noticia, “pero no la había creído. Díaz comprendió mi estado y añadió con acento bondadoso: “Fué “contra mi voluntad. Si yo hubiese mandado delante de Querétaro, el Emperador no habría “muerto.” Díaz me despidió y volví á casa sin saber qué me pasaba.” Posteriormente supo el Conde por boca de un General de los liberales que Bazaine le había vendido antes de marcharse veinticuatro cañones de á ocho y de á doce con todos sus accesorios y arreos, y, además, fusiles, sables, cartucheras y provisiones de guerra. Es decir, que Bazaine había tratado á Maximiliano como enemigo desde el instante en que tuvo la certeza de que éste no quería abdicar por orden del Emperador de los franceses, regresando con la escuadra á Europa. Para obtener de Maximiliano la abdicación de una manera ú otra, había enviado Napoleón al General Castelnau á México, adonde llegó justamente en los días críticos de Orizaba. La felonía cometida con Maximiliano habría aparecido al mundo con colores menos negros si la víctima se hubiese sometido á su suerte y hubiese regresado á Europa sano y salvo, aunque con honra menguada. Napoleón habría podido hacer valer este regreso como un servicio que prestaba á la República vencedora, que le daba derecho á ser recompensado con otros servicios. Esta idea había dado ya lugar á negociaciones secretas y hasta á una verdadera conspiración con los disidentes contra el infortunado Maximiliano, lo cual, presentido simplemente por éste le habría decidido ya á marcharse con los franceses. En Enero de 1867 había escrito como su última palabra á Bazaine: “Me quedo porque no quiero hacer lo que los soldados que arrojan su fusil para escapar más “pronto del campo de batalla.” Maximiliano se quedó, pues, para combatir y morir con honra. Murió como un héroe, mientras el Emperador de los franceses quedó con la ignominia de haber faltado á la palabra dada y de ser culpable de las consecuencias trágicas de su falta.”



CAPITULO XVI

Personajes imperialistas.—El Coronel Miguel López.—El Príncipe de Salm-Salm, voluntario imperialista y Coronel de Cazadores franco-mexicanos en el sitio de Querétaro.—El General de artillería Manuel Ramírez de Arellano.—El General de División Miguel Miramón.—El General de División Don Severo del Castillo.—El General de División Don Leonardo Márquez.—El General de Brigada Ramón Méndez.—El General de División Don Tomás Mejía.—Miramón y el General Sóstenes Rocha, republicano.—El señor General Don Manuel González Cosío.—Maximiliano en Querétaro.—Maximiliano, el General Julio Cervantes y Don Angel Pola.—Exacciones en Querétaro durante el sitio.—Maximiliano, lo que cuesta un Imperio.

PERSONAJES IMPERIALISTAS

	ENIENTE Coronel, Pantaleón Moret.	General, Tomás Mejía.
	Coronel, Miguel López.	Estratégico, General de División Severo del Castillo.
	Coronel, Príncipe de Salm-Salm.	General de Artillería, Manuel Ramírez Arellano.
	Coronel, Pedro González.	General de División, Miguel Miramón.
	Coronel, Carlos Miramón, dentro de la plaza.	General de División, Leonardo Márquez.
	General, Ramón Méndez.	El Emperador Maximiliano.

EL CORONEL MIGUEL LOPEZ

“López, quien á causa de su negra traición ha dado su infame nombre para siempre á la Picota, es hombre largo y corpulento, de unos treinta años, y no parece mexicano. Su redonda cabeza está cubierta con pelo rubio algo ralo en el centro, y puesto de tal modo que cubre todas las imperfecciones por medio de un mechón de pelo de uno de los lados; su bigote y corta perilla igualmente rubios. Parecía muy bien con su chaqueta encarnada de húsar, adornada de negro, y tanto más cuanto sus modales eran caballerescos y elegantes. Además de portar varias órdenes mexicanas, estaba condecorado con la cruz de oficial de la Legión de Honor. Siempre estaba perfectamente bien montado en caballos americanos, y toda su apariencia hacía una impresión favorable.”

(Salm-Salm, “Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano,” pág. 36.)

ALGO MAS SOBRE EL CORONEL MIGUEL LOPEZ

“El Derecho de Gentes autoriza, dice Ramírez Arellano en su obra de las “Ultimas Horas del Imperio,” no solamente para usar de la traición en la guerra, cuando aquélla se ofrece, sino también para obtenerla por cuantos medios sean posibles.

“López Miguel, Coronel del Regimiento de la Emperatriz, que sirvió en las contraguerrillas organizadas por los americanos (1847). Del libro secreto de Maximiliano.

"En Tehuacán sublevó la escolta de Santa Anna, y era entonces subteniente del Regimiento de Monterrey; quedó excluido para siempre de las filas.

"Para obtener su rehabilitación creyó muy sencillo calumniar á Maximiliano, declarando que él había salido de la plaza por orden del Emperador, para solicitar del General en Jefe de los republicanos que se le dejara pasar con su séquito.

"No era el Emperador, que se dejó sacrificar por las glorias de su nombre, un miserable de la especie del que le vendió para dejar así comprometidas las tropas que le habían sostenido con tanto valor, lealtad y abnegación."

EL PRINCIPE DE SALM-SALM, VOLUNTARIO IMPERIALISTA Y CORONEL DE CAZADORES
FRANCO-MEXICANOS EN EL SITIO DE QUERÉTARO

Comenzaba á derrumbarse el Imperio de Maximiliano. Era el 28 de Diciembre de 1866. "En Tulancingo (ciudad perteneciente al Estado de Hidalgo) el cuerpo belga había recibido ya la orden de disolverse, y al mismo tiempo la oferta del Mariscal Bazaine de facilitar á sus individuos el pasaje á Europa. Aceptada la oferta por la mayor parte, evacuaron la ciudad de Tulancingo y se dirigieron hacia Veracruz." Al dejar las tropas imperialistas la ciudad, entró en ella al frente de sus tropas el General republicano Joaquín Martínez.

Entre los que capitularon en Tulancingo, aparece por primera vez en nuestra historia el alemán Príncipe de Salm-Salm. Había marchado en calidad de voluntario con el jefe belga, Conde de Vander Smissen, después de haber hecho la campaña contra los Estados Unidos (en favor de los surianos) desde 1861 hasta la terminación de la guerra separatista, como Coronel y Jefe de Estado Mayor de la División Alemana. En 1866 marchó á México con el objeto de servir en las banderas del Imperio de Maximiliano. Entre tanto que se le ocupaba en algún cuerpo, pidió al Ministro de la Guerra que le permitiese ir en calidad de voluntario con la tropa belga que marchaba á Tulancingo: atendida su petición, acompañó á dicha ciudad al jefe Vander Smissen que la mandaba. Después de la capitulación pasó á México, acompañando al Emperador en su marcha á Querétaro, el 13 de Febrero de 1867.

Acompañaban además á Maximiliano, su Secretario Blasio, el Ministro de Gobernación García Aguirre y su médico alemán y judío Samuel Basch, algunos camaristas, un cocinero alemán, mozos de estribo y una fuerza de mil hombres de las tres armas; á la cabeza iba el célebre Don Leonardo Márquez. Poco después se le unió en el camino Vidaurri, acompañado del fronterizo Coronel Julián Quiroga y del Príncipe Salm-Salm, que voluntariamente quería hacer la campaña.

Comenzó el sitio de Querétaro el 14 de Marzo de 1867, con nueve mil hombres para resistirlo; Maximiliano, como General en Jefe; Márquez, Cuartel Maestre General; Miramón, General en Jefe del Cuerpo de Infantería; Mejía, de la Caballería; Reyes, Comandante General de Ingenieros; Ramírez de Arellano, de la Artillería y Ramón Méndez, de la Brigada de Reserva.

El 13 de Marzo, había llamado el Emperador al Príncipe de Salm-Salm, que hasta entonces había estado sin ocupación en el ejército mexicano, y le dijo que quedaba nombrado Jefe del Batallón de Cazadores, que tenía 300 hombres, mitad franceses y mitad mexicanos.

El ejército sitiador se componía el 14 de este mes de 25,000 hombres á las órdenes del General en Jefe D. Mariano Escobedo y de su segundo D. Ramón Corona.

El Príncipe de Salm-Salm, que fué además historiador imperialista, al hablar de la batalla de *Casa Blanca*, en que fué actor y testigo presencial combatiendo al lado del General Tomás Mejía, dijo que: "la sangre fría y el valor de los republicanos, bajo aquel fuego mortífero, era verdaderamente admirable."

Salm-Salm como General, debía ser juzgado en Consejo de Guerra conforme á la ley de 25 de Enero, y, por consiguiente, sentenciado á muerte; sin embargo, fué puesto en libertad y dijo: "que el Gobierno de D. Benito Juárez, guardaba el cuerpo de Maximiliano para hacer una baja

especulación." Fué una lástima que no hubiera acompañado á Maximiliano al Cerro de las Campanas; pero esto habría sido una grande honra para el Coronel prusiano, filibustero en los Estados Unidos, como intruso en México en el sitio de Querétaro.

A principios de Noviembre de 1867 se embarcó Salm-Salm para Europa en compañía del General D. Severo del Castillo y la viuda de Miramón con sus hijos.

El 25 del mismo mes, llegó el cadáver de Maximiliano á Veracruz; acompañado del Vice-Almirante Tegetthoff y de la Princesa de Salm-Salm, que iban á acompañarlo hasta Viena. El Gobierno Mexicano lo mandó escoltar por 300 hombres de caballería hasta Veracruz.

Entró solemnemente á Viena el cadáver del Emperador Maximiliano: la Archiduquesa Sofía, su madre, vió pasar la procesión fúnebre detrás de la cortina de uno de los balcones de palacio.

EL GENERAL DE ARTILLERIA

"Don Manuel Ramírez de Arellano es un caballero muy agradable, muy bien educado, de cosa de treinta años de edad, con una tez sumamente oscura y un arrogante bigote negro. Es un excelente oficial de artillería, y más tarde llegó á ser jefe de toda ella en Querétaro."

(Salm-Salm, "Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano." Pág. 47.)

EL ESTRATEGICO, GENERAL DON SEVERO DEL CASTILLO

"Don Severo del Castillo es un hombre flaco, bajo de cuerpo, de pelo negro, complexión débil y casi sordo. Hace algunos años tuvo la desgracia de caer en manos de los liberales y el tratamiento rudo que tuvo que sufrir destruyó su salud para siempre. Le enviaron prisionero á la Isla de los Caballos, una isla peñascosa en el Pacífico, que es tan malsana que nadie puede habitarla arriba de uno ó dos años. El lugar es tan estéril que no produce ninguna clase de alimentos. De tiempo en tiempo carne fresca y harina era llevada á los prisioneros por los pescadores. Castillo pasó todo un año en esta isla. Se había construido un jacal con nopales, y dormía sobre alga marina. Al fin logró escaparse de este horrible lugar, con la ayuda de un pescador.

"Castillo era un hombre honrado, valiente y un amigo de confianza del Emperador. Es soldado enteramente educado, y su sangre fría en medio del combate es sumamente admirable. El temor es tan extraño para con él, que aun en medio del fuego da sus órdenes con toda frialdad y serenidad, como si estuviera en un cuarto de su casa. En mi opinión, de todos los generales mexicanos es el mejor estratégico."

(Salm-Salm, "Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano," pág. 46).

EL GENERAL DON LEONARDO MARQUEZ

"El General D. Leonardo Márquez es un hombre pequeño y alegre, con el cabello negro, ojos negros y vivos. Usa una barba poblada, para ocultar una cicatriz que le desfigura en la mejilla de una herida de bala. Su atroz crueldad ha hecho que le den el nombre del "Alva de México," que merece demasiado. Como antiguo jefe del partido de la Iglesia, era íntimo de todos los padres. Aunque en extremo valiente soldado, es un General mediano, pues no tiene idea alguna de los movimientos estratégicos. Su superior conocimiento era la organización de tropas."

(Salm-Salm, "Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano," pág. 24).

EL GENERAL DON LEONARDO MARQUEZ PINTADO POR ARELLANO

"Márquez es el hombre de dos caras, ha llegado á la edad en que comienza la vejez: de corta estatura, mal proporcionado, sin aire militar; posee, sin embargo, toda la vivacidad y toda la actividad que comunica al cuerpo una alma atormentada por fuertes pasiones. Su fisonomía es repugnante, su mirada inquieta y escrutadora. Su cráneo ofrece notables depresiones en los puntos que se consideran como el sitio ordinario de la bondad, de la generosidad, y un gran desarrollo en los lugares á donde se localizan el odio y la audacia. Egoísta, avaro, vengativo, es al mismo tiempo enérgico, resuelto y valiente hasta la temeridad. Militar por vocación, con más práctica que ciencia, amante del peligro, que ve con desprecio, profesa un gran respeto por el espíritu de subordinación y de resignación. Sin valor moral, siempre elude toda responsabilidad que pueda amenazarle, para hacerla caer sobre sus inferiores. Alaba las ideas del que manda, trata á sus subordinados con dureza y exige de ellos un respeto á la disciplina tan severo como humillante. Irascible y chancero, grosero ó afable, según le inspiren su temperamento ó su carácter, se le teme ó se le aborrece; pero nunca se le ha amado.

"Durante la guerra civil conquistó una triste celebridad sacrificando un gran número de sus enemigos políticos. El 11 de Abril de 1859 fué cuando hizo comprender á su Patria, por la primera vez, de cuanto era capaz si trataba de derramar sangre.

"Después de haber obtenido ese día la victoria en Tacubaya, la victoria sobre el ejército liberal de Degollado, obtuvo del Presidente Miramón la orden para fusilar á los soldados del Gobierno que se habían pasado al enemigo; pero abusó de esa orden de tal modo, que hizo asesinar en las tinieblas de la noche, sin forma alguna de proceso y aun sin verificar la identidad de las personas, á militares, á ciudadanos, de los cuales muchos eran médicos y aun hasta niños. Desde entonces fué apellidado el *Leopardo*, por alusión á su nombre de Leonardo y á sus instintos feroces."

Arellano hace alusión á los 53 cadáveres que quedaron amontonados unos sobre otros, insepultos y completamente desnudos de sus ropas por los mismos vencedores; entre ellos había médicos, el Prefecto de mi Colegio, la Escuela de Medicina, y el poeta estudiante mi querido amigo Juan Díaz Covarrubias.

En estos últimos días el hombre que causó tantas lágrimas á su Patria ha vuelto á México protegido por la ley y favorecido por la bondad del señor General D. Porfirio Díaz.

EL GENERAL DON LEONARDO MARQUEZ. — ULTIMAS NOTICIAS

Residía en la Habana el 19 de Marzo de 1911, después de haber permanecido algún tiempo en México, por concesión especial del Presidente, General D. Porfirio Díaz.

Las últimas noticias que he tenido de este célebre General, se deben á un amigo de mi hijo Antonio, residente en la Habana, que le comunica en carta de fecha 19 de Marzo de 1911:

"Me es grato informarle respecto al particular á que su última se contrae, manifestándole que el Sr. Leonardo Márquez vive en el Hotel "Florida," sito en Pi Margall esquina á Cuba, y tengo entendido que vive de sus rentas, pues no se le conoce industria ó trabajo en que se ejercite.

"Un amigo, que me da estos informes, me dice que es algo misántropo y hasta intratable, pues no suele recibir visitas, él cree que acaso por temor á alguna venganza.

"Aquí hay parientes ó familiares de él y es la viuda de Márquez, el inventor de la Magnesita Aereada Antibiliosa, que era mexicano. En el laboratorio de este producto, que goza gran reputación aquí y fuera de aquí, trabaja el amigo que me informa, quien, por cierto, estuvo allá cuando el Centenario como Agente de ese producto y fué entonces cuando le conocí. El trata al señor Márquez Leonardo, quien le tiene amistad y lo recibe."

EL GENERAL RAMON MENDEZ

"Maximiliano, sus generales y los jefes y oficiales que habían sido hechos prisioneros, fueron conducidos á la Cruz; éstos quedaron hacinados en la Iglesia, al Emperador se le instaló provisionalmente en su antiguo alojamiento.

"El día 17 se le instaló en el ex-convento de las Teresitas.

"A Miramón se le aprehendió en la casa donde se refugió herido, y hasta que se restableció fué conducido á la cárcel común.

"El día 19 fué descubierto el General Méndez, dentro de una horadación perfectamente cubierta: era un refugio preparado con anterioridad. Fué preciso rodear todas las manzanas centrales una á una y catear minuciosamente las casas para hallar al prófugo.

"León Ugalde era el encargado de hacer esta requisición, acompañado de oficiales nativos de la ciudad, por lo que conocían la localidad.

"Un sastre raquítico y jorobado fué quien le denunció: muy pocos días antes Méndez le había cruzado la cara de un latigazo. El jorobado, en los momentos de la ocupación de la plaza, espíó á Méndez y lo siguió hasta verlo entrar en su escondite. Este, sin embargo, estaba tan bien practicado, que los oficiales que hacían el cateo se retiraban ya desesperados de encontrarlo, cuando se hundió un pedazo de suelo adonde estaba parado uno de ellos. De la fosa salió Méndez lleno de polvo: traía una blusa de dril blanco y un rifle en la mano: inmediatamente se entregó prisionero sin hacer resistencia.

"Algunas horas después fué fusilado: —"Vais á la vanguardia de nosotros,"—le dijo Maximiliano al despedirse de él."

(Hilarión Frías y Soto, "México, Francia y Maximiliano," págs. 576 y 577.)

"Don Ramón Méndez era gordo y pequeño de cuerpo, con una fisonomía bastante bien parecida, pelo y barba negra y que parecía muy bien con su chaqueta de húsar mexicano. Llevaba un sombrero como el del Emperador, estaba condecorado, además de las órdenes mexicanas, con la cruz francesa de oficial de la Legión de Honor, que además de él, sólo la tenían en el ejército Márquez, Mejía, López y el General Calvo. Méndez era un buen partidario, sumamente valiente é idolatrado por sus soldados, pero desgraciadamente inclinado á la crueldad. Era adicto al Emperador, pero enemigo decidido de Miramón de quien desconfiaba y de quien decía que poco le importaba Imperio ó Emperador, sino sus propias miras y proyectos ambiciosos: opinión generalmente admitida, que no obstante, en el caso de Méndez, podía haberse robustecido por envidia." (Salm-Salm, "Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano," páginas 47 y 48).

Dice el Sr. Angel Pola, entre otras importantísimas notas á la obra de "Las Ultimas Horas del Imperio," por el General Ramírez de Arellano, "que el General Ramón Méndez, después de la toma de la plaza de Querétaro por las fuerzas republicanas, el 15 de Mayo, se ocultó en la casa letra E del callejón de Don Bartolo, donde fué capturado en las primeras horas del 17 y conducido al ex-convento de Teresas, del cual fué sacado dos horas después para llevarlo á la prolongación de la calle del Cebadal, en la que fué ejecutado inmediatamente." (Pág. 170, lám. 31.)

El General Arellano, afirma que: "mucho había avanzado la noche del 18, cuando los republicanos capturaron al General Méndez, á quien fusilaron á las once de la mañana del día siguiente, después de haber identificado su persona. La ejecución de Méndez se verificó enfrente de la fachada principal de la casa misma donde estaba oculto Arellano," que pudo escaparse de Querétaro con el traje de mozo de estribo.

Domenech refiere la muerte del General Ramón Méndez del modo siguiente: "Entre los Generales prisioneros se encontraba igualmente Méndez, el vencedor en cien combates, en Michoa-

cán. Tomado en la jornada del 16 de Mayo, no se le ocultó la suerte que se le esperaba. Pasó la noche en escribir á su familia, y al día siguiente en la mañana fué conducido á la Alameda y pasado por las armas. Según la costumbre del país, al modo con que se trata á los *traidores*, se le fusiló por la espalda. Protestó, diciendo que quería afrontar la muerte de frente; pero el oficial comandante del pelotón le respondió que debía obedecer sus órdenes. "Está bien, dijo Méndez, hacedlo." Después se arrodilló tranquilamente volteando la espalda á los soldados encargados de la ejecución. Cuatro hombres salieron de las filas é hicieron fuego. El condenado, no habiendo sido herido mortalmente se levantó é hizo signo de que le tiraran á la cabeza. El cabo entonces le aplicó el cañón de su fusil á la cabeza y le hizo saltar los sesos. Así murió Ramón Méndez, uno de los indios más eminentes de esta época."

Al autor le refirieron en Querétaro, cuando fué á ver el lugar donde fué fusilado el valiente michoacano, que efectivamente se arrodilló de espaldas, pero que, en el momento de hacerle fuego, se volvió de frente, y al caer con los primeros tiros señaló la oreja para recibir el tiro de gracia. Gloria, sí, al valor heroico de un mexicano, por desgracia empleado contra su patria!

EL GENERAL TOMAS MEJIA

"Don Tomás Mejía era un indio feo y pequeño, muy amarillento, de cosa de 45 años, con una enorme boca y sobre ella unas cuantas cerdas negras que figuraban bigotes. Era hombre honrado y de fiar, adicto al Emperador, muy buen General de caballería y demasiado conocido por su valor personal. Era su costumbre antes de un ataque, tomar una lanza de uno de sus soldados y acometer con ella, entre los primeros, en las líneas del enemigo. Hace años que á los liberales les quitó Querétaro. Al entrar á la ciudad, sus últimos defensores huyeron al primer piso de la Casa del Cabildo. Mejía se presentó ante ésta á la cabeza de su caballería. Lanza en mano subió los escalones, y en el salón principal hizo presos á los liberales, dirigiéndose á caballo al balcón, dando con vivas la bienvenida á sus tropas victoriosas.

(Salm - Salm, "Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano," págs. 45 y 46).

EL GENERAL MIRAMON

"Don Miguel Miramón era el más importante entre todos. Como he dicho antes, había sido uno de los jefes más prominentes del partido clerical y aun Presidente de la República á los veinticinco años. Era ahora hombre buen mozo de cosa de treinta y cuatro ó treinta y cinco años, de estatura mediana, de cuerpo y maneras elegantes, con el pelo, bigotes y piocha oscuros. Hombre de gran viveza, extremadamente ambicioso, muy valiente y atrevido, pero no General científico, y estratégico bastante mediano.

"De Orizaba, adonde en compañía de Márquez y el padre Fischer indujo al Emperador á quedarse, se fué á mediados de Diciembre de 1866 á México, reunió á toda prisa quinientos ó seiscientos hombres y con éstos y con una batería, marchó rumbo Norte al Estado de Zacatecas, para impedir al enemigo que concentrase sus tropas y que avanzase con ellas sobre Querétaro y México, según intentaba. El General D. Severo del Castillo había recibido órdenes de él para que se moviera en la misma dirección y cooperase con él y el General D. Tomás Mejía, el cual se había visto obligado á abandonar á San Luis é igualmente se hallaba en marcha rumbo á Querétaro.

"La capital del Estado de Zacatecas, del mismo nombre, era entonces el lugar de residencia del Gobierno republicano: Juárez mismo se hallaba en la ciudad. Esta oportunidad era demasiado halagüeña para el joven intrépido General, quien había aumentado sus fuerzas con algunas

tropas que había tomado al pasar por Querétaro, y reclutado en su marcha; resolvió dar un golpe de mano, sin aguardar las tropas de Castillo, que aún se hallaban á alguna distancia.

“El atrevido plan surtió su efecto admirablemente. El enemigo en Zacatecas fué sorprendido de la manera más completa y derrotado totalmente. Muchísimos prisioneros, veinte cañones y un gran número de papeles y documentos importantes pertenecientes al Gobierno republicano fueron fruto de esa brillante victoria. Por poco se coge prisionero á Juárez, el que se escapó en un coche. Seguramente se esperaba que lo cogiesen, puesto que el Emperador había enviado á Miramón una orden estricta por escrito, para que, en el caso que tomasen á Juárez prisionero, le tratase de la manera más amistosa y le enviase á México.¹

“Los Gendarmes Imperiales, quienes en gran parte eran franceses, cometieron algunos excesos, los cuales eran severamente censurados por Miramón siempre que se hablaba de ellos. Entre otras cosas, una de las que enfureció á los liberales muchísimo, fué la de haber amarrado un lazo al pescuezo de un busto de Juárez, y arrastrándolo por las calles de Zacatecas.

“Antes de que Castillo hubiera llegado, la ciudad fué nuevamente atacada por una fuerza de los liberales muchísimo más superior, y Miramón se vió obligado á evacuarla á toda prisa.

“Dos días después de esta retirada y en camino hacia Querétaro y cerca de la hacienda de San Jacinto, fueron atacadas por retaguardia y ambos flancos las tropas de Miramón, por fuerzas superiores bajo el mando de Escobedo. El ataque fué tan repentino que perdió todo su ejército y su artillería, y se contentó con escaparse con unos cuantos oficiales, que tenían caballos ligeros y buenos, hasta Querétaro, adonde se unió á Mejía y á Castillo.”

(Salm-Salm, “Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano,” págs. 42 á 44.)

MIRAMON Y ROCHA.—EL GENERAL JULIO CERVANTES Y EL SR. ANGEL POLA

“—General, hay un hecho muy importante que debe usted conocer; la salida de Miramón para conferencia con el General Sóstenes Rocha.

“—No conozco los preliminares que hubo para ponerse de acuerdo Miramón y Rocha; pero sí sé que en el puente cercano á La Otra Banda fué donde se verificó la conferencia á la que estuvimos presentes Montesinos y yo.

“—¿Fué de noche?

“—Fué por la tarde, en pleno caserío. Mutuamente se hicieron proposiciones.—Vente con nosotros, decía Rocha á Miramón.—Venga usted á nuestro partido, y, entre nosotros, todos ustedes y los del Colegio encontrarán amigos y compañeros, decía Miramón á Rocha, á quien trataba con respeto y consideración.

“—General, ¿usted había sido también condiscípulo de Miramón?

“—Sí, señor.

“—¿De quién partió la iniciativa para la entrevista?

“—Creo que fué motivada por Rocha y autorizada por el General Escobedo. Sucedió frecuentemente esto: que siempre que Miramón ó Rocha estaban en algún punto, donde había tropas del ejército del Norte, no era atacado éste: era respetado. Pero volviendo á la conferencia, diré á usted, que no tuvo resultado de ninguna especie: en nada quedaron.—Véngase usted con nosotros, con el Imperio: repetía Miramón á Rocha.—Pásate á nuestro partido; no es posible que pueda triunfar en nuestro país el Imperio: lo rechaza el mayor número de gentes, no hay simpatías para él, contestaba á su vez Rocha. Y la despedida fué un abrazo; sin pronosticar qué era lo que iba á suceder.

¹ Esto es inexacto: dió orden de que lo fusilaran y fué uno de los principales cargos que le hizo el fiscal de su causa en Querétaro, á Maximiliano.

“—¿Algún otro jefe de los imperiales llegó á salir de la plaza y hablar con alguno de ustedes?

“—Excepto Miramón y López, al menos que yo sepa, ningún otro.

“—Y usted, ¿volvió á ver á Miramón?

“—Tomada la plaza y dada la orden de que nadie penetrara en ella, yo, con el carácter de Comandante Militar, me encargué de la dirección de todo: mandé capturar á los jefes y oficiales que faltaban y hacer el cateo de algunas casas; en fin, lo que en estos casos se necesita hacer. No había del Colegio sino algunos. El General Escobedo se había quedado fuera y mandado que llevaran á Maximiliano á la Cruz, y á algunos otros jefes. Yo mandé hacer la requisición de todos estos caballeros. Antes me dieron aviso de que en la casa del doctor Licea había algunos prófugos, con unas mulas de que los imperiales se servían. Monté á caballo y encontré allí un centinela y el cabo de un batallón, apostados; les pregunté qué hacían y me contestaron:—Señor, estamos al cuidado de estos imperialistas que mataron unas mulas para comer. El doctor Licea, á quien no había visto, salió á saludarme y después de su saludo cariñoso, me dijo:—Aquí tiene usted una reunión de amigos.—Veré qué reunión es esa, le contesté. Había algunos jefes y oficiales. Entré en la sala y salió la hermana de Licea á saludarme, diciéndome:—Pase usted.—Me encontré á Escobar y otros, todos en el mayor desorden, algunos con los bigotes recortados; como unos cincuenta ó sesenta imperiales. Se me acercó el ayudante Segura, hablándome de esta manera:—Dicen que por aquí anda Miramón.—Si ustedes lo tienen, hice observar á la señorita, ocúltenlo bajo tres sitios de tierra.—No está aquí, ni ha venido, ni lo conocemos, dijo ella.—Bueno: si lo quieren salvar, ocúltenlo de una manera que no podamos dar con él. Esto lo estaba yo diciendo precisamente en la misma pieza donde se encontraba Miramón. Luego dije al Coronel Refugio González:—¿Ya había usted dado cuenta de este encierro que tiene aquí? Se quedaron Miramón y algunos otros, monté á caballo y me fuí. Estando en la casa de un señor Marroquín, adicto al Imperio, tomando chocolate, recibí una carta de Miramón en que me decía: “He sido “descubierto; estoy herido. Te empeño mi palabra de no fugarme.” Esta carta la mandé al General Escobedo, que me la devolvió en seguida, con esta nota de su puño y letra al margen: “Queda prisionero bajo la responsabilidad del Coronel Cervantes.”

“Entonces regresé á la casa de Licea y hablé á Miramón:—Pero hombre, ¿qué pasó? Siempre se te había dicho el resultado.—Nada, contestó, con . . . y muchachos ni á bañarse . . . y con traidores, menos. Y dejándole un centinela, le manifesté:—Hago esto no porque te vayas á fugar, no; sino porque pudiera venir gente de poca consideración; hago esto, para que te evites disgustos. No seguí hablándole, porque era una imprudencia; ese hombre estaba tan tremendamente excitado, que hubiera sido una crueldad. En la casa de Marroquín, al hacérsele algunas preguntas sobre Miramón, había yo dicho:—Si ustedes quieren ayudar de algún modo á Miramón, si tienen ese deseo, está en la casa de Licea. Así dije por si pretendían mandarle auxilios de algún género.

“Al día siguiente recibí orden de Escobedo para pasar á otra parte á Miramón.—Hay orden de que se te pase á Capuchinas, orden á la que no puedo oponerme en manera alguna, le dije; así es que mandaré que te lleven con toda clase de consideraciones.

“En la celda que ocupó Miramón en Capuchinas, se le puso la misma cama que usaba en casa del doctor Licea, y siguieron curándole los mismos médicos, hasta que se restableció. Ya no volví á verle, sino el día del Consejo de Guerra, que se verificó en el Teatro Iturbide.

“El Emperador no concurrió; lo mismo Mejía, que se encontraba enfermo. Miramón fué el único. Estaba en el pórtico en un asiento, echado para atrás, entre una valla de soldados. Entré á saludarle.—Hombre, dile al orejón, me dijo, que qué placer tiene en estarnos atormentando; ¿para qué consejos de guerra y todas estas tonterías? Más valía que de una vez nos mataran y que se acabara así este mitote.—No creo que te fusilen, le advertí.—Si no nos fusilaran, serían muy . . . ¡Ay de ustedes si no nos fusilan!

“—General, ¿de manera que á Miramón no se le notaba sobresalto, ni menos miedo?

“—Tenía su sangre entera; puede que yo esté en estos momentos más excitado, al relatar

esto, que él en aquellos instantes.—Hombre, le dije, no creo esto, porque me parece que ustedes no volverán á las andadas, ni tampoco nosotros.—No volveremos, habló, porque nos han de matar. —¿No se te ofrece nada? ¿no quieres alguna cosa?—No.

“Nos despedimos y no le volví á ver más, ni el día del fusilamiento.”

(Angel Pola, “Ultimas Horas del Imperio,” de la pág. XLVII á la LII.)

El señor General don Manuel González Cosío me ha referido lo siguiente respecto del General Miramón:

“Que Lorenzo Elízaga le prestó unas memorias originales de la señora esposa del General Miramón, que por desgracia no se han publicado, y entre otras cosas leyó que Maximiliano entró á la celda de Miramón en donde estaba su señora y se arrodilló delante del General pidiéndole perdón, porque era la *causa* de la sentencia de muerte que le estaban leyendo en esos momentos: pero sin hacer aclaraciones ó explicaciones que expresaran que *él* había sido quien había entregado la plaza y á sus Generales.”

Se ha dicho que fué una tiranía incalificable el que se hubiera leído la sentencia de Miramón en presencia de su esposa; pero hay que tener presente que ésta vivía con su marido en la misma prisión de Capuchinas.

El otro punto de que me habló el señor General González Cosío se refiere al asalto de Miramón á la ciudad de Zacatecas, que estuvo á punto de causar una verdadera catástrofe al Gobierno liberal del Sr. Juárez. Miramón, entretenido en hacer efectivo un préstamo á la ciudad, descuidó el haber hecho prisioneros al Sr. Juárez y á los principales funcionarios que lo acompañaban, pues apenas tuvo tiempo de huir en su carretela y fué á dar á la Alameda, punto sin salida y tuvo que regresar para tomar el camino inclinado del Chepinque para libertarse del peligro.

MAXIMILIANO EN QUERETARO

“Desde esa vez (principio del sitio) el Emperador se quedó en el Cerro de las Campanas y durmió esa noche y las subsiguientes en el suelo, tapado con su plaid, y arriba de él el estrellado cielo. Miramón y Márquez, que estaban con él, hicieron otro tanto. Se limpió el cerro de los nopales con que estaba enteramente cubierto y se construyeron algunos parapetos y cosa de seis ó siete trincheras para cañones.

“Los exploradores de á caballo pertenecientes al ejército del enemigo que entonces se componía de diez y ocho mil hombres, mandados por el General Escobedo, se acercaron á nuestras líneas á distancia de quinientos ó seiscientos pasos.”

(Salm-Salm, “Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano,” págs. 54 y 55.)

“Durante la contienda en la Cruz, el Emperador se mantuvo en la plaza de la Cruz expuesto á las balas y metrallas que con abundancia despachaban de la Cuesta China. Todas las manifestaciones resultaron tan inútiles como las que el día anterior se le hicieron por una diputación de los Generales, quienes le suplicaron no se expusiera tanto. El valeroso Mejía en su lenguaje sencillo dijo: “Considere Vuestra Majestad que si le matan, todos nos pelearemos entre nosotros por “la presidencia;” pero, aunque estas palabras impresionaron al Emperador, dijo que el lugar donde estaba era el que le correspondía.”

(Salm-Salm, “Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano.” pág. 63.)

"Méndez me suplicó (dijo Salm-Salm) indujera al Emperador á que abandonase Querétaro, adonde sólo podía perder la vida y el honor. En todas estas conversaciones mostró en contra de Miramón una hostilidad inflexible."

(Salm-Salm, "Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano," pág. 95.)

"Las pendencias entre Miramón y Méndez eran otra causa de temores. Méndez aseguraba que Miramón no estaba de buena fe con el Emperador y sólo trabajaba para sus propios y ambiciosos fines. Llamó mi atención al hecho que Miramón había quitado recientemente á varios oficiales que eran enteramente adictos al Emperador, y los había reemplazado con personas que pertenecían á su partido.

"Cuando el día 10 (de Abril de 1867) me hallaba en camino para hacer una visita al Emperador, el General Méndez repentinamente me preguntó:

"—¿Está usted de buena fe con el Emperador?

"—¡Vaya una pregunta! Le contesté. Por supuesto que sí lo estoy.

"—Pues bien, continuó. Entonces dígame usted de mi parte que haga lo posible por salirse lo más pronto posible de su ratonera, y que se precaba de Miramón. Yo soy indio y el Emperador conoce la fidelidad y adhesión de los indios para con él. Mejía y yo conduciremos en salvo al Emperador á la Sierra Gorda, adonde tendrá su libre voluntad, podrá hacer lo que guste. Si no siguiere este consejo, puede estar seguro de que á todos nos fusilarán.

"Cuando vi al Emperador le repetí literalmente todo lo que me había dicho Méndez, pero sólo me contestó: "El *pequeño gordito* calcula sumamente triste el estado de nuestros negocios, aun— que creo que sus intenciones son buenas."

(Salm-Salm, "Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano," pág. 114.)

"El Emperador lo fué á visitar (á Méndez) en la tarde del 13 de Abril. Cuando llegó frente á la Casa Blanca y estaba alzando la pierna sobre la silla para desmontarse, acabando nosotros de salir á su encuentro, reventó una granada precisamente arriba de su cabeza. El, lo mismo que nosotros, no podía menos de saludar al ruidoso huésped con una ligera inclinación de cabeza, lo que causó bastante risa. En esta ocasión se encontraron chasqueadas las mujeres de los soldados, pues la granada reventó; siempre que nos alcanzaba una granada corrían á hacerse de ella con la esperanza de que no reventaría como frecuentemente era el caso, para poderla llevar á la Cruz y obtener por ella el precio estipulado."

(Salm-Salm, "Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano," págs. 122 y 123.)

"Una bala de á doce penetró por una de las ventanas y dió contra la pared de enfrente, cubriéndonos á todos de polvo y cal; pero á nadie le sucedió nada. La bala cayó al suelo, y el Emperador dijo que la enviaría á Miramón como un recuerdo, y que mandaría inscribir los nombres de todos los que allí estaban presentes. Miramón, que parecía molinero, se rió mucho de mí porque me había puesto por primera vez un uniforme nuevo y porque me dejé en el ojo mi lente empolvado, extrañando por qué no podía ver nada."

(Salm-Salm, "Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano," pág. 137.)

MAXIMILIANO, EL GENERAL JULIO M. CERVANTES Y DON ANGEL POLA

“—¿A Maximiliano, lo vió usted antes del Consejo de guerra?

“—Uno de tantos días, no me acuerdo cual (yo no participaba del deseo de conocerle, porque me repugnaba el hombre, su pasado de sangre y de iniquidades con nosotros), un día de tantos, al preguntarle al médico Rivadeneira cómo seguía Miramón, me dijo: —Y al tudesco, ¿no quiere usted verlo?—No tengo curiosidad. Sin embargo, arrastrado por Rivadeneira, pasé á donde se encontraba. Estaba recostado en un catre de metal. Después de que habló con el doctor Basch, se dirigió á mí con mucha urbanidad. El médico de nosotros le dijo:—Voy á presentar á usted, Sire, al General de la Plaza. Y yo, con esa vulgaridad, le dí la mano; y él me la dió á su vez, quiso que no. Me encontré con una mirada muy dulce; era hombre muy educado. Se incorporó un poco y me habló así:—Me llama mucho la atención en México y muy particularmente en las tropas liberales, la juventud de la mayor parte de sus principales jefes. ¿Cuántos años tiene usted?—Tengo veintisiete años, le respondí. —Pues me parece poca edad para un puesto tan importante, como el que está á su cargo; un puesto tan difícil no concuerda con su juventud. —Señor, hay que tener en cuenta las continuas reyertas de la Nación, que ha estado en continua lucha para conquistar su autonomía y ha tenido, por lo mismo, que hacerse de hombres que le hacían falta. —Eso no se ve en Europa. ¿Qué grado tiene usted?—Soy Coronel. —En mi país apenas sería usted capitán. —Sire, dijo uno de los que allí estaban, no habíamos dado á usted de intento una noticia cruel; pero hay necesidad de que Su Majestad la sepa.

“Y con esa misma dulzura atendió lo que se le manifestaba. Era, en efecto, un hombre insinuante y peligroso por su fineza y su buena educación, y con modales exquisitos y manera amable. —¿Qué tenéis que decirme? preguntó. —Pues, Sire, . . . dijo el otro, haciendo muy bien un papel cómico, rodándosele las lágrimas. —Bien, bien, ¿que pasa?—Su Majestad . . . la Emperatriz, ha muerto.

“Se comprendió el esfuerzo tremendo que el Emperador hizo. Luego prorrumpió:—¡Dios me ha protegido! Era lo único que me ligaba á la tierra ¡ya puedo morir!

“Y dirigiéndose á mí, como si nada se le hubiese dicho, continuó:—Decía yo á usted que en Europa es imposible ver militares ocupando la clase de puestos que usted desempeña á la edad que usted cuenta.

“—General, ¿así le habló después de recibir tan tremenda noticia?

“—Sí señor, así; con toda esa energía, con esa serenidad estoica: Era lo único que me ataba á la tierra. ¡Puedo morir á la hora que gusten!

“Yo me conmoví. Se lo dijeron para tranquilizarle; fué la idea de ellos, que no se fuera *al otro lado* con el pensamiento de que dejaba á Carlota. Después me despedí de él y se levantó con mucha atención. No lo volví á ver, ni concurrí á su ejecución.

“—¿Podría usted decirme algo acerca de la conducta observada por el doctor Licea, después de la ejecución?

“—Y volviendo, General, á lo del doctor Licea, ¿recuerda usted algo?

“—Ejecutado Maximiliano, se recogió el cadáver, colocándolo en un ataúd y se le llevó á la iglesia de las Capuchinas, para ser embalsamado. Para esto se comisionaron á Rivadeneira, jefe del cuerpo médico del ejército, á Licea y otros médicos. Los embalsamamientos en aquella época no eran tan perfectos como ahora. Había necesidad de la extracción de las entrañas, de lo que se encargó Licea, teniendo muy buen cuidado de guardarlas, así como todo lo demás que importaba algún mérito en lo de adelante. Comenzó por vender parte de la barba de Maximiliano. Hacía también degradantes especulaciones, humedeciendo pañuelos de las personas que iban á tributar sus últimas demostraciones de respeto y admiración al Emperador, mediante una ó dos on-

zas de oro. Empapaba los pañuelos con sangre y á nadie le regalaba nada. ¡Conducta verdaderamente reprochable! El comercio á que me refiero, duró no sé cuantos días; pero Licea siguió esta clase de tráfico ya no con la sangre, sino con las barbas del Emperador. Y cuando éstas se habían acabado, entonces especuló en mayor escala, aunque más groseramente: quitaba las cerdas á un caballo alazán que tenía, vendiéndolas á peso, á peseta, á como caía el postor. La ropa con que fué ejecutado, el anillo nupcial, todo lo recogió. El Coronel Doria, me parece, se quedó con algo que entregó después al Ministerio de Relaciones. No sé por qué conducto, pero el caso es que el Sr. Lerdo supo todo esto y entonces me puso una comunicación, ordenándome que indagara este asunto, que procurase quitar esas cosas y que recogiera todo y lo mandara á Relaciones, porque en verdad este era un acto asqueroso. Remité hasta la mascarilla de Maximiliano, la que procuré fuera bien empacada, con objeto de que no pudiera destrozarse. Con excepción del anillo nupcial, mandé camiseta, calzoncillos, botas; todo á Relaciones.

—¿Recogió usted algunos documentos?

—Licea tuvo muy buen cuidado de guardarlos.

—¿De Miramón recogió usted alguna cosa?

—De Miramón también se recogió algo y se mandó todo. Después me entregaron el cadáver del Emperador, encajonado, para que estuviera á disposición del Gobierno. Lo tenía yo en un entresuelo del palacio del Estado; y fué tan mal embalsamado que al poco tiempo comenzó á descomponerse, á tal grado que la cara se llenó poco á poco de substancias verdosas é iba desfigurándose el hombre. Allí lo iba á ver todo el que quería, hasta que ordenó el Gobierno que se mandara, y fué traído en un carro por una persona que tenía una partida con mulas. El dueño se oponía; pero, después de vencer algunas dificultades, se consiguió que accediera. Y esto se hizo, porque había su excitación en Querétaro, población demasiado fanática.

—Y con Licea, ¿que pasó?

—Se le procesó, y creo que fué castigado.

—Y al Coronel Miguel López, ¿le volvió usted á ver?

—No recuerdo bien que día; pero del diez y seis al veinte de Mayo le dí su pasaporte.

—¿Y á Yablowsky?

—A los dos se les dió su pasaporte."

(Angel Pola, "Últimas Horas del Imperio," págs. LII á LIX).

LAS EXACCIONES EN QUERÉTARO DURANTE EL SITIO

"No es cierto que con gusto pagaron los habitantes de Querétaro los préstamos y gabelas que les impusieron los soldados imperiales autorizados por el Emperador, según afirma Basch (médico ordinario de Maximiliano).

"Existe en los Archivos de la República el proceso ó información levantada con las declaraciones de los habitantes de la ciudad, y al leer esa pieza justificativa, aterra contemplar el número de crueles vejaciones, de crímenes y de plagios cometidos por el soberano que había adoptado el lema de *la equidad en la justicia*.

"Prisiones, cateos, hambre; viejos y mujeres conducidos á las trincheras para arrancarles el dinero; todas las infamias que podían inventar unos bandidos calabreses ó italianos; todos los tormentos posibles se pusieron en planta para llenar de oro á la oficialidad que pasaba las noches sobre la carpeta del juego, y para dar víveres á los soldados.

"Ni Márquez, ni O'Horán en México, llegaron á la altura que alcanzó Maximiliano en materia de saqueos oficiales."

"(Rectificaciones á las Memorias del Médico ordinario del Emperador Maximiliano," por Hilarión Frías y Soto).

Muy severo es el juicio sobre las exacciones que en Querétaro impuso el Emperador, pero es exacto: hay que advertir que el Sr. Dr. Frías y Soto en su libro, es el escritor republicano que trata con más miramientos y respeto al Archiduque austriaco.

MAXIMILIANO.—LO QUE CUESTA UN IMPERIO

Los gastos que se hicieron para sostener el Imperio de Maximiliano no es posible precisarlos. Necesitaríase la consulta de infinidad de documentos inéditos y el conocimiento de muchas obras publicadas por los jefes del ejército invasor, publicadas después. El mismo Sr. Payno "siente infinito no haber contado con los datos y las cuentas de los Ayuntamientos foráneos, con los estados é informes que llevó la Emperatriz á presentar á Napoleón y con los que recogió Eloin."

Sin embargo, para apreciar el monto de estos gastos transcribiremos los siguientes:

EGRESOS E INGRESOS DESDE DICIEMBRE DE 1861 HASTA JUNIO DE 1867

Ingresos

Aduanas Marítimas	\$ 32,629,826.80
Contribuciones Federales	18,409,942.17
Rentas Municipales	3,487,896.77
Aduanas Interiores y Casas de Moneda.....	18,300,127.20
Rendimientos de Querétaro en el período de sitio.....	535,656.85
Suma	\$ 73,363,449.79
Empréstitos de París y Londres.....	35,802,468.20
Suma total.....	\$ 109,165,917.99

Egresos

Presupuestos	\$ 19,486,588.35
Ejército	30,390,267.52
Edificios, muebles y subvenciones.....	6,034,449.98
Teatros	50,000.00
A la familia Iturbide	129,564.38
A Maximiliano y á Carlota	6,941,931.57
Intervenido por las Fuerzas Francesas	48,633,016.19
Suma.....	\$ 111,665,817.99

Los ingresos calculados en épocas de paz y que en tiempo de guerra no son pagados por los que toman las armas en contra del Gobierno, son los siguientes:

Presupuestos de ingresos.....	\$ 243,995,013.31
Préstamos de París y Londres sin deducir comisiones y demas gastos, así como lo intervenido por los franceses	281,656,528.00
Suma.....	\$ 525,651,541.31

Hay en los Ingresos una partida de \$ 1,600,000.00 que Maximiliano envió á Miramar y que no debe de figurar allí aunque entiendo que la pusieron sólo por balancear las cantidades.

CHUSCADAS DE LOS SOLDADOS

“Los soldados que teníamos en Casa Blanca echaron de ver un buey muy flaco que venía corriendo hacia nuestras líneas, traía entre los cuernos un pedazo de papel, y esto movió bastante la curiosidad de los soldados. Salieron á cogerlo, y como que el enemigo no hizo fuego lograron su intento. Fué una chanza de los liberales; en el papel estaba escrito, que nos mandaban algo que comer para que cayésemos con vida entre sus manos. Nuestros soldados enviaron en cambio un caballo igualmente flaco, para que nos pudieran alcanzar cuando nos abriéramos paso por entre ellos.”

(Salm - Salm, “Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano,” págs. 157 y 158.)



CAPITULO XVII

Noticia Biográfica del Archiduque Fernando Maximiliano de Austria

I



ijo segundo de S. A. I. el Archiduque Francisco Carlos y de S. A. I. la Archiduquesa Sofia, hermano de S. M. el Emperador reinante Francisco José, el Príncipe Fernando Maximiliano nació en el palacio de Schönbrunn el 6 de Julio de 1832.

Destinósele á la carrera de la marina, como se había hecho ya con otro individuo de la familia imperial, muerto en la flor de la edad, y fué menester, por lo tanto, que á sus estudios generales añadiera una educación apropiada.

Llamado á promover los adelantos de una institución casi nueva en el Imperio de Austria, pasó su juventud, ora aplicándose con esmero al estudio de los clásicos, ora adquiriendo nociones especiales de la carrera á que con más particularidad debía dedicarse. Para formarse como marino y aun como hombre, hizo el joven Archiduque frecuentes viajes por Europa y por países lejanos, y de este modo, no satisfecho con la enseñanza de los libros, aprendió á conocer el mundo prácticamente. Sus tempranas peregrinaciones aumentaron el caudal de sus conocimientos, dieron solidez á su juicio y enriquecieron su imaginación y su memoria.

Apenas contaba diez y ocho años cuando por primera vez recorría la Grecia, con el vivo interés que debía inspirarle aquel país, cuna de la civilización del Viejo Mundo. Visitó después la Italia, la España, el Portugal, la Isla de Madera, Tánger y la Argelia. En esta tierra africana, donde Roma dejó impresas sus huellas, el islamismo difundió sus tradiciones y Francia ha reahalizado sus recientes conquistas, se presentó al joven Archiduque un vasto campo para útiles y fecundas observaciones, y no la dejó sin haber subido á la cumbre del monte Atlas y atravesado el país hasta Medeah.

En 1854 exploraba el litoral de la Albania y la Dalmacia en la corbeta "Minerva" de que era Comandante, cuando su nombramiento para el mando superior de la marina le obligó á trasladarse momentáneamente á Viena.

Salió de Trieste en el verano de 1855, á bordo del navío almirante "Schwarzenberg," al cual seguía una escuadra de diez y siete velas; dirigióse á Candía y visitó á Beiruth y el monte Líbano, recorriendo las costas de la Palestina. Muchos ilustres peregrinos le habían precedido en Jerusalem, adonde le llevaron su acendrada piedad y el atractivo de los grandes recuerdos, siempre vivos en aquel suelo sagrado, donde dejó abundantes muestras de su munificencia. Todo lo examinó minuciosamente, recogió de todos los Santos Lugares tesoros inestimables para un corazón verdaderamente cristiano; los trajo consigo y los conserva con la veneración de una fe viva y ardiente. En Egipto visitó el Cairo, las Pirámides y Memfis. Dotado de un entendimiento elevado y práctico al mismo tiempo, hizo el viaje á Suez, á fin de apreciar por sí mismo y con exactitud las grandes obras de canalización comenzadas ya. En seguida, atravesando de nuevo el desierto, volvió á Sicilia.

El año de 1856 lo empleó el infatigable Archiduque en sus excursiones por la Alemania septentrional, por Bélgica y Holanda, después de haber visitado la Francia, y recibió, durante quince días, la hospitalidad del Emperador en Saint-Cloud, donde se formaron entre ambos Príncipes las mutuas relaciones de estimación y afecto que hasta hoy felizmente subsisten. En 1857 recorrió el Rhin, la Lombardía y la Italia central; pasó luego á Inglaterra y de allí, por segunda vez, á Bélgica, donde le esperaba el complemento de su felicidad; el enlace de una Princesa tan ilustre como digna de su propio mérito y grandeza.

En efecto, el 2 de Julio del mismo año, el Conde Arquinto, embajador imperial, había pedido para el Archiduque, en audiencia solemne, á Leopoldo I, Rey de los belgas, la mano de la Princesa María Carlota Amalia, hija suya y de la Princesa Luisa de Orleans, tan distinguida por su rara virtud, como la Reina María Amalia su excelsa madre. Joya de la corona belga, la Princesa real Carlota iba á ser también la perla de la corona imperial de Austria.

Nacida el 7 de Junio de 1840, hallábase en todo el brillo de la juventud, tenía diez y siete años. Si en lo físico le había prodigado la Providencia las gracias más exquisitas, en lo moral la había adornado de aquella hermosa inestimable que sólo puede dar la virtud. Una suma sencillez unida á una majestad natural; una instrucción acabada, vasta y sólida, junta con todas las dotes de una alma elevada; una caridad inagotable; tales eran las prendas que todos admiraban ya en la joven esposa. Un mérito tan sobresaliente no pudo ocultarse á la penetración de los italianos: así es que al hacer el Archiduque su entrada solemne en Milán (el 16 de Septiembre de 1857), saludaron llenos del más vivo entusiasmo á la Princesa que el cielo les había deparado.

Poco tiempo después partió con el Archiduque para Sicilia, el Mediodía de la España, las islas Canarias y Madera. La Princesa fijó en esta última ciudad su residencia durante el invierno, mientras que el joven Príncipe, anteponiendo á todo su deber, se embarca para el Brasil, tocaba en los puntos de escala más importantes, y cuando hubo llegado al Nuevo Mundo, hizo en sus espesos bosques excursiones tan interesantes como arriesgadas.

Cuantas luces y experiencia es dado adquirir con el estudio comparativo de usos y costumbres diferentes, de países distintos, de instituciones y leyes diversas, todo lo aprovechó el Archiduque en sus viajes y fecundas exploraciones, aplicando su inteligencia superior al examen filosófico de todo lo que se le presentaba. Así completó su educación de marino y de Príncipe, antes de volver á sentarse en las gradas del trono; y así adquirió nociones claras y profundas sobre el curso de los acontecimientos humanos y la marcha de los gobiernos y de las sociedades modernas. El mando superior de la marina, lejos de ser para este Príncipe un mero cargo honorífico, fué más bien un medio eficaz para acometer arduas empresas y plantear reformas provechosas.

Separar la marina del mando superior del ejército; ponerla bajo la protección de un Ministro independiente; establecer el respectivo número de empleados; disminuir los gravámenes ya existentes; formar la artillería, la infantería, la dotación de capellanes y el cuerpo médico de la marina; edificar un establecimiento hidrográfico y un museo especial; aprovechar la experiencia ya adquirida para someter á los oficiales de la armada á un nuevo sistema de educación, con el cual adquiriesen conocimientos más sólidos y más seguras garantías; introducir un sistema de abastos mejor entendido; incorporar á la marina las tripulaciones de la flotilla y el antiguo arsenal de Poto-Re; adoptar el uso de la lengua alemana en la correspondencia y el mando; tales fueron las medidas fecundas, debidas á la iniciativa del Príncipe, y que envidian en poco tiempo al Imperio una marina que, cuando menos en sus bases, nada tiene que envidiar á las más adelantadas de Europa.

Al mismo Príncipe debió la ciudad de Pola, enteramente decaída, su renacimiento, se erigieron en ella varios edificios, se plantaron semilleros, se construyó un gran dique, un acueducto, un arsenal y tres astilleros, un navío de línea, el "Kaiser;" cuatro fragatas y corbetas de hélice, siete de coraza, un gran número de cañoneras y una batería flotante de coraza, proporcionaron al Austria medio de transporte, presentando su marina con una existencia efectiva. En

este momento (Noviembre de 1861) se están construyendo, de orden del Archiduque, cinco fragatas de coraza.

Por disposición de S. A. I. emprendió la "Novara" un viaje de circunnavegación; la corbeta "Carolina" fué á visitar el litoral de la América del Sur, y explorar en seguida las costas del Africa Occidental, con el objeto de establecer relaciones internacionales y mercantiles. Finalmente, la fragata "Radetzky" se dirigió á los puertos de España, Francia, Inglaterra, los Países Bajos y la Alemania del Norte con el fin de hacer estudios especiales y observaciones científicas de importancia.

Apreciando dignamente el Emperador los distinguidos servicios del Archiduque y su alta capacidad, le confirió el Gobierno político y militar del reino Lombardo-Véneto, conservando al mismo tiempo el mando superior de la marina.

El Archiduque desempeñó por espacio de dos años este cargo grande y delicado, con tanto celo como feliz éxito. El vástago imperial de los Hapsburgos consiguió, á pesar de las funestas agitaciones políticas de un tiempo borrascoso, captarse el afecto y las simpatías de los italianos.

La historia registrará en sus páginas este gran triunfo del mérito y de la virtud, mientras que los mismos enemigos del Austria hacen justicia al espíritu ilustrado y eminentemente conciliador del Archiduque, tributándole los homenajes más sinceros de gratitud y admiración.

En efecto, á pesar de las vivas aspiraciones de emancipación y unidad que agitaban al pueblo lombardo-veneto, no pudo resistir á la evidencia de los beneficios que con mano generosa le prodigaba el Archiduque. Y con sobrada razón, pues cada día de su Gobierno se señalaba con alguna empresa útil, una reforma saludable, la supresión de algún gravamen, ó la abolición de un privilegio. Habíase nombrado una comisión de catastro para la repartición equitativa de las contribuciones; preparado la exoneración de los feudos y diezmos, y suprimido el privilegio fiscal establecido en tiempo del primer Napoleón; un nuevo reglamento había mejorado notablemente la condición de los médicos concejales, al paso que algunas obras bien concebidas y ejecutadas en el puerto de Venecia, habían facilitado la entrada de buques de mayor calado.

Ya se había comenzado el ensanche del puerto de Como por medio de un nuevo dique, y la misma ciudad debía ya á los desvelos del Archiduque un gran servicio, el mayor indudablemente con que puede un Príncipe favorecer á una población. Tal fué el haber hecho desaparecer la *Malaria* que infestaba la extremidad del lago: mandó secar, al intento, el pantano llamado "Piano di Spagna;" y con el desagüe del Valle Grande Veronese se obtuvo un terreno extenso y feraz. Se había encargado igualmente al ingeniero Bucchia la formación de un proyecto para el completo desagüe de los pantanos en las lagunas vénetas y el riego artificial de las llanuras del Friuli, conduciendo á ellas el río Ledra, y todo con la posible economía.

Durante este mismo período, se hermoseó Venecia con la prolongación de la Ribera hasta el jardín imperial, y en Milán se dió más extensión á los paseos públicos.

Ante la energía constante y generosa del Príncipe, hubo de ceder la Municipalidad, que largo tiempo se había resistido á hacer una plaza pública entre el teatro "Della Scala" y el palacio Marino, y se restauró la basílica de San Ambrosio.

Pero si es bueno que circulen en la ciudad el aire, la luz y la vida, y ostentar ante los extranjeros suntuosos monumentos, grandes fundaciones y bellas iglesias, aún hay para el jefe de un reino otras obligaciones y deberes más imperiosos. El joven Archiduque no los desatendió, haciendo en el sistema de beneficencia pública reformas útiles y necesarias. Las poblaciones indigentes de la Valtelina fueron objeto de una asistencia material más liberal y constante: se hicieron, además, estudios profundos para proporcionar los medios más seguros de combatir la miseria de aquellos pueblos empobrecidos por los estragos del *Oidium* en los viñedos.

Innumerables son, por desgracia, las causas de los males que sufre la humanidad. Apenas se consigue acabar con una, cuando surge otra y otra. El Po salió de madre, causando formidables inundaciones, y el Príncipe, siempre activo y denodado, acudió á los puntos de mayor peligro, salvó á los habitantes y los socorrió en sus necesidades más imperiosas, implorando en su favor los auxilios del Gobierno imperial.

La vida intelectual de las naciones, es decir, las artes, las ciencias y la instrucción pública que la constituyen, tuvieron siempre en el Archiduque un ardiente y generoso promovedor.

El Conde Giuliani, con la publicación de sus memorias, había empezado á levantar un verdadero monumento de la historia nacional, y el ilustre Príncipe miró como punto de honra para Italia su continuación, favoreciéndola cuanto pudo. Se dió igualmente á una comisión el encargo de publicar los "Monumentos Históricos y Artísticos de las provincias Lombardo-Vénetas."¹

No bastan las nobles aspiraciones ni los instintos caballerescos á los Príncipes llamados por su nacimiento y por la confianza pública al ejercicio de la autoridad; necesitan, además, una razón serena y firme. Esta la posee en alto grado el Archiduque Fernando Maximiliano, como bien lo acreditó durante su gobierno en Italia. En un despacho dirigido á lord Loftus, representante de la Reina de Inglaterra en la corte de Viena, escribía el Ministro de Negocios Extranjeros, lord Malmesbury el 12 de Enero de 1859, poco antes de estallar la guerra entre el Austria, lo siguiente: "El Gobierno de S. M. reconoce con verdadera satisfacción el espíritu liberal y conciliador que ha presidido al gobierno del reyno Lombardo-Véneto, mientras estuvo encomendado al Archiduque Fernando Maximiliano."

Se ve, pues, que el Archiduque se distingue por la inapreciable ventaja de haber acreditado su aptitud, aun á los ojos de la Inglaterra, para el gobierno de un pueblo, en circunstancias las más difíciles.

No será por demás añadir que el Archiduque Fernando Maximiliano tiene un personal que previene en su favor de un modo irresistible.

Una frente espaciosa y pura, indicio de una inteligencia superior; ojos azules y vivos, en que brillan la penetración, la bondad y la dulzura: la expresión de su semblante es tal, que nunca se puede olvidar. El alma se refleja en su rostro; y lo que en él se lee es lealtad, nobleza, energía, una exquisita distinción y una singular benevolencia. Dotado de una disposición natural para las artes, las ciencias y las letras, las cultiva con ardor y lucimiento.

Su actividad y laboriosidad son prodigiosas: en todas estaciones el día empieza para él á las cinco de la madrugada. El estudio es, puede decirse, su idea fija. Habla seis lenguas con gran facilidad y corrección.

Hermano de un Emperador ilustre, gran almirante del Imperio, colocado muy cerca del trono, objeto del respetuoso amor y admiración de todas las clases de la sociedad, conocido y estimado en toda Europa, está rodeado de cuanto puede lisonjear la ambición más elevada.

En medio de tan graves negocios, de tanto esplendor y tanta gloria, ha escrito sus "Impresiones de Viaje" (Bosquejos de viaje: I, La Italia; II, la Sicilia, Lisboa y Madera; III, La España; IV, Albania y Argelia). (Viena, imprenta del Estado). Varias obras científicas. (Viajes al Brasil, Aforismos, Objetos de Marina, La Marina de Austria, algunas poesías (2 tomos) no publicadas aún, en que ha pagado también su tributo á la poesía.

(Los anteriores apuntes los publicó en París en 1861 el Sr. D. José M. Gutiérrez de Estrada).

¹ Al Archiduque Fernando Maximiliano se deben la iglesia votiva de Viena y el palacio de Miramar.

La primera fué erigida á consecuencia y en conmemoración del odioso atentado cometido contra Su Majestad Imperial Apostólica. Por medio de una excitación al patriotismo austriaco, consiguió el joven Príncipe los fondos al efecto necesarios. S. A. I. que había concebido la idea y promovido su realización, dirigió la empresa ocupándose en todos los pormenores que á ella se referían.

El Palacio de Miramar, construído por él, se halla situado sobre una roca escarpada á la orilla misma del golfo de Trieste, no lejos del ferrocarril de Laybach. Es notable por su bella arquitectura, y por la colección que encierra de cuadros y otros objetos de gran valor y gusto, recogidos por el Príncipe en sus largos viajes.

II

La mira principal de la Francia al intervenir en los negocios de México, no era otra que invertir en monárquicas las instituciones republicanas que han regido el país desde 1824.

Para el trono que se erigiera estaba designado ya de años atrás el Archiduque Fernando Maximiliano.

Al ocupar la capital de México el ejército expedicionario, su jefe convocó una Asamblea de Notables compuesta de 245 personas de todos los colores políticos, representando todas las clases de la sociedad. Esta Asamblea decidiría la forma de gobierno que en lo sucesivo tendría México. Su resolución no era dudosa. Declaró que la monarquía, ofreciendo la corona al Archiduque.

Entre tanto el gobierno republicano, que al avanzar las fuerzas francesas desocupó la capital, emigraba por el Interior, perdiendo terreno á medida que la intervención avanzaba; pero siempre, más ó menos crecido su séquito, sosteniendo la Legalidad. Así llegó hasta Paso del Norte, límite de la frontera mexicana.

La resolución de la Asamblea tuvo lugar el 10 de Julio de 1863. El triunvirato mexicano que gobernaba, se erigió en Regencia, y resignaría el poder en manos del Archiduque luego que llegara.

Inmediatamente se puso en marcha una diputación con destino al Castillo de Miramar, residencia del Príncipe, para comunicarle la decisión de la Asamblea.

El 3 de Octubre, la Diputación mexicana fué recibida por el Archiduque; pero éste tuvo el criterio necesario para no considerar la simple acta de los 245 como la expresión nacional. Quiso que ésta se manifestara explícitamente, Estado por Estado, pueblo por pueblo, como una especie de sufragio, por actas firmadas, para computar el número de votos que lo elegía, comparando con el censo de población que tiene México. Así lo expresó terminantemente en el discurso con que contestó al del presidente de la Diputación.

Mientras esto pasaba allende los mares, aquí se levantaban actas en favor de la intervención y del Imperio en todos los pueblos que las bayonetas francesas iban ocupando, y aprovechando todos los Paquetes se enviaban esas actas en corroboración de lo decidido por la Asamblea el 10 de Julio.

Por fin el 10 de Abril de 1864, el Archiduque consideró ya suficientemente expresada la voluntad nacional de México, y se decidió á aceptar la corona, no sin consultar el parecer de todos los soberanos de Europa, incluso el del sabio rey de los belgas, Leopoldo I. Todos convinieron en que aceptara, y aceptó.

Antes de su aceptación pasó á París y firmó con Napoleón el 12 de Marzo de 1864 un convenio que se trocaría en tratado cuando el Archiduque dejara de serlo para convertirse en Emperador de México. El mismo 10 de Abril, ese convenio se elevó al rango de tratado, en el cual se estipulaba que las tropas francesas evacuarían México á medida que se organizaran las necesarias para reemplazarlas: que 8,000 hombres de la Legión extranjera quedarían por seis años más: que las expediciones militares se harían de acuerdo con el Emperador: QUE LOS COMANDANTES MILITARES FRANCESES NO INTERVENDRIAN EN NINGUN RAMO DE LA ADMINISTRACION MEXICANA; que gradualmente y de año en año se reduciría el efectivo de 38,000 hombres que formaba el ejército francés de ocupación; prometiendo Napoleón que estas estipulaciones serían inviolablemente observadas, no obstante los acontecimientos que pudieran sobrevenir á la Europa.

El 14 de Abril de 1864, la fragata austriaca *Novara* recibió á bordo al Archiduque Maximiliano, acompañado de su esposa. Partieron para Roma y después de recibir la bendición apostólica, así como la comunión de manos del Santo Padre, se hicieron á la mar para Veracruz, á donde llegaron el 28 de Mayo próximo.

Desde Miramar, y al aceptar la corona, el Archiduque nombró su Ministro de Estado, jefe del Gabinete, al Sr. D. Fernando Ramírez, persona nada sospechosa, hombre del partido liberal mexicano.

Queremos ser breves en estos asuntos, y, por lo mismo, no nos detendremos en expresar la manera con que fueron recibidos los príncipes en su tránsito hasta la capital, ni diremos si en aquel entusiasmo tuvo parte la influencia francesa.

El 11 de Junio llegó el Archiduque á la ciudad de Guadalupe Hidalgo, en donde permaneció hasta el 12, en cuyo día, después de asistir á la función de iglesia que se celebra todos los meses y de recibir la comunión entró en esta capital entre 12 y 1 del día, alojándose en el Palacio Nacional, que, como el Castillo de Chapultepec, se encontraba convenientemente dispuesto para recibirlo.

Sus discursos de Miramar, su proclama en Veracruz, el tratado con Napoleón, todo tendía á sostener la independencia de México; al aseguramiento de la integridad del territorio y á la seguridad de sus libertades.

Adoptó por divisa el lema de "Equidad en la justicia," y, desoyendo las sugerencias de los partidos, pretendió la formación del gran partido nacional, en que los mexicanos todos se vieran como hermanos, componiendo una gran familia que trabajara sin descanso en el bien nacional, olvidando sus rencillas y divisiones anteriores, que tan gravísimos males han acarreado á la madre patria.

En el Archiduque se vió más bien que al vástago de regia estirpe al modesto republicano, apóstol de la fraternidad y la igualdad ante la ley.

Muchas de las disposiciones de la Regencia fueron invalidas; las leyes de Reforma se pusieron en vigor; los puestos públicos de mayor importancia se confiaron á los mismos hombres que los tenían bajo el gobierno constitucional del Sr. Juárez en los últimos días de su permanencia en esta Capital, respetándose la legislación vigente entonces. Los Ayuntamientos se relevaban por elección popular.

La libertad del pensamiento no tuvo límites; la de la prensa se ajustó á una ley tan liberal, que reaparecieron y se sostuvieron los mismos periódicos que existían antes de ocupar México la intervención francesa. Las demás garantías individuales consignadas en el Estatuto del Imperio, fueron respetadas por el Archiduque y si en los últimos tiempos se cometieron desmanes por algunos funcionarios, él los ignoraba.

Los jefes principales del partido reaccionario fueron expulsados del país, á pretexto de diversas misiones diplomáticas y el Archiduque se entregó completamente en brazos de los mismos que tanto combatieron su exaltación al poder. La política y las armas mexicanas estaban en manos de los prohombres del partido liberal. Los que erigieron el trono fueron apartados de toda ingerencia en los negocios públicos. Era el paso más importante y de mayor avance para la pacificación; era más poderoso que la metralla francesa; era el cimiento de la unión de los mexicanos.

El Archiduque restableció la Orden de Guadalupe, y creó la del Aguila Mexicana, la de San Carlos y las Medallas del Mérito Civil y Militar, para premiar á quienes se distinguieran por sus méritos ó virtudes. La Orden de San Carlos era para señoras.

No obstante lo estipulado en el tratado de Miramar, el ejército nacional no se formaba, porque el Mariscal Bazaine lo impedía y la intervención francesa en la política continuaba ejerciendo su presión, sin que el Archiduque pudiera evitarlo por más que lo deseaba.

Sin embargo, se impulsaba la industria, el comercio y las artes. Se daba seguridad á los caminos y á las poblaciones; se adelantaba en las vías de comunicación; los establecimientos de beneficencia progresaban con la ardiente caridad de la Archiduquesa Carlota, quien fundó la Casa de Maternidad que existe en esta capital y procuraba siempre ser el alivio de las necesidades.

En la inundación que sufrió el valle de México en 1865, ambos Príncipes se dedicaron con el mayor empeño al remedio de los males que sufrían los invadidos por las aguas y á cortar su origen.

En todos los actos públicos del Archiduque no se vió nunca nada que hiciera sospechar que peligrara la independencia mexicana, ni la enajenación de un palmo de su territorio: celoso siem-

pre de la conservación de ese bien tan grande, no lo comprometía; enaltecía cuanto tocaba á esa grandiosa conquista, veneraba á los héroes de 1810 y 21, y los aniversarios de Septiembre, eran celebrados con esplendidez. El de 1864, el Archiduque fué en persona á la casa de Hidalgo, en la ciudad de Dolores, y él mismo, á la propia hora y en el propio lugar que aquel venerable sacerdote, repitió el grito que se oyera la venturosa noche del 15 de Septiembre de 1810. En todos sus discursos repetía constantemente que derramaría el primero hasta la última gota de su sangre en defensa de la independencia de México, que consideraba su patria desde que aceptó la corona y renunció sus derechos al trono de Austria; mirando con predilección especial cuanto tocaba á la emancipación de México y ordenando la erección de monumentos que recordaran la independencia, de los cuales se terminó el dedicado á Morelos, que se encuentra en la plazuela de Guardiola. La familia del Libertador Iturbide recibió distinguidas muestras de veneración y distinción, llegando hasta adoptar como Príncipes herederos de la corona á los nietos del Generalísimo.

La Princesa Carlota puso con toda solemnidad la primera piedra del monumento que en honor de la Independencia debía levantarse en el zócalo de la Plaza de Armas.

El Archiduque recorrió los Estados de Veracruz, Puebla, México, (Toluca), Querétaro, Guanajuato y parte de Jalisco. Visitó el mineral de Pachuca é intentó personalmente la exploración de las ruinas de Mitlatoyuca. En Cuernavaca, donde fijó por algún tiempo su residencia, ocupaba sus horas de recreo en la fabricación de una casa rústica, al estilo de las de Suiza, haciendo él mismo el plantío de los árboles y cultivando las flores. La Archiduquesa hizo un viaje á Yucatán. Estos viajes tenían por objeto el conocimiento práctico del país y sus necesidades, recibiendo los pueblos que tocaban muestras irrefragables del interés de los Príncipes en el mejoramiento de la situación. Las cárceles, los hospitales, las escuelas, los hospicios, conservarán por siempre el recuerdo de esas visitas.

En Septiembre de 1865, el Mariscal Bazaine informó al Archiduque que el Gobierno Republicano del Sr. Juárez había abandonado el país y embarcádose para el extranjero. Con esta falsedad lo obligó á publicar la terrorífica ley de 3 de Octubre; ley firmada por todos los Ministros de entonces, liberales en su totalidad. Sin embargo de lo terrible que era la ley, se consideró como otras semejantes que nuestros gobiernos todos han dado en momentos supremos para sofocar la revolución: medidas extremas á que se ápele siempre que la opinión se desencadena y se desborda. Mas no obstante lo prevenido en esa ley, no se dió el caso de que pidiendo indulto al Archiduque éste lo negara, llegando al extremo de prevenir que cualquiera que fuese la hora en que llegase una petición de ese género, se le diese cuenta sin respetar ni su sueño ni su trabajo.

Desde la llegada del Archiduque entró en pugna abierta con el Jefe del ejército francés. Habiendo rehusado en Miramar ceder la Sonora á la Francia, Napoleón comprendió haberse equivocado en la elección: el Príncipe Maximiliano no aceptaba el pobre papel de Lugarteniente de Napoleón III. Al ceñirse la corona de Emperador de México, se hacía tan mexicano como el que más lo fuera, tan independiente como el mejor.

Por lo mismo, el apoyo de la Francia debía cesar. El que con felonía rompió el convenio de la Soledad, más fácilmente haría pedazos la Convención de Miramar. Sus miradas ambiciosas se frustraban, y los Estados Unidos amenazaban su poder.

El 31 de Mayo de 1866 el Gobierno de París anunció al Archiduque su resolución de retirar las tropas y auxilios pecuniarios.

En la aflictiva situación que tal paso ponía al Archiduque, la Princesa su esposa se ofreció generosamente á trasladarse con violencia á París, y recordar á Napoleón sus compromisos. A la vez allanaría las dificultades que se suscitaron en la corte de Roma, con motivo de la subsistencia de las Leyes de Reforma.

La Archiduquesa Carlota partió el 30 de Junio. Las consecuencias de ese viaje las deplora más particularmente la Casa real de Bélgica. El abrumamiento de los negocios la hizo perder la razón.

Entre tanto aquí el ejército francés se disponía al reembarque: desocupaba las poblaciones, recogiendo las armas para que no se guarnecieran, y al salir, era reemplazado por las tropas republicanas, que avanzaban al corazón del país.

El Archiduque pensó en la abdicación y en la retirada.

Se trasladó á Orizaba y reunió allí sus Consejos de Ministros y de Estado: hubo diversas conferencias sobre el particular: pero sometiendo á la resolución de aquellos Cuerpos, determinó permanecer en el país y sostenerse con el ejército y los elementos que se crearan, entre tanto determinaba lo conveniente la Nación, representada legítimamente por un Congreso que se convocaría. Expidió en Orizaba el siguiente manifiesto:

"Mexicanos: Circunstancias de gran magnitud, con relación al bienestar de nuestra patria, las cuales tomaron mayor fuerza por desgracias domésticas, produjeron en nuestro ánimo la convicción de que debíamos devolveros el poder que Nos habíais confiado.

"Nuestros Consejos de Ministros y de Estado, por Nos convocados, opinaron que el bien de México exige aún Nuestra permanencia en el poder y hemos creído de Nuestro deber acceder á sus instancias anunciándoos á la vez, Nuestra intención de reunir un Congreso Nacional, bajo las bases más amplias y liberales en el cual tendrán participación todos los partidos, y éste determinará si el Imperio aún debe continuar en el futuro, y en caso afirmativo, ayudar á la formación de leyes vitales para la consolidación de las instituciones públicas del país. Con este fin Nuestros Consejos se ocupan actualmente en proponernos las medidas oportunas y se darán á la vez los pasos convenientes para que todos los partidos se presten á un arreglo bajo esa base.

"En el entretanto, mexicanos, contando con vosotros todos, sin exclusión de ningún color político, Nos esforzaremos en seguir con valor y constancia la obra de Regeneración que habéis confiado á vuestro compatriota.—*Maximiliano*.

"Orizaba, Diciembre 1^o de 1866."

Regresó á México y aún continuaron las conferencias; pero la resolución fué ya invariable. El Ministerio se cambió en sentido conservador.

El Mariscal pretendía á la fuerza que el Archiduque abdicara. Los últimos acontecimientos han venido á descubrir que aquel jefe ambicioso pretendía hacerse Dictador de México, para cuyo fin buscó el apoyo de los republicanos rojos.

Por fin el 5 de Febrero de 1867, la capital fué evacuada por los últimos restos del ejército francés, y el Archiduque quedó solo con el elemento mexicano y unos cuantos soldados austriacos.

Dos meses antes había comenzado á formarse el ejército mexicano, por el sistema de levass, único conocido en México, y que durante los cuatro años anteriores no se había puesto en práctica. La vanguardia de ese ejército estaba en Querétaro mandada por los Generales Miramón, Márquez y Mejía. Los dos primeros regresaron al país en los momentos en que el Archiduque trataba de abdicar. El Gobierno Imperial contaba entonces con sólo las capitales de México, Puebla, Veracruz, Querétaro, Yucatán y otras poblaciones de menor importancia. Lo demás lo ocupaba el Gobierno Republicano.

Decidida la defensa de Querétaro, el Archiduque salió de esta capital la mañana del 22 de Febrero, y al llegar á San Juan del Río tomó el mando del ejército defensor de Querétaro, adonde se acercaron todas las fuerzas republicanas poniendo cerco á la ciudad.

Falto ya de recursos y escaso de gente, envió al General Márquez por esos elementos á esta capital, fijándole término para su regreso; pero desentendiéndose este Jefe de aquella orden, quiso ir en auxilio de Puebla, sitiada también. En esta expedición desgraciada invirtió naturalmente tiempo, y por último sufrió un descalabro que apresuró el sitio de México. Puebla había ya sucumbido, y las fuerzas vencedoras salieron al encuentro del que iba en auxilio de los sitiados, envolviéndolo completamente y haciéndolo entrar desfavorido en esta capital.

Sitiado México, el regreso de Márquez no era ya imaginable. Entre tanto en Querétaro se carecía de todo, y eran vanos los esfuerzos que se hacían.

El Archiduque no descansaba. Infatigable siempre, acudía á los puntos de mayor peligro: todo lo miraba por sí; atendía á las necesidades de la tropa; su lecho era la dura jerga del soldado; su alimento el mismo de éste; su palacio el campamento; su regia tienda los terraplenes de la fortificación, donde velando cuidaba el sueño de los centinelas rendidos por la fatiga.

Por fin, el Archiduque resolvió la desocupación de Querétaro; pero un incidente bochornoso para México, hizo terminar aquella situación. D. Miguel López, jefe del punto de la Cruz, hombre de las confianzas del Archiduque, compadre suyo, condecorado y distinguido hasta lo infinito, entregó dicho punto á los republicanos, y con él la ciudad de Querétaro, la capital de México y la vida del Archiduque y sus Generales.

Esto fué la madrugada del 15 de Mayo de 1867.

Este aserto se encuentra comprobado en los siguientes partes publicados en el periódico oficial del Estado de Michoacán, correspondiente al 16 de Mayo. En vano López ha pretendido sincerarse de esta fea mancha. No ha podido lograrlo. He aquí los partes:

"Campo frente á Querétaro, Mayo 15 de 1867. — Señor Coronel D. Justo Mendoza. — Mi querido amigo: Ahora, que son las cinco de la mañana, acaba de caer en nuestro poder el punto llamado "de la Cruz" que es el más fuerte de la plaza. FUE ENTREGADO POR EL JEFE QUE LO DEFENDIA, con dos batallones que se rindieron á discreción; artillería, parque y cuantos pertrechos de guerra en él había. El Sr. Escobedo se ocupa de disponer lo conveniente, etc., etc."

"General en jefe. — Tengo la satisfacción de participar á Ud., que ahora, que son las cinco de la mañana, acaban de ocupar nuestras fuerzas el punto llamado la Cruz, el cual *fué entregado por el jefe que lo defendía*, con dos batallones que se rindieron á discreción. Se está recibiendo el parque y demás pertrechos de guerra que había en dicho punto, y disponiendo lo conveniente, etc., etc."

El nombre de López se ha borrado POR CAUSA DE INDIGNIDAD, de los libros de la Legión de Honor de Francia, á cuya Orden pertenecía como Caballero y como Oficial.

III

El 15 de Mayo, como va expuesto, fué ocupada Querétaro pacíficamente por las fuerzas republicanas, sin que precediera ningún hecho de armas. El Archiduque, rendido á la fatiga, dormía tranquilo en el convento de la Cruz, de donde pasó á pie y acompañado sólo de un oficial de órdenes al Cerro de las Campanas, atravesando con serenidad entre las tropas enemigas. Ya allí, se incorporó con sus Generales Mejía y Castillo. Salir de aquella situación, cuando sólo contaba con un puñado de hombres, no era posible; huir, no era decoroso para su raza, y mucho menos dejando comprometidos á los jefes que, como Miramón, le habían servido con entera fidelidad; Miramón había sido herido y no podía incorporársele; esto le causó profunda pena. Decidió, pues, quedarse y previno al oficial de órdenes que le acompañaba fuese á parlamentar con el General Escobedo bajo las siguientes bases: Que si era necesaria alguna víctima, esa fuera él; que los individuos de su ejército fueran tratados con todas las consideraciones que merecían por su lealtad y valor; que las personas de su servidumbre particular no fuesen molestadas en manera alguna.

La contestación del General fué categórica: no admitía más que la rendición. Momentos después el Archiduque bajaba del Cerro de las Campanas como prisionero de guerra. Fué conducido á una pequeña celda del convento de Capuchinas; y en el informe del Barón de Lago, que insertamos más adelante, se dan algunos pormenores de la prisión del Archiduque.

Desde luego nombró sus defensores á los señores licenciados D. Mariano Riva Palacio, D. Rafael Martínez de la Torre y D. Eulalio Ortega, de México, y á D. Jesús M^a. Vázquez, de Querétaro, haciendo llamar por el telégrafo á los tres primeros.

Vencidas las dificultades que se presentaban por el sitio que sufría México, pudieron al fin salir esos señores, y sin pérdida de tiempo se trasladaron á Querétaro. Largas é interesantes entrevistas tuvieron con el Príncipe prisionero, resultando de ellas que espontáneamente se prestaran los Sres. Riva Palacio y Martínez de la Torre á correr á San Luis para gestionar cerca del Gobierno constitucional la vida del Archiduque, amenazada desde que se determinó que fuera juzgado con arreglo á la ley de 25 de Enero de 1862. Los Sres. Ortega y Vázquez quedaban en Querétaro para adelantar en la defensa, caso de que aquéllos no lograran arrancar del Consejo de Guerra al prisionero.

El Archiduque presentó al General Escobedo un ocurso desconociendo razonadamente el tribunal que lo juzgaba y sus procedimientos.

Los defensores Vázquez y Ortega, en otro escrito más extenso y fundado, niegan también la competencia del Tribunal y lo inconstitucional de la ley de 25 de Enero. Pero los procedimientos continuaban.

Mientras tanto, en San Luis los Sres. Riva Palacio y Martínez de la Torre hacían poderosos esfuerzos en el mismo sentido: pero se estrellaban ante una "INFLEXIBILIDAD TERRIBLE." Perdida la esperanza de esa concesión, sus trabajos se limitaron á pretender el indulto. La ley de 25 de Enero es terminante: juzgado por ella el Archiduque, su condenación era inevitable. Por lo mismo, era preciso pensar ya en el indulto, y no perder el tiempo inútilmente.

Presentaron ocurso á este efecto, tuvieron dilatadas conferencias con el Presidente y sus Ministros, hicieron reflexiones sabias y prudentes. En la empresa los ayudaba el señor Barón de Magnus, quien expresó que "á nombre de toda Europa, si era necesario, podía solicitar el indulto del desgraciado Emperador Maximiliano," añadiendo lo interesante que era para la paz de México el indulto del Archiduque, y ofreció la intervención de su rey en lo que México pudiera necesitar para con los gobiernos de Europa. El señor de Magnus, representante de Prusia, habla también por el Austria, la Bélgica y la Italia.

El Gobierno ofreció resolver cuando se pronunciara la sentencia.

Entre tanto en Querétaro seguían sin descanso los procedimientos. El 13 y 14 de Junio se vió la causa en Consejo de Guerra ordinario, y quedó sentenciado á muerte el Archiduque. El 13 leyeron su defensa los abogados Vázquez y Ortega, el Archiduque no asistió al Consejo. Este se instaló en el Teatro Iturbide de aquella ciudad.

Llegó á San Luis la noticia de la sentencia, y nuevo escrito fué presentado por los defensores. Una multitud de personas de San Luis se asociaron á sus trabajos. Las señoras y los hombres, mexicanos y extranjeros hicieron sentidas exposiciones pidiendo indulgencia. El Gobierno tuvo mil empeños para el perdón, pero no otorgó esperanza alguna, repitiendo que la justicia y la conciencia pública resolverían lo que debiera hacerse cuando la sentencia fuera confirmada por el General en jefe.

Al saberse la confirmación, aún se presentó otro escrito, y la determinación fué: "que no podía accederse á lo solicitado por oponerse á ese acto de clemencia las más graves consideraciones de justicia y de necesidad de asegurar la paz de la Nación."

La ejecución debía tener lugar á las tres de la tarde del 16 de Junio, y ya confesado y comulgado el Archiduque, pronto á salir de la prisión para el lugar del suplicio, en compañía de los Generales Miramón y Mejía, se recibió un telegrama emplazándola para el día 19.

Las señoras de Querétaro pidieron también gracia, y los defensores de Mejía y Miramón pasaron violentamente á San Luis, en solicitud del perdón para sus defendidos. La esposa del segundo de dichos Generales también se trasladó allí pero no fué recibida por el señor Presidente.

Todas las gestiones que se hicieron fueron infructuosas, y así lo comunicaron los defensores á Querétaro, no sin hacer el último esfuerzo al despedirse de las personas que componían el Gobierno.

El 18 de Junio á la una y cincuenta minutos de la tarde, dirigió el Archiduque al Presidente el siguiente despacho:

"C. Benito Juárez:—Desearía se concediera conservar la vida á D. Miguel Miramón y á Don Tomás Mejía, que anteayer sufrieron todas las torturas y amarguras de la muerte, y que como manifesté al ser hecho prisionero, yo fuera la única víctima.—*Maximiliano.*"

No obtuvo contestación.

El 19 á las seis de la mañana salían de San Luis para Querétaro los Sres. Riva Palacio y Martínez de la Torre.

Ese mismo día, en Querétaro, llegaba un momento solemne. A las cuatro de la mañana comenzaron á desfilar los cuerpos á la sordina hacia el Cerro de las Campanas, donde se formó el cuadro de 4,000 bayonetas; que quedó concluído á las seis. A las seis y media salían los prisioneros, cada uno en un coche, del convento de Capuchinas, y caminaron al referido cerro con una guardia de dos batallones y un cuerpo de caballería. El coche del Príncipe iba delante, y lo seguían una multitud de vecinos con los sombreros en las manos. Al llegar á su destino se publicó por el Mayor General un bando imponiendo la pena de muerte al que pidiera el indulto de los sentenciados. Estos se apearon de los coches, y con paso firme y sereno se dirigieron al sitio fatal, sin vendar los ojos. Se formaron en batalla, el Archiduque á la izquierda, Miramón en el centro y Mejía á la derecha. Antes de morir, el Príncipe encargó que le apuntaran al pecho, y dió á cada uno de los soldados encargados de dispararle una águila mexicana, moneda de oro de á veinte pesos. Abrazó á sus compañeros de infortunio, y dijo con voz sonora: "VOY A MORIR POR UNA CAUSA JUSTA, LA DE LA INDEPENDENCIA Y LIBERTAD DE MÉXICO. ¡QUE MI SANGRE SELLE LAS DESGRACIAS DE MI NUEVA PATRIA! ¡VIVA MÉXICO!"

Dícese que su alocución de despedida fué la siguiente, aunque hay más motivos para creer en la anterior:

"¡MEXICANOS! LAS PERSONAS DE MI CLASE Y ORIGEN SON NOMBRADAS POR DIOS, O PARA LA FELICIDAD DE LOS PUEBLOS O PARA SER MARTIRES. LLAMADO POR PARTE DE VOSOTROS, VINE PARA EL BIEN DEL PAIS; NO VINE POR AMBICION: VINE ANIMADO DE LOS MEJORES DESEOS PARA EL PORVENIR DE MI PATRIA ADOPTIVA, POR EL DE LOS VALIENTES A QUIENES ANTES DE MORIR AGRADEZCO SUS SACRIFICIOS. ¡MEXICANOS! QUE MI SANGRE SEA LA ULTIMA QUE SE DERRAME, Y QUE ELLA REGENERE ESTE DESGRACIADO PAIS."

Una descarga de fusilería hizo caer á los tres, y ya en tierra recibieron otros disparos para acabar de morir. El vecindario de Querétaro estaba consternado. Algunos pañuelos recogían la sangre que quedó en el lugar del patíbulo. El duelo era general.

La idea de la muerte no acobardó al Archiduque, y los tres días de prórroga que hubo para la ejecución de la sentencia, los aprovechó en el arreglo de sus negocios y en la disposición de su alma como cristiano. No perdió su afabilidad, ni desmintió por un momento la grandeza de su espíritu y de su raza.

No se sabe con qué propósito se hizo correr la voz de que la Archiduquesa su esposa había muerto. Recibió resignado la noticia, y lloró abundantes lágrimas; pero repuesto de su primitivo dolor, exclamó: "La mano de Dios me manda este lenitivo en mi desgracia; esto me da más valor para despedirme del mundo."

El Barón de Magnus lo acompañó hasta sus últimos momentos.

El día anterior al de su muerte escribió á cada uno de sus defensores una afectuosa carta de despedida, manifestándoles á la vez lo reconocido que les estaba por sus muy buenos servicios, y acompañándoles copia autorizada de la siguiente carta que envió á su título:

"Sr. D. Benito Juárez.— Querétaro, Junio 19 de 1867. Próximo á recibir la muerte, á consecuencia de haber querido hacer la prueba de si nuevas instituciones políticas lograban poner término á la sangrienta guerra civil que ha destrozado desde hace tantos años este desgraciado país, perderé con gusto mi vida si su sacrificio puede contribuir á la paz y prosperidad de mi nueva patria. Intimamente persuadido de que nada sólido puede fundarse sobre un terreno em-

papado de sangre y agitado por violentas conmociones, yo conjuro á Ud. de la manera más solemne y con la sinceridad propia de los momentos en que me hallo, para que mi sangre sea la última que se derrame, y para que la misma perseverancia, que me complacía en reconocer y estimar en medio de la prosperidad, con que ha defendido Ud. la causa que acaba de triunfar, la consagre á la más noble tarea de reconciliar los ánimos, y de fundar de una manera estable y duradera la paz y tranquilidad de este país infortunado —*Maximiliano.*”

IV

El Consejo de Guerra que decidió de la vida del Archiduque, estaba compuesto de la manera siguiente:

PRESIDENTE: Teniente Coronel Platón Sánchez. VOCALES: Comandantes de batallón, Capitanes José Vicente Ramírez, Emilio Lojero, y Capitanes Ignacio Juan Rueda y Anza, José Verástegui y Lucas Villagrán. FISCAL: Licenciado Teniente Coronel Manuel Azpíroz. ASESOR: Lic. Joaquín M. Escoto. DEFENSORES: CC. Licenciados Mariano Riva Palacio, Rafael Martínez de la Torre, Jesús María Vázquez y Eulalio María Ortega.

La defensa leída en el Consejo el día 13, comprendía toda la didáctica legal aplicable al caso. Se insistía sobre la no competencia del jurado, sobre la mala aplicación de la ley, sobre lo inconstitucional de ésta, y, sobre todo, se argumentó fuertemente al fiscal sobre la irregularidad en los procedimientos del proceso, demarcando la falta de testigos, de documentos y de piezas justificativas. Lo perentorio de los plazos para la defensa, decían los encargados de ella, es tal, que ésta tiene que ser incompleta. Una causa como la que aquí se debate abarca puntos tan amplios, tan vastos de derecho internacional, históricos y políticos, de tal gravedad, que cuarenta y ocho horas que se conceden, no bastan para la ampliación de los descargos: que jamás debe inhabilitarse al acusado de todos los medios de defensa, y tanto más cuando en el caso presente es á toda luz inconcuso que la naturaleza del negocio exige se registren archivos, se compulsen expedientes y se proceda en todo con la calma y meditación que son necesarias para dejar bien puesto el nombre de la República ante el mundo entero, que aguarda con ansia la solución de este gran drama social. Y se adujeron textos, y leyes y argumentos, cuantos daba aquella tela del foro.

La defensa puesta al fin en la posición de forzada, cuando los abogados dijeron que podían pero que no querían callar ante la incompetencia del Consejo y de la ley, entraron en la parte personal del prisionero, y el C. Ortega, que era entonces quien hablaba, dijo al C. fiscal que contestaba á los cargos que sólo existían en su cabeza, y á otros que no estaban comprobados con testificación alguna, pero que contestaba. Y recorrió la historia de la venida á México del Archiduque, de la manera siguiente, contestando al cargo que se le hace de usurpador:

Estando en Miramar, recibió una comisión de mexicanos, presentados por un alto personaje de la corte de su hermano, que iban á ofrecerle la corona de México. Se negó á aceptar hasta no conocer la voluntad del país. Entre tanto, en éste se consumaba la ocupación por los franceses, y bajo la presión de las bayonetas se reunió la Junta de Notables; la que votó por la creación de un Imperio, el cual ocuparía el Archiduque, y bajo su influencia se levantaron también actas de adhesión por el Imperio en infinitas municipalidades. Estas actas se remitieron al electo, quien, vacilante aún, consultó con los jurisconsultos ingleses, y el Colegio de Londres declaró que era la voluntad nacional su elección para el Imperio. Los hombres de ley de Inglaterra y el candidato desconocían completamente cómo se improvisa por un vencedor en México esa farsa de unanimidad por las pandillas del partido triunfante. Maximiliano aceptó no creyéndose usurpador, sino el legítimo soberano; y más se confirmó al ver que era recibido en un país á donde llegaba solo, sin ejército, y acompañado nada más que de su familia, con todo género de ovaciones en su tránsito de Veracruz á México, y las poblaciones que visitó después en el interior del país.

Rechazó Ortega el cargo de estar Maximiliano tutelado por los franceses, diciendo que el Archiduque desde los convenios de Miramar se puso en pugna con ellos: allí solicitaba la Francia tomarse la Sonora y Maximiliano se negó, hasta borrar el artículo que contenía esa pretensión. Constantemente atenuaba las exigencias de los jefes franceses, y su lucha intestina se prolongó hasta su retirada.

Cuando Maximiliano comenzó á sentir los síntomas primeros de descontento general, se alejó del centro de los negocios, y en Orizaba y en Cuernavaca llamaba á sus consejeros para consultarles sobre la legitimidad de su elección, sobre la voluntad nacional, y éstos siempre le retrataron al país enteramente adicto á su Soberano.

Y con suma energía, el defensor que hablaba desechó la acusación de sanguinario que se arrojaba sobre el prisionero. La ley de 3 de Octubre, dijo, la dió cuando lo engañaron asegurándole que el C. Presidente había abandonado el territorio mexicano; y uno de los artículos de esa ley fué dictado por el jefe francés. Más aún, dijo el orador, esa ley se dictó *ad terrorem*, pues jamás se le pidió gracia de indulto que no concediera, y aun tenía prevenido que cualquiera que fuese la hora en que llegara una petición, de gracia de la vida, se le diera parte, sin respetar ni su sueño ni su trabajo, y así se hacía.

Por último, insistía el defensor sobre lo inconstitucional de la ley de 25 de Enero de 1862, sobre lo que pugna con los principios primordiales del gran partido liberal y del derecho común á todos los pueblos, puesto que hace PARTE AL JUEZ desde el momento en que pone al vencido á ser juzgado por el vencedor. Y terminó interpellando á los vocales en nombre de la civilización, en nombre de la historia que ha de juzgar los hechos terribles de hoy, y encarga á los defensores de la segunda independencia de México, salven el buen nombre de éste ante los ojos de los pueblos venideros, que siempre aplaudirán que se corone la más grande de las victorias con el más grande de los perdones.

Aquí terminó el defensor la lectura de esa pieza clásica de elocuencia y se suspendió la sesión para el siguiente día.

Al día siguiente se abrió la sesión leyendo el fiscal su pedimento, aglomerando los cargos ya hechos sobre los acusados. Cuanto el proceso contenía, el ciudadano fiscal lo apoyó con las mismas publicaciones oficiales del gobierno llamado imperial; el Sr. Azpíroz reunía á una notoria habilidad de estilo, una energía digna, solemne y que dejaba entrever cuál sería el resultado final de sus considerandos. Entre las acusaciones formuladas, se encontraba contra Maximiliano la terrible inculpación de haber intentado prolongar la guerra con su célebre decreto del 11 de Marzo último, que erigía una regencia para el caso muy probable de su muerte en alguna de las batallas que iban á darse.

El C. Vázquez y el C. Ortega tomaron sucesivamente la palabra.

El primero de estos señores rebatió los cargos del pedimento muy detenidamente, y terminó con estas notables palabras dirigidas al jurado: "Si condenáis á muerte al Archiduque, no me espanta la coalición de la Europa, ni el amago de los Estados Unidos que pueden desatarse contra la República; tengo confianza en las armas triunfantes del ejército liberal que ha arrancado su suelo de las garras de la Francia. Pero temo á la reprobación universal, que caerá como un anatema sobre nuestra Patria, más que por la sentencia misma, por la nulidad de las fórmulas del proceso."

El Sr. Ortega protestó contra la irregularidad del procedimiento, recordando que en todo derecho, que en toda ley, está mandado que el pedimento fiscal se lea primero que las defensas, porque las últimas palabras que deben oír los jueces son las del acusado. E inculpó al ciudadano fiscal que su pedimento se formara contestando á las razones expuestas por los defensores, lo cual indicaba un trabajo hecho *á posteriori* y en vista de los datos que las defensas ministraban, lo cual ataca no sólo las fórmulas legales sino la naturaleza de las cosas. Reprochaba al fiscal haber agregado á su pedimento piezas justificativas que no se habían leído en el proceso, lo cual, además de probar que el fiscal se había aprovechado de la suspensión de la sesión pública del Con-

sejo en la noche anterior para perfeccionar su trabajo de acusación, tomando armas que le indicaron faltarle las mismas defensas, era contra toda ley querer resolver una cuestión de vida ó de muerte por el juicio propio y no por los datos que ministraba el proceso.

“En cuanto á la acusación que se hace al Archiduque —dijo con fuego el defensor— sobre haber intentado prolongar la guerra, organizando una Regencia para el caso de su muerte, yo afirmo que existe una abdicación de Maximiliano, hecha en el Cerro de las Campanas, por mi honor lo aseguro, y conmigo puede hacerlo también, por su honor, el liberal sin tacha D. Mariano Riva Palacio: en esa abdicación no consta el nombramiento de una Regencia.”

Acerca del art. 28, que citaba el ciudadano fiscal para disculpar la falta de citas, testimonios y documentos en la causa, todos los defensores contestaron, con diferentes palabras, que no eran los tiempos de la Inquisición, en que sólo se cubría una fórmula; que jamás supondrían, como podría deducirse de ese aserto del Sr. Azpíroz, que aquel respetable jurado, cuyos vocales jóvenes, valientes y dignos soldados de la República, se habían reunido á condenar, no á sentenciar, y, por último, que jamás hacían la mortal ofensa á tan respetables jueces, de creer que iban á hacer una farsa de juicio bajo una consigna, y no á proceder bajo el dictado de su conciencia. Ellos, los defensores, rechazaban esa idea ofensiva para los valientes jefes que componían el Consejo, y que sólo se había engendrado con la extraña argumentación del señor fiscal.

Y uno de los defensores, creemos recordar que el Sr. Vega, preguntó al señor fiscal en virtud de qué facultades se abrogaba la de no obedecer la orden del Gobierno, que le mandaba se procediera conforme á los artículos comprendidos en la ley de 25 de Enero, del sexto al undécimo inclusive, suprimiendo los restantes y entre ellos el artículo 28.

El Sr. Ortega hizo más: leyó los artículos de la Ordenanza, cuya infracción hacía notar.

Después de explanar el Sr. Jáuregui la defensa, el Sr. Moreno presentó una protesta, formulada en tres proposiciones y reducida á protestar enérgicamente contra la inserción de las piezas justificativas agregadas posteriormente al proceso, cuando éste había ya terminado, cuando se puso en estado de defensa; tanto más, cuanto que el fiscal fué advertido oportunamente por los defensores.

Sin más incidente se dieron por terminadas las defensas, y cerrándose la sesión pública, se abrió la secreta para sentenciar.

En la noche, cerca de las diez, se disolvió el Consejo, después de pronunciar su terrible sentencia.

En el interesante MEMORÁNDUM publicado por los Sres. Riva Palacio y Martínez de la Torre, encontramos, entre otros muchos, los siguientes conceptos expresados por boca del Archiduque y dados como puntos para su defensa: son dignos de figurar en estos apuntes:

“Siento en mi alma que mi muerte vaya á causar á la República algunos días de pena. Mi vida no sería nunca nociva al país por cuya felicidad hago mil votos.” “Se me ha acusado de un crimen que se quiere identificar ó hacerlo parecido, al menos, al delito de traición á la patria, y sólo se me puede juzgar por mi conducta práctica y las disposiciones que dicté.” “La persona del Sr. Juárez no encontrará una sola especie, en la multitud de leyes y decretos promulgados, que lastime su reputación. Creí siempre que era honrosa la constancia de sus esfuerzos.”

Recordó los términos del juramento que prestó en Miramar el 10 de Abril de 1864, al aceptar la corona. Fueron éstos:

“Yo, Maximiliano, Emperador de México, juro á Dios por los Santos Evangelios, procurar por todos los medios que estén á mi alcance, el bienestar y prosperidad de la Nación, defender su independencia y conservar la integridad de su territorio.”

Faltaríamos á un deber de conciencia, si terminando estos rápidos apuntes no tributáramos un homenaje de gratitud á los Sres. D. Mariano Riva Palacio y D. Rafael Martínez de

la Torre, D. Eulalio Ortega y D. Jesús María Vázquez, verdaderas lumbreras del foro mexicano, apóstoles de la saludable idea de la extinción de la pena de muerte. Los heroicos esfuerzos que en todos sentidos hicieron por salvar la vida del infortunado Príncipe Maximiliano los eleva aún más en la estimación de todos los corazones. Al pretender arrancar del patíbulo una víctima, no sólo eran alentados por la idea generosa de la fraternidad; cuidaban del buen nombre de México, querían evitar los desahogos de la prensa extranjera, pretendían que la Nación se conservara á la altura á que está llamada por la Providencia. Republicanos de corazón y por principios, intransigentes en sus opiniones, cuando la multitud y otros hombres pensadores como ellos, se asociaban al Archiduque para la consumación de su obra, ellos supieron rehusar la alta posición á que eran llamados; en la adversidad del Príncipe le manifestaron la nobleza de sus corazones. Los dos primeros en San Luis no perdonaron medio ninguno para llenar la misión que se les confiara: actividad, energía, valor, todo lo desplegaron sin perdonar medio ninguno. Los otros dos en Querétaro, ante el Consejo, no desmintieron el valor de sus compañeros. Sus defensas honrarán siempre á México y á los que las firman.

El MEMORÁNDUM publicado por los Sres. Riva Palacio y Martínez de la Torre, de todo lo ocurrido en San Luis y Querétaro del 9 al 19 de Junio de 1867, es una obra llena de interés que revela con minuciosidad circunstancias que han sido desconocidas hasta hoy y cuyo relato verídico y sincero será visto con el aprecio merecido por nosotros y principalmente por la Europa, que al tratar de este negocio siempre dará la peor parte á México.

Octubre de 1867.

INFORME DIRIGIDO POR MR. LAGO, REPRESENTANTE DE AUSTRIA EN MEXICO,
AL GOBIERNO AUSTRIACO

México, 30 de Mayo de 1867. — Hasta ayer estábamos en incertidumbre sobre la suerte del Emperador. Mientras por un lado aseguraban los liberales que había caído prisionero en Querétaro, los diarios del Gobierno anunciaban, por el contrario, que según informes seguros, S. M. llegaría en breve con su ejército bajo los muros de la capital.

Pero ayer tarde el Ministro Residente de Prusia, Barón Magnus, recibió un telegrama del Emperador, fechado en Querétaro y que los liberales dejaron pasar. Este telegrama invitaba á aquel diplomático á dirigirse inmediatamente á Querétaro, con los abogados D. Mariano Riva Palacio y Martínez de la Torre, escogidos por el Emperador como sus defensores, y para llevarle los documentos que creía necesarios para la defensa de su causa.

Resulta, pues, de este hecho y de otras noticias llegadas en la noche, que Querétaro ha sido tomado por traición en la mañana del 15 de Mayo, y que S. M. con todos sus Generales y tropa, está en poder del enemigo. Por lo demás, se me asegura por el lado liberal, que el Emperador está siendo tratado por los vencedores, con los mayores miramientos en su calidad de Archiduque de Austria.

El jefe republicano Aureliano Rivera, á quien el Emperador se rindió en el cerro de las Campanas, se apeó de su caballo al percibir al Emperador; le saludó militarmente con la espada, y rehusó aceptar la de su prisionero imperial. Según lo que se me refiere, S. M. fué vuelto á conducir con una escolta con música á la cabeza, al convento de la Cruz, que le había servido de cuartel general durante el sitio, cuyos aposentos, muy deteriorados después de los últimos asaltos, habían sido reparados en lo posible. Se le dejaron también al Emperador dos de sus edecanes para su servicio; y según se refiere, aun le han dado libertad para circular en el interior de la ciudad.

El Emperador ha hecho regalo al General Riva Palacio, que se apoderó en la noche del cerro de la Cruz, de su caballo y de una silla mexicana ricamente adornada; y este jefe, en una carta dirigida á su esposa, no deja de mencionar con reconocimiento este regalo. Se me refiere, además, que el Emperador, con su afabilidad y franqueza, se ha ganado completamente á los jefes disi-

dentes reunidos en Querétaro, y que les ha anunciado inmediatamente que les comunicaría documentos importantes.

Sé que S. M. será puesto á disposición de un Consejo de Guerra de siete miembros. Los liberales de México consideran como un mal presagio el someter al Emperador á un procedimiento militar en lugar de traerlo, como se creía, á Guadalupe ó á México, para ponerle ante una Convención Nacional. Sin embargo, muchos de los hombres más notables de este partido han expresado la convicción de que el Emperador podría ser condenado por la forma, pero que según todas las previsiones racionales, será inmediatamente indultado por D. Benito Juárez, y conducido á la frontera con todos los miramientos debidos á su rango.

Se me asegura confidencialmente, por buen conducto, que después de haber sido hecho prisionero el Emperador, ha declarado, que previendo tal eventualidad, había firmado su abdicación, y había depositado este documento en manos del Presidente del Consejo y antiguo Ministro el Sr. Lacunza, en México. Pero este último niega estar en posesión de tal documento. No puedo, por falta de tiempo, procurarme informes positivos sobre el particular.

Por lo que mira á la elección de los dos abogados designados por el Emperador, se considera la del Lic. Riva Palacio, padre del General de este nombre, y como él persona de un liberalismo honroso, como muy acertada bajo el aspecto político y bajo el punto de vista de la prudencia. El Sr. Martínez de la Torre tiene asimismo la reputación de un jurisconsulto distinguido, y sobre todo, un excelente orador. En contra, sus antecedentes políticos y su versatilidad no lo recomiendan mucho en el campo liberal.

El Ministro residente de Prusia, Mr. Magnus, al cual se dirige el telegrama imperial, había sido consultado muy á menudo por el Emperador, en los graves negocios de Estado, especialmente á virtud de sus relaciones, que después ha dado lugar á una ruptura completa con el padre Fischer. El es quien principalmente, de acuerdo con el General Márquez y el padre Fischer, el Ministro Lacunza y otros, había decidido al Emperador á quedarse en México después de la salida de los franceses. Mr. Magnus es el único entre todos sus colegas, que se ha pronunciado en favor de la expedición del Emperador á Querétaro.

Estos hechos, y la circunstancia de que la legación de Prusia, que de todas las misiones acreditadas aquí, es la menos comprometida bajo el aspecto político, habrán sin duda decidido al Emperador á confiar á Mr. Magnus la misión importante de que he hecho mérito: aunque en otras circunstancias la legación imperial hubiera podido ver en este hecho una ofensa, no puedo, en interés de la causa común y de la persona del Emperador, quejarme en la situación actual de una preterición cualquiera, y deseo que Mr. Magnus corresponda completamente á la confianza que se pone en él.

Habiendo adquirido desde hace algún tiempo la certidumbre sobre la prisión del Emperador, había decidido desde hace algunos días salir de México, y trasladarme á Querétaro para poner mis humildes servicios personales á disposición del hermano de mi augusto Soberano en todo lo que se me permitiera. Recibí hace tres días, y no sin dificultades, los salvoconductos para el paso por la garita, y me proponía partir hoy. Con todo, en vista del telegrama de que he hablado, he creído deber diferir mi viaje para mañana, para emplear el día en recoger los informes que acabo de exponer.

Mañana procuraré salir de México, cosa que no puede hacerse sin peligro, porque á menudo tiran de los dos lados, de modo que no dejan salir de la ciudad ni carruajes ni caballos. Yendo acompañado con un liberal amigo mío y hombre muy influente, espero obtener por su medio, del General Porfirio Díaz, los pasaportes para dirigirme á Querétaro por la vía de Toluca, aunque mi calidad de representante de Austria es para mí una mediana recomendación. Creo terminar el viaje en tres ó cuatro días.

No teniendo ya la legación imperial que tratar negocios del servicio después de la ruptura de relaciones diplomáticas con el Gobierno del Lugarteniente imperial en México, y encontrándome en la imposibilidad de ofrecer eventualmente la menor protección á los nacionales austriacos.

cos, no dudaré, después de haber puesto en seguridad los archivos, en hacerme acompañar á Querétaro por el attaché de la legación, Mr. de Tavera, en donde creo tener gran necesidad de él, en el caso, sobre todo, de que tenga yo que enviar un correo á México ó á Puebla.

A mi llegada á Querétaro trataré de presentarme inmediatamente al Emperador y de recibir sus instrucciones eventuales. Ignoro cómo me será posible hacer llegar á Veracruz mis informes ordinarios; pero se me dice que del lado de los liberales no se opondrá obstáculo al despacho de la correspondencia que se refiere á S. M. el Emperador.

Me pondré en relación muy estrecha con Mr. Magnus y los defensores de S. M., y no tengo necesidad de asegurar á V. E. que haré, en la medida de mis débiles esfuerzos, todo lo que pueda para ser útil al Emperador. Previendo CIERTAS EVENTUALIDADES, llevaré cartas de crédito por una suma muy considerable.

El Embajador francés, Mr. Dano, que comienza á inquietarse por la suerte de la Embajada francesa, en el caso de la entrada de las fuerzas liberales, y que en efecto, con dificultad logrará dejar la ciudad sin ser inquietado, nos hace acompañar por el Cónsul que fué de Mazatlán, que se encuentra aquí. El embajador español Marqués de la Rivera, que había pedido hace algunos días sus pasaportes, ha dejado á México á consecuencia de haberse retirado sin justificación el *exequatur* del cónsul español en esta ciudad: irá también probablemente á Querétaro, si no es que ha partido ya en esta dirección.

Al momento de cerrar esta carta, sé que no se ha decidido todavía si el Emperador, en vez de comparecer ante el tribunal militar de que he hablado, será juzgado por la Corte Suprema de Justicia. Esto podrá ser considerado como una eventualidad muy probable para el Emperador. Sólo que en tal caso, y conforme á los usos del indicado tribunal, el proceso podría durar mucho tiempo, mientras que en la otra hipótesis todo podría quedar concluido en dos ó tres semanas.

A pesar de las noticias ya positivas de Querétaro, el General Márquez parece resuelto á seguir defendiendo la capital, porque sabe que no puede esperar gracia de los vencedores. Sería, pues, necesario que aguardase un asalto con la esperanza de salvarse A LA MANERA MEXICANA, en la confusión del combate; pero esta vez lo logrará con dificultad.

El General Tabera, jefe de la plaza, parece desear que se ahorre la efusión de sangre; y como reina ya una hambre positiva, sobre todo en las clases necesitadas, pues que el pan, la carne y los comestibles faltan completamente, parece dispuesto á entregar la ciudad. Dentro de poco, pues, no faltarán en la guarnición elementos de discordia.

A los oficiales austriacos les he dado el consejo de que por su interés y el de sus soldados, obedezcan las órdenes del General Tabera, tanto más, cuanto que una resistencia prolongada podría perjudicar á S. M. Parecen, por otra parte, resueltos á no degradarse hasta el punto de servir de guardias de corps á Márquez; pero desean ante todo, recibir una orden directa del Emperador que les liberte de sus juramentos.

En caso de que mi ausencia de México se prolongue, tendré cuidado de hacer llegar á V. E. noticias directas por medio del consulado alemán de esta capital.—Aceptad, etc.—Lago.

P. S.—31 de Mayo en la noche.—Acabo de recibir una carta de un negociante alemán de Querétaro, diciendo que ha recibido en secreto, del Emperador, el encargo de llamarme á su lado sin demora. Al mismo tiempo me hace saber que S. M. ha sido sujeto á un Consejo de Guerra presidido por un simple Coronel. Es tiempo, pues, de que nosotros y los defensores nombrados por el Emperador marchemos á nuestro destino. Con todo, por parte de los Lugartenientes del Emperador y de los otros Generales imperialistas, se ponen toda clase de obstáculos para nuestra marcha. Creo, sin embargo, poder realizarla mañana por la mañana. —Lago.

CARTA DIRIGIDA POR MR. LAGO, REPRESENTANTE DE AUSTRIA EN MEXICO,
AL GOBIERNO AUSTRIACO

México, 23 de Junio de 1867.

Me prometo que V. E. habrá recibido mi carta del 30 del mes último y me permito dirigirle una relación abreviada de los sucesos que han sobrevenido después, en tanto que el tiempo y las circunstancias me lo permitan, reservándome dar más tarde comunicaciones más detalladas.

No obstante los obstáculos que el Teniente General Márquez opuso á mi marcha, pude salir de México el 31 del mes último, por el canal de Chalco, y al cabo de un viaje de tres días llegué á Querétaro en la noche del 3 de Junio. Al punto fuí á la prisión del convento de Capuchinas donde hallé á S. M. en la cama, enfermo de cuerpo (disentería), pero sano de ánimo y valerosamente resignado. Centenares de soldados estaban tendidos en las escaleras y corredores que era preciso atravesar para llegar á S. M., de modo que había que pasar forzosamente por encima de ellos.

El cuarto era una celdilla que se hallaba al extremo de un corredor, en el primer piso, de unos diez pasos de largo, sobre tres de ancho, y no contenía otra cosa que una cama de campaña, un armario, dos mesas, un sillón y cuatro sillas de paja. El suelo era de toscos ladrillos, y había una puerta y una ventana que daban á un corredor. Delante de la puerta se encontraba un centinela, y delante de la ventana estaba tendido un oficial en un jergón. Por la noche, un General y tres Coroneles hacían centinela, con el revólver en la mano, delante del cuarto imperial. Los dos Generales imperiales Miramón y Mejía, estaban detenidos en dos celdillas vecinas de la del Emperador, y tenían la facultad de conversar libremente con su Soberano. No lejos de allí, se encontraban, mas no como prisioneros, el Dr. Basch, médico particular de Maximiliano, y dos sirvientes europeos.

Desde que llegué tuve casi cada día entrevista de muchas horas con S. M.; ve también muy á menudo á mis colegas, que igualmente han llegado á Querétaro, el Ministro residente de Prusia, el Encargado de Negocios belgas, M. P. Harricks y el Encargado de Negocios italianos, señor Curtopassi, mostrándose con todos no menos amable. En el intervalo habíamos adquirido, en razón al giro grave y desesperado de las cosas, la convicción de que los abogados, Riva Palacio y Martínez de la Torre, venidos de México, obrarían en San Luis, centro del Gobierno republicano, y, por consiguiente, el lugar en donde se tomaría la decisión definitiva, con más eficacia en interés de la causa de Maximiliano, que en Querétaro, donde debían permanecer los otros dos abogados, Ortega y Vázquez.

Poco tiempo después de la llegada de los dos primeros abogados á San Luis, nos decían por telégrafo que sus esfuerzos habían fracasado completamente, y que se habían negado á pronunciar, como ellos pedían, la incompetencia del tribunal destinado á juzgar al Emperador. Este tribunal se componía de seis capitanes, y era su presidente un Teniente Coronel. Los abogados habían propuesto que la causa fuese fallada por un Consejo de Guerra compuesto de Generales ó por el Congreso General. A consecuencia de las desconsoladoras noticias que nos enviaron los abogados aquel mismo día por la estafeta de San Luis, Mr. de Magnus, representante de la Prusia, partió inmediatamente para aquella ciudad para intentar allí un postrer esfuerzo con la mira de alcanzar mejor resultado, ó para obtener al menos una suspensión del procedimiento judicial.

Para no descuidar nada por mi parte, de cuanto podía ser útil al desdichado prisionero, me ofrecí, aun cuando no hubiese sido llamado á San Luis por el telégrafo, á acompañar á mi colega prusiano, tanto más cuanto que el canciller de éste se hallaba en Querétaro enfermo de bastante gravedad. Sólo en virtud de la declaración solemne hecha, pues, por los dos abogados que se habían quedado y demás colegas, de que la presencia de un representante austriaco en San

Luis no podría menos de perjudicar á la causa del Emperador, renuncié al proyecto de ir, por lo cual S. M. me dió las gracias vivamente aquella misma tarde, puesto que necesitaba de mí en Querétaro. El Emperador no fundaba esperanza alguna en las negociaciones entabladas en San Luis, y no esperaba con razón, como se ha visto después, absolutamente nada de allí en lo que tocaba á su vida y honra.

El 12 y el 13 comenzó el proceso en el teatro de la ciudad. El Consejo de Guerra se hallaba, como los acusados, en el escenario, y el auditorio en las lunetas y los palcos; el teatro estaba poco alumbrado.

Como S. M. á causa de su enfermedad, pero principalmente por un sentimiento de honor herido, no quiso presentarse de ningún modo en lugar semejante, á menos que empleasen la fuerza, suspendieron el procedimiento respecto de su persona, y comenzaron por los Generales Miramón y Mejía, que en efecto tuvieron que presentarse en el escenario.

Por fin, en la mañana del 14 comenzó la defensa de los abogados imperiales, después que hubieron probado que el proceso podía tener lugar y pronunciarse el fallo legalmente, sin que el acusado compareciese en persona ante sus jueces. Más tarde podré dar cuenta con más pormenores á V. E. de los trece puntos de acusación y de la defensa. Además de la usurpación del poder supremo, la guerra civil, etc., el punto que figura en primera fila en la acusación, es la sanción dada á la ley del 3 de Octubre de 1864, en cuya virtud, según afirman notabilidades liberales, han sido ejecutadas cuarenta mil personas en el país.

El 14 á las nueve de la mañana, un ayudante del General Escobedo vino á buscarnos á M. M. Harricks, Curtopassi, Forest (antiguo cónsul de Francia en Mazatlán y encargado de poderes confidenciales del embajador de Francia) y á mí, y nos llevó al cuartel general, donde se nos dió orden de salir de Querétaro dentro de dos horas. Apenas tuvimos tiempo de comunicar á S. M. esta medida, y de arreglar nuestros efectos, cuando llegó una segunda orden para que saliésemos inmediatamente. Un cuarto de hora después, una diligencia preparada para nosotros nos sacaba de Querétaro. El ayudante nos dió un pasaporte para Cuautitlán y Tacubaya, y nos declaró en nombre del General Escobedo, que si no salíamos al instante de Querétaro ó si volvíamos antes de siete ú ocho días, nos costaría la vida.

Después de un penoso viaje, el 16 por la tarde llegamos á Tacubaya, donde supimos que el General Márquez no pensaba en rendir la ciudad, sino que continuaba despojando y torturando á los habitantes del modo más descarado, en tanto que anunciaba oficialmente que el Emperador había alcanzado brillantes victorias y que debía llegar de un día á otro.

En la capital había hecho el hambre progresos espantosos; una tercera parte de la población había huído á los puntos ocupados por los liberales, donde reinaba una miseria inmensa, donde horribles epidemias comenzaban á ejercer destrozos.

En el campo de los liberales, la exasperación contra el General Márquez, contra los demás Generales imperiales y contra los oficiales y soldados extranjeros que servían bajo sus órdenes, había llegado al colmo, en atención á que era imposible admitir que pudiesen aún estar en duda sobre la suerte del Emperador. Así es que les reprochaban que querían continuar la efusión de sangre inútilmente y sin esperanza de triunfo, por pura pasión y obstinación. Todos los oficiales superiores mexicanos y europeos se hallaban, pues, en la lista de los que debían ser ejecutados después de la toma de México.

Por otra parte, S. M. el Emperador me había designado á mí, lo mismo que á mis colegas, al General Márquez como el mayor traidor, que después que había salido de Querétaro había obrado siempre de un modo directamente opuesto á las instrucciones que había recibido del Emperador. Así, el Emperador me dijo que el General Márquez no había estado nunca autorizado para ponerse en marcha sobre Puebla, sino que había recibido orden de pasar, con la guarnición de México y las sumas depositadas en esta ciudad á Querétaro, en donde habría ofrecido entonces al ejército principal de los liberales una batalla decisiva, cuyo resultado le habría sido ciertamente favorable.

Cuando hubieron esperado vanamente durante algunas semanas el regreso del General Márquez, tomaron la resolución, al cabo de numerosos combates, siempre felices contra el ejército sitiador seis veces más numeroso, de abandonar á Querétaro y marchar sobre México. Debían partir el 15 por la mañana, mas á las tres de la madrugada el traidor López, hasta entonces un gran favorito del Emperador, y comandante del convento fortificado de la Cruz, había introducido al enemigo en este punto que domina todo Querétaro. El mismo Emperador me contó, que con la intención de reunir allí á sus tropas, pasó á la colina bien fortificada del Cerro de las Campanas que se halla al Oeste de la ciudad.

Allí habría esperado al General Miramón; pero en el intervalo, éste había recibido una fuerte herida en el rostro y había sido hecho prisionero. Así pasó sin ningún provecho el tiempo precioso que habría podido utilizarse para abrirse un camino y para huir. Cuando supo el Emperador la suerte de Miramón, ya no era posible pensar en la fuga.

La mayor parte de las tropas imperiales que durante el sitio se habían mostrado tan valientes y fieles, habían sido sorprendidas y se hallaban prisioneras y dispersas. Hasta el General Mejía aconsejó al Emperador que se rindiera, puesto que las columnas enemigas de asalto se acercaban por todas partes, sufriendo un fuego terrible de metralla.

El Emperador tomó entonces él mismo la bandera blanca y se rindió al General Riva Palacio, hijo de su abogado actual. Cuatro días antes el Coronel López, el traidor, había ido al cuartel general de Escobedo y había ofrecido su traición por dos mil onzas de oro, de lo cual parece que sólo ha recibido unos siete mil pesos.

El Emperador me dijo, él mismo, que López le había vendido á él y sus tropas, por unos once reales por cabeza.

Apenas llegué á Tacubaya, dirigí una comunicación oficial á los oficiales de Estado Mayor austriaco para notificarles la toma de Querétaro y la cautividad de S. M.; al mismo tiempo les hice saber que una carta autógrafa del Emperador, en la cual les invitaba á no continuar una efusión de sangre inútil, y que les había enviado yo por conducto de M. Magnus, probablemente había sido interceptada por el General Márquez, y les dije que, en tales circunstancias, debía hacerlos responsables ante Su Majestad Apostólica, nuestro gracioso amo, de toda vida de soldado austriaco que se perdiera de un modo inútil.

Ofrecí tener por la noche, en la trinchera, una entrevista con el Coronel Khevenhüller para desvanecer en él toda duda sobre la autenticidad de la noticia del fin del Emperador.

Al mismo tiempo me puse en relación con el General Porfirio Díaz, á fin de obtener las condiciones más favorables para los austriacos.

El General Porfirio Díaz declaró enteramente inaceptable una proposición de los oficiales austriacos, en la cual pedían que los austriacos pudieran ir á Veracruz con armas y bagajes, fundándose en que las tropas habían apoyado durante dos meses la dominación violenta y bárbara del General Márquez.

En fin, el General Díaz y yo, convenimos en los puntos de la capitulación de las tropas austriacas y de sus jefes, concesiones que el General designó como las más extremas cuya responsabilidad podía asumir ante su Gobierno.

Pero el General Díaz se negó á darme una declaración por escrito, y nos declaró á mí y á los testigos presentes, el Sr. Federico Hubbe, y el Gobernador Baz, que se obligaba, bajo palabra de honor, á cumplir las estipulaciones acordadas. De esta manera comuniqué á los jefes austriacos las últimas condiciones del General, que eran poco más ó menos las siguientes:

1ª La condición principal del presente convenio es que desde este momento los austriacos se abstendrán de toda participación en las hostilidades contra las fuerzas republicanas.

2ª Si para el 21 por la mañana, (es decir, cuarenta y ocho horas después del recibo de las estipulaciones), los austriacos salen de la ciudad y entregan sus armas, el General Porfirio Díaz les garantiza el transporte hasta Veracruz, á costa del Gobierno republicano. Pero es menester

que las armas y los caballos sean entregados, á excepción de las espadas y caballos de los oficiales.

3^a En caso de combate, si, sin tomar parte en él, los austriacos se retiran al Palacio y enarbolan la bandera blanca, este General no podrá garantizar más que la vida; por lo demás, el Gobierno republicano pronunciará su fallo en caso semejante.

4^a Estas condiciones son aplicables á los demás soldados no mexicanos, colocados bajo las órdenes de los oficiales austriacos, según algunas condiciones secundarias.

El 20 á las cinco de la tarde, sabíamos en Tacubaya que estos puntos habían sido aceptados sin reserva por jefes austriacos, que declaraban al mismo tiempo, que al siguiente día, á las diez de la mañana lo más tarde, los austriacos saldrían de México y entregarían las armas en Tacubaya. Desgraciadamente el General Tabera, Gobernador de México, en reemplazo de Márquez, ya oculto, había entablado negociaciones para una capitulación, y quedaron ajustadas, á eso de las doce de la noche.

El 21 á las cinco de la mañana, las tropas republicanas debían entrar en México, lo que en efecto tuvo lugar.

Los austriacos están concentrados en el Palacio, y desde la entrada de las tropas republicanas, todavía no se les han pedido las armas.

Los austriacos y una parte de las tropas extranjeras deben partir mañana para Puebla; allí aguardarán la resolución que el Gobierno republicano tome definitivamente sobre su suerte.

Porfirio Díaz me ha declarado que todos los oficiales austriacos (en número de 150) tienen asegurada la vida, y espera que el Presidente no pondrá obstáculo á su partida de México, ni á la de las tropas. Al menos, él hará cuanto pueda, pues á los austriacos es deudor de la pronta capitulación de México sin efusión de sangre.

(Siguen los pormenores sobre las medidas tomadas para el transporte de los austriacos á Veracruz y su embarco).

El 19 por la noche, cuando estaba trabajando ardientemente en la negociación secreta de la capitulación, recibí comunicación de un telegrama dirigido de Querétaro por el General Escobedo á Porfirio Díaz, anunciando que el Emperador, así como los Generales Mejía y Miramón, habían sido fusilados el 19, á las siete de la mañana, en el Cerro de las Campanas.

Como estaba convencido hacía algunos días de que el horrible acontecimiento era inevitable, el 18 había dirigido ya un telegrama á los Dres. Basch y Rivadeneyra, invitándoles á embalsamar con cuidado el cuerpo de Su Majestad en caso de que fuera condenado. Sé positivamente que este despacho llegó á su destino.

La misma noche en que recibí la noticia de la muerte de S. M. envié un telegrama á Juárez suplicándole que me entregara el cuerpo de S. M. para que pudiera ser transportado á Europa. Al día siguiente envié una estafeta provista de todos los pasaportes y cartas de recomendación necesarias al General que manda en Veracruz (que todavía está en poder de los imperialistas), á Sacrificios, cerca de Veracruz, con orden de que hiciera expedir á la Nueva Orleans por un buque de guerra, el telegrama que probablemente ha llegado á V. E. Al mismo tiempo invité al capitán del buque "Elizabeth" para que fuera á Tampico, donde esperaba hallarme dentro de tres semanas con el cuerpo del Emperador.

Después de la partida del correo, recibí un telegrama del Ministro Lerdo de Tejada, de San Luis, quien me anunciaba que por motivos graves, el Presidente no podía permitirme que dispusiera del cuerpo de S. M., y dí contraorden al Comandante del "Elizabeth." Mi misión estaba terminada, pero se me aconsejó que intentara nuevos pasos cerca del Presidente y de sus Ministros después de su próxima llegada, para obtener el cuerpo del Emperador. Dudo todavía si debo dar este paso.

El motivo á que se atribuía la negativa del Gobierno republicano, y que Porfirio Díaz me

declaró no podía comprender, era que éste tenía intención de no entregar el cuerpo, si no se lo pedía directamente el Gobierno imperial por un agente especialmente designado al efecto.

Por otra parte, M. de Magnus, que había asistido á los últimos momentos del Emperador y recibido sus últimas voluntades, fué el 20 á San Luis para intervenir directamente cerca del Presidente, á fin de obtener la entrega del cuerpo.

El 19, M de Magnus nos escribía (en francés) de Querétaro:

“Mientras os despedían á Tacubaya, el Sr. Lerdo me decía que estábais en camino para San Luis. La ejecución estaba decidida para el domingo á las tres de la tarde: pero habiéndome pedido el Emperador que estuviera aquí de regreso antes de su muerte, pude obtener una prórroga de tres días.

“La esperanza de que los esfuerzos hechos por todas partes, durante estos tres días, para salvar al Emperador, pudieran tener éxito feliz, nos ha engañado. El infortunado Príncipe ha conservado hasta la muerte una calma y una tranquilidad de espíritu verdaderamente heroicas. Su muerte ha sido sublime. No puedo describir hoy todas estas escenas terribles; estoy aterrado todavía y sucumbo á la fatiga y á la agitación moral.”

Más abajo añade (en francés):

“El Emperador ha ordenado que sus restos mortales sean embalsamados por su médico y acompañados ulteriormente por él hasta Veracruz, para ser transmitidos á bordo de un vapor de guerra de Austria.

“Anoche, también el Emperador escribió al General Escobedo, expresando el deseo de que me entregue el cadáver. A pesar de la carta del Emperador, el General Escobedo, conformándose con las órdenes venidas de San Luis, ha hecho embalsamar el cadáver por los médicos mexicanos, y, por lo demás, guarda convenientemente al muerto.”

Luego añade también:

“El abogado Ortega es de parecer que debo partir para San Luis, á fin de arreglar allí este negocio.”

(M. de Magnus no tenía probablemente ninguna noticia de la negativa de Juárez, de entregar el cadáver.)

Temo que los pasos del Ministro prusiano sean inútiles. En caso contrario, iría á Querétaro, y siguiendo el consejo de los que conocen el país, preferiría, en una estación tan avanzada, el camino de la sierra á Tampico (doce á catorce días de viaje), al que conduce por México y Puebla á Veracruz, tanto más, cuanto que este año el vómito hace estragos en esta ciudad.

El agregado de la Legación, caballero de Tavera, á quien envié el 20 á Querétaro, provisto de los poderes necesarios para organizar el transporte de los restos mortales del Emperador, me escribe de esa ciudad, donde debe permanecer hasta nueva orden, que Su Majestad ha muerto herido por nueve balas. Mis colegas saldrán pronto en su mayor parte de México y partirán para Europa.—Recibid, etc.—*Lago*. m. p.

El 26 de Junio de 1867.

Uno de los abogados del difunto Emperador que regresó ayer de Querétaro, me hace esperar que quizá el Ministro residente prusiano, M. de Magnus, conseguirá hacerse entregar el cuerpo del augusto difunto. Aprovecho esta ocasión para asegurar á V. E. que M. Danó, el Ministro francés, ha hecho por su parte todo lo que era posible para salvar la vida del Emperador. Debo este testimonio á la verdad.—*Lago*. m. p.

México, 28 de Junio de 1867.

Tengo el honor de someter á V. E. un número del *Globo*, que contiene todos los telegramas importantes concernientes al proceso de S. M. el Emperador Maximiliano.

Los austriacos se han puesto hoy en marcha á las tres de la mañana para Puebla, donde esperarán la resolución definitiva sobre su suerte.

El Conde Coronel Khevenhüller y el Barón Bertrand, quedan por ahora, según sus deseos, en México. Hace algunos días que no tenemos noticias de M. de Magnus.

Corre el rumor de que el Gobierno permitirá que el cadáver imperial sea transportado á Tampico sin escolta, acompañado solamente por el médico privado, el Dr. Basch.—Recibid, etc.—*Lago*. m. p.

COMUNICACION DIRIGIDA POR EL SR. HOORRICKS, ENCARGADO DE NEGOCIOS DE BÉLGICA,
A MR. ROGER, MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS DE ESE REINO

Llamado á Querétaro por el infortunado Príncipe, tuve que disfrazarme para salir de México.

Después de haber empleado tres días y tres noches en recorrer las sesenta leguas que separan á México de Querétaro, lleno de la mayor ansiedad logré penetrar el 5 de Junio en la cárcel de las Capuchinas, donde en un aposento de diez y seis pies cuadrados, estaba acostado el Emperador en su cama, vigilado con guardias de vista. Una disenteria sanguinolenta y una enfermedad del hígado, del carácter más grave, agotaban sus fuerzas y parecían querer rivalizar con los hombres para enviar á la tierra aquella existencia tan serena y tranquila en la desgracia.

S. M. me recibió con las muestras de la mayor satisfacción y de la más viva gratitud. Hacía veinte días que duraba su detención, sin que un solo corazón amigo hubiera podido acudir á su llamamiento, hasta que al fin llegamos el Barón de Magnus y yo, acompañados de sus defensores.

El Barón de Lago, Encargado de Negocios de Austria y Mr. de Curtopassi, Encargado de Negocios de Italia, nos seguían de cerca. El Ministro de Francia, que no había podido salir de México, á pesar de todos sus esfuerzos, había encargado á Mr. Forest, Cónsul de Francia en Mazatlán, que fuese también á Querétaro, é hiciese todo cuanto humanamente fuera posible para salvar al Emperador.

Renuncio á describir la emoción que sentí al ver la tranquilidad y la resignación de S. M., que conversó conmigo como otras veces en el palacio de México. Esta primera entrevista duró cerca de dos horas. "Me han hecho traición, me han engañado y robado," me repitió por diferentes veces el Emperador con acento de la mayor tristeza, pero sin que notase en él reconvencción, "y al fin he sido vendido por once reales." Haciendo alusión á la traición por la que fué entregada la ciudad en donde el Emperador luchaba heroicamente hacía dos meses con 6,000 hombres.

S. M. repitió en seguida, sonriéndose, estas palabras del Rey Caballero: "Todo se ha perdido menos el honor." Habló mucho, también, de Europa, de su familia, del Rey y de la Reina de los belgas y del Conde de Flandes. "No me atrevo á escribir á mi madre, ni á la Emperatriz, decía, por temor de causar disgusto á estos dos seres tan queridos, que nunca me lo han dado á mí, y luego sería una crueldad dejarlos en duda: por lo demás, mi confesor les ha escrito para prepararlas." Durante esta conversación me tomaba el Emperador las manos con frecuencia entre las suyas, y me mostraba su agradecimiento por haber acudido á su lado.

Como por un exceso de precaución, le habían quitado aquel día su médico y su ayudante de campo.

Ofrecile que compartiría su cautiverio, si me lo permitían, para cuidarle; pero me dió las gracias afectuosamente, diciéndome que tenía casi la seguridad de que le volverían su médico y que yo podría serle más útil por fuera.

Por espacio de diez días fuí en todos ellos á las Capuchinas, pasando cada vez varias horas con S. M.

MM. de Lago, Curtopassi y yo, nos íbamos relevando en nuestras visitas, á fin de suavizar la soledad del augusto prisionero. Habiendo recibido M. de Magnus autorización para ir á San Luis al lado de Juárez, no estuvo más que tres días en Querétaro, y M. de Forest, á pesar de los deseos del Emperador, sólo obtuvo una vez del General Escobedo el permiso de visitarle.

El resto de nuestro tiempo lo empleábamos en esfuerzos para salvar la vida del infortunado Emperador. Expedíamos correos á todos los Generales liberales, que suponíamos podían escuchar la voz de la humanidad; discutíamos la defensa con los abogados, en tanto que en San Luis, dos de los defensores, dos eminencias del partido liberal, D. Mariano Riva Palacio y el Sr. Martínez de la Torre, gestionaban con M. de Magnus cerca del Gobierno Supremo.

M. Danó me había entregado una porción de cartas para todos los liberales á quienes había sido útil durante la Intervención, varios de los cuales hasta le debían la vida. En la desagradable posición en que las circunstancias colocaban al Ministro de Francia, no perdonaba éste medio alguno para secundarnos. El Emperador, que lo supo, me encargó por diferentes veces que le diera las más vivas gracias en su nombre.

El 14 de Junio, pocas horas antes de pronunciarse la sentencia, en el momento en que MM. de Lago, Curtopassi, Forest y yo, nos dirigíamos al Tribunal, nos detuvo un Coronel en la calle y nos condujo á presencia del General Comandante de Querétaro, el cual nos intimó que teníamos dos horas para salir de la ciudad. El Coronel nos entregó en seguida nuestros pasaportes añadiendo: "que si llegábamos á volver, seríamos fusilados." No se nos dió razón alguna de este acto, y sólo pudimos explicárnoslo por una recelosa desconfianza de la autoridad. Tuvimos que ceder á la intimación y que abandonar á una cruel soledad, con el corazón traspasado de dolor, al infortunado cautivo, dejándole sin poderle dar el último adiós.

Cuando llegamos al campamento del General Porfirio Díaz, recibimos una última frase del augusto prisionero, que nos anunciaba la muerte de la Emperatriz, rumor que en efecto se había difundido, y nos enviaba las gracias al mismo tiempo que sus últimos deseos.

Quisimos, no obstante, intentar un esfuerzo con los jefes del ejército de Oriente para hacer que apoyasen un recurso de gracia, transmitido á San Luis por los defensores del Emperador.

Ya se habían dirigido á Juárez peticiones de esta clase, entre otras por los artesanos de San Luis y por las viudas que habían perdido sus maridos en la lucha contra el Imperio. Todo fué inútil.

El 19 por la tarde nos llegó la fatal noticia.

En aquel mismo día á las seis y cuarenta minutos de la mañana, había sido pasado el Emperador por las armas, juntamente con los Generales Miramón y Mejía.—Aceptad, etc.—*Hooricks*.

CARTA DIRIGIDA POR EL ARCHIDUQUE ANTES DE MORIR, AL BARON DE LAGO

Querido Barón: Nada tengo ya que ver en el mundo, y mis últimos deseos se limitan á mis restos mortales, que pronto quedarán libres de padecimientos, y en favor de los que me sobrevivan.

Mi médico, el Dr. Basch, hará transportar mi cuerpo á Veracruz. Dos sirvientes, Gull y Tudos, serán los únicos que le acompañarán. He dado orden de que se conduzca mi cuerpo á Veracruz sin ninguna pompa, y que á bordo no se haga ninguna ceremonia extraordinaria. He esperado la muerte con calma, y quiero igualmente gozar de la calma en el féretro.

Procurad, querido Barón, que en uno de los dos buques de guerra, el Dr. Basch y mis dos criados sean transportados á Europa.

Quiero que se me entierre al lado de mi pobre esposa. Si no tuviere fundamento la noticia

de la muerte de mi pobre mujer, deberá depositarse mi cuerpo en un sitio cualquiera, hasta que la Emperatriz se reuna conmigo por la muerte.

Tened la bondad de transmitir las órdenes necesarias al Capitán del navío de Greeler. Tened igualmente la bondad de hacer cuanto esté de vuestra parte para que la viuda de mi fiel compañero de armas, Miramón, pueda ir á Europa en uno de los dos buques de guerra. Cuento tanto más con que se cumpla este deseo, cuanto que la he encargado que se traslade á Viena cerca de mi madre.

De nuevo os doy las más cordiales gracias por todas las incomodidades que os causo, y soy con la mayor benevolencia, vuestro.—*Maximiliano*.

Querétaro, en la prisión de las Capuchinas, 17 de Junio de 1867.

PARRAFOS DE UNA CARTA ESCRITA POR UN MEDICO AUSTRIACO ESTABLECIDO EN MEXICO

Cuando el 16 de Junio se recibieron los despachos telegráficos de Querétaro, relativos á la próxima ejecución del Emperador Maximiliano, el Ministro de Prusia, Barón de Magnus, me invitó á procurarnos todas las substancias para el embalsamamiento, y á acompañarle á Querétaro, en lo cual consentí con aflicción. Partimos en coche á la una de la mañana, y caminando sin cesar á galope, cambiando catorce veces caballos, llegamos á Querétaro el 18. En la tarde ví al Emperador, condenado á muerte, y admiré su tranquilidad y su calma. Era ésta la segunda vez que le veía, pero ¡cuánta diferencia en las circunstancias!

El 19 de Junio, á las nueve de la mañana, los tres condenados fueron conducidos en un coche de alquiler al lugar de la ejecución, en donde las tropas formaban ya un inmenso cuadro. Había pocos espectadores, porque á pesar de los padecimientos y la miseria que se sufrieron durante el sitio, los habitantes de Querétaro amaban demasiado al Emperador, para querer presenciar su ejecución. Fui el solo austriaco que asistió á aquel acto terrible.

El Emperador respondió todavía á mi saludo con una sonrisa tranquila. Después de que pronunció una corta alocución, de despedirse de sus compañeros y de dar la mano y una onza de oro á los soldados que iban á fusilarle, se colocó frente á ellos con la cabeza altivamente levantada y vuelta hacia el sol naciente. Al punto cayó atravesado por seis balas en el pecho y el abdomen. Así murió como un valiente el que tantas veces había desafiado la muerte durante el sitio de Querétaro.

Para substraer el cuerpo del Emperador á las miradas profanas, corrí al lugar en que yacía, y le cubrí con una colcha que había llevado con tal objeto, y cuando llegaron los cargadores que había yo proporcionado, le colocamos en un ataúd, llevándole á la ciudad. Pero los militares intervinieron, apoderándose del cadáver. El Barón de Magnus se dirigió entonces al General Escobedo para que se lo entregara; mas no lo consiguió. El General envió dos médicos, los cuales, conmigo y el Dr. Basch, puesto en libertad, procedieron al embalsamamiento que se hizo con el mayor cuidado. Yo salí de Querétaro el 21, con el Barón de Magnus, que está actualmente en contestaciones para la restitución del cadáver.

INTERCESION DEL GOBIERNO DE LOS ESTADOS UNIDOS PARA QUE NO FUERA EJECUTADO EL ARCHIDUQUE

En una nota dirigida en 6 de Abril de 1867, por el Ministro de los Estados Unidos, en nombre de su Gobierno, al Ministro de Relaciones de México, se lee, entre otras cosas lo siguiente:

"..... Esta satisfacción (la de la retirada del ejército francés) ha sido recientemente afectada por los informes que ha recibido, acerca de la severidad practicada con los prisioneros de guerra hechos por vuestros ejércitos en Zacatecas. Habiendo sido éstos así excitados, teme también que

en el caso de la captura del Príncipe Maximiliano y las fuerzas que están bajo sus órdenes, se pudiera repetir esa severidad.

"Hoy he recibido por telégrafo un despacho del Secretario de Estado, dándome instrucciones para expresar estos temores á S. E. el Presidente Juárez, de la manera más pronta. Por lo mismo, los comunico por un porta-pliegos especial.

"El Gobierno de los Estados Unidos ha simpatizado sinceramente con la República de México, y tiene un profundo interés en su triunfo; pero tengo que expresar la creencia, de que una repetición de las indicadas severidades á que me refiero, afectaría su sensibilidad y contendría el curso de sus simpatías.

"Se cree que actos semejantes á los que se dice han tenido lugar con prisioneros de guerra, no pueden elevar el carácter de los Estados Unidos Mexicanos en la estimación de los pueblos civilizados, y podrían traer descrédito á la causa del republicanismo y retardar sus progresos en otras partes.

"El Gobierno me previene haga presente al Presidente Juárez, pronta y eficazmente, su deseo de que en el caso de la captura del Príncipe Maximiliano y sus partidarios, reciban el tratamiento humano concedido por las naciones civilizadas á los prisioneros de guerra."

El Gobierno mexicano, al contestar al de los Estados Unidos, concluye así:

"En el caso de que llegasen á ser capturadas personas sobre quienes pesase tal responsabilidad, no parece que se pudieran considerar como simples prisioneros de guerra, pues son responsabilidades definidas por el derecho de las naciones y por las leyes de la República. El Gobierno, que ha dado numerosas pruebas de sus principios humanitarios y de sus sentimientos de generosidad, tiene también la obligación de considerar, según las circunstancias de los casos, lo que pueden exigir los principios de justicia y los deberes que tiene que cumplir para con el pueblo mexicano.

"Espera el Gobierno de la República que, con la justificación de sus actos, conservará las simpatías del pueblo y del Gobierno de los Estados Unidos, que han sido y son de la mayor estimación para el Gobierno de México."

EL GENERAL WOLL

Ha publicado en Europa el siguiente artículo:

"El horrible acontecimiento que acaba de terminar tan cruelmente la vida del ilustre é infortunado Emperador Maximiliano, llenando mi alma de dolor y de pesar eternos, me impulsa á dar á conocer un hecho relativo á ese miserable López, cuya traición, que recuerda á la de Judas, ha hecho víctima de los injustos furios de los llamados liberales, sicarios de Juárez, á un joven y noble Príncipe, digno del amor y respeto de todos, á quien su extremada bondad ha contribuido á precipitar en el abismo, sepultando con él la monarquía liberal que había querido fundar para la regeneración de un pueblo desgarrado por la anarquía.

"Yo era Presidente de la Comisión encargada de la revisión de los despachos de todos los Generales, Jefes y Oficiales del ejército mexicano, cuando se presentó ese Miguel López, y á solicitud de revalidación, le dije que no debía ni quería revisar sus despachos; que él debía saber por qué, y que deseaba que no me obligara á decírselo.

"La razón de esa negativa era que, habiendo pedido informes al Estado Mayor general, se me había manifestado que López, algunos años antes, había hecho traición al Gobierno á la sazón existente, había desertado y se había pasado al enemigo.

"López calló y se retiró aterrado.

"Pocos días después partí para Europa. A mi regreso tenía el honor de acompañar al Emperador y á la Emperatriz, y encontré á López mandando un escuadrón que servía de escolta á SS. MM. en una porción del camino de Veracruz á México. Aquel hombre había prestado algunos

servicios al ejército francés; había sido guía de las tropas del General Bazaine cuando el combate de San Lorenzo y se había hecho notar por su actividad y también por algunos actos de valor, hasta el punto de que el Mariscal Forey le había condecorado, y poco tiempo después el Mariscal Bazaine le había hecho Oficial de la Legión de Honor.

"El Emperador Maximiliano, tan bueno siempre con los que tenían la honra de acercarse á él, le distinguió y le concedió el despacho de Teniente Coronel. La Comisión de revisión, de la que había yo sido Presidente, no existía ya; y López, haciéndose cada vez más lugar en los favores de los Soberanos, fué nombrado Coronel del Regimiento de Caballería de la Emperatriz, y sucesivamente condecorado con las cruces de Guadalupe y del Aguila Mexicana.

"Después..... ¡Perversidad incomprensible! ese hombre entregó á su Soberano, su bienhechor, á la crueldad implacable de los revolucionarios.

"Chantilly, 10 de Julio de 1867.—*Woll.*"

CARTA DE DON MARTIN DEL CASTILLO

Hace algún tiempo que los periódicos de Europa hablaron de una protesta de D. Martín del Castillo, ex—Ministro del Imperio. Suponemos que se referían á la siguiente carta que publicó á principios de Julio *La Abeja Montañesa*, periódico de Santander, la cual hemos visto en uno de la Habana, y ha sido reproducida por *La Concordia* de Veracruz. *El Diario Oficial* dijo que el señor Presidente no recibió la tal carta; ésta dice así:

"Sr. D. Benito Juárez.—México.—Torrelavega, Julio 3 de 1867.—Buscaba en la soledad y el retiro algún consuelo, no dudando ni por un momento que la magnanimidad mexicana se abriría camino y que no llegaría el caso de ver cubierto de luto mi corazón y de vergüenza el rostro.

"La confirmación del nunca creído y horrendo crimen que habéis autorizado, me ha hecho exhalar un grito desgarrador que sale de lo más profundo de mi pecho, y que salvando estas montañas, quiero que atraviese los mares y penetre hasta lo más recóndito de vuestra conciencia, no en despecho y venganza, (deseando que el término de vuestra corta peregrinación os encuentre poseído de remordimientos aterradoros y embriagado en una orgía de sangre), sin igual verdadero liberal quiero para vos el arrepentimiento y la paz de los siglos.

"Crimen inaudito por el que, constituyéndome en humilde órgano de los nobles sentimientos de México, protesto contra toda solidaridad en un acto que manchará con tan negro borrón su historia, y por el cual renunciaría mi nacionalidad, á no ser inocente mi querida y desgraciada patria que sufre cruelmente y tiene que presenciar, estupefacta, los cuadros más horribles de terror y del desenfreno de la fuerza brutal.

"Con el dulce canto de patria y libertad y profanando tan santas palabras, acabáis de segar con el asesinato del Príncipe ilustre por excelencia, y habéis permitido cebarse en el precioso germen y personificación de las ideas más elevadas y generosas de humanidad, patriotismo y abnegación, que no cifraba su gloria en ceñir una pesada corona, y cuya heroica ambición fué sacrificarse por la felicidad de un pueblo que le había confiado sus destinos, y en defensa de una nacionalidad que iba desapareciendo.

"Entregado al más acerbo dolor, viviré lejos de mi amada patria, mientras en sus hermosas capitales se oiga el rugido de las selvas, y se encuentre hollado todo principio de honor y justicia, mofados la eterna verdad y el derecho, y considerada de retroceso toda idea de civilización; pero no creais por esto, que os reto parapetado tras del océano y la distancia, no; si aún no estuviesen repletas las vasijas del festín, aquí tenéis una poca de sangre, y prometo, á fe de caballero, llegarme gustoso á vuestro alcance, no á daros cuenta de mis actos pasados, pues cubierto el trono con su preciosísima víctima, y sepultado bajo tantas ruinas, mis jueces son Dios y la Nación, sino á responder de la presente, si aceptáis mi dádiva, que será la pequeña ofrenda de

gratitud y respetuoso homenaje de cariño que llevará un adicto, fiel, inconsolable amigo, cuanto reconocido y contristado patriota, á la tumba del Ilustre mexicano Soberano de inmortal memoria, que acaba de sellar, de la manera más sublime, el solemne juramento que hizo de pertenecer á la patria hasta la última gota de su sangre.—El ex—Ministro del Imperio.—*Martín del Castillo.*

GENEALOGIA DEL ARCHIDUQUE

Maximiliano no era solamente Hapsburgo; descendía en línea recta de María de Borgoña, esposa de Maximiliano I, Emperador de Austria, de los Condes de Flandes, y, por consiguiente, de Hugo Capeto, por Alicia de Francia, que había contraído matrimonio con Balduino V; y mucho antes de Carlomagno, por Judit, hija de Carlos el Calvo, que vino á ser mujer de Balduino Brazo de Hierro, primer Conde de Flandes, el cual murió en 917.

Maximiliano descendía de Felipe Macedonia, padre de Alejandro Magno, si es cierto lo que dice M. Duruy en su historia de Francia (tom. I., pág. 212) respecto del origen de Ana de Rusia, esposa de Enrique I, rey de Francia. Los soberanos de Austria, Napoleón II por su madre, la Emperatriz Carlota por la suya y por Enrique IV, no tienen otro origen que el de Maximiliano.

Balduino, sexto Conde de Flandes, de este nombre después de Brazo de Hierro, fué distinguido por su valor y su virtud. Siendo uno de los jefes de la cuarta cruzada, después de la toma de Constantinopla, fué proclamado y coronado rey de los latinos, con la mayor solemnidad, el día 16 de Mayo de 1204. Pero á todas las coronas que su bizarría le hacía ganar á los infieles, su valor hasta la temeridad debía hacerle añadir la del martirio.

Un año más tarde, en el sitio de Andrinópolis que se había sublevado, su arrojo le llevó muy adelante, hasta que cayó en una emboscada y fué hecho prisionero por los búlgaros y conducido á Valaquia. Perekó de muerte cruel, después de haber reinado un año y trece días en el Imperio de Grecia. Su hermano Enrique le sucedió en el trono.

Y justos 663 años después de la elevación de Balduino al imperio, su remoto descendiente, Maximiliano, perecía como Balduino á la edad de 35 años en Querétaro, (México).

CARTA DE VICTOR HUGO

Al Presidente de la República Mexicana, Juárez:

Vos habéis igualado á John Brown. La América actual tiene dos héroes, John Brown y vos. John Brown por quien ha muerto la esclavitud; vos, por quien ha vivido la libertad.

México se ha salvado por un principio y por un hombre: ese hombre sois vos.

De una parte dos imperios, de la otra un hombre: un hombre con sólo un puñado de hombres desterrados de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de rancho en rancho, de bosque en bosque, perseguido, errante, rechazado á las cavernas como una bestia feroz, refugiado en el desierto, proscrito. Por Generales algunos desesperados; por soldados algunos desnudos. Ni dinero, ni pan, ni pólvora, ni cañones. Los matorrales por ciudadelas. Aquí la usurpación llamándose legitimidad. Allí el derecho llamándose bandido. La usurpación precedida de todas las legiones de la fuerza. El derecho, solo, desnudo y abandonado. Vos, que sois el derecho, habéis recogido el guante y aceptado el combate. La batalla de uno contra todos ha durado cinco años. Falto de hombres, habéis tomado por proyectiles las cosas. El clima terrible os ha socorrido. Vos habéis tenido por auxiliar á vuestro sol.

Vos habéis tenido por defensores los pantanos intransitables, los torrentes llenos de caimanes; las vegetaciones mórbidas; el vómito prieto de las tierras calientes; las soledades de sal; los arenales sin agua y sin hierbas, donde los caballos mueren de sed y hambre; la grande y severa mesa del Anáhuac, que, como la Castilla, se defiende por su desnudez: las barrancas siempre conmovidas por los temblores de los volcanes, desde el Colima hasta el nevado de Toluca. Vos habéis

llamado en vuestro auxilio á vuestras barreras naturales, á la aspereza de las cordilleras, á las altas murallas basálticas, y á las colosales rocas de pórfido. Vos habéis hecho la guerra de los gigantes, y vuestros proyectiles han sido las montañas.

Y un día, después de cinco años de humo, de polvo y de ceguedad, la nube se ha disipado, y entonces se han visto dos imperios caídos en tierra. Nada de monarquía; nada de ejércitos; nada, más que la enormidad de la usurpación en ruina, y sobre este horroroso derrumbamiento un hombre en pie: Juárez, y al lado de este hombre la Libertad.

Todo esto vos lo habéis hecho, Juárez, y en verdad es grande; pero lo que os resta que hacer es más grande todavía.

Escuchad, ciudadano Presidente de la República Mexicana: Vos acabáis de demostrar el poder de la democracia: ahora mostrad su belleza.

Después del rayo mostrad la aurora. A los bárbaros mostrad la civilización; á los déspotas los principios.

Dad á los reyes delante del pueblo la humillación del asombro; vencedles sobre todo por la piedad.

Los principios se afirman por la protección de nuestro enemigo. La grandeza de los principios consiste en ignorarlo todo. Los hombres no tienen nombre delante de los principios. Los hombres es el hombre colectivo, representando á la humanidad. Los principios no conocen á nadie ni á nada más que á sí mismos. En su augusta estupidez no saben más que esto: LA VIDA DEL HOMBRE ES INVOLABLE. ¡Oh venerable imparcialidad de la verdad! ¡Oh hermosura del derecho sin discernimiento, ocupado sólo de ser el derecho! Precisamente delante de los que han merecido legalmente la muerte, es donde debe abjurar de las vías de hecho.

La grandiosa destrucción del cadalso debe hacerse delante de los culpables.

Que el violador de los principios sea salvado por un principio. Que tenga esta dicha y esta vergüenza. Que el perseguidor del derecho sea salvado por el derecho. Despojándolo de la falsa inviolabilidad de la corona, vos lo ponéis delante de la verdadera inviolabilidad humana. Que se quede asombrado: que vea que el lado por el cual es sagrado, es precisamente por el lado por el cual no es Emperador.

Que este Príncipe, que no adivinaba que era un hombre, sepa que hay en él una miseria, el rey; y una majestad, el hombre.

Jamás se os ha presentado una ocasión más magnífica.

Juárez, haced que la civilización dé un paso inmenso. Abolid sobre toda la tierra la pena de muerte. Que el mundo vea esta cosa prodigiosa. La nación en el momento de aniquilar á su asesino vencido, reflexiona que es un hombre, lo suelta y le dice:

—Tú eres del pueblo como los otros: vete.

Esta será, Juárez, vuestra segunda victoria. La primera, vencer la usurpación, es soberbia. La segunda, perdonar al usurpador, es sublime.

Sí! á estos príncipes á quienes obedecen los jueces, á estos jueces á quienes obedecen los verdugos, á estos verdugos obedecidos por la muerte, mostradles cómo se perdona á la cabeza de un Emperador.

Sobre todos los códigos monárquicos de donde manan las gotas de sangre abrid la Ley de Luz, y en medio de la más santa Página del Libro Supremo, que se vea el dedo de la República sobre esta Orden de Dios: NO MATARÁS.

Estas cuatro sílabas contienen el deber.

El deber vos lo haréis.

¡El usurpador será salvado, y el libertador no ha podido serlo! Hace ocho años, el 2 de Diciembre de 1859, sin más derecho que el que tiene cualquier hombre, he tomado la palabra en nombre de la democracia, y he pedido á los Estados Unidos de América, la vida de John Brown.

No la he obtenido. Hoy pido á México la vida de Maximiliano. ¿La obtendré?

Sí. Puede ser que á esta hora esté ya concedida.

Maximiliano deberá la vida á Juárez!—*Víctor Hugo*.—Hauteville House, 20 de Junio de 1867.

SALUTACION DE GARIBALDI A MEXICO

Cuando una nación se desembaraza de sus opresores con tanta constancia y heroísmo como lo ha hecho México, merece una palabra de encomio y un saludo las naciones sus hermanas.

Un vástago del despotismo europeo, injertado en el Nuevo Mundo, por fortuna no ha prendido; ¡Dios sea loado! porque con el germen de aquella raza funesta que aún envenena estos bellos países sacrificando los nobles hijos de la Francia á sus antojos perversos, quería plantar el parricida un almacén de tiranía desoladora en la tierra virgen de Colón, el aniquilamiento del santuario de la libertad en la gran República, la continuación, en fin, de su sistema liberticida y corruptor, con tan infernal estudio plantado en su patria y en la nuestra.

¡Salve, valeroso pueblo de México! ¡Oh! yo envidio tu constante y enérgica bravura para arrojar de tu bella República á los mercenarios del despotismo! ¡Salve, oh Juárez! veterano de la libertad del mundo, de la dignidad humana! ¡salve! Tú no desesperaste de la salvación de tu pueblo, á pesar de la multitud de traidores, á pesar de la fuerza unida de tres imperios, á pesar de las artes, de la nigromancia, siempre pronta para asociarse con la tiranía.

El pueblo italiano te envía un saludo de su corazón, y un recuerdo de gratitud por haber revolcado en el polvo á un hermano de su opresor!

Sin embargo, enemigos de la sangre, te pedimos la vida de Maximiliano; ¡perdónalo! te lo suplican los conciudadanos del bravo General Ghilardi, fusilado de su orden y por sus sicarios: ¡perdónalo, devuélvelo á su familia, á la familia de nuestros verdugos, ejemplo de la generosidad del pueblo, el cual vence al fin, pero perdona!

Castelletti, 5 de Junio.—*José Garibaldi.*

MEMORANDUM RELATIVO A LA ENTREGA DEL CADAVER DEL ARCHIDUQUE

Ya hemos visto que aun antes de ser pasado por las armas el infortunado Príncipe, se hacían gestiones cerca del Gobierno de la República para la entrega del cadáver, y que desde luego se denegó esa pretensión. Vamos á seguir este negocio punto por punto.

TELEGRAMAS

San Luis Potosí, Junio 18.—El Ministerio de Relaciones deja á disposición del General Escobedo dicho cadáver, que no entregará á nadie; previniendo se guardará en una caja de zinc y madera, haciéndolo embalsamar por facultativos mexicanos: que se depositará en lugar seguro bajo la vigilancia de la autoridad, y que para dicho depósito se hicieran los actos religiosos acostumbrados en estos casos.

Tacubaya, Junio 19.—El señor Ministro de Austria suplica se le entregue el cadáver para conducirlo á Europa.

San Luis Potosí, Junio 20.—Por motivos graves (que no se expresan) no acceda.

San Luis Potosí, Junio 29.—El señor Ministro de Prusia manifiesta que la última voluntad del Archiduque momentos antes de morir, expresada por escrito al General Escobedo, fué que él y su médico Samuel Basch, trasladasen su cadáver á Europa; por lo que pide se le entregue.

San Luis Potosí, Junio 30.—El Gobierno no accede, por "varias consideraciones" que no se expresan.

1 Esto no es exacto: Ghilardi fué fusilado antes de que el Archiduque viniera al país.

México, Julio 27.—El Dr. Samuel Basch manifiesta el encargo que le hizo el Archiduque, justificándolo suficientemente, y pide la entrega del cadáver ó una contestación para justificarse delante de la familia del finado.

San Luis Potosí, Julio 29.—Se le contesta que por varias y graves consideraciones no se puede acceder á su petición.

Veracruz, Agosto 25.—Se participa al Gobierno la llegada del vice-almirante austriaco Tegetthoff, quien desea pasar á la Capital.

El 2 de Septiembre llegó á esta capital el vice-almirante Tegetthoff encargado de recoger el cadáver del Príncipe, presentándose en el Ministerio de Relaciones el día 3. Declara que su misión es puramente confidencial y viene como un amigo de la familia, por lo cual sólo trae un carácter particular. Hechas estas explicaciones al señor Ministro, se le contestó que hiciera su petición por escrito para dar cuenta con ella al señor Presidente. El vice-almirante fué acompañado de los Sres. Riva Palacio y Martínez de la Torre, defensores que fueron del Archiduque. En la entrevista manifestó el vice-almirante no traer ningún documento escrito que lo acreditara, pues repetía que el encargo era privado de la madre del Archiduque y de su hermano el Emperador de Austria.

El 4 de Septiembre volvió el vice-almirante al Ministerio: se le contestó que para acceder á su pretensión es necesario que preceda "ó un acto oficial del Gobierno de Austria, ó un acto expreso de la familia del Archiduque: que llenando alguno de esos requisitos, el Gobierno de la República estará dispuesto á permitir la traslación del cadáver á Austria."

Después de esto, el vice-almirante Tegetthoff dió diversos pasos para conseguir el objeto de su misión, pero ningún resultado obtuvo.

Algunos periódicos refirieron que el cadáver había sufrido alguna descomposición: que le faltaba un pedazo de nariz y había habido también alteración en los ojos. *El Diario Oficial* se apresuró á desmentir esas aseveraciones, garantizando no ser exactas.

En una carta publicada por el Dr. Vicente Licea, manifiesta que él y sólo él, ayudado del comandante de batallón D'Orbcastel, fué quien hizo el embalsamamiento del cadáver del Archiduque, sin que tomara ninguna parte D. Ignacio Rivadeneyra, que se atribuye esa operación: añadiendo que si dilató en ella siete días, no fué suya la culpa.

Un señor P. A. de T. publicó los siguientes pormenores sobre el mismo negocio:

"Maximiliano, después de haber caído bajo las balas, sufrió un momento á consecuencia de una que le rompió el brazo derecho. Recibió al punto el golpe de gracia, y el Dr. C. certificó que había expirado. En lugar de emplear el sistema Ganál para el embalsamamiento, se colocó el cadáver en un baño compuesto de reactivos, y los ojos fueron reemplazados por ojos de cristal, tomados de una Santa Ursula, que, según dicen, se encontraba en el hospital donde tuvo lugar la operación. Los periódicos americanos han pretendido que el cuerpo de Maximiliano fué colgado por maldad. Este es un error. Se colgó en efecto pero fué para secarlo. Las fotografías vendidas en México, y que representan á Maximiliano después de su muerte, son inexactas. Una vez seco el cuerpo, se le vistió con un pantalón y una chaqueta. Tiene botas fuertes, y sus manos están cubiertas con guantes blancos. Según mis noticias, el cadáver no podrá llegar á Viena sino en putrefacción, si no se toman las medidas convenientes."

Luego que el vice-almirante comprendió que nada podría conseguir por sí, respecto de su misión, comunicó á su Gobierno todo lo ocurrido, esperando en esta Capital.

Por fin se dieron á conocer las siguientes notas, que vinieron á poner término á este negocio:

"Señor Ministro: Habiendo una muerte prematura arrebatado al Archiduque Fernando Maximiliano á la ternura de sus deudos, Su Majestad Imperial y Real Apostólica siente el deseo muy natural de que los despojos mortales de su infeliz hermano puedan hallar el último repo-

so en la bóveda que encierra las cenizas de los Príncipes de la casa de Austria. Participan de este deseo con el mismo anhelo, el padre, la madre, y los otros hermanos del augusto difunto, así como en general todos los miembros de la Familia Imperial.

"El Emperador, mi augusto Amo, tiene la confianza de que el Gobierno Mexicano, cediendo á un sentimiento de humanidad, no rehusará mitigar el justo dolor de Su Majestad, facilitando la realización de este voto.

"En consecuencia, el señor vice-almirante Tegetthoff ha sido enviado á México, con orden de dirigir al Presidente la súplica de hacerle entregar los restos del hermano querido de Su Majestad Imperial, á fin de que puedan ser transportados á Europa.

"Por mi parte, estoy encargado, en mi calidad de Ministro de la Casa Imperial, de pedir la benévola interposición de V. E. con objeto de obtener para el vice-almirante la autorización necesaria al efecto.

"Teniendo la honra, señor Ministro, de rogaros anticipadamente que os hagáis cerca del Jefe del Estado, el órgano de la gratitud de la Augusta Familia Imperial por el cumplimiento de su deseo, y de que aceptéis Vos mismo la expresión de ella por los buenos oficios con que tengáis á bien contribuir, aprovecho esta ocasión para ofrecer á vuestra Excelencia las seguridades de mi alta consideración.

"Viena, 26 de Septiembre de 1867.—El Canciller del Imperio, Ministro de la Casa Imperial *Beust*."

"Departamento de Relaciones Exteriores.—México, Noviembre 4 de 1867.—Señor Ministro: Me ha entregado el señor vice-almirante de Tegetthoff la nota que me dirigió V. E. en 26 de Septiembre último.

"Se sirvió V. E. comunicarme en ella, que Su Majestad el Emperador de Austria siente el deseo muy natural de que los restos mortales de su hermano el Archiduque Fernando Maximiliano, tengan su último reposo en la bóveda que encierra las cenizas de los Príncipes de la Casa de Austria: que participan de este deseo el padre, la madre y los otros hermanos del finado Archiduque así como en general todos los miembros de la Familia Imperial; y que confiando Su Majestad el Emperador en que el Gobierno mexicano facilitará, por un sentimiento de humanidad, la realización de ese voto, ha sido enviado á México el señor vice-almirante Tegetthoff, para pedir al Presidente que le permita llevar los restos del Archiduque á Europa.

"Instruido de los justos sentimientos expresados en la nota de Vuestra Excelencia, no ha dudado el señor Presidente de la República disponer que sea atendido y satisfecho con grande consideración, el natural deseo de S. M. el Emperador de Austria y de la Familia Imperial.

"Conforme á lo dispuesto por el Presidente, he manifestado al señor vice-almirante de Tegetthoff que desde luego le serían entregados los restos mortales del Archiduque Fernando Maximiliano, para que pueda llevarlos á Austria cumpliendo así el objeto de su misión.

"Tengo la honra, señor Ministro, de protestar á Vuestra Excelencia las seguridades de mi muy distinguida consideración.—*S. Lerdo de Tejada*.—A Su Excelencia el señor Conde de Beust, Canciller del Imperio y Ministro de la Casa Imperial de Austria.—Viena."

A las cinco de la mañana del 12 de Noviembre de 1867, una fuerza de trescientos caballos se detuvo á las puertas del hospital de San Andrés. Servía de escolta á dos carruajes: el uno era una diligencia; el otro un carro que tenía cierta apariencia fúnebre que inspiraba á la vez respeto y miedo. ¿Qué podría ser aquello? ¿Qué esperaba aquella tropa silenciosa á las puertas de la morada de la muerte? Nadie lo sabía. Los pocos transeúntes que por allí pasaban en tan obscura y fría mañana, veían con asombro el aparato; mas no podían comprender el hondo misterio que encerraba.

A las seis es sacada del hospital una caja, que se coloca cuidadosamente en el carro. ¿Qué contiene? Indudablemente es un cadáver, por el tamaño y la apariencia. ¿Pero de quién? El misterio continúa; nadie lo aclara!

Aquellos son los restos del que se llamó EMPERADOR DE MEXICO; del Archiduque de Austria, Fernando Maximiliano; del que lleno de juventud y de vida, de esperanza y de satisfacciones hizo su entrada en la misma capital de que hoy es sacado su cadáver, el 12 de Junio de 1864; es decir, á los tres años cinco meses precisos!

¿Qué queda de su poder y su grandeza? ¡Aquí el recuerdo: más allá de los mares un poco más de polvo! ¡Miseria humana! Los altos juicios de Dios son incomprensibles para los mortales: verdaderos arcanos imposibles de penetrarse!

El convoy, si es permitido llamarlo así, se puso en marcha. La abre una descubierta de caballería, á la que sigue inmediatamente el carruaje mortuorio; después, una diligencia con cuatro personas: los encargados de entregar y recibir el cadáver en Veracruz; y la cierra la escolta. En seguida van algunas personas á caballo; las que pudieron saber lo que aquello era. La ciudad toda ignoraba cuándo marcharían los restos mortuorios del infortunado descendiente de Carlos Quinto. A saberlo, el acompañamiento habría sido mayor.

Este aparato fúnebre recorrió las calles de Vergara, Coliseo, Coliseo Viejo, Monterilla, Jesús y del Rastro, hasta salir por la garita de San Antonio Abad.

El cadáver está muy bien embalsamado y podemos asegurar (dice el "Diario Oficial") que no presenta descomposición importante, á no ser aquellas alteraciones naturales que sobrevienen después de la cesación de la vida, como el obscurecimiento del color de la piel y la caída en parte del cabello, pues en todo lo demás se mantiene en las condiciones mejores que pudieran esperarse. Los médicos que han practicado la obra de conservación, han puesto particular empeño en hacer cuanto estaba á sus alcances para remediar el trabajo destructor de las influencias del clima, que luchan con las preparaciones más seguras de que se vale la ciencia para evitar la putrefacción, y han conseguido que el cadáver no sufra cambios notables.

Está el cuerpo vestido de negro y acostado sobre cojines de terciopelo, en un ataúd de palo de rosa, elegante y primorosamente trabajado. Sobre la tapa está labrada una cruz en relieve, en la cual se entrelazan algunas hojas de viña. El resto de la obra no desmiente en sus detalles de lo esencial, y no tiene falta alguna que sea digna de recordarse. Este ataúd está depositado en una caja de zinc que no permitirá la entrada del aire y ambas en una de cedro, que á pesar de estar destinada para una simple cubierta provisional, no por eso está construída con menos esmero. También se ha preparado un carro especial en que pueda conducirse todo esto, y tanto en lo interior como en lo exterior de los aparatos, se han hecho las cosas de manera que el movimiento del viaje por tierra y mar no ocasione golpes ni sacudimientos que puedan lastimar los restos del Archiduque.

Se dice que se entregaron al vice-almirante Tegetthoff, algunos objetos pertenecientes al Archiduque, entre ellos una bandeja y unos candeleros de plata, que le fueron regalados en 1834, cuando era niño todavía. Dícese también que otros de esos objetos fueron destruídos á petición del mismo vice-almirante: esta suerte corrió el vestido que llevaba el Príncipe cuando fué fusilado. Se asegura con generalidad que el corazón y las demás entrañas del Archiduque quedan en México.

La fragata *Novara*, que se empavesó ricamente en 1864 para traer á Veracruz al infortunado Príncipe Maximiliano, como Emperador de México, es la misma encargada de llevar ahora sus restos, convirtiéndose en una especie de capilla fúnebre ambulante, encerrando un magnífico sarcófago hecho á propósito para el efecto. Son tres cajas en una: la interior de plomo, la intermedia de madera, y la exterior de metal blanco, primorosamente trabajada. El todo pesa ochocientas libras.

En modesta publicación titulada ALMANAQUE HISTORICO DE MAXIMILIANO para los años de 1867 y 68 apareció la presente biografía, en dos numerosas ediciones, por autor ó autores desconocidos, pero escrita con datos fehacientes, en estilo sencillo y sin pretensiones; los autores estuvieron cerca de los acontecimientos, tal vez fueron actores en la terrible tragedia que comenzó en Miramar el 1º de Abril de 1864 y tuvo su desenlace en el Cerro de las Campanas el 19 de Junio de 1867.

A todos, casi á todos los actores de ese drama histórico los hemos visto desaparecer; Maximiliano, Miramón, Mejía, Juárez, Lerdo de Tejada, Escobedo, Napoleón III, Pío IX, solamente queda la infeliz Princesa Carlota en el castillo de Laeeken, sin el recuerdo del pasado, sin la conciencia del presente, sin la esperanza del porvenir.....

¡¡El General Leonardo Márquez no ha muerto!!



CAPITULO XVIII

La Emperatriz Carlota.—Principios de Gobierno.—La canción de “Mamá Carlota,” por el General Vicente Riva Palacio.—La Emperatriz llegó á París el 9 de Agosto á la Estación de Mont Parnasse.—La Emperatriz en el Castillo de Bouchout, á dos leguas de Bruselas.—Desde 1879 á Marzo de 1911.

LA EMPERATRIZ CARLOTA



STAMOS en 3 de Octubre de 1863. La comisión mexicana se presentó al Archiduque Maximiliano para ofrecerle la corona del Imperio de México; después de las arengas de costumbre . . . “quiso presentarles á su esposa, la Archiduquesa Carlota, y al efecto la condujo de un salón al inmediato . . . La Archiduquesa se acercó, como lo había hecho su esposo, á los individuos que formaban la comisión hablándoles según su carrera ó profesión que tenían, tocándoles los puntos que más pudieran halagarles. A D. Joaquín Velázquez de León . . . le habló de los adelantos del Colegio de Minería; á Don Ignacio Aguilar y Marocho, del dictamen (*en pró de la monarquía había dado en la Asamblea de Notables*) y de los elogios que en su ausencia hicieron de él los señores Arzobispos de México y Michoacán; á Don Antonio Escandón, del camino de hierro que se estaba haciendo de Veracruz á la Capital; al Dr. D. Francisco J. Miranda, de los varones ilustres que la Iglesia ha tenido en México; á D. Angel Iglesias y Domínguez, de la esposa del Corregidor de Querétaro . . . y así á los demás; pero todo con un tacto, delicadeza y talento, que revelaban su vasta capacidad y que había leído detenidamente la historia de D. Lucas Alamán.”

¡Era mucha mujer esta Archiduquesa Carlota . . . !

Se apuntaba la megalomanía en la Emperatriz, con más inteligencia que la *política* de su marido.

Con razón dijo el fraile Tomás Gómez, monje franciscano español, refiriéndose á esta época, cuando veía las densas nubes de la caída del Imperio: “O el Emperador y la Emperatriz se volvieron locos en México, ó *representaron una comedia en Miramar.*”

Al visitar, Maximiliano y Carlota á Napoleón III en las Tullerías, “el Monarca francés fué al encuentro de sus augustos huéspedes hasta *el sexto* escalón de la escalera, donde se detuvo para abrazar al futuro Emperador de México y estrechar afectuosamente la mano de la princesa Carlota, á quien ofreció el brazo para subir á la habitación de la Emperatriz Eugenia. Esta, por su parte, salió á recibir á la Archiduquesa, abrazándola cordialmente” Era el 5 de Marzo de 1864.

Salieron Maximiliano y Carlota de Miramar para Roma, de paso para México, el 14 de Abril del mismo año; llegan á Roma y á poco fueron cumplimentados por el Cardenal Antonelli, Secretario de Estado de Pío IX, en nombre de Su Santidad: visitaron al Papa; en la noche dieron un banquete de 50 cubiertos, á Cardenales y personas principales de la sociedad romana. Todos estaban contentos porque Maximiliano iba á devolver á la Iglesia mexicana los bienes eclesiásticos adjudicados. Como final de esta visita, Maximiliano y Carlota oyeron la misa que celebró en la capilla Sixtina el Papa Pío IX y comulgaron ! A la misa siguió el desayuno; en la misma mesa se colocaron Pío IX, Maximiliano, Carlota y Antonelli.

A las 12 de ese día, 20 de Abril, el Pontífice, acompañado del Cardenal Antonelli, fué en carroza dorada, tirada por seis negros frisonos, á visitar á Maximiliano y Carlota; la carroza entró al patio del palacio Marescotti hasta el pie de la escalera, en donde *le esperaban de rodillas el Emperador y la Emperatriz de México*: en la conferencia, que duró una hora, Maximiliano ofreció su resolución de reparar los daños hechos á la Iglesia y á dar al clero toda la respetabilidad que le era debida; después salieron de Roma para México: llegaron el 28 de Mayo á Veracruz, donde fueron recibidos con frialdad; esto causó á Carlota la primera contrariedad y lloró !

La entrada solemne de los Emperadores en la Capital de México, tuvo lugar el 12 de Junio de 1864. Los balcones de las calles de Plateros, Vergara y San Andrés, fueron alquilados para ver la comitiva, á precios fabulosos de 100 á 500 pesos cada uno, por sólo el instante de la entrada.

El Emperador dió varios decretos, pero el más notable de ellos fué el de asignarse un sueldo de millón y medio de pesos anuales y de 200,000 á la Emperatriz!!

Por lo visto, la Emperatriz tomaba á pechos y con valentía la política del Imperio; el 20 de Diciembre de 1865 entraba Carlota en la Capital después de su viaje á Yucatán: durante éste se había sentido muy excitada con los ruidos del buque; su cerebro comenzaba á perturbarse con las impresiones físicas, el remate había de ser con las morales.

No se encontraba satisfecha en México y se desbordaba su mal humor hasta en cosas pequeñas: Habiéndose presentado una vez á Carlota el programa de un acto público, en que se decía: "que asistiría el Arzobispo y el venerable Cabildo," tomó inmediatamente un lápiz y borró la palabra *venerable*, diciendo que nada era venerable en México y menos el clero.

Que Carlota era más *roja* que su marido, lo había demostrado bastante la Señora, con su influencia en los asuntos religiosos y su antipatía por el alto personal del clero!!

PRINCIPIOS DE GOBIERNO.—LA EMPERATRIZ CARLOTA

A mediados de Julio de 1864, organizó Maximiliano su Ministerio con hombres de distinto matiz político, conservadores y liberales; entre estos últimos figuraba, entre los llamados, el sabio historiador y arqueólogo, Lic. D. Fernando Ramírez, quien se resistió á formar parte del gobierno imperial.

El Sr. D. Hilarión Frías y Soto describe del modo siguiente la entrevista del Archiduque con el Sr. Ramírez.

"Uno de sus deseos más vivos había sido atraerse una de las ilustraciones del partido liberal, pero habían sido en vano halagos, promesas, empeños, y todo se había estrellado en la firmeza del viejo patricio. Este se vió un día arrastrado al Gabinete Imperial donde lo recibió el Emperador. La conferencia fué larga Razones de alta conveniencia política, de patriotismo, todo fué inútil; el antiguo demócrata, aunque se sentía conmovido y convencido, no quiso quebrantar su resolución ni dejar de ser fiel á la causa republicana.

"Entonces se descorrió la cortina que cerraba la puerta del gabinete que conducía á las habitaciones interiores. Apareció la Emperatriz Carlota en el dintel de aquella puerta. Avanza lentamente acercándose á los dos interlocutores. Y, tendiendo la mano á Ramírez, le dijo con su voz breve y armoniosa: "Todo lo he oído. Al negaros á servir á nuestro país, ayudando en su obra "grandiosa al Emperador, no demostráis mucho patriotismo. Pero lo que no habéis cedido en "el debate, lo cederéis á una mujer que os lo suplica; y yo, la Emperatriz, os ruego que ingre-"séis al Consejo de Ministros, pues no creo que temáis correr nuestra buena ó mala suerte."

"Ramírez inclinó aquella cabeza prominente y nutrida en el estudio: ¡su alma *apasionada* no pudo resistir aquel ataque y cedió!"

Por lo visto, la Emperatriz Carlota tomaba un participio activo en la política de su consorte y por consecuencia sentía las contrariedades políticas más intensas, atendido su carácter exal-

tado y varonil, predispuesto con estas impresiones á terminar de un modo fatal con sus facultades intelectuales.

José María Hidalgo.—(Proyectos de Monarquía en México).

“La Archiduquesa es hija del Rey de los belgas, del Néstor de los Monarcas cuya opinión es de tanto peso en los consejos de la Europa. (*José María Hidalgo*).”

“La Archiduquesa María Carlota tiene 22 años (en 1863); su talento y su saber cautivan apenas se tiene la dicha de hablar con ella. Su instrucción es muy variada y tiene una gran facilidad para las lenguas: habla francés, alemán, inglés, italiano y español, que pronuncia con mucha gracia; su trato es dulce, su conversación amena, y digna en todo del príncipe que hemos elegido. (*José María Hidalgo*).”

Esta era la compañera de Maximiliano, y como él, sin conocer el mundo ni el corazón humano, en un país extraño, sin conocimiento de las costumbres del pueblo mexicano, llegó sin acabarse aún los odios de partido de la guerra religiosa que por tres años había destrozado al país; quedaban todavía los habitantes divididos en rojos, liberales, y verdes, conservadores.

Carlota hacía su entrada en la Capital de México después de su expedición á Yucatán para encontrarse con noticias alarmantes. El Emperador Napoleón anunció la retirada de las tropas francesas; principio del derrumbe del Imperio Mexicano, decía: “El Gobierno fundado por la voluntad del pueblo en México se consolida: vencidos y dispersos los disidentes, *no tienen ya jefe*; las tropas nacionales han manifestado su valor, y el país ha encontrado garantías de orden y seguridad. Como me prometía el año anterior, nuestra expedición toca á su término. Estoy en tratos con el Emperador Maximiliano para fijar la salida de nuestras tropas, á fin de que su regreso se verifique sin comprometer los intereses franceses que hemos ido á defender en aquel lejano país.” Era el 22 de Enero de 1866; Forey opinó que la salida de las tropas francesas había de producir la caída del trono de Maximiliano.

Carlota, Felix Eloi, consejero, y D. José Fernando Ramírez aconsejaron con instancia á Maximiliano que destituyera á D. José María Hidalgo y nombrase otro Ministro de Francia en su lugar. Maximiliano llamó á Hidalgo á México para que lo informara verbalmente de la *verdad desnuda*; pidió algunos días para dar su informe y le dijo, entre otras cosas: “que la verdad no entraba en su palacio: que lo engañaban los que le decían que la situación era muy buena y que los habitantes de México estaban satisfechos; que había un descontento general; descontento para el porvenir; que había desaparecido completamente el entusiasmo de los primeros días: que todos convenían en que S. M. estaba rodeado de juaristas, enemigos del Imperio y de Francia; que empleos y puestos delicados se confiaban á gentes que conspiraban á la luz del día; que todas las familias, todo lo que legítimamente formaba la sociedad de un país, vivía consternado porque la mala inteligencia con el Mariscal Bazaine se traducía por la retirada de las tropas y del apoyo de Francia, y muchas familias hablaban de emigrar; que si S. M. quería oír á personas de confianza que le indicó, ellas podrían decirle le que no se habían atrevido á decir por no haber sido interrogadas por S. M.” A esto contestó Maximiliano: “*Eso se dice de todos los Gobiernos.*”

Respecto de la opinión pública en Francia acerca de la expedición de México, terminó con estas palabras: “*No hay que hacerse ilusiones, Señor, amigos y enemigos de Napoleón, todos desean la vuelta del ejército francés.*” Estas palabras fueron dichas con enérgica franqueza y convicción profunda y causaron una vivísima impresión en Maximiliano como en Carlota.

Maximiliano se llevó á Hidalgo á Cuernavaca; le pidió una lista de personas que convendría ocupar en el Gobierno: Hidalgo contestó que ausente durante diez y ocho años, á nadie conocía para proponerlas. Por fin, le propuso hacerlo Consejero de Estado; á esto se negó y se retiró á la vida privada. Hidalgo fué de los que fueron á ofrecer á Maximiliano la corona del Imperio. Más tarde dijo Hidalgo: “que el Emperador y Carlota se habían vuelto locos en México, ó habían representado una comedia en Miramar.”

Comenzaban densas nubes de tempestad, el 4 de Marzo: la diligencia que conducía la comisión belga que vino á participar el advenimiento al trono del rey Leopoldo II, fué asaltada en Río Frío, en camino para Veracruz y asesinado el Barón belga d'Huart: Maximiliano y Carlota asistieron de incógnito á los funerales.

A mediados de Marzo, un despacho de Drouyn de Lohys ordenaba á Bazaine que comenzara la evacuación de las fuerzas francesas y que quedara terminada lo más pronto posible. El Emperador Napoleón había resuelto que el regreso de las tropas expedicionarias comenzase en Noviembre del año de 1866 en tres divisiones; la primera el mismo Noviembre; la segunda en Marzo de 1867 y la tercera en Noviembre del mismo año. Todas las fuerzas ascendían poco más ó menos á 26,000 hombres.

Maximiliano envió á Almonte, D. Juan N, como embajador á Napoleón III para que se retardase la retirada de las tropas, mediante un tratado secreto que substituyera al de Miramar; pedía que el ejército expedicionario permaneciese en México tres años más. Que si Napoleón se negaba, que le dijera que retirara luego las tropas francesas de México apoyado en la promesa de su hermano Francisco José, Emperador de Austria, que había ofrecido mandarle pronto un ejército de 10,000 austriacos. Pero el Ministro de los Estados Unidos en Viena protestó contra el alistamiento amenazando con romper sus relaciones diplomáticas y retirarse, si se insistía en tal propósito. Iban ya á embarcarse los voluntarios el 10 de Mayo pero recibieron contra orden del Emperador. Fracasó, en consecuencia, la comisión de Almonte. "Es imposible admitir las proposiciones del General Almonte, dijo Napoleón." *Quedaban sin valor los tratados de Miramar.*

Estas contrariedades exaltaron los ánimos de Maximiliano y Carlota y tal vez prepararon la catástrofe de la Emperatriz.

La derrota que en Santa Gertrudis sufrieran los imperialistas alarmó á Bazaine, que salió con su ejército para San Luis.

De las más importantes y decisivas fué esta batalla que dió el General D. Mariano Escobedo, el 2 de Julio de 1866, á un enorme convoy escoltado por el General Olvera con dos mil hombres, artillería y bagajes, en las lomas de Santa Gertrudis. Los carros con inmenso cargamento, valiosos capitales y mercancías, les sirvió de parapeto á los imperialistas.

El valor y la habilidad del jefe republicano obtuvieron un espléndido triunfo con una fuerza inferior, pues sólo contaba con mil trescientos hombres. Todo quedó en poder de Escobedo: once piezas de batalla dotadas de municiones, dos de montaña con su parque y entero el convoy. Las pérdidas del enemigo fueron: 500 muertos, entre ellos, 160 extranjeros; 1,200 prisioneros, de ellos 160 europeos. Por parte de Escobedo cien de sus defensores, muchos heridos y de ambos combatientes unos 300. Hasta ahora se conocen los resultados de esta batalla desprestigiada por los imperialistas.

Al tomar la pluma Maximiliano para escribir su abdicación del trono de México, Carlota le detuvo la mano, aconsejándole que lo conservara mientras iba á Europa para el arreglo de tres asuntos capitales: el cumplimiento de los tratados de Miramar; los negocios de la Iglesia con el Santo Padre, y los más importantes, los de hacienda, pues carecía el Imperio de recursos: así, podían los Emperadores apoyarse en el partido conservador. (5 de Julio).

El 8 de Julio salió de México la Emperatriz Carlota, con el Conde de Bombelles, D. Martín del Castillo, el General D. José López Uruga, su médico belga Boklusalbech, de sus chambelanes, Felipe Neri del Barrio, Suárez Peredo, Conde del Valle y de dos damas de honor. Salió de Veracruz y se embarcó en el vapor "La Emperatriz Eugenia" para San Nazario.

Entre tanto, la noticia de esta salida inspiró al General Vicente Riva Palacio, la popular canción titulada "ADIOS MAMA CARLOTA," publicada en diminuto periódico de Huetamo, del Estado de Michoacán, llamado "*El Pito Real*," arma ridícula, pero poderosa en aquellos momentos de angustia para los imperialistas.

LA CANCION DE MAMA CARLOTA

EL GENERAL VICENTE RIVA PALACIO

El popular literato D. Vicente, falto de recursos para combatir con las armas en el Estado de Michoacán, esgrimió la más terrible que sabía manejar con mano maestra.

Se trata del alma de la "Orquesta," del "Ahuizote" y del "Pito Real."

En 1866 Riva Palacio había entregado el mando del ejército de Michoacán al General Nicolás Régules, por orden del Presidente D. Benito Juárez, quedábanle solamente su Secretario, dos ayudantes y un mozo en Zitácuaro, que era su centro de operaciones. La oficialidad de Riva Palacio andaba dispersa por las montañas, sin recursos y sin armas.

En uno de aquellos días el Secretario del General había recibido un poco de café que le envió la persona más querida de su familia. ¡Café de Uruapan! Aquel fué un gran día para el General y sus dos compañeros. Para hacer honor al café, la comida de aquella fiesta tuvo el aumento de un platillo (no recuerdo si fué sopa ó principio); lo cierto es que no se limitaba al caldo y al cocido que era nuestra comida habitual en Huetamo, soberbia, si se comparaba con la de costumbre en la campaña.

Estábamos ya sentados á la mesa, cuando llegó un correo y entregó á Riva Palacio un microscópico papel enrollado. El General lo desplegó cuidadosamente, se quitó los anteojos y leyó. Ni el Secretario, ni el Teniente Coronel Verduzco se atrevieron á preguntar el contenido, pero ambos eran presa de una curiosidad espantosa, tanto más, cuanto que veían que el semblante del General estaba encendido de emoción.

Comenzó la comida. Ya es de suponer que el banquete no duró largo tiempo. El café estaba preparado y se sirvió en tazas de porcelana, cuyo albor se tiñó con ese tinte oleoso característico del café de Uruapan. Entre el humo que se desprendía de la superficie del líquido, se alzaba el aroma provocativo. Hacía mucho tiempo que no nos dábamos el lujo de tomar café, ni menos de Uruapan, que dista de Huetamo casi ochenta leguas.

Estábamos saboreándolo, no obstante nuestra terrible curiosidad de saber las noticias que había llevado el correo, cuando entró un cajista de la imprenta que allí tenía el Gobierno republicano, bajo el cuidado del constante patriota Gregorio Pérez Jardón. El impresor iba por original para el "Pito Real."

Aquí una digresión. Por más que yo deseo escribir estos apuntes en artículos cortos, no lo puedo conseguir, porque son tantos los episodios que se enlazan con un recuerdo cualquiera de aquel tiempo, que la pluma corre sin poderse contener. Hablemos, pues, del "Pito Real."

Falto de soldados y de toda clase de elementos de guerra, el General no podía batir por aquel entonces en el terreno de las armas á los enemigos de la Nación. Para satisfacer su ansia de luchar fundó en Huetamo un periódico, digamos, un periodiquito satírico, burlón, lleno del calor del patriotismo. Púsole por nombre "El Pito Real," por ser el de una danza que en aquellos días se había hecho muy popular. Inútil es decir que los principales personajes del Imperio aparecían allí ataviados con los más suntuosos trajes del ridículo. La gente se disputaba el periódico y no hay exageración en afirmar que se sabía de memoria todos los números. Se les daba gratis á los ancheteros y á los barilleros que iban los domingos á placear á Huetamo y ellos se encargaban de hacerlo circular en Tacámbaro, en Pátzcuaro, en Morelia y en otras ciudades ocupadas por el Imperio, en donde se lo disputaban amigos y enemigos, habiéndose dado el caso de venderse á peso los ejemplares. Méndez, el terrible General Méndez, cuyos oídos sólo estaban impuestos á la adulación y á la lisonja de los diarios de México y Morelia, caía enfermo, derramada la bilis, cada vez que llegaba á sus manos el famoso "Pito Real." Una ocasión, sobre todas, guardó cama muchos días, porque "El Pito Real" con una gracia inimitable refirió el hecho sobrenatural de haberle hablado un candelero. ¡Tales cosas le diría! Entonces Méndez juró hacer trizas á Riva

Palacio, á pesar de las órdenes en contrario dictadas por Bazaine, cuando con motivo del canje de los belgas lo reconoció expresamente como beligerante y no como jefe de guerrillas.

Concluída ya la digresión, diré que el General era quien más lentamente paladeaba su café, que nosotros estábamos como en ascuas por saber lo del correo y que el cajista esperaba tranquilo ó indiferente el original.

Por fin el General, levantándose de la mesa dijo á su Secretario:

— Ahijado, traiga Ud. papel y pluma y escriba lo que voy á dictarle.

Y sin detenerse, sin meditar, sin cambiar ni corregir una sola palabra, disputándose el lugar las ideas, improvisó, mejor dicho, recitó la siguiente composición:

“ADIOS A MAMA CARLOTA”

I

Alegre el marinero
Con voz pausada canta,
Y el ancla ya levanta
Con extraño rumor.
La nave va en los mares
Botando cual pelota,
Adiós, mamá Carlota,
Adiós, mi tierno amor.

II

De la remota playa
Te mira con tristeza
La estúpida nobleza
Del mocho y el traidor.
En lo hondo de su pecho
Ya sienten su derrota;
Adiós, mamá Carlota,
Adiós, mi tierno amor.

III

Acábanse en Palacio
Tertulias, juegos, bailes,
Agítanse los frailes
En fuerza del dolor,
La chusma de las cruces
Gritando se alborota,
Adiós, mamá Carlota,
Adiós, mi tierno amor.

IV

Murmuran sordamente
Los tristes chambelaues,
Lloran los capellanes
Y las damas de honor.
El triste Chucho Hermosa
Canta con lira rota:
Adiós, mamá Carlota,
Adiós, mi tierno amor.

V

Y en tanto los chinacos
Que ya cantan victoria,
Guardando tu memoria
Sin miedo ni rencor,
Dicen mientras el viento
Tu embarcación azota:
Adiós, mamá Carlota,
Adiós, mi tierno amor.

El Secretario Alzati, Verdusco y el cajista, estaban embargados por dos emociones: no sabían si brincar de gusto por la noticia que aquellas coplas lanzaban al público ó abrir los brazos y estrechar en ellos al General, como un tributo de admiración por su talento.

De aquel número del "Pito Real" se hicieron dos ediciones abundantísimas que se agotaron en el acto, siendo aquel periódico el primero que dió á conocer en Michoacán el intempestivo viaje de la princesa Carlota.

Riva Palacio, por fin, había leído el papel que condujo el correo. Era del Coronel Alzati y decía: "Mi General: Ya no hay Imperio en la frontera. Escobedo vencedor. Los franceses se pre-
"paran á embarcarse y la Emperatriz se ha ido á Europa á pedir socorros. Clinchant abandona
"á Zitácuaro. Mientras Ud. llega reunirá á los amigos. —*José María Alzati.*"

El General dispuso la marcha; pero antes hubo que hacer algunos preparativos.

Cuatro días después tomamos el camino de "Las Garzas." A las tres jornadas llegamos á Laureles á eso de la oración de la noche. El administrador de la Hacienda, Don Miguel Sierra, nos ratificó las noticias comunicadas por Alzati. Recuerdo muy bien, porque no me separé del General, que no recibió ningún otro correo ni habló reservadamente con nadie. Después de la cena se conversó largo tiempo y luego nos fuimos á acostar. Al General y á su secretario les dieron un mismo aposento. Aquél se acostó en un rincón y éste junto á la puerta. Riva Palacio que estaba en una cama, se durmió profundamente, mientras que su secretario, tendido en el suelo, sobre los sudaderos de su caballo, no pudo conciliar el sueño. Serían las once de la noche, cuando el General despertó sobresaltado y exclamó:

—Que ensillen en el acto los caballos; ahí están los franceses!

El secretario, con esa obediencia que es forzosa en la campaña, comunicó la orden al mozo y ensilló su propio caballo. Al ir á montar se oyeron fuertes golpes en el zaguán y la voz de Marcos Alzati que gritaba:

—Aprisa, aprisa, que vienen los franceses por Susupuato!

Entonces echamos á correr, guiados por Alzati que nos condujo al rancho de Barranquilla. Dormimos un rato. El día amaneció nublado; en el monte vecino había inmensas bandadas de chachalacas, dejando oír sus chillidos discordantes y cerca de nosotros relinchaban los caballos.

Por fin apareció el sol, la niebla se disipó como por encanto, mostrándose la vegetación lujuriante, salpicada de rocío y llena de aromas entre los que se hacía más perceptible el de las hílamas: sobre lo alto de la cañada veíamos una tira de cielo, azul purísimo. ¡Jamás olvidaré el esplendor de aquella hermosa mañana!

—Ahí está José María Alzati, dijo el General: ¡ensillen!

Quando el Coronel asomó entre los grangeros ya todos habíamos montado.

—Buen susto nos pegaron anoche los franceses: por fortuna ustedes recibieron oportunamente el aviso que les mandé con Marcos.

—¿Están en Zitácuaro?, preguntó el General.

—De paso. Permanecieron un rato en Laureles y lo buscaban á usted, porque de seguro les dieron pitazo. Siguiéron luego á Zitácuaro, donde descansarán un poco. Vienen de Temascalte-

pec y van á incorporarse á una columna que está en Maravatío. Me figuro que ésta es la última vez que pisan á Zitácuaro.

— Pero ¿es cierto que se retira de México el ejército francés?

— Como usted lo oye, mi General: ya los traidores andan como ratas atarantadas. Pero vámonos, los muchachos nos esperan en La Florida.

Alzati tomó la delantera, adivinando, más bien que siguiendo, inextricables senderos: iba, como siempre que caminaba, cantando sus canciones favoritas de tierra caliente.

Los demás caminábamos silenciosos, entregados á nuestros propios pensamientos. Yo me preguntaba, decía el Lic. Eduardo Ruiz, autor de este artículo, en vano cómo pudo el General saber la llegada repentina de los franceses á Laureles. ¿Lo soñó? ¿Fué un simple presentimiento? El se decía espiritista y siempre que le he hablado de este asunto invariablemente me ha dicho que esas y otras cosas por el estilo se las comunicaba un espíritu . . .

Ya era de noche cuando llegamos á la Florida: los soldados asaban elotes, sentados alrededor de las fogatas. Cantaban, y con gran sorpresa nuestra, lo que cantaban era “Mamá Carlota” habiéndole acomodado la música de una canción muy en boga en aquellos días. El General los saludó y les aconsejó que adoptasen la tonada de “Los Cangrejos,” pero variándole el compás. Así lo hicieron en el acto.

Entretanto habían rodeado al General el Lic. Couto y sus hijos, los tres Alzati, Luis Carrillo, Acebedo, Luis Malo, Granda y otros antiguos compañeros suyos en la campaña de Zitácuaro. Aquellos hombres que ocho días antes andaban huyendo, solos é inermes, por los cerros, llevaban ahora á su caudillo cada uno un puñado de soldados con fusiles y cartuchos ó con caballos y lanzas. El General Riva Palacio los abrazó á todos, y á las aclamaciones con que lo recibían contestó él con un *viva* á la independencia de México.

Un mes después comenzó de nuevo la campaña, y no había partida de republicanos ni pueblo en que no se cantara con entusiasmo:

“Adiós, mamá Carlota!”

CARLOTA LLEGO A PARIS EL 9 DE AGOSTO A LA ESTACION DE MONT-PARNASSE

Acompañada de Almonte y de su esposa que había ido á recibirla y cumplimentarla en el buque “La Emperatriz Eugenia,” en donde la recibieron y cumplimentaron los demás individuos de la Legación Mexicana, D. José María Gutiérrez Estrada, el príncipe Salvador Iturbide, nombrado príncipe por Maximiliano, y otros mexicanos; de allí fué conducida al hospedaje que le tenían preparado en el Gran Hotel, en donde fué á saludarla el príncipe de Metternich, Ministro de Austria en París. Al día siguiente á las 6 de la tarde recibió la visita de la Emperatriz Eugenia, acompañada de altos dignatarios de su Corte.

La primera conferencia entre Carlota y Napoleón III, tuvo lugar el 11 de Agosto de 1866. Se encuentra así referida en los “Anales Mexicanos” por el P. D. Agustín Rivera:

“El día 11 se dirigió la Emperatriz Carlota á Saint-Cloud, acompañada de la esposa de D. Juan Nepomuceno Almonte, en un carruaje de la Corte, siguiendo á éste otro en que iba la Sra. del Barrio; el Conde del Valle, gran chambelán; y el Sr. del Barrio, chambelán de servicio. . . . Su Alteza el Príncipe Imperial (niño de 10 años) esperaba en la puerta á la Soberana de México, á quien dió la mano al bajar del carruaje. La Emperatriz Eugenia que se encontraba en el primer tramo de la escalera, acogió á la esposa de Maximiliano con señaladas muestras de satisfacción y afecto. El Emperador Napoleón, pretextando estar enfermo, se resistía á tener una entrevista con la Emperatriz Carlota; mas habiendo insistido en conferenciar personalmente con él, no pudo excusarse y la recibió. La esposa de Maximiliano pintó con vivo colorido la situación verdaderamente crítica por la cual atravesaba el Imperio Mexicano. . . . Indicó la

conveniencia de que fuera relevado el Mariscal Bazaine, y rogó que el regreso del ejército expedicionario se aplazase hasta el mes de Abril del año siguiente de 1867, así como que se concediese dos años de respiro para el pago de la deuda contraída por el Imperio de México en Francia.”

“Carlota, delante de Napoleón, leyó una *Exposición* que le remitía el Gobierno de México en la que entre otras muchas cosas, se decía: “El Gobierno Imperial Mexicano no podía prever, ni habría podido admitir como probable el hecho de que al cabo de tres años de una guerra ruinosa, el General en Jefe del ejército franco-mexicano, compuesto de cincuenta mil hombres, no hubiera conseguido someter las ricas Provincias de Tabasco, Guerrero y Chiapas, donde no se ha visto ni un soldado francés. No podía suponer, sobre todo, que después de prolongarse tres años la guerra, gracias á la inacción del comandante en jefe ó á sus disposiciones, todos los extensos Estados del Norte habrían caído de nuevo bajo el yugo de los juaristas. Baste echar una rápida hojeada sobre la adjunta carta geográfica, para convencerse de esta deplorable situación militar, y de la injusticia notoria que se comete al dirigir un cargo contra el Gobierno Imperial Mexicano, por no haber satisfecho las exigencias del Tratado de Miramar; el General en jefe francés ha privado á este Gobierno de sus naturales recursos, no terminando pronto y felizmente la guerra. Este es un hecho que debemos hacer constar de un modo solemne, pues no ha dependido de nosotros evitar sus consecuencias. . . .” El 4 de Diciembre del mismo año insistía de nuevo S. M. sobre este punto. “Acabo de recibir — escribía — noticias muy desagradables de Sinaloa y del Departamento de Mazatlán; las poblaciones de estas comarcas no saben darse cuenta de la causa que motiva la salida de las tropas francesas, antes que cuerpos mexicanos bien organizados vayan á reemplazarlas; ellas ven con terror al General Corona, próximo á apoderarse de un solo golpe de todo el país que antes no estaba sometido. La confianza está, por lo tanto, profundamente debilitada, y esta fatal medida nos hace perder en el espíritu público más que una derrota grande, pues parece indicar que el Gobierno mismo no tiene fe en el porvenir.” En otra carta de 17 de Diciembre de 1865, el Emperador indicaba al Mariscal Bazaine, la necesidad urgente de ocupar el puerto de La Paz, capital de la Baja California, para impedir que esta importante península, que cierra el Golfo ó Mar de Cortés, fuese invadida por los filibusteros americanos ó cayera en poder de los disidentes. El Comandante en jefe respondió al punto: “Me apresuro á contestar la carta que me ha dirigido V. M. fechada este mismo día, con motivo de la contrarrevolución que acaba de estallar en La Paz, capital de la Baja California. Tan luego como llegaron á mi conocimiento esos acontecimientos, dí orden al Almirante Mazeres, que manda la división naval de las costas del Pacífico, para que tomara una compañía francesa en Mazatlán, se dirigiera á La Paz y restableciese el orden.” La compañía francesa no se ha presentado nunca en La Paz, y la Baja California permanece aún en poder de los enemigos del Imperio.”

“Se ha vituperado también al Gobierno Imperial Mexicano, por no haber marchado exclusivamente con cierto partido, y por haber intentado una obra de conciliación. Pero ¿qué, se ignora, que esta política fué la aconsejada desde el principio por los mismos generales franceses? El General Castagny escribía al Mariscal el 30 de Agosto de 1864: “Las poblaciones de la frontera del Norte son enérgicas, laboriosas, industriosas y liberales. Ellas aceptarán el Imperio sin dificultad, con tal que no se hieran demasiado duramente sus convicciones.” El Mariscal mismo decía á S. M., en una comunicación fechada el 29 de Diciembre de 1864: “Las tendencias clericales del General Mejía y del General López, y el espíritu generalmente liberal de las poblaciones de Nuevo León y Tamaulipas, hacen necesario el nombramiento de funcionarios ilustrados, que con su influencia pueden contrabalancear, si no dominar, la de los referidos comandantes militares.” Se ve, pues, que por los consejos ó las insinuaciones de los jefes más autorizados del ejército francés, tuvo otros cómplices el Emperador en su línea de conducta política, además de las personas que lo rodeaban, y por lo cual se le ha vituperado tan á menudo.”

“No consiste todo en tener un buen economista en su Consejo; es preciso, además, que perturbaciones violentas no vengan á cada paso á contrarrestar sus combinaciones. Es menester,

sobre todo, que una guerra conducida con apatía y que se prolonga, no venga á esterilizar á cada paso los esfuerzos del Gobierno é impedir el equilibrio entre los ingresos y gastos. El 12 de Enero de 1866, el Emperador decía al comandante en jefe: "En cuanto á las necesidades de las tropas nacionales que se encuentran en parte provistas de vestuario y equipo, nadie sufre como yo moral y físicamente; por desgracia esta guerra interior absorbe, con su duración, todos los productos de las rentas. Estoy resuelto, sin embargo, á hacer todos los sacrificios para cooperar á su terminación, tan impacientemente esperada por la opinión pública del país y de la Francia."

"Impútase al Gobierno Imperial Mexicano, el no haber apresurado la organización de un ejército nacional; pero ¿qué, se ignora que el comandante en jefe estaba encargado de formarlo é investido de todos los poderes necesarios al efecto?

.....
Zamacois, á la página 155, dice: "La conferencia fué larga y acalorada, pero nada se decidió en ella, quedando pendiente el asunto para otras conferencias que debían efectuarse con ese fin. Con efecto, cinco más llegaron á verificarse, de larga duración; pero que no dieron para la Emperatriz el resultado que anhelaba, aunque tampoco quiso Napoleón darle una negativa absoluta, decirle toda la verdad entera que desgarrase su alma."

El Conde de Kératry, hablando de la última conferencia entre Carlota y Napoleón III, dice: "La conversación fué larga y violenta; llena por una y otra parte de recriminaciones que acabaron por alterar el carácter de las explicaciones mutuas. Viendo la Emperatriz desplomarse poco á poco el castillo de esperanzas que su imaginación se había complacido en levantar desde su partida de Chapultepec hasta los umbrales de Saint-Cloud, sintiendo que su cetro se le estrellaba en las manos, no pudo contener su arrebato. Después de enumerar sus quejas, la hija de Leopoldo creyó reconocer, pero demasiado tarde, que al aceptar un trono de la munificencia del Emperador de los franceses, había olvidado que tenía la sangre de los Orleans."

Después de no conseguir nada del Emperador francés salió violentísima de París para Miramar, en donde celebró la independencia mexicana, izando en el castillo la bandera nacional, con cañonazos, música y con iluminaciones de farolitos venecianos. En su camino de Francia á Miramar no faltó extravagancia propia de la perturbación cerebral; al ir por Milán, Venecia y Padua, un día dijo y tomó en que un italiano que tocaba el organillo era el General mexicano Paulino Lamadrid, terquedad que causó risa á sus acompañantes. ¡Pobre Emperatriz!

Hizo explosión la enfermedad el 27 de Septiembre de 1866 al hacer Carlota su visita oficial al Papa Pío IX: las primeras palabras que le dijo fueron: "Estoy envenenada, ahí fuera están los que me han envenenado por orden de Napoleón." En una hora que duró la conversación sobre el mismo tema del envenenamiento, el Papa disuadiéndola de la idea y consolándola y ella insistiendo en la misma idea. Como Don Joaquín Velázquez de León, Embajador de México en Roma, estaba en cama enfermo, quiso que se lo llevaran en su lecho á su presencia para saber lo que tenía y dió en el mismo tema que estaba envenenada.

El día 29 hizo su correspondiente visita Pío IX á Carlota, acompañado de su Secretario, el Cardenal Antonelli; la misma duración y el mismo asunto del envenenamiento.

Por fin el 30 del mismo mes llegó á Maximiliano la noticia del mal éxito de las conferencias de la Emperatriz con Napoleón III; esta noticia se reservó cuanto fué posible para no desmoralizar al partido conservador y aumentar la fuerza moral de los republicanos; esperaba que las conferencias con el Pontífice tuvieran mejor éxito para reanimar á los imperialistas.

El médico de Carlota se iba convenciendo que le iba faltando la razón á la Emperatriz; quiso salir, pero se opuso como médico á que dejase la habitación. La Emperatriz, sin hacerle caso, le tomó de un brazo, le hizo á un lado para pasar y se fué al Vaticano acompañada de una camarista suya y de un chambelán llamado Datti que á sus órdenes había puesto el Papa; dominada por la idea de persecución, que la querían envenenar por orden de Napoleón, se quedó todo el día en el Vaticano sin querer separarse del Papa, persona en que tenía confianza, comien-

do en la misma pieza. Llegaba la noche y la infeliz deseaba quedarse allí, por temor de que en la fonda la envenenasen; el Santo Padre se veía en apuros para evitar el escándalo, si condescendía con aquella pretensión; quiso convencerla para que volviera á la fonda en que habitaba, diciéndola que el mismo médico del Vaticano la acompañaría: dijo que volvería al hotel acompañada del médico de Su Santidad, si se obligaba á salir á sus envenenadores, el Conde del Valle, el doctor belga Boklushlabech y la señora Kuchachevich que debía ser decapitada inmediatamente. Se le contestó que todo se haría como lo ordenaba, así se consiguió que volviera á la fonda; pero poco después se volvió á salir con una de sus camaristas y se fué de nuevo al Vaticano y dijo que iba á pasar la noche junto al Papa. El gran Chambelán del Padre Santo, Monseñor Borromeo, hizo las reflexiones que el caso requería para persuadirla de la imposibilidad de acceder á sus peticiones, pero ofreció darle una habitación debajo de la del Pontífice, donde tendría todas las seguridades necesarias. Después de esta explicación con Monseñor Borromeo, consintió en admitir la habitación que se le ofrecía: dió las órdenes necesarias para el arreglo de la pieza de la Emperatriz y otra contigua para la camarista. La Soberana salió detrás de él y pidió que se le enseñaran las habitaciones que se le habían preparado. Se asintió á sus deseos; entró y dijo á Monseñor que saliera; en el momento que salió, la Emperatriz se encerró por dentro sin dar tiempo á que le llevaran una cama; la camarista quedó en la pieza contigua.

A las seis de la mañana del día 2 de Octubre salió Carlota del cuarto en que se había encerrado, despertó á su camarista, que no llegó á dormirse, y subió á la capilla del Papa, donde esperó que diesen las siete, hora en que dice misa el Pontífice. En cuanto terminó la misa, el Chambelán Datti, accediendo á los deseos de la Emperatriz, la condujo á la cúpula de San Pedro, al Museo del Vaticano y á todos los sitios que deseaba ver.

Aquella situación inconveniente y hasta cierto punto escandalosa de la desgraciada demente, debía terminar con ponerla incomunicada en Miramar, su hermano el Conde de Flandes.

El 18 de Octubre, día señalado en la Corte de México para una gran comida, salió el Archiduque Maximiliano de la mesa y se dirigió á su gabinete, estando allí, llegaron dos despachos telegráficos, uno del Conde de Bombelles, fechado en Miramar, y otro de Roma, dirigido por el ex-Ministro Castillo, anunciando la terrible enfermedad de la Emperatriz. Herzfeld, el gran confidente del Gabinete del Emperador, dominando su emoción, aparentando no comprender el sentido de los despachos que sólo se entendía que alguien estaba enfermo en Miramar y que probablemente estaría enferma alguna dama de la Emperatriz; poco satisfecho Maximiliano, llamó al Dr. Basch y le dijo llorando: “¿Conoce usted al Dr. Riedel de Viena?” El médico de Maximiliano lo comprendió todo; no podía mentir. “Es, dijo, Director del Hospital de locos.” No hay palabras con qué describir la impresión que recibió el Archiduque Maximiliano con este nuevo golpe de la fortuna.

El Periódico Oficial publica la noticia en los siguientes términos: “*Última hora.*—Tenemos el sentimiento de anunciar que el buque de guerra francés *Adonis* trae el cablegrama trasatlántico, comunicando la triste noticia de que nuestra augusta Emperatriz enfermó el día 4 del corriente (Octubre) en Roma, y que fué conducida inmediatamente á Miramar. Parece que el mal tiene un carácter de una fiebre cerebral muy grave. Esta nueva ha conmovido profundamente al Emperador.” Fuerte fué la impresión que produjo aquella noticia, dice un ilustre historiador, el Sr. D. José María Vigil: “El clero se apresuró á hacer rogativas públicas en las iglesias, pidiendo por el restablecimiento de la desgraciada princesa, y el Ministerio dirigió el 19 una carta á Maximiliano, en la cual manifestaba la parte que tomaba en su justo dolor.”

La hora crítica del Imperio comenzó el 19 de Octubre de 1866; era la huida ó la abdicación que era lo mismo. “Aquel inesperado acontecimiento (la locura de Carlota) tenía empero un alcance político de gravísima trascendencia, y era la abdicación del Archiduque. A este fin escribió el Mariscal otra carta el 19 recomendándole la seguridad del camino de Veracruz á México, pues aguardaba la vuelta de Carlota para fines del mes. Ahora, como esto no podía verificarse, supuesta la enfermedad de aquella señora, claro es, como observa Arrangoiz, que lo que

deseaba era que hubiese seguridad para su viaje á Veracruz, en donde se encontraba ya parte de su equipaje, debiendo embarcarse después de publicar su abdicación en el puerto." "Apenas se había retirado el Emperador á Chapultepec, dice el Dr. Basch, y convenida su resolución de abandonar el país, se levantó una tempestad en el seno del partido conservador. . . . y reuniendo sus fuerzas, se opusieron con toda energía á la resolución del Emperador." Continúa el señor Vigil: "Maximiliano, firme en su propósito, se retiró á Chapultepec, dando orden de que no se recibiese á nadie so pretexto de estar enfermo; y al mismo tiempo encargó al padre Fischer, que hiciese saber al Presidente del Consejo de Ministros que, por razones de salud, pues á consecuencia de la fiebre intermitente los médicos le aconsejaban que cambiase de aires, y por el deseo de acercarse al punto más próximo á la llegada de las noticias de Europa, había pensado ir á Orizaba; pero para esto no harían cambiar en nada el estado de las cosas, debiendo continuar el Ministerio en sus funciones, y sólo expedir á Orizaba los asuntos de grave importancia, como sucedía cuando iba á Cuernavaca."

Los "Anales" del padre D. Agustín Rivera consignan un hecho importantísimo que revela los caracteres bien delineados de Maximiliano y de su íntimo y principal consejero Eloin. "Noviembre 15. — Maximiliano recibió en Orizaba una carta de Eloin, fecha 17 de Septiembre, en la que le dijo: "El discurso de Mr. Seward, el brindis de Romero y la actitud del Presidente de la gran República Americana, *resultados de la cobardía del Gobierno francés*, son hechos graves destinados á aumentar las dificultades é infundir el desaliento en los más valerosos. Tengo, sin embargo, la íntima convicción, de que el abandonar la partida antes del regreso del ejército francés, sería considerado como un acto de debilidad; y teniendo el Emperador (Maximiliano) su poder por el voto popular, el pueblo mexicano, *libre de la presión de una intervención extranjera*, es á quien debía pedirle el apoyo material y los recursos indispensables para subsistir y progresar. Si este llamamiento no es escuchado, entonces V. M., habiendo cumplido hasta el fin su noble misión, regresaría á Europa con todo el prestigio que á su partida le rodeaba, y en medio de los acontecimientos importantes que no tardarán en surgir, podrá representar el papel que por todos conceptos le corresponde á V. M. . . . Al atravesar el Austria, he tenido ocasión de convencerme del descontento general que allí reina. Nada se hace todavía: El Emperador está desanimado. Mi pueblo se impacienta y pide públicamente su abdicación. Las simpatías hacia V. M. se comunican ostensiblemente á todo el territorio del Imperio. En Venecia un partido quiere aclamar á su antiguo Gobernador; pero cuando un gobierno dispone de las elecciones bajo el régimen del sufragio universal, es fácil desde luego prever sus resultados. El estado de la salud del Emperador Napoleón, preocupa nuevamente á la Europa entera: su viaje á Biarritz parece indefinidamente pospuesto. Se asegura que la diabetes ha venido á complicar la inflamación de que padece. En cuanto á S. M. la Emperatriz Carlota, en medio de sus flores que hacen un jardín encantador en Miramar, brilla en todo su esplendor de una salud completa." Arrangoiz añade: "Cuando con tanto atraso llegó esta carta á manos de Maximiliano, ya tenía conocimiento de ella el público; porque habiéndole rotulado [Eloin] "Al Cónsul de México en Nueva York," la entregaron en el correo al de Juárez, que era el reconocido oficialmente. Fué, por consiguiente, á parar á manos del Gobierno de los Estados Unidos. y los republicanos mexicanos, después de haberla traducido y publicado en Nueva York, la enviaron al Emperador: . . . "la cual llegó á sus manos, casi al mismo tiempo que le informaba el Encargado de Negocios de Austria en México (el Conde de Lago), de que su hermano no le permitiría entrar en sus dominios, si se veía obligado á salir del Imperio mexicano, y que recibió una carta de la Archiduquesa Sofía, su madre, en que le decía que se sepultara S. M. entre los escombros de México antes que someterse á las exigencias de los franceses, es decir, antes que abdicar."

El 13 de Diciembre de 1866 recibió Bazaine orden de Napoleón para "embarcar la Legión extranjera, y á todos los franceses, soldados ó paisanos que quisieran hacerlo, y á las Legiones Austriaca y Belga, si lo piden."

Poco después, el 18 del mismo mes de Diciembre, tenía lugar la *Acción de la Coronilla*, en

una población situada á 12 leguas al Sur de Guadalajara, que ganó el Coronel Eulogio Parra, con los subalternos del mismo grado, Amado Guadarrama, Francisco Tolentino y Donato Guerra, al jefe Sayan á la cabeza de una tropa francesa. "En la noche se supo (dice el Sr. Vigil) que la fuerza desprendida de Zapotlán estaba pernoctando en las Cebollas, y á las tres de la mañana del 18 contramarchaban para salir al encuentro. A las once del día, como á un cuarto de milla de Santa Ana Acatlán, en un punto llamado la *Coronilla*, la vanguardia comenzó á batirse con el enemigo, fuerte de setecientos hombres. En el acto dispuso Parra el combate, que no tardó en generalizarse, batiéndose con encarnizamiento por ambos lados hasta las cuatro de la tarde, en que los republicanos obtuvieron un triunfo completo, quedando en su poder *trescientos setenta y dos prisioneros*, de los cuales ciento uno eran franceses y entre ellos *diez* oficiales, dos obuses de á 12 y todo el parque y el armamento del enemigo. Este tuvo, además, *ciento cincuenta muertos*, de ellos *ciento treinta y cinco franceses*, inclusive el jefe de la columna Sayan."

A fines de Diciembre recibió el cuerpo belga la orden de disolverse y al mismo tiempo la oferta del Mariscal Bazaine para dar pasaje á Europa á los individuos que lo pidieran; oferta que aceptaron y salieron de Tulancingo para Veracruz. Al salir las tropas imperialistas entró al frente de las suyas el General republicano Joaquín Martínez. Era el principio de la desbandada. Las tropas francesas desocuparon los Estados de Jalisco, Zacatecas, San Luis Potosí, Guanajuato y Tulancingo (de Hidalgo); Zacatecas fué ocupado por el valiente General Miguel Auza, y después por el General Escobedo.

En San Luis Potosí quedaba el imperialista D. Tomás Mejía á la cabeza de su fuerza y en Guanajuato el General Feliciano Licéaga.

Ya recibida la orden de Napoleón, que decía: "Embarcad la Legión extranjera y á todos los franceses, soldados y paisanos que quieran hacerlo, y á las Legiones Austriaca y Belga si lo piden," el Imperio de Maximiliano quedaba desarmado.

Preguntado Bazaine [*por Maximiliano el 7 de Enero de 1866*] en la Hacienda de la Teja adonde acababa de llegar, según cuenta Kératry, sobre la situación y el porvenir de la monarquía, respondió "que después del llamamiento de la Legión extranjera [*por Napoleón*] que quitaba (á Maximiliano) toda esperanza de retirada en caso de revés, sólo había que correr peligros sin gloria. Desde el día en que los Estados Unidos, añadió, han puesto altamente *su voto* al sistema imperial, la existencia del trono es efímera, aun cuando hubiese obtenido V. M. cien mil franceses; y aun suponiendo la neutralidad americana durante la intervención, *no era viable*. La combinación federal era el único sistema que había que ensayar enfrente de la Unión, la cual sin duda habría accedido si el Sur hubiese sido reconocido á tiempo por la Francia. Hoy mi opinión es que V. M. se retire espontáneamente." En el momento de separarse (Bazaine) Maximiliano respondió al Mariscal: "Tengo en usted la mayor confianza, *es usted mi verdadero amigo*, y le suplico que asista á una junta que voy á convocar para el lunes 14 de Enero en el Palacio de México. Allí estaré presente, y usted repetirá lo que piensa. Si la mayoría es de su opinión, partiré. Si quieren que me quede, asunto concluído, me quedará, porque no quiero parecerme al soldado que tira el fusil para huir más pronto del campo de batalla."

Y no obstante las cuerdas reflexiones del Mariscal, el Emperador Maximiliano se quedó; con esto terminó el primer acto de la tragedia del Imperio, el segundo y final debía tener lugar en Querétaro, en el "Cerro de las Campanas," el 10 de Junio de 1867, á las 7 y 5 minutos de la mañana, con el fusilamiento de Maximiliano, Miramón y Mejía.

LA EMPERATRIZ CARLOTA

EN EL CASTILLO DE BOUCHOUT, A DOS LEGUAS DE BRUSELAS,
BELGICA, DESDE 1879 A MARZO DE 1911

Un distinguido amigo mío, residente en Gante, me proporciona los siguientes datos sobre el estado que guarda la Emperatriz Carlota, residente en el Castillo de Bouchout á dos leguas de Bruselas:

“Me pide Ud. noticias de la Emperatriz Carlota. Los periódicos no han vuelto á hablar de ella y pasa la vida desapercibida. El difunto rey Leopoldo II fué declarado tutor por acta auténtica del Emperador Francisco José de Austria, de fecha 26 de Noviembre de 1867. La Emperatriz habitó desde 1867 el Castillo de Tervueren, cerca de Bruselas. Este Castillo fué destruído por un incendio el 2 de Marzo de 1879. Leopoldo II compró entonces para su hermana, al Conde de Beaufort, el Castillo de Bouchout (Distrito de Meysse) á dos leguas de Bruselas, donde vive Carlota desde 1879. Leopoldo II iba regularmente á visitar á su hermana y en la actualidad todavía, los miembros de la familia real, van á visitarla de cuando en cuando.

“Carlota, nació en Laecken el 7 de Junio de 1840; está, pues, en el 71º año. Físicamente está bien, pero sigue loca como siempre. Se pasea con las damas de honor en el parque del Castillo y pasa su tiempo pintando. Nunca sale del Castillo y pasa su desdichada vida enteramente desapercibida.

.....
“Sin duda Ud. sabe que la Emperatriz ignora siempre que su marido murió.

“He visitado, hace algunos años, el Castillo de Miramar, no lejos de Trieste, sobre el Adriático, donde vivía con Maximiliano antes de su partida para México. El Castillo pertenece actualmente al Emperador de Austria y todas las salas han quedado en el mismo estado en que estaban cuando su partida en 1863.

“Fué á raíz de la entrevista con Napoleón III en el Castillo de St. Cloud, en el mes de Agosto de 1866, quien le rehusó continuar su intervención y sostener sus tropas en México, cuando Carlota se volvió loca. Entonces acabó por decir á Napoleón: “¿Cómo he podido olvidar quién soy y quién sois vos?

“Debiera haberme acordado que la sangre de los Borbones corre por mis venas y no degradar mi raza y mi persona humillándome delante de un Bonaparte, tratando con un aventurero.

“Después de esto se desmayó, y al volver en sí, estaba loca.”



INDICE

QUERETARO COLONIAL

PRIMERA PARTE

	Páginas
CAPITULO I.—Erección del Estado de Querétaro.—Datos geográficos y estadísticos.—Nombres otomíes de lugar, mitológicos y de plantas.—Bibliografía.....	5
CAPITULO II.—Conquistadores de Querétaro.—Moctezuma Ilhuicamina, primer conquistador.—Don Nicolás de San Luis Montañez, Don Fernando de Tapia y su hijo Don Diego, poblador y civilizador de los Chichimecas.—Doña Luisa de Tapia, fundadora del Convento de Santa Clara de Querétaro.—Más datos biográficos de Don Fernando de Tapia.....	9
CAPITULO III.—La Provincia Colonial de Querétaro.—Epoca Colonial. Conventos y construcciones notables; Glorias intelectuales de Querétaro; el médico Don Pedro Escobedo, fundador de la Escuela y de la Academia de Medicina.....	23
CAPITULO IV.—Lugares históricos.—La Catedral del Obispado de Querétaro.—El Colegio Civil.—La Academia de San Fernando.—Santa Rosa de Viterbo, hoy hospital civil.—El Hospicio Vergara.—El Convento de San Agustín.—El Colegio Seminario.—El Mercado Escobedo.—La Plaza Principal.—El Palacio de Gobierno, residencia de los Poderes del Estado.—La gran cañería del agua potable, construída por Don Juan Antonio de Urrutia y Arana, Marqués de la Villa del Villar del Aguila.—La estatua del Benefactor.—El acueducto construído por el señor Doctor Cayetano Rubio.—Las Fábricas de mantas de Querétaro.—La Parroquia de San Sebastián y la anécdota de la casa del Faldón.—Patehó, los Baños.—Querétaro en 1803, al fin de la época colonial.....	43

QUERETARO IMPERIAL

SEGUNDA PARTE

CAPITULO V.—El Imperio de Maximiliano.—La abdicación.....	57
CAPITULO VI.—Plan de ataque de la Plaza de Querétaro por el Sr. Gral. Don Mariano Escobedo.—Preparativos del Sitio.—El Cimatario.—Principios del Sitio.—Ataques de los Imperialistas, sus triunfos y sus derrotas.—Muerte del Coronel Joaquín Rodríguez.—El soldado Damián Carmona y el Legionario romano de Pompeya.....	63
CAPITULO VII.—La toma de la Ciudad.—Los testimonios de los imperialistas.—El Príncipe Salm-Salm, testigo presencial.—Domenech, Juárez y Maximiliano.—Un capítulo de "Maximiliano Intimo," por Don José Luis Blasio, 1905.—El Dr. Hilarión Frías y Soto.....	79
CAPITULO VIII.—El gran proceso histórico de la traición de Miguel López.—Prosigue el examen de los testigos, habla el Coronel Don Manuel Guzmán.—Márquez y López.—Carta de Maximiliano á Miguel López; estudio histórico sobre la traición de Querétaro, por el Notario Rafael L. Torres.—Sobre la traición de Querétaro, testimonio del señor General Don Mariano Escobedo (concluye).....	97
CAPITULO IX.—Informe al Supremo Gobierno rendido por el señor General Don Mariano Escobedo, acerca de la toma de Querétaro, efectuada el 15 de Mayo de 1867.....	111
CAPITULO X.—Cómo refiere el Ministro de Napoleón III, Emilio Olivier, la caída de Maximiliano.....	121
CAPITULO XI.—La toma de la Plaza de Querétaro, entrevista con el General Francisco Vélaz, orden del General Escobedo para que tomara la Cruz.—La noche del 14 al 15 de Mayo, sorpresa y toma de la Cruz.— <i>Maximiliano, cómo entregó la Plaza de Querétaro.</i> —Ocupación de Querétaro, 15 de Mayo de 1867, por el Padre Don Agustín Rivera.....	143
CAPITULO XII.—Prisión de Maximiliano en el Convento de Capuchinas.—El Consejo de Guerra.—La Sentencia.—Capuchinas, la prisión de Maximiliano, Miramón y Mejía.—Proceso de Fernando Maximiliano de Hapsburgo y de los prisioneros Miramón y Mejía.....	161
CAPITULO XIII.—Se intenta la fuga del Emperador.—La Princesa de Salm-Salm, sus novelescas aventuras...	173

	Páginas
CAPITULO XIV.—Fusilamiento de Maximiliano el 19 de Junio de 1867, á las 7 de la mañana.—Confidencias del Padre Soria, confesor del Emperador.—Embalsamamiento del cadáver por el Dr. Ignacio Alvarado, y entrega Almirante Tegettoff.—La muerte de Maximiliano juzgada por el Nigromante.—Maximiliano, Juárez y Lerdo.—Cronwell y el cadáver de Carlos I de Inglaterra.—Museo histórico de Querétaro.....	179
CAPITULO XV.—La Intervención francesa juzgada por el historiador Guillermo Oncken.....	193
CAPITULO XVI.—Personajes imperiales.—El Coronel Miguel López.—El Príncipe de Salm-Salm.—Voluntario Imperialista y Coronel de Cazadores franco-mexicanos en el Sitio de Querétaro.—El General de Artillería Manuel Ramírez de Arellano.—El General de División Miguel Miramón.—El General de División D. Severo del Castillo.—El General de División D. Leonardo Márquez.—El General de Brigada Ramón Méndez.—El General de División D. Tomás Mejía.—Miramón y el General Sóstenes Rocha, republicano.—El General Don Manuel González Cosío.—Maximiliano en Querétaro.—Maximiliano, el General Julio Cervantes y Don Angel Pola.—Exacciones en Querétaro durante el sitio.—Maximiliano, lo que cuesta un Imperio.....	207
CAPITULO XVII.—Noticia biográfica del Archiduque Fernando Maximiliano de Austria.....	221
CAPITULO XVIII.—La Emperatriz Carlota.—Principios de Gobierno.—La canción de "Mamá Carlota," por el General Vicente Riva Palacio.—La Emperatriz llegó á París el 9 de Agosto, á la Estación de Mont Parnasse.—La Emperatriz en el Castillo de Bouchout, á dos leguas de Bruselas, desde 1879 á Marzo de 1911.....	255

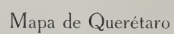




CIUDADES
COLONIALES
Y
CAPITALES
DE LA REPUBLICA
POR EL DR.
ANTONIO
PEÑAFIEL.

CARRAL D.
Tegucigalpa - V. A. N.º 95

LAMINA 1



ESTADO DE QUERÉTARO

LAMINA 2



Querétaro y otros pueblos conquistados por el Rey de México

Lámina IX del libro de Tributos del Museo Nacional, que contiene los pueblos conquistados de la Región Otomí por Moctezuma Ilhuicamina 1. Xilotepec.—2. Tlacheo o Querétaro

3. Tzayanalquilpa; hoy Soyanalquilpan San Francisco.—4. Michmaloyan.—5. Tepetitlán.—6. Acaxochitla.—7. Tecocauhla

ESTADO DE QUERÉTARO

LAMINA 3

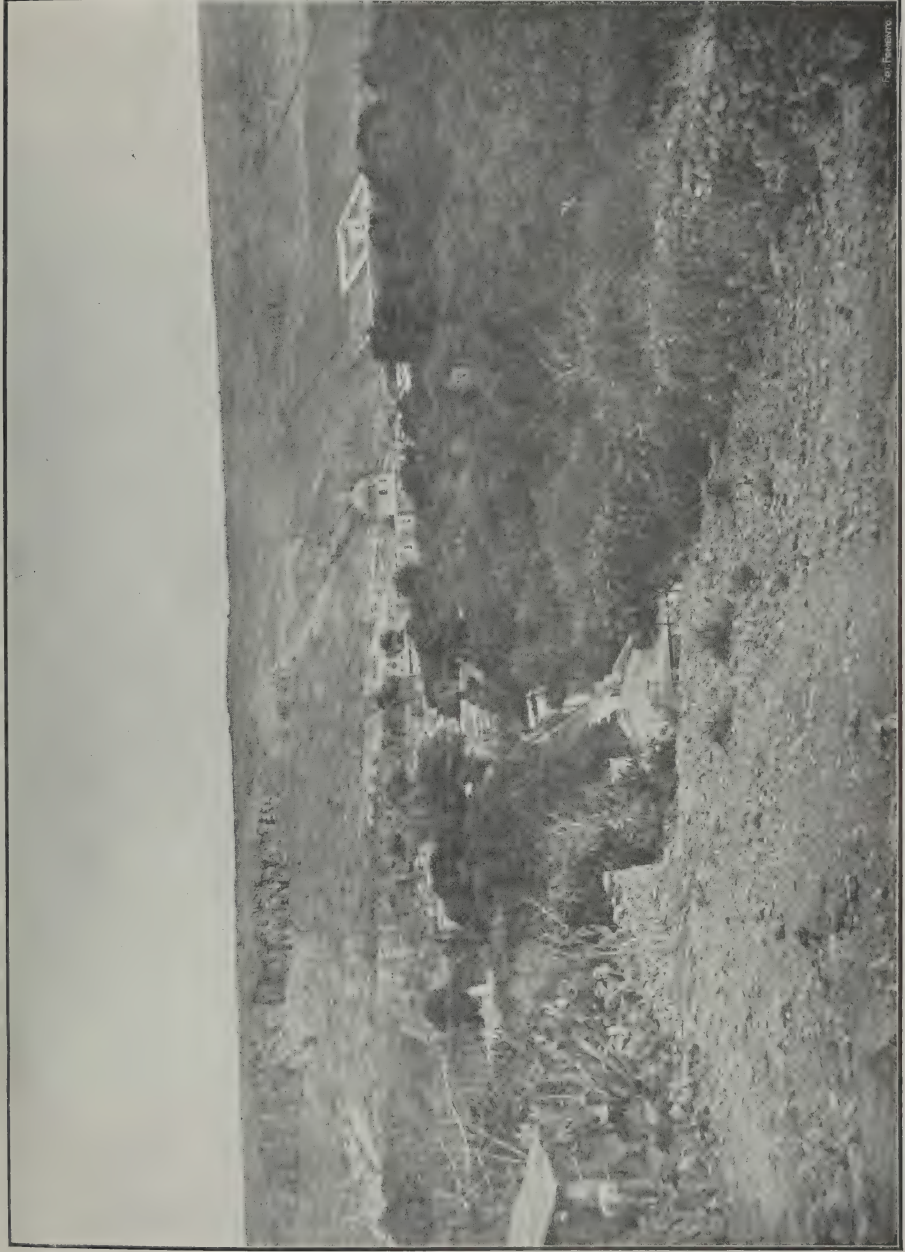


El General Don Nicolás de San Luis Montañez, indio otomí. Conquistador de Querétaro el 25 de Julio de 1531

Existe la pintura en los corredores del convento de la Cruz



Plano de la Ciudad de Querétaro. 1802.



San Pedro de la Ciénega, vista panorámica

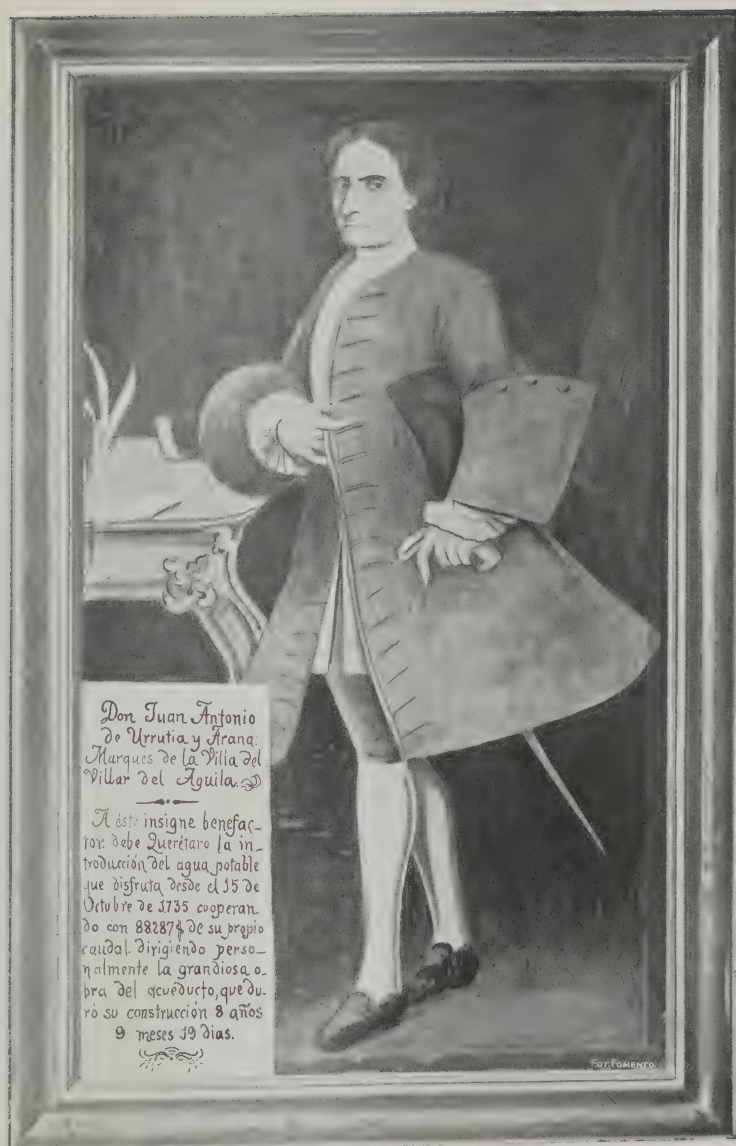


Acueducto de Querétaro

Obra colosal de ocho kilómetros de longitud debida a los activos esfuerzos del benemérito español Don Juan Antonio de Urutia y Arana. Marqués de la Villa del Villar del Aguila. —La obra costó \$131,091.00 es.

ESTADO DE QUERÉTARO

LAMINA 7



Don Juan Antonio de Urrutia y Arana, Marqués de la Villa del Villar del Aguila, insigne benefactor de Querétaro

A este insigne benefactor debe Querétaro la introducción del agua potable que disfruta desde el 15 de Octubre de 1735 cooperando con \$ 88,287 de su propio caudal, dirigiendo personalmente la grandiosa obra del acueducto, que duró su construcción 8 años 9 meses 19 dias

ESTADO DE QUERÉTARO

LAMINA 8



Un descendiente del Marqués del Aguila en traje colonial.—1908

ESTADO DE QUERÉTARO

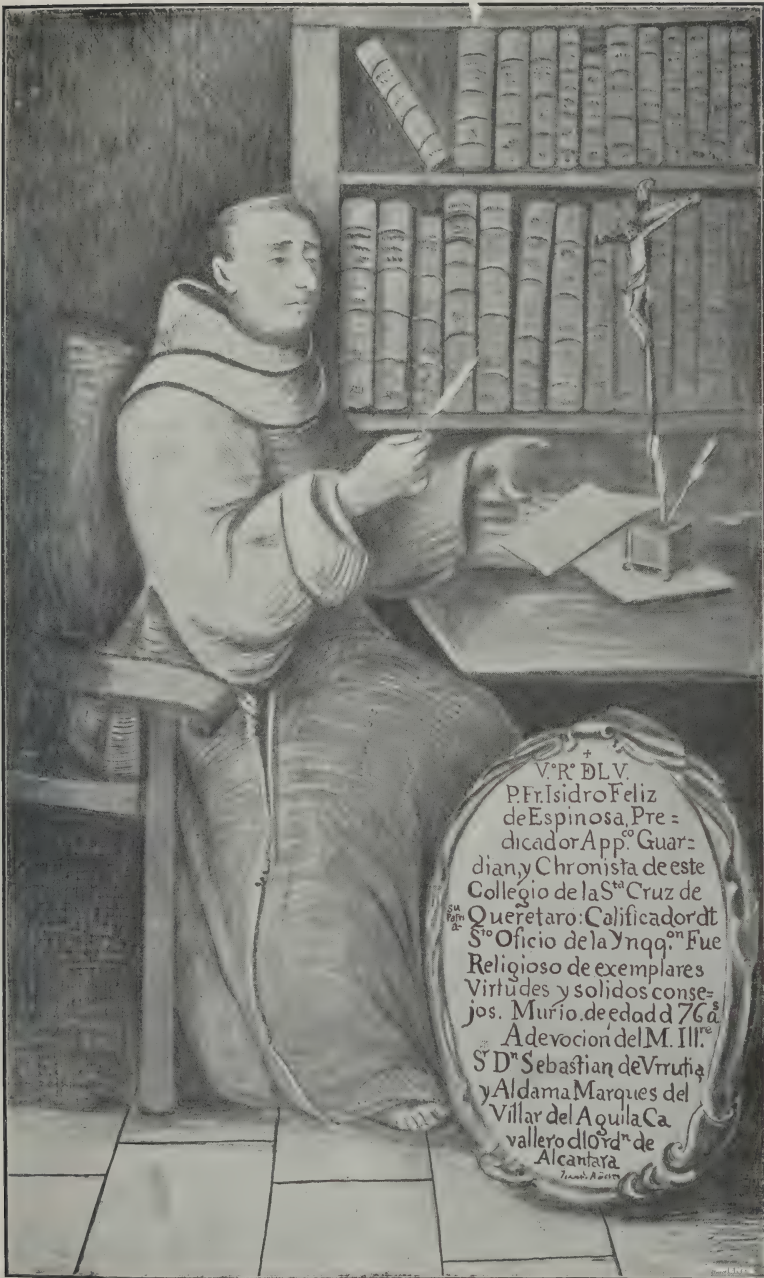
—
LAMINA 9



Una descendiente del Marqués de la Villa del Villar del Aguila en traje colonial.—1908

ESTADO DE QUERÉTARO

LAMINA 10



El Venerable Padre, Fray Isidro Félix de Espinosa, Cronista del Colegio de Santa Cruz de Querétaro
 Fotografía del cuadro que se encuentra en un corredor del Convento de la Cruz

ESTADO DE QUERETARO

—
LAMINA 11



Retrato del Lic. Don Miguel Domínguez,
Corregidor de Querétaro, esposo de la ilustre patricia Doña Josefa Ortiz.— 1810
Cuadro del Museo Nacional de México

ESTADO DE QUERÉTARO

LAMINA 12



Monumento erigido "A la corregidora de Querétaro, Josefa Ortiz de Domínguez"
en el Centenario de la Independencia, 1910

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 13



Pedro Escobedo

El ilustre queretano Doctor Don Pedro Escobedo

Fundador de la Academia de Medicina práctica en 1824. Catedrático de operaciones quirúrgicas en 1833
Nació en 19 de Octubre de 1798 y murió el 28 de Enero de 1844 a la edad de 45 años 3 meses

De una litografía de la época

ESTADO DE QUERÉTARO

LAMINA 14



El Sr. D. José Septien y Villaseñor

Eminente estadista de Querétaro y fundador de la primera oficina de ese ramo en la capital del Estado

Amplificación de una fotografía

ESTADO DE QUERÉTARO

LAMINA 15



Templo de San Agustín

Querétaro

ESTADO DE QUERÉTARO

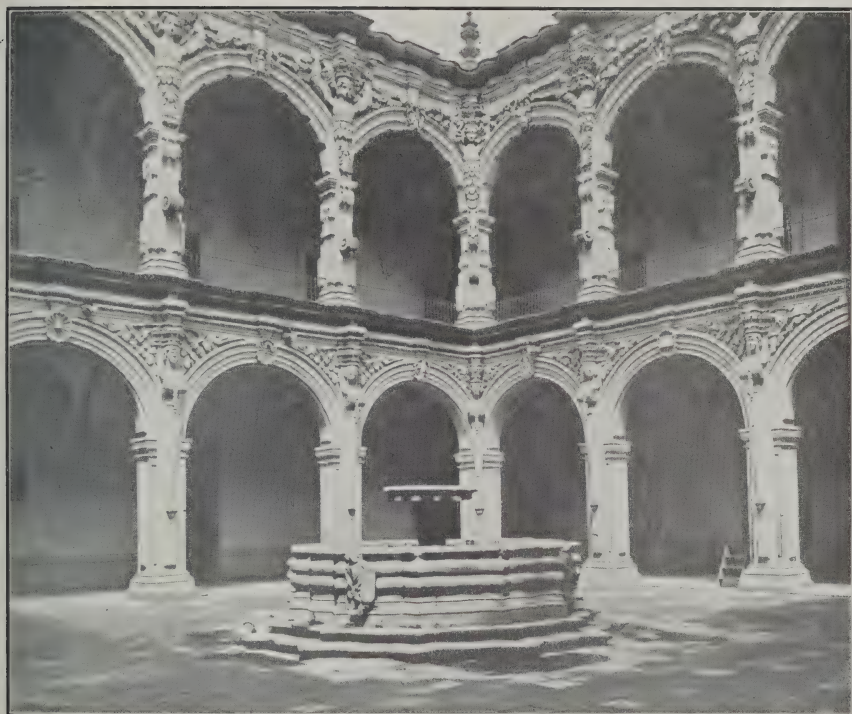
LAMINA 16



Interior de la iglesia de San Agustín de Querétaro, magnífica decoración moderna terminada en Marzo 19 de 1903

ESTADO DE QUERÉTARO

LÁMINA 17



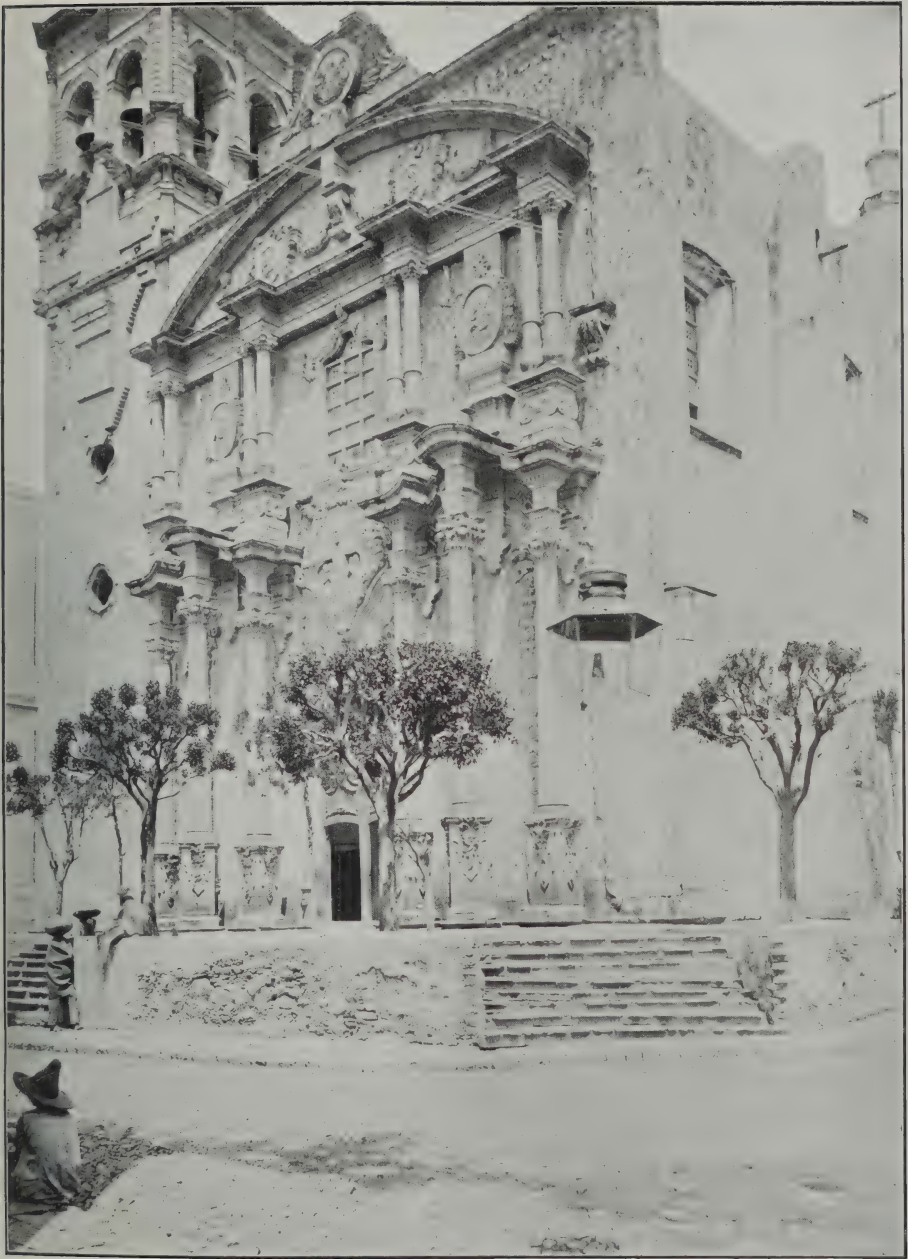
Palacio Federal

Siendo Presidente de la República el Sr. General D. Porfirio Díaz, por iniciativa de su Secretario de Hacienda el Lic. D. Manuel Dublán se reconstruyó este edificio destinado a las oficinas Federales y se inauguró el 15 de Mayo de 1887

Ing. José María Romero, Director

ESTADO DE QUERÉTARO

LAMINA 18



El templo de San Felipe
Querétaro

ESTADO DE QUERÉTARO

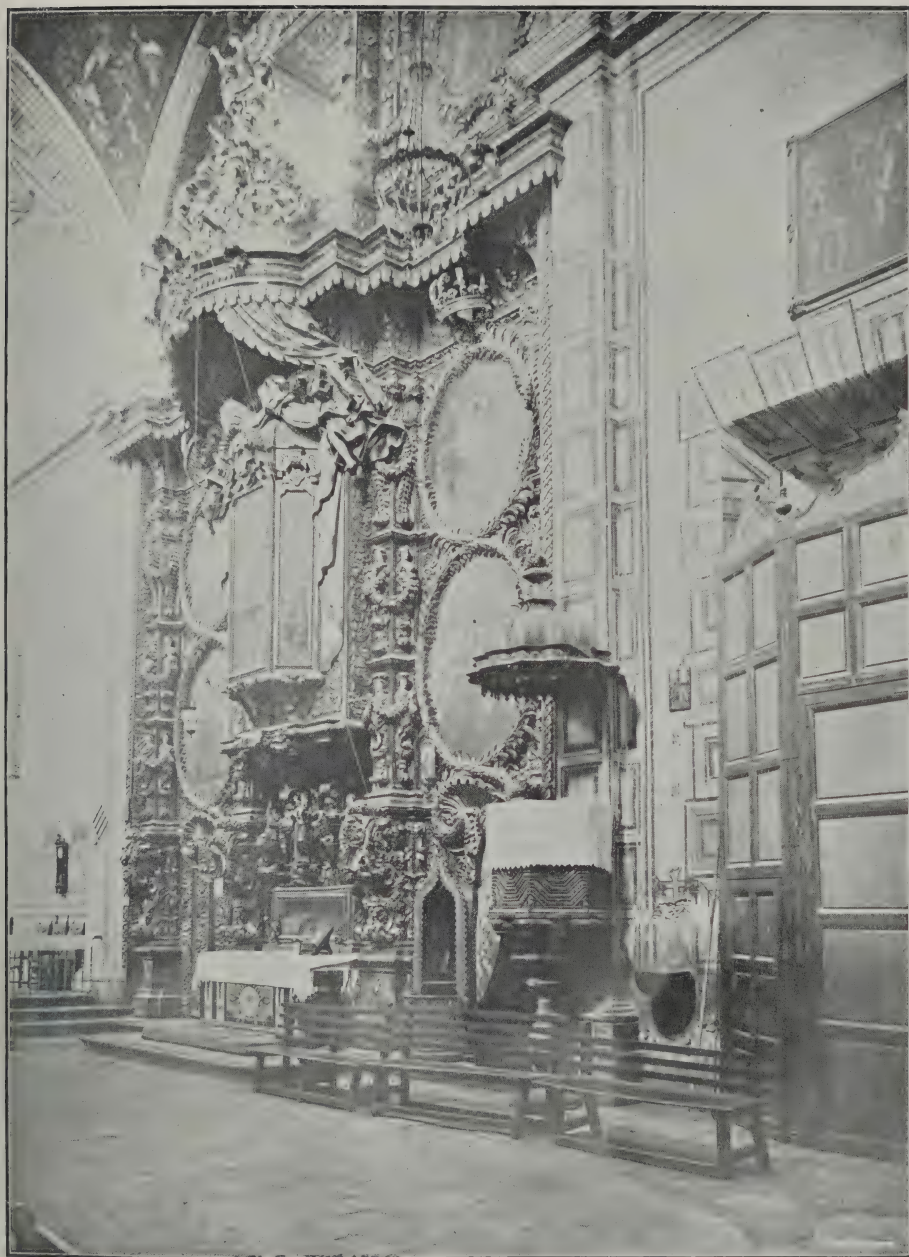
LÁMINA 19



Coro y altar de Santa Rosa de Viterbo
Querétaro

ESTADO DE QUERÉTARO

LÁMINA 20



Parroquia de Santa Rosa de Viterbo donde está hoy el Hospital Civil

Altar situado a la derecha de la entrada, construcción del siglo XVIII

ESTADO DE QUERÉTARO

LAMINA 21



Organo de la Iglesia del antiguo Colegio Real de Santa Rosa de Viterbo
Obra del siglo XVIII

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 22



Monumento erigido a Cristóbal Colón, en la Alameda de Querétaro

Patriotas queretanos en 1810.

Maria Josefa Ortiz de Dominguez, Epigmenio González, Emeterio González, Ignacio Pérez, Luis Mendoza, Lic. Lorenzo de la Parra,
José Ignacio de Villaseñor Cervantes, Juan José García Rebollo, Pbro. José María Sánchez, Fray José Lozano, Lic. Juan N. Mier y Altamirano

ESTADO DE QUERÉTARO

LAMINA 23



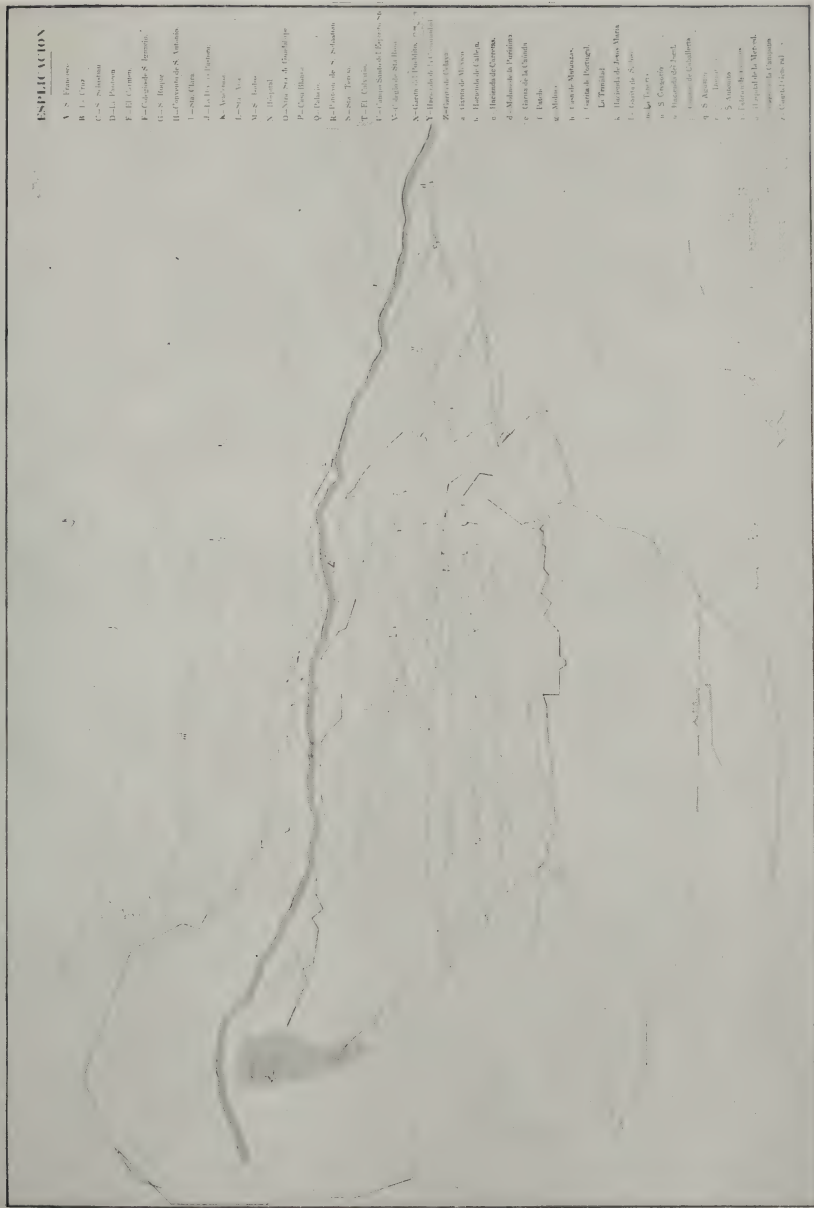
El Archiduque Fernando Maximiliano de Austria

Hijo segundo de S. A. I. el Archiduque Francisco Carlos y de S. A. I. la Archiduquesa Sofía, hermano de S. M. el Emperador reinante Francisco José. El Príncipe Fernando Maximiliano nació en el Palacio de Schonbrunn el 6 de Julio de 1832, aceptó el trono imperial de México el 10 de Abril de 1864, fue hecho prisionero en Querétaro, juzgado conforme a la ley de 25 de Enero de 1862 y fusilado el 19 de Junio de 1867.—J. Ramirez, 1866 copió. (Del cuadro original del pintor Rebull.)

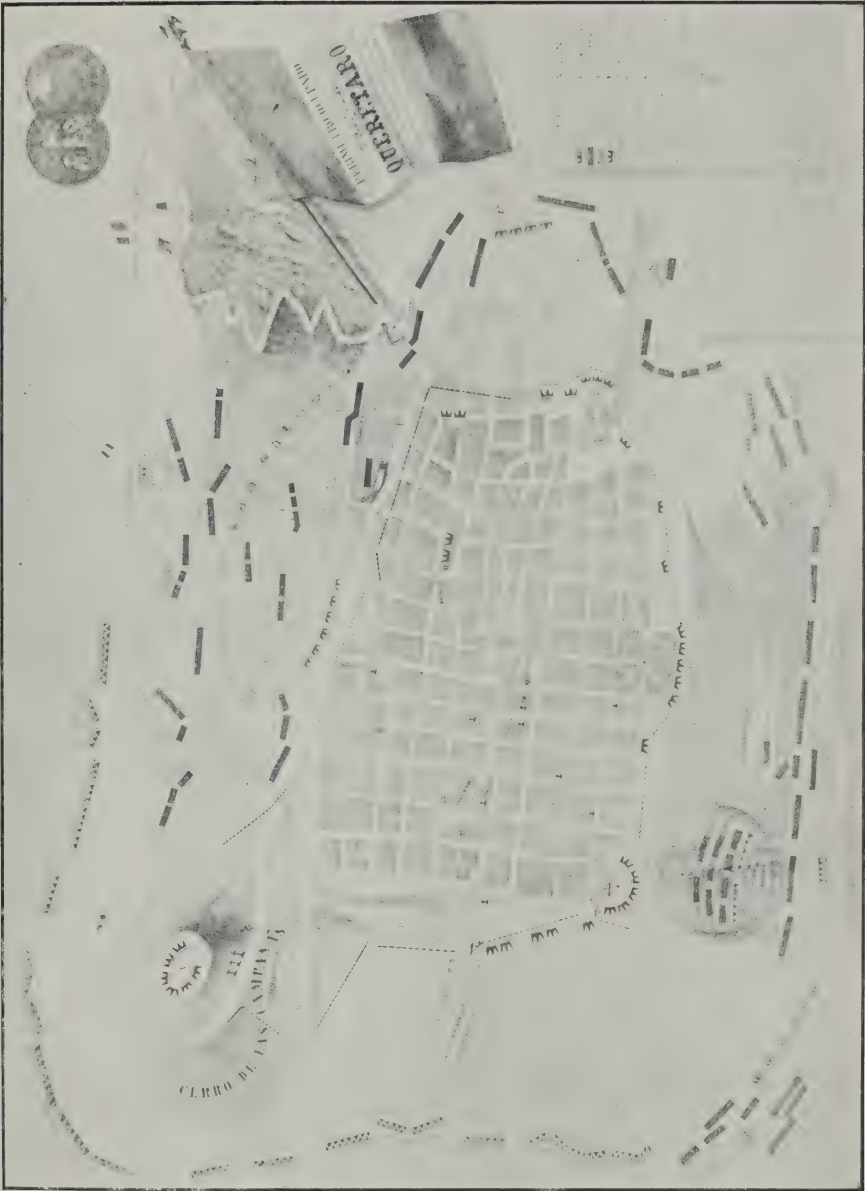
CROQUIS DE LA CIUDAD DE QUERÉTARO

Y LINEA DE LAS FUERZAS REPUBLICANAS EN ABRIL DE 1867.

AL MANDO DEL GRAL. M. ESCOBEDO



Croquis de la linea de las fuerzas republicanas del sitio de Querétaro al mando del señor General Mariano Escobedo, levantado por el oficial de Ingenieros del Estado Mayor, Teniente coronel Ricardo Villanueva, Abril de 1867



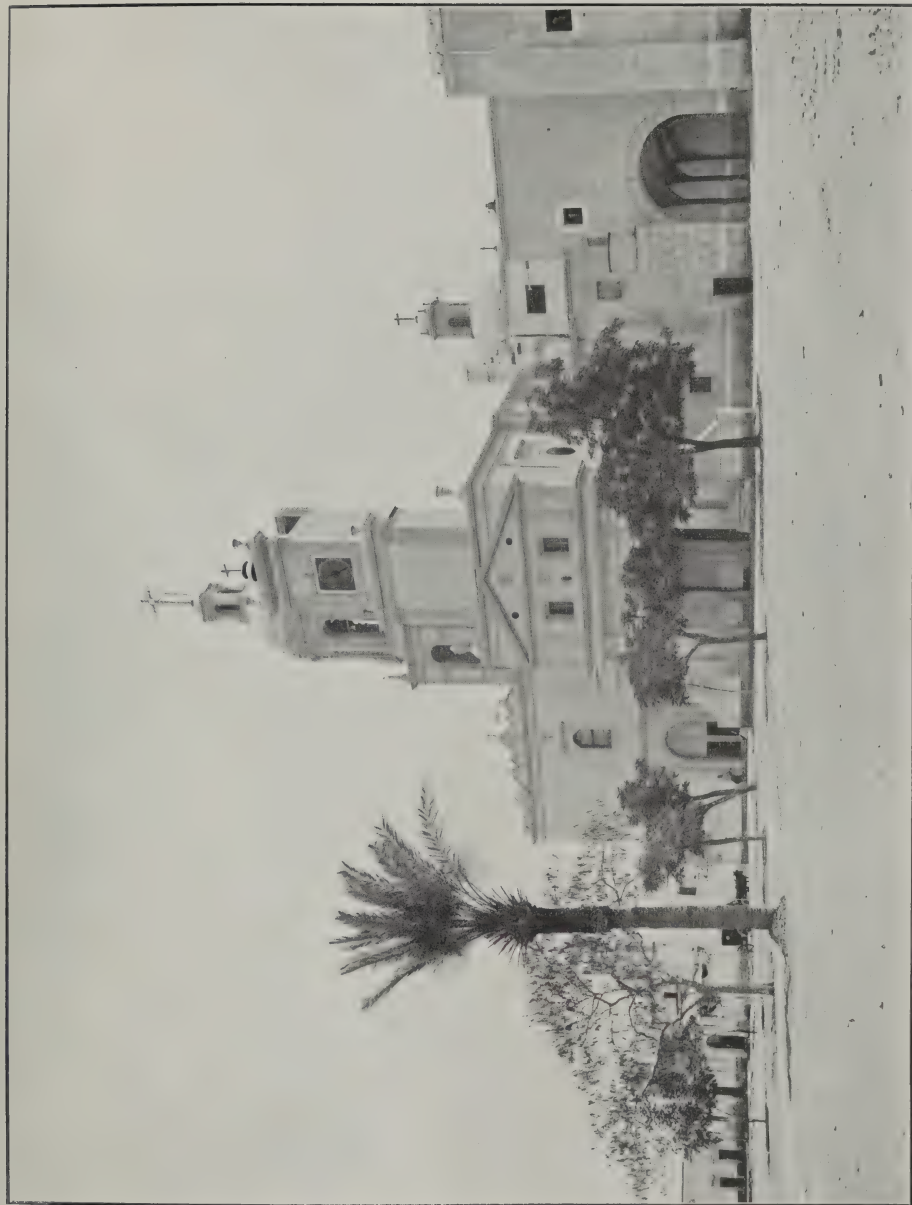
ESTADO DE QUERÉTARO

LAMINA 26



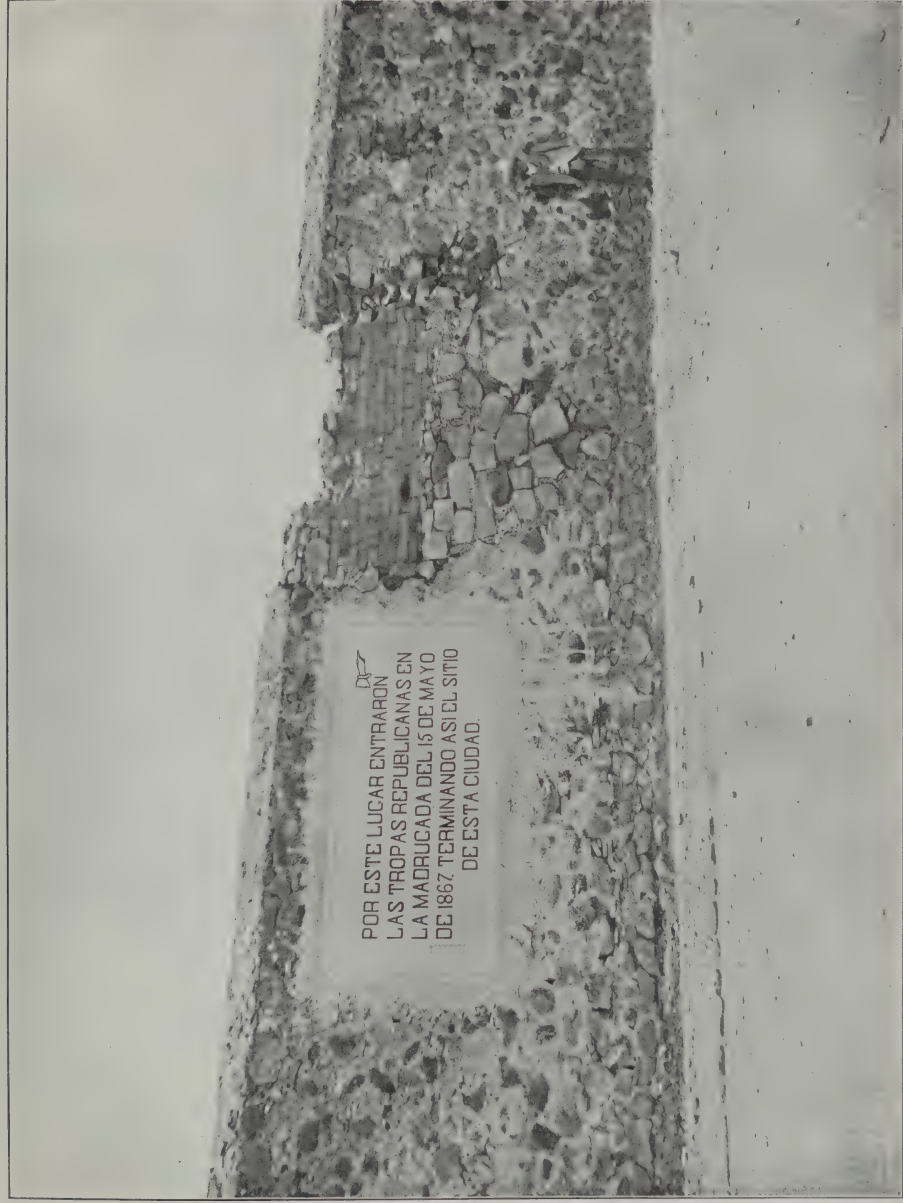
Republicanos:

General Sóstenes Rocha, General Ramón Corona, General Jesús Díaz de León, General Francisco Vélez



La Cruz

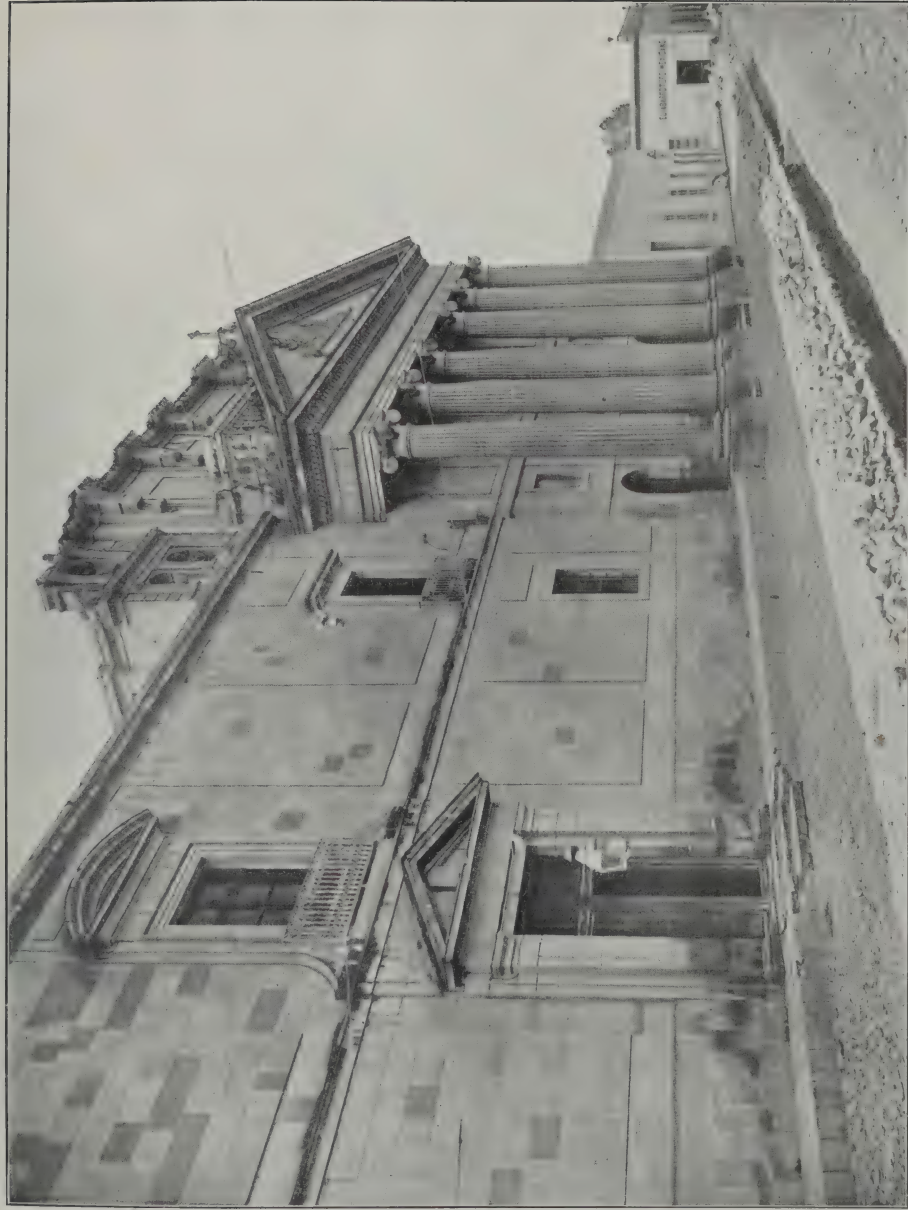
Convento construido en la colina de Sangrejal en 1666, lugar célebre por tres grandes acontecimientos históricos: la conquista de Querétaro por don Nicolás de San Luis Montañez, el 25 de Julio de 1731; la capitulación de los españoles para entregar la plaza a don Agustín de Iturbide, el 28 de Junio de 1821, y la sorpresa para tomar la plaza de Querétaro la madrugada del 15 de Mayo de 1867



DE
POR ESTE LUGAR ENTRARON
LAS TROPAS REPUBLICANAS EN
LA MADRUGADA DEL 15 DE MAYO
DE 1867 TERMINANDO ASI EL SITIO
DE ESTA CIUDAD.

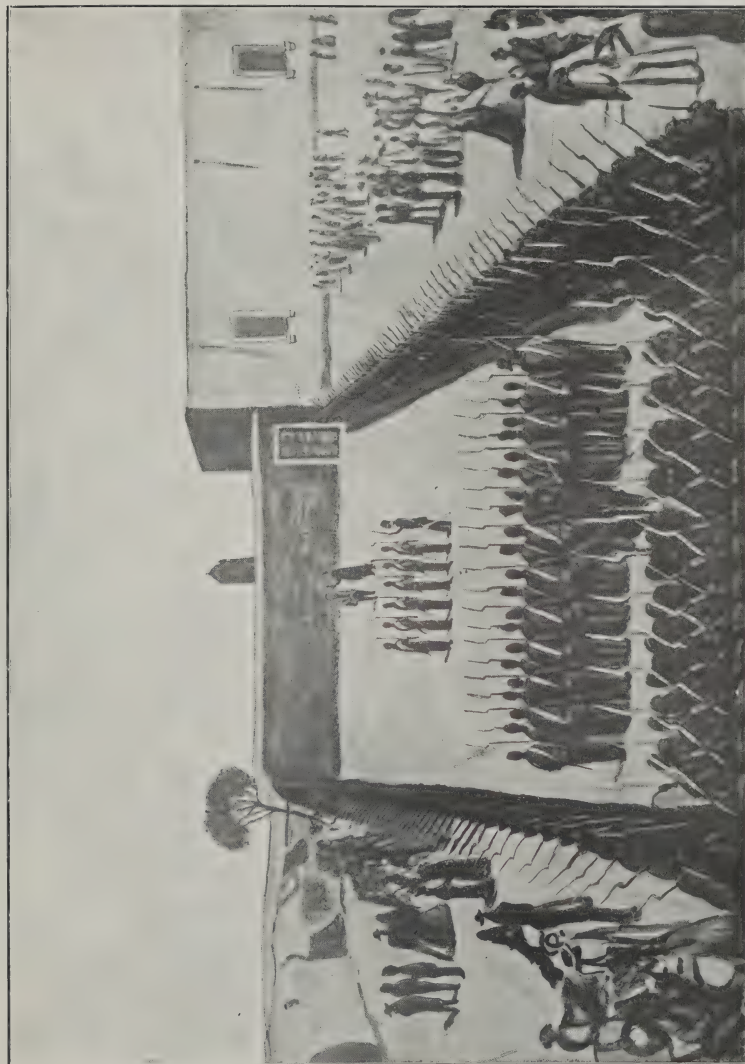
Lugar histórico

Muro oriental por donde entró el Ejército Republicano en el Convento de la Cruz de Querétaro, el 15 de Mayo de 1867



Tercerías

Convento de Carmelitas descalzas, obra del ilustre arquitecto Tresguerras, comenzado en 1802 y terminado en 1807; segunda prisión del Emperador Maximiliano



Plazuela de la Cebada
Boceto del fusilamiento del General Ramón Méndez



Lugar en que fué fusilado el General Méndez

Epitacio Hurtado, antiguo soldado de Santa Anna, dueño de estas casas situadas en la plaza del Caballal, está parado en el lugar en que fué fusilado el General Ramón Méndez, el 19 de Marzo de 1867; en ese lugar no había puerta, pero el propietario había señalado el sitio con una raya en la pared

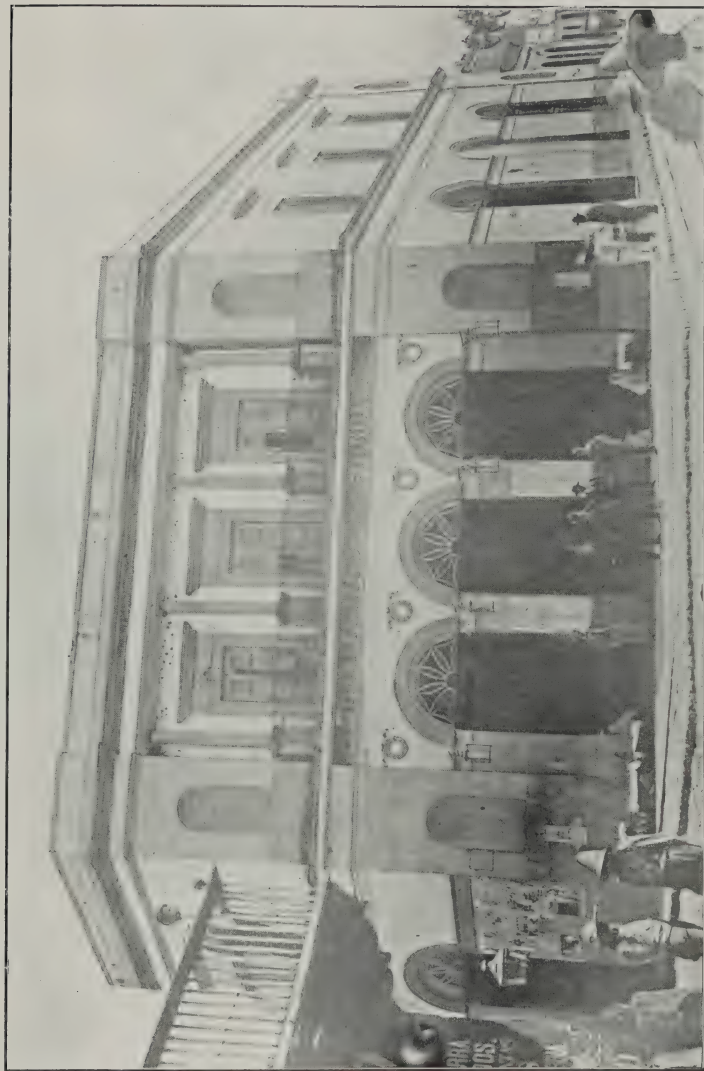


Convento de Capuchinas

Tercera y última prisión que ocupó el Emperador Maximiliano hasta la mañana del 19 de Junio de 1867 en que fue fusilado con los Generales Miramón y Mejía en el Cerro de las Campanas

ESTADO DE QUERETARO

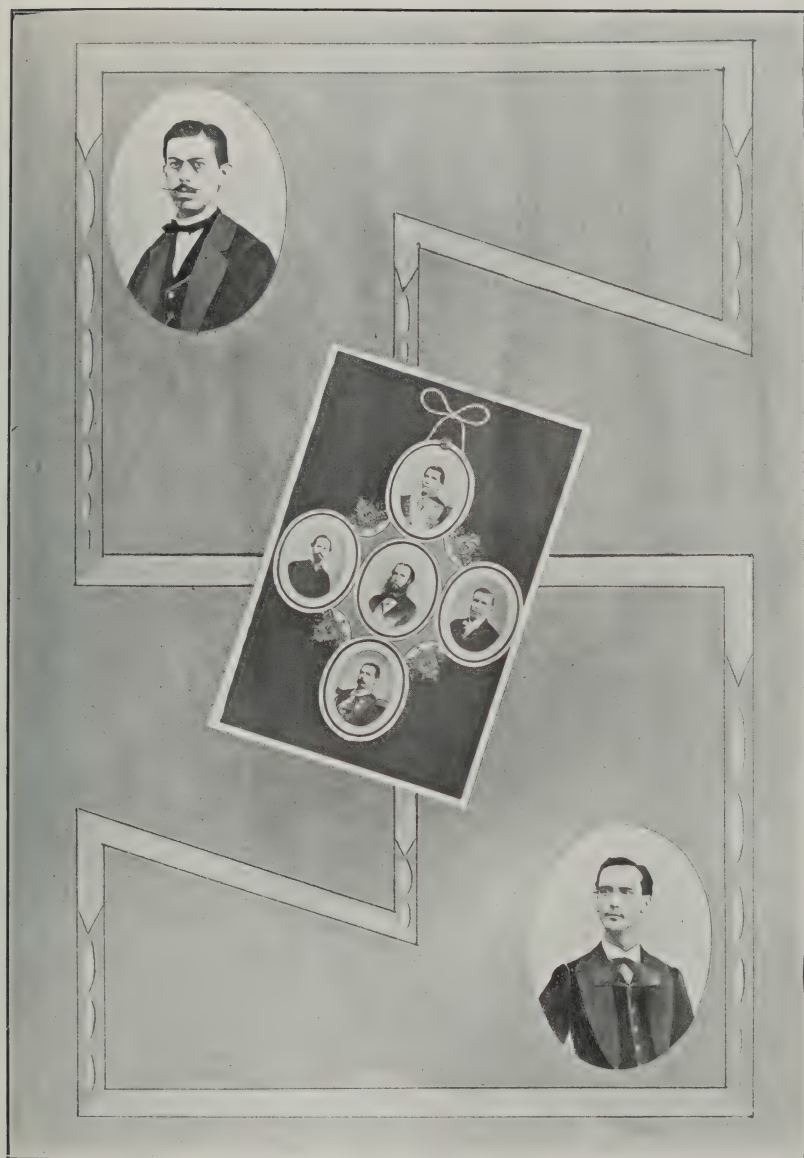
LAMINA 33



Teatro Iruibide, de Querétaro, donde fueron juzgados los Generales Miramón y Mejía en 1867

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 34



Causa de Maximiliano

Lic. Manuel Azpiroz, fiscal de la causa de Maximiliano y Asesor Lic. Joaquin Escoto

En medio Mejia, Miramón, Maximiliano, Vidaurri y Méndez

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 35



Defensores de Maximiliano

Lic. Mariano Riva Palacio, Lic. Rafael Martínez de la Torre, Lic. Eulalio Ortega y Lic. Jesús María Vázquez

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 36



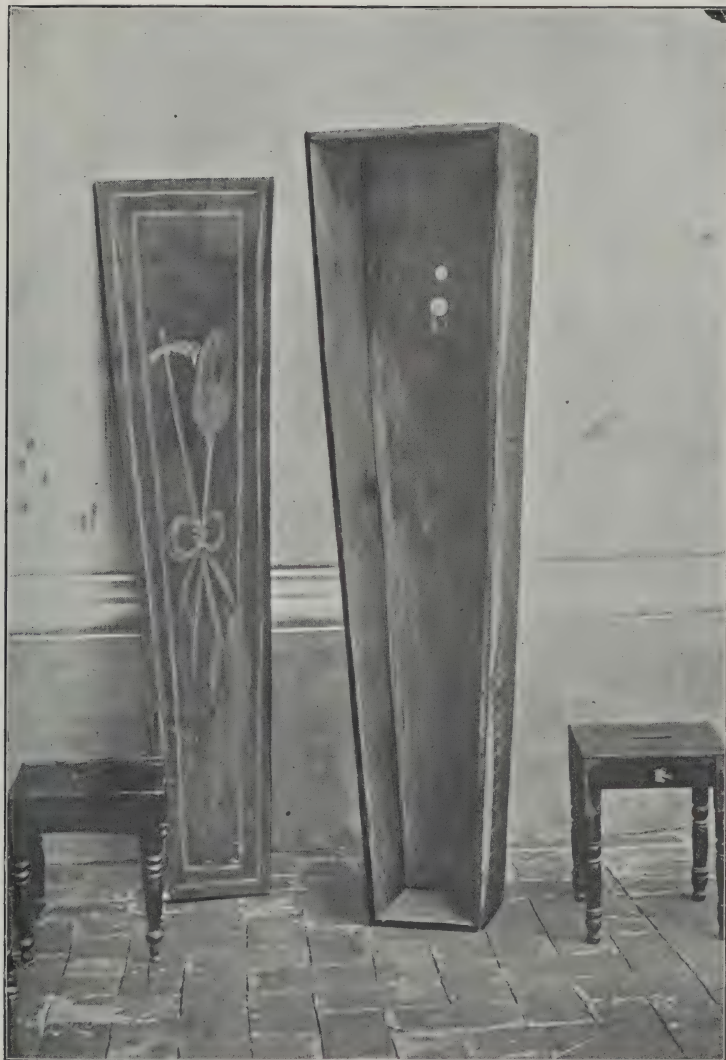
Cerro de las Campanas

Boceto del fusilamiento de Maximiliano y Generales Mejía y Miramón

Fotografía de los sargentos de la ejecución

ESTADO DE QUERETARO

—
LAMINA 37



Ataúd en que fué transportado del Cerro de las Campanas a la Ciudad, el cadáver de Maximiliano



ESTADO DE QUERETARO

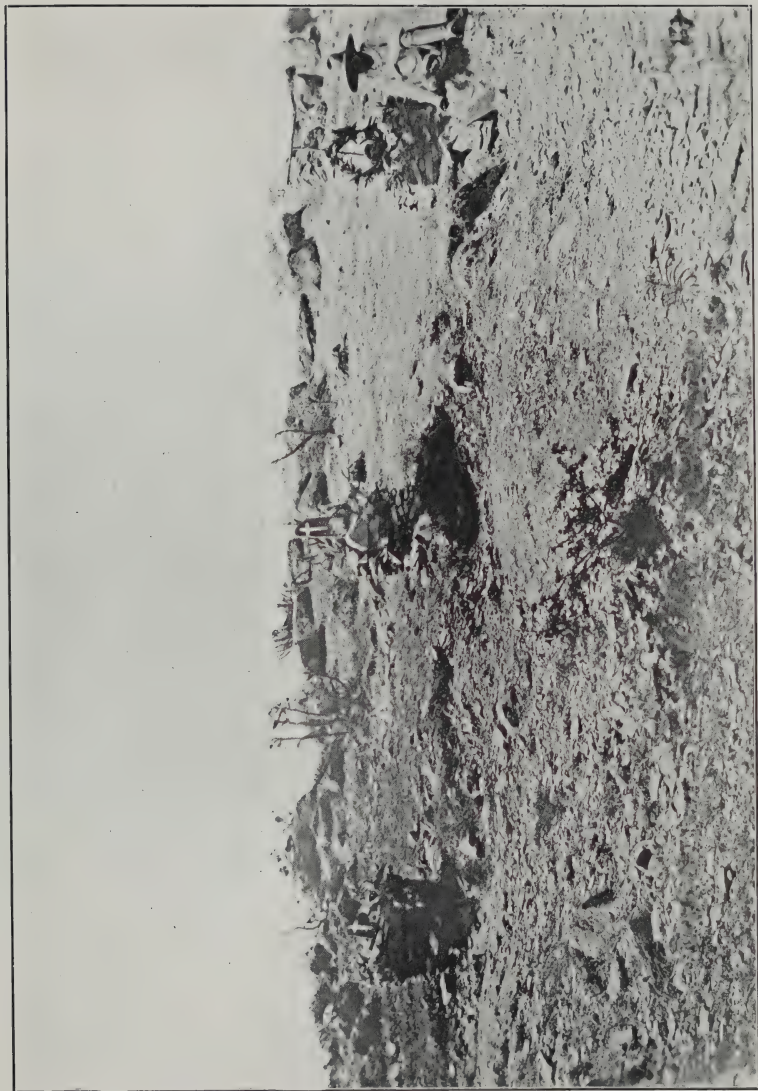
LAMINA 38



Cerro de las Campanas

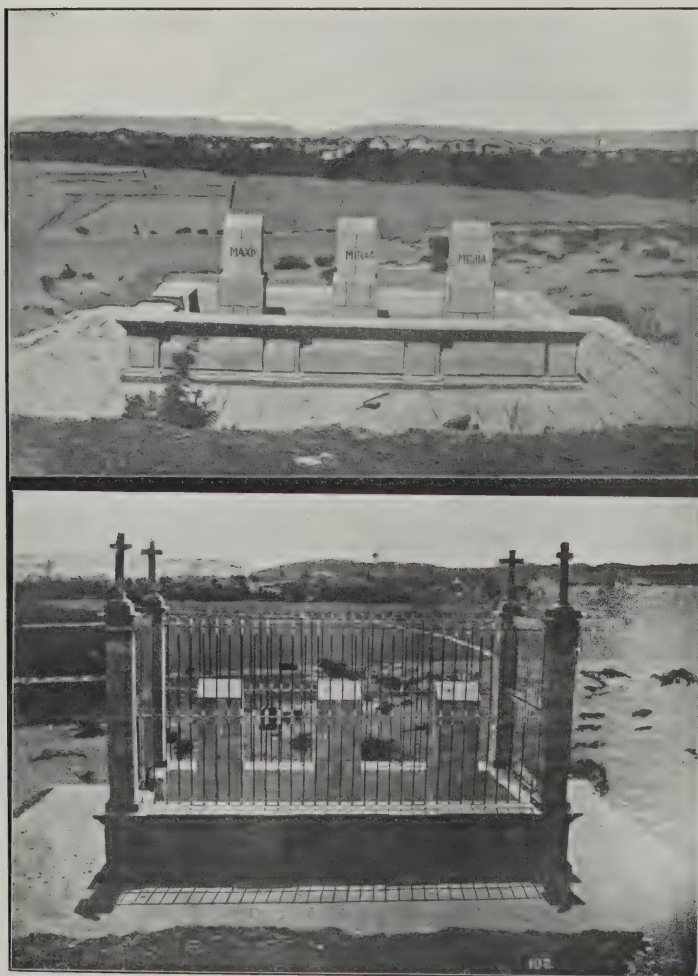
Boceto del lugar del fusilamiento de Maximiliano, Miramón y Mejía

Fotografía del mismo lugar tomada posteriormente



Primer monumento antiguo a Maximiliano en el lugar en que fueron fusilados Mejía, Miramón y Maximiliano en el Cerro de las Campanas

ESTADO DE QUERETARO
—
LAMINA 40

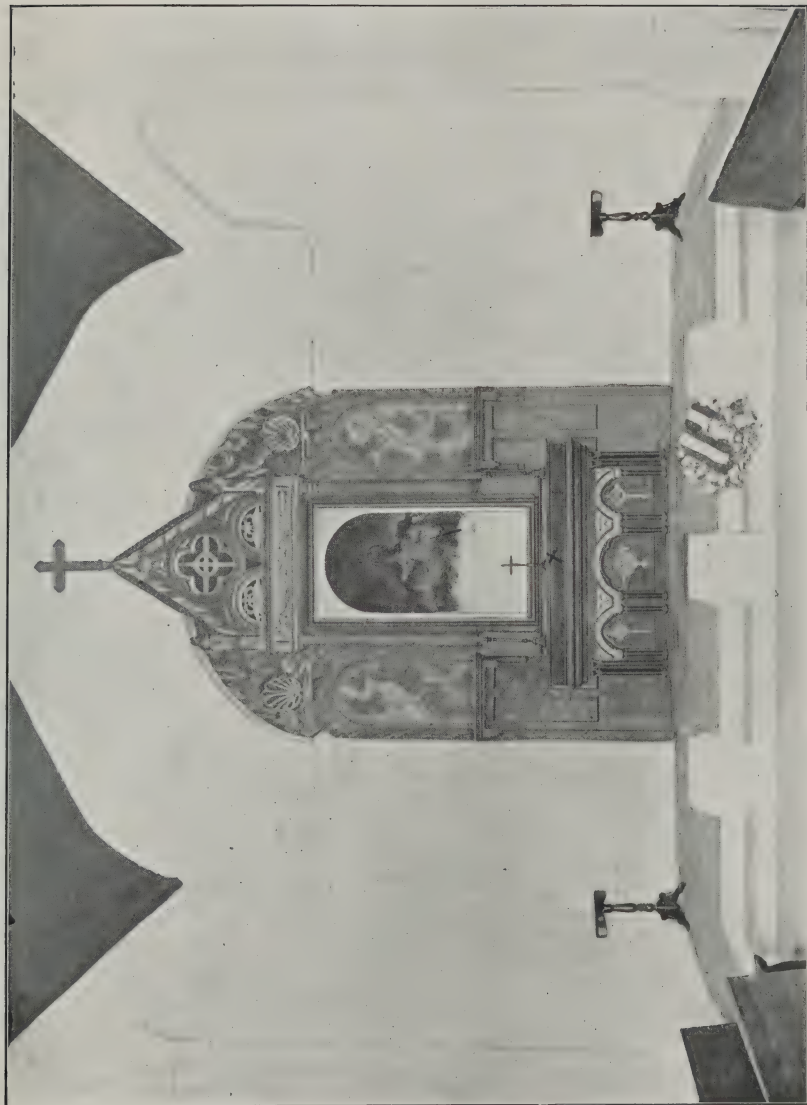


Primeros monumentos levantados en el lugar en que fueron fusilados Maximiliano,
Miramón y Mejía en el Cerro de las Campanas



Capilla de Maximiliano

Erigida por la familia del Emperador, inaugurada el 10 de Abril de 1901 en el Cerro de las Campanas de Querétaro



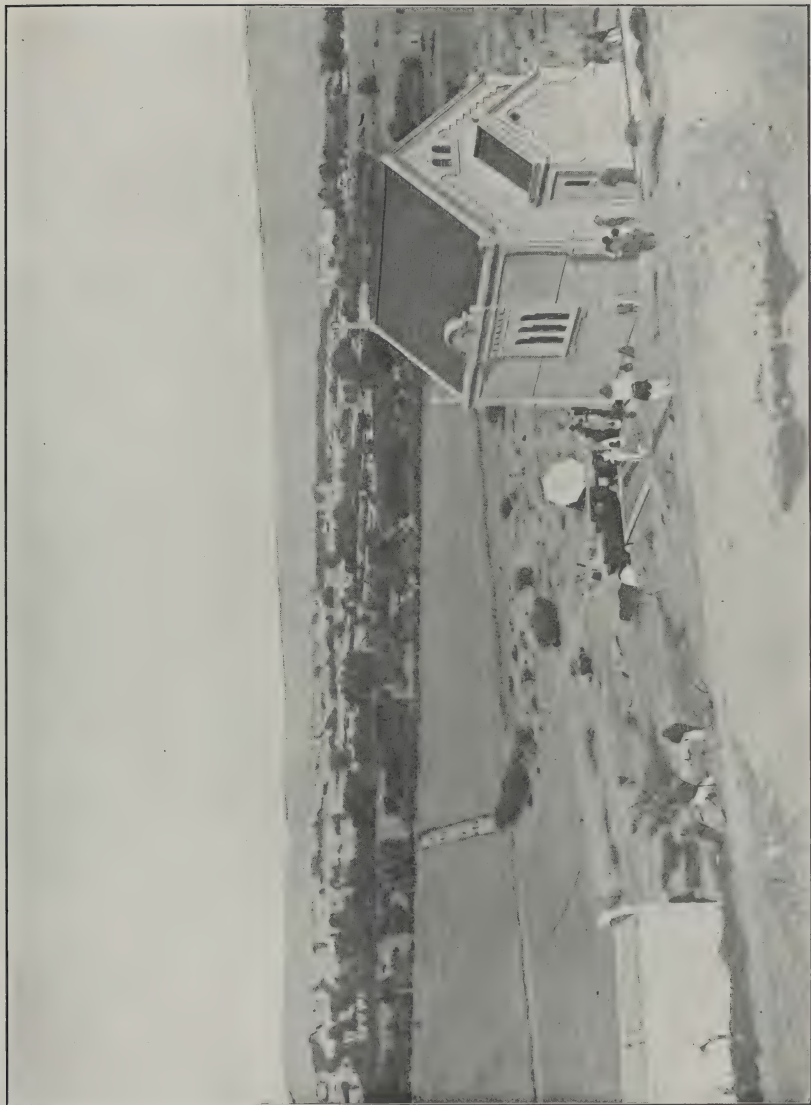
Altar de la Capilla de Maximiliano en el Cerro de las Campanas



Interior de la Capilla de Maximiliano, en Querétaro

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 44



Capilla de Maximiliano y Panorama de Querétaro

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 45



El General Don Miguel Miramón, fusilado en el Cerro de las Campanas, a la edad de 39 años

De fotografía ampliada

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 46



Imperialistas

General Leonardo Márquez, Coronel Miguel López, General de Artillería Manuel Ramírez de Arellano,
General Ramón Méndez

ESTADO DE QUERETARO

Lámina 47



Imperialistas

General Tomás Mejía, General Severo del Castillo, Príncipe de Salm-Salm,
Lic. Manuel García Aguirre, Ministro

ESTADO DE QUERETARO

Lámina 48



Imperialistas

General Manuel Andrade, General Francisco Casanova, Teniente Coronel Agustín Pradillo,
Coronel Pedro González

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 49



Jefes imperialistas

General Juan Vicario, General Pedro Gálvez, General Tomás H'Orán, General Julián Quiroga

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 50



Imperialistas extranjeros

Comandante de la Policía Imperial. Coronel austriaco Conde de Khevenhüller. Guitner, Jefe de la Guardia palatina.
Vice-Almirante Tegetthoff

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 51



El Padre Don Agustín Fischer, Secretario de Maximiliano

De una fotografía de la época

ESTADO DE QUERETARO

—
LAMINA 52



Fernando Maximiliano de Hapsburgo, Archiduque de Austria.—12 de Junio de 1864 y 19 de Junio de 1867

Cuadro de A. Beaucé pintado en 1865.—Museo Nacional

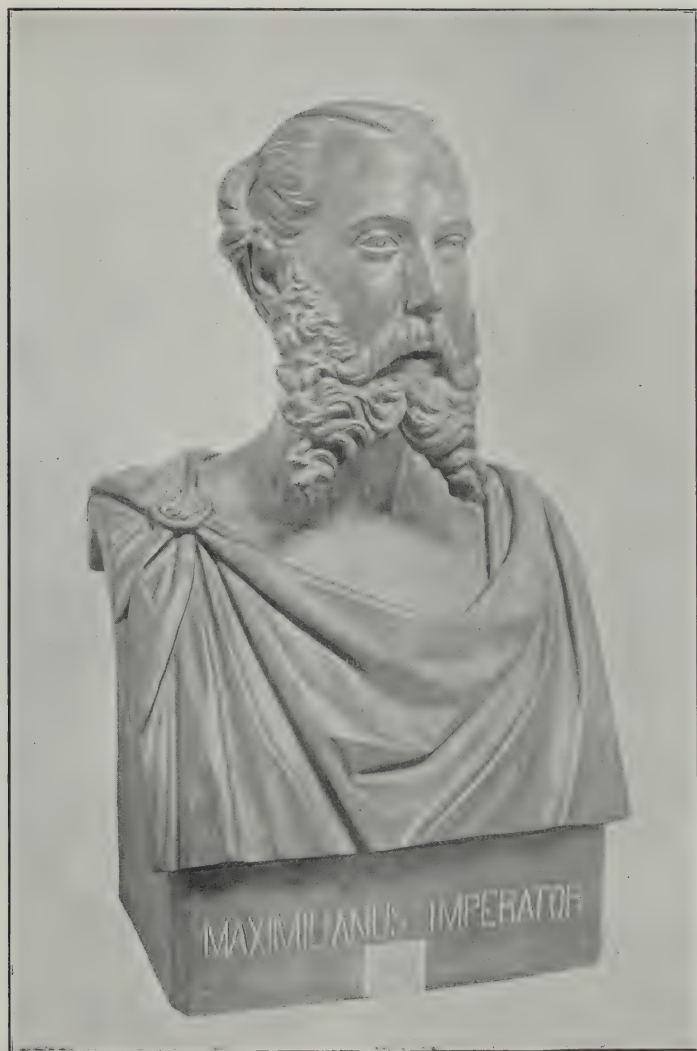


Retratos del Archiduque Maximiliano y la Princesa Carlota.—Galería Histórica del Museo Nacional de México

Albert Graefle p. 1865. München

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 54



Busto del Emperador Maximiliano

Bronce del Museo Nacional.—Felipe Sojo.—1864

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 55



La Archiduquesa Carlota

Retrato tomado de una fotografía de Trieste

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 56



La Emperatriz Carlota
Cuadro de Santiago Rebull

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 57



La Princesa de Salm-Salm

Fotografía ampliada de la época

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 58



Princesa de Salm-Salm

Amplificación de una fotografía de la época

ESTADO DE QUERETARO

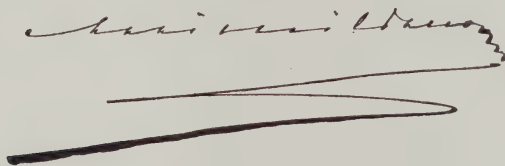
LAMINA 59

N.º 556

En atencion á los méritos y servicios del Doctor Guichy, Médico del Cuerpo Austriaco, Hemos venido en nombrarlo Caballero de la Imperial Orden de Guadalupe.

Nuestro Gran Canciller de las Ordenes Imperiales, quedas encargado del cumplimiento de este acuerdo.

Dado en la Hacienda de la
Feja á 8. de Enero de 1867.



Al Gran Canciller de las Ordenes Imperiales.

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 60

Guernsey le 25 mars 1868

Mon cher Duc,

Les beaux travaux dont vous avez enrichi la science,
votre protection aussi éclairée que généreuse pour les arts
et les progrès que vous avez su leur faire accomplir
vous ont mérités depuis longtemps mon entière estime
et mes cordiales sympathies.

Je tiens aujourd'hui à vous en donner un
témoignage, et il m'est particulièrement agréable de
vous annoncer que je vous ai nommé Grand Officier
de l'Ordre de Guadalupe.

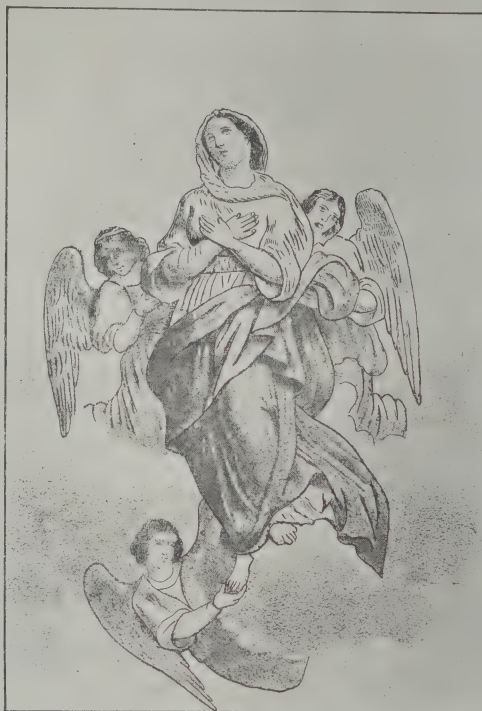
Recevez toutes les assurances de ma bienveillance.

Très affectueusement


Au duc d'Albert de Luynes

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 61



La Asuncion de Nuestra Señora.

*A mi buen y fiel amigo
Manuel Aguirre
Junio 18.
de 1867. En mi militancia*

ESTADO DE QUERETARO

Lámina 62

Carta autógrafa del Emperador á sus Generales.

Queridos Hijos de las Armas
Juio 17 de 1864,

S. S. Generales y Jefes presos en
esta Ciudad

En estos momentos solemnes os
digo las presentes rengones como una
manifestación de mi reconocimiento á
la lealtad con que me habéis servido,
asi como el sincero aprecio que os
profesa
Vuestro afectuoso

Maximiliano

Al Sr. Coronel López

Yo of meo instantes que me das
profundo jio lo sobre la cora
fuer que para el General G.
cubeto of encargados puey si se
tendrá que en la ena en la
to. Siempre honor.

Quinto affe

Mayo 18^{to} 1867
Maximiliano

Carta con letra desfigurada por el mismo Maximiliano, dirigida al Coronel Miguel López
Mayo 18 de 1867

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 64



El Sr. General D. Mariano Escobedo, en Jefe del Ejército sitiador
de Querétaro

De fotografía de 1867

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 65



Sr. General de División D. Mariano Escobedo
1901

M. Escobedo

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 66



El Sr. Lic. D. Sebastián Lerdo de Tejada, Secretario de Relaciones Exteriores

Fotografía de la época

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 67



Republicanos

Lic. Sebastián Lordo de Tejada, Ministro de Relaciones Exteriores.

Lic. Benito Juárez, Presidente de la República.—Gral. Mariano Escobedo, Jefe del Ejército sitiador de Querétaro

Gral. Ignacio Mejía, Ministro de la Guerra

Fotografías de la época

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 69



Modelado de la Estatua de Juárez, dirigido por el autor.
ejecutada por el escultor Eduardo Concha y colocada en pedestal de estilo zapoteco
en el paseo de Nezahualcóyotl de Oaxaca

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 69



Modelado de la Estatua de Juárez, dirigido por el autor,
ejecutada por el escultor Eduardo Concha y colocada en pedestal de estilo zapoteco
en el paseo de Netzahualcoyotl de Oaxaca

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 70



Estatua de Juárez (Frente)

Monumento de Oaxaca

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 71



Estatua de Juárez, con la bandera nacional hecha pedazos
por la guerra civil

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 72



Monumento erigido a Juárez en Oaxaca

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 73



Monumento a Juárez, de estilo zapoteca, ejecutado por el Arquitecto Carlos Herrera

Oaxaca

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 74



Monumento a Juárez
Oaxaca

“En memoria del Reformador y por acuerdo del H. Ayuntamiento se cambió el nombre del paseo en que está erigida esta estatua por el de Benito Juárez, siendo Gobernador del Estado el General Martin González”

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 75

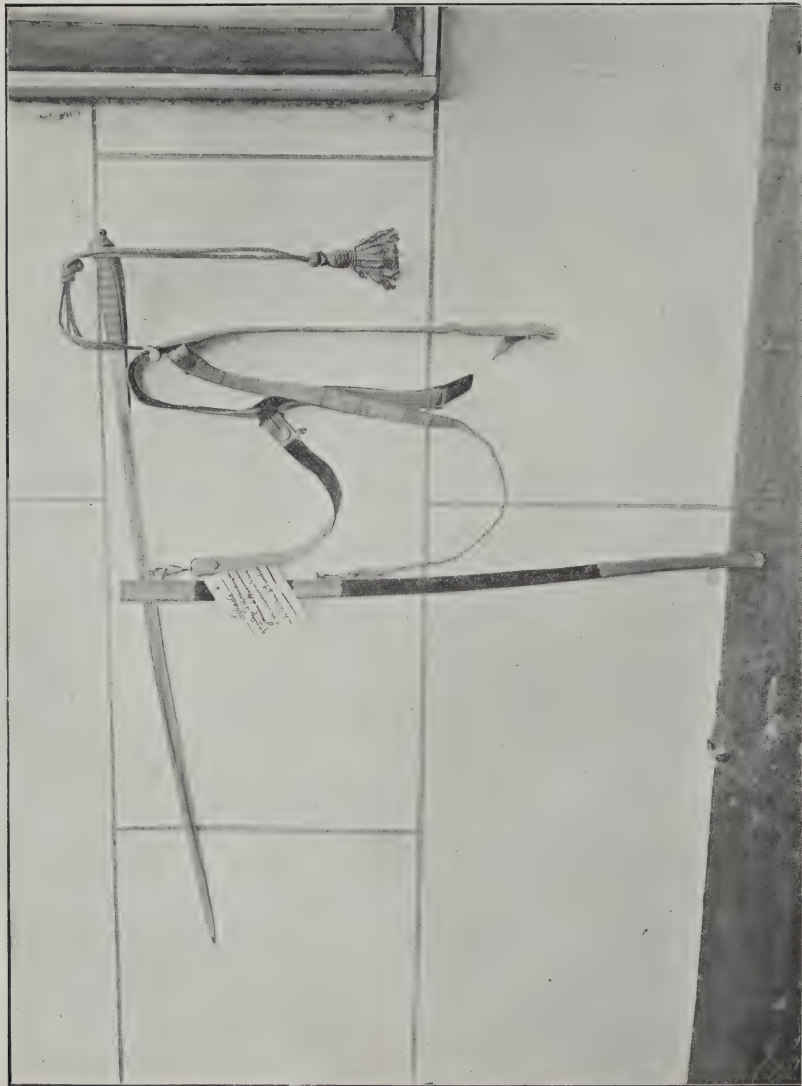


Espada que entregó el Archiduque Fernando Maximiliano al ser prisionero en la Rendición de la Plaza de Querétaro

MUSEO de Artillería

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 76



Espada que entregó el Emperador Maximiliano al Sr. Gral. D. Mariano Escobedo al ser prisionero en el Cerro de las Campanas
Museo de Artillería

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 77



Los cinco fusiles Enfield con los cuales fusilaron al Emperador Maximiliano donados por el Sr. Gral. D. Mariano Escobedo al Museo de Artillería, situado en la Ciudadela

Cada uno tiene el nombre del sargento que lo disparó

ESTADO DE QUERETARO

LAMINA 78

Mourir en son fin

N'ayant pas pu mourir
en milieu de mes devoirs
il m'en reste qu'à remettre
mon épée entre les mains de
Votre Majesté

Je me, de votre Majesté
le bon frère

Napoleon

Sedan le 15 Sept. 1870

Rendición de Sedán

Carta autógrafa de Napoleón III al Emperador de Alemania

1870

COLOCACION DE LAS LAMINAS

EPOCA COLONIAL

1. Mapa del Estado de Querétaro.
2. Querétaro y otros pueblos conquistados por Moctezuma 1º, y tributos que pagaban al rey de México.
3. El General Don Nicolás de San Luis Montañez, conquistador de Querétaro, 25 de Julio de 1531.
4. Plano de la ciudad de Querétaro, 1802.
5. San Pedro de la Cañada, vista panorámica.
6. Acueducto de Querétaro, obra de Don Juan Antonio de Urrutia y Arana, Marqués de la Villa del Villar del Aguila.
7. Retrato del señor Marqués de la Villa del Villar del Aguila, insigne benefactor de la ciudad de Querétaro.
8. Un descendiente del Marqués del Villar del Aguila, en traje colonial, 1908.
9. Una descendiente del mismo Marqués, con igual traje, 1908.
10. El venerable historiador, Fray Isidro Félix de Espinosa, Cronista del Colegio de Santa Cruz de Querétaro.
11. El Sr. D. Miguel Domínguez, célebre Corregidor de Querétaro.
12. Monumento erigido "A la Corregidora de Querétaro, Josefa Ortiz de Domínguez" en el centenario de la Independencia, 1910.
13. El Doctor Don Pedro Escobedo, ilustre queretano, fundador de la Academia de Medicina práctica en 1824; nació el 19 de Octubre de 1798 y murió el 28 de Enero de 1844 á la edad de 45 años tres meses.
14. El Sr. D. José Septién y Villaseñor, eminente estadista de Querétaro y fundador de la primera oficina de ese ramo en la capital del Estado.
15. Templo de San Agustín.
16. Interior de la misma iglesia.
17. Magnífico edificio colonial, destinado el 15 de Mayo de 1889 para Palacio Federal.
18. El templo de San Felipe.
19. Coro y altar de Santa Rosa de Viterbo, de Querétaro.
20. Altar de la misma Parroquia de Santa Rosa á la derecha de la entrada, obra del siglo XVIII.
21. Organo monumental de la misma iglesia.
22. Monumento erigido á Cristóbal Colón en la Alameda de Querétaro.

EPOCA IMPERIAL

23. Retrato del Archiduque Fernando Maximiliano de Austria. Nació en Viena el 6 de Julio de 1832; fusilado el 19 de Junio de 1867, de la copia del cuadro del pintor Rebull.
24. Croquis de la línea de las fuerzas republicanas del sitio de Querétaro, al mando del Sr. Gral. D. Mariano Escobedo, levantado por el Oficial de Ingenieros de Estado Mayor, Teniente Coronel Ricardo Villanueva, Abril de 1867.
25. Perímetro ocupado por las fuerzas del Ejército Republicano en el sitio de Querétaro.
26. Generales republicanos Sstenes Rocha, Ramón Corona, Francisco Vélez y Jesús Díaz de León.
27. El célebre Convento de la Cruz, lugar de grandes acontecimientos históricos. Primera prisión de Maximiliano.
28. Lugar histórico. Muro oriental por donde entró el Ejército Republicano en el Convento de la Cruz de Querétaro el 15 de Mayo de 1867.
29. Convento de *Teresitas*, obra del ilustre arquitecto Tresguerras. Segunda prisión del Emperador Maximiliano.
30. Plazuela de la Cebada.—Boceto.—Fusilamiento del General Ramón Méndez.
31. Lugar en que fué fusilado el General Méndez.
32. Convento de Capuchinas, tercera y última prisión que ocupó el Emperador Maximiliano, con los Generales Miramón y Mejía hasta la mañana del 19 de Junio de 1867, en que fué fusilado con los mismos Generales.
33. Teatro Iturbide, donde fueron juzgados los Generales Miramón y Mejía en 1867.
34. Causa de Maximiliano.—Fiscal, Lic. Manuel Azpíroz; Asesor, Lic. Joaquín Escoto; en medio, Mejía, Miramón, Maximiliano, Vidaurri, y abajo, Méndez.

35. Defensores de Maximiliano.—Lics. Mariano Riva Palacio, Rafael Martínez de la Torre, Eulalio Ortega y Jesús María Vázquez.
36. Boceto del fusilamiento de Maximiliano y Generales Mejía y Miramón.—Fotografía de los sargentos de la ejecución.—Cerro de las Campanas.
37. Ataúd en que fué transportado del Cerro de las Campanas á la ciudad, el cadáver de Maximiliano.
38. Boceto y fotografía del Cerro de las Campanas, donde fueron fusilados Maximiliano, Miramón y Mejía.
39. Primer monumento que se erigió á Maximiliano en el lugar en que fueron fusilados, el Emperador y los Generales Miramón y Mejía, en el Cerro de las Campanas.
40. Primeros monumentos levantados en el lugar en que fueron fusilados Maximiliano, Miramón y Mejía, en el Cerro de las Campanas.
41. Capilla de Maximiliano erigida por la familia del Emperador, inaugurada el 10 de Abril de 1901, en el Cerro de las Campanas de Querétaro.
42. Altar de la Capilla de Maximiliano.
43. Maximilian-Kapelle in Querétaro.—10 April 1901.—Al pie del altar están los sitios en que fueron fusilados el Emperador, Miramón y Mejía.
44. Vista panorámica de la Capilla y de la ciudad de Querétaro.

PERSONAJES DEL IMPERIO

45. El General Don Miguel Miramón, fusilado á la edad de 36 años.
46. Imperialistas.—General Leonardo Márquez, Coronel Miguel López, General de Artillería Manuel Ramírez de Arellano y General Ramón Méndez.
47. Imperialistas.—Generales Tomás Mejía y Severo del Castillo; Príncipe de Salm-Salm y Ministro Lic. Manuel García Aguirre.
48. Imperialistas.—Generales Manuel Andrade y Francisco Casanova, Teniente Coronel Agustín Pradillo y Coronel Pedro González.
49. Jefes imperialistas.—Generales Juan Vicario, Pedro Gálvez, Tomás H'Orán y Julián Quiroga.
50. Imperialistas extranjeros.—Comandante de la policía imperial, el Conde de Khevenhüller, Guitner, Jefe de la Guardia Palatina y Vice-Almirante Tegetthoff.
51. El Padre Don Agustín Fischer, Secretario de Maximiliano.
52. Retrato del Emperador, gran cuadro de A. Beaucé, pintado en 1865, Museo Nacional.
53. Retratos del Archiduque Maximiliano y la Princesa Carlota.—Galería histórica del Museo Nacional de México.—Albert Graefle, p^{te}, 1865. München.
54. Busto del Emperador Maximiliano.—Bronce del Museo Nacional de México, por Felipe Sojo, 1864.
55. La Archiduquesa Carlota.—Fotografía tomada en Trieste.
56. La Emperatriz Carlota, cuadro del pintor mexicano Rebull.
57. La Princesa de Salm-Salm, de fotografía de la época.
58. Retrato de la misma Princesa de Salm-Salm.

AUTOGRAFOS DE MAXIMILIANO

- 59, 60, 61 y 62.—Autógrafos.
63. Carta con letra desfigurada por el mismo Maximiliano dirigida al Coronel Miguel López.—Mayo 18 de 1867.
64. El señor General Don Mariano Escobedo en Jefe del Ejército sitiador de Querétaro, 1867.
65. El señor General de División Don Mariano Escobedo, fotografía con dedicatoria al autor, 1901.
66. El Sr. Lic. D. Sebastián Lerdo de Tejada, Secretario de Relaciones Exteriores.
67. Republicanos: el Sr. Lic. D. Sebastián Lerdo de Tejada, Lic. D. Benito Juárez, Presidente de la República.—El señor General D. Mariano Escobedo y D. Ignacio Mejía, Ministro de la Guerra.
68. Museo Histórico de Maximiliano, donde se conservan varios objetos y muebles relativos al fusilamiento del Emperador.
69. Modelado de la estatua de Juárez, dirigida por el autor y ejecutada por el escultor Eduardo Concha, y colocada en pedestal de estilo zapoteco en un jardín de Oaxaca, llamado ahora paseo Benito Juárez.
70. La misma estatua de frente.
71. El mismo Juárez con la bandera nacional hecha pedazos por la guerra civil.
72. Monumento erigido á Juárez en Oaxaca.
- 73 y 74. Monumento de estilo zapoteco ejecutado por el Arquitecto Carlos Herrera.
- 75 y 76. Espada que entregó el Archiduque Fernando Maximiliano al ser prisionero en la rendición de la plaza de Querétaro.—Museo de Artillería.
77. Los cinco fusiles Enfield con los cuales fusilaron al Emperador Maximiliano.—Museo de Artillería.
78. Rendición de Sedán.—Carta autógrafa de Napoleón III al Emperador de Alemania, 1870.

